



KRISTIN  
HANNAH

Autora de *El Ruiseñor*

*El baile  
de las  
luciérnagas*

SUMA

KRISTIN  
HANNAH

*El baile  
de las  
luciérnagas*

Traducción de  
Laura Vidal



*Este libro está dedicado a «nosotras», las chicas.  
Amigas que se apoyan en las épocas difíciles, en los problemas  
grandes y pequeños, por los años de los años. Sabéis quiénes sois.  
Gracias.*

*A todas las personas que conforman muchos de mis recuerdos:  
mi padre, Laurence; mi hermano, Kent; mi hermana,  
Laura; mi marido, Benjamin, y mi hijo, Tucker.  
Allí donde estéis, sois mi corazón.*

*Y a mi madre, inspiración de muchas de mis novelas,  
especialmente esta.*

«El mejor espejo es un viejo amigo».  
GEORGE HERBERT

# 1

Las llamaban las chicas de Firefly Lane. De eso hacía mucho tiempo, más de tres décadas, pero ahora, tumbada en la cama escuchando rugir fuera una tormenta invernal, le parecía que había sido ayer.

En la última semana (sin duda los siete peores días de toda su vida), había perdido la capacidad de distanciarse de sus recuerdos. Regresaba demasiado a menudo en sueños a 1974; volvía a ser una adolescente que madura a la sombra de una guerra perdida, montando en bicicleta junto a su mejor amiga en una oscuridad tan completa que era como ser invisible. El sitio importaba solo en la medida en que era un punto de referencia, pero lo recordaba con todo detalle: una cinta serpenteante de asfalto bordeada a ambos lados por acequias de aguas turbias y laderas de hierba silvestre. Antes de conocerse, aquella carretera había parecido no llevar a ninguna parte, no era más que un camino comarcal con el nombre de un insecto, la luciérnaga, que nadie había visto jamás en aquel rincón perdido del mundo, verde y azulado.

Hasta que lo vieron la una con los ojos de la otra. Desde lo alto de la colina, en lugar de árboles elevados, zanjas embarradas y montañas nevadas en la distancia, veían todos los sitios a los que irían algún día. De noche, se escabullían de sus casas vecinas y quedaban en la carretera. A orillas del río Pilchuck fumaban cigarrillos robados, cantaban *Billy, Don't Be a Hero* a voz en cuello y se lo contaban todo, entretejiendo sus vidas de tal modo que para cuando terminaba el verano era imposible saber dónde empezaba una y terminaba la otra. Para todos los que las conocían se convirtieron sencillamente en TullyKate, y durante más de treinta años su amistad fue el muro de carga de sus vidas: fuerte, duradera, sólida. Puede que la música cambiara con las décadas, pero las promesas hechas en Firefly Lane permanecían.

Mejores amigas para siempre.

Pensaban que duraría, aquella promesa; se imaginaban algún día convertidas en dos mujeres mayores sentadas en mecedoras en un porche de madera desvencijado hablando entre risas de los buenos tiempos.

Ahora ya se había desengañado, claro. Llevaba más de un año diciéndose que no pasaba nada, que podía vivir sin su mejor amiga. A veces incluso se lo creía.

Entonces oía la música. La música de las dos. *Goodbye Yellow Brick Road*, *Material Girl*, *Bohemian Rhapsody*, *Purple Rain*. El día anterior, mientras hacía la compra, una versión de hilo musical de *You've Got a Friend* la había hecho llorar justo ahí, junto a los rábanos.

Apartó las mantas y se levantó con cuidado de no despertar al hombre que dormía a su lado. Se detuvo un instante a mirarlo en las sombras de la oscuridad. Incluso dormido, su cara era de preocupación.

Cogió el teléfono, salió del dormitorio y recorrió el pasillo silencioso hasta el porche. Allí, mientras miraba la tormenta, reunió valor. Cuando marcó el número que se sabía de memoria, se preguntó qué le iba a decir a su en otro tiempo mejor amiga después de tantos meses de silencio, cómo empezaría. «He tenido una semana horrorosa... Mi vida se desmorona...» o, simplemente, «Te necesito».

Al otro lado del negro y turbulento estrecho de Puget sonó el teléfono.

## Primera parte

# LOS SETENTA

## Dancing Queen

*young and sweet,  
only seventeen*[\[1\]](#)



Para gran parte del país, 1970 fue un año de inestabilidad y cambios, pero en la casa de Magnolia Drive todo era orden y tranquilidad. La niña de diez años Tully Hart estaba sentada en un frío suelo de madera construyendo una cabaña para sus muñequitos Liddle Kiddles, que dormían en diminutos pañuelos de papel rosa. De haber estado en su habitación, habría tenido puesto un *single* de los Jackson Five en su tocadiscos infantil Close 'N Play, pero en el salón ni siquiera había radio.

A su abuela no le gustaban demasiado la música, la televisión o los juegos de mesa. La mayor parte del tiempo, por ejemplo ahora, la pasaba en su mecedora junto a la chimenea haciendo punto de cruz. Hacía cientos de paños bordados, la mayoría con citas de la Biblia. Por Navidad los donaba a la iglesia, que los vendía en fiestas de caridad.

Y el abuelo... Bueno, no podía evitar ser tranquilo. Desde que tuvo el ictus no se levantaba de la cama. A veces hacía sonar una campanilla y eran los únicos momentos en que Tully veía a su abuela apresurarse. Al primer tintineo sonreía y decía: «¡Vaya por Dios!», y echaba a correr por el pasillo todo lo rápido que le permitían sus pies enfundados en zapatillas de estar en casa.

Tully cogió su muñeco Troll de pelo amarillo. Tarareando muy bajito, lo puso a bailar con Juanita Calamidad al compás de *Daydream Believer*. A mitad de la canción llamaron a la puerta.

Fue un sonido tan inesperado que Tully interrumpió sus juegos y levantó la vista. Excepto los domingos, cuando venían el señor y la señora Beattle para llevarlos a la iglesia, nunca tenían visitas.

La abuela dejó el punto de cruz en la bolsa de plástico rosa junto a su silla, se levantó y cruzó la habitación con esa manera lenta de arrastrar los pies que

había adoptado en los últimos años. Cuando abrió la puerta hubo un largo silencio, y a continuación dijo:

—Vaya por Dios.

La voz de la abuela sonaba rara. Tully miró de reojo y vio a una mujer alta de melena larga y desordenada y sonrisa nerviosa. Era una de las mujeres más guapas que había visto: piel blanca, nariz recta, unos pómulos altos que se marcaban en diagonal sobre un mentón diminuto y ojos color castaño claro que parpadeaban despacio.

—Pues vaya manera de saludar a tu hija pródiga. —La mujer rodeó a la abuela, fue directa a Tully y se inclinó para hablar con ella—. ¿Es esta mi pequeña Tallulah Rose?

¿Hija? Eso quería decir...

—¿Mamá? —susurró la niña asombrada, resistiéndose a creerlo. Había esperado aquello tanto tiempo, había soñado tanto con ello, con que su mamá volvía a casa.

—¿Me has echado de menos?

—¡Sí! —contestó Tully esforzándose por no reír. Pero se sentía muy feliz.

La abuela cerró la puerta.

—¿Por qué no vienes a la cocina a tomar un café?

—No he venido a tomar café, he venido a por mi hija.

—No tienes dinero —dijo la abuela con voz cansada.

Su madre pareció irritarse.

—¿Y eso qué más da?

—Tully necesita...

—Me parece que soy capaz de saber lo que necesita mi hija.

Su madre daba la impresión de querer mantenerse recta, pero no lo estaba consiguiendo. Parecía vacilante y tenía una mirada rara. Se enroscó un largo mechón de pelo ondulado en un dedo.

La abuela se acercó a ellas.

—Criar a una niña es una gran responsabilidad, Dorothy. Tal vez ayude que te instales aquí un tiempo para conocer a Tully... —Hizo una pausa, arrugó el ceño y susurró—: Estás borracha.

La madre rio y le guiñó un ojo a Tully.

Tully le devolvió el guiño. Estar borracha no era tan malo. El abuelo bebía muchísimo antes de enfermar. Incluso la abuela se tomaba de vez en cuando una copa de vino.

—*Ess* mi cumpleaños, madre. ¿O es que se te ha olvidado?

—¿Tu cumpleaños? —Tully se puso en pie de un salto—. Espera aquí —dijo, y corrió a su habitación. El corazón le latía con fuerza mientras revolvía su cajón de tocador, lanzando sus cosas en todas direcciones en busca del collar de macarrones y cuentas que le había hecho a su madre en la escuela dominical el año anterior. La abuela había fruncido el ceño al verlo, le había aconsejado que no se hiciera ilusiones, pero Tully no había podido evitarlo. Llevaba años haciéndose ilusiones. Se lo metió en el bolsillo y salió corriendo justo a tiempo de oír a su madre decir:

—No estoy borracha, madre. Hace tres años que no estoy con mi hija. No hay nada que emborrache más que el amor.

—Seis años. Tenía cuatro la última vez que nos la dejaste.

—¿Tanto? —dijo la madre con expresión confusa.

—Vuelve a casa, Dorothy. Te puedo ayudar.

—¿Como hiciste la última vez? No, gracias.

¿La última vez? ¿Mamá había vuelto antes?

La abuela suspiró y replicó, tensa:

—¿Cuánto tiempo vas a seguir echándomelo en cara?

—Bueno, no es algo que tenga fecha de caducidad, ¿no te parece? Vamos, Tallulah.

La madre se abalanzó hacia la puerta. Tully frunció el ceño. No era así como había imaginado que ocurriría. Su mamá no la había abrazado, besado o preguntado qué tal estaba. Y todo el mundo sabía que, si te marchas, primero tienes que hacer la maleta. Señaló hacia la puerta de su dormitorio.

—Mis cosas...

—No necesitas esas porquerías materialistas, Tallulah.

—¿Eh? —Tully no entendía.

La abuela le dio un abrazo que le olió a Tully a algo agradablemente familiar, a polvos de talco y laca de pelo. Eran los únicos brazos que habían estrechado jamás a Tully, su abuela era la única persona que la había hecho sentirse a salvo, y de pronto tuvo miedo.

—¿Abuela? —dijo apartándose—. ¿Qué pasa?

—Te vienes conmigo —contestó su madre mientras apoyaba una mano en el marco de la puerta para estabilizarse.

La abuela cogió a Tully por los hombros y la zarandeo con suavidad.

—Te sabes nuestro número de teléfono y nuestra dirección, ¿verdad? Si te

asustas o sale algo mal, nos llamas.

Estaba llorando; ver llorar a su abuela siempre fuerte y callada asustó y confundió a Tully. ¿Qué estaba pasando? ¿Había hecho algo malo?

—Perdón, abuela, he...

Su madre se acercó, la sujetó por los hombros y la zarandeó con fuerza.

—No pidas nunca perdón. Te rebaja. Venga. —Cogió la mano de Tully y tiró de ella hacia la puerta.

Tully la siguió a trompicones y así salieron de la casa, bajaron los escalones y cruzaron la calle hasta una furgoneta Volkswagen decorada con flores de plástico adhesivas y un gigantesco símbolo de la paz amarillo pintado en uno de los lados.

Se abrió la puerta y salió un humo denso y gris. A través de la neblina, Tully entrevió a tres personas. En el asiento del conductor había un hombre negro con abundante melena afro y una bandana roja. En la parte de atrás, una mujer con chaleco de flecos, pantalones a rayas y cabello rubio recogido con un pañuelo marrón; a su lado había sentado un hombre con pantalón de campana y una camiseta andrajosa. El suelo de la furgoneta estaba cubierto con una moqueta marrón raída, con unas cuantas pipas desperdigadas mezcladas con botellas de cerveza vacías, envoltorios de comida y casetes.

—Esta es mi hija, Tallulah —dijo la madre.

Tully no dijo nada, pero odiaba que la llamaran Tallulah. Tendría que decírselo a su madre luego, cuando estuvieran solas.

—Alucinante —comentó alguien.

—Es igualita que tú, Dot. Me flipa.

—Subid —dijo el conductor con brusquedad—. Vamos a llegar tarde.

El hombre de la camiseta sucia cogió a Tully por la cintura y la subió a la furgoneta, donde se arrodilló con cuidado.

Su madre subió también y cerró la puerta. Una música extraña latía dentro; lo único que entendió Tully fueron palabras sueltas: «aquí está pasando algo...», *somethin' happenin' here...* El humo le daba a todo una apariencia blanda y ligeramente desdibujada.

Tully se pegó al lateral metálico para hacerle sitio a su lado, pero su madre se sentó junto a la mujer del pañuelo en la cabeza. Enseguida se pusieron a hablar de cerdos, marchas y de un hombre llamado Kent. Tully no entendía nada y empezaba a marearse por el humo. Cuando el hombre a su lado encendió su pipa no pudo evitar que de sus labios escapara un leve suspiro de

desilusión.

El hombre lo oyó y se volvió hacia ella. Le echó una nube de humo gris a la cara y sonrió:

—Relájate, pequeña.

—Mirad cómo la viste mi madre —dijo la madre con amargura—. Como si fuera una muñequita. ¿Cómo va a ser auténtica si no se ensucia?

—Ya te digo, Dot —respondió el hombre, mientras echaba más humo y se arrellanaba en su asiento.

La madre miró a Tully por primera vez, la miró de verdad.

—Acuérdate, peque. El sentido de la vida no es cocinar, limpiar o tener hijos. Es ser libre. Hacer lo que te apetezca. ¡Como si quieres ser presidenta de Estados Unidos, joder!

—Desde luego necesitamos otro presidente —comentó el conductor.

La mujer del pañuelo en la cabeza le dio a la madre una palmadita en el muslo.

—Así se habla. Me flipa. Tom, pásame la pipa. —Rio—. Eh, ¡hablo en rima!

Tully arrugó el ceño con una extraña sensación de vergüenza en la boca del estómago. Se encontraba guapa con aquel vestido. Y no quería ser presidenta. Quería ser bailarina.

Pero lo que más deseaba era que su madre la quisiera. Se desplazó un poco hasta estar lo bastante cerca de ella para tocarla.

—Feliz cumpleaños —susurró. Se metió la mano en el bolsillo y sacó el collar que tanto esfuerzo le había costado hacer, con el que tanto había sufrido, pero sufrido de verdad, pegando purpurina mientras los otros niños se habían ido ya a jugar—. Te he hecho esto.

La madre cogió el collar y lo guardó en el puño cerrado. Tully esperó y esperó a que su madre le diera las gracias y se lo pusiera, pero no lo hizo; se limitó a moverse al ritmo de la música y a hablar con sus amigos.

Tully terminó por cerrar los ojos. El humo le daba sueño. Había pasado gran parte de su vida echando de menos a su madre, pero no como se echa de menos un juguete que no se encuentra o una amiga que ha dejado de venir a tu casa a jugar porque no le prestabas tus cosas. La había echado de menos de verdad. Siempre tenía dentro un espacio vacío que de día le dolía y de noche se convertía en una intensa punzada. Se había prometido que si su madre volvía algún día sería buena. Perfecta. Fuera lo que fuera lo que había dicho o

hecho que había sido tan malo, lo remediaría. Por encima de todo quería que su madre estuviera orgullosa de ella.

Pero ahora no sabía qué hacer. En sus sueños siempre se marchaban juntas, las dos solas, de la mano.

«Ya hemos llegado», le decía la mamá de sus sueños mientras subían la ladera hacia su casa. «Hogar, dulce hogar». Luego la besaba en la mejilla y susurraba: «Cómo te he echado de menos. Me fui porque...».

—Tallulah, despierta.

Tully se despertó sobresaltada. Le dolía la cabeza y también la garganta. Cuando intentó decir: «¿Dónde estamos?», solo le salió un graznido. Todos rieron y siguieron haciéndolo mientras descargaban la furgoneta.

En aquella ajetreada calle de Seattle había gente por todas partes gritando y llevando pancartas que decían HAZ EL AMOR Y NO LA GUERRA y YO AL INFIERNO NO VOY. Tully nunca había visto tantas personas juntas en un mismo sitio.

Su madre la cogió de la mano y la acercó a ella.

El resto del día fue un borrón de gente gritando eslóganes y cantando canciones. Tully estuvo en todo momento aterrada por la posibilidad de soltarse de la mano de su madre y que la multitud se la llevara. No se sintió más tranquila cuando apareció la policía, porque llevaba pistolas al cinto, porras en la mano y unos escudos de plástico con los que se protegían la cara.

Pero lo único que hizo la gente fue marchar y todo lo que hizo la policía fue mirar.

Para cuando anocheció, estaba cansada y hambrienta y le dolía la cabeza, pero siguieron caminando, subiendo por una calle y bajando por otra. Ahora la multitud se comportaba de otra manera, había guardado las pancartas y empezado a beber. Tully oyó alguna que otra frase entera de sus conversaciones, pero ninguna tenía sentido.

—¿Has visto esos cerdos? Estaban deseando partirnos la cara, pero nosotros hemos sido pacíficos, tío, y no han podido tocarnos un pelo. Oye, Dot, no acapares el porro, ¡que pareces Humphrey Bogart!

Todos rieron, sobre todo su madre. Tully no entendía nada y tenía la cabeza a punto de estallar. A su alrededor había cada vez más personas bailando y riendo. De alguna parte llegaba música.

Y entonces, de pronto, le soltaron la mano.

—¡Mamá! —chilló.

Nadie le contestó ni se giró a mirarla, aunque había gente por todas partes. Se abrió camino entre los cuerpos y llamó a su madre a gritos hasta que se quedó sin voz. Terminó por regresar a donde la había visto por última vez y la esperó sentada en la acera.

*Volverá.*

Las lágrimas le escocían los ojos y le rodaban por las mejillas mientras esperaba, intentando ser valiente.

Pero su madre no volvió.

Durante años después de aquello trató de recordar lo ocurrido a continuación, lo que hizo, pero toda aquella gente era como una nube que oscurecía sus recuerdos. Solo recordaba haberse despertado en unos sucios escalones de cemento y haber visto a un agente de la policía montada.

Este la miró frunciendo el ceño desde lo alto del caballo y dijo:

—Hola, pequeña, ¿estás sola?

—Sí —fue todo lo que Tully fue capaz de contestar sin echarse a llorar.

La llevó de vuelta a la casa de Queen Anne Hill, donde su abuela la abrazó con fuerza, la besó en la mejilla y le dijo que no había sido culpa suya.

Pero Tully sabía que eso no era verdad. Sabía que había hecho algo mal, que había sido mala. La próxima vez que viniera su madre se esforzaría más. Prometería ser presidenta y nunca en la vida volvería a pedir perdón.

Consiguió un cartel con los presidentes de Estados Unidos y se los aprendió por orden cronológico. Estuvo meses diciendo a quien le preguntara que iba a ser la primera mujer presidenta; incluso dejó las clases de ballet. El día que cumplió once años, mientras su abuela encendía las velas de la tarta y le cantaba con un hilo de voz una versión apagada del *Cumpleaños feliz*, Tully no dejó de mirar hacia la puerta mientras pensaba: «Ahora». Pero nadie llamó, ni tampoco sonó el teléfono. Más tarde, rodeada de cajas de regalos abiertas, trató de seguir sonriendo. Delante de ella, en la mesa baja, había un álbum de recortes nuevo. Como regalo era una porquería, pero su abuela siempre le daba cosas de ese tipo, actividades que la mantuvieran ocupada y sin hacer ruido.

—Ni siquiera ha llamado —dijo Tully levantando la vista.

La abuela suspiró cansada.

—Tu madre tiene... problemas, Tully. Es débil y está confusa. Tienes que dejar de engañarte. Lo que importa es que tú eres fuerte.

Había oído ese consejo un millón de veces.

—Ya lo sé.

La abuela se puso al lado de Tully en el gastado sofá de tapizado floral y se la sentó en el regazo.

A Tully le encantaba que su abuela la cogiera en brazos. Se acurrucó contra ella y apoyó la barbilla en su suave pecho.

—Me gustaría que las cosas fueran de otra manera con tu madre, Tully, de verdad te lo digo, pero es un alma perdida. Lleva siéndolo mucho tiempo.

—¿Por eso no me quiere?

La abuela la miró. Con las gafas de montura de carey negras sus ojos gris pálido parecían más grandes.

—Te quiere a su manera. Por eso siempre vuelve.

—Es un amor muy raro.

—Ya lo sé.

—Creo que ni siquiera le gusto.

—La que no le gusto soy yo. Hace mucho tiempo pasó una cosa y yo no... Bueno, da lo mismo. —La abuela estrechó a Tully con fuerza—. Algún día se arrepentirá de haberse perdido todos estos años contigo. De eso estoy segura.

—Podría enseñarle mi álbum.

La abuela no la miró.

—Estaría muy bien. —Al cabo de un largo silencio, añadió—: Feliz cumpleaños, Tully. —La besó en la frente—. Ahora me tengo que ir un rato con tu abuelo. Hoy no se encuentra muy bien.

Cuando se marchó su abuela, Tully se quedó mirando en silencio la primera página en blanco de su álbum nuevo. Sería el regalo perfecto para su madre algún día, enseñarle lo que se había perdido. Pero ¿con qué lo llenaría? Tenía algunas fotografías de ella, tomadas en su mayor parte por madres de sus amigas en fiestas y excursiones, pero no muchas. A la abuela no se le daba bien mirar por el visor de la cámara. Y de su madre solo tenía una fotografía.

Cogió un bolígrafo y escribió con cuidado la fecha en la esquina superior derecha, luego frunció el ceño. ¿Qué más? «Querida mamá: Hoy he cumplido once años...».

A partir de aquel día empezó a coleccionar objetos de su día a día. Dibujos



de la escuela, fotografías de ella haciendo deporte, entradas de cine usadas. Durante años, cada vez que tenía un buen día, corría a casa y escribía y pegaba el recibo o la entrada que demostrara dónde había estado o qué había hecho. En un determinado momento empezó a embellecer la información para parecer más interesante. No eran mentiras, solo exageraciones. Cualquier cosa que ayudara a que su madre se sintiera orgullosa de ella algún día. Llenó el primer álbum y luego otro, y otro. Cada cumpleaños recibía un cuaderno sin estrenar, y así llegó a la adolescencia.

Entonces le ocurrió algo. No estaba segura de qué, tal vez le creció el pecho más rápido que a las demás, o quizá es que estaba cansada de contar su vida en trozos de papel que nadie quería leer. Para cuando cumplió los catorce decidió que ya no lo haría más. Guardó los cuadernos de niña pequeña en una gran caja de cartón, la empujó hasta el fondo del armario y le dijo a su abuela que no le comprara más.

—¿Estás segura, cariño?

—Sí —fue su respuesta. Su madre ya no le importaba e intentaba no pensar en ella. De hecho, en el instituto decía a todo el mundo que su madre había muerto en un accidente de barco.

Aquella mentira la liberó. Dejó de comprarse ropa en la sección infantil y empezó a frecuentar la planta joven. Se compró camisetas ajustadas que dejaban el ombligo al aire y destacaban su nuevo pecho y pantalones de campana de cintura baja que le hacían un trasero bonito. Tenía que ocultarle aquellas prendas a la abuela, pero eso era fácil: un chaleco largo y abultado la ayudaba a salir de casa vestida como le daba la gana.

Se dio cuenta de que si se vestía con cuidado y actuaba de una manera determinada, los chicos guais siempre querían salir con ella. Los viernes y sábados por la noche le decía a su abuela que se quedaba a dormir en casa de una amiga y se iba a patinar a Lake Hills, donde nadie le hacía preguntas sobre su familia ni la miraba con expresión de «pobre Tully». Aprendió a fumar pitillos sin toser y a masticar chicle para enmascarar el olor en su aliento.

En octavo era la chica más popular del instituto. Tener tantos amigos ayudaba. Si se mantenía lo bastante ocupada, no pensaba en aquella mujer que no la quería.

Algún día que otro se sentía... no sola exactamente..., pero algo. A la deriva tal vez. Como si todas las personas con las que pasaba el tiempo no

fueran más que sustitutas de otra.

Hoy era uno de esos días. Estaba en su asiento de siempre en el autobús oyendo el runrún de las conversaciones a su alrededor. Todos parecían hablar de asuntos familiares y Tully no tenía nada que aportar a sus conversaciones. No sabía lo que era pelearse con un hermano pequeño, estar castigada por contestar a tus padres o ir de compras con tu madre. Cuando el autobús llegó a su parada, se apresuró a bajar agradecida y se despidió de sus amigos con gran aspaviento, riendo fuerte y agitando las manos. Fingiendo, algo que hacía cada vez más a menudo.

Cuando el autobús se fue, se recolocó la mochila en el hombro y emprendió el largo camino a su casa. Acababa de doblar la esquina cuando la vio.

Allí, aparcada en la calle, delante de la casa de la abuela, había una furgoneta Volkswagen roja destartada. Aún tenía los adhesivos de flores en uno de los lados.

Aún era de noche cuando sonó el despertador de Kate Mularkey. Gimió y se quedó mirando el techo abuhardillado. La idea de ir a clase la ponía enferma.

Por lo que le atañía a ella, octavo curso era un auténtico asco; 1974 había resultado ser un año vomitivo, un desierto social. Gracias a Dios que solo quedaba un mes de clase. Aunque el verano no sería mucho mejor.

En sexto había tenido dos mejores amigas; lo hacían todo juntas: participar en competiciones de hípica, ir al club juvenil y visitarse las unas a las otras en bicicleta. El verano en que cumplieron doce años todo eso terminó. Sus amigas se habían desmelenado, no había otra manera de decirlo. Fumaban marihuana antes de entrar en el instituto, se saltaban clases y no se perdían una fiesta. Cuando Kate se negó a acompañarlas, pasaron de ella y punto. Y los chicos «buenos» ya no querían saber nada de ella porque había formado parte del club de las *porreras*. Así que ahora los libros eran sus únicos amigos. Se había leído tantas veces *El señor de los anillos* que se sabía trozos enteros de memoria.

No era una destreza que la ayudara a ser más popular.

Suspiró y se levantó de la cama. En el diminuto armario del piso de arriba recientemente reconvertido en cuarto de baño, se dio una ducha rápida y se trenzó el pelo rubio liso, luego se puso sus gafotas de empollona con montura de carey negra. Estaban pasadísimas de moda: ahora los chicos guais las llevaban redondas y sin montura, pero su padre decía que de momento no podían permitirse unas nuevas.

Una vez en el piso de abajo, fue a la puerta trasera, se enrolló las perneras de los pantalones de campana alrededor de las pantorrillas y se calzó las gigantescas botas de goma negras que dejaban siempre en los escalones de

cemento. Moviéndose como Neil Armstrong vadeó la gruesa capa de barro hasta el cobertizo situado detrás de la casa. La vieja yegua cuarterona cojeó hasta la cerca y la saludó con un relincho.

—Hola, Sweetpea —dijo Kate mientras echaba un manojo de paja al suelo y a continuación rascaba la oreja aterciopelada del caballo—. Yo también te echo de menos.

Y era verdad. Dos años antes habían sido inseparables; durante todo aquel verano Kate había montado la yegua y ganado muchas escarapelas en la feria del condado de Snohomish.

Pero las cosas cambiaban a toda velocidad, ahora lo sabía. Un caballo podía envejecer de un día para otro y quedarse cojo. Una amiga podía convertirse en una completa desconocida con la misma rapidez.

—Adiós.

Recorrió a zancadas el camino oscuro y embarrado y dejó las botas sucias en el porche.

Cuando abrió la puerta trasera se encontró con el caos. Su madre estaba en la cocina, con su bata de estar por casa de estampado floral y pantuflas rosas acolchadas, fumando un cigarrillo Eve mentolado y vertiendo masa en una sartén eléctrica alargada. Llevaba la melena castaña que le llegaba a los hombros dividida en dos coletas escuálidas sujetas con dos trozos de cinta rosa chillón.

—Pon la mesa, Kate —dijo sin levantar la vista—. ¡Sean, baja!

Kate obedeció. Antes de que le diera tiempo a terminar, su madre estaba detrás de ella sirviendo leche en los vasos.

—Sean... ¡El desayuno! —gritó de nuevo la madre en dirección a las escaleras. Esta vez añadió las palabras mágicas—: He servido la leche.

A los pocos segundos, Sean, de ocho años, bajó corriendo las escaleras y se abalanzó hacia la mesa de formica beis jaspeada riendo al tropezar con el cachorro de labrador que se había incorporado hacía poco a la familia.

Kate estaba a punto de sentarse en su sitio de siempre cuando se le ocurrió mirar hacia el salón. Por el ventanal que había encima del sofá vio algo que la sorprendió: un camión de mudanza enfilaba el camino de entrada de la casa situada al otro lado de la calle.

—Hala.

Cruzó las dos habitaciones con su plato y se quedó en la ventana mirando la hectárea de jardín hasta la casa de enfrente. Llevaba vacía desde que tenía

uso de razón.

Oyó los pasos de su madre a su espalda, sonoros en el suelo de falso linóleo de la cocina, silenciosos en la moqueta verde musgo del salón.

—Se muda alguien a la casa de enfrente —dijo Kate.

—¿En serio?

*No, estoy mintiendo.*

—Igual tienen una hija de tu edad. Estaría bien que tuvieras una amiga.

Kate contuvo su irritación. Solo una madre podía pensar que era fácil hacer amigos en la escuela secundaria.

—Sí, claro.

Se volvió con brusquedad y se llevó el plato al pasillo, donde terminó de desayunar tranquila debajo de un retrato de Jesús.

Como era de esperar, su madre la siguió. Se quedó junto al tapiz de *La última cena* sin decir nada.

—¿Qué? —saltó Kate cuando no pudo soportarlo más.

El suspiro de su madre fue tan leve que casi no se oyó.

—¿Por qué no hacemos más que discutir últimamente?

—Empiezas tú.

—¿Diciéndote hola y preguntándote qué tal estás? Desde luego soy una auténtica bruja.

—Tú lo has dicho.

—No es culpa mía y lo sabes.

—¿El qué?

—Que no tengas amigos. Si...

Kate se marchó. Si oía un solo discursito más de si-pusieras-un-poco-más-de-tu-parte era muy posible que vomitara.

Afortunadamente, y por una vez, su madre no la siguió, sino que volvió a la cocina mientras decía:

—Date prisa, Sean. El autobús escolar Mularkey sale en diez minutos.

Su hermano rio. Kate puso los ojos en blanco y subió al piso de arriba. Era penoso. ¿Cómo podía su hermano reírse del mismo estúpido chiste todos los días?

La respuesta llegó tan rápido como la pregunta: porque tenía amigos. La vida con amigos era siempre más fácil.

Se encerró en su dormitorio hasta que oyó arrancar la vieja ranchera Ford. Lo que menos le apetecía en el mundo era que la llevara a clase su madre,

que gritaba y agitaba el brazo como una concursante del *El precio justo* cuando Kate se bajaba del coche. Todo el mundo sabía que el que te llevaran tus padres al instituto era un suicidio social. Cuando por fin oyó los neumáticos circular despacio por la grava, bajó, fregó los platos, cogió sus cosas y salió. Fuera hacía sol, pero la lluvia de la noche anterior había dejado socavones del tamaño de neumáticos en el camino de entrada. Sin duda, los viejos que se reunían en la ferretería ya estarían hablando de la inundación. El barro se le pegaba a las suelas de sus zapatos Earth de imitación y la obligaba a caminar despacio. Tan concentrada estaba en proteger sus únicos calcetines de estampado arcoíris que hasta el final del camino no reparó en la chica al otro lado de la calle.

Era guapísima. Alta y con grandes pechos, pelo castaño rojizo largo y rizado y una cara como la de Carolina de Mónaco, con piel clara, labios carnosos y pestañas largas. ¡Y cómo iba vestida! Vaqueros a la cadera de tres botones con enormes cuñas de tela en las costuras a modo de pata de elefante, zapatos de plataforma de corcho de diez centímetros y una blusa folk de mangas anchísimas color rosa que dejaba ver al menos cinco centímetros de estómago.

Kate se pegó los libros al pecho mientras deseaba no haberse apretado las espinillas la noche anterior. O que sus vaqueros no fueran del hipermercado.

—Ho-hola —dijo, deteniéndose en su lado de la calle—. El autobús para en esta acera.

Unos ojos color chocolate muy resaltados con rímel negro y sombra de ojos azul brillante la miraron fijamente sin revelar nada.

En ese momento llegó el autobús. Silbó, chasqueó y se detuvo en la parada con una sacudida. Un chico que le había gustado a Kate en otro tiempo sacó la cabeza y gritó:

—Oye, piojo acuático, que ya no llueve. —Y se rio.

Kate agachó la cabeza y subió al autobús. Se desplomó en su asiento de siempre de la primera fila, sola, y esperó sin levantar la cabeza a que la chica nueva pasara a su lado, pero no subió nadie. Cuando se cerraron las puertas y el autobús se puso en marcha se atrevió a volver la vista a la calle.

La chica más guay del mundo no estaba.

Tully ya sabía que no encajaba allí. Por la mañana había tardado dos horas en

elegir qué ponerse —un conjunto sacado directamente de las páginas de la revista para adolescentes *Seventeen*—, y fue un completo error.

Cuando llegó el autobús escolar tomó una decisión en una fracción de segundo. No iba a ir al instituto de aquel poblacho. Era posible que Snohomish estuviera a menos de una hora del centro de Seattle, pero por lo que le atañía a ella podía estar en la luna. Así de fuera de lugar se sentía en él.

No.

Ni hablar.

Recorrió decidida el camino de grava y empujó la puerta con tal fuerza que chocó contra la pared.

Los gestos melodramáticos, había aprendido, eran como la buena puntuación: resaltaban el mensaje.

—¡Tiene que ser una broma! —gritó, dándose cuenta demasiado tarde de que en el salón solo estaban los hombres de la empresa de mudanzas.

Uno de ellos se detuvo y la miró desconfiado.

—¿Eh?

Se abrió paso entre ellos y al hacerlo se arañó con un armario tan fuerte que los hombres soltaron exclamaciones en voz baja. Le dio igual. Odiaba sentirse así, llena de rabia.

No estaba dispuesta a que su supuesta madre la hiciera sentirse retorcida por dentro, no después de todas las veces que la había abandonado.

Su madre estaba en el dormitorio principal sentada en el suelo recortando fotografías de la revista *Cosmopolitan*. Como siempre, su larga melena era una pesadilla ondulada y sin peinar, sujeta por una cinta de cuero y cuentas espantosamente pasada de moda. Sin levantar la vista pasó a la página siguiente, donde salía Burt Reynolds desnudo y sonriente tapándose el pene con una mano.

—No pienso ir a ese instituto de mala muerte. Está lleno de paletos.

—Ah. —La madre pasó la página, luego cogió las tijeras y se puso a recortar unas flores de un anuncio de champú marca Breck—. Vale.

Tully tuvo ganas de gritar.

—¿Cómo que vale? ¡Tengo catorce años!

—Mi trabajo es quererte y apoyarte, cariño, no decirte lo que tienes que hacer.

Tully cerró los ojos, contó hasta diez y repitió:

—No tengo amigos aquí.

—Pues haz nuevos. Tengo entendido que en tu otro instituto eras doña Popular.

—Por favor, mamá, tienes...

—Nube.

—No pienso llamarte «Nube».

—Como quieras, Tallulah.

La madre levantó la vista para asegurarse de que la había entendido. Así era ella.

—No pinto nada aquí.

—Eso es una tontería y lo sabes, Tully. Eres hija de la tierra y el cielo. Tu lugar está en todas partes. El Bhagavad Gita dice...

—Se acabó.

Tully dejó a su madre con la palabra en la boca. Lo último que necesitaba era un consejo producto de las drogas que parecía sacado de un cartel hippy. De camino a la puerta cogió una cajetilla de Virginia Slims del bolso de su madre y salió a la carretera.

Durante la semana siguiente Kate se dedicó a estudiar a la chica nueva desde lejos.

Tully Hart era diferente de una manera atrevida, guay; de alguna manera brillaba más que el resto en los pasillos de paredes verde desvaído. No tenía hora de llegada a casa y le daba igual si la pillaban fumando en el bosque de detrás del instituto. Todos hablaban de ello. Kate percibía el asombro susurrado en sus voces. Para aquellos chicos criados en granjas lecheras y casas de trabajadores de una fábrica de papel en el valle de Snohomish, Tully Hart era exótica. Todos querían ser amigos suyos.

La popularidad instantánea de su vecina hacía más insoportable el aislamiento de Kate. No estaba segura de por qué le dolía tanto. Solo sabía que cada mañana, cuando esperaban al autobús una al lado de la otra pero a mundos de distancia, separadas por un gran silencio, Kate deseaba desesperadamente que Tully se diera por enterada de su existencia.

Algo que nunca ocurriría.

—... antes de que empiece el show de Carol Burnett. Ya está preparada. ¿Kate? ¿Katie?

Kate levantó la cabeza de la mesa de la cocina. Se había quedado dormida



encima del libro de ciencias sociales.

—¿Eh? ¿Qué has dicho? —preguntó mientras se ajustaba las gruesas gafas.

—Que les he hecho una boloñesa precocinada a nuestras nuevas vecinas. Quiero que se la lleves.

—Pero... —Kate trató de pensar en una excusa, cualquiera, que la salvara de aquella situación—. Ya llevan aquí una semana.

—Bueno, sí, me he retrasado un poco. Estos días han sido una locura.

—Tengo muchos deberes. Manda a Sean.

—No creo que Sean vaya a hacer amigos en esa casa, ¿no te parece?

—Yo tampoco —dijo Kate con tristeza.

Su madre la miró. El pelo castaño que se había rizado y cardado con tanto cuidado por la mañana estaba ahora lacio y el maquillaje había desaparecido. Tenía la cara redonda, como de manzana, pálida y desvaída. Llevaba el chaleco de croché morado y amarillo, regalo de las Navidades anteriores, mal abotonado. Con la mirada fija en Kate, cruzó la habitación y se sentó delante de la mesa.

—¿Puedo decir algo sin que te pongas hecha una furia?

—Probablemente no.

—Siento lo que te pasó con Joannie.

De todas las cosas que Kate habría esperado, esa ni siquiera estaba en la lista.

—No importa.

—Claro que importa. Tengo entendido que estos días anda con gente un poco gamberra.

Kate quiso decir que le daba absolutamente igual, pero, para su horror, tenía ganas de llorar. Le afloraron recuerdos: de Joannie y ella subidas al pulpo de la feria, sentadas a la puerta de los establos hablando de lo divertido que sería el instituto. Se encogió de hombros.

—Sí.

—La vida es dura a veces. Sobre todo a los catorce años.

Kate puso los ojos en blanco. Si de algo estaba segura era de que su madre no tenía ni idea de lo dura que podía ser la vida para una adolescente.

—Joder. No me digas.

—Voy a hacer como que no he oído tu contestación. No será difícil porque nunca me vas a volver a hablar así, ¿verdad?

Kate no pudo evitar querer ser como Tully. Ella nunca se habría echado

atrás tan fácilmente. De estar en su situación, lo más probable es que se hubiera encendido un pitillo y hubiera desafiado a su madre a que le dijera algo.

Su madre rebuscó en el amplio bolsillo de su falda y encontró sus cigarrillos. Mientras encendía uno, estudió a Kate.

—Sabes que te quiero y que te apoyo y que no dejaría que nadie te hiciera daño. Pero, Katie, tengo que hacerte una pregunta. ¿A qué esperas?

—¿De qué hablas?

—Te pasas el tiempo leyendo y haciendo deberes. ¿Cómo se supone que te va a conocer la gente si te comportas así?

—Es que no quieren conocerme.

La madre le tocó la mano con suavidad.

—Quedarse sentada esperando a que algo o alguien te cambie la vida nunca es bueno. Por eso mujeres como Gloria Steinem se dedican a quemar sujetadores y a manifestarse en Washington.

—¿Para que yo pueda hacer amigas?

—Para que puedas ser lo que quieras. Tu generación tiene mucha suerte. Podéis ser lo que queráis. Pero tendrás que asumir algún riesgo de vez en cuando. Salir ahí fuera. Una cosa te voy a decir: en la vida solo nos arrepentimos de lo que no hemos hecho.

Kate percibió un tono raro en la voz de su madre, una tristeza que teñía la palabra «arrepentimos». Pero ¿qué podía saber su madre del campo de batalla de la popularidad en el instituto? Llevaba décadas sin ser adolescente.

—Sí, claro.

—Es verdad, Kathleen. Algún día te darás cuenta de lo lista que soy. —La madre sonrió y le dio unas palmaditas en la mano—. Si eres como los demás, sucederá más o menos en el momento en que quieras que te haga de canguro por primera vez.

—¿De qué hablas?

La madre se rio de un chiste que Kate ni siquiera entendía.

—Me alegro de que hayamos hablado. Y ahora, venga. Vete a hacerte amiga de nuestra nueva vecina.

*Sí, claro, amiguísima.*

—Ponte los guantes de horno, todavía quema —dijo la madre.

*Genial. Lo que me faltaba.*

Kate fue a la encimera y miró el guiso con aspecto de engrudo marrón

rojizo. Obediente, lo cubrió con papel de aluminio que dobló por los bordes y se puso los guantes azules gruesos y acolchados que había hecho la tía Georgia. En la puerta trasera se calzó los Earth de imitación que estaban en el porche y tomó el camino de piedra porosa.

La casa del otro lado de la calle era alargada y baja, como desparramada, y con una planta en L orientada hacia el lado contrario de la calzada. El musgo cubría las tejas. Los laterales color marfil necesitaban una mano de pintura y los canalones rebosaban de hojas y palos. Enormes matas de rododendros tapaban casi todas las ventanas y enebros desbocados creaban una barrera verde y cubierta de púas que recorría toda la casa. Aquellas plantas llevaban décadas desatendidas.

Al llegar a la puerta principal, Kate respiró hondo.

Sujetó la fuente con una mano, se quitó un guante y llamó.

*Por favor, que no haya nadie en casa.*

Casi al momento oyó pasos.

La puerta se abrió y apareció una mujer alta vestida con un caftán vaporoso. Una cinta de cuero y cuentas le ceñía la frente. De sus orejas colgaban unos pendientes desaparejados. Había una extraña opacidad en sus ojos, como si necesitara gafas y no las tuviera, pero aun así tenía cierta belleza frágil.

—¿Sí?

Una música extraña y pulsátil parecía salir de varios lugares a la vez; aunque las luces estaban apagadas, varias lámparas de lava eructaban y borboteaban en botellas de inquietante color rojo y verde.

—Ho-hola —balbuceó Kate—. Mi madre os ha preparado esto.

—Qué bien —dijo la mujer. Se tambaleó hacia atrás y estuvo a punto de caerse.

Entonces apareció Tully en el umbral. O hizo su entrada, más bien, moviéndose con una elegancia y una seguridad más propias de una estrella de cine que de una adolescente. Con un minivestido azul intenso y botas blancas de gogó, parecía lo bastante mayor para conducir. Sin decir una palabra cogió a Kate del brazo y le hizo cruzar el salón hasta una cocina donde todo era rosa: las paredes, los armarios, las cortinas, las encimeras de azulejo, la mesa... Cuando Tully la miró, a Kate le pareció ver el atisbo de algo parecido a la vergüenza en sus ojos oscuros.

—¿Era tu madre? —preguntó Kate, un poco desconcertada.

—Tiene cáncer.

—Ah. —Kate no supo qué decir excepto—: Lo siento.

El silencio se instaló en la habitación. En lugar de mirar a Tully a los ojos, Kate se dedicó a estudiar la mesa. En su vida había visto tanta comida basura junta. Galletas rellenas. Cajas de cereales azucarados, Fritos, aritos de patata Funyun, pastelitos Twinkies, bollitos rellenos y palomitas dulces amarillo chillón.

—Guau, ojalá mi madre me dejara comer estas cosas. —De inmediato, Kate deseó haber mantenido la boca cerrada. Había quedado como una pardilla. Para tener algo que hacer, dejó la fuente en la encimera—. Aún está caliente —dijo, algo estúpido teniendo en cuenta que llevaba puestos unos guantes que parecían orcas, las ballenas asesinas.

Tully se encendió un pitillo y se recostó contra la pared rosa sin quitarle la vista de encima.

Kate miró hacia la puerta que daba al salón.

—¿No le importa que fumes?

—Está demasiado enferma para que le importe.

—Ah.

—¿Quieres una calada?

—Pues... no. Gracias.

—Me lo imaginaba.

En la pared, un reloj con forma de gato movió el rabo.

—Supongo que tendrás que irte a casa a cenar —dijo Tully.

—Ah —repitió Kate sonando aún más pardilla que antes—. Es verdad.

Tully la condujo de vuelta cruzando el salón, donde su madre se había despatarrado en el sofá.

—Adiós, chica de la casa de enfrente que va de vecina enrollada.

Tully tiró de la puerta. Fuera, la noche que empezaba a caer era un rectángulo morado borroso demasiado vívido para resultar real.

—Gracias por la comida —dijo Tully—. No sé cocinar y Nube está más bien cocinada, ya me entiendes.

—¿Nube?

—Así se llama mi madre ahora.

—Ah.

—Sería genial si yo supiera cocinar. O si tuviéramos un cocinero o algo. Como mi madre tiene cáncer —comentó Tully mirando a Kate.

*Dile que tú le enseñas.*

*Arriésgate.*

Pero no podía. La humillación potencial era demasiado grande.

—Bueno... Adiós.

—Hasta luego.

Kate pasó a su lado y salió a la noche.

Había recorrido media acera cuando Tully la llamó.

—Oye, espera.

Kate se giró despacio.

—¿Cómo te llamas?

Tuvo una punzada de esperanza.

—Kate. Kate Mularkey.

Tully rio.

—¿Mularkey? ¿O sea, te apellidas «Payasadas»?[2].

El chiste sobre su apellido había perdido la gracia hacía tiempo. Kate suspiró y se dio la vuelta de nuevo.

—No quería reírme —dijo Tully, pero sin dejar de hacerlo.

—Sí, claro. Lo que tú digas.

—Vale, como quieras. Tú pórtate como una idiota.

Kate siguió andando.

Tully miró a la chica alejarse.

—No debería haber dicho eso —se reprochó, reparando en lo débil que sonaba su voz bajo el cielo sembrado de estrellas.

Ni siquiera sabía muy bien por qué lo había dicho, por qué había sentido de pronto la necesidad de burlarse de su vecina. Suspiró y entró en la casa. En cuanto puso el pie en la sala el olor de la marihuana la abrumó y le irritó los ojos. Su madre estaba tumbada en el sofá con las piernas abiertas en cruz, una apoyada en la mesa baja y la otra en los cojines del respaldo. Tenía la boca abierta y las comisuras de la boca brillaban por la saliva.

Y la chica de la casa de enfrente había visto aquello. Se apoderó de ella una oleada de vergüenza. Sin duda, para el lunes los rumores se habrían extendido por todo el instituto. *Tully Hart tiene una madre drogata.*

Por eso nunca invitaba a nadie a casa. Cuando tienes secretos que ocultar es mejor hacerlo a solas, en la oscuridad.

Habría dado cualquier cosa por tener una de esas madres que cocinan para desconocidos. Tal vez por eso se había burlado del nombre de aquella chica. Ese pensamiento la puso furiosa y dio un portazo.

—Nube, despierta.

La madre tomó aire con un ronquido y se incorporó.

—¿Qué *passha*?

—Es la hora de la cena.

La madre se retiró un mechón de pelo de los ojos y se esforzó por enfocar el reloj de la pared.

—¿Qué estamos, en una residencia de ancianos? Son las cinco.

A Tully le sorprendió que su madre aún pudiera leer la hora. Fue a la cocina, sirvió el guiso en dos platos de cerámica marca Corning y volvió al

salón.

—Toma.

Le dio a su madre un plato y un tenedor.

—¿De dónde ha salido esto? ¿Has cocinado?

—Pues no. Lo ha traído la vecina.

Nube miró somnolienta a su alrededor.

—¿Tenemos vecinos?

Tully no se molestó en contestar. En cualquier caso, a su madre se le olvidaba siempre de qué estaban hablando, lo que hacía imposible mantener una conversación de verdad. Por lo general a Tully le daba lo mismo —le apetecía tanto hablar con Nube como ver películas en blanco y negro—, pero ahora, desde la visita de aquella chica, era muy consciente de lo diferente de sus circunstancias. De tener una familia de verdad —una madre que preparaba comida y se la regalaba a sus vecinos— no se sentiría tan sola. Se sentó en uno de los pufs color mostaza que flanqueaban el sofá y dijo con cautela:

—Me preguntó qué estará haciendo la abuela.

—Pues lo más seguro es que esté haciendo uno de esos bordados que alaban al Señor. Como si con eso fuera a ir al cielo, ja. ¿Qué tal el instituto?

Tully levantó la cabeza como un resorte. No podía creerse que su madre acabara de hacerle una pregunta sobre su vida.

—Pues conozco a mucha gente, pero... —Frunció el ceño. ¿Cómo podía expresar su insatisfacción con palabras? De lo único que estaba segura era de que allí se sentía sola, incluso en compañía de sus nuevos amigos—. Todavía no...

—¿Hay ketchup? —la interrumpió su madre mirando con cara de pocos amigos su plato de pasta con carne y pinchándolo con el tenedor. Se balanceaba al ritmo de la música.

Tully odió sentirse tan decepcionada. ¿Cómo había podido ser tan tonta y esperar algo de su madre?

—Me voy a mi habitación —dijo levantándose del puf.

Lo último que oyó antes de encerrarse de un portazo fue a su madre decir:

—Igual con un poco de queso...

Aquella noche, tarde, mucho después de que todos se hubieran ido a la cama,

Kate bajó con sigilo las escaleras, se calzó las gigantescas botas de goma de su padre y salió. Últimamente aquello se estaba convirtiendo en una costumbre, salir de la casa cuando no podía dormir. En lo alto, el cielo negro inmenso estaba salpicado de estrellas. Le hacía sentir pequeña e insignificante, aquel cielo. Una chica solitaria mirando una calle desierta que no llevaba a ninguna parte.

Sweetpea relinchó y trotó hacia ella.

Kate se subió a la valla.

—Hola, chica —dijo mientras se sacaba una zanahoria del bolsillo del anorak.

Miró la casa al otro lado de la calle. Era medianoche y las luces seguían encendidas. Seguro que Tully estaba dando una fiesta con los chicos más populares del instituto. Sin duda estaría riendo, bailando y hablando de lo guais que eran.

Kate habría dado todo lo que tenía por que la invitaran a una fiesta así.

Sweetpea le empujó la rodilla con el hocico y resopló.

—Sí, ya lo sé. Estoy soñando.

Con un suspiro se bajó de la valla, acarició a Sweetpea por última vez y se volvió a la cama.

Unas noches más tarde, después de una cena a base de galletas rellenas y cereales azucarados con forma de letras, Tully se dio una ducha larga y caliente, se afeitó las piernas y axilas con cuidado y se secó y peinó hasta que tuvo el pelo sin una sola onda o rizo y con la raya en medio. Luego fue a su armario e intentó decidir qué ponerse. Era su primera fiesta del instituto, tenía que ir perfecta. Ninguna de las chicas de su curso había sido invitada. Solo ella. Pat Richmond, el chico más guapo del equipo de fútbol americano, había elegido a Tully para que fuera su acompañante. El miércoles anterior por la noche habían coincidido en una hamburguesería, él con sus amigos y ella con los suyos. Había bastado una mirada de Tully para que Pat dejara su grupo de tipos fuertotes y fuera derecho hacia ella.

Al verle acercarse, Tully prácticamente se desmayó. En la gramola sonaba *Stairway to Heaven*. Más romántico imposible.

—Solo por hablar contigo me puedo meter en un lío —dijo Pat.

Tully trató de parecer madura y cosmopolita al decir:



—Me gustan los líos.

La sonrisa que le dedicó Pat no se parecía a nada. Por primera vez en su vida se sintió tan bonita como decía la gente que era.

—¿Quieres venir conmigo a la fiesta del viernes?

—Podría solucionarse —dijo. Era una frase que le había oído a Erica Kane en la serie de televisión *Todos mis hijos*.

—Te recojo a las diez. —Pat se acercó más—. A no ser que esa sea tu hora de volver a casa, niñita.

—Firefly Lane, diecisiete. Y no tengo hora de llegada.

Pat sonrió otra vez.

—Por cierto, soy Pat.

—Yo Tully.

—Bueno, Tully, pues te veo a las diez.

Tully seguía sin dar crédito. Se había pasado las últimas cuarenta y ocho horas sin pensar en otra cosa que no fuera su primera cita de verdad. Las otras veces que había salido con chicos siempre había sido en grupo o para asistir a un baile del colegio. Esto era completamente distinto, Pat era casi un hombre.

Podían enamorarse, lo sabía. Y luego, con Pat de la mano, dejaría de sentirse tan sola.

Por fin decidió qué se pondría.

Vaqueros a la cadera, con tres botones y de campana, suéter de punto rosa de cuello redondo y escotado y sus zapatos de plataforma de corcho preferidos. Dedicó casi una hora a maquillarse, aplicándose más y más capas hasta que se encontró arrebatadora. Estaba impaciente por que Pat viera lo guapa que podía llegar a estar.

Le robó una cajetilla de tabaco a su madre y salió del dormitorio.

En el salón, su madre levantó la vista, confusa, de una revista.

—Oye, que son casi las diez. ¿Dónde vas?

—Un chico me ha invitado a una fiesta.

—¿Está aquí?

Sí, claro. Como si Tully pudiera invitar a nadie a aquella casa.

—He quedado con él en la calle.

—Pues genial. No me despiertes cuando vuelvas.

—No lo haré.

Fuera estaba oscuro y hacía frío. La Vía Láctea se extendía en el cielo

dibujando un camino de luz de estrellas.

Esperó junto al buzón en la calle principal cambiando el peso de un pie a otro para no quedarse fría. Tenía los brazos con piel de gallina. El anillo termosensible que llevaba en el dedo corazón cambió de verde a morado. Intentó recordar qué significaba eso.

Al otro lado de la calle y ladera arriba, la hermosa casita rústica relucía en la oscuridad. Cada ventana era como una porción de mantequilla fundida y apetitosa. Seguramente estaban todos en casa, reunidos alrededor de una mesa grande jugando al Risk. Tully se preguntó qué harían si les visitaba un día, se presentaba en el porche y saludaba.

Oyó el coche de Pat antes de ver sus faros. El rugido del motor le hizo olvidarse de la familia del otro lado de la calle y bajó a la calzada saludando con la mano.

El Dodge Charger verde de Pat se detuvo a su lado; el coche parecía latir al ritmo de la música, vibrar. Tully se deslizó en el asiento del pasajero. La música estaba tan alta que supo que Pat no oiría lo que dijera.

Este pisó el acelerador con una sonrisa y salieron como un cohete, atronando la tranquila carretera comarcal.

Cuando se desviaron por un camino de grava Tully vio que la fiesta había empezado. Había docenas de coches aparcados formando un gran círculo en un paso con las luces puestas. En la radio de uno de los coches sonaba *Taking Care of Business*, de Bachman-Turner Overdrive, a todo volumen. Pat aparcó junto a la hilera de árboles a lo largo de una valla.

Había jóvenes por todas partes, reunidos alrededor de una hoguera, de pie junto a barriles de cerveza. El suelo estaba cubierto de vasos de plástico transparente. Junto al granero había un grupo de chicos jugando al *touch football*. Era finales de mayo, todavía faltaba mucho para el verano, así que la mayoría llevaba abrigo. Tully deseó no haberse olvidado de coger el suyo.

Pat la cogió fuerte de la mano y la guio a través de las numerosas parejas hasta el barril. Una vez allí, llenó dos vasos.

Tully cogió el suyo y se dejó conducir hasta un rincón tranquilo justo fuera del perímetro de los coches. Pat extendió su cazadora con el anagrama de la universidad en el suelo y le hizo una señal para que se sentara.

—La primera vez que te vi no me lo podía creer —dijo sentado muy cerca de Tully y dando un sorbo a su cerveza—. Eres la chica más guapa que ha habido nunca en este pueblo. Tienes a todos los chicos detrás de ti.

—Pero he venido contigo —replicó Tully sonriéndole. Tenía la impresión de que terminaría cayendo dentro de sus ojos negros.

Pat dio un largo trago de cerveza, hasta casi terminarla, y luego dejó el vaso y la besó.

A Tully la habían besado antes otros chicos; la mayoría habían sido intentos torpes y nerviosos durante un baile lento. Eso era diferente. La boca de Pat parecía mágica. Suspiró feliz y susurró el nombre de Pat. Cuando este se apartó, la miraba con una expresión de amor radiante.

—Me alegro de que hayas venido.

—Yo también.

Pat se terminó la cerveza y se puso de pie.

—Necesito repostar.

Estaban haciendo cola ante el barril cuando la miró con el ceño fruncido.

—Oye, no estás bebiendo nada. Creía que te gustaban las fiestas.

—Me gustan. —Tully sonrió nerviosa. En realidad nunca había bebido alcohol, pero si se portaba como una pardilla dejaría de gustarle a Pat y estaba desesperada por que quisiera estar con ella—. Chinchín —dijo antes de llevarse el vaso de plástico a los labios y apurarlo de un solo trago. Cuando terminó, no pudo evitar eructar y reírse.

—Eso es —dijo Pat, y sirvió dos cervezas más.

La segunda no le supo tan mal, y para la tercera Tully había perdido por completo el sentido del gusto. Cuando Pat sacó una botella de vino barato también bebió. Estuvieron casi una hora sentados en la cazadora, muy juntos, bebiendo y hablando. Tully no conocía a ninguna de las personas sobre las que hablaban, pero daba igual. Lo importante era cómo la miraba Pat, cómo le cogía la mano.

—Venga —le susurró este—. Vamos a bailar.

Cuando se levantó, Tully se sintió mareada. Había perdido el sentido del equilibrio y mientras bailaron no hizo más que tropezar. Por fin se cayó al suelo. Pat rio, le cogió la mano para ayudarla a levantarse y la condujo a un rincón oscuro y romántico entre los árboles. Tully lo siguió dando traspiés y entre risitas y se sobresaltó cuando Pat la cogió en sus brazos y la besó.

Fue tan agradable..., una sensación de calor y cosquilleo. Se pegó a él igual que una gatita encantada con cómo la hacía sentirse. Era cuestión de segundos que Pat diera un paso atrás, la mirara de arriba abajo y dijera «te quiero», igual que Ryan O’Neal en *Love Story*.

Quizá incluso Tully le llamaría «niño bien» cuando le dijera que ella también le quería. Su canción sería *Stairway to Heaven*. Le contarían a la gente que se habían conocido mientras...

La lengua de Pat se deslizó en su boca haciendo presión y explorando como una sonda extraterrestre. De pronto dejó de ser agradable, aquello no estaba bien. Intentó decir «para», pero no le salía la voz; Pat no la dejaba respirar.

Sus manos estaban por todas partes, le subían por la espalda, los costados, le tiraban del sujetador intentando desabrochárselo. Notó cómo se soltaba con un desagradable chasquido. Pat empezó a tocarle el pecho.

—No... —gimoteó Tully tratando de apartarlo. Aquello no era lo que quería. Quería amor, romanticismo, magia. Alguien que la quisiera. No... aquello—. Pat, no.

—Venga ya, Tully. Si lo estás deseando.

La empujó. Tully perdió el equilibrio y cayó en el duro suelo golpeándose en la cabeza. Por un momento la visión se le volvió borrosa. Cuando se recuperó, Pat estaba de rodillas, entre sus piernas. Le sujetaba las manos con una de las suyas y la tenía inmovilizada contra el suelo.

—Así me gusta —dijo mientras le separaba las piernas.

Le subió la camiseta y le miró los pechos desnudos.

—Sí...

Le puso una mano en el pecho y le pellizcó con fuerza el pezón. La otra la metió por los pantalones de Tully, por dentro de la ropa interior.

—Para, por favor. —Tully trató desesperadamente de liberarse, pero sus forcejeos solo parecían excitar más a Pat.

Los dedos de este buscaron entre sus piernas, se movieron dentro de ella.

—Vamos, nena. No te resistas.

Tully empezó a llorar.

—No...

—Sí...

Pat la cubrió con su cuerpo presionándola contra la hierba húmeda.

Tully lloraba tanto que se tragaba sus propias lágrimas, pero a Pat no parecía importarle. Sus besos habían cambiado. Ahora eran húmedos, succionaban, la mordían; le hacían daño, pero no tanto como su cinturón, que le golpeó en el estómago cuando se lo quitó, o su pene, embistiendo...

Cerró con fuerza los ojos mientras el dolor la desgarraba entre las piernas,

la arañaba por dentro.

Entonces, de pronto, se terminó. Pat se quitó de encima y se quedó tumbado a su lado abrazándola y besándola en la mejilla como si lo que acababa de hacerle fuera amor.

—Eh, estás llorando. —Le retiró con delicadeza el pelo de la cara—. ¿Qué te pasa? Pensaba que querías hacerlo.

Tully no sabía qué decir. Como cualquier chica, había imaginado cómo sería perder la virginidad, pero ninguno de sus sueños se parecía a aquello. Miró a Pat, atónita.

—¿Cómo iba a querer eso?

La frente de Pat se frunció en un ceño de irritación.

—Venga, Tully. Vamos a bailar.

La manera en que lo dijo, casi con amabilidad, como si de verdad la reacción de Tully lo hubiera desconcertado, no hizo más que empeorar las cosas. Era evidente que Tully había hecho algo mal, que se había portado como una calientapollas, y eso era lo que les pasaba a las chicas que jugaban a esos juegos.

Pat la miró un minuto más y luego se puso en pie y se subió los pantalones.

—Como quieras. Pero necesito otra copa. Vámonos.

Tully se tumbó de costado.

—Vete.

Lo notaba a su lado, sabía que la estaba mirando.

—Parecía que tú también querías, joder. No puedes provocar así a un chico y luego hacerte la estrecha. A ver si crecemos un poco. Todo esto es culpa tuya.

Tully cerró los ojos y le ignoró; cuando por fin se fue, se sintió agradecida. Por una vez se alegraba de estar sola.

Siguió tumbada, sintiéndose rota y dolida, y, lo que era peor, tonta. Al cabo de una hora más o menos oyó cómo se terminaba la fiesta. Los coches arrancaban y los neumáticos hacían chirriar la grava suelta al alejarse.

Pero siguió allí, incapaz de moverse. Lo que había pasado era su culpa, en eso Pat tenía razón. Era tonta y joven. Su única aspiración era que alguien la quisiera.

—Tonta —dijo entre dientes cuando por fin se incorporó.

Despacio, se vistió e intentó ponerse de pie. El movimiento le dio ganas de vomitar, cosa que hizo inmediatamente encima de sus zapatos preferidos.

Cuando se le pasaron las náuseas se agachó para coger el bolso, se lo pegó al pecho y emprendió el lento y doloroso camino de vuelta a la carretera.

A aquella hora de la noche no pasaban coches, y se alegró. No quería tener que explicarle a nadie por qué tenía el pelo lleno de agujas de pino y los zapatos manchados de vómito.

Durante todo el camino a casa estuvo reviviendo lo ocurrido: cómo la había sonreído Pat al invitarla a la fiesta; el tierno primer beso que le había dado; la forma en que le había hablado, como si le importara; y luego el otro Pat, con sus manos ásperas, su lengua y sus dedos ávidos, con la polla dura y la violencia con que la había penetrado.

Cuanto más lo recordaba, más sola y triste se sentía.

Si tuviera alguien con quien hablar... Quizá eso apaciguaría el dolor. Pero, por supuesto, no lo tenía.

Otro secreto más que tendría que guardarse, como el de su madre lunática y su padre desconocido. La gente diría que se lo había buscado, qué pintaba una chica de su edad en una fiesta de bachillerato.

Al acercarse a su calle, aflojó el paso. La idea de irse a casa, de sentirse sola en un lugar que debería ser un refugio con una mujer que se suponía que tenía que quererla de pronto le resultó insoportable.

El viejo caballo gris de los vecinos trotó hasta la cerca y relinchó.

Tully cruzó la calle y empezó a subir la cuesta. Cuando llegó a la cerca, arrancó un puñado de hierba y se lo ofreció al animal.

—Toma, chico.

El caballo olisqueó la hierba, resopló con el hocico húmedo y se alejó trotando.

—Es chica y le gustan las zanahorias.

Tully levantó la cabeza y vio a su vecina sentada en el primer listón de la valla.

Estuvieron varios minutos en silencio, con los suaves relinchos de la yegua como único sonido.

—Es tarde —dijo la chica vecina.

—Sí.

—Me encanta estar aquí de noche. Lo brillantes que están las estrellas. A veces, si te quedas un rato mirando el cielo ves como puntitos blancos cayendo a tu alrededor, como luciérnagas. Igual por eso se llama así la calle. Seguro que piensas que soy una pardilla por decir cosas así.

Tully quiso contestar, pero no podía. En algún lugar muy profundo de su interior había empezado a temblar y necesitaba concentrarse al máximo para que no se le notara.

La chica —se llamaba Kate, recordó Tully— se bajó de la cerca. Llevaba una camiseta extragrande con una serigrafía de los protagonistas de la serie *Mamá y sus increíbles hijos* que se empezaba a desprender. Sus botas hacían un ruido como de succión al pisar el barro.

—Oye, no tienes muy buena cara. —El aparato dental la hacía cecear—. Y apesta a vómito.

—Estoy bien —dijo Tully poniéndose rígida cuando Kate se le acercó.

—¿De verdad estás bien?

Para su horror, Tully se echó a llorar.

Kate la miró un instante desde detrás de sus gafas de empollona. A continuación y sin decir una palabra, la abrazó.

Tully dio un respingo; el contacto le resultó extraño e inesperado. Hizo ademán de soltarse, pero comprobó que no podía. De pronto, no recordaba la última vez que alguien la había abrazado así y se encontró aferrándose a aquella chica tan rara, temerosa de soltarse, temerosa de que sin Kate saldría flotando, igual que el barco *Minnow* de *La isla de Gilligan*, y se perdería en el mar.

—Seguro que se va a poner bien —dijo Kate cuando las lágrimas de Tully cesaron.

Tully se apartó con el ceño fruncido. Tardó un segundo en comprender.

El cáncer. Kate pensaba que estaba preocupada por su madre.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Kate mientras se quitaba el aparato dental y lo dejaba en la superficie musgosa de uno de los postes de la valla.

Tully la miró fijamente. En la luz plateada de la luna llena, no vio más que simpatía en los ojos verdes y magnificados detrás de las gafas de Kate y tuvo deseos de hablar, unos deseos tan intensos que se sintió enferma. Pero no sabía por dónde empezar.

—Ven —añadió Kate, y la condujo por la cuesta hasta el porche delantero en pendiente de la casa. Una vez allí se sentó y se estiró la camiseta raída de modo que le cubriera las rodillas flexionadas—. Mi tía Georgia tuvo cáncer —explicó—. Fue bastante horrible. Se quedó totalmente calva. Pero ahora está bien.

Tully se sentó a su lado y dejó el bolso en el suelo. El olor a vómito era

intenso. Sacó un cigarrillo y lo encendió para enmascarar el hedor. No pudo contenerse y dijo:

—He estado en una fiesta al lado del río.

—¿Una fiesta del instituto? —Kate parecía impresionada.

—Me invitó Pat Richmond.

—¿El *quarterback*? Guau. Mi madre no me dejaría ni estar en la misma cola del supermercado que uno de los mayores del instituto. Es penosa.

—No es penosa.

—Cree que los chicos de dieciocho años son peligrosos. Los llama penes con patas. No me digas que no es penoso.

Tully miró hacia el prado y respiró hondo para sosegar. No podía creerse que fuera a contar a aquella chica lo ocurrido aquella noche, pero lo cierto era que le quemaba por dentro. Si no lo sacaba, se consumiría.

—Me ha violado.

Kate se volvió y Tully notó cómo sus ojos verdes le taladraban el perfil, pero no se movió, no se giró. Sentía una vergüenza tan abrumadora que no soportaba la idea de verla reflejada en los ojos de Kate. Esperó a que esta dijera algo, a que la llamara idiota, pero no hubo más que silencio. Por fin no pudo soportarlo más y la miró de reojo.

—¿Estás bien? —preguntó Kate con voz suave.

Al oír esas palabras Tully lo revivió todo. Los ojos se le llenaron de lágrimas que le impedían ver con claridad.

Kate volvió a abrazarla. Tully se dejó consolar por primera vez desde que era una niña pequeña. Cuando por fin se separó, trató de sonreír.

—Como siga llorando te voy a ahogar.

—Deberíamos decírselo a alguien.

—Ni hablar. Dirán que ha sido culpa mía. Es nuestro secreto, ¿vale?

—Vale. —Kate lo dijo con el ceño fruncido.

Tully se secó los ojos y dio otra calada al cigarrillo.

—¿Por qué eres tan simpática conmigo?

—Tenías pinta de sentirte sola. Créeme, sé lo que es eso.

—¿En serio? Pero si tienes una familia...

—Y solo porque son mi familia les gusto. —Kate suspiró—. Los chicos del instituto me tratan como si tuviera una enfermedad infecciosa. Antes tenía amigas, pero... Probablemente no tienes ni idea de lo que hablo. Con lo popular que eres...



—Ser popular solo significa que hay mucha gente que cree que te conoce.

—Pues te cambio cuando quieras.

Se quedaron calladas. Tully se terminó el cigarrillo y lo apagó. Qué distintas eran, Kate y ella, tan llenas de contrastes como aquel prado bañado de luz de luna, y, sin embargo, hablar con ella le resultaba de lo más fácil. Descubrió que casi tenía ganas de sonreír y eso que aquella era la peor noche de su vida. Eso tenía que significar algo.

Pasaron la hora siguiente en el porche, hablando a ratos, otras veces calladas. No dijeron nada demasiado importante ni compartieron más secretos, solo charlaron.

Por fin Kate bostezó y Tully se puso de pie.

—Creo que me voy al sobre.

Se levantaron y bajaron a la calle. Al llegar a los buzones de correo, Kate se detuvo.

—Bueno, adiós.

—Adiós.

Tully vaciló un instante, incómoda. Quería abrazar a Kate, quizá incluso colgársele del cuello y decirle lo mucho que la había ayudado aquella noche, pero no se atrevía. Había aprendido un par de cosas sobre vulnerabilidad de su madre y en aquel momento se sentía demasiado frágil para arriesgarse a que la humillaran. Se giró y se fue a su casa. Una vez dentro, fue directa a la ducha. Allí, con el agua caliente golpeándole la piel, pensó en lo que le había ocurrido durante la noche —en lo que había dejado que le ocurriera por hacerse la enrollada— y se echó a llorar. Cuando terminó de llorar y las lágrimas formaron un nudo pequeño y apretado en su garganta, cogió el recuerdo y lo encerró en una caja. Lo almacenó junto a los recuerdos de las veces que Nube la había abandonado y de inmediato se dispuso a olvidarse de él.

Kate siguió despierta largo rato después de que se fuera Tully. Al final apartó las mantas y se levantó.

Encontró lo que buscaba en el piso de abajo: una figurita de la Virgen María, una vela votiva en un candelero rojo, una caja de cerillas y el viejo rosario de su abuela. Se llevó todo a su cuarto, organizó un altar encima de la cómoda y encendió la vela.

—Señor —rezó con la cabeza inclinada y las manos juntas—, por favor, cuida de Tully Hart y ayúdala en este momento difícil. Y, por favor, que su madre se cure del cáncer. Sé que puedes ayudarlas. Amén.

Rezó unos cuantos avemarías y volvió a la cama.

Pero pasó toda la noche dando vueltas, soñando con su encuentro con Tully, preguntándose qué sucedería por la mañana. ¿Debía hablar con ella en el colegio, sonreírle? ¿O esperaría Tully que se comportara como si no hubiera pasado nada? La popularidad tenía sus reglas, códigos secretos escritos con tinta invisible que solo las chicas como Tully sabían leer. De lo único que estaba segura Kate era de que no quería cometer una equivocación y ponerse en ridículo. Sabía que a veces las chicas populares tenían «amigas pardillas secretas», a las que por ejemplo sonreían y saludaban cuando no estaban en el colegio o si sus padres tenían relación. Quizá así serían las cosas entre Tully y ella.

Al final renunció a dormir y se levantó. Se puso la bata y bajó. En el salón, su padre levantó la vista del periódico.

—Muy buenos días tenga usted, Katie Scarlett. Ven a darle un abrazo a tu padre.

Kate se dejó caer en su regazo y apoyó la mejilla en la lana áspera de su camisa.

El padre le sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja. Katie reparó en su aspecto cansado; trabajaba mucho, haciendo turnos dobles en Boeing para poder pagar las vacaciones anuales de la familia en un camping.

—¿Qué tal el colegio?

Era lo que preguntaba siempre. Una vez, tiempo atrás, Katie había contestado: «No muy bien, papá» y a continuación esperó palabras de consuelo o algo, pero su padre no dijo nada. Oía lo que quería oír, no lo que Katie decía. Su madre le explicó que era porque trabajaba muchas horas en la fábrica.

A Kate podría haberle disgustado esta falta de atención, pero en lugar de ello le hizo querer aún más a su padre. Jamás le gritaba ni le decía que prestara atención, tampoco le recordaba que su felicidad dependía de ella y de nadie más. Esas eran palabras de su madre; su padre se limitaba a seguir queriéndola con independencia de todo lo demás.

—Genial —contestó, y sonrió para dar credibilidad a la mentira.

—Lógico, ¿no? —observó el padre y la besó en la sien—. Eres la chica más guapa del pueblo. Y tu madre te puso el nombre de una de las grandes heroínas de todos los tiempos.

—Sí, Escarlata O'Hara y yo tenemos muchísimas cosas en común.

—Ya lo verás —dijo el padre riendo—. Todavía tiene usted mucha vida por delante, señorita.

Katie le miró.

—¿Crees que seré guapa de mayor?

—Ay, Katie —respondió el padre—. Pero si ya eres guapísima.

Katie cogió aquellas palabras y se las guardó en el bolsillo como si fueran un amuleto; de tanto en tanto, cuando se preparaba para ir a clase, las tocaba, les daba vueltas entre los dedos.

Para cuando estuvo vestida y preparada para salir, no quedaba nadie en la casa. El autobús familiar de los Mularkey había salido de la estación.

Estaba tan nerviosa que llegó pronto a la parada de autobús. Cada minuto que pasaba parecía durar una eternidad, pero cuando llegó el autocar del colegio y se detuvo, seguía sin haber rastro de Tully.

Kate bajó la cabeza y se sentó en la primera fila.

Durante las clases de la mañana la buscó sin éxito. A la hora del almuerzo, dejó atrás el grupo de chicos populares, ocupados en saltarse la cola de la comida cuando les apetecía, y se sentó en una de las mesas alargadas de la

cafetería. Al otro lado de la habitación, chicos y chicas reían, hablaban y se daban codazos; en cambio, en las mesas de la Siberia social reinaba el silencio. Kate, al igual que los que estaban sentados cerca de ella, rara vez levantaba la vista.

Era un recurso de supervivencia que los chicos no populares no tardaban en aprender. Los primeros años de instituto eran como las selvas de Vietnam; convenía mantener la cabeza baja y no hacer ruido. Tan concentrada estaba en su almuerzo que cuando alguien se acercó a ella y dijo «Hola» estuvo a punto de saltar del asiento.

*Tully.*

Incluso en un frío día de mayo como aquel llevaba una minifalda diminuta, botas blancas de gogó, medias negro brillante y una camiseta escotada. En el escote le tintineaban varios colgantes con el símbolo de la paz. El pelo le brillaba con reflejos de cobre que atrapaban la luz. Un enorme bolso de macramé le llegaba a la altura del muslo.

—¿Le has contado a alguien lo de anoche?

—No. Claro que no.

—Entonces, somos amigas, ¿no?

Kate no supo qué le sorprendía más: la pregunta o la vulnerabilidad en los ojos de Tully.

—Somos amigas.

—Fenomenal. —Tully sacó un paquete de Twinkies del bolso y se sentó al lado de Kate—. Ahora, vamos a hablar de maquillaje. Necesitas ayuda, y no lo digo en plan cabrona. En serio, es que la moda se me da bien, es como un don. ¿Me puedo beber tu leche? Genial, gracias. ¿Te vas a comer el plátano? Si quieres voy a tu casa después de clase...

Kate estaba a la puerta de la tienda mirando a un lado y a otro de la calle por si había alguien que pudiera conocer a su madre.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

Claro que la respuesta no resultaba de mucho consuelo. El día en que se habían convertido oficialmente en amigas, Kate había aprendido algo sobre Tully: era una chica a la que le gustaba hacer planes.

Y el plan de aquel día era poner guapa a Kate.

—¿No te fías de mí?

Esa era la gran pregunta. Era como jugar a los dados: una vez que Tully tiraba, Katie perdía la partida. Tenía que confiar en su nueva amiga.

—Pues claro que sí. Lo que pasa es que no me dejan maquillarme.

—Créeme, soy tan experta que tu madre ni se dará cuenta. Venga.

Tully recorrió la tienda decidida, escogió los tonos de sombra de ojos y coloretes «correctos» para Kate y luego, sorprendentemente, pagó todo. Cuando Kate hizo un comentario, dijo con despreocupación:

—Somos amigas, ¿no?

Cuando salían, Tully le dio un empujoncito a Kate con el hombro.

Kate rio y se lo devolvió. Cruzaron el pueblo y siguieron el río hacia casa sin dejar de hablar de ropa y del instituto. Por fin dejaron la antigua carretera y torcieron por el camino de la entrada a la casa de Tully.

—Mi abuela fliparía si viera esta casa —dijo Tully con expresión incómoda. Rododendros del tamaño de globos aerostáticos cubrían la pared lateral de la casa—. Es suya.

—¿Viene a visitaros?

—Qué va. Prefiere esperar.

—¿Esperar a qué?

—A que mi madre vuelva a olvidarse de mí.

Tully pisó una pila de periódicos y esquivó tres cubos de la basura, luego abrió la puerta. Un humo denso llenaba la habitación.

La madre de Tully estaba en el salón, tumbada en el sofá con los ojos entreabiertos.

—Ho-hola, señora Hart —saludó Kate—. Soy Kate, la vecina.

La señora Hart trató de incorporarse, pero saltaba a la vista que estaba demasiado débil.

—Hola, chica vecina.

Tully cogió a Kate de la mano, la llevó a su habitación y cerró la puerta de golpe. De inmediato fue a su colección de discos, sacó *Goodbye Yellow Brick Road* y lo puso en el plato. Cuando empezó a sonar la música, le lanzó a Kate un ejemplar de la revista para adolescentes *Tiger Beat* y acercó una silla al tocador.

—¿Estás preparada?

El nerviosismo volvió a apoderarse de Kate. Sabía que se buscaría problemas haciendo aquello, pero ¿cómo iba a hacer amigos o ser popular si

no se arriesgaba un poco?

—Estoy preparada.

—Vale. Siéntate. Primero te voy a arreglar el pelo, necesitas mechas. Esto es exactamente lo que usa Maureen McCormick.

Kate miró a Tully en el espejo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo leí en el *Teen* del mes pasado.

—Supongo que ella se pone en manos de profesionales. —Kate abrió *Tiger Beat* y trató de concentrarse en el artículo («La chica de los sueños de Jack Wild podrías ser tú»).

—Retira eso ahora mismo. Me he leído las instrucciones dos veces.

—¿Hay posibilidades de que me quede calva?

—Muy pocas. Ahora cállate. Estoy volviéndome a leer las instrucciones.

Tully separó el pelo de Kate en mechones y empezó a rociarlos con aclarante en spray. Tardó casi una hora en estar satisfecha con los resultados.

—Cuando termine vas a parecer Marcia Brady.

—¿Qué se siente siendo popular? —Kate no había tenido intención de hacer aquella pregunta, se le había escapado.

—Pronto lo sabrás. Pero seguirás siendo mi amiga, ¿no?

Aquello hizo reír a Kate.

—Muy graciosa. Oye, esto empieza a picar.

—¿En serio? Pues se supone que eso no tiene que pasar. Claro, que... se te está empezando a caer el pelo.

Kate reprimió una mueca. Si quedarse calva era el precio a pagar por ser amiga de Tully estaba dispuesta a pagarlo.

Tully cogió el secador de pelo, lo encendió y aplicó calor a la cabeza de Kate.

—Me ha venido la regla —dijo—. Así que por lo menos ese imbécil no me ha dejado embarazada.

Kate percibió el desafío en la voz de su amiga, lo vio en sus ojos.

—He estado rezando por ti.

—¿De verdad? —preguntó Tully—. Guau. Gracias.

Kate no sabía qué decir. Para ella rezar era como lavarse los dientes antes de acostarse, algo que hacías y punto.

Tully apagó el secador y sonrió, pero de nuevo parecía preocupada. Quizá era el olor a pelo quemado.

—Bueno. Métete en la ducha y te lo aclaras.

Kate obedeció. Unos minutos después salió de la ducha, se secó y volvió a vestirse.

De inmediato Tully le cogió la mano y la condujo de vuelta a la silla.

—¿Se te está cayendo el pelo?

—Un poco —reconoció Kate.

—Si te quedas calva me afeito la cabeza. Te lo prometo.

Tully peinó y secó el pelo a Kate.

Esta era incapaz de mirar. Cerró los ojos y dejó que la voz de Tully se fundiera con el gemido del secador.

—Abre los ojos.

Kate levantó la vista despacio. A aquella distancia no necesitaba gafas, pero la fuerza de la costumbre la hizo inclinarse hacia delante. La chica del espejo tenía pelo liso con mechas rubias peinado con una raya pulcra y secado a la perfección. Por una vez su aspecto era suave y bonito, en lugar de ralo y lacio. Las mechas claras resaltaban sus ojos verde hoja y el tono rosado de sus labios. Casi estaba guapa.

—Guau —exclamó, demasiado abrumada de gratitud para añadir nada más.

—Pues espera a que te haya puesto rímel y colorete —contestó Tully—, y también corrector, para taparte esos granos de la frente.

—Siempre seré tu amiga —dijo Kate convencida de que había sido un susurro, pero cuando Tully sonrió supo que la había oído.

—Bien. Ahora vamos con el maquillaje. ¿Has visto mi maquinilla?

—¿Para qué necesitas una maquinilla?

—Para hacerte las cejas, tonta. Ah, está aquí. Cierra los ojos.

Kate no se lo pensó dos veces.

—Vale.

No se molestó en ocultar la cara cuando entró en su casa, de tan segura como se sentía. Por primera vez en su vida, sabía que estaba guapa.

Su padre estaba en el salón, sentado en su butaca reclinable. Cuando entró Kate, levantó la vista.

—Dios bendito —dijo, mientras dejaba de golpe el vaso con su bebida en la mesita estilo provenzal—. ¡Margie!

La madre de Kate salió de la cocina secándose las manos en el delantal. Llevaba el uniforme de madre de diario: blusa de poliéster naranja y verde, pantalones de campana de pana marrón y un delantal arrugado que decía: EL LUGAR DE UNA MUJER ESTÁ EN CASA... Y EN EL SENADO. Cuando vio a Kate se detuvo. Despacio, se quitó el delantal y lo dejó en la mesa.

El repentino silencio hizo que Sean y el perro entraran a toda prisa en la habitación, tropezando el uno con el otro.

—Kate parece una mofeta —comentó Sean—. Puaj.

—Ve a lavarte las manos para cenar —dijo la madre cortante—. Ahora —añadió cuando Sean no se movió.

Este gruñó y se fue escaleras arriba.

—¿Le has dado tú permiso para hacerse eso en el pelo, Margie? —preguntó el padre desde el salón.

—Yo me ocupo, Bud —contestó la madre frunciéndole el ceño a Kate mientras cruzaba la habitación—. ¿Te lo ha hecho la vecina de enfrente?

Kate asintió y trató de aferrarse al recuerdo de sentirse guapa.

—¿Te gusta?

—Sí.

—Bueno. Pues entonces a mí también. Me acuerdo de cuando tu tía Georgia me tiñó el pelo de rojo. La abuela Peet se puso lívida. —Sonrió—. Pero deberías haber pedido permiso. Todavía eres una niña, Kathleen, por mucho que os empeñéis en otra cosa. ¿Se puede saber qué te has hecho en las cejas?

—Tully me las ha afeitado. Para darles forma.

La madre intentó no sonreír.

—Ya lo veo. Bueno, lo mejor es depilárselas con pinzas. Te habría enseñado yo, pero pensaba que eras demasiado joven. —Miró a su alrededor en busca de sus cigarrillos. Los encontró sobre la mesa; cogió uno y lo encendió—. Después de cenar te enseño. Y supongo que puedes ir a clase con un poco de rímel y brillo de labios. Te enseñaré a dártelo para que te quede más natural.

Kate abrazó a su madre.

—Te quiero.

—Y yo a ti. Ahora, ponte con el pan de maíz. Y una cosa, Katie. Me alegro de que hayas hecho una amiga, pero se acabó desobedecer las reglas, ¿de



acuerdo? Así es como se meten las chicas jóvenes en líos.

Kate no pudo evitar pensar en la fiesta del instituto a la que había ido Tully.

—Vale, mamá.

Al cabo de una semana Kate era popular por asociación. A los chicos les encantó su nuevo aspecto y no se apartaban al cruzarse con ella por los pasillos. Que fuera amiga de Tully Hart significaba que molaba.

Incluso sus padres percibieron la diferencia. En la mesa, a la hora de la cena, Kate no era la misma. Ahora era incapaz de estarse callada. Contaba una cosa detrás de otra. Quién salía con quién; quién había ganado al *tetherball*; a quién habían castigado por llevar a clase una camiseta de HAZ EL AMOR, NO LA GUERRA; dónde se cortaba Tully el pelo (en Seattle, en un sitio llamado Gene Juarez, qué chulada); y la película que ponían aquel fin de semana en el cine al aire libre. Seguía hablando de Tully después de cenar, mientras ayudaba a su madre a fregar los platos.

—Qué ganas tengo de que la conozcas. Es la mejor. Le cae bien a todo el mundo, incluso a los colgados.

—¿Qué colgados?

—Los drogas, los que se colocan.

—Ah. —La madre le quitó a Kate la fuente de cristal que usaba para hacer rollo de carne y la secó—. He... estado preguntando por esta chica, Katie. Intenta que Alma, la de la tienda, le venda cigarrillos.

—Lo más seguro es que los compre para su madre.

La madre dejó la fuente ya seca en la encimera de formica jaspeada.

—Hazme un favor, Katie. Que tu mundo no gire alrededor de Tully Hart. No quiero que te metas en líos por seguirla en todo.

Kate dejó caer el estropajo de ganchillo en el agua jabonosa.

—No me lo puedo creer. ¿Y todas las charlas que me dabas sobre arriesgarme? Has estado años diciéndome que hiciera amigos y cuando por fin encuentro a alguien la llamas puta.

—No la he llamado...

Kate salió furiosa de la cocina. A cada paso que daba esperaba que su madre la llamara y le dijera que estaba castigada, pero su teatral salida solo estuvo seguida de un silencio absoluto.

Una vez arriba, se encerró en su cuarto con un portazo para crear más efecto. Luego se sentó en la cama y esperó. Su madre vendría a pedirle perdón; por una vez, Kate había sido la fuerte.

Pero su madre no apareció y para cuando dieron las diez Kate empezó a sentirse mal. ¿Habría herido los sentimientos de su madre? Se levantó y empezó a caminar por la reducida habitación.

Llamaron a la puerta.

Corrió a la cama, se metió y puso cara de estar aburrida.

—¿Sí?

La puerta se abrió despacio. Su madre llevaba la bata de terciopelo roja hasta los pies que le habían regalado por Navidad el año anterior.

—¿Puedo pasar?

—Como si dependiera de mí.

—Y depende —dijo la madre con suavidad—. ¿Puedo pasar?

Kate se encogió de hombros, pero se echó a la izquierda para hacer sitio a su madre.

—Katie, la vida...

Kate no pudo evitar gemir. Otro discurso sobre qué es la vida, no, por favor.

Se sorprendió cuando su madre se echó a reír.

—Vale, nada de discursos. Tal vez ya eres demasiado mayor para eso. —Se detuvo ante el altar de la cómoda—. No hacías uno de estos desde que Georgia estaba con quimioterapia. ¿Quién necesita nuestras plegarias?

—La madre de Tully tiene cáncer y a ella la han vio... —Cerró la boca de golpe, horrorizada por lo que había estado a punto de revelar. Siempre le había contado todo a su madre; pero ahora tenía una amiga íntima, así que debía andarse con cuidado.

La madre se sentó en la cama a su lado, como siempre hacía cada vez que discutían.

—¿Tiene cáncer? Eso es una responsabilidad muy grande para una chica de su edad.

—Tully parece tomárselo muy bien.

—¿De verdad?

—Ella lo lleva todo muy bien —dijo Kate incapaz de disimular el orgullo en su voz.

—¿Y eso?

—No lo entenderías.

—Porque soy demasiado mayor, ¿no?

—Yo no he dicho eso.

La madre le apartó el pelo de la frente en un gesto que a esta le resultaba tan natural como respirar. A Kate siempre le daba la impresión de tener cinco años cuando su madre hacía eso.

—Siento haberte hecho creer que estaba juzgando a tu amiga.

—Más te vale.

—Y tú sientes haber sido desagradable, ¿a que sí?

Kate no pudo evitar sonreír.

—Sí.

—Escucha una cosa. ¿Por qué no invitas a Tully a cenar el viernes?

—Te va a encantar, lo sé perfectamente.

—Estoy segura —dijo la madre antes de besar a Kate en la frente—. Hasta mañana.

—Hasta mañana, mamá.

Mucho después de que su madre se marchara y cuando la casa ya estaba en silencio, Kate seguía despierta, demasiado excitada para dormir. Estaba deseando invitar a Tully a cenar. Después podrían ver *Mi bella genio*, o jugar a Operación o a practicar técnicas de maquillaje. Incluso era posible que Tully se quedara a dormir. Podrían...

*Toc.*

... hablar de chicos, de besarse y de...

*Toc.*

Kate se incorporó. Aquello no era un pájaro en el tejado ni un ratón por una pared.

*Toc.*

¡Era una piedrecita golpeando el cristal!

Retiró las mantas, corrió a la ventana y la abrió.

Tully estaba en el jardín sujetando una bicicleta.

—Baja —dijo en voz demasiado alta y haciendo un gesto de apremio con la mano.

—¿Quieres que me escape?

—¿A ti qué te parece?

Kate nunca había hecho nada parecido, pero ahora no podía portarse como una pardilla. Los chicos guais se saltaban las reglas y se escapaban de sus

casas, todo el mundo lo sabía. Lo que también sabía todo el mundo es que eso solía conducir a problemas. Y era exactamente de lo que le había estado hablando su madre.

*Que tu mundo no gire alrededor de Tully Hart.*

Pero a Kate eso le daba igual. Le importaba Tully.

—Voy.

Cerró la ventana y buscó qué ponerse. Por suerte su pantalón de peto estaba en un rincón, doblado con cuidado debajo de una sudadera negra. Se quitó el pijama de Scooby-Doo y se vistió deprisa; luego salió al pasillo. Cuando pasó por delante de la habitación de sus padres el corazón le latía con tal fuerza que se mareó. Las escaleras crujieron amenazadoras con cada pisada, pero lo consiguió.

En la puerta trasera se detuvo solo el tiempo necesario para pensar: «Puedo meterme en un lío con esto», y a continuación abrió la puerta.

Tully estaba esperándola. A su lado tenía la bicicleta más increíble que había visto Kate. Tenía manillar curvo, un sillín diminuto con forma de riñón y un montón de cables y tubos.

—Guau —exclamó. Hacían falta muchas horas recogiendo fruta para comprarse una bici así.

—Es de diez marchas —dijo Tully—. Me la regaló mi abuela las Navidades pasadas. ¿Quieres llevarla tú?

—Para nada.

Kate cerró la puerta sin hacer ruido. En el cobertizo encontró su vieja bicicleta rosa con el manillar en forma de U, sillín decorado con flores adhesivas y cesta de mimbre blanco. Era lo menos guay del mundo, una bicicleta de niña pequeña.

Tully ni pareció darse cuenta. Se subieron y bajaron el camino húmedo e irregular hasta la calle asfaltada. Una vez allí torcieron a la izquierda y continuaron. Al llegar a Summer Hill, Tully dijo:

—Mírame y haz lo mismo que yo.

Llegaron a lo alto de la colina como si volaran. El pelo de Kate flotaba en el aire y tenía los ojos llenos de lágrimas. A su alrededor, árboles oscuros susurraban en la brisa. En el cielo negro aterciopelado relucían estrellas.

Tully se echó hacia atrás y extendió los brazos. Miró a Kate riendo.

—Prueba.

—No puedo. Vamos demasiado deprisa.

—De eso se trata.

—Es peligroso.

—Venga, Kate, déjate llevar. Dios odia a los cobardes. —Luego, con voz más amable, añadió—: Confía en mí.

Kate no tenía elección. La confianza era parte esencial de la amistad y Tully no querría a una cobarde por amiga.

—Vamos —se dijo a sí misma intentando sonar convencida.

Respiró hondo, dijo una plegaria y soltó el manillar.

Volaba, navegaba por el cielo nocturno ladera abajo. El aire traía el olor de los establos cercanos, el aroma a caballos y a paja fragante. Oyó a Tully reír a su lado, pero antes de que le diera tiempo a sonreír algo ocurrió. El neumático delantero de su bicicleta chocó contra una piedra; la bici dio una sacudida como un toro bravo y se desplazó hacia un lado hasta engancharse con la rueda de Tully al girar.

Gritó e intentó sujetar el manillar, pero era demasiado tarde. Ahora sí que volaba por el aire. El suelo se fue acercando, la golpeó con fuerza y Kate aterrizó hecha un gurruño en una zanja embarrada.

Tully rodó por el asfalto y se chocó contra ella. Las bicicletas cayeron al suelo con estrépito.

Aturdida, Kate miró el cielo nocturno. Le dolía todo el cuerpo. Era posible que se hubiera roto el tobillo izquierdo. Lo notaba hinchado, sensible. El asfalto le había desgarrado trozos de piel.

—Ha sido increíble —dijo Tully riendo.

—¿Estás de broma? Podríamos habernos matado.

—Por eso.

Kate intentó levantarse con una mueca de dolor.

—Deberíamos salir de esta zanja. Puede venir un coche y...

—Pero ¿a que ha molado? Espera a que se lo contemos a los chicos...

Los chicos del instituto. Aquello sería una aventura y Kate sería una de sus protagonistas. La gente escucharía embobada y diría «hala» y «ah» y cosas tipo: «¿Os escapasteis?», «¿Bajasteis Summer Hill sin manos? No me lo creo...».

Y, de pronto, también Kate se echó a reír.

Se ayudaron a ponerse en pie la una a la otra y recuperaron sus bicicletas. Para cuando cruzaron la carretera Kate apenas era consciente de haberse hecho daño. De pronto se sentía distinta: más atrevida, más valiente,

dispuesta a probar cualquier cosa. ¿Y qué si terminaban metidas en un lío por aquella noche? ¿Qué importancia tenían una torcedura de tobillo o una rodilla herida comparadas con una aventura? Durante los últimos dos años había seguido todas las reglas y pasado los fines de semana metida en casa. Pero eso se había acabado.

Dejaron las bicicletas a un lado de la carretera y fueron cojeando hasta el río. A la luz de la luna todo era lechoso y bello: las ondas plateadas, las rocas desiguales a lo largo de la orilla...

Tully se sentó junto a un leño cubierto de musgo y podrido en un lugar donde la hierba era gruesa como una alfombra de lana.

Kate se sentó a su lado, tan cerca que las rodillas de ambas casi se tocaban. Juntas miraron el cielo sembrado de estrellas. La canción del río flotaba hacia ellas como la risa de una niña. En ese momento, con el mundo tan quieto y tan en silencio, era como si la brisa contuviera su fresco aliento y las hubiera dejado solas en aquel lugar que hasta ese mismo instante no había sido más que un recodo cualquiera de un río que se inundaba cada otoño.

—Me pregunto quién le puso el nombre a nuestra calle —dijo Tully—. Nunca he visto ninguna luciérnaga.

Kate se encogió de hombros.

—Pasado el puente viejo está la calle Missouri. Igual un pionero que se sentía nostálgico. O se había perdido.

—O igual es magia. Podría ser una calle mágica. —Tully se volvió a mirar a Kate—. Y significa que estábamos destinadas a ser amigas.

El poder de aquellas palabras hizo estremecerse a Kate.

—Antes de que vinieras, pensaba que era la calle a ninguna parte.

—Pues ahora es nuestra calle.

—Cuando seamos mayores podremos ir adonde queramos.

—Da igual dónde —dijo Tully.

Kate percibió algo en el tono de su amiga, una tristeza que no entendía. La miró. Tully tenía la vista fija en el cielo.

—¿Estás pensando en tu madre? —se atrevió a preguntar Kate.

—Intento no pensar en ella. —Hubo una larga pausa y luego Tully sacó un Virginia Slims del bolsillo y lo encendió.

Kate se cuidó de no poner mala cara por el hecho de que su amiga fumara.

—¿Quieres una calada?

Kate sabía que no tenía elección.

—Esto..., claro.

—Si mi madre fuera normal, quiero decir, si no estuviera enferma, podría haberle contado lo que me pasó en la fiesta.

Kate dio una calada pequeña, tosió mucho y dijo:

—¿Piensas mucho en ello?

Tully se reclinó contra el tronco y le cogió el pitillo a Kate. Después de un largo silencio dijo:

—Tengo pesadillas.

Kate deseó saber qué decir.

—¿Y tu padre? ¿Puedes hablar con él?

Tully evitó mirarla.

—Creo que ella ni siquiera sabe quién es mi padre. —Se le quebró la voz—. O tal vez él supo de mí y salió corriendo.

—Eso es muy duro.

—Es que la vida es dura. Además, no los necesito. Te tengo a ti, Katie. Tú eres la que me ayudaste cuando me pasó.

Kate sonrió. El olor picante del tabaco llenaba el aire entre las dos y le irritaba los ojos, pero no le importó. Lo que importaba era estar allí con su nueva mejor amiga.

—Para eso están las amigas.

La noche siguiente Tully estaba leyendo el último capítulo de *Rebeldes* cuando oyó a su madre gritar desde la otra punta de la casa.

—¡Tully, abre la maldita puerta!

Cerró el libro de golpe y fue al salón, donde su madre estaba despatarrada en el sofá dando una calada a la pipa de marihuana y viendo la serie *Días felices*.

—Estás al lado de la puerta.

Su madre se encogió de hombros.

—¿Y?

—Esconde la pipa.

Con un suspiro exagerado, Nube puso la pipa debajo de la mesa auxiliar junto al sofá. Solo un ciego no la vería, pero era lo máximo que se podía esperar de ella.

Tully se retiró el pelo de la frente y abrió la puerta.

En el umbral había una mujer menuda de pelo oscuro con una fuente de horno tapada con papel de aluminio. La sombra color azul eléctrico le acentuaba los ojos marrones, y el colorete rosa, aplicado con generosidad, creaba un efecto de pómulos marcados en su rostro más bien redondo.

—Tú debes de ser Tully —dijo la mujer con una voz de alguna manera más aguda de lo esperado. Era una voz de niña, llena de entusiasmo, a juego con su mirada chispeante—. Soy la madre de Kate. Siento venir sin avisar, pero estabais comunicando todo el rato.

Tully imaginó el teléfono de la habitación de su madre descolgado.

—Ah.

—Os he traído a ti y a tu madre un guiso de atún para cenar. Imagino que no tendrá muchas ganas de cocinar. Mi hermana tuvo cáncer hace unos años, así que sé cómo funciona la cosa. —Sonrió quieta en el umbral. Luego se le borró la sonrisa—. ¿Vas a invitarme a pasar?

Tully se quedó helada. «Esto va a ser un horror», pensó.

—Pues... claro.

—Gracias.

La señora Mularkey pasó junto a ella y entró en la casa.

Nube estaba en el sofá con los brazos y las piernas abiertos y un puñado de marihuana encima del estómago. Sonrió aturdida, trató de incorporarse y no lo consiguió. El fracaso la hizo decir unas cuantas palabrotas y también reírse. La casa entera olía a hierba.

La señora Mularkey se detuvo y frunció la frente, confusa.

—Soy Margie, la vecina.

—Yo soy Nube —contestó la madre de Tully tratando de incorporarse de nuevo—. Qué genial conocerte.

—Lo mismo digo.

Durante un instante terrible, violento, se limitaron a mirarse. Tully estuvo segura de que los ojos penetrantes de la señora Mularkey lo vieron todo: la pipa bajo la mesa auxiliar, la bolsa de hierba en el suelo, la copa de vino vacía y volcada y las cajas de pizza en la mesa.

—También quería decirte que estoy casi siempre en casa y que me encantaría acompañarte al médico o a hacer recados. Sé cómo tienes que encontrarte con la quimioterapia.

Nube arrugó el ceño, confusa.

—¿Quién tiene cáncer?



La señora Mularkey miró a Tully, que sintió deseos de hacerse una bola y morirse.

—Tully, enséñale a nuestra vecina tan enrollada con la comida dónde está la cocina.

Tully prácticamente corrió a la cocina. En aquel infierno rosa, envolturas de comida basura cubrían la mesa, platos sucios atestaban el fregadero y por todas partes había ceniceros llenos a rebosar, pruebas de la vida lamentable que llevaban y de la que ahora la madre de su amiga era testigo.

La señora Mularkey pasó junto a ella, se inclinó delante del horno, puso la fuente sobre la rejilla, cerró la puerta con la cadera y luego se volvió para estudiar a Tully.

—Mi Katie es una buena chica —dijo.

*Ya empezamos.*

—Sí, señora.

—Ha estado rezando para que tu madre se recupere del cáncer. Incluso ha puesto un pequeño altar en su cuarto.

Tully miró al suelo, demasiado avergonzada para hablar. ¿Cómo explicar por qué había mentido? No había respuesta posible, no para una madre como la señora Mularkey, que quería a sus hijos. Al pensar aquello, una oleada de celos se sumó a la vergüenza que sentía. Tal vez si ella tuviera una madre que la quisiera no le resultaría tan fácil, tan necesario, mentir. Y ahora perdería lo único que le importaba: Katie.

—¿Te parece bien mentirle a una amiga?

—No, señora.

Tan concentrada estaba en mirar al suelo que se sobresaltó al notar una mano en el mentón que la obligaba a levantar la vista.

—¿Vas a ser una buena amiga para Kate? ¿O una de esas que no hacen más que meterse en líos?

—Nunca le haría daño a Katie.

Tully quería añadir algo, quizá incluso arrodillarse y jurar que era una buena persona, pero tenía tantas ganas de llorar que no se atrevía a moverse. Miró los ojos oscuros de la señora Mularkey y vio en ellos algo que jamás habría esperado: comprensión.

En el salón, Nube fue a trompicones hasta el televisor y cambió de canal. Tully veía la pantalla a través de la basura de la desordenada habitación. Jean Enersen informaba de la noticia que era portada del día.

—Lo haces tú todo, ¿verdad? —dijo la señora Mularkey en voz baja, como si le preocupara que Nube las estuviera espiando—. Pagar las facturas, la compra, limpiar la casa... ¿Quién se ocupa de los gastos?

Tully tragó con dificultad. Nadie había visto la realidad de su vida con tanta claridad.

—Mi abuela nos manda un cheque todas las semanas.

—Mi padre era un borracho y todo el pueblo lo sabía —dijo la señora Mularkey en un tono de voz tranquilo que se correspondía con la expresión de su ojos—. Y mala persona. Los viernes y sábados por la noche, mi hermana Georgia tenía que ir al bar y traerlo a rastras a casa. Durante todo el camino le pegaba y la insultaba. Mi hermana era como uno de esos payasos de los rodeos, siempre interponiéndose entre el toro y el vaquero. Para cuando terminé secundaria entendí por qué se juntaba con los más gamberros y bebía demasiado.

—No quería dar pena a la gente.

La señora Mularkey asintió.

—Odiaba dar esa impresión. Pero lo importante en estas cosas no son los demás. Eso es lo que aprendí yo. Lo que tu madre sea y cómo viva su vida no es culpa tuya. Tú eres libre de hacer tus propias elecciones. Y no tienes nada de que avergonzarte. Pero tienes que ser ambiciosa, Tully. —Miró hacia el salón—. Como Jean Enersen en la televisión ahora mismo. Una mujer que llega adonde ha llegado ella sabe cómo conseguir lo que quiere.

—¿Y cómo voy a saber lo que quiero?

—Manteniendo los ojos abiertos y haciendo lo que debes. Ve a la universidad. Y confía en tus amigas.

—Confío en Kate.

—Entonces, ¿le dirás la verdad?

—Y si prometo solo...

—Una de las dos se lo va a decir, Tully, y deberías ser tú.

Tully inspiró profundamente y soltó el aire. Aunque decir la verdad iba en contra de sus instintos, lo cierto era que no tenía elección. Quería que la señora Mularkey se sintiera orgullosa de ella.

—Vale.

—Muy bien. Entonces te veo mañana para cenar. A las cinco. Será tu oportunidad para empezar de cero.

La tarde siguiente Tully se cambió de ropa al menos cuatro veces en un intento por dar con el atuendo adecuado. Para cuando estuvo lista llegaba ya tan tarde que tuvo que cruzar la calle y subir la cuesta a todo correr.

Le abrió la puerta la madre de Kate. Llevaba unos pantalones de campana de gabardina morados y un suéter a rayas con escote en pico y mangas de ángel. Dijo sonriente:

—Te lo advierto: esta casa es ruidosa y caótica.

—Me encantan las casas así —contestó Tully.

—Entonces encajarás muy bien.

La señora Mularkey le pasó un brazo por los hombros y la guio hacia el salón de paredes color beis con su gruesa alfombra verde musgo, sofá rojo intenso y sillón negro reclinable. La única decoración de las paredes era un retrato enmarcado en oro de Jesús y otro de Elvis, pero sobre el mueble del televisor encastrado había docenas de fotografías familiares. Tully no pudo evitar pensar en el televisor de su casa, que tenía la parte superior cubierta de ceniceros rebosantes y cajetillas de tabaco vacías, pero ninguna foto familiar.

—Bud —dijo la señora Mularkey a un hombre fuerte y de pelo oscuro sentado en la butaca—, esta es nuestra vecina, Tully Hart.

El señor Mularkey le sonrió y dejó su vaso encima de la mesa.

—Así que tú eres la chica de la que tanto he oído hablar. Nos encanta que hayas venido, Tully.

—Y a mí estar aquí.

La señora Mularkey le dio un golpecito en el hombro.

—No cenamos hasta las seis. Katie está arriba, en su habitación, al final de las escaleras. Seguro que tenéis muchas cosas de que hablar.

Tully captó el mensaje y asintió con la cabeza, incapaz de hablar. Ahora que estaba allí, en aquella casa acogedora que olía a comida casera, codo con codo con la madre más perfecta del mundo, no concebía perderlo todo, la calidez con que la habían recibido.

—No volveré a mentirle —prometió.

—Bien. Y ahora, ve.

Con una última sonrisa la señora Mularkey entró en el salón. El señor Mularkey la rodeó con un brazo y la hizo sentarse en la butaca con él. Al momento sus cabezas se inclinaron, juntas.

Tully sintió una melancolía tan intensa e inesperada que no pudo moverse.

De haber tenido una familia como aquella todo habría sido distinto. No quería dejar de mirar.

—¿Están viendo las noticias?

El señor Mularkey levantó la vista.

—Nunca nos las perdemos.

La señora Mularkey sonrió.

—Jean Enersen está cambiando el mundo. Es una de las primeras mujeres presentadoras de los informativos de la noche.

—Voy a ser periodista —dijo de pronto Tully.

—Qué maravilla —contestó el señor Mularkey.

—Estás aquí —exclamó Kate apareciendo de repente a su lado—. Gracias a todos por avisarme —reprochó en voz alta.

—Les estaba contando a tus padres que quiero ser periodista —dijo Tully.

La señora Mularkey sonrió al oírlo y en esa sonrisa Tully vio todo lo que había faltado en su vida.

—¿No te parece un sueño maravilloso, Katie?

Por un momento, Kate pareció confusa. Luego se cogió del brazo de Tully y tiró de ella hacia las escaleras. Cuando estuvieron en su pequeño dormitorio del desván, fue al tocadiscos y buscó entre varios álbumes. Mientras escogía uno —*Tapestry*, de Carole King— y lo ponía, Tully se quedó en la ventana mirando el atardecer color lavanda.

La subida de adrenalina que le había provocado hacer su anuncio había desaparecido y dejado en su lugar una tristeza silenciosa. Sabía lo que tenía que hacer, pero solo de pensarlo se ponía enferma.

*Cuéntale la verdad.*

*Si no lo haces tú, lo hará la señora Mularkey.*

—Tengo *Seventeen* y *Tiger Beat* —dijo Kate estirándose en la alfombra azul de lana—. ¿Quieres leerlas? Podemos hacer el test «¿Podrías ser la novia de Tony DeFranco?».

Tully se tumbó a su lado.

—Claro.

—Jan-Michael Vincent está como un tren —comentó Kate buscando la página con la fotografía del actor.

—He oído que le mintió a su novia —replicó Tully aventurándose a mirarla de reojo.

—Odio a los mentirosos. —Kate pasó la página—. ¿De verdad vas a ser

periodista? No me lo habías contado.

—Sí —respondió Tully imaginándolo de verdad por primera vez. Quizá hasta se hacía famosa. Entonces todos la admirarían—. Pero entonces tú también tienes que serlo. Porque tenemos que hacerlo todo juntas.

—¿Yo?

—Seremos un equipo, como Woodward y Bernstein, solo que mejor vestidas. Y más guapas...

—No sé yo...

Tully le dio un codazo.

—Sí lo sabes. La señora Ramsdale dijo delante de toda la clase que escribes fenomenal.

Kate rio.

—Es verdad. Vale, venga. Yo también voy a ser periodista.

—Cuando seamos famosas, le diremos a Mike Wallace que no lo habríamos conseguido la una sin la otra.

Después estuvieron un rato calladas hojeando revistas. En dos ocasiones Tully trató de sacar el tema de su madre, pero las dos veces Kate la interrumpió y entonces alguien gritó «A cenar», y la oportunidad de sincerarse se perdió.

Durante la mejor cena de su vida, sintió el peso de su mentira. Para cuando hubieron recogido la mesa y lavado y secado los platos, la tensión que sentía era insoportable. Ni siquiera soñar con ser famosa y salir en televisión la tranquilizaba.

—Oye, mamá —dijo Kate mientras guardaba la última fuente—. Yo y Tully vamos a ir en bici hasta el parque, ¿vale?

—Tully y yo —contestó la madre mientras buscaba la guía de televisión en el bolsillo de la butaca reclinable—. Y os quiero de vuelta a las ocho.

—Jo, mamá...

—A las ocho —zanjó el padre desde el salón.

Kate miró a Tully.

—Me tratan como si fuera un bebé.

—No sabes la suerte que tienes. Venga, vamos a por las bicis.

Bajaron a toda velocidad y sin parar de reír por la carretera comarcal llena de baches. En Summer Hill, Tully se soltó del manillar y Kate la imitó.

Cuando llegaron al parque junto al río, soltaron las bicicletas junto a los árboles y se tumbaron en la hierba, una al lado de la otra, y miraron al cielo,

escuchando el borboteo del río contra las rocas.

—Tengo que contarte una cosa —dijo Tully a toda prisa.

—¿El qué?

—Mi madre no tiene cáncer. Es una drogata.

—¿Que tu madre fuma hierba? Venga ya.

—Es verdad, siempre está puesta.

Kate la miró.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Me mentiste?

Tully no se atrevía casi a sostenerle la mirada de tanta vergüenza como sentía.

—No quería.

—Las personas no mienten por accidente. No es como tropezar con el bordillo de una acera.

—No sabes lo que es sentirte avergonzada de tu propia madre.

—Estás de broma, supongo. Deberías haber visto lo que se puso mi madre para salir a cenar el pasado...

—No —interrumpió Tully—. No lo sabes.

—Cuéntamelo.

Tully sabía lo que le estaba pidiendo Kate; quería la verdad que la había empujado a mentir, pero no sabía si sería capaz de convertir todo su dolor en palabras y luego descubrirlas como si fueran cartas de una baraja. Siempre había vivido aferrada a sus secretos. Si le contaba a Kate la verdad y perdía su amistad, no lo soportaría.

Pero si no se la contaba, perdería su amistad seguro.

—Yo tenía dos años —dijo por fin— cuando mi madre me abandonó por primera vez en casa de mis abuelos. Se fue al pueblo a comprar leche y volvió cuando tenía cuatro años. A los diez se presentó otra vez y pensé que eso significaba que me quería. Aquella vez me dejó sola en una manifestación. La siguiente vez que la vi fue a los catorce años. Mi abuela nos deja vivir en esta casa y nos manda dinero todas las semanas. Eso durará hasta que mi madre se vuelva a largar... Cosa que hará.

—No lo entiendo.

—Pues claro que no. Mi madre no es como la tuya. Esta es la temporada más larga que he pasado con ella. Tarde o temprano se aburrirá y se irá sin

mí.

—¿Cómo puede hacer eso una madre?

Tully se encogió de hombros.

—Me parece que es mi culpa.

—De eso nada. La que tiene el problema es ella. Pero sigo sin entender por qué me mentiste.

Tully la miró por fin.

—Porque quería caerte bien.

—¿Te preocupaba lo que pensara yo de ti? —Kate se echó a reír. Tully se disponía a preguntarle qué le hacía tanta gracia cuando se puso seria y añadió

—: Se acabaron las mentiras, ¿vale?

—Totalmente.

—Vamos a ser mejores amigas para siempre —declaró Kate seria—. ¿Vale?

—¿Con eso quieres decir que siempre podré contar contigo?

—Siempre —dijo Kate—. Pase lo que pase.

Tully sintió una emoción que se abría en su interior como una flor exótica. Casi le parecía oler su perfume a miel en el aire. Por primera vez en su vida se sintió completamente segura con alguien.

—Siempre —prometió—. Pase lo que pase.

Kate siempre recordaría el verano después de octavo curso como una de las mejores épocas de su vida. Cada día, de lunes a viernes, hacía de prisa sus tareas de la casa sin quejarse y cuidaba a su hermano hasta las tres, cuando su madre volvía de hacer recados y de su trabajo como voluntaria en la organización juvenil 4-H. Después era libre. Los fines de semana eran, en gran medida, suyos para hacer lo que quisiera.

Tully y ella montaban en bicicleta por todo el valle y pasaban horas bajando en una balsa de goma por el río Pilchuck. Cuando caía la tarde, se tumbaban en unas toallas diminutas con sus bikinis de croché en colores neón, la piel resbaladiza por una mezcla de aceite infantil y yodo mientras oían música de Top 40 en un transistor que las acompañaba a todas partes. Hablaban de todo: moda, música, chicos, la guerra y lo que seguía pasando en Vietnam, cómo sería trabajar juntas de periodistas, cine... No había temas prohibidos, no había preguntas que no pudieran hacerse. Ahora era final de

agosto y estaban en el cuarto de Kate guardando el maquillaje para la excursión a la feria. Como de costumbre, Kate tenía que cambiarse de ropa y pintarse una vez fuera de casa. Si es que quería ir a la moda. Su madre seguía pensando que era demasiado joven para ciertas cosas.

—¿Has cogido la camiseta sin tirantes? —preguntó Tully.

—Sí.

Sonriendo por lo inteligente de su plan bajaron al piso de abajo, donde el padre de Kate estaba en el sofá viendo la televisión.

—Nos vamos a la feria —dijo Kate agradecida de que su madre no estuviera en casa. Habría reparado en que el bolso era demasiado grande para ir a la feria del condado. Su visión de rayos equis probablemente habría detectado la ropa, los zapatos y el maquillaje que había dentro del bolso de macramé.

—Tened cuidado —dijo el padre sin levantar la vista.

Era lo que siempre les decía desde que habían empezado a desaparecer chicas jóvenes en Seattle. En las noticias habían empezado a llamar «Ted» al asesino porque una muchacha del parque estatal de Lake Sammamish había conseguido escapar y dado una descripción del hombre y su nombre de pila a la policía. Las chicas de todo el estado estaban aterrorizadas. Cada vez que veían un Volkswagen amarillo se preguntaban si sería el coche de Ted.

—Vamos a tener muchísimo cuidado —contestó Tully con una sonrisa. Le encantaba que los padres de Kate se preocuparan por ellas.

Kate cruzó la habitación para dar a su padre un beso de despedida. Este la rodeó con un brazo y le dio un billete de diez dólares.

—Pasadlo bien.

—Gracias, papá.

Recorrieron el camino de entrada a la casa balanceando los bolsos.

—¿Crees que estará Kenny Markson? —preguntó Kate.

—Te preocupas demasiado por los chicos.

Kate le dio un empujón con la cadera.

—Le gustas.

—Pues qué emoción. Es más bajito que yo.

De pronto Tully se detuvo.

—Jolín, Tully, ¿estás tonta? Casi me caigo...

—Ay, no —susurró Tully.

—¿Qué pasa? —dijo Kate.



Entonces vio el coche de policía aparcado a la entrada de la casa de Tully.

Esta cogió a Kate de la mano y prácticamente la arrastró al otro lado de la calle y hasta la puerta principal de su casa, que estaba abierta.

Un agente de policía las esperaba en el salón.

Cuando las vio, su cara regordeta se arrugó en pliegues que le daban un aspecto cómico.

—Hola, chicas, soy el agente Dan Myers.

—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó Tully.

—Ayer hubo una protesta en defensa del búho moteado en Lake Quinault que se desmandó un poco. Tu madre y varias personas más hicieron una sentada que le ha costado a la empresa Weyerhaeuser una jornada entera de trabajo. Pero lo peor es que alguien tiró una colilla encendida en el bosque.

—Hizo una pausa—. Todavía no han controlado el incendio.

—Déjeme adivinar. Va a ir a la cárcel.

—Su abogado está intentando conseguirle ingreso médico voluntario por adicción. Si tiene suerte, pasará un tiempo en el hospital. Si no... —No terminó la frase.

—¿Ha llamado alguien a mi abuela?

El agente asintió.

—Te está esperando. ¿Necesitas ayuda para recoger tus cosas?

Kate no entendía lo que pasaba. Se volvió a su amiga.

—¿Tully?

Los ojos castaños de Tully mostraban una falta de expresión aterradora y Kate supo que aquello, se tratara de lo que se tratara, era serio.

—Tengo que volver a casa de mi abuela —dijo Tully y a continuación se dirigió a su habitación.

Kate corrió detrás de ella.

—¡No puedes irte!

Tully sacó una maleta del armario y la abrió.

—No tengo elección.

—Obligaré a tu madre a volver. Le voy a decir...

Tully dejó de hacer la maleta y miró a Kate.

—No puedes arreglar esto —le explicó con suavidad, como una persona adulta, cansada y rota. Por primera vez Kate entendió las historias que le había contado sobre la ineptitud de su madre. Se habían reído de Nube, hecho chistes sobre su adicción, su sentido de la moda y sus diversas aventuras,

pero en realidad no tenía gracia. Y Tully había sabido siempre que aquello podía pasar.

—Prométeme —dijo Tully con la voz quebrada— que siempre serás mi mejor amiga.

—Siempre —fue todo lo que consiguió responder Kate.

Tully terminó de meter la ropa en la maleta y la cerró. Sin decir una palabra volvió al salón. En la radio sonaba *American Pie* y Kate se preguntó si sería alguna vez capaz de volver a escuchar esa canción sin acordarse de aquel momento. «El día que murió la música». Siguió a Tully al camino de entrada. Una vez allí se abrazaron hasta que el agente Dan tiró con suavidad de Tully.

Kate ni siquiera pudo decir adiós con la mano. Se quedó allí aturdida mientras le rodaban lágrimas por las mejillas, mirando marcharse a su mejor amiga.

Durante los tres años siguientes se escribieron fielmente. Su correspondencia se convirtió en algo más que una costumbre, era algo parecido a un salvavidas. Cada domingo por la noche, Tully se sentaba delante del escritorio blanco de su habitación lavanda y rosa de niña pequeña y derramaba sus pensamientos y sus sueños, sus preocupaciones y frustraciones en una hoja de cuaderno. En ocasiones escribía sobre cosas sin importancia —el corte de pelo a lo Farrah Fawcett que se había hecho y que le daba aspecto sexy o el vestido de Gunny Sax que llevó al baile de fin de curso—, pero de vez en cuando se ponía profunda y le hablaba a Katie de cuando no podía dormir o de que soñaba que su madre volvía y le decía que estaba orgullosa de ella. Cuando murió su abuelo, fue a Kate a quien recurrió en busca de consuelo. No había llorado por él hasta que recibió una llamada de teléfono de su mejor amiga, que empezó diciendo: «Ay, Tul, lo siento muchísimo». Por primera vez en su vida, Tully ni mentía ni adornaba (bueno, al menos no demasiado); casi siempre era ella misma, y eso le bastaba a Kate.

Ahora era verano de 1977. En pocos meses empezarían el último año de bachillerato, serían las veteranas de sus respectivos institutos.

Y aquel era el día para el que Tully llevaba meses preparándose. Por fin iba a tomar el camino que la señora Mularkey le había mostrado muchos años atrás.

La próxima Jean Enersen.

Esas palabras se habían convertido en su mantra, un código secreto que albergaba la enormidad de su sueño y lo hacía parecer realizable. Las semillas del mismo, plantadas tiempo atrás en la cocina de la casa de Snohomish, habían brotado exuberantes y echado raíces en lo más profundo de su corazón. No había sido consciente de lo mucho que había necesitado un

sueño, pero este la había transformado: ya no era la pobre Tully, huérfana y abandonada, sino una joven decidida a comerse el mundo. La meta restaba importancia a la historia de su vida, le daba algo a lo que aspirar, a lo que aferrarse. Y era motivo de orgullo para la señora Mularkey, eso Tully lo sabía por las cartas. Sabía también que Kate compartía su sueño. Juntas serían reporteras que rastrearían historias y las escribirían. Un equipo.

Se detuvo en la acera y miró el edificio ante ella sintiéndose como un ladrón a las puertas de Fort Knox.

Sorprendentemente, la filial de la ABC, a pesar de su influencia y fama, ocupaba un pequeño edificio en el barrio de Denny Regrade. No había vistas a la ciudad, ni hilera de enormes ventanales ni vestíbulo con obras de arte caras, solo una mesa en forma de L, una recepcionista bastante atractiva y tres sillas de plástico color mostaza.

Tully respiró hondo, enderezó los hombros y entró. En recepción dio su nombre y a continuación se sentó cerca de la pared. Durante la larga espera para ser entrevistada se aseguró de no jugar con los dedos en el suelo.

Nunca se sabía quién podía estar mirándote.

—¿Señora Hart? —dijo por fin la recepcionista levantando los ojos—. Ya puede pasar.

Tully le dedicó una sonrisa llena de aplomo propia de alguien que está delante de una cámara y se puso de pie.

—Gracias.

Siguió a la recepcionista a otra sala de espera.

Allí se encontró cara a cara con el hombre con quien llevaba escribiéndose semanalmente casi un año.

—Hola, señor Rorbach. —Le estrechó la mano—. Me alegro mucho de conocerle en persona por fin.

Tenía aspecto cansado; parecía mayor de lo que había imaginado. De su cabeza reluciente crecían solo unos pocos cabellos pelirrojos con canas y ninguno estaba en el lugar que debía. El traje de sport color azul pálido llevaba un respunte blanco.

—Pase a mi despacho, señorita Hart.

—Señora Hart —dijo Tully. Siempre convenía empezar con buen pie. Gloria Steinem decía que el respeto hay que ganárselo.

El señor Rorbach parpadeó.

—¿Perdón?

—Que prefiero que me llame señora Hart, si no le importa, y estoy segura de que no le importa. ¿Cómo va a ser reticente al cambio alguien licenciado en Literatura por Georgetown? Estoy convencida de que ya entonces estaba usted en la vanguardia de la conciencia social. Lo leo en sus ojos. Por cierto, me gustan sus gafas.

El hombre la miró unos momentos con la boca abierta. Luego pareció volver a la realidad.

—Sígame, señora Hart. —La condujo por el pasillo blanco anodino hasta la última puerta de madera falsa a la izquierda y la abrió.

Su oficina ocupaba un pequeño rincón, con una ventana que daba directamente a la vía de cemento del tren elevado. Las paredes estaban desnudas.

Tully se sentó en la silla negra plegable delante de la mesa.

El señor Rorbach tomó asiento y la miró.

—Ciento doce cartas, señora Hart. —Tocó una carpeta de archivo que estaba sobre su mesa.

Había guardado todas las cartas que le había enviado. Eso tenía que significar algo. Tully sacó su currículum actualizado del maletín y lo dejó en la mesa.

—Como podrá observar, el periódico del instituto ha publicado mi obra en primera plana varias veces. Además, he incluido un reportaje en profundidad sobre el terremoto de Guatemala, lo último sobre el caso Karen Ann Quinlan y un retrato desgarrador de los últimos días de Freddie Prinze. Sin duda servirán para ilustrar mis capacidades.

—Tiene usted diecisiete años.

—Sí.

—El mes que viene empieza su último año de instituto.

Las cartas habían funcionado. Lo sabía todo de ella.

—Exacto. Por cierto, me parece un tema interesante para un artículo: «Último año de instituto, una mirada a la promoción del 78». Tal vez podríamos hacer reportajes mensuales sobre lo que pasa dentro de las paredes de un instituto de provincias. Estoy segura de que sus espectadores...

—Señora Hart.

El señor Rorbach juntó las yemas de los dedos de ambas manos y apoyó el mentón en ellas mientras la miraba. Tully tuvo la sensación de que hacía esfuerzos para no sonreír.

—¿Sí, señor Rorbach?

—Esto es una filial de la ABC, por amor del cielo. No contratamos a estudiantes de bachillerato.

—Pero tienen becarios.

—De la Universidad de Washington y otras. Nuestros becarios saben desenvolverse en un plató de televisión. La mayoría ya ha trabajado en emisoras universitarias. Lo siento, pero no está usted preparada.

—Ah.

Se miraron.

—Llevo mucho tiempo en este trabajo, señora Hart, y rara vez he visto a alguien tan ambicioso como usted. —Tocó de nuevo la carpeta con las cartas —. Le voy a decir una cosa, siga usted enviándome lo que escribe. La tendré presente.

—Entonces, cuando esté preparada para ser periodista televisiva, ¿me contratará?

El señor Rorbach rio.

—Usted mándeme los artículos. Y saque buenas notas y vaya a la universidad, ¿de acuerdo? Luego ya veremos.

Tully se animó.

—Le mandaré una actualización cada mes. Algún día me contratará, señor Rorbach, ya lo verá.

—No pienso llevarle la contraria, señora Hart.

Hablaron unos momentos más y luego el señor Rorbach la acompañó a la salida. De camino a las escaleras, Tully se detuvo ante la vitrina de trofeos, donde docenas de Emmys y otros premios de periodismo relucían dorados bajo la luz.

—Algún día ganaré un Emmy —dijo Tully acariciando el cristal con las yemas de los dedos. Se negó a sentirse dolida por aquel revés. Solo era eso, un revés.

—¿Sabe una cosa, Tallulah Hart? La creo. Y ahora, váyase al instituto y disfrute de su último año. La vida real llega demasiado rápido.

Fuera, Seattle parecía una postal, con uno de esos días de cielo azul despejado, de fotografía, que animaban a las personas que venían de fuera a vender las casas que tenían en sitios más aburridos y menos espectaculares y trasladarse a vivir allí. No sabían que los días así eran muy raros. Igual que un cohete, el verano se consumía veloz y brillante en aquella parte del mundo

y se marchaba con igual rapidez.

Con el grueso maletín negro de su abuelo sujeto contra el pecho, subió la calle hacia la parada del autobús. Encima de ella, en una vía elevada, el monorraíl pasó con gran estruendo y haciendo temblar el suelo.

Durante todo el camino a casa se dijo que era una gran oportunidad; podría demostrar su valía en la universidad y conseguir un trabajo mejor todavía.

Pero por mucho que intentara reformular lo sucedido, la sensación de haber fracasado se negaba a abandonarla. Cuando llegó a casa se sentía más pequeña, le pesaban los hombros.

Abrió la puerta principal, entró y dejó el maletín en la mesa de la cocina.

Su abuela estaba en el salón, sentada en el viejo y raído sofá con los pies enfundados en calcetines y apoyados en la gastada otomana de terciopelo; un bordado sin terminar descansaba en su regazo. Se había dormido y roncaba con suavidad.

Al verla, Tully no pudo evitar sonreír.

—Hola, abuela —dijo en voz baja. Entró en la habitación, se inclinó y tocó la mano nudosa de su abuela. Luego se sentó a su lado.

La abuela se despertó despacio. Detrás de los gruesos cristales de las gafas de montura anticuada, su mirada confusa se fue aclarando.

—¿Qué tal ha ido?

—El ayudante del director de las noticias me ha dicho que estoy demasiado cualificada, ¿te lo puedes creer? Me ha dicho que el puesto no tenía salida para alguien con mis capacidades.

La abuela le apretó la mano.

—Eres demasiado joven, ¿no?

A Tully le escocieron los ojos por las lágrimas que había estado conteniendo. Avergonzada, se las secó.

—Sé que me van a ofrecer trabajo en cuanto entre en la universidad. Ya lo verás, vas a estar orgullosa de mí.

La abuela le dedicó su mirada de «pobrecita mía».

—Ya estoy orgullosa de ti. A quien buscas impresionar es a Dorothy.

Tully se recostó en el delgado hombro de su abuela y se dejó abrazar. Sabía que era cuestión de segundos que el dolor se le pasara. Igual que una quemadura solar, se curaría solo y la dejaría un poquito más protegida frente al resplandor.

—Te tengo a ti, abuela. No la necesito.

La abuela suspiró cansada.

—¿Por qué no llamas a tu amiga Katie? Pero no habléis mucho rato, es caro.

Solo pensar en ello, en hablar con Kate, animó a Tully. Como las conferencias costaban mucho dinero, rara vez podían hablar por teléfono.

—Sí, abuela. Gracias.

La semana siguiente Tully consiguió trabajo en el *Queen Anne Bee*, el semanario de su barrio. Sus obligaciones estaban en consonancia con su mísera remuneración por horas, pero le daba igual. Estaba en el mundillo. Se pasó prácticamente el verano de 1977 metida en unas oficinas pequeñas y atestadas absorbiendo todos los conocimientos que pudo. Cuando no estaba siguiendo a los reporteros o haciendo fotocopias o sirviendo cafés, jugaba al *gin rummy* con la abuela usando cerillas en vez de dinero. Cada domingo por la noche, como un reloj, escribía a Kate y le hacía un relato pormenorizado de su semana.

Ahora estaba sentada ante el escritorio infantil de su dormitorio. Releyó la carta de ocho hojas, la firmó —«Mejores amigas para siempre, Tully ♥»— y la dobló con cuidado en tres partes.

Sobre su mesa tenía la última postal de Kate, que estaba de camping con su familia, como todos los veranos. Kate la llamaba Semana Infernal con Insectos, pero Tully sentía celos de cada momento, que le parecía perfecto. Le habría gustado ir con ellos; rechazar la invitación había sido una de las cosas más difíciles que había hecho nunca. Pero su importantísimo trabajo de verano y la salud debilitada de su abuela no le habían dejado elección.

Miró la nota de su amiga y releyó las palabras que ya se sabía de memoria: «Nos dedicamos a jugar a corazones y a tostar nubes de azúcar por la noche, a nadar en las heladas aguas del lago...».

Se obligó a apartar la vista. ¿De qué servía suspirar por lo que no se puede tener? Desde luego, Nube le había enseñado esa lección.

Metió su carta en un sobre, escribió la dirección de Kate y luego bajó a ver a su abuela, que ya se había dormido.

Sola, Tully vio sus programas de televisión favoritos: *Todo en familia*, *Alice* y *Kojak*. Después se aseguró de que estaba todo cerrado y se fue a la cama. Su último pensamiento, antes de quedarse plácidamente dormida, fue



sobre los Mularkey y lo que estarían haciendo en ese momento.

A la mañana siguiente se despertó como siempre, a las seis, y se vistió para ir a trabajar. A veces, si llegaba lo bastante temprano a la oficina, uno de los redactores le dejaba ayudarlo con las noticias del día.

Recorrió deprisa el pasillo y llamó a la última puerta. Aunque odiaba despertar a su abuela, era una norma de la casa. No podía salir sin despedirse.

—¿Abuela?

Llamó de nuevo y empujó despacio la puerta sin dejar de llamarla.

—Abuela..., me voy a trabajar.

Sombras frescas color lavanda recorrían el antepecho de las ventanas. En la oscuridad, los bordados que decoraban las paredes eran cajas sin forma ni contenido.

La abuela estaba acostada. Incluso desde donde estaba Tully reconoció su silueta, el tirabuzón de pelo blanco, los frunces del camisón... y la quietud del pecho.

—¿Abuela?

Dio un paso adelante y tocó la mejilla aterciopelada y llena de arrugas de su abuela. La piel estaba fría como el hielo. De sus labios flácidos no salía aliento alguno.

Todo el universo de Tully pareció derrumbarse, desprenderse de sus cimientos. Necesitó todas las fuerzas que tenía para seguir ahí de pie mirando la cara sin vida de su abuela.

Las lágrimas tardaron en brotar, como si estuvieran hechas de sangre y fueran demasiado gruesas para salir por los conductos lacrimales. Los recuerdos acudieron a ella como un caleidoscopio. Su abuela trenzándole el pelo para la fiesta de su séptimo cumpleaños, diciéndole que era posible que apareciera su madre si rezaba lo bastante, y luego, años después, admitiendo que a veces Dios no atendía las plegarias de las niñas pequeñas, ni tampoco las de las mujeres adultas. O jugando a las cartas la semana anterior, riendo cuando Tully se quedó —otra vez— con todos los descartes, diciendo: «Tully, de verdad que no tienes que quedarte siempre con toda la baraja...». O dándole un beso de buenas noches lleno de cariño.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, pero, para cuando se inclinó y besó la frágil mejilla de su abuela, el sol se colaba ya por la ventana e iluminaba la habitación. Tanta claridad sorprendió a Tully. Tenía la sensación de que, sin la abuela, el cuarto debía estar a oscuras.

—Venga, Tully —dijo.

Había una serie de cosas que tenía que hacer; eso lo sabía. La abuela y ella lo habían hablado, se habían preparado para ello. Pero Tully sabía que no existían palabras que hubieran podido de verdad prepararla para algo así.

Fue a la mesilla de noche de la abuela, donde había una bonita caja de madera de palisandro debajo de la fotografía del abuelo y junto al batallón de medicinas.

Abrió la tapa con la ligera sensación de estar robando, pero la abuela había querido que lo hiciera. «Cuando me vaya —decía siempre— te dejaré algo en la caja que me regaló el abuelo».

Dentro, encima de un puñado de joyas sin valor que Tully apenas recordaba haberle visto puestas a su abuela, había una hoja de papel rosa doblada con su nombre escrito.

Despacio, la cogió y la desdobló:

Mi queridísima Tully:

Lo siento muchísimo. Sé el miedo que te da estar sola, que te dejen, pero Dios así lo ha dispuesto. De haber podido me habría quedado más tiempo contigo. Tu abuelo y yo siempre velaremos por ti desde el cielo. Si crees en ello, nunca te sentirás sola.

Has sido la mayor alegría de mi vida.

Te quiere,

Tu abuela.

Has sido.

La abuela se había ido.

Tully estaba a la puerta de la iglesia mirando personas mayores pasar a su lado. Algunos de los amigos de su abuela la reconocieron y se acercaron a darle el pésame.

*Lo siento mucho, cariño...*

*... Ha pasado a mejor vida...*

*... con su querido Winston.*

*... no querría verte llorar.*

Les atendió todo lo que pudo porque sabía que su abuela así lo habría querido, pero para cuando dieron las once tenía ganas de gritar. ¿Es que no se daban cuenta todas aquellas personas tan solícitas de que Tully era una chica

de diecisiete años vestida de luto y sola en el mundo?

Si al menos Katie y los Mularkey estuvieran allí... pero no tenía ni idea de cómo localizarlos en Canadá, y, puesto que no volverían hasta dos días más tarde, tenía que pasar por aquello sola. Con ellos a su lado, una familia de mentira, tal vez habría soportado el funeral.

Sin ellos no fue capaz. En lugar de quedarse sentada escuchando conmovedores testimonios sobre su abuela, se levantó y salió.

Fuera, en el caliente sol de agosto, pudo respirar de nuevo, aunque las lágrimas estaban siempre a punto de brotar, lo mismo que la pregunta sin respuesta: *¿Cómo has podido irte así?*

Rodeada de grandes sedanes anticuados y polvorientos, se esforzó por no llorar. O, más bien, se esforzó por no recordar, o por no preocuparse por lo que le esperaba.

Cerca de ella se quebró una rama y levantó la vista. Al principio solo pudo ver coches aparcados sin orden ni concierto.

Entonces la vio.

Al final del jardín, donde una hilera de arces altísimos delineaban el principio del parque municipal, estaba Nube, a la sombra, fumando un cigarrillo largo y estrecho. Vestida con pantalones campana de pana raída y una sucia blusa campesina, el rostro enmarcado por dos cortinas de pelo castaño y crespo, estaba delgada como un alfiler.

Tully no pudo evitar que el corazón le diera un pequeño vuelco de alegría. Por fin no estaba sola. Nube podía estar un poco chiflada, pero cuando la cosa se ponía fea siempre volvía. Corrió hacia ella sonriendo. Perdonaría a su madre por todos sus años de ausencia, sus abandonos. Lo que importaba era que ahora estaba allí, cuando Tully más la necesitaba.

—Gracias a Dios que has venido —dijo al detenerse sin aliento—. Sabías que te necesitaba.

Su madre se abalanzó hacia ella y se rio cuando estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Eres un espíritu maravilloso, Tully. Solo necesitas espacio y libertad.

A Tully se le encogió el estómago.

—Otra vez no —dijo con ojos suplicantes—. Por favor...

—Siempre.

Había un matiz cortante en la voz de Nube ahora, una dureza que no se correspondía con su mirada llorosa.

—Soy sangre de tu sangre y te necesito. Si no, estaré sola. —Tully sabía que estaba susurrando, pero no conseguía dar volumen a su voz.

Nube dio un paso tambaleante hacia ella. La tristeza en sus ojos era inconfundible, pero no conmovió a Tully. Las pseudoemociones de su madre iban y venían, como el sol en Seattle.

—Tully, mírame.

—Te estoy mirando.

—No, mírame. No puedo ayudarte.

—Pero te necesito.

—Esa es la puta tragedia de todo esto —dijo su madre antes de dar una larga calada al pitillo. Segundos más tarde expulsó el humo.

—¿Por qué? —preguntó Tully. Quiso añadir: «¿Es que no me quieres?», pero antes de que pudiera poner su dolor en palabras terminó el funeral y el aparcamiento se llenó de gente vestida de negro. Tully apartó la vista el tiempo justo para secarse las lágrimas. Cuando se volvió, su madre ya no estaba.

La mujer de los servicios sociales era seca como el esparto. Trataba de decir lo correcto, pero Tully se dio cuenta de que mientras le hablaba de pie en la puerta de su dormitorio no hacía más que mirar el reloj.

—No entiendo por qué tengo que irme. Tengo casi dieciocho años. La casa no está hipotecada, lo sé porque este año he pagado yo las facturas. Soy lo bastante mayor para vivir sola.

—Nos está esperando el abogado —fue la única respuesta de la mujer—. ¿Estás lista?

Tully puso el fajo de cartas de Kate en la maleta y la cerró. Puesto que se sentía incapaz de pronunciar las palabras «Estoy lista», se limitó a coger la maleta y a colgarse el bolso de macramé del hombro.

—Supongo.

—Bien —dijo la mujer, que enseguida se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras.

Tully echó una última y larga mirada a su habitación reparando por vez primera en cosas que le habían pasado desapercibidas durante años: las sábanas fruncidas color lavanda; la cama individual de color blanco; la hilera de caballos de plástico, ahora cubiertos de polvo, en el alféizar de la ventana;

la muñeca señora Beasley de la serie de televisión *Cosas de casa* encima de la cómoda, y el joyero de Miss América con la bailarina rosa encima de la tapa.

La abuela había decorado aquella habitación para la pequeña a la que habían abandonado allí hacía tantos años. Cada objeto había sido elegido con cuidado, pero ahora estaban todos metidos en cajas y almacenados en la oscuridad junto a los recuerdos que despertaban. Tully se preguntó cuánto tiempo necesitaría para poder pensar en su abuela sin llorar.

Cerró la puerta a su espalda y siguió a la mujer por la casa ahora en silencio, y hasta la calle, donde estaba aparcado un desvencijado Ford Pinto amarillo.

—Pon tu maleta detrás.

Tully obedeció y se sentó en el asiento del pasajero.

Cuando la mujer arrancó el motor, la música del estéreo sonó a todo volumen. Era Davil Soul cantando *Don't Give Up on Us*. De inmediato lo bajó mientras murmuraba una disculpa.

—Perdón.

Tully pensó que era una canción que se prestaba a las disculpas tanto como cualquier otra, así que se limitó a encogerse de hombros y mirar por la ventanilla.

—Siento lo de tu abuela, por si no te lo había dicho.

Tully miró su extraño reflejo en el cristal. Era como ver su cara en negativo, incolora e insustancial. Exactamente como se sentía por dentro.

—Por lo que parece, era una mujer excepcional.

Tully no contestó a aquel comentario. En cualquier caso le habría costado encontrar la voz para hacerlo. Desde el encuentro con su madre estaba seca por dentro. Vacía.

—Bueno, pues ya hemos llegado.

Aparcaron delante de una casa de estilo victoriano bien conservada en el céntrico barrio de Ballard. Un letrero pintado a mano en la fachada decía: BAKER Y MONTGOMERY, ABOGADOS.

Tully necesitó un momento para salir del coche, y, cuando por fin lo hizo, la mujer la miraba con una sonrisa amable y comprensiva.

—No hace falta que cojas la maleta.

—Prefiero cogerla, gracias.

Si algo había aprendido Tully, era la importancia de tener siempre una maleta preparada.

La mujer asintió y la guio por un camino de cemento salpicado de hierba hasta la puerta principal blanca. En el excesivamente pintoresco interior, Tully se sentó en el vestíbulo, cerca de la recepción vacía. Dibujos cursis de niños con grandes ojos decoraban las paredes revestidas con un papel recargado. A las cuatro en punto apareció un hombre rechoncho con calva incipiente y gafas de montura de carey.

—Hola, Tallulah. Soy Elmer Baker, el abogado de tu madre.

Tully lo siguió hasta una pequeña habitación en el piso de arriba con dos sillas tapizadas y una mesa de caoba cubierta de cuadernos de notas de papel amarillo. En un rincón, un ventilador de pie zumbaba, vibraba y enviaba aire caliente hacia la puerta. La asistente social se sentó junto a la ventana.

—Siéntate, por favor —dijo el hombre ocupando su silla detrás del elegante escritorio—. Tallulah...

—Tully —corrigió esta con suavidad.

—Es verdad. Me acuerdo de que Ima me comentó que preferías Tully. —Apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante. Sus ojos, parecidos a los de un insecto, pestañearon detrás de las gruesas lentes de aumento de sus gafas—. Como sabes, tu madre se ha negado a hacerse cargo de ti.

Tully necesitó todas sus fuerzas para asentir con la cabeza, a pesar de que la noche anterior había ensayado todo un monólogo explicando que era perfectamente capaz de vivir sola. Pero ahora se sentía pequeña y demasiado joven.

—Lo siento —añadió el abogado con amabilidad, y Tully dio un respingo. Había llegado a odiar aquellas estúpidas e inútiles expresiones de pésame.

—Ya —dijo cerrando los puños a ambos lados del cuerpo.

—La señora Gulligan aquí presente te ha encontrado una familia estupenda. Ya tienen a su cargo a varios adolescentes. La buena noticia es que podrás seguir en el mismo instituto. Estoy segura de que eso te alegra.

—Estoy entusiasmada.

Por un momento, el señor Baker pareció perplejo.

—Sí, bueno. En cuanto a tu herencia, Ima te dejó todos sus bienes: las dos casas, el coche, las cuentas corrientes y las acciones. Dejó instrucciones para que sigas pasándole dinero cada mes a su hija, Dorothy. Tu abuela pensaba que era la mejor y única manera de tenerla localizada. Dorothy ha

demostrado mucho interés por estar disponible cuando hay dinero de por medio. —El abogado carraspeó—. En fin..., si vendemos las dos casas no tendrás que preocuparte por el dinero durante bastante tiempo. Podemos ocuparnos...

—Pero entonces no tendré un hogar.

—Lo siento mucho, pero las instrucciones de Ima son muy concretas. Quería que fueras a la universidad. —Levantó la vista—. Algún día vas a ganar el Pulitzer. O eso es lo que me dijo.

Tully no podía creer que fuera a llorar otra vez, y delante de aquellas personas. Se puso de pie.

—Tengo que ir al lavabo.

Una arruga de preocupación frunció la pálida frente del señor Baker.

—Sí, claro. En el piso de abajo. La primera puerta a la izquierda de la entrada.

Tully cogió su maleta y fue hasta la puerta con paso vacilante. Una vez en el pasillo, cerró la puerta del despacho y se recostó contra la pared luchando por no llorar.

Una casa de acogida no podía ser su futuro.

Miró la fecha en su reloj Bicentennial.

Los Mularkey volvían a casa al día siguiente.

La vuelta en coche a casa desde la Columbia Británica se hizo eterna. El aire acondicionado de la ranchera se había estropeado, así que por las rejillas de ventilación, ahora inútiles, entraba aire caliente. Todos estaban acalorados, cansados y sucios. Y aun así los padres insistían en cantar canciones y no hacían más que pinchar a los chicos para que se unieran.

Kate no podía soportar la situación.

—Mamá, por favor, ¿puedes decirle a Sean que deje de tocarme el hombro?

Su hermano eructó y se echó a reír. El perro ladró como loco.

El padre encendió la radio. La voz de John Denver salió flotando de los altavoces cantando *Thank God I'm a Country Boy*.

—Solo pienso cantar eso, Margie. Si no quieren acompañarme... pues muy bien.

Kate volvió a su libro. El coche traqueteaba tanto que las palabras bailaban en la página, pero no importaba, no con todas las veces que había leído ya *El señor de los anillos*.

«Me alegro de que estés aquí conmigo. Aquí, al final de todas las cosas».

—Katie. Kathleen.

Levantó la vista.

—¿Sí?

—Hemos llegado —dijo su padre—. Deja ya el dichoso libro y ayuda a bajar las cosas.

—¿Puedo llamar primero a Tully?

—No, primero tienes que deshacer la maleta.

Kate cerró el libro de golpe. Llevaba esperando siete días para hacer esa llamada. Pero descargar el coche era más importante.



—Muy bien. Pero más vale que Sean ayude.

Su madre suspiró.

—Preocúpate de ti misma, Kathleen.

Salieron de la ranchera maloliente e iniciaron el ritual de final de vacaciones. Para cuando terminaron, había oscurecido. Kate dejó la última tanda de ropa sucia en un montón en el suelo del cuarto de la lavadora, hizo una primera colada y luego fue a buscar a su madre, que estaba sentada en el sofá con el padre. Estaban reclinados el uno contra el otro con expresión aturdida.

—¿Puedo llamar ya a Tully?

El padre consultó el reloj.

—¿A las nueve y media de la noche? Seguro que a su abuela le encanta.

—Pero...

—Buenas noches, Katie —dijo su padre con firmeza mientras le pasaba un brazo por los hombros a su madre y la acercaba hacia sí.

—No es justo.

La madre rio.

—¿Quién dijo que la vida fuera justa? Venga, a la cama.

Tully estuvo casi cuatro horas en la esquina de su casa mirando a los Mularkey descargar el coche. Se le había pasado por la cabeza varias veces subir la cuesta y presentarse sin más, pero no estaba preparada para el alboroto de toda la familia junta, todavía no. Quería estar a solas con Kate en algún sitio tranquilo donde pudieran hablar.

Así que esperó hasta que se apagaran las luces y entonces cruzó la calle. En el césped bajo la ventana de Kate esperó treinta minutos más, solo para asegurarse.

A su izquierda en alguna parte oía a Sweetpea llamándola con relinchos y coces en el suelo. También la vieja yegua quería compañía. Durante las vacaciones de los Mularkey un vecino se había ocupado de darle de comer, pero ser alimentada no era lo mismo que ser querida.

—Ya lo sé, chica —dijo Tully sentándose en el suelo. Se cogió las rodillas, abrazándose a sí misma. Quizá debería haber llamado por teléfono en lugar de acecharlos así. Pero entonces la señora Mularkey quizá le habría dicho que fuera al día siguiente, que estaban cansados del viaje en coche, y Tully no

podía esperar más. Aquella soledad era más de lo que podía soportar.

Por fin, a las once, se puso de pie, se sacudió la hierba de los vaqueros y tiró un trozo de grava contra la ventana de Kate.

Tuvo que hacerlo cuatro veces antes de que su amiga asomara la cabeza.

—¡Tully! —Kate metió la cabeza en su habitación y cerró la ventana. En menos de un minuto salió por una puerta lateral con su camisón de la Mujer Biónica, sus viejas gafas de montura negra y el aparato dental. Echó a correr hacia Tully con los brazos abiertos.

Al notar sus brazos cerrarse alrededor de ella, por primera vez en muchos días Tully se sintió a salvo.

—Cómo te he echado de menos —dijo Kate abrazándola con más fuerza.

Tully no pudo contestar. Estaba concentrada en no llorar. Se preguntó si Kate sabría lo importante que su amistad era para ella.

—Tengo las bicis —anunció dando un paso atrás, apartando la mirada para que Kate no viera que tenía los ojos húmedos.

—Genial.

En cuestión de minutos estaban en marcha, bajando Summer Hill a toda velocidad con los brazos abiertos para que el viento las impulsara. Al llegar abajo, dejaron las bicicletas en los árboles y caminaron por la carretera larga y serpenteante que llevaba al río. A su alrededor, los árboles charlaban entre sí; el viento suspiraba y de las ramas caían hojas revoloteando, el primer indicio del otoño.

Kate se dejó caer en su sitio de siempre con la espalda apoyada en el tronco recubierto de musgo y las piernas extendidas en la hierba, que, en su ausencia, había crecido.

Tully sintió una repentina punzada de nostalgia de su juventud. Habían pasado allí casi todo un verano, habían cogido sus vidas separadas y solitarias y las habían entrelazado en una cuerda de amistad. Se tumbó cerca de Kate de modo que los hombros de ambas se tocaran. Después de los últimos días necesitaba sentirse cerca de su mejor amiga. Colocó el transistor y le subió el volumen.

—La Semana Infernal con Insectos ha sido peor que nunca —dijo Kate—. Aunque convencí a Sean de que se comiera una babosa. Me quedé sin paga semanal, pero mereció la pena. —Soltó una carcajada—. Deberías haberle visto la cara cuando me eché a reír. La tía Georgia intentó darme una charla sobre control de natalidad, ¿te lo puedes creer? Me dijo que tenía...

—¿No te das cuenta de la suerte que tienes?

Las palabras salieron de Tully sin que pudiera pararlas, derramándose como chicles de una máquina.

Kate cambió de postura y se volvió hasta estar tumbada de lado, mirando a Tully.

—Normalmente te gusta que te cuente todas las vacaciones.

—Sí, bueno. He tenido una semana mala.

—¿Te han despedido?

—¿Esa es tu idea de una semana mala? Me encantaría tener tu vida perfecta, aunque fuera un día.

Kate se apartó, con el ceño fruncido.

—Parece que estás enfadada conmigo.

—Contigo no. —Tully suspiró—. Eres mi mejor amiga.

—Entonces, ¿con quién?

—Con Nube. Con mi abuela. Con Dios. Elige. —Respiró hondo y añadió —: Mi abuela murió mientras estabais fuera.

—Ay, Tully...

Por fin había llegado lo que Tully llevaba toda la semana esperando. Alguien que la quería y que lo sentía de verdad por ella. Se le llenaron los ojos de lágrimas y, antes de que pudiera darse cuenta, se echó a llorar. Grandes sollozos entrecortados le recorrían el cuerpo y le impedían respirar mientras Kate no paraba de abrazarla; la dejó llorar, sin decir nada.

Cuando se quedó sin lágrimas, Tully sonrió, temblorosa.

—Gracias por no decir que lo sientes mucho.

—Pero lo siento.

—Ya lo sé.

Tully se reclinó en el tronco y miró el cielo nocturno. Quería reconocer que estaba asustada y que, aunque a veces se había sentido sola en la vida, en realidad no sabía lo que era la verdadera soledad. Pero no podía pronunciar las palabras, ni siquiera delante de Kate. Los pensamientos, los miedos incluso, eran cosas etéreas, incorpóreas hasta que les dabas solidez mediante la voz, y, una vez tenían peso, podían aplastarte.

Kate esperó un momento, y a continuación dijo:

—¿Y qué va a pasar ahora?

Tully se secó los ojos y se sacó una cajetilla de tabaco del bolsillo. Encendió uno, dio una calada y tosió. Llevaba años sin fumar.

—Pues tengo que ir a un hogar de acogida. Aunque solo por un tiempo. Cuando cumpla dieciocho años puedo vivir sola.

—No vas a vivir con desconocidos —dijo Kate—. Encontraré a Nube y la obligaré a cumplir con su deber.

Tully no se molestó en contestar. Quería a su amiga por decir algo así, pero Kate y ella vivían en mundos diferentes. En el mundo de Tully las madres no estaban allí para ayudarte. Tenías que salir adelante sola.

Lo importante era no sufrir.

Y para eso lo mejor era rodearte de ruido y de gente. Había aprendido la lección años atrás. No podría quedarse mucho tiempo en Snohomish. Las autoridades no tardarían en localizarla y la arrastrarían de vuelta con su nueva y amorosa familia, llena de adolescentes sin hogar y adultos que cobraban por hacerse cargo de ellos.

—Mañana deberíamos ir a esa fiesta de la que me hablaste en tu última carta.

—¿En casa de Karen? ¿La superfiesta de fin de verano?

—Esa.

Kate frunció el ceño.

—A mis padres les puede dar un ataque si se enteran de que voy a una fiesta donde hay cerveza.

—Les decimos que te quedas en mi casa. Tu madre se creerá que Nube ha vuelto por un día.

—Como me pillen...

—No te van a pillar.

Tully se dio cuenta de lo preocupada que estaba su amiga y sabía que debía atajar el plan allí y ahora. Era temerario, quizá incluso peligroso. Pero era incapaz de parar el tren. Si no hacía algo drástico se hundiría en la oscuridad viscosa de sus miedos. Pensaría en la madre que tantas veces la había abandonado, en los desconocidos con los que pronto tendría que vivir y en la abuela que había muerto.

—No nos pillarán, te lo prometo. —Se volvió hacia Kate—. Confías en mí, ¿no?

—Claro —dijo Kate despacio.

—Genial. Entonces vamos a la fiesta.

—¡Chicos, a desayunar!

Kate fue la primera en sentarse.

La madre acababa de dejar una fuente de tortitas en la mesa cuando llamaron a la puerta.

Kate saltó.

—Ya voy yo. —Corrió hacia la puerta y la abrió, simulando sorpresa—. Mamá, mira. Es Tully. ¡Madre mía, hacía siglos!

La madre se quedó junto a la mesa con su bata roja de cremallera larga hasta los pies y sus zapatillas rosas acolchadas.

—Hola, Tully, me alegro de volver a verte. Te hemos echado de menos en el camping este año, pero ya sé lo importante que es tu trabajo.

Tully se acercó a ella. La miró y empezó a decir algo, pero de su boca no salió sonido alguno. Se limitó a quedarse quieta, los ojos fijos en la madre de Kate.

—¿Qué pasa? —inquirió esta mientras se acercaba a Tully—. ¿Ha pasado algo?

—Ha muerto mi abuela —contestó Tully con voz queda.

—Ay, cariño... —La madre de Kate abrazó a Tully con fuerza y durante largo rato. Por fin se apartó, le pasó un brazo por los hombros y la llevó al sofá del salón.

—Desenchufa la plancha, Katie —dijo sin volverse siquiera.

Kate obedeció y las siguió al salón. Se quedó retirada, en la curva del arco que separaba ambas habitaciones. A ninguna de las otras dos pareció importarles su presencia.

—¿Nos hemos perdido el funeral? —preguntó la madre con dulzura mientras le cogía la mano a Tully.

Esta asintió con la cabeza.

—Todos diciéndome que lo sentían. Odio esas palabras, lo digo en serio.

—La gente no sabe qué decir, no tiene mayor importancia.

—Mi frase preferida es la socorrida «Ha pasado a mejor vida». Como si estar muerta fuera mejor que estar aquí conmigo.

—¿Y tu madre?

—Digamos que haciendo honor a su nombre. Vino y se fue, como las nubes. —Tully miró a Kate y se apresuró a añadir—: Pero de momento está aquí. Estamos en la casa de enfrente.

—Pues claro —dijo la madre—. Sabe que la necesitas.

—¿Puedo dormir allí esta noche, mamá? —intervino Kate; el corazón le latía tan fuerte y rápido que estaba segura de que su madre lo oía. Trató de poner cara de persona responsable, pero, puesto que era mentira, no pensó que su madre fuera a creérselo.

Sin embargo, esta ni siquiera la miró.

—Pues claro. Necesitáis estar juntas. Y no olvides lo que voy a decir, Tully Hart. Eres la próxima Jessica Savitch. Sobrevivirás a esto, te lo prometo.

—¿De verdad lo cree? —preguntó Tully.

—Lo sé. Tienes un don especial, Tully. Y puedes estar segura de que tu abuela está en el cielo velando por ti.

Kate sintió la necesidad repentina de intervenir y preguntarle a su madre si también a ella la creía capaz de cambiar el mundo. Incluso hizo ademán de acercarse y abrir la boca, pero antes de que pudiera formular la pregunta oyó a Tully decir:

—Estará orgullosa de mí, señora Mularkey. Se lo prometo.

Kate se contuvo. No tenía ni idea de cómo conseguir que su madre estuviera orgullosa de ella. No era como Tully. No tenía ningún don especial.

Aunque, claro, al ser su madre, su obligación era pensar que sí lo tenía y decirlo. Pero su madre —como el resto del mundo— estaba atrapada en la fuerza gravitatoria del sol de Tully.

—Las dos vamos a ser periodistas —dijo, con un tono más áspero del que habría querido. Al ver las caras de sobresalto de su madre y Tully se sintió tonta—. Venga —añadió, obligándose a sonreír esta vez—. Deberíamos comer antes de que se quede todo frío.

Ir a la fiesta era una idea pésima que podía terminar incluso como la secuencia final de la película *Carrie*.

Tully sabía que no podía echarse atrás. En los días transcurridos desde el funeral de la abuela y el nuevo abandono de Nube, la ira había ido sustituyendo poco a poco al dolor. Le corría por las venas igual que un depredador, llenándola de emociones que no podía reprimir ni ignorar. Sabía que estaba siendo temeraria, pero era incapaz de rectificar. Si se paraba a pensar, aunque fuera un segundo, el miedo la alcanzaría, y el plan ya estaba en marcha. Estaban en el antiguo dormitorio de su madre, en teoría

preparándose.

—Madre mía —dijo Kate—. Tienes que leer esto.

Tully fue hasta la cama de agua decorada con un *decoupage* pésimo, le quitó a Kate la novela en edición de bolsillo y la lanzó a la otra punta de la habitación.

—No me puedo creer que te hayas traído un libro.

—¡Oye! —exclamó Kate tratando de sentarse y levantando olas a su alrededor—. Wulfgar la estaba atando al cabecero de la cama. Tengo que...

—Vamos a una fiesta, Kate. Ya vale de novela rosa. Y para que lo sepas, atar a una mujer a una cama es de en-fer-mos.

—Sí —dijo Kate despacio con el ceño fruncido—. Ya lo sé, pero...

—Nada de peros. Vístete.

—Vale, ya voy. —Kate fue arrastrando los pies hasta la ropa que Tully le había sacado: vaqueros marca Jordache y una camiseta de escote halter color bronce ceñida—. Si se entera de que salgo así a la calle, a mi madre le da algo.

Tully no dijo nada. Lo cierto era que habría preferido no oír aquello. La señora Mularkey era la última persona en la que quería pensar en aquel momento. Así que se concentró en vestirse: vaqueros, camiseta sin tirantes rosa y sandalias de plataforma y cordones color azul marino. Bajó la cabeza y se cepilló el pelo para conseguir el máximo efecto Farrah Fawcett; a continuación se puso laca suficiente para cazar moscas al vuelo. Cuando estuvo segura de que su aspecto era perfecto, se volvió hacia Kate.

—¿Estás...?

Kate se había vestido para la fiesta y estaba en la cama leyendo otra vez.

—De verdad que das pena, tía.

Kate se tumbó de espaldas y sonrió.

—Es muy romántica, Tully, te lo digo en serio.

Tully volvió a quitarle el libro. No estaba segura de por qué, pero aquello la estaba cabreando. Quizá era el idealismo como de cuento de Kate: ¿cómo podía ver la vida de Tully y seguir creyendo en los finales felices?

—Vámonos.

Sin detenerse a ver si Kate la seguía, fue al garaje, abrió las puertas y se sentó en el asiento de tapicería negra resquebrajada del Queen Victoria de su abuela, ignoró el relleno que se le clavaba en la espalda y cerró la portezuela con fuerza.

—¿Tienes su coche? —dijo Kate abriendo la puerta del pasajero y asomando la cabeza.

—Técnicamente es mío ahora.

Kate se sentó y cerró la puerta.

Tully introdujo una cinta de Kiss en el radiocasete y subió el volumen. Luego metió marcha atrás y pisó el acelerador.

Cantaron a voz en cuello todo el camino hasta la casa de Karen Abner, donde al menos había cinco coches aparcados. Varios estaban escondidos entre los árboles y no se veían. Cuando los padres de alguien se iban fuera, la noticia no tardaba en circular; las fiestas proliferaban como champiñones.

El interior de la casa era un festival del humo. El olor dulzón a hierba y a incienso era casi insoportable. La música estaba tan alta que le hacía daño a Tully en los oídos. Cogió a Kate de la mano y la condujo escaleras abajo, hasta el cuarto de juegos que había en el sótano.

La enorme habitación tenía paredes forradas de madera y moqueta verde lima de la que se usa en exteriores. En el centro había una chimenea cónica rodeada por un sofá naranja en forma de media luna y varios pufs marrones. A la izquierda, algunos chicos jugaban al fútbolín y gritaban cada vez que giraban un mando. Otros bailaban con entusiasmo y cantaban al ritmo de la música. Había un par de chicos en el sofá colocándose y una chica junto a la puerta bebiendo directamente del barril de cerveza que había bajo un cuadro gigante de un torero español.

—¡Tully!

Antes de que esta pudiera reaccionar, sus viejos amigos la rodearon y la apartaron de Kate. Primero fue al barril y dejó que uno de los chicos le diera un vaso de plástico lleno de cerveza Rainier dorada y espumosa. La miró y el recuerdo que le vino asociado a ella la sobresaltó. *Pat, obligándola a tumbarse en el suelo...*

Miró a su alrededor buscando a Kate, pero no la encontró entre la gente.

Entonces todos empezaron a corear su nombre:

—¡Tu-lly, Tu-lly!

Nadie iba a hacerle daño. No allí, al menos. Al día siguiente quizá sí, cuando las autoridades dieran con ella, pero no ahora. Se bebió la cerveza y levantó el vaso para que le sirvieran otra mientras gritaba el nombre de Kate.

Esta apareció al instante, como si hubiera estado escondida esperando a que la llamara.



Tully le ofreció la cerveza.

—Toma.

Kate negó con la cabeza. Fue un gesto casi imperceptible, pero Tully lo vio y primero sintió vergüenza por haberle ofrecido la cerveza y luego enfado por tener una amiga tan inocente. Tully nunca había sido inocente; y si lo había sido no lo recordaba.

—¡Ka-tie, Ka-tie! —gritó hasta que la gente se le unió—. Venga, Katie —susurró—. Eres mi mejor amiga, ¿o no?

Kate miró nerviosa a las personas que las rodeaban.

Tully volvió a sentir vergüenza y celos. Podía parar aquello en ese instante, proteger a su amiga...

Kate cogió la cerveza y se la bebió de un trago.

Más de la mitad le bajó por la barbilla y la camiseta, por lo que el tejido brillante se le pegó a los pechos, pero no pareció darse cuenta.

Entonces cambió la música. *Dancing Queen* de ABBA empezó a atronar por los altavoces. *You can dance, you can jive...*

—Me encanta esta canción —dijo Kate.

Tully le cogió la mano y la llevó hasta donde había otros jóvenes bailando. Allí la soltó y se dejó llevar por la música y el movimiento.

Para cuando la música cambió y se volvió más lenta, jadeaba y tenía risa floja.

Pero más cambiada estaba Kate. Tal vez era efecto de la única cerveza que se había bebido, o del ritmo de la música, Tully no lo sabía con seguridad. Solo sabía que Kate estaba guapísima, con el pelo rubio brillando bajo la luz procedente de un aplique del techo y la cara pálida y delicada ruborizada por el ejercicio físico.

Cuando Neal Stewart se acercó a ellas y le preguntó a Kate si quería bailar, Kate fue la única sorprendida. Se volvió hacia Tully.

—Neal quiere bailar conmigo —le gritó durante una pausa de la canción—. Supongo que está borracho.

Levantó los brazos y se puso a bailar con Neal, dejando a Tully sola entre la gente.

Kate pegó la mejilla a la suave camiseta de Neal.

Qué agradable era sentir sus brazos rodeándola, sus manos justo encima

del trasero. Notaba sus caderas moviéndose contra las suyas y se le aceleraron el corazón y la respiración. Un sentimiento desconocido se apoderó de ella, como una expectación que la dejaba sin aliento. Quería... ¿qué?

—¿Kate?

Percibió la vacilación en la manera en que Neal pronunció su nombre y de pronto pensó en si él también sentiría todas esas cosas.

Despacio, levantó la vista.

Neal le sonrió. Le costaba mantener el equilibrio, pero solo un poco.

—Eres preciosa —dijo, y entonces la besó, allí, en plena pista de baile. Kate dio un respingo y se puso rígida. Aquello era tan inesperado que no sabía qué debía hacer.

La lengua de Neal se deslizó en su boca y la obligó a entreabrir los labios.

—Guau —dijo con suavidad Neal cuando por fin se separó.

¿Guau qué? *¿Guau, eres penosa? ¿O guau, vaya beso?*

A su espalda alguien gritó: «¡Policía!».

Al momento Neal había desaparecido y Tully estaba de nuevo a su lado y la había cogido de la mano. Salieron a trompicones y desesperadas de la casa, subieron la colina, cruzaron la zona de arbustos y bajaron hasta los árboles. Para cuando llegaron al coche, Kate estaba aterrada y con el estómago en rebelión.

—Voy a potar.

—De eso nada. —Tully abrió la puerta del pasajero y la empujó dentro—. No nos pueden pillar aquí.

Rodeó corriendo la parte delantera del coche y abrió su puerta. Se sentó, encajó la llave de contacto, metió marcha atrás y pisó a fondo el acelerador. Salieron despedidas hacia atrás y chocaron con fuerza contra algo. Kate salió despedida como una muñeca de trapo, se golpeó la cabeza contra el salpicadero y luego se desplomó en su asiento. Confusa, abrió los ojos y trató de enfocar la vista.

Tully estaba a su lado, bajando la ventanilla.

Allí en la oscuridad, estaba el bueno del agente Dan, el hombre que se había llevado a Tully de Snohomish tres años antes.

—Sabía que las chicas de Firefly Lane ibais a ser como un grano en el culo.

—Mierda —dijo Tully.

—Bonito lenguaje, Tallulah. Por favor, sal del coche. —Se inclinó y miró a Kate—. Tú también, Kate Mularkey. Se terminó la fiesta.

Lo primero que pasó en la comisaría es que separaron a las chicas.

—Vendrá alguien a hablar contigo —dijo el agente Dan después de llevar a Tully a una habitación al final del pasillo.

Una mesa gris metálica y dos sillas desvalidas descansaban bajo una bombilla desnuda que brillaba con fuerza. Las paredes eran de un feo color verde y el suelo, de cemento irregular. El sitio desprendía un tufo triste, combinación de sudor, orina y café derramado.

Toda la pared izquierda era un espejo.

Y bastaba haber visto un capítulo de *Starsky y Hutch* para saber que en realidad era una ventana.

Tully se preguntó si la asistente social estaría ya al otro lado, moviendo la cabeza, decepcionada, diciendo «Esa familia tan estupenda ya no va a querer quedársela»; o el abogado, que no sabría qué decir.

O los Mularkey.

Al pensar en esto último emitió un leve sonido de horror. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Los Mularkey la habían apreciado hasta aquella noche, y ahora lo había echado todo por la borda. ¿Y por qué? ¿Porque el rechazo de su madre la había deprimido? A estas alturas ya debería estar habituada a él. ¿Cuándo habían sido las cosas de otra manera?

—No volveré a hacer estupideces —dijo mirando el espejo—. Si alguien me da otra oportunidad, seré buena.

Después esperó a que alguien entrara a buscarla, con unas esposas quizá, pero los minutos se limitaron a pasar en aquel lugar hediondo. Llevó la silla de plástico negro al rincón y se sentó.

*A quién se le ocurre.*

Cerró los ojos sin dejar de pensar lo mismo una y otra vez. Junto a ese pensamiento, corriendo a su lado como una sombra formándose en el crepúsculo, iba su gemelo: *¿Vas a ser una buena amiga para Kate?*

—¿Cómo he podido ser tan tonta?

Esta vez Tully ni siquiera miró hacia el espejo. No había nadie detrás. ¿Quién iba a mirarla a ella, la chica que nadie quería quedarse?

Al otro lado de la habitación, el pomo de la puerta se movió y giró.

Tully se puso tensa y se clavó los dedos en los muslos.

*Sé buena, Tully. Di que sí a todo. Un hogar de acogida es mejor que un reformatorio.*

Se abrió la puerta y entró la señora Mularkey. Con un vestido floreado desvaído y unas bambas blancas desgastadas, su aspecto era cansado y desarreglado, como si la hubieran despertado en plena noche y se hubiera puesto lo primero que hubiera encontrado.

Que era exactamente lo que había pasado.

Se metió una mano en el bolsillo en busca de sus cigarrillos. Cuando encontró uno, lo encendió. A través de las volutas de humo estudió a Tully. Su cara emanaba una tristeza y una desilusión tan visibles como el humo.

La vergüenza se apoderó de Tully. Allí estaba una de las pocas personas que habían creído en ella, y también la había decepcionado.

—¿Cómo está Kate?

La señora Mularkey expulsó el humo.

—Bud la ha llevado a casa. No creo que vuelva a salir en mucho tiempo.

—Ah —dijo Tully, incómoda.

Estaba segura de que todos sus defectos estaban ahora expuestos, desde las mentiras que había contado a los secretos que había guardado y las lágrimas que había derramado. La señora Mularkey lo veía todo.

Y no le gustaba lo que veía.

Tully no podía culparla.

—Sé que la he decepcionado.

—Desde luego que sí. —La señora Mularkey apartó una silla de la mesa y se sentó frente a Tully—. Quieren mandarte a un reformatorio.

Tully se miró las manos, incapaz de soportar la desilusión en el rostro de la señora Mularkey.

—La familia de acogida ya no me quiere.

—Me han dicho que tu madre se negó a hacerse cargo de ti.

—Menuda sorpresa.

Tully oyó su voz quebrarse al pronunciar aquellas palabras. Sabía que delataban lo dolida que estaba, pero no había manera de ocultarlo. No a la señora Mularkey.

—Katie cree que te encontrarán otra familia.

—Sí, bueno. Katie vive en un mundo distinto del mío.

La señora Mularkey se recostó en el respaldo de la silla. Dio una calada a

su cigarrillo, expulsó el humo y dijo con voz suave:

—Quiere que vivas con nosotros.

Solo oírlo fue como una punzada en el corazón. Sabía que le costaría mucho olvidarla.

—Sí, claro.

La señora Mularkey tardó un momento en hablar.

—Una chica que viviera en nuestra casa tendría que hacer tareas y acatar las reglas. El señor Mularkey y yo no toleramos ninguna tontería.

Tully la miró fijamente.

—¿Qué es lo que me está diciendo?

No se atrevía a poner aquella repentina esperanza en palabras.

—Y desde luego, nada de fumar.

Tully la miró, mientras los ojos empezaban a escocerle por efecto de las lágrimas. Pero aquel dolor no era nada comparado con lo que sentía en lo más profundo de su corazón. Era como precipitarse desde una gran altura.

—¿Está diciendo que puedo vivir con ustedes?

La señora Mularkey se inclinó hacia delante y le acarició la línea de la mandíbula.

—Sé lo dura que ha sido tu vida hasta ahora, Tully, y no soporto la idea de que vuelvas a pasar por ello.

Ahora no se sentía caer, sino volar, y de pronto comprobó que lloraba por todo. Por su abuela, por la familia de acogida, por Nube. El alivio que estaba sintiendo era la emoción más grande que había experimentado jamás. Con manos temblorosas, sacó la cajetilla arrugada y medio vacía de tabaco del bolso y se la dio a la señora Mularkey.

—Bienvenida a nuestra familia, Tully —dijo por fin la señora Mularkey rompiendo el silencio a la vez que abrazaba a Tully y dejaba que llorara a gusto.

Durante toda su vida Tully recordaría aquel momento como el comienzo de algo nuevo para ella; su transformación en otra persona. Viviendo con la familia Mularkey, ruidosa, loca, afectuosa, descubrió a una persona completamente nueva en su interior. Dejó de tener secretos, de decir mentiras, de hacerse pasar por quien no era, y ellos jamás le hicieron sentir que no era querida o lo bastante buena. En los años siguientes, daba igual dónde se encontrara, qué estuviera haciendo o con quién, siempre recordaría aquel momento y aquellas palabras. *Bienvenida a nuestra familia, Tully.*

Siempre, hasta el final, recordaría aquel último año de instituto, cuando fue inseparable de Kate y parte de su familia, como el mejor de su vida.

Chicas, ya vale de remolonear. Si no salimos ya vamos a pillar un atasco.

Kate estaba en la habitación abuhardillada junto a la cama individual, mirando la maleta abierta que contenía sus preciadas posesiones. Encima de todo había una fotografía enmarcada de sus abuelos, encajada entre el fajo de cartas que le había escrito Tully todos esos años atrás atadas con una cinta y una foto de las dos el día de la graduación.

Aunque llevaba meses esperando aquel momento (por las noches Tully y ella habían tejido innumerables sueños, todos los cuales empezaban por «Cuando estemos en la universidad»), ahora que había llegado le costaba dejar su casa.

Durante el último año de instituto se habían convertido en un dúo. TullyKate. En el colegio todos pronunciaban sus nombres como si fueran uno solo. Cuando Tully se convirtió en redactora jefa del periódico, Kate trabajó a su lado, editando los artículos. Había vivido a través de los logros de su amiga, impulsada por la estela de su popularidad, pero siempre en un lugar que conocía y en el que se sentía segura.

—¿Y si se me olvida algo?

Tully cruzó la habitación y se reunió con Kate. Le cerró la maleta.

—Ya estás preparada.

—No, la que lo está eres tú, como siempre —dijo Kate, tratando de no dejar ver lo asustada que estaba. De pronto se dio cuenta, con dolor, de lo mucho que iba a echar de menos a sus padres e incluso a su hermano pequeño.

Tully la miró.

—Somos un equipo, ¿o no? Las chicas de Firefly Lane.

—Lo hemos sido, pero...

—No hay peros que valgan. Nos vamos juntas a la universidad, hemos pedido plaza en la misma hermandad y nos contratará la misma cadena de televisión. Punto final. Lo conseguiremos.

Kate sabía lo que esperaban de ella Tully y todos los demás. Se suponía que tenía que ser fuerte y valerosa. El problema era que no conseguía sentirse así. Pero, puesto que no lo sentía, hacía lo que se había acostumbrado a hacer en presencia de Tully. Sonreía y fingía.

—Tienes razón. ¡Vámonos!

El viaje desde Snohomish al centro de Seattle, que por lo general era de treinta y cinco minutos, pareció transcurrir en un suspiro. Kate apenas habló, parecía haberse quedado sin voz, mientras Tully y su madre charlaban sobre el inminente día de reclutamiento de las hermandades estudiantiles. Al parecer, su madre estaba más ilusionada con su aventura universitaria que la misma Kate.

Una vez en la torre que ocupaba Haggett Hall, se abrieron paso por los pasillos atestados y ruidosos hasta una habitación pequeña y lóbrega en el décimo piso. Allí se alojarían durante el reclutamiento. Cuando este terminara, se trasladarían a su hermandad.

—Pues ya estamos —dijo la señora Mularkey.

Kate fue hasta donde estaban sus padres y se fundieron en el famoso abrazo familiar Mularkey.

Tully se quedó donde estaba sintiéndose extrañamente fuera de lugar.

—Pero bueno, Tully, ven aquí —la llamó la señora Mularkey.

Tully se apresuró a ir hasta ellos y a dejarse abrazar.

Durante la hora siguiente colocaron cosas, charlaron e hicieron fotos. Por fin el padre dijo:

—Bueno, Margie, tenemos que irnos o vamos a coger atasco.

Hubo una última ronda de abrazos.

Kate se aferró a su madre luchando por contener las lágrimas.

—Vas a estar bien —dijo la madre—. Confía en tus sueños. Tully y tú vais a ser las mejores periodistas del estado. Tu padre y yo estamos muy orgullosos de ti.

Kate asintió y miró a su madre a través de lágrimas emocionadas.

—Te quiero, mamá.

La despedida fue demasiado corta.

—Os llamaremos todos los domingos —les aseguró Tully cuando ya se



iban—. En cuanto volváis de la iglesia.

Y, de repente, se habían ido.

Tully se dejó caer en la cama.

—Tengo curiosidad por saber cómo será el reclutamiento. Seguro que nos quieren en todas las hermandades. No puede ser de otra manera.

—Te querrán a ti —dijo Kate con voz queda, y por primera vez en meses se sintió como la niña a la que llamaban piojo acuático muchos años atrás, la niña con gafas de culo de botella y vaqueros de cintura alta comprados en Sears. Daba igual que llevara lentillas, que le hubieran quitado el aparato y que hubiera aprendido a maquillarse para resaltar sus facciones. Las chicas de la hermandad no se dejarían engañar por eso.

Tully se sentó.

—Sabes que no pienso entrar en una hermandad si no es contigo, ¿verdad?

—Pero eso no es justo para ti. —Kate fue hasta la cama y se sentó a su lado.

—¿Te acuerdas de Firefly Lane? —preguntó Tully bajando la voz.

Con los años, aquellas palabras se habían convertido en una frase para todo, una especie de resumen de sus recuerdos compartidos. Era su manera de decir que una amistad nacida a los catorce años, cuando David Cassidy estaba de moda y una canción podía hacerte llorar, duraría para siempre.

—Pues claro que me acuerdo.

—Pero no lo entiendes —dijo Tully.

—¿El qué?

—Cuando mi madre me abandonó, ¿quién estuvo a mi lado? Cuando mi abuela murió, ¿quién me dio la mano y me acogió? —Se volvió a mirar a Kate—. Tú, esa es la respuesta. Somos un equipo, Kate. Amigas para siempre, pase lo que pase, ¿vale?

Le dio un codazo a Kate y la hizo sonreír.

—Siempre te sales con la tuya.

Tully rio.

—Pues claro, es uno de los rasgos más irresistibles de mi personalidad. Ahora, vamos a pensar qué nos ponemos el primer día...

La Universidad de Washington cumplió con creces las expectativas de Tully. Repartida a lo largo de varios kilómetros y formada por cientos de edificios

de estilo gótico, era un mundo en sí misma. El tamaño apabullaba a Kate, pero no a Tully; decidió que si triunfaba allí podría triunfar en cualquier parte. Desde el momento en que se fueron a vivir a la hermandad, empezó a prepararse para trabajar en los informativos de una cadena de televisión. Además de cursar las asignaturas comunes de la carrera de Comunicación, sacaba tiempo para leer al menos cuatro periódicos al día y ver cuantos programas de noticias podía. Cuando le llegara su gran oportunidad, estaría preparada.

Había dedicado la mayor parte del tiempo de sus primeras semanas de universidad a orientarse y decidir cuál debía ser la Fase Uno de su plan de estudios. Se había visto en tantas ocasiones con el asesor académico de la Facultad de Comunicación que este a veces la evitaba cuando la veía acercarse por el pasillo, pero a Tully le daba igual. Cuando tenía preguntas, quería respuestas.

El problema era, de nuevo, su juventud. No podía apuntarse a clases de comunicación audiovisual ni de periodismo avanzadas; ni sus técnicas de persuasión ni su insistencia servían de nada en la gigantesca maquinaria burocrática de aquella universidad estatal. No le quedaba más remedio que esperar su turno.

Algo que no se le daba bien.

Se inclinó y susurró a Kate:

—¿Por qué tenemos que coger asignaturas de ciencias? Para ser periodista no necesito estudiar geología.

—Chis.

Tully frunció el ceño y se recostó en el respaldo de su silla. Estaban en Kane Hall, uno de los auditorios más grandes del campus. Desde su asiento de gallinero, en las gradas de arriba del todo, en compañía de cerca de quinientos estudiantes, apenas veía al profesor, que en realidad había resultado no ser el profesor, sino un simple auxiliar.

—Luego compramos los apuntes. Vámonos. La redacción del periódico abre a las diez.

Kate ni siquiera la miró, se limitó a seguir tomando notas en una hoja de papel.

Tully gimió y volvió a recostarse, cruzó los brazos asqueada, contando los minutos para que terminara la clase. En el instante mismo en que sonó la campana, se puso de pie de un salto.

—Gracias a Dios. Vámonos.

Kate terminó de tomar apuntes, recogió sus papeles y los organizó con cuidado en la carpeta.

—¿Qué estás, fabricando papel? Venga, que quiero conocer al editor.

Kate se levantó y se colgó la mochila del hombro.

—No nos van a coger en el periódico, Tully.

—Tu madre te dijo que no fueras negativa. ¿No te acuerdas?

Bajaron las escaleras y se unieron a la ruidosa multitud de estudiantes.

Fuera el sol brillaba con fuerza en el patio de ladrillos conocido como la Plaza Roja. Junto a la biblioteca Suzzallo, un grupo de estudiantes melenudos se había reunido debajo de un letrero que decía LIMPIEMOS HANFORD.

—Luego no te quejes a mi madre cuando no te salgas con la tuya —dijo Kate mientras se dirigían a la explanada—. Ni siquiera podemos ir a clases de periodismo hasta que estemos en tercero.

Tully se paró.

—¿De verdad no vas a venir conmigo?

Kate sonrió y siguió andando.

—No nos van a coger.

—Pero vas a venir conmigo, ¿verdad? Somos un equipo.

—Pues claro que voy a ir.

—Lo sabía. Me estabas tomando el pelo.

Siguieron andando y atravesaron la explanada, donde los cerezos estaban verdes y exuberantes, igual que el césped. Docenas de estudiantes en pantalones cortos y camisetas de colores vivos jugaban al *frisbee* y al *hacky attack*.

Cuando llegaron a la redacción del periódico, Tully se detuvo.

—Hablo yo.

—¡No me digas!

Entraron riendo en el edificio y se presentaron a un chico de aspecto desaliñado que estaba en la recepción y que las dirigió al despacho del editor.

La reunión duró menos de diez minutos.

—Te dije que somos demasiado jóvenes —dijo Kate de vuelta a la hermandad.

—Vete a la mierda. A veces pienso que ni siquiera quieres ser periodista conmigo.

—Eso es mentira; tú casi nunca piensas.

—Bruja.

—Arpía.

Kate le pasó un brazo por los hombros a Tully.

—Venga, Barbara Walters, te acompaño a casa.

Tully estaba tan deprimida por cómo había ido la reunión que Kate pasó el resto de la tarde haciéndole carantoñas para que recuperara el buen humor.

—Venga —dijo horas más tarde, cuando estaban de vuelta en su minúscula habitación de la hermandad—. Vamos a prepararnos. Tienes que ponerte guapa para el intercambio.

—Me importa un pito el intercambio. Los chicos de las fraternidades no son precisamente mi tipo.

Kate tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír. Tully lo hacía todo de manera exagerada, era una persona de extremos. En el tiempo que llevaban en la UW, no había hecho más que intensificar sus opiniones. Lo curioso era que, mientras aquel campus gigantesco y atestado había dado rienda suelta a las extravagancias de Tully, tenía un efecto opuesto, calmante, en Kate. Cada día que pasaba allí se sentía más fuerte, mejor preparada para hacerse adulta.

—Mira que eres melodramática. Venga, te dejo que me maquilles.

—¿En serio?

—Pero es una oferta por tiempo limitado, así que ya puedes mover el culo.

Tully se puso en pie de un salto, cogió a Kate de la mano y tiró de ella por el pasillo hasta el cuarto de baño, donde había ya docenas de chicas duchándose, secándose y peinándose el pelo con secador.

Esperaron su turno, se ducharon y volvieron a la habitación. Por suerte, sus otras dos compañeras no estaban. El espacio diminuto, ocupado casi en su totalidad por cómodas, escritorios y las literas de las estudiantes de los cursos superiores, apenas les daba para moverse. Sus camas individuales estaban en una amplia terraza cerrada al final del pasillo.

Tully dedicó casi una hora a peinarse y maquillarse a sí misma y a Kate, y a continuación sacó la tela que habían comprado para hacerse las togas, dorada para ella, plateada para Kate, y creó dos prendas de vestir mágicas sujetas mediante cinturones ajustados e imperdibles con pedrería.

Cuando terminaron, Kate se estudió en el espejo. La tela plateada brillante

casaba bien con su tez clara y pelo dorado y resaltaba el verde de sus ojos. Después de años con aspecto de empollona, aún le sorprendía verse atractiva.

—Eres un genio —dijo.

Tully dio una vuelta para que Kate la inspeccionara.

—¿Qué tal estoy?

La toga dorada acentuaba sus pechos grandes y cintura de avispa, y sobre el hombro le caía revuelto el pelo caoba convenientemente rizado, cardado y fijado con laca al estilo de Jane Fonda en *Barbarella*. La sombra azul y la gruesa raya del delineador le daban un toque exótico.

—Estás preciosa —contestó Kate—. Los chicos se van a volver locos.

—Estás obsesionada con el amor; debe de ser por todas esas novelas románticas que lees. Esta es nuestra noche. A los chicos que les follen.

—No quiero follármelos, pero estaría bien tener una cita.

Tully cogió a Kate del brazo y la sacó al pasillo, que estaba lleno de chicas a medio vestir riendo y hablando, corriendo por los ajetreados pasillos con rulos, secadores de pelo y sábanas.

Abajo, en el salón de las visitas, una de las chicas estaba enseñando a las demás a bailar disco.

Ya fuera, Kate y Tully se mezclaron con la multitud que bajaba la calle. En aquella noche cálida de septiembre había gente por todas partes. La mayoría de las fraternidades celebraban una fiesta de intercambio. Había chicas disfrazadas, con ropa normal, sin casi ropa..., todas caminando en grupo con sus compañeras de hermandad hacia sus diversos destinos.

La casa Fi Delta era grande y cuadrada, una mezcla bastante moderna de cristal, metal y ladrillo situada en la esquina de dos calles. Dentro las paredes estaban descascarilladas, los muebles rotos, raídos y feos, y la decoración recordaba a las cárceles de 1950. Aunque había tanta gente que estas cosas apenas se apreciaban.

Los asistentes estaban como sardinas en lata, bebiendo cerveza de vasos de plástico y moviéndose al ritmo de la música. Por los altavoces atronaba *Shout!* y todos cantaban saltando al ritmo de la canción.

*A little bit softer now... Y ahora un poco más bajito...*

Todos se acucillaron, se quedaron quietos y a continuación levantaron las manos y subieron otra vez sin dejar de cantar.

Como de costumbre, en cuanto Tully puso un pie en la fiesta pasó a modo *on*. Ni rastro del principio de depresión, la sonrisa vacilante o la irritación por

no haber conseguido el trabajo. Kate la miró admirada; su amiga enseguida atrajo la atención de todos.

—*Shout!* —gritó Tully riendo.

Los chicos se le acercaron como polillas a la luz, pero Tully apenas pareció reparar en ellos. Se dirigió a la pista de baile arrastrando a Kate con ella.

Hacía años que Kate no se divertía tanto.

Para cuando hubo bailado en grupo *Brick House*, *Twistin' the Night Away* y *Louie Louie*, estaba acalorada y sudorosa.

—Ahora vengo —le gritó a Tully, quien asintió. Kate salió y se sentó en el murete de ladrillo que señalaba el límite de la propiedad. La brisa fresca de la noche le sopló en la cara. Cerró los ojos y se balanceó al ritmo de la música.

—Por si no lo sabes, la fiesta es dentro.

Kate levantó la vista.

El chico que había hablado era alto y de espaldas anchas, con pelo trigueño que le caía sobre unos ojos de color azul intenso.

—¿Puedo sentarme contigo?

—Claro.

—Soy Brandt Hanover.

—Yo Kate Mularkey.

—¿Es tu primera fiesta en una fraternidad?

—¿Tanto se nota?

El chico sonrió y pasó de atractivo a guapísimo.

—Un poquito solo. Me acuerdo de mi primer año aquí. Era como estar en Marte. Soy de Moses Lake —dijo como si eso lo explicara todo.

—¿Un pueblo pequeño?

—Un puntito en el mapa.

—La verdad es que puede ser duro.

A partir de ahí, la conversación fluyó con naturalidad. Brandt habló de cosas que a Kate le resultaban cercanas. Había crecido en una granja, dando de comer a las vacas antes del amanecer y conduciendo el camión de su padre desde los trece años. Sabía lo que era sentirse perdido y encontrado a la vez en un sitio tan grande y abrumador como la Universidad de Washington.

Dentro, la música cambió. Alguien subió el volumen. Era *Dancing Queen*, de ABBA.

Tully salió corriendo de la casa.

—¡Kate! —gritó, riendo—. Estás aquí.

Brandt se puso de pie enseguida.

Tully le miró con el ceño fruncido.

—¿Quién es este?

—Brandt Hanover.

Kate supo con exactitud lo que iba a ocurrir. Debido a lo sucedido en el bosque oscuro junto al río muchos años antes, Tully no confiaba en los chicos, no quería tener nada que ver con ellos y estaba decidida a proteger a Kate de cualquier desengaño amoroso. El problema era que Kate no tenía miedo. Quería salir con chicos, divertirse y quizá incluso enamorarse.

Pero ¿cómo iba a decirle eso a Tully cuando esta solo intentaba protegerla?

Tully la cogió del brazo y la obligó a levantarse.

—Lo siento, Brandt —dijo riendo a un volumen ligeramente exagerado mientras se llevaba a Kate—, pero es nuestra canción.

—Hoy he visto a Brandt en el edificio HUB. Me ha sonreído.

Tully reprimió el impulso de poner los ojos en blanco. En los seis meses transcurridos desde la fiesta de togas en Fi Delta, Kate se las había arreglado para mencionar a Brandt Hanover al menos una vez al día. Se diría que estaban saliendo, tal era la frecuencia con que su nombre salía en la conversación.

—Déjame que adivine. Has hecho como que no te dabas cuenta.

—Le he devuelto la sonrisa.

—Madre mía. Qué día tan especial.

—He pensado en invitarlo al baile de primavera. Podríamos tener una cita doble.

—Tengo que escribir un artículo sobre el ayatolá Jomeini. He pensado que, si sigo mandando material al periódico, tarde o temprano me publicarán algo. A ti no te vendría mal tampoco esforzarte más por...

Kate se volvió hacia su amiga.

—Se acabó. Dimíto como amiga tuya. Ya sé que nuestra vida social no te interesa, pero a mí sí. Si no vienes...

Tully rio.

—Vale. Que sí.

Kate no pudo evitar reír.

—Bruja.

Le pasó un brazo por los hombros a Tully. Caminaron juntas por la acera salpicada de hierba de la calle Veintiuno hasta el campus.

Al llegar a la garita de seguridad, Kate dijo:

—Tengo clase con el Antipático. ¿Tú?

—Teatro y Televisión.

—¡Es verdad! ¡Tu primera clase de periodismo! Y con ese tipo tan famoso del que no has dejado de hablar desde que llegamos.

—Chad Wiley.

—¿Cuántas cartas tuviste que mandar para que te admitieran?

—Unas mil. Y deberías venir conmigo. Las dos necesitamos esta clase.

—Entraré cuando esté en tercero. ¿Quieres que te acompañe?

Tully quería a su amiga por cosas como aquella. De alguna manera, Kate sabía que, aunque simulaba valor, estaba nerviosa. Todo lo que quería podía empezar ese día.

—No, gracias. ¿Cómo voy a hacer mi entrada triunfal si llego acompañada?

Miró a Kate alejarse. Una vez sola entre los estudiantes que iban de un edificio a otro, Tully respiró hondo en un intento por sosegar. Tenía que parecer tranquila.

Caminó con seguridad dejando atrás la fuente de Frosh Pond y entró en el edificio de Teatro/Televisión, donde hizo una primera parada en los baños.

Allí se detuvo delante del espejo. Llevaba el pelo rizado y cardado impecable, lo mismo que el maquillaje. Los vaqueros muy ceñidos y de campana y el blusón blanco con cinturón dorado y cuello Mao conseguían ser sensuales y transmitir profesionalidad al mismo tiempo.

Cuando sonó el timbre, corrió por el pasillo con la mochila rebotándole en el trasero al andar. Una vez en el aula, caminó con valentía hasta la primera fila y se sentó.

El profesor estaba repantigado en una silla de metal.

—Soy Chad Wiley —dijo con voz sensual de bebedor de whisky—. Los que me reconozcáis por el nombre tenéis sobresaliente.

Hubo risas por toda el aula. La de Tully fue la más sonora. Sabía algo más que el nombre del profesor. Se sabía su vida al dedillo. Había terminado la universidad convertido en un niño prodigio de la televisión. Había ascendido con rapidez y había sido elegido presentador de una cadena antes de cumplir los treinta. Luego, sencillamente, lo había perdido todo. Dos detenciones por



conducir bebido, un accidente de coche donde se rompió las dos piernas e hirió a un niño, y adiós a su estrella. Pasaron un par de años en que no se supo nada de él y entonces, por fin, reapareció en la Universidad de Washington convertido en profesor.

Wiley se puso de pie. Iba desaliñado, con pelo largo y barba gris y negra de al menos tres días, pero la inteligencia de su mirada estaba intacta. Conservaba el sello de grandeza. No era de extrañar que hubiera triunfado.

Le dio a Tully un programa de la asignatura e hizo ademán de alejarse.

—Su enfoque del caso de Karen Silkwood fue de lo más inspirado —dijo Tully con una sonrisa radiante.

Él se detuvo y la estudió. Había algo inquietante en su forma de mirarla — con intensidad pero solo durante un segundo, como un rayo láser que se enciende y se apaga— y luego siguió andando hacia el siguiente alumno.

La había tomado por otra estudiante pelota que quería ganarse sus favores.

En el futuro tendría que andarse con más cuidado. En aquel momento, nada le importaba más que causar buena impresión a Chad Wiley. Tenía intención de aprender de él todo lo posible.

## Segunda parte

# LOS OCHENTA

## Love Is a Battlefield

*heartache to heartache,  
we stand*[\[3\]](#)

Hacia el final de su segundo año de universidad, Tully no dudaba de que Chad Wiley sabía quién era. Había asistido a dos de sus clases: Periodismo Audiovisual I y II. Enseñara la asignatura que enseñara, Tully se matriculaba; le pidiera lo que le pidiera, lo hacía. Sin reservas. Hasta el final.

El problema era que él no parecía reconocer su talento. Habían pasado la semana anterior entera practicando cómo leer las noticias de un *teleprompter*. Cada vez que Tully terminaba, lo miraba, pero él apenas levantaba la vista de sus notas. No solo eso, luego le hacía una crítica como quien le da una receta de cocina a una vecina molesta y decía: «El siguiente».

Día tras días, semana tras semana, clase tras clase, Tully esperaba a que reaccionara a su evidente talento, a que dijera: «Estás preparada para trabajar en la KVTs». Ahora era la primera semana de mayo. Le quedaban unas seis semanas para terminar su segundo año de universidad y seguía esperando.

En los últimos dos años habían cambiado muchas cosas en la vida de Tully. Se había cortado el pelo a la altura de los hombros y dejado flequillo. Su referente de estilo ya no era Farrah Fawcett-Major, sino Jessica Savitch. El año 1980 parecía hecho para Tully: melena abultada, maquillaje en tonos alegres, telas brillantes y hombreras. Nada de colores pálidos propios de chicas de hermandad. Cuando Tully entraba en una habitación, la gente se daba cuenta.

Excepto, claro está, Chad Wiley.

Pero eso estaba a punto de cambiar, esta vez Tully estaba convencida. La semana anterior había conseguido por fin reunir los créditos suficientes para pedir unas prácticas en la KVTs, la emisora de radio local pública que tenía su estudio en el campus. Se había levantado a las seis de la mañana para asegurarse de que su nombre figurase el primero en la lista. Cuando le dieron

el texto para hacer la prueba, se fue a casa y lo ensayó sin fin, probando al menos doce maneras diferentes hasta encontrar el tono de voz que se adecuara perfectamente al tono de la noticia. El día anterior había clavado la prueba, estaba segura. Ahora, por fin, había llegado el momento de averiguar lo que había conseguido.

—¿Qué tal estoy?

Kate no levantó la vista de *El pájaro espino*.

—Genial.

Tully sintió la punzada de irritación que empezaba a ser cada vez más frecuente aquellos días. A veces le bastaba mirar a Kate para que se le disparara la tensión. Tenía que hacer esfuerzos para no gritar.

El problema era el amor. Kate había pasado todo el primer año de carrera bebiendo los vientos por Brandt y su pésimo corte de pelo. Pero cuando por fin empezaron a salir, fue una decepción, y terminó pronto. Sin embargo, a Kate pareció darle igual. Durante gran parte del segundo año estuvo saliendo con Ted, que supuestamente estaba enamorado de ella, y con Eric, que sin duda no lo estaba. Kate iba a una fiesta de fraternidad tras otra y, aunque nunca se enamoraba de ninguno de los memos con los que salía —y desde luego no se acostaba con ellos—, no tenía otro tema de conversación. Últimamente, cada frase que pronunciaba parecía empezar con el nombre de algún chico. Y lo que era aún peor, apenas mencionaba ya sus planes de trabajar en televisión. Parecía satisfecha estudiando otras cosas. Cada vez que una de las chicas de la hermandad se comprometía, Kate era de las que acudían corriendo y se desmayaban de la emoción al ver el anillo.

Lo cierto era que Tully estaba harta. No dejaba de escribir artículos que el periódico de la universidad se negaba a publicar y de merodear por el estudio de televisión del campus, donde nadie le daba ni la hora. Y en medio de tanto fracaso, cuando de verdad necesitaba a su mejor amiga, Kate no hacía más que parlotear sobre su última cita.

—Pero si no me estás mirando.

—No me hace falta.

—No sabes lo importante que es esto para mí.

Kate levantó por fin la vista.

—Has estado dos semanas ensayando esta noticia. Te he oído practicar incluso cuando me levantaba a hacer pis en mitad de la noche. Créeme, sé lo obsesionada que estás.

—¿Entonces por qué pasas de mí, listilla?

—No paso de ti. Es que sé que te van a dar el trabajo de presentadora.

Tully sonrió.

—Sí, ¿verdad?

—Pues claro, eres superbueno. Vas a ser la primera estudiante de tercero que hace televisión.

—Esta vez al profesor Wiley no le va a quedar más remedio que reconocerlo. —Tully cogió su mochila y se la colgó al hombro—. ¿Quieres venir conmigo?

—No puedo. He quedado con Josh para un grupo de estudio en Suzzallo.

—Eso me suena a cita cutre, pero tú sabrás lo que haces.

Tully cogió sus gafas de sol de la cómoda y salió.

Aquel fresco día de mediados de mayo el campus estaba bañado por la bonita luz del sol. Las plantas estaban en flor y el césped se veía tan grueso y exuberante que parecía formar parches de terciopelo verde dispuestos con cuidado entre tiras de cemento. Caminó con paso seguro hasta el edificio que era la sede de la KVTS. Una vez allí se detuvo el tiempo necesario para alisarse la melena fijada con laca y a continuación entró en un vestíbulo silencioso y con decoración funcional. A su izquierda había un tablón lleno de anuncios. «Se busca compañero de apartamento: solo fumadores de hachís» fue el primero que llamó su atención. Reparó en que todas las tiras con números de teléfono habían sido arrancadas, mientras que un anuncio que había al lado («Se busca compañero de apartamento: preferentemente cristiano practicante») estaba tristemente intacto.

El despacho 214 estaba cerrado. Por la rendija de debajo de la puerta no salía nada de luz. Al lado había un papel colgado en el tablón de anuncios.

## PUESTOS DE PRÁCTICAS DE VERANO POR DEPARTAMENTO

Informativos/Presentador

Steve Landis

El tiempo

Jane Turner

Marketing y Relaciones con la Comunidad

Gretchen Lauber

Deportes

Dan Bluto

Escaleta

Eileen Hutton

Tully sintió una punzada de desilusión, seguida de ira. Abrió la puerta con brusquedad y entró en el auditorio a oscuras donde nadie podía verla, murmurando: «Chad Wiley, eres un fracasado. No reconocerías el talento ni aunque te cogiera esa picha diminuta y te la apretara...».

—Supongo que hablas de mí.

Al oír su voz, Tully se sobresaltó.

Estaba a poco más de cinco metros de ella, entre las sombras. Llevaba el pelo oscuro más desaliñado de lo normal; le colgaba en rizos desordenados hasta los hombros.

Se acercó mientras recorría con los dedos los contornos del respaldo de una silla situada a su derecha.

—Pregúntame por qué no vas a hacer las prácticas en los informativos de la noche y te lo diré.

—Me importa un pito la razón.

—¿De verdad?

La miró durante un largo minuto más, sin sonreír, y a continuación se alejó por el pasillo hasta el escenario.

Tully tenía que elegir entre conservar la dignidad y jugarse su futuro. Para cuando se decidió y corrió detrás de Wiley, este había desaparecido detrás del escenario.

—Vale... —La palabra pareció quedársele atrapada en la garganta—. ¿Por qué?

Wiley caminó hacia ella. Por primera vez, Tully reparó en las arrugas de su cara, los surcos en sus mejillas. La tenue luz cenital acentuaba cada defecto, cada oquedad y marca de su piel.

—Cada vez que vienes a una de mis clases me doy cuenta de que has elegido la ropa con cuidado y dedicado un buen rato a peinarte y maquillarte.

Ahora la estaba mirando, la veía. Y ella le veía a él, más allá de las greñas de pelo y de la cara angulosa que en otro tiempo le había hecho tan atractivo. Lo que la atrapó fueron sus ojos; de color marrón líquido y tristes, que hablaban a los lugares vacíos que Tully tenía en su interior.

—Sí, ¿y?

—Sabes que eres preciosa —dijo Wiley.

Sin titubeos. Sin desesperación. Tranquilo y seguro de sí mismo. A diferencia de los chicos que conocía en fiestas, en el campus o en los bares jugando al billar, no estaba medio borracho y desesperado por un magreo.

—También tengo talento.

—Quizá algún día.

La manera en que lo dijo la cabreó. Estaba devanándose los sesos para contestarle de forma que le doliera, cuando él salvó la distancia entre los dos. Tully apenas tuvo tiempo de decir un asombrado «¿Qué estás...?» antes de que la besara.

Con el roce de sus labios, dulce pero firme, sintió que algo exquisito y tierno florecía en su interior, y, sin saber por qué, rompió a llorar. Él debió de notar el sabor de sus lágrimas, porque se apartó y frunció el ceño.

—¿Eres una mujer, Tully Hart, o una niña pequeña?

Tully sabía lo que le estaba preguntando. Por mucho que se esforzara por disimular su inexperiencia, él la había sentido, saboreado.

—Una mujer —mintió con un temblor casi imperceptible al pronunciar la eme. Ahora sabía, después de un único beso, que su lamentable violación en el bosque no le había enseñado absolutamente nada sobre el sexo. No era virgen, sino algo peor: un contenedor de recuerdos feos y dolorosos. Y, sin embargo, ahora, con aquel hombre, por primera vez quería más.

Así se había sentido aquella noche con Pat, también.

No. Esto era distinto. Ella ya no tenía nada que ver con aquella chica desesperada y sola que se habría adentrado en el bosque más oscuro a cambio de un poco de amor.

Chad la besó de nuevo y murmuró:

—Bien.

Esta vez el beso se prolongó y transformó en algo más profundo que arañaba las entrañas de Tully y la hacía arder de deseo. Para cuando Chad apretó sus caderas contra las suyas, prendiendo un fuego entre sus piernas, había olvidado lo que era estar asustada.

—¿Quieres más? —susurró él.

—Sí.

La cogió en brazos y la llevó a un sofá raído pegado a la pared del fondo en penumbra. Una vez allí, la dejó sobre los cojines ásperos e irregulares y, despacio, con suavidad, empezó a desnudarla. Como en un sueño, Tully sintió cómo le desabrochaba el sujetador y le bajaba las bragas. Y mientras, el



beso continuaba, alimentando el fuego dentro de ella.

Cuando estuvieron los dos desnudos, él se tumbó también en el sofá y la tomó en sus brazos. Los muelles se hundieron bajo el peso de ambos, chirriaron a modo de protesta.

—Nadie te ha dedicado tiempo, ¿verdad, Tully?

Ella vio su propio deseo reflejado en los ojos de él y, por primera vez, no se sintió asustada en brazos de un hombre.

—¿Eso es lo que vas a hacer? ¿Dedicarme tiempo?

Él le apartó un mechón húmedo de la cara.

—Voy a enseñarte cosas, Tully. ¿No es eso lo que querías de mí?

Tully tardó casi dos horas en encontrar a Kate. Empezó su búsqueda en las mesas de estudio del sótano de la hermandad. Luego pasó por el cuarto de la televisión y el dormitorio; incluso miró en la terraza cerrada, aunque a las cuatro de la tarde de un día soleado estaba, como cabía esperar, vacía. Probó en la biblioteca para estudiantes de licenciatura y en la mesa común preferida de Kate; también en la sala de lectura de posgrado, donde unos estudiantes mayores de aspecto hippy la mandaron callar solo por caminar entre las estanterías. Estaba a punto de darse por vencida cuando se acordó del Anexo.

Pues claro.

Cruzó corriendo el campus hasta la casita de dos plantas y tejado a dos aguas que llamaban el Anexo. Cada cuatrimestre, dieciséis afortunadas chicas de clase alta se mudaban de la casa principal a aquel lugar. Era el lugar de reunión por excelencia. No había supervisoras, nadie que vigilara las puertas; lo más cercano al mundo real que las chicas vivirían hasta que, juntas, dejaran la hermandad.

Abrió la puerta principal y llamó a Kate. Contestó alguien desde la otra habitación.

—Creo que está en la azotea.

Tully cogió un par de botellas de Tab de la nevera y subió. La ventana del dormitorio del fondo estaba abierta. Se asomó y miró hacia la azotea.

Allí estaba Kate, sola, con un bikini de ganchillo blanco, tumbada en una toalla de playa y leyendo una novela de bolsillo.

Tully salió a la cornisa y cruzó la azotea del garaje, que todas llamaban Playa Negra.

—Hola —dijo mientras le ofrecía un Tab a Kate—. A ver si lo adivino. Estás leyendo una novela romántica.

Kate ladeó la cabeza y parpadeó en la luz del sol, sonriendo.

—*La promesa*, de Danielle Steel. Es muy triste.

—¿Quieres que te cuente una historia romántica de verdad?

—Como si supieras de esas cosas. No has salido con un chico desde que estamos aquí.

—No necesitas salir con un chico para tener relaciones sexuales.

—La mayoría de la gente, sí.

—Yo no soy como la mayoría de la gente y lo sabes.

—Sí, claro —dijo Kate—. Y ahora voy y me creo que has echado un polvo.

Tully cogió una de las toallas que alguien había dejado allí y se tumbó encima. Tratando de no sonreír, miró el cielo azul y replicó:

—Tres, para ser exacta.

—Pero si ibas a ver lo de las prácticas de verano... —Kate dio un respingo y se sentó—. ¡No!

—Sé que me vas a decir que no podemos acostarnos con los profesores. Creo que es más una recomendación que otra cosa. Una directriz. De todas maneras, no puedes contárselo a nadie.

—Te has acostado con Chad Wiley.

Al oír aquellas palabras, Tully suspiró embelesada.

—Ha sido genial, Kate, te lo digo en serio.

—Madre mía. ¿Qué habéis hecho? ¿Qué te ha hecho? ¿Te ha dolido? ¿Tenías miedo?

—Tenía miedo —respondió Tully con voz queda—. Al principio solo pensaba en..., ya sabes..., la noche con Pat. Pensé que iba a vomitar, o a salir corriendo, pero entonces me besó.

—¿Y?

—Y... como que me derretí. Antes de que me diera cuenta ya me había desnudado.

—¿Te dolió?

—Sí, pero no como la otra vez. —Tully estaba sorprendida de lo fácil que le resultaba de pronto hablar de la noche en que la violaron. Por primera vez se había convertido en un recuerdo lejano, en algo malo que le había pasado de joven. La dulzura de Chad le había mostrado que el sexo no tenía por qué

doler, que podía ser algo bonito—. Al cabo de un rato me sentí increíblemente bien. Ahora ya sé de qué hablan todos esos artículos de *Cosmopolitan*.

—¿Te dijo que te quería?

Tully rio, pero en su fuero interno la pregunta no le hacía tanta gracia como habría querido.

—No.

—Pues eso es bueno.

—¿Por qué? ¿No soy lo bastante buena para que se enamoren de mí? ¿Eso es solo para chicas buenas católicas como tú?

—Es tu profe, Tully.

—Ah, eso. A mí esas cosas me dan igual. —Miró a su amiga—. Pensaba que te ibas a poner en plan novela romántica y decirme que era como un cuento de hadas.

—Tengo que conocerlo —dijo Kate con firmeza.

—No creo que podamos organizar una cita doble.

—Entonces tendré que ir de carabina. Oye, igual le hacen descuento para mayores si vamos a cenar.

Tully rio.

—Mira que eres cabrona.

—Puede, pero esta cabrona quiere más detalles. Quiero saberlo todo. ¿Puedo coger apuntes?

Kate se bajó del autobús y se quedó en la acera leyendo la dirección que llevaba escrita.

Era allí.

A su alrededor la gente iba y venía. Varias personas la empujaron al pasar a su lado. Se puso recta y se dirigió a la puerta. No había razón para ponerse nerviosa por aquella reunión; llevaba más de un mes poniéndose nerviosa y también había dedicado mucho tiempo a dar la lata. No había sido fácil convencer a Tully de que accediera a aquello.

Pero al final Kate dijo las palabras mágicas; cantó bingo: «¿No te fías de mí?». Después de aquello, solo faltó fijar la fecha.

Así que ahora, en aquella noche cálida, se dirigía hacia un edificio con aspecto de bar con la misión de salvar a su mejor amiga de cometer la mayor

equivocación de su vida.

*Acostarse con un profesor.*

Porque de aquello no podía salir nada bueno.

Dentro del Last Exit on Brooklyn, Kate se encontró en un mundo que no se parecía en nada a lo que había conocido hasta entonces. Para empezar, el local era enorme. Debía de haber setenta y cinco mesas: de mármol junto a las paredes y grandes, de madera sin barnizar en el centro de la sala. Un piano vertical y un escenario parecían ocupar el lugar estrella. En la pared junto al piano le llamó la atención un cartel ceniciento y abarquillado del poema *Desiderata*: «Camina plácidamente entre el ruido y la prisa y recuerda que la paz puede estar en el silencio».

Aunque allí no había ni paz ni silencio. Tampoco aire respirable.

Una espesa bruma azul grisácea flotaba y se acumulaba bajo los techos altos. Casi todo el mundo fumaba. Las brasas de los cigarrillos subían y bajaban, sujetas entre dos dedos que gesticulaban con cada palabra. Al principio Kate no vio mesas vacías; estaban casi todas llenas de gente jugando al ajedrez, o leyendo el tarot o discutiendo de política. Había varias personas sentadas en sillas dispuestas alrededor de un micrófono, rasgueando guitarras.

Se abrió paso entre las mesas hacia el rincón del fondo. Por una puerta abierta vio otro espacio lleno de mesas plegables, con más gente hablando y fumando.

Tully estaba sentada a una mesa al fondo del todo, medio escondida en un rincón en penumbra. Cuando vio a Kate se levantó y le hizo un gesto con la mano.

Kate esquivó a una mujer fumando un cigarrillo de clavo de olor y rodeó una columna.

Entonces lo vio.

Chad Wiley.

No era en absoluto como había esperado. Estaba sentado con aire indolente en la silla con una pierna estirada. A pesar del humo y las sombras, se dio cuenta de lo guapo que era. No parecía mayor. Cansado tal vez, pero cansado del mundo. Igual que un pistolero o un cantante de rock entrados en años. La sonrisa que le dedicó empezó despacio, con unas arrugas alrededor de los ojos, y en esos ojos Kate vio una sabiduría que la sorprendió, le hizo dar un traspié.

Él sabía por qué estaba Kate allí: la mejor amiga que quiere salvar a una chica de cometer un error saliendo con el hombre equivocado.

—Debes de ser Chad —dijo.

—Y tú debes de ser Katie.

El uso inesperado de su diminutivo le provocó un escalofrío. Le recordaba lo íntimamente que Chad conocía también a Tully.

—Siéntate —le indicó Tully—. Voy a buscar una camarera.

Antes de que Kate pudiera detenerla, se había levantado e ido.

Kate miró a Chad; este le devolvió la mirada y sonrió como si tuviera un secreto.

—Es un sitio interesante —comentó Kate por entablar conversación.

—Es como una taberna pero sin cerveza —dijo Chad—. Uno de esos sitios donde puedes cambiar quien eres.

—Creí que los cambios se hacían desde dentro.

—A veces. Otras veces las circunstancias te obligan.

Al decir aquello la mirada de Chad se ensombreció un poco con cierta emoción. Kate recordó de pronto su pasado, la brillante carrera truncada.

—Te despedirían, quiero decir, en la universidad, si supieran lo tuyo con Tully, ¿no?

Chad dobló la pierna y se sentó recto.

—Así que quieres ir al grano. Bien, me gusta ir al grano. Sí. Otra carrera profesional truncada.

—¿Eres adicto al riesgo o algo así?

—No.

—¿Te has acostado con otras alumnas?

Chad rio.

—Para nada.

—Entonces, ¿por qué?

Chad miró de reojo a Tully, que estaba en la barra atestada intentando pedir.

—Precisamente tú no deberías preguntar algo así. ¿Por qué es tu mejor amiga?

—Porque es especial.

—Desde luego.

—¿Y qué hay de su carrera profesional? Si se supiera que está contigo se iría al garete. Dirían que se acostó con un profesor a cambio de un título

universitario.

—Bien hecho, Katie. Haces bien en preocuparte por ella. Lo necesita. Es... frágil, nuestra Tully.

Kate no supo qué le había disgustado más: si su descripción de Tully como alguien frágil o la manera en que había dicho «nuestra Tully».

—Es una apisonadora. Por algo la llamo Tormenta Tropical Tully.

—Eso son apariencias. Para disimular.

Kate se echó hacia atrás, sorprendida.

—Te importa de verdad.

—Lo que empeora las cosas, supongo. ¿Qué vas a decirle?

—¿Sobre qué?

—Has venido aquí para intentar convencerla de que no me vea más, ¿a que sí? Desde luego puedes decir que soy demasiado mayor. Y el argumento del profesor siempre funciona. Para que lo sepas, también bebo demasiado.

—¿Quieres que le diga esas cosas?

Chad la miró.

—No, no quiero que le digas esas cosas.

A su espalda, un joven con pelo alborotado y pantalones de aspecto mugriento se acercó al micrófono. Se presentó como Kenny Gorelick y empezó a tocar el saxofón. Su música era extremadamente romántica y sincopada, y durante unos instantes las conversaciones en el local cesaron. Kate se sintió elevada por la música, transportada. Poco a poco, sin embargo, se convirtió en música de fondo y miró a Chad. La estudiaba con atención. Kate supo lo mucho que le importaba aquella conversación, también lo mucho que le importaba Tully. Aquello lo cambiaba todo; lo repentino de la transformación la sorprendió. Ahora le preocupaba que Tully destrozara a aquel hombre, que, para ser francos, no parecía tener la energía para soportar otro revés de esa magnitud. Antes de que pudiera responder a la pregunta que le había hecho, Tully estaba de vuelta y traía con ella a una camarera de pelo morado.

—Entonces —dijo con el ceño fruncido y algo jadeante—, ¿ya os habéis hecho amigos?

Chad fue el primero en mirarla.

—Somos amigos.

—Estupendo —contestó Tully mientras se sentaba en su regazo—. ¿Quién quiere tarta de manzana?

Chad las dejó a dos manzanas de la hermandad, en una calle oscura de residencias decrepitas donde vivían las estudiantes que no se fijaban en lo que hacían las chicas de las hermandades.

—Me alegro de haberte conocido —dijo Kate al bajarse del coche. Se quedó en la acera a esperar a que Tully dejara de besarse con Chad.

Por fin Tully salió del coche y dijo adiós con la mano al Ford Mustang negro de Chad que se alejaba.

—¿Y bien? —preguntó de pronto volviéndose hacia Kate—. ¿A que es guapo?

Kate asintió.

—Desde luego.

—Y guay, ¿no?

—Muy guay.

Kate echó a andar, pero Tully la sujetó por la manga y la hizo girarse.

—¿Te ha gustado?

—Pues claro que me ha gustado. Tiene mucho sentido del humor.

—¿Pero?

Kate se mordió el labio para hacer tiempo. No quería herir los sentimientos de Tully ni enfadarla, pero ¿qué clase de amiga sería si mentía? La verdad era que Chad le había gustado y que se había dado cuenta de que Tully le importaba de verdad. Pero también era cierto que tenía un mal presentimiento sobre su relación, y conocerlo no había hecho más que empeorarlo.

—Venga, Katie, que me estás asustando.

—No iba a decir nada, Tully, pero puesto que insistes... Creo que no deberías salir con él. —Una vez abierta la esclusa, no se pudo contener—: A ver, tiene treinta y un años, una exmujer y una hija de cuatro años a la que no ve nunca. Si os ven juntos en público, le despiden. Estás perdiéndote tus años de universidad.

Tully dio un paso atrás.

—¿Perdiéndome mis años de universidad? ¿Me estás hablando de ir a fiestas disfrazada de hawaiana y beber cerveza de barril? ¿O de salir con chicos como esos pardillos que te gustan a ti, la mayoría de los cuales tienen la inteligencia de un mosquito?

—Quizá tenemos que asumir que solo estamos de acuerdo en que no

estamos de acuerdo...

—Crees que estoy con él por ambición, ¿a que sí? Para... sacar mejores notas o conseguir un puesto en la emisora.

—¿Y no es así? ¿Al menos un poco? —Kate supo al instante que no debería haber dicho aquello—. Lo siento —añadió, cogiendo la mano de su amiga—. No quería decir eso.

Tully se soltó.

—Pues claro que querías. Doña Perfecta con su familia ideal y sus notas impecables. Ni siquiera sé qué haces conmigo, si no soy más que una puta y una trepa.

—¡Espera! —dijo Kate, pero Tully ya había echado a correr por la calle oscura.



Tully corrió hasta la parada del autobús en la calle Cuarenta y cinco.

—Cabrona —murmuró enjugándose los ojos.

Cuando llegó el autobús pagó el billete y subió, murmurando «Cabrona» dos veces más mientras buscaba un asiento y se sentaba.

¿Cómo podía Kate haberle dicho esas cosas?

—Cabrona —repitió, pero esta vez la palabra le salió en voz alta y sonó desvalida.

El autobús se detuvo a menos de una manzana de donde vivía Chad. Recorrió deprisa la acera hacia la casita de estilo Craftsman y llamó a la puerta.

Chad abrió casi enseguida, vestido con una chándal gris viejo y una camiseta de los Rolling Stones. Por como sonreía, Tully supo que la había estado esperando.

—Hola, Tully.

—Llévame a la cama —susurró esta con voz áspera mientras le metía las manos debajo de la camiseta.

Fueron besándose y tocándose por toda la casa hasta el pequeño dormitorio del fondo. Tully permaneció muy cerca de Chad, envuelta en sus brazos, besándolo con ansia. No lo miró, no podía, pero daba igual. Para cuando cayeron sobre la cama estaban los dos desnudos y ávidos.

Tully se perdió en el dolor y el placer de las manos y la boca de Chad y cuando terminaron y siguieron abrazados intentó no pensar en nada excepto en lo bien que la hacía sentir.

—¿Quieres hablar de ello?

Tully miró el techo alto y sin adornos que se había convertido ya en una imagen tan familiar como sus sueños.

—¿A qué te refieres?

—Venga, Tully.

Se colocó de lado y lo miró con la cabeza apoyada en una mano.

Chad le tocó la cara en una delicada caricia.

—Has discutido con Kate por mí y sé cuánto te importa su opinión.

Las palabras sorprendieron a Tully, aunque no debería haber sido así. Durante el tiempo que llevaban acostándose había empezado a revelar a Chad algunas cosas de sí misma. Había empezado de manera accidental, con un comentario esporádico después del sexo o mientras tomaban una copa, y a partir de ahí había ido a más. Se sentía segura en su cama, libre de juicios y censuras. Eran amantes que no se amaban, y eso lo hacía todo más fácil. Aun así, ahora se daba cuenta de que Chad había escuchado todo lo que había dicho y dejado que las palabras compusieran un retrato. Saberlo de pronto le hizo sentirse menos sola, y, aunque eso la asustaba, no pudo evitar sentirse también reconfortada.

—Piensa que está mal.

—Es que está mal, Tully. Los dos lo sabemos.

—Me da igual —dijo desafiante, secándose los ojos—. Es mi mejor amiga. Se supone que tiene que apoyarme haga lo que haga.

Se le quebró la voz al decir estas últimas palabras, la promesa que se habían hecho muchos años atrás.

—Tiene razón, Tully. Deberías escucharla.

Tully oyó algo en su voz, un temblor apenas perceptible que la llevó a mirarlo a los ojos. En ellos vio una tristeza que la confundió.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Me estoy enamorando de ti, Tully, y me gustaría que no fuera así. —Chad sonrió con tristeza—. No pongas esa cara de susto. Sé que no crees en el amor.

La verdad de aquellas palabras le pesó a Tully como una losa y la hizo sentir repentinamente vieja.

—Tal vez algún día lo haga.

Al menos eso quería creer.

—Eso espero. —Chad la besó en los labios con suavidad—. Y ahora dime, ¿qué vas a hacer con Kate?

—No quiere hablar conmigo, mamá. —Kate se recostó en el respaldo acolchado del diminuto cubículo llamado sala del teléfono. Era domingo por la tarde y había tenido que esperar casi una hora para que le llegara el turno.

—Ya lo sé. Acabo de hablar con ella.

*Pues claro, Tully ha llamado primero.* Kate no sabía qué la irritaba más. Oyó el chasquido inconfundible de un cigarrillo encendiéndose al otro lado de la línea de teléfono.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no te gusta su novio.

—¿Y nada más?

Kate debía tener cuidado. Si su madre se enteraba de la edad de Chad, se pondría como una fiera, y Tully se cabrearía de verdad si pensaba que Kate la había delatado.

—¿Es que hay más?

—No —se apresuró a decir—. No le conviene nada, mamá.

—¿Y eso lo sabes por tu amplia experiencia con los hombres?

—No vino al último baile porque a él no le apetecía. Se está perdiendo la vida universitaria.

—¿De verdad pensabas que Tully iba a ser la clásica chica de hermandad? Venga ya, Katie. A Tully... le gusta el teatro. Está llena de sueños. Por cierto, que a ti no te vendría mal contagiarte un poco de su intensidad.

Kate puso los ojos en blanco. Siempre había una sutil —o no tan sutil— presión para que fuera un poco más como Tully.

—No estamos hablando de mi futuro, mamá, céntrate.

—Yo solo te digo...

—Te he oído. Entonces, ¿qué hago? Me está evitando y yo solo quería ser una buena amiga.

—A veces ser una buena amiga pasa por no decir nada.

—¿Se supone que tengo que dejar que se equivoque?

—A veces sí. Y luego recoges los pedazos. Tully tiene tanta personalidad que es fácil olvidarse de dónde viene y de lo sencillo que es hacerle daño.

—Entonces, ¿qué hago?

—Solo tú puedes responder a eso. Mis días de Pepito Grillo terminaron hace mucho.

—Así que ya no más discursos sobre qué es la vida, ¿no? Pues genial. Justo cuando necesitaba uno.

Del otro lado de la línea telefónica llegó el silbido de alguien expulsando el humo.

—Lo que sí sé es que a la una estará en la sala de edición de la KVTs.

—¿Estás segura?

—Es lo que me ha dicho.

—Gracias, mamá. Te quiero.

—Y yo a ti.

Kate colgó y volvió corriendo a su habitación, donde se vistió a toda prisa y se maquilló un poco: corrector sobre todo, para disimular las espinillas que se había explotado en la frente desde la pelea con Tully.

Cruzó el campus en un tiempo récord. Fue fácil. A aquellas alturas del cuatrimestre todos estaban ocupados estudiando para los exámenes finales. En la puerta de la KVTs se detuvo un momento, como quien se prepara para la batalla, y a continuación entró.

Encontró a Tully exactamente donde su madre había dicho: encorvada delante de un monitor, editando material filmado y entrevistas. Al entrar Kate, levantó la vista.

—Pero bueno —exclamó Tully poniéndose en pie—, pero si es la líder de la Mayoría Moral.

—Lo siento —dijo Kate.

Al oír aquello la cara de Tully se descompuso, como si hubiera estado conteniendo la respiración y por fin hubiera soltado el aire.

—Has sido una verdadera cabrona.

—No debería haber dicho esas cosas. Es que... siempre nos lo decimos todo.

—Así que ese ha sido nuestro error.

Tully tragó saliva e intentó sonreír. No lo consiguió.

—No te haría daño por nada del mundo. Eres mi mejor amiga. Lo siento.

—Júrame que no volverá a pasar. Que ningún hombre se interpondrá entre nosotras.

—Lo juro. —Kate pronunció esas palabras con cada fibra de su ser. Si tenía que graparse la lengua, lo haría. Su amistad era más importante que cualquier relación. Los hombres iban y venían, las amigas eran para siempre. Las dos lo sabían.

—Ahora te toca a ti.

—¿De qué hablas?

—Jura que no volverás a dejarme tirada sin hablarlo antes. Estos tres últimos días lo he pasado de pena.

—Lo juro.

Tully no estaba muy segura de cómo había ocurrido, pero había pasado de acostarse con su profesor a vivir un romance con todas las letras. Tal vez Kate había estado en lo cierto y había empezado como una elección profesional para ella; ya no se acordaba. Lo único que sabía era que en los brazos de Chad se sentía satisfecha y esa era una emoción nueva para ella.

Y, por supuesto, era su mentor. Durante el tiempo que llevaban juntos le había enseñado cosas que le habría llevado años descubrir por sí misma.

Y, aún más importante, le había enseñado lo que era hacer el amor. Su cama se había convertido en su puerto; sus brazos, en su cuadrilátero. Cuando la besaba y Tully le dejaba tocarla íntimamente, hasta extremos inimaginables, se olvidaba de que no creía en el amor. El recuerdo de la primera vez, en aquel oscuro bosque de Snohomish, se desvanecía un poco más cada día, hasta que llegó un momento en que descubrió que ya no lo llevaba encima. Siempre sería una parte de ella, una cicatriz en su alma, pero, como todas las cicatrices, con el tiempo había perdido su color rojo brillante y se había convertido en una delgada línea plateada visible solo a veces.

Pero incluso con todo ello, con todo lo que Chad le había enseñado y dado, empezaba a no bastarle. Para cuando llegó el semestre de otoño de su cuarto y último año, el mundo superprotegido de la universidad empezaba a ponerla nerviosa. La CNN había cambiado el estilo de los informativos. Fuera, en el mundo real, pasaban cosas. Cosas importantes. A John Lennon lo habían matado de un tiro a la entrada de su apartamento de Nueva York; un tipo llamado Hinckley había disparado al presidente Reagan en un intento lamentable por impresionar a Jodie Foster; Sandra Day O'Connor se había convertido en la primera jueza del Tribunal Supremo, y Diana Spencer se había casado con Carlos de Inglaterra en una ceremonia tan de cuento de hadas que todas las chicas de Estados Unidos estuvieron todo el verano creyendo en el amor y en los finales felices. Kate hablaba tan a menudo y con tanto detalle de la boda que se habría dicho que había asistido como invitada.

Todas estas cosas eran titulares escritos en vida de Tully, pero, como estaba en la universidad, era como si hubieran ocurrido antes. Sí, por

supuesto escribía artículos sobre ellas en el periódico universitario y a veces incluso leía un par de frases delante de la cámara, pero era todo una ilusión, ejercicios de calentamiento para un juego al que aún no se le permitía jugar.

Suspiraba por nadar en las verdaderas aguas de las noticias locales o nacionales. Pero, sobre todo, estaba cansada de bailes de hermandad, fiestas en fraternidades y del más arcaico de todos los rituales: la ceremonia de las velas. Por qué querían todas aquellas chicas prometerse era algo que escapaba a su comprensión. ¿Es que no sabían lo que estaba pasando en el mundo, no eran conscientes de todas las posibilidades?

Había hecho todo lo que la Universidad de Washington tenía que ofrecerle, se había matriculado en todas las clases de comunicación audiovisual y escrita que merecían la pena, había aprendido todo lo posible de un año de prácticas en la emisora local. Había llegado el momento de saltar al mundo del sálvese quien pueda de los informativos de televisión. Quería entrar en la comunidad periodística y abrirse paso a codazos hasta la primera fila.

—No estás preparada —dijo Chad con un suspiro. Era la tercera vez que lo decía en otros tantos minutos.

—Te equivocas —replicó Tully, inclinada hacia el espejo sobre la cómoda mientras se aplicaba una segunda capa de rímel. En la época glam de los ochenta el maquillaje y los peinados nunca eran lo bastante exagerados—. Tú me has preparado y los dos lo sabemos. Me has hecho cambiarme el pelo a este aburrido corte a lo Jane Pauley. Solo tengo trajes de chaqueta negros y mis zapatos parecen los de un ama de casa de barrio residencial. —Metió el cepillo del rímel en el tubo y se volvió despacio estudiándose las uñas postizas marca Lee que se había puesto aquella misma mañana—. ¿Qué más necesito?

Chad se sentó en la cama. Desde aquella distancia parecía o entristecido por la conversación o cansado; Tully no lo sabía muy bien.

—La respuesta a esa pregunta ya la conoces —dijo Chad con voz suave.

Tully buscó en su bolso una barra de labios de otro color.

—Estoy harta de la universidad. Necesito salir al mundo real.

—No estás preparada, Tully. Un reportero debe tener la mezcla perfecta de objetividad y compasión. Tú eres demasiado objetiva, demasiado fría.

Aquella era la única crítica que la molestaba. Había pasado años sin sentir las cosas y ahora, de pronto, se esperaba de ella que fuera compasiva y objetiva al mismo tiempo. Empática pero profesional. No era algo que entrara

dentro de sus capacidades, y tanto ella como Chad lo sabían.

—No estoy hablando de trabajar en una cadena todavía. Es solo una entrevista para un trabajo a tiempo parcial hasta que termine la carrera. —Fue hasta la cama. Con el traje de chaqueta negro y la camisa blanca, era el ejemplo perfecto de una mujer conservadora pero chic. Hasta había domado la sensualidad de su larga melena sujetándola con una gran horquilla. Se sentó en el borde del colchón y le retiró a Chad un mechón de los ojos—. Lo que pasa es que no estás preparado para dejarme salir al mundo.

Chad suspiró y le acarició el mentón con un nudillo.

—Es verdad que prefiero tenerte en mi cama que fuera de ella.

—Admítelo. Estoy preparada.

Había querido parecer sexy y adulta, pero el temblor de vulnerabilidad en su voz la traicionó. Necesitaba la aprobación de Chad igual que respirar o que la luz del sol. Sin ella también lo haría, por supuesto, pero con menos seguridad, y hoy necesitaba toda la seguridad que pudiera conseguir.

—Ay, Tully —dijo Chad por fin—. Naciste preparada.

Con una sonrisa triunfal, Tully lo besó apasionadamente y luego se levantó y cogió su maletín de plástico. Dentro había un fajo de currículos impresos en grueso papel marfil, varias tarjetas de visita que decían: «Tallulah Hart, reportera de televisión», y el vídeo de un reportaje que había grabado para la KVTS.

—Mucha mierda —dijo Chad.

—Gracias.

Cogió el autobús delante del puesto de hamburguesas Kidd Valley. Aunque estaba en cuarto, no se había molestado en llevarse el coche a la universidad. Los aparcamientos eran caros y difíciles de encontrar. Además, a los Mularkey les encantaba tener el mamotreto de su abuela.

Durante el trayecto a través del distrito universitario y la ciudad estuvo pensando en lo que sabía del hombre con el que se iba a reunir. Con veintiséis años, ya era un excorresponsal televisivo respetado que había ganado un premio gordo por una guerra en Centroamérica. Algo —ninguno de los artículos especificaba qué— lo había hecho volver a casa, donde de pronto había dado un rumbo distinto a su carrera profesional. Ahora era productor del estudio de una de las emisoras locales. Tully había practicado infinidad de veces lo que le diría.

«Encantada de conocerle, señor Ryan».

«Sí, tengo una experiencia bastante impresionante para una mujer de mi edad».

«Estoy decidida a convertirme en una periodista de primera fila y confío..., no, espero...».

El autobús se detuvo entre humo y chirridos en la parada de la esquina de las calles Primera y Broad.

Tully se apresuró a bajar. Cuando estaba bajo la marquesina revisando sus notas empezó a llover, no tanto como para necesitar paraguas o una capucha, pero lo bastante para echarle a perder el peinado y que le entrara agua en los ojos. Agachó la cabeza para protegerse el maquillaje y echó a correr hacia su destino.

El pequeño edificio de cemento con ventanas sin cortinas estaba a medio camino de la manzana, junto a un aparcamiento. Una vez dentro, Tully consultó el directorio de inquilinos y encontró lo que estaba buscando: KCPO-SUITE 201.

Corrigió su postura, esbozó una sonrisa profesional y subió a la suite 201.

Abrió la puerta y se dio de bruces con alguien.

Durante un instante, Tully se quedó desconcertada. El hombre que tenía delante era guapísimo: pelo negro rebelde, ojos azul eléctrico, barba de dos días. En absoluto lo que había esperado.

—¿Eres Tallulah Hart?

Tully le ofreció la mano.

—Sí, soy yo. ¿Es usted el señor Ryan?

—Lo soy. —Le estrechó la mano—. Pasa.

La condujo a través de una antesala con papeles, cámaras y pilas de periódicos por todas partes. Un par de puertas abiertas dejaban ver otros despachos vacíos. En la esquina había un hombre fumando un cigarrillo. Era muy alto, al menos medía un metro noventa y cinco, tenía pelo rubio greñado y aspecto de haber dormido con la ropa que llevaba puesta. Una hoja gigante de marihuana decoraba su camiseta. Cuando entraron levantó la vista.

—Esta es Tallulah Hart —dijo el señor Ryan a modo de presentación.

El hombretón gruñó.

—¿Es la de las cartas?

—La misma. —Ryan sonrió a Tully—. Este es Mutt, nuestro cámara.

—Encantada de conocerlo, señor Mutt.



Aquello hizo reír a los dos hombres y el sonido de su risa no hizo más que confirmar el temor de Tully de que era demasiado joven para aquel lugar.

Ryan la condujo a un despacho que había en un rincón y señaló una silla metálica delante de un escritorio de madera.

—Siéntate —dijo mientras cerraba la puerta a su espalda.

Él se sentó detrás de la mesa y miró a Tully.

Ella se puso recta en un intento de parecer mayor.

—Así que tú eres la que ha estado saturándome el correo con grabaciones y currículos. Estoy seguro de que con lo ambiciosa que eres te habrás documentado sobre nosotros. Somos el equipo de Seattle para la KCPO de Tacoma. No tenemos programa de becarios.

—Eso decían sus cartas.

—Lo sé, las escribí yo. —Se recostó en la silla y entrelazó los brazos detrás de la cabeza.

—¿Ha leído mis artículos o visto mis vídeos?

—En realidad por eso estás aquí. Cuando me di cuenta de que no ibas a dejar de mandarme cintas, decidí que mejor veía alguna.

—¿Y?

—Y algún día serás buena. Tienes lo que hace falta.

*¿Algún día? ¿Seré?*

—Pero te falta mucho aún para estar preparada.

—Por eso quiero este puesto de becaria.

—¿Te refieres al que no existe?

—Trabajaré de veinte a treinta horas por semana gratis, y me da igual si me dan créditos para la universidad o no. Redactaré, verificaré datos, haré documentación. Lo que sea. ¿Qué puede perder?

—¿Lo que sea? —inquirió Ryan—. ¿Harás café y pasarás la aspiradora y limpiarás el baño?

—¿Quién hace esas cosas ahora mismo?

—Mutt y yo. Y Carol, cuando no está con un reportaje.

—Entonces yo también.

—Así que harás lo que sea.

—Sí.

Ryan se echó hacia atrás y la estudió con cuidado.

—¿Te das cuenta de que serás el último mono? Y sin sueldo además.

—Me doy cuenta. Puedo trabajar lunes, miércoles y viernes.

—Vale —dijo Ryan por fin. Se puso de pie—. De acuerdo, Tallulah Hart. Enséñame de lo que eres capaz.

—Lo haré. —Tully sonrió—. Pero llámeme Tully.

Ryan la acompañó fuera del despacho.

—Oye, Mutt, es nuestra nueva becaria. Tully Hart.

—Guay —contestó Mutt sin levantar la vista del equipo fotográfico que tenía en el regazo.

Cuando estaban en la puerta el señor Ryan se detuvo y miró a Tully.

—Espero que se tome este trabajo en serio, señorita Hart. De lo contrario este experimento durará menos que la leche fuera de la nevera.

—Puede contar conmigo, señor Ryan.

—Llámame Johnny. Nos vemos el viernes entonces. ¿A las ocho de la mañana?

—Aquí estaré.

Tully revivió una y otra vez el encuentro en su cabeza mientras bajaba la calle a paso ligero hacia la parada de autobús y se montaba en uno.

Había conseguido unas prácticas. Algún día, cuando Phil Donahue la entrevistara, contaría esta historia para ilustrar sus arrestos y su determinación.

«Sí, Phil, fue un gesto arriesgado, pero ya sabes cómo funciona el mundo de los informativos. Solo los fuertes sobreviven, y yo era una chica con ambiciones».

Pero primero se lo contaría a Kate. Nada era perfecto hasta que no se lo contaba a Kate.

Aquel era el principio del sueño de las dos.

Los cerezos de la explanada señalaban el paso del tiempo mejor que cualquier calendario. Rosados y llenos de brotes en primavera, exuberantes y verdes en los días cálidos y apacibles del verano, gloriosamente coloridos al comienzo del curso, y ahora, en aquel día de noviembre de 1981, desnudos.

Para Kate, la vida transcurría a demasiada velocidad. Estaba a años luz de la chica tímida y callada que había sido al llegar. Durante sus años en la Universidad de Washington había aprendido a dirigir jornadas de reclutamiento en la hermandad, a organizar y planificar un baile para trescientas personas, a servirse una cerveza de barril y tragarse una ostra

cruda, a desenvolverse en la fiesta de una fraternidad y a sentirse cómoda en compañía de personas que no conocía, a escribir noticias incisivas en un periquete y a grabar esas mismas noticias incluso si mientras ocurrían estaba haciendo otra cosa. Sus profesores de periodismo le habían puesto notas altas y le habían dicho repetidas veces que tenía un don.

El problema, al parecer, era el arrojo. A diferencia de Tully, capaz de entrar como una apisonadora y hacer cualquier pregunta, a Kate le costaba meter la nariz en el dolor de otras personas. En los últimos meses tendía cada vez más a guardarse sus reportajes y a editar los de Tully.

No tenía lo que había que tener para ser productora de noticias o reportera de primera fila. Cada vez que asistía a sus clases de comunicación audiovisual se estaba mintiendo a sí misma.

Últimamente soñaba con otras cosas, con entrar en la Facultad de Derecho para poder luchar contra las injusticias que denunciaba en sus artículos, o con escribir novelas que mostraran el mundo de manera más positiva... o —y este era el sueño más secreto de todos— con enamorarse. Pero ¿cómo podía contarle esas cosas a Tully?

Tully, que muchos años atrás le había cogido la mano cuando nadie más quería hacerlo, que había tejido la telaraña de su sueño de ser colegas trabajando en televisión. ¿Cómo podía decirle a su mejor amiga que ya no compartía su sueño?

Debería ser fácil. Cuando eligieron embarcarse en una vida de tándem eran unas niñas. En los años transcurridos desde entonces, el mundo había cambiado mucho. Estados Unidos había perdido la guerra de Vietnam, Nixon había dimitido, el monte Santa Helena había entrado en erupción y la cocaína se había convertido en el tentempié de una nueva generación de noctámbulos. El equipo nacional de hockey había conseguido una victoria milagrosa en las olimpiadas y un actor de serie B era presidente. En tiempos tan inciertos, los sueños no podían permanecer inmutables.

Tenía que plantar cara a Tully de una vez por todas y decirle la verdad: «Esos son tus sueños, Tully, y estoy orgullosa de ti, pero ya no tengo catorce años y no puedo seguirte eternamente».

—Quizá hoy —dijo en voz alta arrastrando la mochila mientras cruzaba el campus brumoso y gris.

Si al menos tuviera un sueño propio, algo con que sustituir el de las estrellas de televisión gemelas... Eso Tully podría aceptarlo. Pero el

impreciso «No lo sé» de Kate no tenía nada que hacer frente a la Tormenta Tropical Tully.

Al llegar al final del campus se mezcló con la marea de estudiantes y cruzó la calle, sonriendo y saludando a los amigos que le salían al encuentro. Ya en la hermandad, fue directa a la sala de estar, donde había chicas apiñadas como salchichas en sofás y sillas y también en cada centímetro de la moqueta color verde apio.

Dejó la mochila en el suelo y encontró un hueco entre Charlotte y Mary Kay.

—¿Ha empezado?

Cerca de treinta chicas la mandaron callar justo cuando empezaba a sonar la música de *Hospital general*. La cara de Laura llenó la pantalla. Estaba guapísima, con los ojos brillantes y un tocado blanco maravilloso. Un suspiro colectivo recorrió la habitación.

Entonces apareció Luke con su traje de mañana color gris, sonriendo a su prometida.

En ese preciso instante, se abrió una puerta de golpe.

—¡Kate! —gritó Tully entrando en la habitación.

—Chis —dijeron todas las chicas a la vez.

Tully se acuclilló detrás de Kate.

—Tenemos que hablar.

—Chis. Luke y Laura se van a casar. Me puedes contar tu entrevista (felicidades, ya sé que te han cogido) cuando termine. Ahora cállate.

—Pero...

—Chis.

Tully se arrodilló murmurando:

—¿Cómo podéis babear así por un tipo flaco con esa permanente cutre? Y además es un violador. Creo...

—CHIS.

Tully suspiró teatralmente y se cruzó de brazos.

En cuanto terminó el episodio y sonó de nuevo la música, se puso en pie.

—Vamos, Kate. Tenemos que hablar.

Cogió la mano de Kate y la alejó de la falta de intimidad del cuarto de la televisión, por los pasillos y escaleras abajo hasta el pequeño secreto de la hermandad: la sala de fumar. Era una habitación diminuta encajada detrás de la cocina, con dos sillas, una mesa baja cubierta de ceniceros llenos a rebosar

y un aire tan espeso y azul que hacía daño a los ojos, incluso si no había nadie en la habitación. Era el lugar para confidencias después de una fiesta y risas a altas horas de la noche.

Kate lo odiaba. El hábito que parecía tan guay y desafiante a los trece años ahora le resultaba repugnante y estúpido.

—A ver, cuéntamelo todo. Te han dado las prácticas, ¿a que sí?

Tully sonrió.

—Sí. Lunes, miércoles y viernes. Algunos fines de semana. Estamos en camino, Kate. Este trabajo lo voy a clavar y para cuando nos graduemos los convenceré de que te contraten. Seremos un equipo, como hemos dicho siempre.

Kate respiró hondo. *Hazlo. Díselo.*

—No deberías preocuparte por mí, Tully. Este es tu momento, ahora empieza todo para ti.

—No digas tonterías. Sigues queriendo que seamos un equipo, ¿no? — Tully hizo una pausa y miro a Kate, la cual reunió valor y abrió la boca para hablar. Entonces Tully rio—: Pues claro que sí. Lo sabía. Me estabas tomando el pelo. Muy gracioso. Hablaré con el señor Ryan, así se llama mi nuevo jefe, en cuanto no pueda vivir sin mí. Y ahora me tengo que ir corriendo. Chad querrá saber cómo ha ido la entrevista, pero yo quería contártelo a ti primero.

Tully abrazó a Kate con ímpetu y se fue.

Kate se quedó en el feo cuartucho que olía a tabaco rancio mirando la puerta abierta.

—No —dijo en voz baja—. No quiero eso.

Pero no había nadie escuchando.

**A**cción de Gracias en la casa de los Mularkey era siempre un espectáculo. La tía Georgia y el tío Ralph venían en coche desde el este de Washington y traían comida suficiente para alimentar a un pueblo entero. En el pasado los acompañaban sus cuatro hijos, pero ahora esos niños eran adultos y a veces tenían que pasar las fiestas con otras familias. Aquel año Georgia y Ralph estaban solos y parecían un tanto desconcertados por su situación. Georgia se había servido una copa antes siquiera de molestarse en saludar a ninguno de los habitantes de la casa.

Kate estaba sentada en el raído brazo del sofá rojo cereza que había sido la pieza central del salón desde que tenía memoria. Tully estaba en el suelo con las piernas cruzadas, a los pies de la madre. Era su sitio habitual durante las vacaciones. Tully rara vez quería estar lejos de la mujer a quien consideraba la madre perfecta. La madre, en la butaca del señor Mularkey, estaba frente a Georgia, sentada en el sofá.

Era la hora de las chicas, una tradición familiar. Georgia la había instaurado años atrás, antes de que hubiera niños de los que cuidar, o eso decía la leyenda familiar. Cada año, durante una sola hora, mientras los hombres veían fútbol americano, las mujeres se reunían en el salón para tomar cócteles y ponerse al día. Todas sabían que pronto habría un trabajo hercúleo en la cocina, pero durante sesenta minutos a ninguna le importaba.

Aquel año, por primera vez, la madre había servido copas de vino blanco a Kate y Tully. Kate se sentía toda una mujer sentada en el brazo del sofá bebiendo vino. El primer álbum de canciones navideñas del año estaba ya en el tocadiscos. Elvis, por supuesto, cantando sobre el niño del gueto.

Era curioso cómo un álbum, incluso una canción, podía recordarte tantos momentos de tu vida. Kate no pensaba que hubiera habido un solo

acontecimiento familiar —Navidad, Acción de Gracias, Pascua, las vacaciones anuales en un camping— sin Elvis. Simplemente, no había un momento en familia para los Mularkey sin él. La madre y Georgia se aseguraban de ello. Su muerte no había alterado en absoluto la tradición, aunque, si bebían lo bastante, terminaban abrazándose y llorando su pérdida.

—Deberíais haber visto todo lo que he hecho esta semana —dijo Tully poniéndose de rodillas por la excitación. Kate no pudo evitar pensar que parecía un alma devota esperando la bendición de su madre—. ¿Habéis oído hablar del caso de la violación de Spokane? Bueno —continuó con aire teatral cautivando la atención de todas—, pues, el tipo al que detuvieron, resulta que su madre contrató a alguien para que matara al juez y al fiscal. ¿Os lo podéis creer? Y Johnny, mi jefe, me dejó redactar el primer borrador. Incluso usaron una frase que yo había escrito. Fue guay. La semana que viene me va a dejar acompañarlo a entrevistar a un tipo que ha inventado un modelo nuevo de computadora.

—Ahora sí que estás encaminada, Tully —observó la madre de Kate con una sonrisa.

—No solo yo, señora Mularkey —replicó Tully—, también Kate. Voy a conseguirle unas prácticas en la redacción, ya lo verá. He empezado a dejar caer alguna indirecta. Algún día nos verá a las dos en televisión. La primera pareja de presentadoras de un informativo.

—Imagínate, Margie —dijo Georgia.

—¿Presentadoras? —preguntó Kate poniéndose recta—. Creía que íbamos a ser reporteras.

Tully sonrió.

—¿Con lo ambiciosas que somos? ¿Estás de broma? Vamos derechas a lo más alto, Katie.

Era el momento de que Kate dijera algo. Aquello se le estaba yendo de las manos y, francamente, era un buen día para sincerarse. La ronda de bebidas había ablandado a todo el mundo.

—Deberías saber...

—Vamos a ser más famosas que Jean Enersen, señora Mularkey —comentó Tully riendo—. Y desde luego más ricas.

—Imagínate. Ricas... —dijo la señora Mularkey.

La tía Georgia le dio una palmadita a Kate en el muslo.

—Qué orgullosos estamos de ti en esta familia, Katie. Nos vas a hacer

famosos a todos.

Kate suspiró. Una vez más había perdido su oportunidad. Se levantó y cruzó la habitación hasta el rincón donde pronto estaría el árbol de Navidad y se quedó frente a la ventana, mirando los pastos. Un velo blanco resplandeciente cubría el prado y creaba montículos centelleantes en los postes de la cerca. La luz de la luna lo teñía todo de un hermoso tono escarchado blanquiazul, con el cielo negro aterciopelado, y era como una postal. De niña, Kate esperaba siempre con impaciencia aquel clima inesperado, rezaba durante meses para que llegara, y no era de extrañar. Cubierta de nieve, Firefly Lane parecía un rincón sacado de un cuento de hadas. La clase de lugar donde nada puede ir mal, donde una niña debería poder decirle a su familia que ha cambiado de opinión.

Los meses finales del último año de universidad fueron perfectos. Aunque Tully trabajaba más de veinticinco horas semanales de becaria en la redacción, y Kate el mismo número en Starbucks, el nuevo café de diseño en Pike Place Market, se aseguraron de pasar tiempo juntas los fines de semana, jugando al billar y bebiendo cerveza en Goldies o escuchando música en la Blue Moon Tavern. Tully dormía muchas noches en casa de Chad, pero Kate no decía gran cosa al respecto. A decir verdad, se divertía mucho saliendo con chicos para dar la lata a Tully por sus decisiones.

El único problema en la vida de Kate —y era gordo— era la inminente graduación. Iba a graduarse el mes siguiente con matrícula de honor en Comunicación y Periodismo Televisivo, y todavía no le había dicho a nadie que esa no era la profesión de sus sueños.

Ahora, sin embargo, iba a sincerarse. Estaba en una de las cabinas de teléfono de la tercera planta, hecha un ovillo, y acababa de marcar el teléfono de su casa.

Su madre contestó al segundo timbrado.

—¿Sí?

—Hola, mamá.

—¡Katie! Qué agradable sorpresa. Ya no me acuerdo de la última vez que llamaste entre semana. Debes de tener poderes, porque tu padre y yo acabamos de volver del centro comercial. Deberías ver el vestido que me he comprado para la graduación. Es precioso. Para que luego digan que en JC



Penney no hay ropa bonita.

—¿Cómo es? —Kate estaba haciendo tiempo; escuchó la descripción de su madre prestando solo atención a medias. Esta acababa de decir algo sobre hombreras y lentejuelas cuando la interrumpió—: Acabo de presentarme a un trabajo en Nordstrom, mamá. En el departamento de publicidad.

Hubo una pausa perceptible al otro lado del teléfono y a continuación el sonido inconfundible de un cigarrillo encendiéndose.

—Creía que Tully y tú ibais a ser...

—Ya lo sé —dijo Kate recostándose contra la pared—. Un equipo de periodistas. Famosas en todo el mundo y ricas.

—¿Qué es lo que pasa, Kathleen?

Kate trató de expresar su indecisión en palabras. El problema era que no sabía lo que quería hacer el resto de su vida. Creía que tenía que haber algo especial para ella en alguna parte, un camino solo suyo al final del cual había felicidad, pero ¿dónde empezaba?

—No soy como Tully —respondió por fin, admitiendo una verdad que hacía tiempo que sabía—. Yo no como, bebo y respiro solo por las noticias. Sí, se me da bien sacar sobresaliente y mis profes me adoran porque jamás entrego tarde un trabajo, pero el periodismo, ya sea televisivo o escrito, es una jungla. Me comerán viva personas como Tully capaces de cualquier cosa por una exclusiva. No es realista pensar que puede irme bien en una profesión así.

—¿Realista? Realistas somos tu padre y yo intentando hacer frente a los gastos cuando no hacen más que recortarle horas en la planta. Realista es que yo sea una mujer inteligente pero no me ofrezcan más que trabajos con el salario mínimo porque no tengo estudios y mi única experiencia es educar niños. Créeme, Katie, a tu edad no te interesa ser realista. Para eso tienes mucho tiempo. Ahora deberías soñar y aspirar a lo más alto.

—Pero es que quiero otra cosa.

—¿El qué?

—Ojalá lo supiera.

—Ay, Katie... Creo que te asusta aspirar al premio gordo. No tengas miedo.

Antes de que Kate pudiera contestar, llamaron a la puerta.

—Está ocupado —avisó.

La puerta se abrió y apareció Tully.

—Estás aquí. Te he buscado por todas partes. ¿Con quién hablas?

—Con mi madre.

Tully le arrancó el teléfono y dijo:

—Hola, señora Mularkey, voy a secuestrar a su hija. Luego volvemos a llamar. Adiós. —Colgó y se dirigió a Kate—: Te vienes conmigo.

—¿Dónde vamos?

—Ya lo verás.

Tully la hizo salir de la residencia y la llevó al aparcamiento, donde las esperaba su Volkswagen escarabajo azul nuevo.

Kate estuvo preguntando dónde iban durante todo el camino hasta Seattle y no dejó de hacerlo hasta que se detuvieron delante de un pequeño edificio de oficinas.

—Aquí es donde trabajo —anunció Tully después de apagar el motor—. No me puedo creer que no hayas venido antes. Pero bueno, ahora ya estás aquí.

Kate puso los ojos en blanco. Ahora ya sabía de qué iba aquello. Tully iba a presumir de un nuevo triunfo: un rollo de película, una cinta, un reportaje que había hecho y que se había emitido... Como de costumbre, le siguió la corriente.

—Oye, Tully —dijo mientras recorrían el pasillo anodino y entraban en el espacio pequeño y atestado que constituía la redacción de la KCPO-TV—. Tengo que comentarte una cosa.

Tully abrió la puerta.

—Pues claro, luego. Por cierto, este es Mutt. —Señaló a un hombre corpulento, de pelo largo y encorvado que estaba frente a una ventana abierta echando el humo de su cigarrillo.

—Hola —dijo Mutt levantando un único dedo a modo de saludo.

—Carol Mansour, la reportera, está en una reunión del Ayuntamiento —continuó Tully mientras guiaba a Kate hacia una puerta cerrada.

Como si Kate no llevara siglos oyendo hablar de Carol Mansour.

Tully se detuvo delante de la puerta y llamó. Cuando contestó una voz masculina, abrió la puerta e hizo entrar a Kate.

—Johnny, esta es mi amiga Katie.

Un hombre levantó la vista desde detrás de su mesa.

—¿Así que tú eres Kate Mularkey?

Era, con toda probabilidad, el hombre más atractivo que había visto Kate

en su vida. Era mayor que ellas, pero no mucho, unos cinco o seis años. La melena larga y negra era tupida y la llevaba peinada hacia atrás con un mínimo atisbo de rizos en las puntas. Pómulos prominentes y un mentón más bien pequeño podrían haberle dado un aspecto demasiado blando, pero no tenía nada de afeminado. Cuando sonrió a Kate, esta contuvo el aliento y sintió una descarga de atracción física en estado puro que nunca había experimentado.

Y allí estaba, vestida para trabajar con sus vaqueros ñoños de Gloria Vanderbilt, mocasines y un suéter rojo de cuello de pico. Los rizos que se había hecho la noche anterior casi habían desaparecido y no se los había retocado aquella mañana. Tampoco había dedicado tiempo a maquillarse.

Iba a matar a Tully.

—Os dejo solos —dijo esta. Y salió de la oficina cerrando la puerta detrás de ella.

—Por favor, siéntate —indicó Johnny, señalando una silla vacía frente a su escritorio.

Kate se sentó, nerviosa, en el borde.

—Me dice Tully que eres un hacha.

—Bueno, es mi mejor amiga.

—Tienes suerte. Es una chica muy especial.

—Sí, señor, lo es.

Al oír aquello él rio, un risa sonora y contagiosa que hizo sonreír también a Kate.

—Por favor, no me llames así. Me da la sensación de que le estás hablando a un señor mayor a mi espalda. —Se inclinó hacia delante—. Entonces, Kate, ¿qué me dices?

—¿De qué?

—Del trabajo.

—¿Qué trabajo?

Johnny miró hacia la puerta.

—Mmm. Interesante. —Luego volvió a mirar a Kate—. Tenemos un puesto de secretaria. Antes se ocupaba Carol de coger el teléfono y archivar, pero va a tener un niño, así que el rícano que dirige la emisora por fin se ha dignado a dejarnos contratar a alguien.

—Pero Tully...

—Quiere seguir siendo becaria. Dice que gracias a su abuela no necesita el

dinero. Y, entre tú y yo, no es que se le dé muy bien contestar el teléfono.

Aquello iba demasiado rápido para Kate. Solo una hora antes había reconocido por fin que no quería trabajar en televisión y ahora le estaban ofreciendo un empleo por el que cualquier estudiante de su departamento en la UW mataría.

—¿Cuál sería el sueldo? —preguntó para ganar tiempo.

—Salario mínimo, por supuesto.

Kate calculó mentalmente. Con las propinas, ganaba casi el doble en Starbucks.

—Venga —dijo Johnny con una sonrisa—. ¿Me vas a decir que no? Puedes ser secretaria en una oficina feísima y casi sin cobrar. ¿No es el sueño de todo recién graduado?

Kate no pudo evitar reír.

—Si me lo pones así, ¿cómo voy a decir que no?

—Está bien para empezar en el glamuroso mundo del periodismo televisivo, ¿no?

Su sonrisa era como un superpoder que impedía a Kate pensar con claridad.

—¿Y lo es? Glamuroso, quiero decir.

Él pareció sorprendido por la pregunta y por primera vez la miró de verdad. Su sonrisa falsa se desvaneció y la mirada de sus ojos azules se volvió dura, cínica.

—En esta redacción no.

Aquello desarmó a Kate. No sabía por qué, pero la atracción que sentía era poderosa. No se parecía en nada a cómo reaccionaba en presencia de chicos universitarios. Una razón más por la que rechazar el empleo.

La puerta se abrió a su espalda y entró Tully prácticamente dando saltos.

—Entonces, ¿qué? ¿Has dicho que sí?

Era una locura aceptar un trabajo porque te gustaba tu jefe.

Pero lo cierto era que Kate tenía veintiún años y le estaban ofreciendo empezar en el mundo de la televisión.

No miró a Tully. Si lo hacía, sabía que tendría la sensación de estar vendiéndose, de estar dejándose llevar otra vez y por las razones equivocadas.

Pero ¿cómo podía decir que no? Tal vez con un trabajo de verdad encontraría esa pasión y ese brillo que necesitaba. Cuanto más lo pensaba,

más plausible le parecía. La universidad no era el mundo real. Quizá por eso el mundo de las noticias no la había enganchado. Aquí las historias serían de verdad.

—Claro —dijo—. Me apetece probar, señor Ryan.

—Lláname Johnny.

La sonrisa que le dedicó alteró tanto a Kate que tuvo que apartar la vista. Estaba segura de que podía leerle los pensamientos u oír los latidos acelerados de su corazón.

—Vale, Johnny.

—Sí, señor —dijo Tully dando una palmada.

Kate no pudo evitar fijarse en que su amiga acaparaba al instante toda la atención de Johnny, que se había puesto a mirarla fijamente.

Entonces fue cuando supo que había cometido una equivocación.

Kate se miró en el pequeño espejo ovalado sobre su cómoda. Llevaba el pelo largo, liso y con mechas retirado de la cara y sujeto con una cinta de terciopelo negro. Sombra azul pálido y dos capas de máscara verde acentuaban el color de sus ojos; brillo de labios rosa y colorete le daban un poco de color a su piel.

—Te va a encantar el mundo de los informativos —dijo a su imagen en el espejo—. Y no estás haciendo lo que te manda Tully.

—Date prisa, Kate —la llamó Tully mientras daba golpes con decisión en la puerta del dormitorio—. No puedes llegar tarde en tu primer día. Te espero en el aparcamiento.

—Bueno, vale. Igual sí estás haciendo lo que te dice.

Kate cogió su maletín de encima de la cama, salió del dormitorio y bajó las escaleras.

Era la última semana de universidad y los pasillos estaban llenos de chicas estudiando para los exámenes finales, despidiéndose y haciendo maletas. Kate se abrió paso entre la aglomeración y salió al pequeño aparcamiento que había detrás de la residencia, donde Tully la esperaba en su Escarabajo nuevo con el motor ya en marcha.

En cuanto Kate se sentó y cerró la puerta, salieron. La banda sonora de *Purple Rain* de Prince salía a todo volumen por los altavoces diminutos. Tully tuvo que gritar para hacerse oír.

—Es genial, ¿a que sí? Por fin vamos a trabajar juntas.

Kate asintió.

—Desde luego.

Tenía que reconocer que estaba ilusionada. Después de todo, era una licenciada universitaria —o lo sería pronto— y había encontrado un excelente primer empleo dentro de su especialidad. Daba igual que el trabajo se lo hubiera conseguido Tully o que básicamente estuviera haciendo lo que le decía su mejor amiga. Lo que importaba era dar lo mejor de sí y descubrir si el periodismo televisivo era lo suyo.

—Háblame de nuestro jefe —dijo, después de bajar la música.

—¿Johnny? Pues es buenísimo en lo suyo. Antes era corresponsal de guerra. En El Salvador o en Libia, yo qué sé. Tengo entendido que echa de menos el frente, pero es un productor genial. Aprenderás mucho de él.

—¿Has querido salir con él alguna vez?

Tully rio.

—Que me acostara con mi profesor no quiere decir que me vaya a dedicar a perseguir a todos mis jefes.

A Kate la alivió oír aquello; más de lo que habría sido razonable. Quería preguntar si Johnny estaba casado —llevaba casi una semana queriendo hacer esa pregunta—, pero era incapaz de decir las palabras. Serían demasiado reveladoras.

—Ya estamos. —Tully frenó junto a la acera de la entrada del edificio y aparcó. Por las escaleras y en el pasillo habló de lo genial que iba a ser trabajar juntas, pero una vez entraron en la redacción pequeña y atestada fue directa a Mutt y se puso a charlar con él.

Kate se quedó donde estaba con el maletín de piel de imitación pegado al pecho preguntándose qué debía hacer.

Acababa de decidir quitarse la chaqueta cuando apareció Johnny con un aspecto increíblemente atractivo y muy cabreado.

—¡Mutt, Carol! —gritó, aunque estaban allí mismo—. Esa compañía nueva, Microsoft, está anunciando algo. No sé qué coño es. Mike nos va a mandar la info por fax. Quieren que vayáis a la sede de la compañía e intentéis hablar con el jefe, Bill Gates.

Tully dio un paso adelante.

—¿Puedo acompañarlos?

—¿Qué más da? Es una chorrada de noticia —dijo Johnny, quien a

continuación volvió a su despacho y se encerró de un portazo.

Los momentos siguientes fueron una sucesión de movimientos caóticos. Carol, Tully y Mutt cogieron sus cosas y se marcharon corriendo.

Kate se quedó en la redacción, ahora silenciosa y vacía, preguntándose qué narices se suponía que tenía que hacer.

A su lado sonó el teléfono.

Se quitó la chaqueta, la colgó en el respaldo de la silla, se sentó y descolgó.

—Noticias de la KCPO, le habla Kathleen. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, cariño, somos mamá y papá. Solo queríamos desearte que tengas un estupendo primer día de trabajo. Estamos muy orgullosos de ti.

Kate no se sorprendió apenas. Algunas cosas en la vida no cambiaban nunca y su familia era una de ellas. Los quería por ello.

—Gracias, chicos.

Durante las horas siguientes le resultó notablemente fácil ocupar su tiempo. El teléfono sonaba casi sin interrupción y la bandeja con papeles de su mesa parecía llevar años intacta. Los archivos eran un absoluto desastre.

Se concentró tanto en su trabajo que cuando miró el reloj era la una y estaba muerta de hambre.

¿Tendría derecho a un descanso para comer? Se levantó y cruzó la ahora ordenada oficina. Al llegar a la puerta de Johnny se detuvo mientras reunía valor para llamar, pero antes de que pudiera hacerlo oyó gritos. Johnny estaba al teléfono discutiendo con alguien.

Era mejor no interrumpir. Puso el contestador automático y bajó corriendo a la tienda de comida preparada. Se compró medio sándwich de jamón y queso. Llevada por un impulso, compró también una ración de sopa de almejas y un sándwich de beicon y lechuga, además de dos Coca-Colas. Con la bolsa en la mano corrió escaleras arriba y quitó el contestador.

Entonces volvió a la puerta de Johnny, al otro lado de la cual había silencio.

Llamó con timidez.

—Adelante.

Kate abrió la puerta.

Johnny estaba sentado en su mesa con aspecto cansado. Tenía la melena hecha un desastre, como si se hubiera estado pasando los dedos por ella una y otra vez para apartársela de la cara. El escritorio estaba cubierto de docenas de periódicos, tantos que no se veía el teléfono.

—Mularkey —dijo con un suspiro—. Mierda. Se me olvidó que empezabas hoy.

Kate quiso hacer un chiste al respecto, pero su voz se negó a cooperar. Era tan consciente de la presencia de él que le resultaba vagamente perturbador que ni siquiera hubiera sabido que estaba allí.

—Pasa. ¿Qué me traes?

—Comida. He pensado que tendrías hambre.

—¿Me has comprado algo de comer?

—¿He hecho mal? Lo siento, me...

—Siéntate. —Johnny señaló la silla frente a su mesa—. Te lo agradezco, de verdad. Ya no me acuerdo de cuándo comí por última vez.

Kate fue a la mesa y empezó a sacar la comida mientras sentía la mirada de Johnny fija en ella, esos ojos azul ardiente observándola. La puso tan nerviosa que estuvo a punto de derramar la sopa.

—Sopa caliente —dijo Johnny ahora en un tono de voz bajo, íntimo—. Así que eres una de esas.

Kate se sentó y le miró, incapaz de no hacerlo.

—¿Una de esas?

—De las que gustan de cuidar a los demás. —Johnny cogió la cuchara—. Déjame adivinar. Creciste en una familia feliz. Dos hijos y un perro. Padres que siguen casados.

Kate rio.

—Culpable. ¿Y tú?

—Sin perro. Y no muy feliz.

—Ah. —Kate intentó pensar en algo más que decir—. ¿Estás casado? —Le salió antes de que pudiera contenerse.

—No, soy soltero. ¿Tú?

Kate sonrió.

—También.

—Bien hecho. Este trabajo requiere mucha atención.

Kate se sintió una impostora. Allí estaba, sentada frente a su jefe tratando de concentrarse en suscitar su admiración y ni siquiera era capaz de mirarle a los ojos. Era absurdo. Tampoco era tan atractivo. Tenía algo que la trastornaba tanto que le impedía pensar con claridad. Por fin dijo:

—¿Crees que traerán algo interesante de Microsoft?

—Israel invadió el Líbano ayer, ¿lo sabías? Han obligado a los palestinos a



volver a Beirut. Esa es la noticia, y aquí estamos, en esta redacción de mierda haciendo el gilipollas con información local. —Suspiró—. Perdona, tengo un mal día. Y es tu primero aquí. —Sonrió, pero la sonrisa no le alcanzó los ojos—. Y me has traído sopa. Mañana seré simpático, te lo prometo.

—Tully me dijo que has sido corresponsal de guerra.

—Sí.

—Supongo que te encantaría, ¿no?

Entonces Kate vio algo en los ojos de él; su primer instinto habría sido calificarlo de tristeza, pero ¿qué sabía ella?

—Era una locura.

—¿Por qué lo dejaste?

—Eres demasiado joven para comprenderlo.

—No soy mucho más joven que tú. Prueba.

Johnny suspiró.

—A veces la vida te da una patada y ya está. Es como la canción de los Stones: *You can't always get what you want*, no siempre consigues lo que quieres.

—Esa canción dice algo sobre conseguir lo que necesitas en lugar de ello.

Entonces Johnny la miró y, por una fracción de segundo, Kate supo que había conseguido llamar su atención.

—¿Has encontrado algo que hacer esta mañana?

—Los archivos estaban desordenados. Lo mismo que el cajetín de mi mesa. También he organizado y puesto en estanterías las cintas que había en el rincón.

Johnny rio. La risa le transformó la cara, lo volvió tan guapo que Kate se quedó sin respiración.

—Llevamos meses intentando que Tully hiciera eso.

—No quería...

—No te preocupes. No has metido a tu amiga en un lío. Créeme, sé lo que puedo esperar de Tully.

—¿Y qué es?

—Pasión —fue todo lo que dijo Johnny mientras metía el papel de envolver el sándwich en el vaso de poliestireno vacío.

La forma en que lo dijo casi provocó que Kate diera un respingo, y de pronto supo que estaba metida en un lío. Daba igual las veces que se repitiera que era su jefe. Al final, lo que importaba era cómo se sentía cerca de él.

*Cayendo al vacío.* No había otra forma de describirlo.

Y, sin embargo, el resto del día, mientras contestaba el teléfono y archivaba papeles, revivió mentalmente su último momento con él y la manera relajada y directa en que había contestado a su pregunta sobre Tully: *Pasión.*

De lo que más se acordaba era de su sonrisa de admiración al contestar.

El verano que siguió a la graduación fue casi celestial para Tully. Kate y ella encontraron un apartamento barato en un edificio de los años sesenta en un emplazamiento fantástico, sobre el Pike Place Market. Llevaron muebles de la casa de su abuela y llenaron la cocina de cazuelas Revereware y porcelana de Spode de cuarenta años de antigüedad. En las paredes pegaron sus carteles favoritos y colocaron fotos de las dos sobre todas las mesas. La señora Mularkey las sorprendió un día con bolsas de comida y varias plantas artificiales que, según dijo, creaban un ambiente hogareño.

El vecindario marcaba su estilo de vida. Estaban a poca distancia caminando de varios bares: sus preferidos eran el Athenian, dentro del mercado, y la vieja y siempre llena de humo Virginia Tavern en la esquina. A las seis de la mañana, acompañadas de los bocinazos de los camiones de reparto y el ruido de los cláxones, cruzaban la calle para comprarse un café con leche en Starbucks y comprar cruasanes en La Panier, una panadería francesa.

Pronto establecieron una cómoda rutina de chicas solteras trabajadoras. Cada mañana salían a desayunar. Se sentaban en mesas de hierro forjado en la acera y leían varios periódicos. *The New York Times*, *The Wall Street Journal*, el *Seattle Times* y el *Post-Intelligencer* se convirtieron en sus biblias. Cuando terminaban, iban en coche a la redacción, donde cada día aprendían algo nuevo sobre periodismo e informativos televisivos, y después de trabajar se ponían blusas brillantes de anchas hombreras y mallas e iban a uno de los muchos locales del centro. Cualquiera noche podían oír punk rock, new age, rock o pop, lo que más les apeteciera.

Y puesto que Tully ya no tenía que esconder la existencia de Chad, este a menudo las sacaba a dar una vuelta y lo pasaban de miedo.

Era todo lo que Kate y ella habían soñado tantos años atrás en las orillas en penumbra del río Pilchuck, y Tully disfrutaba de cada minuto.

Ahora estaban aparcando junto a la redacción. No dejaron de hablar mientras bajaban del coche y subían.

Pero en cuanto Tully abrió la puerta supo que algo había pasado. Mutt estaba cerca de la ventana guardando a toda prisa su equipo fotográfico. Johnny le gritaba a alguien por teléfono desde su despacho.

—¿Qué pasa? —preguntó Tully mientras dejaba el bolso en la mesa impoluta de Kate.

Mutt la miró.

—Hay una manifestación. Tenemos que cubrirla.

—¿Dónde está Carol?

—En el hospital, dando a luz.

Era la oportunidad de Tully. Fue directa al despacho de Johnny sin molestarse siquiera en llamar.

—Déjame que haga yo la retransmisión. Ya sé que crees que no estoy preparada, pero sí lo estoy. ¿Y quién más hay?

Johnny colgó el teléfono y la miró.

—Ya le he dicho a la cadena que vas a hacerlo tú. Por eso gritaba. — Rodeó la mesa y se acercó a ella—. No me falles, Tully.

Tully sabía que era poco profesional, pero no pudo contenerse y lo abrazó.

—Eres el mejor. Vas a estar orgulloso de mí, ya lo verás.

Iba de camino a la puerta cuando Johnny carraspeó y la llamó por su nombre. Tully se detuvo y se dio la vuelta.

—¿No quieres documentarte antes? ¿O prefieres ir a ciegas?

Tully notó como se le encendían las mejillas.

—Perdón, claro que quiero la documentación.

Johnny le dio una tira de papel de fax brillante.

—Es sobre un ama de casa en Yelm que es médium y se comunica con espíritus. J. Z. Knight.

Tully frunció el ceño.

—¿Pasa algo?

—No, es que... conozco a alguien que vive ahí, nada más.

—Bueno, no vas a tener tiempo para visitas. Y ahora vete. Os quiero de vuelta a las dos.

Sin Mutt y Tully la redacción estaba tranquila. Era la segunda vez en todo el verano que Kate estaba a solas con Johnny. Un poco nerviosa por el silencio —así como por la visión de su puerta abierta y la conciencia de que estaba al otro lado de la misma—, tendía a contestar el teléfono demasiado deprisa y jadeando un poco.

Cuando estaba Tully en la oficina, siempre había ruido y ajetreo. Vivía por y para las noticias y todo le interesaba. Pasaba cada día y cada minuto asediando a Johnny, Carol y Mutt con preguntas; pedía la opinión de todos sobre cualquier tema continuamente.

Kate había perdido la cuenta de las veces que había visto a Mutt poner los ojos en blanco cuando Tully se daba la vuelta en mitad de una conversación. Carol era aún menos amable. Últimamente, la periodista apenas se hablaba con Tully. Aunque a esta no parecía importarle. Lo que le interesaba a Tully eran las noticias: para empezar y para terminar. Siempre.

A Kate en cambio le interesaban más las personas que trabajaban en la redacción que las noticias que investigaban. Se había hecho amiga casi enseguida de Carol, que a menudo se la llevaba a comer para charlar de su inminente maternidad y recurría con frecuencia a ella para que le editara sus artículos o reportajes. También Mutt había escogido a Kate como su confidente. Pasaba largas horas hablándole de sus problemas familiares y de la mujer que se negaba a casarse con él.

Con la única persona con la que no había conectado Kate era con Johnny.

Cuando estaba con él era un manojo de nervios. Bastaba con que la mirara y sonriera para que dejara lo que estuviera haciendo. De repente tartamudeaba al darle los mensajes o se tropezaba con el borde de la alfombra de su despacho.

Era lamentable.

Al principio Kate pensó que era su físico. Era el perfecto chico católico irlandés, con su pelo oscuro y ojos azules, y cuando sonreía se le arrugaba la cara entera de una forma que te impedía respirar.

Había supuesto que su enamoramiento no duraría, que con el tiempo, a medida que lo conociera, le resultaría menos arrebatador. Pensó que por lo menos se haría inmune a su sonrisa.

Pero no había habido suerte. Todo lo que Johnny hacía y decía apretaba la soga alrededor del corazón de Kate. Bajo su máscara de cinismo atisbaba un

idealista; es más, un idealista herido. Algo había roto a Johnny, lo había dejado a las puertas de una gran noticia, y aquel misterio cautivaba a Kate.

Fue al rincón donde había un montón de cintas desordenadas esperando a que alguien las guardara. Acababa de coger unas cuantas cuando Johnny le habló desde la puerta de su despacho.

—Oye —dijo—, ¿estás ocupada?

A Kate se le cayeron las cintas. *Tonta*.

—No —contestó—. No mucho.

—Pues vámonos a comer como Dios manda. Hoy es un día tranquilo y estoy harto de sándwiches de la tienda.

—Esto..., vale.

Kate se concentró en las tareas que tenía por delante: conectar el contestador, ponerse el jersey y coger el bolso.

Johnny caminó hasta ella.

—¿Estás?

—Vamos.

Bajaron por la acera y cruzaron la calle. De vez en cuando el cuerpo de Johnny rozaba el de Kate y esta era profundamente consciente del contacto.

Cuando llegaron al restaurante Johnny la llevó a una mesa en el rincón con vistas a la bahía de Elliot y a las tiendas del muelle 70. Casi de inmediato apareció una camarera.

—¿Tienes edad para beber alcohol, Mularkey? —preguntó Johnny con una sonrisa.

—Muy gracioso. Pero no bebo en horas de trabajo.

Las palabras sonaron tan remilgadas que Kate hizo una mueca y pensó de nuevo: *Tonta*.

—Qué chica tan responsable —dijo Johnny cuando se marchó la camarera; se veía que estaba haciendo esfuerzos por no sonreír.

—Mujer —puntualizó Kate con firmeza y confiando en no ponerse colorada.

Johnny sonrió al oírlo.

—Quería hacerte un cumplido.

—¿Llamándome «responsable»?

—¿Qué habrías preferido?

—Sexy. Brillante. Guapa. —Rio nerviosa y le salió una risa más infantil de lo que habría querido—. Ya sabes, las palabras que toda mujer quiere oír. —

Sonrió. Aquella era su oportunidad de impresionarlo, de llamar su atención igual que él había llamado la suya. No quería estropearlo.

Johnny se arrellanó en su silla y Kate confió en que no fuera porque quisiera poner distancia entre los dos. De hecho, deseó fervientemente haberse acostado con alguno de sus novios de la universidad. Estaba convencida de que Johnny veía el sello de la virginidad en su cara.

—¿Cuánto tiempo llevas en la emisora? ¿Dos meses?

—Casi tres.

—¿Y qué tal?

—Está bien.

—¿Bien? Qué respuesta más rara. Este oficio o se ama o se odia. —Se inclinó hacia delante y puso un codo en la mesa—. ¿A ti te apasiona?

De nuevo la palabra «pasión», la que separaba a Tully y a ella tan limpiamente como el grano de la paja.

—S-sí.

Johnny la estudió y luego sonrió con complicidad. Kate se preguntó hasta dónde habría escudriñado su alma aquella sonrisa.

—A Tully sí, desde luego.

—Sí.

Johnny aparentó despreocupación al preguntar:

—¿Está saliendo con alguien ahora mismo?

Kate consideró un triunfo personal no inmutarse ni fruncir el ceño. Ahora al menos ya sabía por qué la había invitado a comer Johnny. Debía de habérselo imaginado. Quiso decir: «Sí, lleva años con el mismo hombre», pero no se atrevió. Tully ya no escondía a Chad, pero tampoco presumía de él.

—¿Tú qué crees?

—Creo que sale con muchos.

Por suerte la camarera apareció en aquel momento con la comida y Kate simuló estar fascinada con su plato.

—¿Y qué me dices de ti? Tengo la impresión de que tu trabajo no te apasiona precisamente.

Johnny levantó la mirada de golpe.

—¿Por qué dices eso?

Kate se encogió de hombros y siguió comiendo, pero ahora sin dejar de mirarle.

—Puede que sea verdad —añadió Johnny con voz queda.

Kate se quedó inmóvil con el tenedor en el aire. Por primera vez no hablaban de cosas sin importancia. Johnny acababa de confesarle algo serio, de eso estaba segura.

—Háblame de El Salvador.

—¿Has leído sobre lo que pasó allí? ¿La matanza? Fue un baño de sangre. Y últimamente las cosas han ido a peor. Los escuadrones de la muerte están matando a civiles, a sacerdotes, a monjas...

Kate no sabía eso, en realidad no sabía nada del tema, pero asintió de todas maneras mientras observaba las distintas emociones reflejadas en la cara de Johnny. Nunca lo había visto tan animado, tan apasionado. De nuevo había en sus ojos una expresión indescifrable.

—Lo dices como si te encantara. ¿Por qué lo dejaste?

—No me gusta hablar de ello. —Johnny se terminó la cerveza y se levantó —. Será mejor que volvamos al trabajo.

Kate miró sus platos a medio comer. Era evidente que había ido demasiado lejos, preguntado demasiado.

—Te he hecho preguntas demasiado personales, lo siento.

—No lo sientas. Es historia pasada. Vámonos.

En el camino de vuelta a la redacción, Johnny no habló. Subieron a buen paso las escaleras y entraron en silencio.

Una vez allí, Kate no pudo evitarlo y le tocó el brazo.

—De verdad que lo siento, no quería disgustarte.

—Ya te he dicho que es historia pasada.

—Pero no lo es, ¿a que no? —replicó Kate en voz baja, y al instante supo que había vuelto a extralimitarse.

—Ponte a trabajar —ordenó Johnny con brusquedad antes de entrar en su despacho y encerrarse de un portazo.

Yelm descansaba en un verde valle entre Olympia y Tacoma. Siempre había sido una de esas localidades cuyos habitantes visten faldas de franela y tejanos desteñidos y se saludan al cruzarse por la calle.

Todo eso había cambiado unos años atrás, cuando, supuestamente, el fantasma de un guerrero de la Atlántida de treinta y cinco mil años de antigüedad apareció en la cocina de un ama de casa normal y corriente.



Los vecinos, practicantes del credo noroccidental del «vive y deja vivir», habían hecho la vista gorda durante mucho tiempo. Habían ignorado a los chiflados que se presentaban en Yelm (muchos de ellos en coches caros vestidos con ropa de diseño, «gentes del mundillo del cine») y no hicieron caso cuando empezaron a colgarse letreros de VENDIDO en las mejores parcelas sin construir.

Pero cuando circularon rumores de que J. Z. Knight se disponía a construir alguna clase de complejo que albergara una escuela para sus seguidores, las gentes del pueblo decidieron que ya estaba bien. Según el jefe de la oficina de la KCPO en South Sound, habían montado piquetes en la propiedad de Knight.

La «multitud» que protestaba resultaron ser unas diez personas sosteniendo pancartas y hablando entre sí. Aquello parecía más una reunión para tomar café que un acto político, hasta que apareció la furgoneta de la televisión. Entonces la gente empezó a manifestarse y a cantar.

—Ah —dijo Mutt—. El poder de los medios de comunicación.

Aparcó a un lado de la carretera y se volvió a mirar a Tully.

—Esto es lo que no te enseñaron en la universidad. Métete ahí, hazte un hueco. Si parece que va a haber pelea te quiero ahí, ¿entiendes? Tú no dejes de hacer preguntas, de hablar. Y si te hago una señal, sal del plano echando leches.

El corazón de Tully le latía a mil por hora mientras seguía a Mutt.

Los manifestantes se acercaron a ellos. Todos hablaban a la vez tratando de dar su opinión, apartando al resto a codazos.

Mutt empujó a Tully con fuerza. Esta dio un traspiés y se encontró con la cara pegada al pecho de un tipo grande y fuerte con barba de Papá Noel y una pancarta que decía DI NO A RAMTHA.

—Soy Tallulah Hart de la KCPO. ¿Por qué están aquí?

—¡Que te diga su nombre! —gritó Mutt.

Tully se maldijo. *Mierda*.

—Soy Ben Nettleman —contestó el hombre—. Mi familia lleva ochenta años viviendo en Yelm. No queremos verlo convertido en un supermercado para chiflados *new age*.

—¡Para eso ya tienen California! —gritó alguien.

—Hábleme del Yelm que conoce —dijo Tully.

—Es un sitio tranquilo, donde las personas cuidan unas de las otras. Empezamos el día con una oración y nos importa muy poco lo que haga el vecino... siempre que no empiecen a construir porquerías que no pintan nada aquí y a traer a montones de chiflados.

—Y dice que son chiflados porque...

—¡Porque lo son! Esa mujer habla con un tipo muerto que dice que vivió en la Atlántida.

—Yo también sé imitar el acento indio y eso no me convierte en Ramtha —gritó alguien.

Durante los veinte minutos siguientes Tully hizo lo que mejor sabía hacer: hablar con gente. A los seis o siete minutos cogió el ritmo y recordó lo que le habían enseñado. Escuchó e hizo las preguntas que habría hecho cualquier día normal. No tenía ni idea de si eran las adecuadas ni tampoco si se había situado en el lugar idóneo, pero sí se dio cuenta de que para su tercera entrevista Mutt había dejado de dirigirla y en lugar de ello la dejaba llevar la voz cantante. También supo que se sentía bien. La gente se sinceraba con ella, le hablaba de sus sentimientos, de sus preocupaciones y temores.

—Vale, Tully —dijo Mutt a su espalda—. Ya está. Hemos terminado.

En cuanto se apagó la cámara, la gente se dispersó.

—Lo he conseguido —susurró Tully. Tuvo que hacer un esfuerzo para no dar saltos de alegría—. Qué subidón.

—Lo has hecho bien —contestó Mutt y le dedicó una sonrisa que Tully nunca olvidaría.

Mutt recogió su equipo en un tiempo récord y se subió a la furgoneta.

Tully tenía la adrenalina por las nubes.

Entonces vio el letrero del camping.

—Para aquí —dijo para su sorpresa.

—¿Por qué? —murmuró Mutt.

—Mi madre está... de vacaciones en este camping. Dame cinco minutos para saludarla.

—Aprovecharé para fumarme un pitillo, así te doy un cuarto de hora. Pero luego tenemos que largarnos.

La furgoneta se detuvo delante de la recepción del camping.

Tully se acercó y preguntó por su madre. El hombre que estaba de turno asintió con la cabeza.

—Plaza treinta y seis. Cuando la veas, dile que le toca pagar.

Mientras recorría el sendero entre árboles Tully estuvo a punto de darse la vuelta una docena de veces. Lo cierto era que no sabía qué hacía allí. No había visto ni hablado con su madre desde el funeral de la abuela, y, aunque cuando cumplió dieciocho años Tully había sido nombrada albacea testamentaria y responsable de los giros mensuales de dinero para Nube, jamás había recibido una nota de agradecimiento por el dinero. Tan solo una serie de postales tipo me-he-mudado-por-favor-envía-el-dinero-a-esta-dirección. La de aquel camping de Yelm era la más reciente.

Vio a su madre delante de una hilera de retretes portátiles fumando un cigarrillo. Con un jersey gris de lana gruesa típico de Cowichan y pantalones tipo pijama, parecía fugada de una cárcel de mujeres. Los años habían erosionado parte de su belleza y dibujado una red de finas arrugas en sus mejillas hundidas.

—Hola, Nube —dijo cuando la tuvo cerca.

Su madre dio una calada a su cigarrillo y expulsó el humo despacio, mirándola por entre sus párpados entornados.

Tully reparó en su aspecto, en cómo la habían hecho envejecer las drogas. No había cumplido los cuarenta y aparentaba con facilidad cincuenta. Como de costumbre, sus ojos tenían la mirada vidriosa y perdida de un adicto.

—Estoy aquí cubriendo una noticia para la KCPO. —Tully trató de disimular el orgullo en su voz, consciente de que era absurdo esperar nada de su madre; y, sin embargo, allí estaba, en sus ojos y en su voz, el recuerdo vago de aquella triste niñita que había llenado doce diarios para que algún día su madre la conociera y se enorgulleciera de ella—. Ha sido mi primera retransmisión. Ya te dije que algún día trabajaría en televisión.

El cuerpo de Nube se balanceó muy ligeramente, como si hubiera una música en el aire que solo ella podía oír.

—La televisión es el opio del pueblo.

—Bueno, si alguien entiende de drogas, esa eres tú.

—A propósito de eso, este mes ando algo corta de dinero. ¿Me puedes dejar algo?

Tully buscó en su bolso, encontró el billete de cincuenta dólares que llevaba siempre en la cartera para emergencias y se lo dio a su madre.

—No te lo gastes todo de una vez.

Nube dio un paso torpe hacia delante y cogió el dinero.

Tully deseó no haber ido. Sabía lo que podía esperar de su madre: nada.

¿Por qué se le olvidaba siempre?

—Te mandaré dinero para tu próxima rehabilitación, Nube. Cada familia tiene sus tradiciones, ¿no?

Dicho esto, se giró y volvió a la furgoneta.

Mutt la esperaba. Tiró el cigarrillo, lo aplastó con el talón y le sonrió.

—¿Está orgullosa mamaíta de su hija universitaria?

—¿Estás de broma? —dijo Tully con una sonrisa radiante y secándose los ojos—. ¡Ha llorado como un bebé!

Cuando volvieron Tully y Mutt, el equipo se puso a funcionar a tope. Los cuatro se apretujaron en la sala de montaje y convirtieron veintiséis minutos de cinta en un reportaje imparcial e incisivo de treinta segundos de duración. Kate trató de concentrarse en la noticia y solo en ella, pero el almuerzo con Johnny había abotargado sus sentidos, o los había intensificado; no estaba muy segura de cuál de las dos cosas. Lo único que sabía era que el enamoramiento de colegiala que había sentido antes de la comida se había convertido en algo más profundo.

Cuando terminaron de trabajar Johnny cogió el teléfono y llamó al director de la cadena en Tacoma. Habló unos segundos, luego colgó y miró a Tully.

—Lo dan esta noche a las diez a no ser que surja algo.

Kate no pudo evitar sentir una punzada de envidia. Solo por una vez, quería que Johnny la mirara a ella de la manera en que miraba a Tully.

Si fuera más como su amiga..., segura de sí misma, sexy y dispuesta a coger todo —y a todos— lo que se le antojaba... Entonces quizá tendría una oportunidad, pero la idea de recibir un rechazo por parte de Johnny, un *¿eh?* con los ojos inexpresivos, le impedía salir de la sombra.

De la sombra de Tully, para ser exactos. Como siempre, Kate era la cantante del coro a la que jamás alumbraban los focos.

—Vámonos a celebrarlo —dijo Tully—. Os invito a cenar.

—Yo no puedo —contestó Mutt—, Darla me está esperando.

—Yo no puedo cenar, pero si queréis tomamos una copa a las nueve —propuso Johnny.

—Pues hacemos eso —aceptó Tully.

Kate sabía que debía decir que no. Lo último que quería era sentarse y mirar cómo Johnny miraba a Tully, pero ¿qué elección tenía? Era la carabina.

Como Rhoda Morgenstern en el show de Mary Tyler Moore. Y allí donde fuera Mary, Rhoda iba también, aunque doliera a morir.

Kate eligió la ropa con cuidado: camiseta blanca de manga dolmán, chaleco negro retro y tejanos ajustados metidos en unos botines drapeados. Después de rizarse el pelo, se lo peinó con cuidado con la raya al lado y lo recogió en una coleta de caballo. Decidió que estaba bastante bien hasta que fue al salón y vio a Tully, con un amplio jersey-vestido verde de escote pronunciado, hombreras y un ancho cinturón metálico, bailando al ritmo de la música.

—¡Tully! ¿Estás ya?

Tully dejó de bailar, apagó el estéreo y se cogió del brazo de Kate.

—Venga, nos largamos de aquí.

En la calle frente a su apartamento encontraron a Johnny apoyado en su Chevrolet El Camino negro. Con vaqueros desgastados y una camiseta vieja de Aerosmith, estaba absolutamente sexy de una manera desenfadada y algo desaliñada.

—¿Dónde vamos? —preguntó Tully. De inmediato le cogió con el brazo que tenía libre.

—Tengo un plan —respondió Johnny.

—Me encantan los hombres que tienen un plan —dijo Tully—. ¿A ti no, Kate?

La palabra «encantar» unida al nombre de Johnny acertaba casi de pleno, así que no lo miró cuando contestó:

—Sí.

Bajaron por la calle empedrada hacia el mercado vacío.

Al llegar al sex shop con un neón de la esquina, Johnny las hizo torcer a la derecha.

Kate frunció el ceño. Había una línea invisible, como el ecuador, que atravesaba la calle Pike. En dirección sur, la cosa se ponía fea enseguida. Allí nunca se aventuraban los turistas a no ser que buscaran drogas o prostitutas. Los comercios y negocios a ambos lados de la calle tenían aspecto sórdido.

Dejaron atrás dos librerías para adultos y un cine X donde proyectaban la segunda parte de *Debbie viene a Dallas* junto con *Fiebre porno del sábado noche*.

—Qué genial —exclamó Tully—. Kate y yo nunca venimos por aquí.

Johnny se detuvo junto a una puerta cochambrosa que en otro tiempo había estado pintada de rojo.

—¿Preparadas? —preguntó con una sonrisa.

Tully asintió con la cabeza.

Johnny abrió la puerta. La música era atronadora.

Un hombre negro gigantesco estaba sentado en una banqueta a la entrada.

—Identificación, por favor —dijo, y encendió una linterna para ver sus permisos de conducir—. Pasen.

Tully y Kate enseñaron sus carnés y avanzaron por el estrecho pasillo que estaba cubierto de folletos, carteles y pegatinas.

El pasillo terminaba en una sala larga y rectangular llena de personas vestidas de cuero negro con adornos metalizados. Kate nunca había visto tantos peinados estrafalarios en una misma habitación. Había docenas de personas con crestas de quince centímetros engominadas a la perfección y teñidas de tonos multicolor.

Johnny las condujo a través de la pista de baile, dejando atrás unas cuantas mesas de madera, hasta la barra, donde una chica con pelo color magenta peinado de punta y un imperdible en la mejilla les tomó nota de las bebidas. Al final de la barra, suspendido en un rincón, había un televisor de gran tamaño sintonizando la MTV. Nadie le prestaba la más mínima atención.

Cuando volvió la camarera, Johnny le dio una propina generosa y una sonrisa radiante y a continuación llevó a Kate y a Tully a una mesa en el rincón, debajo del televisor.

Tully enseguida levantó su margarita para hacer un brindis.

—Por nosotros. Hoy hemos arrasado.

Chocaron los vasos y bebieron.

Y bebieron.

Para la tercera ronda Tully estaba borracha. Cada vez que ponían una canción que le gustaba —*Call Me* o *Sweet Dreams (Are Made of This)* o *Do you Really Wanna Hurt Me?*— se levantaba y se ponía a bailar sola al lado de la mesa.

Kate deseaba poder encontrar esa naturalidad dentro de sí, pero dos copas no bastaban para deshacer quién era. Así que se dedicó a mirar cómo Johnny miraba a Tully.

No la miró a ella hasta que Tully fue al cuarto de baño.

—No para, ¿verdad?

Entonces Kate trató de pensar en una respuesta que alejara la conversación de su mejor amiga y quizá incluso revelara su lado apasionado, pero ¿a quién quería engañar? Ella no tenía un lado apasionado. Tully era seda color rojo manzana; Kate era algodón beis.

—Sí.

Tully volvió a toda prisa del baño y se desplazó con paso ebrio hasta la barra.

—Oye, son las diez. ¿Podemos cambiar el canal de televisión? Además, nadie la está viendo.

—Como quieras.

La camarera, que parecía una extra en una película de guerras apocalípticas, se subió a una escalera de mano y cambió el canal.

Tully fue hacia el televisor con aspecto de penitente aproximándose al Papa.

Entonces su cara llenó la pantalla.

«Soy Tallulah Hart desde Yelm, Washington. Esta tranquila ciudad ha sido hoy el escenario de una protesta cuando los seguidores de J. Z. Knight y un espíritu de treinta y cinco mil años de edad al que llama Ramtha tuvieron un encontronazo con los habitantes de la localidad por la construcción de un complejo...».

Cuando terminó, Tully se volvió a Kate y le preguntó con voz baja y nerviosa:

—¿Y bien?

—Has estado totalmente imponente —contestó Kate, con toda sinceridad—. Excelente.

Tully la abrazó con fuerza y le cogió la mano.

—Vamos, quiero bailar. Tú también, Johnny. Podemos bailar los tres juntos.

Había hombres bailando juntos y mujeres besándose al ritmo de los Sex Pistols. La chica al lado de Kate, que llevaba una minifalda de plástico negro y botas militares con medias de rejilla, bailaba sola.

Tully fue la primera, la siguió Johnny y después Kate. Al principio se sintió incómoda —una auténtica carabina—, pero para el final de la canción se había relajado. El alcohol era un lubricante que volvía su cuerpo más fluido, y, cuando cambió la música y su ritmo se hizo lento, no dudó en abrazarse a Tully y Johnny. Los tres bailaron juntos con una naturalidad que

resultaba sorprendentemente sensual. Kate miró a Johnny, que miraba a Tully, y no pudo evitar desear que la mirara a ella de esa manera al menos una vez.

—Nunca olvidaré esta noche —les dijo Tully a los dos.

Johnny se inclinó y la besó. Kate estaba tan borracha que tardó un segundo en asimilar lo que estaba viendo. Entonces llegó el dolor.

Tully interrumpió el beso.

—Johnny, chico malo.

Rio mientras lo apartaba.

Johnny le pasó una mano por la espalda y trató de acercarla a él.

—¿Qué tiene de malo ser malo?

Antes de que Tully pudiera contestar, alguien la llamó y ella se dio la vuelta.

Chad se abrió paso entre la gente que giraba y bailaba. Con su pelo largo y su camiseta de Springsteen raída, parecía un músico de rock duro en un mundo *new age*.

Tully corrió a su encuentro. Se besaron como si estuvieran solos en la habitación y Kate oyó a su amiga decir:

—Llévame a la cama, viejales.

Se marcharon sin un gesto ni un adiós. Kate seguía en brazos de Johnny, que miraba hacia la puerta como si esperara que Tully volviera, gritara «¡Inocente!» y se pusiera otra vez a bailar con ellos.

—No va a volver —dijo Kate.

Johnny salió de su ensimismamiento. Soltó a Kate, regresó a la mesa y pidió dos copas. En el silencio que siguió Kate le observó mientras pensaba: *Mírame a mí*.

—Ese era Chad Wiley —dijo Johnny.

Kate asintió con la cabeza.

—Así no me extraña... —Johnny miró el pasillo vacío al final de la pista de baile.

—Llevan juntos mucho tiempo. —Kate estudió su perfil. Durante un segundo de locura se le pasó por la cabeza dar ella el paso, abordarlo. Tal vez consiguiera que se olvidara de Tully o que cambiara de opinión, tal vez por una noche a ella no le importaría ser el segundo plato, o que estuviera con ella solo porque había bebido demasiado. El amor podía surgir de una pasión alcohólica, ¿o no?—. ¿Pensabas que Tully y tú...?



Johnny dijo que sí con la cabeza antes de que a Kate le diera tiempo a terminar y dijo:

—Venga, Mularkey. Te acompaño a casa.

De camino a su apartamento, Kate no dejó de repetirse que era mejor así.

—Bueno. Pues buenas noches, Johnny —dijo al llegar a su puerta.

—Buenas noches. —Johnny fue hacia el ascensor, pero a medio camino se detuvo y se volvió—. Oye, Mularkey.

Kate se dio la vuelta y le miró.

—¿Sí?

—Hoy lo has hecho fenomenal, ¿no te lo he dicho? Eres una de las mejores redactoras que conozco.

—Gracias.

Más tarde, en la cama, mirando la oscuridad, recordó sus palabras y la expresión de su cara al pronunciarlas.

De alguna manera, aunque pequeña, hoy se había fijado en ella.

Quizá tenía más esperanzas de las que había supuesto.

A partir de la primera retransmisión de Tully todo cambió. Se convirtieron en los cuatro fantásticos: Kate, Tully, Mutt y Johnny. Durante dos años estuvieron juntos constantemente, apelotonados en la redacción, trabajando en reportajes, yendo de un lugar a otro como zóingaros. La segunda noticia que cubrió Tully fue sobre una lechuza de las nieves que se había instalado en una farola en Capitol Hill. A continuación siguió la campaña a gobernador de Booth Gardner, y, aunque había docenas de reporteros cubriendo el caso, daba la impresión de que Gardner contestaba siempre primero a las preguntas de Tully. Para cuando los primeros millonarios de Microsoft empezaron a pasear sus nuevos Ferraris por la ciudad escuchando música *geek* con auriculares gigantes, todos en la KCPO sabían que Tully no duraría mucho en una cadena tan pequeña.

Todos lo sabían, pero Johnny quizá especialmente. Así que, aunque los tres no hablaban del futuro, sentían su presencia sombría siempre ahí, y eso, de alguna manera, hacía que el tiempo que pasaban juntos fuera más bonito e intenso. En las escasas noches en que no estaban trabajando en una noticia, Johnny, Tully y Kate se reunían en el Goldies para jugar al billar y tomar cerveza. Para el final de su segundo año juntos, todos lo sabían todo de los otros, al menos todo lo que cada uno estaba dispuesto a compartir.

Excepto lo que de verdad importaba. Kate a menudo pensaba en la ironía de que tres personas que se dedicaban a hurgar en los escombros de la vida en busca de perlas de realidad pudieran estar tan ciegas sobre sus propias vidas.

Tully no tenía ni idea de que Johnny la deseaba y este ignoraba por completo lo que Kate sentía por él.

Así que su triángulo extraño y silencioso proseguía día tras día, noche tras noche. Tully le preguntaba continuamente a Kate por qué no salía con nadie.

Kate deseaba sincerarse, contarle a Tully la verdad, pero, cada vez que empezaba a confesar, se echaba atrás. ¿Cómo podía decirle la verdad sobre Johnny después de la charla que le había dado con lo de Chad? Enamorarte de tu jefe era, después de todo, peor que enamorarte de tu profesor.

Y además ¿qué sabía Tully de amores no correspondidos? No haría más que presionarla para que invitara a salir a Johnny. Y, entonces, ¿qué diría Kate? *No puedo. Está enamorado de ti.* Muy en el fondo, en un rincón oscuro de su alma cuya existencia rara vez admitía, había otro temor, uno que solo reconocía en sueños y pesadillas. A la fría luz del día no creía en ello, pero de noche, sola, le preocupaba que, si se enteraba de los sentimientos de Kate, Tully empezara a encontrar a Johnny más atractivo. Ese era el problema con su mejor amiga. No que quisiera lo que no podía tener, sino que lo quería todo, y, tarde o temprano, lo conseguía. Kate no podía arriesgarse. Podía soportar no tener a Johnny. Pero perderlo y que se lo quedara Tully sería insoportable.

Así que mantenía la cabeza baja, las manos ocupadas y sus sueños de amor bien escondidos. Sonreía tranquila cada vez que su madre, su padre o Tully se metían con ella por su falta de vida social y decía bromeando que tenía estándares más exigentes que ciertas personas que no quería nombrar, una contestación que tenía las risas aseguradas.

También intentaba no pasar demasiado tiempo a solas con Johnny, para no correr riesgos. Aunque ya no tiraba cosas ni se le enredaba la lengua cuando estaba cerca de él, tenía la sensación de que era muy perspicaz y de que, si se le daba la oportunidad, podría adivinar lo que tanto se esforzaba Kate por ocultar.

Su plan funcionó muy bien, habida cuenta de todo, hasta un frío día de noviembre de 1984, cuando Johnny la llamó a su despacho.

Aquel día estaban solos. Tully y Mutt estaban cubriendo el avistamiento de un Bigfoot en el bosque tropical de Olympic.

Kate se alisó el jersey de angora y se obligó a esbozar una sonrisa impersonal antes de entrar en su despacho y encontrarlo de pie frente a la ventana sucia.

—¿Qué pasa, Johnny?

Tenía muy mal aspecto. Demacrado.

—¿Te acuerdas de cuando te hablé de El Salvador?

—Claro.

—Bueno, pues sigo teniendo amigos allí. Uno de ellos, el padre Ramón, ha desaparecido. Su hermana cree que se lo han llevado a algún sitio para torturarlo, o que lo han matado. Quiere que vaya a ver si puedo ayudar en algo.

—Pero es peligroso...

—El peligro es lo mío —contestó sonriendo, pero su sonrisa fue como un reflejo en el agua, distorsionada e irreal.

—No tiene gracia. Podrían matarte. O podrías desaparecer como ese periodista en Chile durante el golpe. Nunca se volvió a saber de él.

—Créeme —replicó Johnny—, no estoy bromeando. He estado allí, ¿o es que no te acuerdas? Sé lo que es que te venden los ojos y te disparen. —Volvió la cabeza. Sus ojos adoptaron una expresión vaga, indefinida, y Kate se preguntó qué estaría recordando—. No puedo dar la espalda a personas que me protegieron mientras estaba allí. ¿Podrías tú darle la espalda a Tully si te pidiera ayuda?

—La ayudaría y lo sabes muy bien. Pero no espero encontrármela en una zona de guerra, si no cuentas, claro, el primer día de rebajas en Nordstrom.

—Sabía que eras mi chica. Así que ¿te ocuparás de que esto siga funcionando mientras yo esté fuera?

—¿Yo?

—Como te dije en una ocasión, eres una chica responsable.

Kate no pudo evitarlo; se acercó a él y le miró. Se iba. Las cosas no podía ir a peor.

—Mujer —puntualizó.

Johnny la miró sin sonreír. Kate era consciente de los escasos centímetros que los separaban. Les bastaría nada, apenas un movimiento, para tocarse.

—Mujer —dijo Johnny.

Y la dejó allí, de pie, sola, rodeada por fantasmas de palabras, cosas que podría haber dicho.

Cuando se marchó Johnny, Kate aprendió lo elástico que podía ser el tiempo, cómo podía alargarse hasta que los minutos parecieran horas. Bastaba una llamada de teléfono, sin embargo, de un cargo público arrepintiéndose de unas declaraciones para encogerlo como una goma. Cada vez que sonaba el teléfono se ponía tensa. Para el final del primer día tenía un fuerte dolor de

cabeza.

Aquella primera semana aprendió otra lección: que la vida seguía. Los mandamases de Tacoma seguían llamando, se asignó un productor para que supervisara los encargos que tenía que cubrir el equipo, pero en la práctica Kate empezó a asumir muchas de las tareas de producción. Mutt y Tully se fiaban de ella y era capaz de sacar las cosas adelante con el ínfimo presupuesto del que disponían. Tanto suspirar por Johnny había dado sus frutos. Le había observado con tanta atención que sabía hacer su trabajo. Comparada con él, era como una costurera frente a un modisto, claro, pero, aun así, competente. Para el jueves de la primera semana, el productor de fuera de la ciudad había tirado la toalla, declarado que tenía cosas más importantes que hacer que seguir a unos chiflados todo el día, y vuelto a Tacoma.

El viernes Kate produjo su primer bloque informativo. Era algo ligero y sin importancia —una puesta al día sobre la antigua estrella de la televisión infantil Brakeman Bill—, pero aun así lo hizo ella y se retransmitió.

Qué subidón de adrenalina fue ver su trabajo en la pantalla, aunque lo que recordaría todo el mundo sería la cara y la voz de Tully. Kate había llamado a sus padres y estos habían ido a ver las noticias con ellas. Después habían brindado por «el sueño» y decidido que cada vez estaba más cerca de convertirse en realidad.

—Siempre pensé que Kate y yo terminaríamos presentando juntas un programa de televisión, pero supongo que me equivocaba —dijo Tully—. En lugar de eso, va a ser la productora de mi programa. Y cuando Barbara Walters me entrevistó, diré que no podría haberlo hecho sin ella.

Kate había brindado cuando le correspondía, sonreído convenientemente y revivido cada momento a través del parloteo de Tully. Se había sentido orgullosa de sí misma, sí, y le había encantado producir el bloque y celebrarlo con sus padres. Fue especialmente emocionante cuando su madre se la llevó a un lado y le dijo: «Estoy orgullosa de ti, Kate. Ya estás en camino. ¿No te alegras de no haberte rendido?».

Pero en todo momento parte de ella había estado pendiente del reloj y pensando en lo despacio que pasaba el tiempo.

—Tienes muy mala cara —le dijo Tully al día siguiente soltando un montón de cintas sobre su mesa.

El ruido sobresaltó a Kate. Se dio cuenta de que había estado mirando el

reloj otra vez.

—Ya. Y tú cantas de pena.

Tully rio.

—A todo el mundo se le da mal algo. —Apoyó las palmas en la mesa de Kate y se inclinó hacia delante—. Esta noche voy con Chad al Backstage, toca Junior Cadillac. ¿Quieres venir?

—Esta noche no.

Tully la miró.

—¿Se puede saber qué te pasa? Llevas más de una semana como alma en pena. Sé que no duermes porque te oigo levantarte por la noche y no quieres ir a ninguna parte. Es como vivir con el hombre elefante.

Kate no pudo evitar mirar hacia la puerta de Johnny y a continuación a su amiga. La congoja crecía en su interior, intensa y punzante; si al menos pudiera contarle a Tully la verdad, que sin que fuera su intención se había enamorado de Johnny y que ahora estaba preocupada por él, sería como quitarse un gran peso de encima. En diez años aquella era la primera cosa que le ocultaba a Tully, y le dolía físicamente.

Pero sus sentimientos por Johnny eran demasiado frágiles; sabía que Tormenta Tropical Tully descargaría su furia acuática sobre ellos y los echaría a perder.

—Estoy cansada —dijo—. Esto de producir es muy duro. Nada más.

—Pero te encanta, ¿a que sí?

—Claro, es genial. Venga, tú vete con Chad. Ya cierro yo.

Cuando Tully se fue, Kate permaneció un rato en la redacción tranquila y en penumbra. Lo más extraño era que le gustaba estar allí; se sentía cerca de él.

—Eres tonta —dijo en voz alta. Lo cierto era que, últimamente, se lo decía dos veces al día. Se estaba portando, tenía la impresión, como una amante abandonada, pero no eran más que imaginaciones suyas. Al menos eso no se le olvidaba, así que no estaba tan mal de la cabeza.

Volvió a casa sola. El autobús la dejó en la esquina de la Primera con Pine. Se mezcló con la multitud colorida de turistas, tipos estafalarios y hippies y compró algo para cenar. De vuelta en su apartamento, se hizo un ovillo en el sofá, comió directamente de los envases de cartón y vio las noticias. Después tomó algunas notas sobre posibles reportajes, llamó a su madre y puso la NBC para ver *Dinastía* y *St. Elsewhere*.

En mitad del episodio del melodrama hospitalario llamaron al timbre.  
Con el ceño fruncido se levantó y fue hasta la puerta.

—¿Quién es?

—Johnny Ryan.

La impresión la hizo tambalearse. Alivio. Alegría. Miedo. Experimentó las tres emociones en un solo segundo.

Miró el espejo en la pared a su lado y dio un respingo. Parecía la fotografía del «antes» de una revista de moda: pelo lacio, cara lavada y cejas sin depilar.

Johnny volvió a llamar.

Kate abrió.

Estaba apoyado en el marco de la puerta con unos Levis sucios y una camiseta de la gira BORN IN THE USA. Llevaba el pelo largo y despeinado y, aunque estaba bronceado, su expresión era cansada y avejentada. Kate también olió alcohol.

—Hola —dijo Johnny abriendo los dedos apoyados en el marco de la puerta a modo de saludo. El movimiento le hizo perder el equilibrio y estuvo a punto de caerse.

Kate se acercó a él. Lo sujetó, lo ayudó a entrar en el apartamento, empujó la puerta con el pie y lo condujo al sofá, donde se sentó a duras penas.

—He estado en el Athenian —explicó— intentando reunir valor para venir.  
—Miró a su alrededor con ojos llorosos—. ¿Dónde está Tully?

—No está —respondió Kate, con un pellizco en el estómago.

—Ah.

Kate se sentó a su lado.

—¿Qué tal te ha ido en El Salvador?

Cuando Johnny se volvió su mirada era tan devastadora que Kate le pasó un brazo por los hombros y lo atrajo hacia ella.

—Estaba muerto —dijo Johnny después de un largo silencio—. Cuando llegué ya había muerto. Pero tenía que encontrarlo... —Se sacó una petaca del bolsillo trasero y dio un largo trago—. ¿Quieres?

Kate dio un sorbo y sintió como el líquido le quemaba la garganta y se instalaba como una brasa ardiente en su estómago.

—Lo que está pasando te rompe el alma, joder. Y no se retransmite lo bastante por televisión. A la gente le da igual.

—Podrías ir como corresponsal —dijo Kate, aunque le horrorizaba la idea.

—Ojalá pudiera... —La voz de Johnny se amortiguó y a continuación se volvió afilada—. Historia pasada.

Dio otro trago.

—Tal vez deberías ir más despacio. —Kate intentó quitarle la petaca, pero él la sujetó por la muñeca y la obligó a sentarse en su regazo. Le tocó la cara con la otra mano, acariciándole la mejilla como si fuera ciego y estuviera intentando formarse una idea de cómo era físicamente.

—Eres preciosa —susurró.

—Estás borracho.

—Pero sigues siendo preciosa. —Deslizó una mano subiendo por su brazo y la otra bajando desde su garganta hasta que la tuvo abrazada. Kate sabía que iba a besarla, era consciente de ello con cada terminación nerviosa de su cuerpo; igual que sabía que tenía que impedirselo.

Johnny la acercó más a él y entonces las buenas intenciones de Kate desaparecieron. Se entregó a la urgencia de sus manos, se dejó guiar hacia el vacío, hacia su boca.

El beso no se pareció a nada que hubiera experimentado antes; fue tierno y dulce al principio. Luego ávido, exigente.

Se rindió a él con todo el abandono que había siempre soñado. La lengua de Johnny la electrificó, encendió un deseo nuevo y doloroso. Se volvió hambrienta, desesperada. Sin pensar, metió las manos por dentro de su camiseta y sintió su piel cálida, ansiosa de tenerlo más cerca.

Tenía las manos en su clavícula y le estaba subiendo el suave algodón de la camiseta cuando se dio cuenta de que se había quedado quieto.

Tenía los sentidos tan alterados que tardó un momento en aclararse la cabeza. Jadeando, dolorida por el deseo, se alejó lo bastante para mirarlo.

Johnny se recostó en el sofá con los ojos entornados. Levantó una mano despacio, tembloroso, casi como si no fuera capaz de controlar sus propios movimientos, y la llevó a los labios de Kate, recorriendo los contornos con la yema.

—Tully —susurró—. Sabía que me gustaría tu sabor.

Y con aquel disparo al corazón, se quedó dormido.

Kate no supo muy bien cuánto tiempo había seguido sentada en su regazo mirando su cara dormida. Una vez más, el tiempo entre los dos parecía elástico. Se sentía como si estuviera sangrando, pero no era sangre lo que manaba de ella, no era algo que pudiera transfundirse con esa facilidad.



Estaba quedándose sin sus sueños. La flor del amor soñado que había plantado sola y cuidado con tanto mimo.

Se separó de Johnny y lo tumbó en el sofá. Le quitó los zapatos y lo cubrió con una manta.

Ya en su cama, con una puerta cerrada entre los dos, estuvo despierta largo rato tratando de no revivir mentalmente lo ocurrido, pero era imposible. No dejaba de evocar el sabor de sus labios y de notar la lengua de Johnny contra la suya, oyéndolo susurrar: *Tully*.

Cuando por fin se durmió era ya pasada la medianoche y la mañana llegó demasiado pronto. A las seis apagó el despertador, se lavó los dientes y se cepilló el pelo, se puso un albornoz y fue corriendo al salón.

Johnny estaba despierto sentado a la mesa de la cocina, tomando café. Cuando entró Kate dejó la taza y se levantó.

—Hola —dijo pasándose los dedos por el pelo.

—Hola.

Se miraron. Kate se apretó el cinturón del albornoz.

Johnny miró en dirección a la puerta de Tully.

—No está —le informó Kate—. Ha dormido en casa de Chad.

—Así que me acostaste y me arropaste.

—Sí.

Johnny se acercó a ella.

—Anoche estaba totalmente cocido. Lo siento, no debería haber venido.

Kate no estaba segura de qué decir.

—Mularkey —prosiguió él por fin—. Sé que me...

—Pues sí.

—¿Pasó... algo? A ver, no quiero ni pensar...

—¿Entre nosotros? ¿Cómo iba a pasar nada? —Lo soltó antes de que a Johnny le diera tiempo a decir cuánto lamentaría que ocurriera algo entre los dos—. No te preocupes, no pasó nada.

La sonrisa de Johnny sugería tal alivio que Kate tuvo ganas de llorar.

—Entonces te veo luego en el trabajo, ¿no? Y gracias por cuidarme.

—De nada. —Kate se cruzó de brazos—. Para eso están los amigos.

A finales de 1985 a Tully le llegó su gran oportunidad. Cuando le encargaron hacer un directo desde Beacon Hill la sorprendió un ataque de nervios que hizo que le temblaran los dedos y se le quebrara la voz, pero una vez pasó se sintió invencible.

Lo había hecho bien. Quizá incluso increíblemente bien.

Ahora estaba sentada muy recta en el asiento del pasajero de la furgoneta especialmente diseñada para los requerimientos técnicos de una transmisión en directo dando saltitos de entusiasmo. Cuando cerraba los ojos revivía cada segundo de lo ocurrido: cómo se había abierto paso hasta el principio del grupo de gente y hecho sus preguntas; su impecable colofón, rodado delante del banco bien iluminado, con las luces rojas y amarillas de la policía rasgando la creciente oscuridad. Después tardaron siglos en recoger todo el equipo y volver a la carretera, pero le daba igual. Cuanto más durara aquella noche, mejor. Ni siquiera se había quitado el auricular, la batería, el micrófono inalámbrico ni el *walkie-talkie*. Eran sus medallas.

—Para en esa tienda—dijo Johnny desde el asiento de atrás—. Tengo sed. Mutt, baja y aprovecha para sacar unos planos fijos. Te toca a ti ir a por las bebidas, Tully.

Mutt entró en el aparcamiento.

—Vale.

Cuando aparcaron, Tully cogió el dinero, bajó de la furgoneta y se dirigió hacia la tienda brillantemente iluminada.

—Y a mí no me traigas de esa Coca-Cola nueva —le dijo Johnny por el auricular.

Tully cogió el *walkie-talkie* que llevaba en el cinturón, lo encendió y contestó:

—Me lo has dicho cien veces, no soy idiota.

Dentro de la tienda buscó la nevera, la encontró y caminó por el pasillo de las medicinas.

—Mirad —dijo hablando por el *walkie*—, tienen Geritol. ¿Necesitas un poco, Johnny?

—Listilla —contestó este por el auricular.

Riendo, Tully se dispuso a abrir la nevera cuando vio una sombra moverse en el cristal. Se giró y vio a un hombre con un pasamontañas gris apuntando al cajero con una pistola.

—Ay, Dios mío.

—¿Me hablas a mí? —dijo Johnny—. Porque ya era hora...

Tully buscó a tientas el volumen del *walkie-talkie* y lo apagó antes de que el ladrón pudiera oír algo. Se lo sujetó en el cinturón y se lo tapó con la chaqueta, escondiendo también la batería.

En la caja, el ladrón se volvió a mirarla.

—¡Tú, al suelo!

El hombre del pasamontañas apuntó la pistola al techo y apretó el gatillo para demostrar que hablaba en serio.

—¿Tully, qué coño pasa? —dijo Johnny por el auricular.

Tully intentó esconder el cable del auricular debajo de la chaqueta. Luego subió el volumen del micrófono del *walkie-talkie* confiando desesperadamente en que le llegara algo a Johnny.

—Están atracando la tienda —susurró lo más alto que se atrevió pulsando la tecla para hablar.

Por el auricular oyó a Johnny decir:

—Joder. Mutt, llama al 911 y empieza a grabar. Tully, estate tranquila y tírate al suelo. Podemos salir en directo. Enciende el micrófono, voy a llamar a la emisora. Están ahora mismo en directo. Stan, ¿me oyes?

Unos segundos después, Johnny dijo:

—Vale, Tully. Vamos a conectar tu micrófono con Mike. Está ahora mismo en el aire con las noticias de las diez. Vas a salir en directo. Tú no lo podrás oír, pero él a ti sí.

Tully encendió su micrófono y susurró:

—No sé, Johnny. ¿Cómo voy a...?

—Estás en el aire, Tully —la interrumpió Johnny apremiante—. Te oyen. Vamos.

El hombre del pasamontañas debió de oír algo, porque de pronto se giró otra vez hacia Tully y la apuntó con el arma.

—Te he dicho que al suelo, joder.

Tully apenas tuvo tiempo de oír: «Estoy hasta los cojones» antes de que apretara el gatillo.

Hubo un enorme chasquido. Tully apenas tuvo tiempo de gritar antes de que la bala la alcanzara en el hombro y la tirara al suelo. Se desplomó contra las estanterías a su espalda y reparó vagamente en unas cajas de colores que se caían y dispersaban a sus pies. Su cabeza chocó con fuerza contra el suelo de linóleo.

Por un momento se quedó quieta, jadeando y viendo retorcerse una serpiente de luz fluorescente.

—¿Tully?

Era la voz de Johnny en su oído. Despacio, muy despacio, se colocó de lado. Le dolía el hombro, pero apretó los dientes y siguió avanzando. Con cuidado de pegarse bien al suelo, reptó hasta el final del pasillo. Abrió una caja de compresas Kotex, se colocó una en la herida y la apretó. La presión le dolió como un demonio y se sintió mareada.

—¡Tully! ¿Qué ha pasado? Háblame. ¿Estás bien?

—Estoy aquí —respondió Tully—. Acabo de... taparme la herida. Creo que estoy bien.

—Gracias a Dios —dijo Johnny—. ¿Quieres apagar el micrófono?

—Ni de coña.

—Vale. Estás en directo, acuérdate. Sigue hablando. A mí no me oyen, pero a ti sí. Esta es tu oportunidad, pequeña, y yo estoy aquí para ayudarte. ¿Puedes describir la escena?

Tully se acucilló con una mueca de dolor y avanzó despacio, tratando de calcular si podía asomarse para ver.

—Hace unos instantes un hombre con la cara cubierta ha entrado en esta tienda abierta veinticuatro horas de Beacon Hill con un arma de fuego y ha exigido al cajero que le entregue el dinero. Ha disparado una vez al aire para dejar claras sus intenciones y a continuación me ha disparado a mí.

Hablaba en susurros, pero lo más alto que podía. Oyó un ruido, parecía llanto. Cuidando de no levantarse, dobló una esquina y se encontró con un niño acurrucado en el pasillo de los caramelos.

—Hola —dijo Tully, y le tendió la mano. El niño la cogió con avidez y la

apretó tan fuerte que Tully no pudo retirarla—. ¿Quién eres?

—Gabe. Estoy con mi abuelo. ¿Has visto a ese hombre disparar?

—Sí. Voy a buscar a tu abuelo para comprobar si está bien. Tú quédate aquí. ¿Cómo te apellidas, Gabe, y cuántos años tienes?

—Linklater. En julio cumpla siete.

—Muy bien, Gabe Linklater. Quédate cerca del suelo y no hagas ruido. Nada de llorar, ¿vale? Pórtate como un chico mayor.

—Lo intentaré.

Tully pegó el mentón al pecho y habló en voz baja por el micrófono. No sabía con seguridad si la oían en la emisora, pero siguió hablando: «He encontrado a Gabe Linklater, de siete años, en el pasillo de los caramelos. Vino con su abuelo, a quien estoy buscando ahora. Oigo al atracador en la caja, amenazando al cajero. Dile a la policía que se trata de un solo ladrón.

Dobló la esquina y se encontró a un hombre mayor sentado con las piernas cruzadas en el suelo sujetando una caja de comida para perros Purina Dog Chow.

—¿Es usted el abuelo de Gabe? —susurró.

—¿Está bien?

—Un poco asustado, pero perfectamente. Está en el pasillo de los caramelos. ¿Qué ha visto?

—El ladrón vino en un coche azul. Lo vi por la ventana. —Miró el hombro de Tully—. Quizá debería...

—Voy a acercarme. —Tully apretó la compresa de nuevo contra la herida, hizo una mueca de dolor y esperó a que se le pasaran las náuseas. Esta vez vio que tenía la mano ensangrentada. Lo ignoró e informó de nuevo a un presentador que no podía ver—. Al parecer, Mike, el pistolero solitario llegó en un coche azul, que debería estar aparcado delante de uno de los escaparates. Me alegra decir que el abuelo de Gabe también está vivo e ileso. Ahora me dirijo hacia la caja. Oigo al atracador gritar que tiene que haber más dinero y al cajero decir que no puede abrir la caja fuerte. Fuera veo luces. Así que ha llegado la policía. Están enfocando las luces hacia la tienda, diciéndole que salga con las manos en alto. —Se asomó durante solo un segundo y a continuación se encogió detrás de un cartel a tamaño natural de Mary Lou Retton comiendo Wheaties—. Dile a la policía que se ha quitado el pasamontañas, Mike. Es rubio, con un tatuaje de una serpiente enroscada alrededor del cuello. Está extremadamente agitado. Está gritando

obsценidades y blandiendo el arma. Creo...

Se oyó otro disparo. Cristales que se hacían añicos. Segundos más tarde, entró un equipo SWAT por un escaparate roto.

—¡Tully!

Era Johnny, llamándola.

—Estoy bien. —Se puso de pie despacio y el movimiento le produjo una oleada de dolor y de náuseas. Vio la furgoneta de televisión por el escaparate roto. Mutt estaba grabándolo todo con la cámara, pero no veía a Johnny—. El equipo SWAT de Seattle acaba de disparar al cristal del escaparate y entrar. Tienen al atracador en el suelo. Voy a ver si puedo acercarme lo bastante para hacerles algunas preguntas.

Rodeó el cartel y avanzó despacio. Estaba cerca del pasillo de los cereales y, por un segundo, pensó en los desayunos del sábado por la mañana en casa de los Mularkey. La señora Mularkey le dejaba tomar Quisp. Aunque solo los fines de semana.

Aquel fue su último pensamiento consciente antes de desmayarse.

El camino al hospital se hizo eterno. Durante todo el trayecto, en medio del tráfico con constantes interrupciones de la ciudad en el asiento de un taxi maloliente, Kate rezó por que Tully estuviera bien. Por fin, cuando acababan de dar las once, llegaron al hospital. Pagó al conductor y corrió al vestíbulo fuertemente iluminado.

Johnny y Mutt ya estaban allí, sentados de mala manera en incómodas sillas de plástico, con aspecto demacrado. Cuando entró Kate, Johnny se levantó.

Corrió hacia él.

—He visto las noticias. ¿Qué ha pasado?

—Un hombre le disparó en el hombro y siguió retransmitiendo. Deberías haberla visto, Mularkey. Estuvo maravillosa. Audaz.

Kate oyó la admiración en su voz, la vio en sus ojos. En cualquier otro momento le habría dolido ese orgullo tan obvio. Ahora la irritó.

—Por eso estás enamorado de ella, ¿verdad? Porque tiene las agallas que te faltan a ti. Así que la pones en peligro, consigues que le disparen y estás orgulloso de su pasión por su trabajo. —Su voz temblorosa pronunció la última palabra como si fuera un caramelo envenenado—. Paso de

heroicidades. No estaba hablando de la noticias; estaba preguntando por su vida. ¿Has preguntado siquiera cómo está?

Johnny pareció sobresaltado por su estallido.

—Está en quirófano. Le...

—¡Katie!

Oyó a Chad llamarla y se volvió justo para verle entrar corriendo en el vestíbulo. Se encontraron con la misma naturalidad que el viento y la lluvia, aferrándose el uno al otro.

—¿Cómo está? —le susurró Chad al oído con una voz tan frágil como se sentía Kate en aquel momento.

Esta se apartó.

—En quirófano. No sé más. Pero saldrá adelante. Las balas no pueden detener una tormenta.

—No es tan dura como quiere hacer creer. Los dos lo sabemos, ¿o no, Kate?

Kate tragó saliva y asintió. Siguieron muy juntos en un silencio incómodo, unidos por los hilos invisibles de la preocupación compartida. Kate lo leyó en los ojos de Chad tan claro como el día; estaba realmente enamorado de Tully y tenía miedo.

—Será mejor que vaya a llamar a mis padres; querrán estar aquí.

Esperó a que Chad reaccionara, pero siguió allí con ojos vidriosos y los puños cerrados a ambos costados como un pistolero preparado para desenfundar en cualquier momento. Kate se alejó con una sonrisa cansada. Cuando pasó junto a Johnny no pudo evitar decir:

—Así es como las personas de verdad se ayudan las unas a las otras en los momentos difíciles.

Cuando llegó a los teléfonos públicos metió cuatro monedas de veinticinco centavos y marcó el número de su casa. Cuando contestó su padre —gracias a Dios que no lo hizo su madre; Kate se habría desmoronado— le dio la noticia y colgó.

Se dio la vuelta y se encontró con Johnny esperándola.

—Lo siento.

—Más te vale.

—Una de las cosas de esta profesión, Kate, es que aprendes a compartimentalizar, a dar prioridad a la noticia. Es uno de los gajes del oficio.

—Con personas como Tully y tú la noticia es siempre lo primero.

Lo dejó plantado y fue al sofá, donde se sentó. Inclino la cabeza y se puso de nuevo a rezar.

Al cabo de un rato sintió que Johnny se había acercado. Al ver que no decía nada, Kate alzó la mirada.

Johnny no se movió, no pestañeó siquiera, pero Kate se daba cuenta de lo tenso que estaba. Parecía estar guardando la compostura gracias a un hilo que se deshacía por momentos.

—Eres más dura de lo que pareces, Mularkey.

—A veces.

Quería decir que el amor le daba fuerzas, sobre todo en momentos como aquel, pero le daba miedo pronunciar siquiera esa palabra mientras él la miraba.

Johnny se sentó despacio a su lado.

—¿Cuándo has llegado a conocerme tan bien?

—Trabajamos en un sitio pequeño.

—No es por eso. Nadie me conoce como tú. —Suspiró y se recostó en el respaldo—. Es cierto que la puse en peligro.

—Tully no lo habría querido de otra manera —admitió Kate—. Los dos lo sabemos.

—Sí, pero...

Al no terminar la frase, Kate lo miró.

—¿Estás enamorado de ella?

Johnny no respondió, se limitó a seguir sentado, inclinado contra el respaldo, con los ojos cerrados.

Kate no pudo soportarlo. Ahora que por fin se había atrevido a hacer la pregunta quería una respuesta.

—¿Johnny?

Este le pasó un brazo por los hombros y la acercó a él. Kate se abandonó al consuelo que le ofrecía. Era tan natural como respirar estar a su lado de ese modo, aunque sabía lo peligroso que era aquel sentimiento.

Y así, en silencio, pasaron las horas eternas y vacías de la noche. Esperando.

Tully recobró el conocimiento despacio, observando lo que la rodeaba: techo



blanco insonorizado, tubos de luz fluorescente, los barrotes plateados de una cama y una bandeja a su lado.

Los recuerdos se colaron en su consciencia. Beacon Hill. La tienda abierta veinticuatro horas. Recordó un arma apuntándola. Y el dolor.

—Eres capaz de cualquier cosa con tal de llamar la atención, ¿verdad? —Kate estaba en la puerta con un pantalón de chándal de la Universidad de Washington que le quedaba grande y una camiseta vieja de Greek Way. Cuando se acercó a la cama tenía lágrimas en los ojos. Se las limpió con un gesto impaciente—. Mierda, me había jurado que no iba a llorar.

—Gracias a Dios que estás aquí.

Tully le dio al botón del mando de la cama y se incorporó.

—Pues claro que estoy, idiota. Están todos. Chad, Mutt, mamá, papá... Johnny. Mi padre y él llevan horas jugando a las cartas y hablando de las noticias. Mamá ha tejido por lo menos dos mantas de punto nuevas. Estábamos preocupadísimos.

—¿Lo hice bien?

Kate rio al tiempo que le rodaban lágrimas por las mejillas.

—Estaba claro que esa iba a ser tu primera pregunta. Johnny dice que has dejado a Jessica Savitch a la altura del betún.

—Me pregunto si querrán entrevistarme en *60 minutos*.

Kate se acercó a la cama.

—No vuelvas a darme un susto así, ¿vale?

—Lo intentaré.

Antes de que Kate pudiera decir nada, la puerta se abrió y apareció Chad en el umbral con dos vasos de poliestireno con café.

—Está despierta —dijo con voz suave mientras dejaba los vasos en una mesa que había a la entrada.

—Acaba de abrir los ojos. Claro que está más interesada en las posibilidades que tiene de ganar un Emmy que en ponerse bien. —Kate miró a su amiga—. Os dejo solos un minuto.

—Pero no te vas, ¿verdad? —preguntó Tully.

—Luego vuelvo, cuando todos se hayan ido a casa.

—Bien —contestó Tully—, porque te necesito.

En cuanto salió Kate, Chad se acercó.

—Pensaba que te había perdido.

—Estoy perfectamente —replicó Tully impaciente—. ¿Has visto la

retransmisión? ¿Qué te ha parecido?

—No me parece que estés perfectamente, Tully —dijo Chad con voz suave—. Estás peor que nadie que conozco, pero te quiero. Y llevo toda la noche pensando en cómo sería mi vida sin ti y no me gusta lo que he visto.

—¿Por qué ibas a perderme? Estoy aquí.

—Cásate conmigo, Tully.

Esta casi rio, pensando que era una broma, pero entonces vio el miedo en los ojos de Chad. Estaba asustado de verdad.

—Hablas en serio —observó frunciendo el ceño.

—Me han ofrecido un trabajo en Vanderbilt, Tennessee. Quiero que vengas conmigo. Me quieres, Tully, aunque no lo sepas. Y me necesitas.

—Pues claro que te necesito. ¿Tiene sede en Tennessee alguna de las cuarenta grandes cadenas?

Al oír aquello, las ásperas facciones de Chad se descompusieron y su sonrisa se desvaneció.

—Te quiero —repitió, esta vez en un susurro y sin un beso que sellara sus palabras y les diera peso.

Se abrió la puerta a su espalda y apareció la señora Mularkey con los brazos en jarras, vestida con una falda vaquera barata y una blusa escocesa con cuello bebé. Parecía una extra de la película *Footloose*.

—La enfermera ha dicho que cinco minutos más de visitas y luego nos echan.

Chad se inclinó y besó a Tully. Fue un beso precioso, conmovedor, que al mismo tiempo los unió y les hizo sentir lo lejos que estaban el uno del otro.

—Te quería, Tully —susurró.

*¿Quería? ¿Había dicho «quería»? ¿En pasado?*

—Chad...

Este se apartó de la cama.

—Es toda tuya, Margie.

—Siento echarte —contestó la señora Mularkey.

—No te preocupes. Creo que me tocaba irme de todas maneras. Adiós, Tully.

Salió de la habitación y dejó que la puerta se cerrara detrás de él.

—Hola, mi niña —dijo la señora Mularkey.

Tully se sorprendió a sí misma rompiendo en sollozos.

La señora Mularkey se limitó a acariciarle el pelo y a dejarla llorar.

—Supongo que he pasado mucho miedo.

—Chis —susurró la señora Mularkey cariñosa mientras le secaba las lágrimas con un pañuelo de papel—. Pues claro que lo has pasado, pero ya estamos aquí. No estás sola.

Tully lloró hasta que la presión en el pecho cedió y las lágrimas se secaron. Cuando se sintió mejor, se enjugó los ojos y trató de sonreír.

—Vale, estoy preparada para el sermón.

La señora Mularkey le dirigió «la mirada».

—¿Con tu profesor, Tallulah?

—Exprofesor. Por eso nunca se lo conté. Habría dicho que era demasiado mayor para mí.

—¿Le quieres?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Lo sabrías.

Tully miró a la señora Mularkey. Por una vez se sintió mayor que ella, con más experiencia. Para los Mularkey el amor era algo duradero, fiable, fácil de reconocer. Tully quizá fuera joven, pero sabía que se equivocaban. El amor podía ser más frágil que el esqueleto de un gorrión. Pero eso no iba a decirlo en voz alta. Así que dijo:

—Quizá.

De la noche a la mañana, Tully se convirtió en la sensación de los informativos de Seattle. El columnista Emmett Watson hizo un alto en sus diatribas contra la *californización* del estado de Washington para escribir una columna sobre la valentía bajo las balas y lo orgullosos que debían estar todos del compromiso de Tallulah Hart con la información. La emisora de radio KJR dedicó un día entero de canciones de rock a «la chica de los informativos que impidió un atraco usando un micrófono», e incluso *Almost Alive*, el programa de humor local, incluyó un sketch que se burlaba del torpe atracador y sacaba a Tully vestida de Wonder Woman.

A su habitación de hospital no dejaban de llegar flores y globos, muchos enviados por quienes hacían informativos. Para el miércoles, Tully había empezado a donar los preciosos ramos y arreglos florales a otros pacientes. Sus enfermeras sumaron a sus tareas normales otras propias de guardaespaldas y gorilas de discoteca.

—Bueno, tú eres la lista de las dos. ¿Qué hago ahora? —Tully se sentó en la cama y repasó la pila de mensajes en papel rosa que le había llevado Kate de la redacción. Era una lista de nombres impresionante, pero le costaba trabajo concentrarse. Le dolía el brazo y el cabestrillo hacía difíciles hasta las cosas más sencillas. Pero lo peor de todo era que no podía dejar de pensar en la inesperada proposición de Chad.

—Vamos a ver, Tennessee. Es como vivir en Nebraska.

—Desde luego.

—¿Cómo voy a llegar a lo más alto en un sitio así? O quizá ahí es exactamente donde llegaría a lo más alto antes y así las grandes cadenas se fijarían en mí.

Kate estaba sentada a los pies de la cama con las piernas estiradas junto a las de Tully.

—Mira, llevamos como una hora hablando de esto. Igual no soy la persona ideal para preguntarlo, pero en algún momento tendrías que mencionar la palabra «amor».

—Tu madre me dijo que si le quisiera lo sabría.

Tully se miró la mano izquierda desnuda y trató de imaginársela con un anillo de diamantes.

—Me dijiste que te pegara un tiro si considerabas la posibilidad de casarte algún día antes de cumplir los treinta —recordó Kate con una sonrisa—. ¿Quieres rectificar?

—Muy graciosa.

Sonó el teléfono de la mesilla. Todavía mirándose la mano, Tully descolgó rápido, con la esperanza de que fuera Chad.

—¿Sí?

—¿Tallulah Hart?

Suspiró decepcionada.

—Soy yo.

—Soy Fred Rorbach. Puede que te acuerdes de mí.

—Pues claro que me acuerdo. De KILO-TV. Te estuve mandando mi currículum cada semana durante mi último año de instituto y luego, en la universidad, te envié cintas. ¿Qué tal estás?

—Bien, gracias, pero ahora estoy en KLUE-TV, no en KILO. Llevo los informativos de la noche.

—Enhorabuena.

—En realidad llamo por eso. Seguramente no somos la primera cadena que te llama, pero sí estoy seguro de que nuestra oferta va a ser la mejor.

Aquello sí consiguió atraer la atención de Tully.

—¿De verdad?

Kate se bajó de la cama y se puso a su lado formulando con los labios la pregunta *¿Quién es?*

Tully le hizo un gesto con la mano para que parara.

—Cuéntame.

—Queremos hacer lo que sea necesario para que te unas a la familia de KLUE. ¿Cuándo puedes venir a hablar conmigo?

—Me dan el alta ahora mismo. ¿Qué tal mañana a las diez?

—Te vemos mañana entonces.

Tully colgó y gritó:

—¡Era KLUE-TV! ¡Quieren contratarme!

—¡Madre mía! —exclamó Kate dando saltos—. Vas a ser famosa. Lo sé. Qué ganas tengo de... —Paró y su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué?

—Chad.

Tully notó que algo se retorció en lo más hondo de su ser. Quería simular que tenía que pensárselo, que meditar la decisión, pero sabía la verdad, y Kate también.

—Vas a ser famosísima —dijo Kate—. Lo entenderá.

Kate simulaba estar concentrada en conducir el coche de Tully, pero no era fácil. Desde que la recogió de la entrevista, Tully no había dejado de hablar, recitando los viejos sueños de infancia. *Estamos de camino, Kate. En cuanto consiga un puesto de presentadora me aseguraré de que te contraten de reportera.*

Kate sabía que debía —de una vez por todas—poner fin a aquel futuro dual. Estaba cansada de seguir a Tully y además no quería dejar su trabajo. Por fin tenía un motivo para quedarse donde estaba.

*Johnny.*

¿Se podía ser más ridícula? Johnny no la quería, pero Kate no podía evitar pensar que, una vez que Tully se fuera, tendría una oportunidad.

Era absurdo y embarazoso, pero sus sueños tenían más que ver con él que con el periodismo. Aunque eso era algo que no habría admitido ante nadie. De las mujeres de veinticinco años con estudios universitarios se esperaba que soñaran con sueldos más altos y con puestos de responsabilidad en el escalafón, con dirigir las empresas que se habían negado a contratar a sus madres. Los maridos eran algo que había que evitar antes de los treinta. Ya habría tiempo para el matrimonio o los hijos, era lo que se decía. No podías renunciar a ti por ellos.

Pero ¿y si los querías más a ellos que a un yo especial y poderoso? De eso nadie hablaba. Kate sabía que Tully se reiría de tales pensamientos, diría que Kate se había quedado anclada en los años cincuenta. Incluso su madre diría que se equivocaba y blandiría la palabra decisiva: *arrepentirse*. Repetiría como un loro lo que decían las páginas de la revista *Ms*, a saber, que ser solo madre era derrochar los talentos de una mujer. Ni siquiera sería consciente de lo triste que resultaba oírle decir aquellas cosas, como si la vida que había

escogido no hubiera servido para nada.

—Oye, que te has pasado el desvío.

—Perdón. —Kate giró en la manzana siguiente y dio la vuelta hasta detener el coche delante de la casa de Chad—. Te espero aquí. Aún no he terminado *El talismán*.

Tully no abrió su puerta.

—Entenderá por qué no puedo casarme todavía con él. Sabe lo mucho que significa esto para mí.

—Desde luego que lo sabe —estuvo de acuerdo Kate.

—Deséame suerte.

—¿No te la deseo siempre?

Tully bajó del coche y fue a la puerta principal.

Kate abrió su edición de bolsillo y se sumergió en la historia. No levantó la vista hasta mucho más tarde, cuando se dio cuenta de que había empezado a llover.

Tully debería haber ido ya a decirle que se volviera a casa, que pasaría la noche con Chad. Kate cerró el libro y bajó del coche. Mientras recorría la entrada de cemento tuvo el presentimiento de que algo iba mal.

Llamó dos veces y a continuación abrió la puerta.

Tully estaba en el salón vacío, arrodillada delante de la chimenea, llorando. Le dio a Kate una hoja de papel salpicada de lágrimas.

—Léela.

Kate se sentó sobre sus talones y miró la caligrafía negra de trazo grueso.

Querida Tully:

Yo fui quien te recomendó a la KLUE, así que lo sé todo del trabajo del que has venido a hablarme y estoy orgulloso de ti, cariño. Sabía que lo conseguirías.

Cuando acepté el puesto en Vanderbilt sabía lo que significaría para nosotros. Tenía esperanzas..., pero lo sabía.

Tú quieres muchas cosas de este mundo, Tully. Yo solo te quiero a ti.

Así que estamos lejos de una situación ideal.

Pero lo que verdaderamente importa es que siempre te querré.

Ilumina al mundo con tu pasión.

Estaba firmada simplemente con una C.

—Creía que me quería —dijo Tully cuando Kate le devolvió la carta.

—Por lo que dice parece que así es.

—Entonces, ¿por qué me deja?

Kate miró a su amiga mientras oía el eco distante de todas las veces que su madre la había abandonado.

—¿Le dijiste alguna vez que le querías?

—No podía.

—Entonces igual es que no le quieres.

—O igual sí —dijo Tully con un suspiro—. El problema es que es muy difícil creer en ello.

Aquella era la diferencia fundamental entre las dos. Kate creía en el amor con todo su corazón; por desgracia, se había enamorado de un hombre que ni siquiera sabía que existía.

—En cualquier caso, lo que importa ahora es tu carrera profesional. Ya habrá tiempo para el matrimonio y los hijos.

—Sí, cuando haya triunfado.

—Eso.

—Entonces alguien me querrá.

—El mundo entero te querrá.

Pero más tarde, mucho después de que Tully dijera «Que le den», y riera con cierta desesperación, Kate no lograba ahuyentar esas palabras de su cabeza. De pronto estaba preocupada.

¿Y si un día todo el mundo quería a Tully y aun así no tenía suficiente?

Tully había olvidado lo largas y solitarias que pueden ser las noches. Durante muchos años, Chad había sido su protector, su refugio. Con él había aprendido a dormir toda la noche de un tirón, respirando con tranquilidad, soñando solo con su brillante futuro, y, porque la quería, había dormido también bien en su propia cama, reconfortada por la certeza de que podía acudir a él en cualquier momento.

Apartó las sábanas y se levantó. Una mirada de reojo al despertador de su mesilla le dijo que pasaban de las dos de la madrugada.

No había duda: largas y solitarias.

Fue a la cocina, puso agua a calentar y esperó a que hirviera.

Tal vez se había equivocado. Tal vez el vacío que sentía era amor. Con la vida que había llevado tenía sentido que notara la ausencia de una emoción en lugar de su existencia. Pero aunque quisiera a Chad ¿qué cambiaba eso?



¿Qué podía hacer? ¿Seguirlo a Tennessee, instalarse en una casa del campus y convertirse en la señora Wiley? Entonces, ¿cómo podría ser la siguiente Jean Enersen o Jessica Savitch?

Sacó una taza grande de la KVTs del armario, se sirvió un té y fue al salón, donde se sentó en el sofá con los pies debajo del cuerpo y calentándose las manos frías con la porcelana. De la taza salía un vapor fragante.

Cerró los ojos y trató de aclarar sus pensamientos.

—¿No puedes dormir?

Kate estaba en la puerta de su dormitorio con la misma bata de franela que llevaba años usando. Tully solía meterse con ella, le decía que parecía uno de los hermanos Walton, pero aquella noche agradeció el detalle tan entrañable. Era curioso cómo una sencilla prenda de vestir podía recordarte años de compañía: noches de dormir juntas, sesiones de maquillaje y desayunos de sábado viendo dibujos en la televisión.

—Perdona si te he despertado.

—Te mueves igual que un elefante. ¿Queda agua caliente?

—El cazo está sobre la cocina.

Kate fue a la cocina y volvió con una taza de té y una caja de palomitas. La puso entre las dos y a continuación se sentó mirando a Tully, recostada en el brazo del sofá.

—¿Estás bien?

—El hombro me duele como un demonio.

—¿Cuándo te has tomado el último analgésico?

—Se me ha pasado la hora.

Kate dejó la taza, fue al cuarto de baño y salió con un Percodan y un vaso de agua.

Tully cogió la pastilla y se la tragó con el agua.

—Bueno —dijo Kate volviendo a su sitio—. Entonces, ¿quieres hablar del verdadero problema?

—No.

—Vamos, Tully. Sé que estás pensando en Chad, preguntándote si has hecho lo correcto.

—Ese es el problema con las amigas de toda la vida. Que saben demasiado.

—Puede.

—Y en cualquier caso, ¿qué sabemos tú y yo del amor?

La cara de Kate adquirió esa expresión triste y medio crítica que Tully odiaba. Era casi una mirada de «pobre Tully».

—Yo sí sé lo que es el amor —dijo Kate con voz queda—. A lo mejor no sobre estar enamorada o que lo estén de mí, pero sí sé lo que es querer a alguien y lo doloroso que puede ser. Creo que si de verdad quisieras a Chad lo sabrías y ahora mismo estarías en Tennessee. Al menos yo, si quisiera a alguien, lo sabría.

—Contigo todo es blanco o negro. ¿Cómo puedes saber siempre lo que quieres?

—Tú sabes lo que quieres, Tully. Siempre lo has hecho.

—Entonces, ¿nunca me voy a enamorar? ¿Es el precio que tengo que pagar por la fama y el éxito? ¿Estar siempre sola?

—Pues claro que puedes enamorarte. Basta con que te des permiso.

Aquellas palabras deberían haber consolado a Tully; su propósito era darle esperanzas, lo sabía, pero era incapaz de sentirse optimista. De hecho, después de oírlas de boca de Kate, se sentía más fría y vacía.

—Me falta algo —dijo en voz baja—. El primero en verlo fue mi padre, quién coño sea. Debió de mirarme y echar a correr. Y de mi madre amantísima mejor ni hablemos... Soy fácil de abandonar. ¿Por qué?

Kate se acercó y se recostó contra Tully de la misma manera que hacían muchos años atrás a orillas del Pilchuck. La caja de palomitas se le clavaba en la espalda, así que la sacó y la tiró a la mesa baja desordenada y cubierta de periódicos.

—No te falta nada, Tully. Si acaso es al revés. Eres más que la mayoría de las personas. Eres muy muy especial, y si Chad no vio eso, o no fue capaz de esperar a que estuvieras preparada para él, entonces no era la persona para ti. Quizá ese sea uno de los problemas de estar con un hombre mayor. Que cuando tú estás despegando él ya piensa en aterrizar.

—Eso es verdad, soy joven. Siempre se me olvida. Chad debería haberlo comprendido, debería haberme esperado. A ver, si de verdad me quería, ¿cómo pudo dejarme? ¿Tú podrías abandonar a alguien a quien quieres?

—Depende.

—¿De qué?

—De si pensara que me correspondería algún día.

—¿Cuánto tiempo esperarías?

—Mucho.

Aquello hizo a Tully sentirse mejor por primera vez desde que leyó la nota de Chad.

—Tienes razón. Lo quería, pero supongo que él a mí no. Al menos no lo bastante.

Kate frunció el ceño.

—Yo no he dicho eso exactamente.

—Pero casi. Somos demasiado jóvenes para dejar que el amor nos ate. ¿Cómo se me ha podido olvidar eso? —Abrazó a Kate—. ¿Qué haría yo sin ti?

No fue sino mucho más tarde, después de una noche larga e insomne tendida en la cama viendo amanecer un día nuevo por la ventana, cuando a Tully le volvieron a la cabeza sus palabras y la atormentaron con su intensidad: *fácil de abandonar*.

A partir del momento en que Tully aceptó el nuevo empleo, Kate se vio siguiendo la vida de su amiga desde la distancia. Transcurrían los meses y llevaban existencias separadas, solo con la geografía como único denominador común. Para cuando terminó el verano de aquel año, su diminuto apartamento, en otro tiempo contenedor de sus vidas, se había convertido en algo parecido a una estación de paso. Tully pasaba doce horas al día, siete días a la semana, trabajando. Cuando no estaba en el trabajo se dedicaba a investigar posibles noticias o reportajes, decidida a hacer algo, lo que fuera, que la colocara delante de una cámara.

Sin Tully, la vida de Kate perdió su forma como un jersey lavado demasiadas veces que por mucho que se recoloque o doble no tiene arreglo. Su madre no hacía más que instarla a que saliera de su abatimiento y quedara con chicos, a que se divirtiera, pero ¿cómo iba a quedar con chicos si los que se interesaban por ella no le despertaban ningún interés?

Tully en cambio no padecía esta dolencia. Aunque seguía llorando por Chad cuando se tomaban una copa las dos solas en casa, no tenía problemas para conocer chicos y llevárselos al apartamento. Kate aún no había visto al mismo hombre salir dos veces del dormitorio de su amiga. Según esta, ese era el plan. No tenía intención alguna —o eso decía— de enamorarse. Ahora que Chad no estaba, Tully se había convencido de que lo amaba desesperadamente, tanto que ningún otro hombre podía competir con él. Pero no lo bastante, como siempre señalaba Kate, como para llamarlo o irse a vivir a Tennessee.

A decir verdad, Kate empezaba a cansarse de las ebrias peroratas de su amiga sobre lo épico de su amor por Chad.

Kate sabía lo que era el amor, cómo podía volverte del revés y secarte el

corazón. Un amor no correspondido era algo desolador y terrible. Vivía cada día como un planeta insignificante en la órbita de Johnny, mirándolo, deseándolo, sufriendo por él en solitario silencio.

Después de la larga noche en la sala de espera del hospital, Kate había llegado a pensar que tenía motivos de esperanza. Había tenido la sensación de que entre los dos se había abierto una puerta; habían hablado con naturalidad de cosas importantes. Pero los avances conseguidos bajo la luz fluorescente de aquella sala de espera se habían desvanecido con el amanecer. Kate nunca olvidaría la expresión en la cara de Johnny cuando supo que Tully se pondría bien. Era algo más que alivio.

Entonces fue cuando se separó de ella.

Y ahora había llegado el momento de que ella hiciera lo mismo. De dejar sus fantasías de niña pequeña en el arenero junto con otros juguetes olvidados y seguir con su vida. Johnny no la quería. Las ilusiones que se hacía en sentido contrario no eran más que eso: ilusiones.

Aquello no podía continuar. Era la decisión que había tomado aquel día en el trabajo mientras esperaba en la puerta del despacho de Johnny a que este reparara en su presencia.

En cuanto terminó su jornada fue al quiosco de prensa del Public Market y compró todos los periódicos locales. Mientras Tully estaba de bares con el chico de turno o trabajando hasta tarde, Kate tenía intención de cambiar el rumbo de su vida.

Sentada en la mesa de la cocina con la cena todavía en los recipientes de cartón rodeándola, abrió el *Seattle Times* y fue a la sección de anuncios por palabras. Allí vio varias posibilidades interesantes. Cogió un bolígrafo y se disponía a rodear una con un círculo cuando se abrió la puerta a su espalda.

Se volvió y vio a Tully en el umbral. Iba vestida para una cita: una sudadera artísticamente rota que dejaba un hombro al desnudo, tejanos metidos por dentro de botines fruncidos y un cinturón grande a la cadera. Se había cardado el pelo y después lo había sujetado con una enorme horquilla brillante encima de la oreja izquierda. Del cuello le colgaba un juego de crucifijos recargados.

Por supuesto, la acompañaba un hombre; de hecho, se recostaba contra él.

—Hola, Katie —dijo con voz de haberse tomado ya tres margaritas—. Mira a quién me he encontrado.

El hombre salió de detrás de la puerta.

Johnny.

—Hola, Mularkey —dijo con una sonrisa—. Tully quiere que te vengas a bailar con nosotros.

Kate cerró el periódico con cuidado exagerado.

—No, gracias.

—Venga, Katie. Será como en los viejos tiempos —insistió Tully—. Los tres mosqueteros.

—Me parece que no.

Tully soltó la mano de Johnny y medio se abalanzó hacia Kate.

—Por favor —suplicó—. Hoy he tenido un mal día y te necesito.

—No... —empezó a decir Kate, pero Tully no la escuchaba.

—Vamos a Kells.

—Venga, Mularkey —intervino Johnny acercándose a ella—. Va a ser divertido.

Con la manera en que sonrió era imposible negarse, aunque Kate sabía que era mala idea acompañarlos.

—Vale —accedió—. Voy a vestirme.

Fue a su cuarto y se puso un vestido azul con brillos y hombreras y un cinturón elástico. Para cuando salió, Johnny tenía a Tully pegada contra la pared, le sujetaba las manos con las suyas encima de la cabeza y la estaba besando.

—Ya estoy —dijo Kate con voz apagada.

Tully se escabulló de debajo de Johnny y le sonrió.

—Genial. Vámonos de marcha.

Salieron del apartamento cogidos del brazo y bajaron por la calle empedrada y desierta. En el pub irlandés Kells encontraron una mesita vacía cerca de la pista de baile.

En cuanto Johnny se fue a por las bebidas, Kate miró a Tully, sentada al otro lado de la mesa.

—¿Qué estás haciendo con él?

Tully rio.

—¿Qué quieres que te diga? Nos encontramos después del trabajo y nos tomamos unas copas. Una cosa llevó a la otra y... —Miró a Kate con intensidad—. ¿A ti te importa si me acuesto con él?

Ahí estaba. La pregunta más importante. Kate no dudaba de que, si abría su corazón y decía la verdad, esa horrible velada se habría terminado. Tully

plantaría a Johnny más rápido de lo que se cierra una puerta cuando hay tornado y sin explicarle por qué.

Pero ¿de qué serviría eso? Kate sabía lo que sentía Johnny por Tully, lo que había sentido desde el principio. Quería una mujer con pasión y fuego; perder a Tully no le haría ir en busca de Kate. Y tal vez había llegado el momento de tomar medidas drásticas. Las esperanzas de Kate habían durado mucho tiempo, pero aquello —que Johnny se acostara con Tully— les pondría fin.

Levantó la vista rezando por tener los ojos secos.

—Venga ya, Tully, sabes perfectamente que no.

—¿Estás segura? ¿Quieres...?

—No. Pero... está enamorado de ti, eso lo sabes, ¿verdad? Podrías romperle el corazón.

Aquello hizo reír a Tully.

—Las chicas católicas os preocupáis siempre por todo el mundo, ¿no?

Antes de que a Kate le diera tiempo a responder, Johnny volvió a la mesa con dos margaritas y un tercio de cerveza. Las dejó en la mesa, cogió a Tully de la mano y se la llevó a la pista de baile. Allí, una vez mezclados con el resto de la gente, la tomó en sus brazos y la besó.

Kate cogió su copa. No tenía ni idea de lo que aquel beso significaba para Tully, pero sabía lo que significaba para Johnny y esa realidad le recorrió las venas igual que un veneno.

Pasó las dos horas siguientes sentada con ellos, bebiendo mucho y simulando divertirse, mientras dentro de ella algo moría lentamente.

En algún momento de aquella velada interminable y dolorosa, Tully fue al cuarto de baño y dejó solos a Johnny y a Kate. Esta trató de pensar en algo que decirle, pero lo cierto era que no se atrevía a mirarlo a los ojos. Con el pelo húmedo y rizado y las mejillas encendidas estaba tan sexy que a Kate le dolía el pecho.

—Qué mujer —dijo Johnny. A su espalda, la banda terminó una canción y empezó a revisar sus partituras en busca de inspiración—. Ya creía que nunca iba a pasar..., que no terminaríamos juntos —añadió, sorbiendo su cerveza y volviendo la vista hacia el cuarto de baño, como si pudiera hacer que Tully volviera antes a fuerza de voluntad.

—Deberías tener cuidado —replicó Kate en voz casi demasiado baja para ser oída. Sabía que aquellas palabras de advertencia la delatarían en parte,

pero no podía evitarlo. Johnny podía vestirse de cínico en el trabajo, pero en el hospital Kate había comprendido la verdad. Por dentro, donde verdaderamente importaba, era un idealista. Y nadie sufría tanto como un romántico, ella lo sabía muy bien.

Johnny se inclinó hacia ella.

—¿Qué has dicho, Mularkey?

Kate negó con la cabeza. Le resultaba imposible repetirlo, y, además, Tully había vuelto.

Mucho más tarde, en la soledad de su habitación, mientras oía cómo hacían el amor en el cuarto de al lado, por fin rompió a llorar.

En los meses transcurridos desde la noche de juerga en Kells, Kate no fue la única que reparó en el cambio operado en Johnny. A medida que el otoño se instalaba en la ciudad y la despojaba de color, el ambiente en la redacción se volvió sombrío y silencioso. Mutt no hablaba y se dedicaba a limpiar y organizar su material, a archivar negativos. Carol, a la que habían convencido de que se reincorporara después de la marcha de Tully, se encerraba en su despacho y apenas dirigía la palabra a nadie, ni siquiera cuando le llevaban el café.

Nadie hizo comentario alguno sobre la apariencia de Johnny, pero todos se dieron cuenta de que en los últimos tiempos parecía ir a trabajar recién salido de la cama. Llevaba el pelo demasiado largo y se le empezaba a rizar de formas extrañas. Pasaba días sin afeitarse, así que la barba le ensombrecía parcialmente las mejillas hundidas, y a menudo vestía mal conjuntado.

Las primeras veces que se presentó a trabajar así los demás lo rodearon como una bandada de gansos y expresaron su preocupación. Con suavidad pero con firmeza, Johnny había cerrado la puerta de su despacho mientras aseguraba estar perfectamente. Mutt montó una ofensiva que empezó con una oferta de hachís y terminó con un «Tú mismo, tío. Cuando quieras hablar, ya sabes dónde estoy».

Carol había tratado a su manera de cruzar a nado el foso invisible que Johnny había excavado alrededor de sí mismo y sus intentos habían fracasado tan estrepitosamente como los de Mutt.

La única que no intentó acercarse a Johnny fue Kate, y era la única que sabía cuál era el problema.



Tully.

Justo aquella mañana, mientras desayunaban, Tully había dicho:

—Johnny no deja de llamarme. ¿Crees que debería quedar con él otra vez?

Por suerte para Kate, había resultado ser una pregunta retórica que la misma Tully contestó.

—Ni hablar. Me apetece echarme novio lo mismo que una inyección letal. Pensaba que lo sabía.

Ahora Kate estaba sentada en su mesa, en teoría rellendo la información para su nueva póliza de seguros.

Johnny y ella estaban solos en la redacción por primera vez en días. Carol y Mutt habían salido a cubrir una noticia.

Se levantó despacio y fue hasta la puerta cerrada del despacho. No tenía sentido acercarse a él; desde luego, de haber sido al contrario, él no se habría acercado a ella, pero en aquel momento Johnny sufría y Kate no podía soportarlo. Esperó un largo minuto y llamó a la puerta.

—Adelante.

Abrió.

Johnny estaba encorvado sobre su mesa escribiendo con furia en una libreta amarilla. El pelo le caía en la cara y se lo sujetó impaciente detrás de la oreja antes de mirar a Kate.

—¿Sí, Mularkey?

Kate fue hasta la nevera del rincón y sacó dos cervezas Henry Weinhard's. Las abrió, le ofreció una a Johnny y se sentó en el borde de su atestado escritorio.

—Tienes pinta de estar ahogándote —se limitó a decir.

Johnny cogió la cerveza.

—Se nota, ¿no?

—Se nota.

Johnny miró hacia la puerta.

—¿Estamos solos?

—Mutt y Carol se han ido hace unos diez minutos.

Johnny dio un largo trago de su cerveza y se recostó en el respaldo de la silla.

—No me coge el teléfono.

—Ya lo sé.

—No lo entiendo. Aquella noche..., la que pasamos juntos... Pensaba...

—¿Quieres la verdad?

—Conozco la verdad.

Bebieron en silencio largo rato.

—Es una putada enamorarte de alguien a quien no puedes tener.

Y con esas pocas palabras Kate lo supo: en ningún momento había tenido la más mínima oportunidad con Johnny.

—Sí, lo es. —Hizo una pausa y lo miró. Había llegado el momento, en realidad hacía tiempo que había llegado, de renunciar a su sueño y seguir con su vida—. Lo siento, Johnny —dijo por fin mientras se levantaba del borde de la mesa.

—¿Qué sientes?

Deseó tener el valor de contestarle, de decirle cómo se sentía, pero algunas cosas era mejor no decirlas.

Sentada en una incómoda silla en una oficina desconocida, Kate miró por la ventana un árbol desnudo sin hojas y el cielo gris detrás de él. Se preguntó distraída cuándo habrían caído las últimas hojas color mandarina.

—Bueno, señorita Mularkey. Tiene usted un currículum impresionante para alguien de su edad. ¿Puedo preguntarle por qué quiere pasarse al mundo de la publicidad?

Kate trató de parecer relajada. Se había vestido con cuidado para la entrevista, con un discreto traje negro de gabardina de lana, blusa blanca y un pañuelo de estampado de cachemir anudado con un abultado lazo al cuello. Confiaba en parecer una auténtica profesional.

—Durante mis años en los informativos de televisión he aprendido algunas cosas sobre mí misma y también sobre el mundo. Las noticias, como sabe, es un continuo seguir adelante. Siempre se va a velocidad máxima; se recogen datos y se pasa a lo siguiente. A menudo he comprobado que me interesa más lo que viene después de la noticia que la noticia en sí. Creo que estoy más dotada para la organización y planificación a largo plazo. Me interesan los detalles más que las pinceladas generales. Además, se me da bien escribir y me gustaría explorar esa faceta, pero no en noticias breves de diez segundos.

—Se ve que lo ha pensado mucho.

—Sí.

La mujer al otro lado de la mesa se recostó en su asiento y estudió a Kate

desde detrás de unas gafas elegantes con incrustaciones. Parecía gustarle lo que veía.

—Muy bien, señorita Mularkey, lo hablaré con mis socios y le diremos algo. Simplemente por saberlo, ¿cuándo podría incorporarse?

—Tengo que avisar con quince días de antelación y después ya puedo irme.

—Estupendo. —La mujer se levantó—. ¿Necesita que le convalidemos el tique de aparcamiento?

—No, gracias. —Kate estrechó con firmeza la mano de la mujer y salió de las oficinas.

Fuera, Pioneer Square estaba acurrucada bajo un cielo color carbón. Había coches atascados en las calles estrechas y anticuadas, pero muy pocos peatones caminaban entre los edificios de fachada de ladrillo. Incluso las personas sin hogar que solían dormir en los bancos del parque y pedían cigarrillos y dinero a los transeúntes se habían refugiado bajo techo aquella tarde fría.

Kate bajó a buen paso por la Primera Avenida abotonándose el abrigo. Cogió el autobús que iba al norte de la ciudad y se bajó en la parada de delante de la redacción a exactamente las 15:57.

Cosa sorprendente, la oficina principal estaba vacía. Kate colgó el abrigo y dejó el bolso y el maletín debajo de la mesa; luego se asomó al despacho de Johnny.

—Ya estoy aquí.

Johnny estaba al teléfono pero le hizo una señal de que entrara.

—Venga ya —exclamaba con tono exasperado—, ¿cómo te voy a ayudar con eso? —Estuvo callado un instante con el ceño fruncido. Luego dijo—: Muy bien. Pero me debes una.

Colgó el teléfono y sonrió a Kate, pero no era la sonrisa de siempre, la que la dejaba sin respiración. Esa no se la había vuelto a ver desde la noche con Tully.

—Llevas traje —observó Johnny—. No creas que no me he dado cuenta. Por aquí eso significa dos cosas y puesto que no vas a presentar los informativos...

—Mogelgaard y Asociados.

—¿La agencia de publicidad? ¿A qué puesto te has presentado?

—Ejecutiva de cuentas.

—Lo harás muy bien.

—Gracias, pero todavía no me han dado el trabajo.

—Te lo darán.

Kate esperó a que añadiera algo, pero Johnny se limitó a mirarla, como si le preocupara algo. Sin duda, Kate le recordaba a su noche con Tully.

—Bueno, me voy a poner a trabajar.

—Espera, estoy con un reportaje para Mike Hurtt. Me vendría bien que me echaras una mano.

—Muy bien.

Pasaron las horas siguientes en la mesa de Johnny escribiendo y reescribiendo un guion difícil. Kate trató de mantener la distancia y se prohibió mirarlo a los ojos. Ambas resoluciones fracasaron. Para cuando terminaron, fuera era de noche y las otras oficinas estaban bañadas en sombras.

—Te debo una cena —dijo Johnny mientras guardaba los papeles—. Son casi las ocho.

—No me debes nada —contestó Kate—. Estaba haciendo mi trabajo.

Johnny la miró.

—¿Qué voy a hacer cuando no estés?

Meses atrás, cuando aún tenía esperanzas, Kate se habría sonrojado en un momento así. Quizá le habría pasado incluso una semana antes.

—Te ayudaré a encontrar a alguien.

—¿Crees que va a ser fácil sustituirte?

Kate no tenía respuesta para eso.

—Me voy...

—Te debo una cena y no hay más que hablar. Así que coge el abrigo, por favor.

—Vale.

Bajaron y cogieron el coche de Johnny. A los pocos minutos se detuvieron en una preciosa casa flotante con tejado de tablilla a orillas del lago Union.

—¿Dónde estamos? —preguntó Kate.

—En mi casa. No te preocupes, no te voy a hacer yo la cena. Lo que pasa es que quiero cambiarme de ropa. Tú vas muy elegante.

Kate hizo un esfuerzo por sobreponerse a la emoción que se apoderaba de ella. Se negó a dejarla avanzar. Durante demasiado tiempo había permitido que el sueño de un final feliz que nunca llegaría la destrozara. Siguió a

Johnny por el embarcadero y al interior de una casa que resultó sorprendentemente espaciosa.

Johnny fue enseguida a la chimenea, donde había preparado un fuego. Se inclinó, prendió los periódicos y las llamas cobraron vida. Luego se volvió hacia Kate.

—¿Te apetece una copa?

—¿Ron con cola?

—Perfecto. —Johnny fue a la cocina, sirvió dos bebidas y volvió—. Toma, enseguida vuelvo.

Durante un instante, Kate no supo muy bien qué hacer. Paseó la vista por el salón y reparó en las escasas fotografías. En el mueble del televisor había un retrato de un hombre y una mujer de mediana edad vestidos de alegres colores y acucillados juntos y rodeados de niños en lo que parecía un bosque tropical.

—Son mis padres —dijo Johnny a su espalda—. Myrna y William.

Kate se giró con la sensación de haber sido descubierta fisgando.

—¿Dónde viven? —preguntó.

Fue hasta el sofá y se sentó. Necesitaba poner distancia entre los dos.

—Eran misioneros. Los mataron los escuadrones de la muerte de Idi Amin en Uganda.

—¿Y tú dónde estabas?

—Cuando cumplí dieciséis años me mandaron a un colegio en Nueva York. No volví a verlos.

—Así que también eran unos idealistas.

—¿Cómo que también?

Kate no vio razón para expresar con palabras los datos que había ido reuniendo con los años y con los que se había formado una idea de la vida de Johnny.

—Da igual. Tienes suerte de que te educaran personas con convicciones.

Johnny la miró desconcertado.

—¿Por eso te hiciste corresponsal de guerra? ¿Para combatir a tu manera?

Johnny suspiró y negó con la cabeza, luego fue hasta el sofá y se sentó a su lado. La manera en que la miraba, como si fuera algo borroso, desenfocado, le aceleró el corazón.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Conocerme tan bien.

Kate sonrió confiando en que la sonrisa no pareciera tan vulnerable como se sentía en aquel momento.

—Hemos trabajado juntos mucho tiempo.

Después de un largo instante Johnny dijo:

—Mularkey, dime la verdad: ¿por qué quieres dejar tu trabajo?

Kate se inclinó un poco hacia atrás.

—¿Te acuerdas de cuando me dijiste que era horrible querer algo que no puedes tener? Nunca voy a ser una reportera estrella ni una productora de primera fila. No vivo para las noticias. Estoy cansada de no ser lo bastante buena.

—Lo que dije fue que era horrible querer a *alguien* a quien no podías tener.

—Bueno... En el fondo es lo mismo.

—Ah, ¿sí?

Johnny dejó su vaso en una mesa baja.

Kate cambió de postura para mirarlo y dobló las piernas debajo del cuerpo.

—Sé lo que es desear a alguien.

Johnny pareció escéptico. Sin duda estaba pensando en todas las veces que Tully se había metido con Kate por no salir con chicos.

—¿A quién?

Kate sabía que debía mentir, ignorar la pregunta, pero en aquel momento, con Johnny tan cerca, sintió una oleada de deseo que la abrumó. Que Dios la ayudara, pero parecía que la puerta había vuelto a abrirse. Aunque sabía que no era así, que no era más que una ilusión, la cruzó.

—A ti.

Johnny dio un respingo; era evidente que no había imaginado algo así.

—Nunca me...

—¿Cómo iba a hacerlo? Sé lo que sientes por Tully.

Esperó a que él dijera algo, pero se limitó a mirarla. El silencio permitía a Kate inventar cualquier cosa. No había dicho que no, no se había reído. Quizá eso significaba algo.

Durante años había dedicado esfuerzos a contener el torrente de su deseo, pero, ahora que lo tenía tan cerca, le resultaba imposible resistirse. Aquella era su última oportunidad.

—Bésame, Johnny. Demuéstrame que me equivoco deseándote.

—No querría hacerte daño, Kate. Eres una chica estupenda y yo ahora

mismo no busco...

—¿Y si lo que me hace daño es que no me beses?

—Katie...

Por una vez no la había llamado Mularkey. Kate se acercó más.

—¿Quién tiene miedo ahora? Bésame, Johnny.

Justo antes de que sus labios tocaran los de Johnny, Kate creyó oírle decir:

—Esto no es buena idea.

Pero antes de que Kate pudiera llevarle la contraria Johnny estaba devolviéndole el beso.

No era la primera vez que besaban a Kate; ni siquiera era la primera vez que la besaba un hombre que le importaba; sin embargo, por alguna razón absurda, se echó a llorar.

Johnny trató de separarse cuando vio sus lágrimas, pero Kate no le dejó. Al momento estaban en el sofá, besándose como adolescentes, y cuando Kate quiso darse cuenta se encontraba en el suelo, desnuda, delante del fuego.

Johnny se arrodilló a su lado todavía vestido. Las sombras ocultaban la mitad de su cuerpo y resaltaban los ángulos marcados y las oquedades de sus facciones.

—¿Estás segura?

—Esa pregunta tendrías que habérmela hecho antes de quitarme la ropa.

Con una sonrisa, Kate se incorporó y empezó a desabotonarle la camisa.

Johnny dejó escapar un sonido que era mitad desesperación, mitad rendición, y dejó que Kate lo desnudara. Luego volvió a tomarla en sus brazos.

Ahora sus besos eran distintos, más ásperos y profundos, más eróticos. Kate sintió cómo su cuerpo respondía de una forma nunca antes experimentada, era como convertirse en todo y en nada a la vez, un mero conjunto de terminaciones nerviosas. El tacto de Johnny era su tortura, su salvación.

Las sensaciones lo dominaron todo, eran lo único que tenía, que le importaba; dolor, placer, impaciencia. Ni siquiera su respiración era la misma. Jadeaba, se atragantaba y le gritaba que parara, y también que no parara, que siguiera y que la dejara.

Notó su cuerpo arquearse como si toda ella buscara alguna cosa que necesitaba con una desesperación que le hacía daño pero que ni siquiera era capaz de identificar.

Entonces él la penetró. A Kate le sorprendió lo repentino del dolor, pero no emitió sonido alguno. En lugar de ello se aferró a Johnny, lo besó y se movió con él hasta que el dolor desapareció y no quedó nada de ella, solo aquello, los sentimientos de ambos al llegar juntos al orgasmo, la dolorosa necesidad de algo más...

«Te quiero», pensó mientras lo abrazaba y se erguía para buscarlo. Estas palabras no dichas le llenaron la cabeza, se convirtieron en la banda sonora del ritmo de sus cuerpos.

—¡Katie! —grito él mientras se hundía en ella.

El cuerpo de Kate explotó como una estrella flotando en el espacio. Por un momento, el tiempo se detuvo y luego todo volvió poco a poco a la normalidad.

—Guau —exclamó Kate dejándose caer en la acogedora alfombra. Por primera vez en su vida entendía toda la publicidad que se hacía del sexo.

Johnny se tendió con el cuerpo empapado en sudor muy cerca del de Kate. Siguió rodeándola con un brazo y miró al techo. También él jadeaba.

—Eras virgen —dijo con una voz que sonó terroríficamente lejana.

—Sí —fue lo único que acertó a contestar Kate.

Se puso de lado y le pasó una pierna desnuda por encima.

—¿Siempre es así?

Cuando Johnny se volvió a mirarla, Kate vio algo en sus ojos azules que la desconcertó: miedo.

—No, Katie —respondió al cabo de un largo instante—. No siempre es así.

Kate se despertó en los brazos de Johnny. Ambos estaban boca arriba con las sábanas enrolladas alrededor de las caderas. Miró el techo de madera consciente del peso de la mano de él entre sus pechos.

El resplandor pálido del alba entraba oblicuo por la ventana abierta y proyectaba una mancha color mantequilla en el suelo de tarima. El chocar incesante de las olas contra los pilotes se acompasaba con los latidos lentos y plácidos de su corazón.

No sabía qué debía hacer ahora, cómo se suponía que debía comportarse. Desde el primer beso, aquello había sido un regalo mágico e inesperado. Habían hecho el amor tres veces durante la noche, la última vez solo pocas horas antes. Se habían besado; habían preparado unas tortillas que se habían



comido delante de la chimenea; habían hablado de sus respectivas familias, de sus trabajos y sus sueños. Johnny incluso le había contado varios chistes tontos.

De lo que no habían hablado era del día siguiente, y ahora había llegado, y era una presencia entre ellos como lo eran las suaves sábanas y el sonido de sus respiraciones.

Se alegraba de haber esperado para hacer el amor, aunque esperar al hombre adecuado se considerara algo anticuado por entonces. Todo lo ocurrido la noche anterior había sacudido su existencia, tal y como predecían los poetas.

Pero ¿y si Johnny no la consideraba la chica adecuada? No le había dicho que la quería —por supuesto que no—, y, sin esas palabras, ¿cómo podía una mujer interpretar una noche de pasión?

¿Se esperaba de ella que se vistiera, se marchara sin hacer ruido e hiciera como que no había sucedido nada? ¿O debía bajar, preparar el desayuno y rezarle a Dios que la noche anterior hubiera sido un principio y no un final?

Cuando notó a Johnny moverse a su lado, se puso tensa.

—Buenos días —dijo Johnny con voz áspera.

Kate no sabía hacerse la esquivia o simular indiferencia. Llevaba demasiado tiempo enamorada de él para comportarse como si no fuera así. Lo que importaba ahora era que no se levantaran y se fueran cada uno por su lado.

—Cuéntame algo de ti que no sepa.

Johnny le acarició el brazo.

—Mmm. Pues fui monaguillo.

Resultaba sorprendentemente fácil imaginarlo como un niño pequeño y flaco con el pelo peinado hacia atrás con agua y recorriendo despacio el pasillo de la iglesia. La imagen hizo reír a Kate.

—Le encantarías a mi madre.

—Ahora cuéntame algo de ti.

—Soy una loca de la ciencia ficción. *Star Wars*, *Star Trek*, *Dune*... Me encantan.

—Me pegaba más que fueras lectora de novela romántica.

—También. Ahora cuéntame algo que sea importante. ¿Por qué dejaste de ser corresponsal?

—Te gusta indagar, ¿verdad? —Johnny suspiró—. Creo que ya lo has

deducido. Fue por El Salvador. Fui allí en plan caballero de blanca armadura, dispuesto a iluminar la verdad con mi luz. Y entonces vi lo que estaba pasando...

Kate no dijo nada y se limitó a besarle la curva del hombro.

—Mis padres me habían ocultado muchas cosas. Pensaba que estaba preparado, pero eso es imposible. Estoy hablando de sangre, de muerte, de cuerpos despedazados... De niños muertos en las calles y chicos con ametralladoras. Me capturaron... —Se le quebró la voz; carraspeó y sacó fuerzas—: No sé por qué me perdonaron la vida, pero así fue. Tuve suerte y volví a casa con el rabo entre las piernas.

—No hiciste nada de lo que tengas que avergonzarte.

—Salí corriendo como un cobarde. Y fracasé. Así que ya sabes por qué estoy en Seattle.

—¿Crees que eso cambia lo que siento por ti?

Johnny tardó un momento en responder.

—Tenemos que ir despacio, Kate.

—Ya lo sé. —Se giró de manera que su cuerpo estuviera pegado al de él. Trató de memorizar cada uno de los rasgos de su cara y su aspecto a primera hora de la mañana. Vio la sombra de la barba que le había crecido mientras dormían y pensó: «Primer cambio».

Johnny le sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No quiero hacerte daño.

Kate quiso decirle simplemente: «Pues no me lo hagas», pero no era momento de respuestas obvias ni de fingir. La sinceridad era importante.

—Me arriesgaré a que me lo hagas.

Un atisbo de sonrisa asomó en las comisuras de la boca de Johnny, pero Kate no la vio en sus ojos. De hecho, parecía bastante preocupado.

—Sabía que eras peligrosa.

Kate no entendía.

—¿Yo? Estarás de broma. Nadie me ha considerado nunca peligrosa.

—Yo sí.

—¿Por qué?

En lugar de contestar, Johnny se inclinó lo bastante para besarla. Kate cerró los ojos y esperó. No estaba segura, pero era posible que, justo antes de que sus labios se rozaran, Johnny dijera:

—Porque eres de la clase de chica de la que un hombre se puede enamorar.

No pareció particularmente feliz al decirlo.

Kate se detuvo delante de la puerta de su casa. Momentos antes se había sentido transportada por los aires, disfrutando de la noche que había pasado en brazos de Johnny, pero ahora estaba de vuelta en el mundo real y acababa de acostarse con un hombre con quien su mejor amiga se había acostado primero.

¿Qué diría Tully?

Abrió la puerta y entró. Era una mañana gris y lluviosa y el apartamento estaba sorprendentemente silencioso. Dejó el bolso en la mesa de la cocina y se preparó una taza de té.

—¿Dónde coño estabas?

Se volvió sobresaltada.

Tully estaba con el pelo chorreando y cubierta solo con una toalla.

—Anoche estuve a punto de llamar a la policía. Dónde... Llevas el traje de chaqueta de ayer. —Una sonrisa se extendió poco a poco por su cara—. ¿Has pasado la noche con alguien? Madre mía, has pasado la noche con alguien. Te estás poniendo colorada. —Tully rio—. Y yo que pensaba que te ibas a morir virgen. —Cogió a Kate del brazo y la obligó a ir al sofá—. Habla.

Kate miró a su mejor amiga deseando haber vuelto a casa cuando Tully se hubiera ido a trabajar. Aquello había que pensarlo, planificarlo. Tully podía estropearlo todo con una sola palabra, con una mirada. «Es mío», podía decir. Y, entonces, ¿qué haría ella?

—Habla —repitió Tully con un codazo.

Kate respiró hondo.

—Estoy enamorada.

—Eh, oye, Penélope Glamur. ¿Cómo que enamorada? ¿Después de una noche?

Era ahora o nunca, y, aunque *nunca* sonaba mucho mejor, no tenía sentido posponer lo inevitable.

—No —dijo Kate—. Le quiero desde hace años.

—¿A quién?

—A Johnny.

—¿Nuestro Johnny?

Kate se negó a sentirse herida por el uso del pronombre en plural.

—Sí. Anoche...

—Pero si se acostó conmigo, ¿cuándo? Hace pocos meses, y luego no dejaba de llamarme. Eres el clavo que saca otro clavo, Kate. No puede estar enamorado de ti.

Kate trató de no sentirse afectada por la metáfora del clavo, pero no lo consiguió.

—Sabía que terminaríamos hablando de ti.

—Pero, a ver..., que es tu jefe, por amor de Dios.

—He dejado el trabajo. Empiezo en una agencia de publicidad dentro de dos semanas.

—Ah, genial. O sea, que ahora vas a renunciar a tu carrera profesional por un tío.

—Las dos sabemos que no soy bastante buena para las grandes cadenas de televisión. Ese es tu sueño, Tully, siempre lo ha sido. —Kate se dio cuenta de que su amiga quería llevarle la contraria; también que cualquier argumento que le diera sería una mentira—. Estoy enamorada de él, Tully —dijo por fin—. Llevo años enamorada de él.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Me daba miedo.

—¿El qué?

Kate no pudo contestar.

Tully la miró. En sus ojos oscuros y expresivos Kate vio de todo: temor, preocupación y celos.

—Esto tiene toda la pinta de terminar muy mal.

—Yo no me fiaba de Chad al principio, ¿te acuerdas? Pero me callé porque era lo que necesitabas que hiciera.

—Hablando de desastres amorosos.

—¿No puedes alegrarte por mí?

Tully la miró y, aunque sonrió por fin, no era una sonrisa sincera y las dos lo sabían.

—Lo intentaré.

*El clavo que saca otro clavo. A Kate no se le iba de la cabeza lo que aquella expresión representaba.*

*Se acostó conmigo, ¿cuándo? Hace pocos meses...*

*... No puede estar enamorado de ti...*

En cuanto se fue Tully, Kate llamó al trabajo para decir que estaba mala y se metió en la cama. No llevaba acostada más de veinte minutos cuando unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos.

—Joder, Tully —murmuró mientras cogía la bata rosa y se calzaba las zapatillas con forma de conejo—. ¿Es que no puedes llevarte la llave?

Abrió la puerta.

Era Johnny.

—No pareces enferma.

—Mentiroso. Tengo un aspecto horrible.

Johnny alargó una mano, le desanudó el cinturón y le deslizó la bata por los hombros. Cayó a los pies de Kate formando un charco rosa y abultado.

—Bata de franela. Qué sexy.

Cerró la puerta.

Kate trató de no pensar en la conversación con Tully.

*El clavo que saca otro clavo.*

*No puede estar enamorado de ti.*

Pero las palabras se perseguían las unas a las otras en su cabeza, pisándose entre ellas y pisando también las de Johnny: *No quiero hacerte daño...*

De pronto vio el peligro en el que se había metido tan ingenuamente. Johnny podía destrozarle el corazón y no tenía forma de protegerse.

—Pensaba que te alegrarías de verme —dijo Johnny.

—Le he contado a Tully lo que ha pasado entre nosotros.

—Ah. ¿Y ha habido algún problema?

—Cree que estás conmigo para olvidarte de ella.

—No me digas.

Kate tragó saliva con dificultad.

—¿Estás enamorado de ella?

—¿Eso es lo que te preocupa? —Johnny la cogió en brazos y la llevó hacia el dormitorio como si fuera ingravida. Cuando estuvieron en la cama, empezó a desabrocharle el camisón sin dejar de besarla—. ¿Y qué importa? —susurró con la boca pegada a la piel desnuda de Kate—. Ella no lo estaba de mí.

Kate cerró los ojos y dejó que su mundo se tambaleara de nuevo, pero, cuando terminaron de hacer el amor y se acurrucó contra su cuerpo, la incertidumbre volvió. Podía no ser la chica más experimentada del mundo, pero tampoco era la más ingenua y de una cosa estaba segura: sí importaba

que Johnny hubiera estado enamorado de Tully.  
Importaba mucho.

Enamorarse fue tal y como Kate había soñado. Para cuando volvió la primavera y pintó el paisaje de vibrantes colores, Johnny y ella eran una pareja con todas las de la ley; pasaban casi todos los fines de semana juntos y todas las noches entre semana que podían. En marzo, Kate lo llevó a visitar a sus padres, que quedaron encantados. Un chico católico irlandés bueno y formal con una gran trayectoria profesional, sentido del humor y al que le gustaban los juegos de mesa y las damas. El padre de Kate había dicho que era «buena gente» y su madre lo había descrito como perfecto. «Desde luego, te ha merecido la pena esperar», le susurró a Kate después del primer encuentro.

Por su parte, Johnny había encajado en el clan de los Mularkey como si hubiera nacido en él. Nunca lo reconoció, pero Kate estaba segura de que le gustaba formar parte de una familia otra vez después de tantos años de soledad. Aunque no hablaban del futuro, disfrutaban de cada minuto del presente.

Pero todo eso estaba a punto de cambiar.

Ahora estaba en la cama mirando al techo. A su lado, Johnny dormía. No eran más que las cuatro de la madrugada y Kate ya había vomitado dos veces. No tenía sentido posponer lo inevitable.

Retiró las sábanas con cuidado de no despertarlo y se levantó. Cruzó descalza la gruesa alfombra, entró en el cuarto de baño y cerró la puerta.

Abrió el bolso, rebuscó entre el desorden y sacó el paquete que había comprado el día anterior. Luego abrió la caja y siguió las instrucciones.

Poco menos de dos horas más tarde tenía la respuesta: rosa de embarazada.

Miró la prueba de embarazo. Su primer y ridículo pensamiento fue que, para tratarse de una chica que había soñado con convertirse en madre, tenía

demasiadas ganas de llorar.

A Johnny no le haría gracia aquello. No estaba preparado ni de lejos para ser padre. Ni siquiera le había dicho aún que la quería.

Ella en cambio lo quería mucho, y durante los últimos meses todo había sido maravilloso. Sin embargo, no lograba sacudirse la sensación de que la relación entre los dos era algo frágil, que el equilibrio era precario. Un bebé podía echarla a perder.

Escondió la caja y el indicador de embarazo en el bolso —un objeto extraordinario que se mezcló con los bártulos de su vida diaria— y se dio una larga ducha caliente. Para cuando estuvo vestida y preparada para ir a trabajar, sonó el despertador. Fue a la cama, se sentó al lado de Johnny y le acarició el pelo mientras se despertaba.

Johnny le sonrió y murmuró, adormilado:

—Hola.

Kate quería decir sencillamente «Estoy embarazada», pero no le salía. Así que dijo:

—Hoy tengo que estar pronto. Por la cuenta Red Robin.

Johnny le pasó una mano por la nuca y tiró de ella para besarla. Kate intentó escabullirse.

—Te quiero —susurró.

Johnny volvió a besarla.

—Lo que me convierte en el hombre más afortunado del mundo.

Kate le dijo adiós como si aquella fuera una mañana más de las muchas en las que habían amanecido juntos, y se fue a trabajar. Una vez en su despacho, cerró la puerta de golpe y se quedó un momento de pie haciendo esfuerzos por no llorar.

—Estoy embarazada —dijo a las paredes cubiertas de anuncios publicitarios.

Si por lo menos pudiera contárselo a Johnny... Debería poder contarle cualquier cosa. ¿No era así como funcionaba el amor? Dios sabía que ella lo quería lo bastante, más incluso. Ya no concebía la vida sin él. Le encantaba el día a día juntos, cómo solían desayunar en la cocina de la casa flotante, de pie uno al lado del otro frente al fregadero, o la manera en que se acurrucaban en la cama de noche para ver *Arsenio Hall* en la televisión. Cuando la besaba, ya fuera un tranquilo beso de buenas noches o uno apasionado de vamos-a-ello, el corazón siempre se le aceleraba. Hablaban sin parar, de nada y de todo;



hasta aquel día Kate no había pensado que hubiera palabras que no pudiera decirle.

Pasó gran parte del día con el piloto automático, pero cerca de las cuatro de la tarde su determinación desapareció. Cogió el teléfono, marcó el número que tan bien conocía y esperó impaciente.

—¿Sí? —contestó Tully.

—Soy yo. Tengo una crisis.

—Llego en veinte minutos —dijo Tully sin vacilar.

Kate sonrió por primera vez en todo el día. Estar con Tully la haría sentir mejor, siempre era así. Quince minutos después ordenó su ya pulcra mesa, cogió el bolso y salió de la oficina.

Fuera, el sol brillaba pálido en un cielo azul lavado. Algunos turistas intrépidos paseaban por Pioneer Square. Al otro lado de la calle, las personas sin hogar que vivían en el parque Occidental estaban acostadas en el empedrado y por los bancos de hierro bajo mantas mugrientas y sacos de dormir viejos. Las rodeaban árboles en flor.

Kate se estaba abotonando el abrigo cuando Tully detuvo su nuevo Corvette descapotable azul metalizado.

Como siempre, el coche hizo a Kate negar con la cabeza y sonreír. Era tan... fálico, y, sin embargo, Tully encajaba en él a la perfección. Incluso llevaba pantalones de lana y blusa de seda del mismo azul.

Kate corrió a la puerta del pasajero y subió.

—¿Dónde quieres ir?

—Sorpréndeme —respondió Kate.

—Muy bien.

En poco tiempo hubieron sorteado el tráfico, cruzado el puente West Seattle a toda velocidad y llegado a un restaurante en Alki Beach. En aquel desvaído día de primavera, el lugar estaba vacío, así que enseguida las sentaron en una mesa que daba al azulado estrecho de Puget.

—Menos mal que me has llamado —dijo Tully—. Llevo una semana infernal. Me han hecho viajar hasta el último poblacho del estado. La semana pasada entrevisté a un tipo en Cheney que ha fabricado un camión que funciona con madera, ¿te lo puedes creer? Ha instalado una estufa en caja del tamaño de un portaaviones y gasta cuatro metros cúbicos a la semana. Casi ni pude ver el camión del humo tan negro que escupía y pretendía que anunciara que había descubierto el futuro. Mañana se supone que tengo que ir a Lynden

a entrevistar a una tipa de Hutterie que ganó treinta y dos escarapelas en la feria. *Yuju*. Ah, y la semana pasada...

—Estoy embarazada.

Tully abrió la boca de par en par.

—¿Estás de broma?

—¿Tengo cara de estar de broma?

—Joder... —Tully se recostó en el asiento con expresión atónita—. Creía que tomabas la píldora.

—Y la tomo. Jamás me he saltado ninguna.

—Embarazada. ¿Y qué dice Johnny?

—Aún no se lo he dicho.

—¿Y qué vas a hacer?

La pregunta era abrumadora, condicionada como estaba por la alternativa innombrable.

—No lo sé. —Kate miró a Tully a los ojos—. Pero sí sé lo que no voy a hacer.

Tully la miró largo rato sin decir nada. En sus hermosos y expresivos ojos negros Kate vio toda una secuencia de emociones: incredulidad, temor, tristeza, preocupación y, por fin, amor.

—Vas a ser una madre estupenda, Katie.

Kate se dio cuenta de que iba a llorar. Era lo que quería. Ahora, allí y por primera vez, se atrevía a reconocerlo ante sí misma. Eso es lo que hace tu mejor amiga: te pone un espejo delante y te enseña tu corazón.

—Nunca me ha dicho que me quiere, Tully.

—Bueno... Ya conoces a Johnny.

Al oír aquellas palabras Kate sintió que el pasado se interponía de nuevo entre las dos. Supo que Tully lo sentía también, eso tan difícil de olvidar: que las dos conocían íntimamente a John Ryan.

—Tú eres igual que él —comentó por fin—. ¿Cómo crees que se sentirá cuando se entere?

—Atrapado.

Era lo mismo que Kate se decía a sí misma.

—Entonces, ¿qué hago?

—¿Y me lo preguntas a mí? ¿A la mujer que no ha conseguido mantener vivo un pez más de una semana? —Tully rio, una risa con solo un mínimo atisbo de amargura—. Ir a casa y decirle al hombre que amas que va a ser

papá.

—Tal y como lo dices suena fácil.

Tully alargó una mano y cogió la de Kate.

—Confía en él, Katie.

Kate sabía que era el mejor consejo que podía recibir.

—Gracias.

—Y ahora, vamos a hablar de cosas importantes. Como, por ejemplo, de nombres. No tienes que llamarla igual que yo, Tallulah es bastante feo. Claro que no me extraña, lo escogió doña Colgada, pero mi segundo nombre es Rose. Que no está tan mal...

Dedicaron el resto de la sobremesa a charlar tranquilamente. Evitaron hablar del bebé y se limitaron a temas sin importancia. Para cuando salieron del restaurante y regresaron a la ciudad, la desesperación de Kate había disminuido. Desaparecido no, pero tener un plan ayudaba.

Cuando Tully aparcó detrás de la casa flotante, Kate la abrazó con fuerza y se despidió.

Sola en la casa de Johnny, se puso un pantalón de chándal y una camiseta vieja y se fue al salón a esperarlo.

Se sentó con las rodillas muy juntas (un poco tarde para eso) y las manos entrelazadas y escuchó los sonidos cotidianos de la vida a la que se había acostumbrado: las olas lamiendo los pilotes, los chillidos de las gaviotas, el eterno traqueteo de una lancha motora al pasar... Nunca le había resultado tan frágil todo, tan agridulce. Durante toda su vida había pensado en el amor como algo perdurable, una emoción hecha de poliéster inmune al desgaste del día a día, pero se daba cuenta de lo peligrosa que era esa percepción. Te adormecía, te ponía en peligro.

Al otro lado de la habitación, la cerradura giró y se abrió la puerta. Johnny sonrió al verla.

—Hola. Te he llamado antes de salir de la oficina. ¿Dónde estabas?

—He hecho novillos con Tully.

—Hora feliz, ¿eh?

Johnny la tomó en sus brazos y la besó. Kate se abandonó contra su cuerpo. Cuando lo abrazó descubrió que era incapaz de soltarlo.

Le apretó tan fuerte que Johnny tuvo que apartarla.

—Katie —dijo dando un paso atrás para poder mirarla—, ¿qué pasa?

En la última hora Kate había imaginado doce maneras diferentes de

decírselo, de darle la noticia sin asustarlo, pero ahora se daba cuenta de que esos planes habían sido una pérdida de tiempo. Aquello no era un regalo que se pudiera envolver en papel bonito y ella no era de las mujeres capaces de callarse las cosas.

—Estoy embarazada —dijo por fin con la voz más firme que pudo.

Johnny la miró durante una eternidad, sin comprender.

—¿Que estás qué? ¿Cómo ha podido pasar?

—Pues de la manera tradicional, estoy segura.

Johnny soltó el aire muy despacio y se dejó caer en el sofá.

—Un hijo.

—No era mi intención que pasara. —Kate se sentó a su lado—. No quiero que te sientas atrapado.

La sonrisa de Johnny fue como la de un desconocido, no la sonrisa que amaba, que le arrugaba los ojos y obligaba a Kate a devolvérsela.

—Sabes las ganas que tengo de escoger una historia e irme cuando esté preparado. Seguir una gran noticia y resarcirme. Hace mucho tiempo que lo tengo en la cabeza... Desde que la jodí en El Salvador.

Kate tragó saliva y asintió con la cabeza. Había empezado a llorar, pero no quería secarse unas lágrimas cuya presencia se negaba a reconocer.

—Lo sé.

Johnny le tocó el vientre plano.

—Pero ahora ya no me podría ir, ¿verdad?

—¿Por el bebé?

—Porque te quiero —se limitó a decir Johnny.

—Yo también te quiero, pero no quiero que...

Johnny se arrodilló y Kate contuvo la respiración.

—Kathleen Scarlett Mularkey, ¿quieres casarte conmigo?

Quería decir que sí, gritarlo, pero no se atrevía. El miedo todavía formaba parte importante de sus sentimientos. Así que dijo:

—¿Estás seguro, Johnny?

Entonces, por fin, vio su sonrisa.

—Estoy seguro.

Kate había seguido el consejo de Tully —cómo no— y optado por la elegancia atemporal. Su vestido de novia era largo, de seda color marfil, con

un corpiño de pedrería y escote en barco. El pelo, teñido con cuidado de tres tonos rubios distintos, lo llevaba retirado de la cara en un moño a lo Grace Kelly. El velo, cuando se lo puso, le flotaba sobre la cara y le caía sobre los hombros como una nube centelleante. Por primera vez en su vida se sentía tan bella como una estrella de cine. Su madre opinaba lo mismo; le bastó mirarla para echarse a llorar. Momentos antes había abrazado fuerte a su hija, la había besado en la mejilla y se había ido a la iglesia dejando a Kate y a Tully solas por primera vez en todo el día.

De pie frente a un espejo de cuerpo entero que le devolvía su imagen de princesa de cuento, Kate miró a Tully, que había estado inusualmente callada durante aquellos días de grandes ajetreos de peluquería y maquillaje. Vestida en el tafetán rosa pálido sin mangas de las damas de honor, parecía ligeramente fuera de lugar y nerviosa.

—Tienes cara de ir a un funeral más que a una boda.

Tully la miró y trató de esbozar una sonrisa sincera, pero eran amigas desde hacía demasiado tiempo como para que una pudiera simular emociones falsas sin que la otra se diera cuenta.

—¿Estás segura de que te quieres casar? ¿Segura de verdad? Porque...

—Estoy segura.

Tully no parecía convencida. Es más, parecía asustada.

—Bien —dijo, y se mordió el labio inferior—. Porque es para siempre.

—¿Sabes qué más es para siempre?

—Cambiar pañales.

Kate cogió la mano a Tully y reparó en lo fría que tenía la piel. ¿Cómo podía convencerla de que había llegado a sus vidas la bifurcación, la inevitable separación, pero que no era un abandono?

—Nosotras —dijo con énfasis—. Seremos amigas aunque cambiemos de trabajo, tengamos niños y maridos. —Sonrió—. Estoy segura de que te voy a durar más que varios maridos.

—Muy bonito. —Tully rio y chocó un hombro contra el de Kate—. No me crees capaz de aguantar casada.

Kate se recostó contra su amiga.

—Creo que harás lo que quieras, Tully. Eres una estrella, tienes luz propia. Yo solo quiero a Johnny. Le quiero tanto que a veces me duele.

—¿Cómo puedes decir que solo quieres a Johnny? Vas a tener una gran carrera profesional. Algún día dirigirás una agencia. El embarazo no va a

apartarte de tu camino. Hoy día las mujeres podemos tenerlo todo.

Kate sonrió.

—Eso es para ti, Tully. Y no puedo estar más orgullosa. A veces en Safeway les digo a personas que no conozco de nada que soy tu amiga. Pero necesito que tú también estés orgullosa de mí. Haga lo que haga. O si no hago nada.

—Siempre puedes contar conmigo. Eso lo sabes.

—Lo sé.

Se miraron y entonces, las dos vestidas de princesas y delante de un espejo, fue como si volvieran a tener catorce años y estuvieran planeando el resto de sus vidas.

Por fin Tully sonrió, y esta vez de verdad.

—¿Cuándo le vas a contar a tu madre lo del bebé?

—Cuando esté casada. —Kate rio—. A Dios si se lo voy a confesar, pero a mi madre, hasta que no esté convertida en la señora Ryan, no.

Durante un instante único, glorioso, el tiempo se detuvo. Eran otra vez TullyKate, dos niñas que compartían secretos.

Entonces se abrió la puerta.

—Es la hora —dijo el padre de Kate—. La iglesia está llena. Tully, te toca.

Tully abrazó con fuerza a Kate y salió corriendo.

Kate miró a su padre con su esmoquin de alquiler y el pelo recién cortado y sintió una oleada de cariño. Al otro lado de la puerta empezó a sonar la música.

—Estás preciosa —dijo el padre al cabo de un momento. Tenía la voz rara, no se parecía a la de siempre.

Kate fue hasta él y lo miró mientras recordaba cien momentos en un solo latido del corazón. Cómo le leía cuentos antes de dormir cuando era pequeña o le metía monedas en el bolsillo trasero cuando era un poco mayor; su costumbre de desafinar siempre en la iglesia durante los himnos...

Su padre le cogió la barbilla y le levantó la cara. Entonces Kate vio las lágrimas en sus ojos.

—Siempre serás mi niña, Katie Scarlett. No lo olvides.

—No podría olvidarlo.

Dentro empezó a sonar *Llega la novia*. Kate se cogió del brazo de su padre y juntos cruzaron las puertas dobles de la iglesia. Después, muy despacito, recorrieron el pasillo.

Johnny la esperaba en el altar. Cuando tomó la mano de Kate y le sonrió, ella sintió de nuevo esa profunda emoción, la convicción jubilosa de que era el hombre de su vida. Daba igual las cosas que estuvieran por llegar, sabía que se estaba casando con su verdadero amor y eso la convertía en una persona afortunada.

A partir de entonces la velada adquirió los contornos imprecisos y etéreos de un sueño. Se colocaron juntos al final de la cola de amigos y familiares que querían besarles y darles la enhorabuena.

El mundo parecía abierto de par en par. Cualquier cosa era posible. Kate comprobó que no podía dejar de sonreír ni de llorar.

Cuando empezó la música —*Crazy for You*, de Madonna—, Johnny la buscó entre la gente y la cogió de la mano.

—Hola, señora Ryan.

*Touch me once and you'll know it's true...*[\[4\]](#)

Kate se dejó rodear por sus brazos y disfrutó del contacto de su cuerpo con el de ella.

A su alrededor la gente dio un paso atrás para dejar bailar a los recién casados. Kate era consciente de que la miraban, de que sonreían diciendo lo romántica que era aquella canción y lo guapa que estaba la novia.

Era el momento Cenicienta en el baile con el que Kate había soñado toda su vida.

—Te quiero —dijo.

—Más te vale —susurró Johnny antes de besarla con ternura.

Cuando terminó la canción, el público rompió en aplausos. Todos se apresuraron a levantar copas de champán, botellas de cerveza y vasos de cóctel. Los invitados gritaron:

—¡Por los Ryan!

Hasta muy el final de la noche más mágica la sonrisa de Kate no la abandonó. Estaba en la barra pidiendo una copa de zumo de manzana espumoso y hablando con su tía Georgia cuando ocurrió.

Más tarde, durante los años que siguieron, sobre todo en tiempos difíciles, se preguntaría por qué había levantado la vista precisamente en aquel instante, o por qué, con tanta gente como había en la sala, bailando, hablando y riendo, había tenido que ver precisamente a Johnny, solo, sorbiendo una cerveza.

Mirando a Tully.

No sé quién escribe estas instrucciones, pero desde luego los muy cretinos no hablan inglés.

Kate sonrió y bajó con cuidado la escalera. Estaban en el dormitorio del piso de abajo de la casa flotante preparando el cuarto del bebé. Sabía que a Tully le faltaban treinta segundos para lanzar el destornillador contra la pared recién pintada.

—Déjame ver el papel.

Desde donde estaba en el suelo, rodeada de montones de palos blancos y tableros y conjuntos de tuercas y arandelas, Tully le alargó un trozo de papel largo y arrugado.

—Todo tuyo.

Kate estudió las ridículamente complicadas instrucciones.

—Empezamos con esa pieza larga y plana. Encaja con esa, ¿lo ves? Luego tienes que atornillar esa otra.

Durante las dos horas siguientes trabajaron juntas, de pie o sentadas, montando la cuna más complicada de todos los tiempos.

Cuando estuvo terminada y colocada en su sitio junto a la pared amarillo soleado con cenefa de Winnie the Pooh, dieron un paso atrás y la admiraron.

—¿Qué haría sin ti, Tully?

Tully le pasó un brazo por los hombros.

—Por suerte, nunca tendrás que averiguarlo. Venga, que voy a hacer margaritas.

—No puedo beber y lo sabes.

Tully la miró con una sonrisa.

—Pues te pido humildemente disculpas, pero ya sabes que yo no estoy esperando un bebé. Vamos, que por no esperar no espero ni al autobús. Así



que no solo me puedo tomar una margarita, sino que después de montar esta cuna, algo que, con permiso, le correspondía a Johnny, y de hecho terminarlo en menos de un día requiere un escroto, me merezco una margarita. Y tú, so foca, te puedes tomar una sin alcohol, ¿no te parece?

Fueron a la cocina cogidas del brazo y prepararon las bebidas. Durante todo el camino hasta allí y de vuelta al salón, donde se sentaron delante de la chimenea, hablaron. Sobre cosas sin importancia, en su mayor parte: la multa por exceso de velocidad que le habían puesto a Tully la semana anterior, la nueva novia de Sean, el curso que estaba haciendo la madre de Kate en la universidad local...

—¿Qué se siente —preguntó Tully cuando Kate se levantó para echar un leño al fuego— estando casada?

—Bueno, solo llevo tres meses, así que no soy una experta, pero hasta ahora es genial. —Se arrellanó en el sofá y puso los pies en la mesa baja y la mano en el apenas perceptible abultamiento del vientre—. Dirás que estoy loca, pero me encanta la rutina, que desayunemos juntos, cada uno leyendo una cosa, me encanta que sea la primera persona a la que veo cada mañana y que me dé un beso de buenas noches cuando me voy a dormir. —Sonrió a Tully—. Pero echo de menos compartir el baño contigo. Johnny no hace más que cambiarme las cosas de sitio o guardármelas y luego se olvida de dónde las ha puesto. ¿Y tú qué, Tully? ¿Qué tal la vida en nuestro antiguo apartamento?

—Solitaria —respondió Tully mientras sonreía y se encogía de hombros como si no le importara—. Me estoy acostumbrando otra vez a lo que es eso.

—Puedes llamarme cuando quieras, lo sabes.

—Y lo hago. —Tully rio y se sirvió una segunda margarita—. ¿Y ya habéis hecho planes para cuando nazca mi ahijado? ¿Te van a dejar cogerte una semanas de baja?

Era el tema de conversación que Kate había intentado evitar. Había sabido lo que quería desde el momento en que Johnny se había casado con ella, pero no había tenido el valor de decírselo a Tully. Respiró hondo.

—Lo voy a dejar.

—¿Qué? ¿Por qué? Te han puesto en una de las mejores cuentas y Johnny y tú ganáis bastante dinero entre los dos. Por amor del cielo, que estamos en 1987. No tienes que dejar de trabajar para ser madre. Puedes contratar a una niñera.

—No quiero que nadie me críe a mi hijo. Por lo menos no hasta que vaya al jardín de infancia.

Al oír aquello Tully se levantó.

—¿Al jardín de infancia? ¿Pero eso no es como a los ocho años?

Kate no pudo evitar sonreír.

—A los cinco.

—Pero...

—Sin peros. Para mí es importante ser una buena madre. Y tú mejor que nadie deberías comprender lo fundamental que es eso para un niño.

Tully se sentó. Ambas sabían que no había respuesta posible a eso. Tully aún conservaba las cicatrices de haber tenido una mala madre.

—Las mujeres pueden hacer las dos cosas. No estamos en los cincuenta.

—Mi madre no se perdió una excursión del colegio. Todos los años era auxiliar en mi clase hasta que le pedí por favor que dejara de venir. No empecé a ir en autobús hasta secundaria y todavía me acuerdo de las conversaciones con ella en el coche de vuelta a casa. Quiero que mi hijo tenga todas esas cosas. Siempre puedo volver a trabajar más adelante.

—¿Y crees que será suficiente para ti? ¿Hacer de chófer, irte de excursión, ser voluntaria en clase...?

—Si no lo es, buscaré otra cosa. A ver, tampoco es que sea astronauta. —Sonrió—. Venga, hágame de tu trabajo. Vivo indirectamente a través de ti, así que esmérate.

Tully se lanzó de inmediato a contar una historia divertidísima sobre su último encargo.

Kate se recostó y cerró los ojos mientras la escuchaba.

—Kate. ¿Kate?

Esta estaba tan perdida en sus pensamientos que tardó un momento en darse cuenta de que Tully le hablaba. Rio.

—Perdona, ¿qué estabas diciendo?

—Te has quedado dormida. Te estaba hablando de un tío que me invitó a salir, y cuando te miré te habías fundido igual que una bombilla.

—Que no —se apresuró a decir Kate, pero lo cierto es que se sentía somnolienta y un poco adormilada—. Creo que necesitó un té. —Se puso de pie y se tambaleó. Se apoyó en el respaldo del sofá—. Pero bueno, ¿qué...?

—A mitad de frase frunció el ceño y miró a su amiga—. ¿Tully?

Tully se puso de pie tan deprisa que tiró la margarita. Rodeó a Kate con un

brazo para ayudarla a recuperar el equilibrio.

—Estoy aquí.

Algo iba mal. A Kate le sobrevino un mareo tan fuerte que se tambaleó.

—Aguanta, cariño —dijo Tully conduciéndola despacio hacia la puerta—. Necesitamos un teléfono.

—¿Un teléfono? —Kate negó con la cabeza, confusa; se le nublaba la vista—. No entiendo qué pasa —murmuró—. ¿Me habéis preparado una fiesta sorpresa? ¿Es mi cumpleaños?

Entonces vio el sofá en el que había estado sentada.

Un charco de sangre oscura manchaba el almohadón y salpicaba el suelo de madera a sus pies.

—No —susurró con una mano en el estómago. Quiso añadir algo, rezar a Dios para que la ayudara, pero mientras buscaba las palabras el mundo se inclinó violentamente y perdió el conocimiento.

Tully los obligó a que la dejaran ir en la ambulancia. Fue sentada al lado de Kate sin dejar de repetir: «Estoy aquí».

Kate estaba consciente, pero a duras penas. Tenía la piel pálida como una sábana lavada demasiadas veces; incluso sus ojos verdes, por lo general brillantes, estaban apagados y vidriosos. Por las sienes le rodaban lágrimas.

La ambulancia se detuvo en la entrada del hospital. Los técnicos de emergencias empujaron a Tully con las prisas por sacar a Kate y llevarla hacia las luces fluorescentes del hospital. Se quedó en la puerta abierta y los miró llevarse a su mejor amiga. De pronto fue consciente de la envergadura de lo que estaba ocurriendo.

Una mujer que tenía un aborto podía morir desangrada.

—Por favor, Dios —dijo deseando por primera vez en su vida saber cómo se reza de verdad—, no dejes que la pierda.

Sabía que no era la plegaria adecuada, no la que Kate hubiera querido.

—Y cuida del bebé.

Se sintió como si tirara diamantes a un río, rezando a un Dios que nunca la había escuchado.

—Kate va a misa todos los domingos —le recordó. Por si acaso.

En la pequeña habitación verde de hospital que daba al aparcamiento, Kate dormía. La señora Mularkey estaba a su lado en una silla de plástico leyendo una novela de bolsillo. Como siempre, movía los labios al leer.

Tully se acercó a ella y la tocó en el hombro.

—Le traigo café. —Apoyó una mano en el hombro de la señora Mularkey. Hacía casi dos horas que Kate había perdido al bebé y habían llamado a Johnny, pero estaba haciendo un reportaje en Spokane, en la otra punta del estado—. Supongo que es una bendición que pasara tan pronto.

—Cuatro meses no es pronto, Tully —replicó con suavidad la señora Mularkey—. Y eso es algo que dicen siempre personas que no han tenido un aborto. Es lo que me dijo a mí Bud, dos veces. —Levantó la vista—. Jamás lo viví como una bendición, sino como la pérdida de un ser querido. Eso sí sabes lo que es, ¿verdad?

—Gracias —contestó Tully, apretando el hombro de la señora Mularkey; después se acercó a la cama—. Ahora sé lo que no debo decir. Solo deseo poder ayudar.

Entonces Kate abrió los ojos y las vio.

La señora Mularkey se puso de pie, fue hasta la cama y se colocó junto a Tully.

—Hola —susurró Kate—. ¿Johnny cuándo...?

Al pronunciar el nombre de su marido se le quebró la voz como la cáscara de un huevo y empezó a temblar.

—¿Ha dicho alguien mi nombre?

Tully se dio la vuelta.

Johnny estaba en el umbral con un ramo de flores ligeramente torcido hacia la izquierda. Iba hecho un completo desastre: la cara sin afeitar era una paleta de contrastes entre la piel pálida y la sombra de barba negra; llevaba el pelo largo totalmente alborotado y sus ojos transmitían un profundo agotamiento. Vestía unos Levis rotos y sucios y una camisa caqui con más arrugas que una cama sin hacer.

—He alquilado una avioneta privada. Ya veréis cuando llegue la factura de la Visa.

Dejó las flores en una silla y fue junto a su mujer.

—Hola, cariño —susurró—. Siento haber tardado tanto.

—Era un niño —dijo Kate rompiendo a llorar aferrada a él.

Tully oyó como Johnny empezaba a llorar con Kate.

La señora Mularkey le pasó un brazo por la cintura.

—La quiere —observó Tully despacio. El recuerdo de su noche con Johnny la había cegado, la había atrapado como si fuera un insecto en la savia de un tiempo olvidado. Había supuesto que Kate era para Johnny un premio de consolación, la segunda clasificada en la carrera del amor.

Pero aquello no tenía nada de premio de consolación.

La señora Mularkey la apartó de la cama.

—Pues claro que la quiere. Venga, vamos a dejarlos solos.

Cogieron sus cafés y salieron al pasillo, donde estaba el señor Mularkey sentado en una silla de aspecto incómodo. Cuando levantó la vista tenía los ojos rojos.

—¿Cómo está?

—Ahora Johnny está con ella —respondió la señora Mularkey tocándole el hombro.

Por primera vez en años, Tully se sintió una extraña en aquella familia.

—Debería estar con ella.

—No te preocupes, Tully —dijo la señora Mularkey mirándola con atención—. Siempre te necesitaré.

—Pero ahora las cosas son distintas.

—Pues claro. Kate está casada. Ahora vais por caminos separados, pero siempre seréis mejores amigas.

Caminos separados.

Eso era lo que debería haber visto y sin embargo había pasado por alto.

Durante los días siguientes se turnaron para estar con Kate. El jueves le tocaba a Tully. Llamó al trabajo, dijo que estaba enferma y pasó el día con su amiga. Jugaron a las cartas, vieron la televisión y charlaron. A decir verdad, la mayor parte del tiempo habló Kate y Tully escuchó. Cuando le llegaba el momento de contestar, trataba de decir lo correcto, pero estaba convencida de que casi nunca lo conseguía. Una tristeza desconocida se había apoderado de su amiga, una grisura tan nueva que Tully tenía la impresión de estar ante una versión en negativo de su amistad. Nada de lo que decía le parecía adecuado.

Por fin, hacia las ocho de la tarde, Kate dijo:

—Vas a pensar que estoy loca, pero me voy a dormir. Johnny llegará a casa dentro de una hora. Tú vete. Vete a pasar una velada de sexo salvaje con

ese chico nuevo, Ted.

—Todd. Y no tengo muchas ganas de sexo ahora mismo. Aunque claro...

Con una sonrisa ayudó a Kate a subir las escaleras y a acostarse. Luego la miró.

—No sabes lo mucho que me gustaría decirte algo que te hiciera sentir mejor.

—Ya lo haces. Gracias. —Kate cerró los ojos.

Tully se quedó allí un rato, sintiéndose inusualmente impotente. Después de suspirar, bajó y se puso a fregar los platos. Estaba secando el último vaso cuando la puerta se abrió sin hacer ruido y a continuación se cerró.

Johnny sostenía un ramo de rosas rosas. Con el pelo recién cortado, vaqueros lavados a la piedra y zapatillas Adidas blancas con las lengüetas por fuera, aparentaba unos veinte años. En todo el tiempo transcurrido desde que lo conocía, Tully nunca lo había visto tan triste y roto.

—Hola —dijo Johnny mientras dejaba las flores en la mesa baja.

—Tienes cara de necesitar una copa.

—A ser posible por vía intravenosa. —Johnny trató de sonreír—. ¿Está dormida?

—Sí.

Tully cogió una botella de whisky de la encimera y le preparó un vaso bien cargado, luego se sirvió una copa de vino y se reunió con él.

—Vamos fuera —dijo Johnny cuando le cogió el vaso—. No quiero despertarla.

Tully cogió su abrigo y lo siguió. Se sentaron uno al lado del otro en el muelle, como si fueran niños, con las piernas colgando sobre las aguas oscuras del lago Union.

La noche era silenciosa y apacible. En el cielo había luna llena que iluminaba los contornos de los tejados y se reflejaba en diversas ventanas. El zumbido lejano de los coches que circulaban por el puente se sincopaba con el agua lamiendo los pilotes.

—¿Cómo estás? Pero de verdad —preguntó Tully.

—La que me preocupa es Katie.

—Ya lo sé —replicó Tully—. Pero te he preguntado por ti.

—He estado mejor. —Johnny dio un sorbo de whisky.

Tully se recostó contra él.

—Tienes suerte —dijo—. Te quiere, y cuando un Mularkey se enamora, es

para toda la vida.

En cuanto dijo aquello tuvo de nuevo una extraña sensación de vulnerabilidad. De una soledad que de momento no alcanzaba a ver, pero que iba a su encuentro. Por primera vez se preguntó cómo habría sido su vida de haber sido como Kate y escogido el amor. ¿Sabría ahora lo que se sentía al pertenecer de verdad a alguien? Miró fijamente el agua.

—¿Qué te pasa, Tully?

—Supongo que Kate y tú me dais envidia.

—Tú no quieres una vida así.

—¿Y qué vida quiero?

Johnny le pasó un brazo por los hombros.

—Eso es algo que siempre has tenido claro. Quieres trabajar en una gran cadena de televisión.

—¿Me hace eso superficial?

Johnny rio.

—Yo no soy el más indicado para contestar a eso. Pero te voy a decir una cosa. Voy a hacer algunas llamadas. Tarde o temprano te contratarán en una cadena.

—¿De verdad me vas a ayudar?

—Pues claro. Pero debes tener paciencia. Estas cosas llevan tiempo.

Tully se giró y lo abrazó mientras susurraba:

—Gracias, Johnny.

Qué bien la conocía. De alguna manera ya sabía lo que ella acababa de descubrir ahora: que había llegado el momento de pasar página.

Aunque estaba muy cansada, Kate no conseguía dormir. Se quedó en la cama mirando al techo y esperando a su marido.

La preocupación que sentía tenía mucho que ver con su relación. Cuando las cosas se torcían, se acordaba de que no había sido la primera elección de Johnny; daba igual cuántas veces se repitiera que no era verdad, siempre había una versión tenue y oscura de sí misma que lo creía y se preocupaba por ello.

Era una neurosis que resultaba destructiva. Como cuando subían las aguas del río Pilchuck y erosionaban todo lo que había alrededor y hacían desprenderse grandes bloques de tierra.

Oyó un ruido en el piso de abajo.

Había llegado Johnny.

«Gracias a Dios».

Se levantó dolorida de la cama y bajó.

Las luces estaban apagadas. El fuego se había extinguido casi, solo quedaba un débil fulgor anaranjado. Al principio pensó que se había equivocado, que Johnny no estaba en casa, pero entonces vio sombras en el muelle. Había dos personas sentadas juntas con los hombros rozándose. La luz de la luna dejaba ver sus siluetas, las volvía plateadas en contraste con el negro de las aguas. Cruzó la casa sin hacer ruido, abrió la puerta y salió a la noche. Una suave brisa le agitó el pelo y el camisón.

Tully se giró, abrazó a Johnny, le susurró algo al oído. La respuesta de él quedó ahogada por el sonido del agua contra el muelle. Es posible que riera; Kate no lo supo con seguridad.

—¿Estáis haciendo una fiesta sin mí? —Se dio cuenta de que la voz se le rompía y respiró con fuerza para disimularlo. En el fondo de su corazón sabía que no había sorprendido a Johnny a punto de besar a Tully, pero su otro y sombrío yo no estaba tan seguro. El pensamiento mezquino y tóxico era más pequeño que una gota de agua, pero envenenaba todo el río.

Johnny corrió a su lado. La tomó en sus brazos y la besó. Cuando se apartó, Kate se volvió y buscó a Tully, pero Johnny y ella estaban solos en el muelle.

Por primera vez en su vida deseó quererlo menos. Era peligroso sentirse así; como un bebé desnudo y expuesto a los elementos. Frágil e infinitamente asustada. Cualquier día él iba a acabar con ella. De eso no tenía ninguna duda.

Pasaron los meses y llegó el nuevo año. Tully trataba de ser paciente y optimista, pero para finales de mayo casi había perdido la esperanza. El año 1988 no estaba resultando bueno para ella. Era temprano, un caluroso día de primavera, y estaba esforzándose por disfrutar de su puesto de presentadora sustituta. Cuando terminó la retransmisión volvió a su despacho.

Se estaba sentando cuando sonó el teléfono.

—Línea dos, Tully.

Descolgó y pulsó el botón cuadrado blanco de la línea dos, que se encendió



de inmediato.

—Soy Tallulah Hart.

—Hola, señorita Hart, soy Dick Emerson. Soy el vicepresidente de programación de la NBC en Nueva York. Tengo entendido que está buscando un trabajo en una gran cadena.

Tully contuvo la respiración.

—Sí.

—Tenemos un puesto vacante de reportero en el programa de la mañana.

—¿De verdad?

—La semana que viene voy a entrevistar a casi cincuenta candidatos. La competición será feroz, señorita Hart.

—Yo también lo soy, señor Emerson.

—Así me gusta, que sea ambiciosa. —Tully oyó ruido de papeles—. Mi secretaria le enviará un billete y la llamará para decirle dónde se va a alojar y cuándo es la entrevista. ¿Le parece bien?

—Perfecto. Gracias, señor, no le decepcionaré.

—Bien, porque no me gusta perder el tiempo. —Hizo una pausa—. Y salude a Johnny Ryan de mi parte.

Tully colgó y marcó de inmediato el número de Kate y Johnny.

Kate contestó enseguida.

—¿Sí?

—Estoy enamorada de tu marido.

Hubo un silencio de medio segundo.

—No me digas.

—Me ha conseguido una entrevista en la NBC.

—La semana que viene, ¿verdad?

—¿Lo sabías?

Kate rio.

—Pues claro. Lleva mucho tiempo con ello. Y aquí tu fiel servidora mandó las cintas.

—¿Con todo lo que tienes encima y seguías pendiente de mí...? —dijo Tully, admirada.

—Tú y yo contra el mundo, Tully. Algunas cosas no cambian nunca.

—Esta vez sí que me voy a comer el mundo —contestó Tully riendo—. Por fin tengo un desafío a mi altura.

Nueva York resultó ser todo lo que Tully había soñado. Durante su primera semana allí, había recorrido sus ajetreadas calles igual que Alicia en el País de la Maravillas con las tarjetas de visita de la NBC con su nombre en la mano y la cara permanentemente inclinada hacia arriba. Los rascacielos interminables la fascinaban, lo mismo que los restaurantes que no cerraban nunca, los coches tirados por caballos alineados a las puertas del parque y las multitudes de personas vestidas de negro que atestaban las calles.

Había pasado dos semanas explorando la ciudad, eligiendo un vecindario, buscando un apartamento, aprendiendo a orientarse en el metro... Podía haberse sentido sola. Después de todo, ¿quién quería descubrir las calles de una ciudad mágica como Nueva York sin compañía? Pero lo cierto era que estaba tan ilusionada con su nuevo trabajo que ni siquiera estar sola le importaba. Además, en la ciudad que nunca duerme, nunca se está realmente solo. Siempre había gente en las calles, incluso en plena noche.

Y luego estaba el trabajo. Desde que puso el pie en el edificio de la NBC en calidad de reportera, quedó enganchada. Se levantaba a las dos y media de la madrugada para poder estar en el plató a las cuatro. Aunque en realidad no tenía que estar tan temprano, le encantaba llegar pronto y echar una mano. Estudiaba cada movimiento, cada gesto de Jane Pauley.

La habían contratado como reportera general, lo que quería decir que le encargaban bloques sueltos, añadidos a reportajes que hacían otros. Algún día, si tenía suerte, podría cubrir una de las noticias a las que los corresponsales importantes no querían ni acercarse, como la presentación de la calabaza más grande del estado de Indiana o algo igual de relevante. Y Tully se moría de ganas. Cuando se lo hubiera ganado, le darían una historia de verdad, y cuando le llegara esa oportunidad los dejaría a todos deslumbrados. Lo cierto era que cuando observaba a profesionales como Pauley y Bryant Gumbel se daba cuenta de lo mucho que le quedaba por aprender. A sus ojos eran dioses y dedicaba cada minuto libre a observar cómo hacían su trabajo. Luego, en casa, analizaba los programas, los grababa y repasaba las cintas una y otra vez.

Para otoño de 1989 estaba completamente adaptada y, más que una reportera novata, se sentía como una mujer joven dispuesta a dejar huella. El mes anterior había conseguido su primer reportaje importante: había volado a Arkansas para informar del cerdo ganador de una feria. El bloque no había

llegado a emitirse, pero había hecho su trabajo y lo había hecho bien, y durante el viaje había aprendido muchas cosas.

Habría aprendido más en el plató, estaba segura, de no ser porque el programa matutino era un caos. Había una guerra en marcha y todo el país lo sabía. La semana anterior habían hecho nuevas fotos publicitarias con Deborah Norville, presentadora del primer programa de la mañana, en el sofá con Jane y Byrant. Bastó esa fotografía para sacudir la cadena e incluso el país entero. No hacían más que publicarse artículos que afirmaban que Norville estaba intentando echar a Pauley.

Tully mantenía la cabeza baja y no intervenía en los chismorreos. No estaba dispuesta a arruinar su oportunidad de triunfar por un rumor. En lugar de ello siguió concentrada en su trabajo. Si se esforzaba más que el resto, era posible que consiguiera una sustitución en el primer programa de la mañana, *News at Sunrise*. Y a partir de ahí estaba segura de que cualquier día podría poner un pie en el magacín informativo *Today*, y entonces tendría el mundo a sus pies.

Jornadas laborales de dieciocho horas no le dejaban demasiado tiempo para la vida personal, pero seguía teniendo a Kate, a pesar de los muchos kilómetros que las separaban. Hablaban por lo menos dos veces a la semana y cada domingo Tully llamaba a la señora Mularkey. Les hablaba a las dos de las presiones en el trabajo, de los famosos a los que había visto y de la vida en Manhattan. Ellas, por su parte, le informaban de la casa nueva que habían comprado Kate y Johnny, del viaje que los señores Mularkey tenían planeado para la primavera y, lo mejor de todo, de que Kate estaba otra vez embarazada y de que todo iba bien.

Los días pasaban como naipes que se deslizan de una baraja, tan deprisa que a veces no eran más que un borrón de color y sonido. Pero Tully iba bien encaminada. Lo sabía, y eso la hacía seguir adelante.

Aquel día, uno especialmente frío de finales de diciembre, idéntico a los innumerables que lo habían precedido, pasó catorce horas en la redacción y a continuación se marchó a casa, cansada.

En la calle quedó cautivada por la decoración navideña del Rockefeller Center. A pesar del cielo gris desvaído de la tarde, había gente por todas partes, comprando, sacando fotografías del árbol de Navidad gigante o patinando en la pista de hielo que ponían cada temporada.

Se disponía a emprender el camino a casa cuando vio el letrero del

Rainbow Room y pensó «¿por qué no?». Llevaba más de un año en Nueva York y, aunque había conocido a mucha gente, no se había molestado en salir con hombres.

Tal vez fue por la decoración navideña o por cómo se había reído su jefe cuando le pidió unos días de vacaciones, no estaba segura. Solo sabía que era viernes por la noche, que faltaba poco para Navidad y que no tenía ganas de volver a su apartamento silencioso. La CNN podía esperar.

Las vistas desde el Rainbow Room hacían más que justicia a todo lo que había oído. Era como estar en el puente de una enorme nave nodriza del futuro, suspendida sobre la magnificencia multicolor de la noche de Manhattan.

Era temprano, de manera que había muchos asientos libres en la barra y en las mesas. Escogió una junto a la ventana, se sentó y pidió una margarita.

Estaba a punto de pedir la segunda cuando el bar empezó a llenarse. Hombres y mujeres de Wall Street y el Midtown formaban grupos junto a turistas demasiado arreglados ocupando sillas y mesas y formando hasta tres filas en la barra.

—¿Me puedo sentar contigo?

Tully levantó la vista.

Un hombre rubio y atractivo vestido con un traje caro le sonreía.

—Estoy cansado de abrirme paso a codazos entre los yupis para conseguir una copa.

Acento británico. Eso la volvía loca.

—No quiero sentirme responsable de que pases sed.

Empujó una silla con el pie lo bastante para que se sentara.

—Gracias a Dios.

El hombre paró a un camarero, pidió un whisky con hielo y otra margarita y se dejó caer en la silla.

—Menudo mercado de carne es este sitio, ¿no? Por cierto, me llamo Grant.

A Tully le gustó su sonrisa y le regaló una de las suyas.

—Yo Tully.

—Sin apellidos. Me encanta. Así nos podemos saltar la parte en que nos contamos nuestras vidas y divertirnos sin más.

El camarero les llevó las bebidas y los dejó solos.

—Salud —dijo el hombre y chocó su vaso con la copa de Tully—. Las vistas desde aquí son mejores de lo que me habían dicho. —Se inclinó hacia

ella—. Eres preciosa, pero supongo que ya lo sabes.

Tully llevaba toda la vida oyendo esas palabras. Por lo general no significaban nada para ella, le rebotaban como gotas de lluvia en un techo de chapa, pero, por alguna razón, en aquel local, con las Navidades tan cerca, el cumplido resultó ser justo lo que necesitaba.

—¿Cuánto tiempo te quedas en Nueva York?

—Una semana más o menos. Trabajo para Virgin Entertainment.

—¿Ese nombre te lo has inventado?

—Qué va. Es una de las compañías de Richard Branson. Estamos buscando localizaciones para abrir una megatienda en Estados Unidos.

—No quiero ni pensar en lo que vendéis.

—Mira qué eres malpensada. Es una tienda de música, al menos de momento.

Tully dio un sorbo a su bebida y sonrió al hombre por encima del borde con sal de la copa. Kate siempre le decía que saliera más, que conociera a gente. Ahora mismo le parecía un consejo excelente.

—¿Está cerca tu hotel?

## Tercera parte

# LOS NOVENTA

I'm Every Woman

*it's all in me*[\[5\]](#)

Que me dejen sin conocimiento, lo digo en serio. Si no quieren darme analgésicos, que me peguen con un bate de béisbol. Esto de la respiración es una gilipo... ¡Auuu!

Kate sintió cómo el dolor le retorció las entrañas y la partía en dos.

A su lado, Johnny decía:

—Venga, tú puedes. Respira... *Fu, fu*. Así. ¿Te acuerdas de las clases? Concéntrate. Visualiza. ¿Quieres la figurilla que...?

Kate le cogió del cuello de la camisa y lo acercó a ella.

—Te juro por Dios que, como vuelvas a decirme que respire, te pego. Quiero que me droguen...

Entonces volvió el dolor, desgarrador, cortante, reptándole por dentro hasta hacerla gritar. Las primeras seis horas fueron bastante bien. Se concentró y respiró y besó a su marido cada vez que se inclinaba sobre ella, le dio las gracias cuando le puso un paño húmedo en la frente. A lo largo de las seis siguientes perdió su natural optimismo. El dolor implacable, persistente, era como una criatura cruel comiéndola por dentro, dejando cada vez menos de ella.

Para cuando llevaba diecisiete horas de parto se había convertido en una auténtica bruja. Hasta la enfermera entraba y salía de la habitación a la velocidad del rayo.

—Venga, cariño, respira. Ya es demasiado tarde para la anestesia. Ya has oído al médico, no falta mucho.

Kate reparó en que, aunque trataba de tranquilizarla, Johnny no se acercaba demasiado. Parecía un soldado aterrorizado en un campo de minas que acaba de ver a su mejor amigo saltar por los aires. Le daba miedo moverse.

—¿Dónde está mi madre?



—Creo que ha ido a llamar a Tully otra vez.

Kate intentó concentrarse en su respiración, pero no le sirvió de nada. El dolor volvía a aumentar, alcanzaba su punto máximo. Se agarró a los barrotes de la cama con las manos sudorosas.

—Dame... ¡hielo!

La última palabra la dijo gritando. Le habría resultado divertido ver cómo Johnny salía disparado hacia la puerta de no ser porque se sentía igual que la chica que nada sola en *Tiburón*.

Se abrió la puerta de la habitación individual.

—Me dicen que alguien se está portando como una auténtica bruja.

Kate trató de sonreír, pero empezaba a tener otra contracción.

—No... quiero seguir con esto.

—¿Has cambiado de opinión? Pues a buenas horas.

Tully se acercó a la cama.

El dolor volvió.

—Grita —dijo Tully mientras le acariciaba la frente.

—Se supone... que tengo que respirar.

—A la mierda. Grita.

Así que Kate gritó y se sintió mejor. Cuando cedió el dolor rio débilmente.

—Ya veo que estás en contra del método Lamaze.

—Digamos que no soy partidaria del parto natural. —Tully miró el cuerpo hinchado de Kate y su cara pálida y sudorosa—. Claro que este es el mejor anuncio de control de natalidad que he visto en mi vida. A partir de ahora voy a usar tres condones a la vez. —Tully sonreía, pero en sus ojos había preocupación—. ¿De verdad estás bien? ¿Quieres que vaya a buscar al médico?

Kate negó débilmente con la cabeza.

—Cuéntame algo. Distráeme.

—El mes pasado conocí a un hombre.

—¿Cómo se llama?

—Sabía que esa iba a ser tu primera pregunta. Se llama Grant. Y antes de que me hagas el test de *Cosmopolitan* para averiguar si conoces bien a tu pareja, déjame que te diga que no sé un pimiento de él excepto que besa como un dios y folla como un demonio.

Llegó una nueva contracción. Kate arqueó el cuerpo y gritó otra vez. Oía a Tully como si estuviera muy lejos y notaba que le acariciaba la frente, pero el

dolor era tan abrumador que no podía hacer otra cosa que jadear.

—¡Mierda! —dijo cuando pasó—. La próxima vez que Johnny se me acerque le voy a dar una bofetada.

—Tú eres la que quería tener un niño.

—También voy a cambiar de mejor amiga. Necesito a alguien con amnesia.

—Yo la tengo. ¿Te he dicho que estoy viendo a un tío? Es perfecto para mí.

—¿Por qué? —dijo Kate jadeando.

—Vive en Londres. Solo nos vemos los fines de semana. Y el sexo es espectacular, si se me permite añadir.

—¿Por eso no cogiste el teléfono cuando te llamó mamá?

—Estábamos en plena faena, pero en cuanto terminamos empecé a hacer la maleta.

—Me alegra ver que tienes..., joder..., prioridades.

Kate estaba de nuevo en plena contracción cuando se abrió la puerta de la habitación. La primera en entrar fue la enfermera, seguida de la madre de Kate y de Johnny. Tully se apartó y dejó que el resto se acercara. La enfermera comprobó el cuello del útero de Kate y llamó al médico. Este entró en la habitación sonriendo como si la estuviera saludando tras encontrársela en una tienda y se puso unos guantes. Entonces subieron los estribos de la cama. Había llegado el momento.

—Empuje —dijo el médico con una voz por completo razonable y exenta de dolor que dio a Kate ganas de arrancarle los ojos.

Gritó y empujó y lloró hasta que, con la misma rapidez con la que había empezado, el dolor terminó.

—Una niñita perfecta —dijo el médico—. ¿Quiere el padre cortar el cordón?

Kate trató de incorporarse, pero estaba demasiado débil. Momentos después Johnny estaba junto a ella y le ofrecía un bultito envuelto en mantas color rosa. Kate tomó a su hija recién nacida en brazos y miró su carita con forma de corazón. Tenía una mata rebelde de rizos negros y húmedos, la piel palidísima de su madre y los labios y la boquita más perfectos que había visto en su vida. El amor que estalló en su interior era demasiado grande para describirlo.

—Hola, Marah Rose —susurró, y cogió el puño del tamaño de una uva de

su hija—. Bienvenida a casa, pequeña.

Cuando miró a Johnny, este lloraba. Se inclinó y la besó con la delicadeza de una mariposa.

—Te quiero, Katie.

Jamás en su vida todo había sido tan perfecto, y Kate supo que, ocurriera lo que ocurriera, fuera lo que fuera lo que el futuro le deparaba, siempre recordaría aquel momento único y resplandeciente como aquel en el que tocó el cielo.

Tully suplicó que le dieran dos días libres más en el trabajo para ayudar a Kate a instalarse. Había hecho la llamada convencida de que aquello era un deber suyo ineludible, vital.

Pero ahora, solo pocas horas después de que dieran el alta a Kate y a Marah, veía la realidad. Iba a resultarles tan de ayuda como un micrófono apagado. La señora Mularkey era como una máquina. Daba de comer a Kate antes de que esta siquiera dijera que estaba hambrienta, cambiaba pañales del tamaño de pañuelos con la destreza de un mago y enseñó a Kate a amamantar a su hija. Al parecer no se trataba de algo tan instintivo como Tully había imaginado.

Y ella ¿qué aportaba? Si tenía suerte, hacía reír a Kate. Aunque la mayoría de las veces su mejor amiga se limitaba a suspirar con aspecto de estar al mismo tiempo locamente enamorada de su hija y profundamente exhausta. Ahora estaba acostada con la niña en brazos.

—¿No es preciosa?

Tully miró el bulto diminuto envuelto en rosa.

—Desde luego.

Kate acarició la mejilla minúscula y le sonrió.

—Deberías irte a casa, Tully. Te lo digo en serio. Vuelve cuando yo ya pueda hacer vida normal.

Tully trató de disimular su alivio.

—La verdad es que me necesitan en plató. Probablemente lo tienen todo hecho un desastre.

Kate sonrió con complicidad.

—No sé qué habría hecho sin ti, que lo sepas.

—¿De verdad?

—De verdad. Y ahora dale un beso a tu ahijada y vuelve al trabajo.

—Volveré para el bautizo.

Tully se inclinó y besó la mejilla aterciopelada de Marah y a continuación la frente de Kate. Para cuando susurró su despedida y estuvo en la puerta, Kate parecía haberse olvidado por completo de ella.

Abajo encontró a Johnny tirado en una butaca junto a la chimenea. Tenía el pelo desaliñado y enredado, la camiseta del revés y llevaba calcetines desaparejados. Estaba tomándose una cerveza a las once de la mañana.

—Estás hecho una pena —dijo Tully y se sentó a su lado.

—Anoche se despertó cada hora. Dormía mejor en El Salvador. —Dio un sorbo de cerveza—. Pero es preciosa, ¿a que sí?

—Maravillosa.

—Ahora Katie quiere que nos vayamos a vivir a las afueras. Se acaba de dar cuenta de que la casa está rodeada de agua, así que tenemos que mudarnos a alguna calle sin salida con vecinos que organizan barbacoas y planes con niños. —Hizo una mueca—. ¿Me imaginas en Bellevue o Kirkland con todos esos yupis?

Lo curioso era que Tully sí lo imaginaba.

—¿Y el trabajo?

—Voy a volver a KIRO. A producir bloques de información sobre política e internacional.

—No te pega nada.

Johnny pareció sorprendido al oír aquello. Cuando miró a Tully tuvo un flashback; le había recordado el pasado.

—Tengo treinta y cinco años, Tul. Mujer y una hija. A partir de ahora van a tener que hacerme feliz cosas distintas.

Tully se fijó en que había dicho «van a tener».

—Pero a ti lo que te gusta es ser corresponsal de guerra. Con campos de batalla, bombardeos y gente disparando. Tú y yo sabemos que no puedes dejarlo para siempre.

—Crees que me conoces, Tully. Pero lo cierto es que nunca te he contado mi vida.

Tully recordó de pronto y con intensidad aquello que se suponía que tenía que haber olvidado.

—Lo intentaste.

—Lo intenté —estuvo de acuerdo Johnny.

—Katie quiere que seas feliz. En la CNN arrasarías.

—¿En Atlanta? —Johnny rio—. Algún día lo entenderás.

—¿Te refieres a cuando esté casada, con hijos?

—Me refiero a cuando te enamores. Te cambia.

—¿Igual que a ti? ¿Me estás diciendo que algún día tendré un hijo y entonces querré escribir para la gaceta del barrio de Queen Anne?

—Para eso primero tendrías que enamorarte. —La mirada de Johnny era tan comprensiva, tan sagaz, que Tully se sintió desnuda. Ella no era la única que estaba recordando el pasado.

Se levantó.

—Tengo que volver a Manhattan. Ya sabes cómo es la actualidad. Nunca duermo.

Johnny dejó la cerveza, se levantó y caminó hacia ella.

—Hazlo por mí, Tully. Informa sobre el mundo.

El tono en que lo dijo sonó triste; Tully no supo si era autocompasión o tristeza por ella.

Se obligó a sonreír.

—Claro que sí.

Dos semanas después de que Tully dejara Seattle, una tormenta cubrió Manhattan de nieve y la paralizó por completo. Durante algunas horas, al menos. El sempiterno tráfico desapareció casi por completo y una nieve blanca prístina alfombró calles y aceras y convirtió Central Park en un país de las maravillas invernal.

A pesar de ello Tully llegó a trabajar a las cuatro de la mañana. En su gélido apartamento sin ascensor, con el radiador chirriando y el hielo acumulándose en las viejas ventanas delgadas como el papel, se puso medias, mallas con estribos de terciopelo negro, botas de nieve y dos jerséis. Lo cubrió todo con un abrigo de lana azul marino y guantes grises y desafió los elementos, doblando el cuerpo contra el viento mientras avanzaba por la calle. La nieve le tapaba la vista y le hacía daño en las mejillas. Le daba igual, le gustaba tanto su trabajo que era capaz de cualquier cosa para llegar temprano.

Dentro del vestíbulo se sacudió la nieve de las botas, fichó y subió. Casi enseguida vio que la mayor parte del equipo había llamado diciendo que

estaba enfermo. Estaban en servicios mínimos.

Una vez sentada en su mesa se puso a trabajar en el reportaje que le habían asignado el día anterior, documentándose sobre la polémica alrededor de la lechuga moteada en el noroeste del país. Decidida a dar a la historia un «toque» local, se dedicó a leer todo lo que encontraba: informes del subcomité del Senado, conclusiones medioambientales, cifras económicas sobre explotación maderera, la fecundidad de los bosques de muchos años de antigüedad...

—Cuánto trabajas.

Tully levantó la vista. Había estado tan concentrada en su lectura que no había oído que alguien se acercaba a su mesa.

Y no era cualquier persona.

Era Edna Guber, vestida con el traje pantalón negro de tela de gabardina que era su seña de identidad, con el peso del cuerpo ligeramente desplazado hacia una cadera, fumando un cigarrillo. Por debajo de un flequillo negro azulado cortado al estilo de Anna Wintour asomaban unos ojos grises y penetrantes. Edna era famosa en el mundo de los informativos, una de esas mujeres que se había abierto camino hasta la cima allí donde otras no habían podido ni cruzar el umbral a no ser que tuvieran aptitudes secretariales. Se decía que Edna —todo el mundo la llamaba así, el apellido se sobreentendía— tenía un listín telefónico con los números particulares de todo el mundo, desde Fidel Castro hasta Clint Eastwood. No había entrevista que no pudiera conseguir ni lugar en la tierra donde no pudiera encontrar lo que buscara.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —dijo expulsando el humo.

Tully se puso en pie de un salto.

—Perdona, Edna. Señorita Guber. Señora.

—Odio que la gente me llame «señora». Me hace sentir mayor. ¿Me encuentras mayor?

—No, señ...

—Bien. Y dime, ¿cómo has venido? Los autobuses y los taxis funcionan de pena hoy.

—Andando.

—¿Te llamas?

—Tully Hart. Tallulah.

Edna entrecerró los ojos. Miró a Tully despacio y de arriba abajo.

—Sígueme.

Giró sobre el tacón de su bota negra y echó a andar por el pasillo, en dirección a una oficina situada en la esquina del edificio.

*Joder.*

Tully tenía el corazón a mil por hora. Nunca la habían invitado a aquel despacho, ni siquiera conocía a Maury Stein, el rey del programa de las mañanas.

El despacho era gigantesco, con dos paredes de ventanas. Afuera, la nieve lo volvía todo gris, blanco y misterioso. Desde aquel piso uno tenía la vaga sensación de estar dentro de una bola de nieve mirando al exterior.

—Esta nos sirve —dijo Edna ladeando la cabeza en dirección a Tully.

Maury levantó la cabeza de sus papeles. Apenas sin mirarla contestó:

—Muy bien.

Edna salió del despacho.

Tully se quedó quieta, confusa. Entonces oyó a Edna decir:

—¿Qué pasa? ¿Eres epiléptica? ¿O estás comatosa?

Tully la siguió al pasillo.

—¿Tienes papel y bolígrafo?

—Sí.

—No hace falta que me contestes, límitate a hacer lo que te diga y deprisa.

Tully rebuscó en su bolsillo hasta sacar un bolígrafo y cogió una hoja de una mesa cercana.

—Estoy preparada.

—En primer lugar, quiero un informe detallado de las próximas elecciones en Nicaragua. ¿Estás enterada de lo que está pasando?

—Pues claro —mintió Tully.

—Quiero saberlo todo de los sandinistas. La política exterior de Bush respecto a Nicaragua, el bloqueo, la población. Quiero saber cuándo perdió la virginidad Violeta Chamorro. Y tienes doce días.

—Sí... —Paró justo cuando iba a decir «señora».

Edna se detuvo al llegar a la mesa de Tully.

—¿Tienes pasaporte?

—Sí, me hicieron solicitar uno cuando me contrataron.

—Claro. Nos vamos el 16. Antes de que nos vayamos...

—¿Nos?

—¿Por qué coño crees que te estoy contando todo esto? ¿Tienes algún problema?

—No. Ningún problema. Gracias, de verdad que...

—Tendremos que vacunarnos, consigue a un médico para nosotras y el equipo. Luego ponte a concertar las entrevistas. ¿Entendido? —Consultó su reloj—. Quiero que me informes el viernes a las... ¿cinco de la mañana?

—Ahora mismo me pongo con ello. Y gracias, Edna.

—No me des las gracias, Hart. Limítate a hacer tu trabajo... y hazlo mejor que nadie.

—Desde luego.

Tully fue a su mesa y descolgó el teléfono. Antes de que acabara de marcar, Edna ya se había ido.

—¿Sí? —dijo Kate con voz adormilada.

Tully miró el reloj. Eran las nueve. Eso quería decir que eran las seis en Seattle.

—Ay, te he vuelto a despertar. Perdona.

—Tu ahijada no duerme. Es un monstruo de la naturaleza. ¿Te puedo llamar dentro de unas horas?

—En realidad llamaba para hablar con Johnny.

—¿Johnny?

En el silencio que precedió a la pregunta Tully oyó un bebé rompiendo a llorar.

—Edna Guber me manda a Nicaragua. Necesito hacerle algunas preguntas para situarme.

—Espera un segundo. —Kate le pasó el teléfono a alguien, se oyó un ruido como de papel encerado arrugado, luego una ráfaga de susurros y entonces habló Johnny.

—Hola, Tully, enhorabuena. Edna es una leyenda.

—Es mi gran oportunidad, Johnny, y no quiero joderla. Así que he pensado que podía exprimírte un rato.

—Llevo un mes sin dormir, así que no sé si te serviré de mucho, pero haré lo que pueda. —Hizo una pausa—. Sabes que vas a un sitio peligroso, supongo. Un verdadero polvorín. Están matando a gente.

—Pareces preocupado por mí.

—Es que lo estoy. Bueno, empecemos por los datos históricos básicos. En 1960 o 1961 se fundó el Frente Sandinista de Liberación Nacional o FSLN...

Tully escribía tan deprisa como era capaz.



Durante poco menos de dos semanas Tully trabajó como una loca. Dedicaba entre dieciocho y veinte horas al día a leer, escribir, llamar por teléfono y concertar reuniones. En los raros momentos en que no estaba trabajando o intentando dormir, iba a tiendas que nunca había frecuentado antes: tiendas de artículos de montaña, de suministros militares y cosas por el estilo. Compró navajas de bolsillo, salacots con mosquitera y botas de escalar, todo lo que se le ocurrió. Si estaban en la selva y a Edna se le antojaba un puñetero matamoscas, Tully lo tendría preparado.

Para cuando llegó el día de irse, estaba nerviosa. En el aeropuerto, Edna, con pantalones de lino con raya perfecta y blusa blanca de algodón, echó un vistazo a Tully con su indumentaria safari multibolsillos y rompió a reír.

Durante los vuelos interminables, hasta Dallas, Ciudad de México y por fin en una avioneta a Managua, Edna no dejó de hacer preguntas a Tully.

El avión aterrizó en lo que a Tully le pareció un jardín trasero. Hombres — niños, en realidad— con ropa de camuflaje vigilaban el perímetro de seguridad sosteniendo rifles. De la selva salían niños a jugar en el aire que levantaban los propulsores. El contraste entre ambas imágenes fue algo que Tully supo que recordaría siempre, aunque, desde el momento en que bajó del avión hasta que subió al que le llevaría de vuelta a casa cinco días más tarde, tuvo muy poco tiempo para simbolismos.

Edna era hiperactiva.

Caminaron por selvas infestadas de guerrilleros, oyendo los gritos de monos aulladores, espantando mosquitos y navegando por ríos plagados de cocodrilos. En ocasiones iban con los ojos vendados, en otras no. En lo más profundo de la selva, mientras Edna grababa la entrevista de Tully con *el jefe*[\[6\]](#), el general al mando, Tully hablaba con los soldados.

Aquel viaje le abrió los ojos a un mundo que no conocía; más que eso, le enseñó quién era. El miedo, la subida de adrenalina, la noticia... eran cosas que la excitaban como nada antes la había excitado.

Más tarde, cuando terminaron el reportaje y Edna y ella estaban en Ciudad de México sentadas en la terraza de la habitación de la primera, bebiendo chupitos de tequila, Tully dijo:

—No sabes lo agradecida que te estoy, Edna.

Edna dio otro trago de tequila y se arrellanó en la silla. Era una noche silenciosa. Por primera vez en días, no oían ruido de disparos.

—Lo has hecho bien, jovencita.

El orgullo de Tully creció hasta adquirir proporciones casi dolorosas.

—Gracias. He aprendido más de ti en estas últimas semanas que en cuatro años de universidad.

—Entonces quizá quieras venirte cuando vaya a cubrir mi próxima historia.

—Donde sea y cuando sea.

—Tengo que entrevistar a Nelson Mandela.

—Cuenta conmigo.

Edna se volvió hacia ella. El resplandor anaranjado de aspecto pegajoso que emitía la bombilla del balcón resaltaba sus arrugas y le hacía bolsas debajo de los ojos. Con aquella luz parecía diez años mayor de lo habitual, y cansada, quizá un poco borracha incluso.

—¿Tienes novio?

—¿Con mis horarios? —Tully rio y se sirvió otro chupito—. Para nada.

—Ya —dijo Edna—. La historia de mi vida.

—¿Te arrepientes? —preguntó Tully. De no haber estado bebiendo jamás habría hecho una pregunta tan personal, pero el tequila había difuminado la frontera que la separaba de Edna. Podía simular que eran colegas en lugar de icono del periodismo y novata—. Me refiero a vivir para trabajar.

—Tiene un precio, eso desde luego. Las mujeres de mi generación, al menos, no podían trabajar en esto y casarse. Te podías casar, yo lo hice, tres veces, pero no duraba. Y de tener hijos olvídate. Cuando salta una noticia tengo que estar allí y punto. Ya podía ser la boda de uno de mis hijos, me habría marchado igual. Así que he vivido sola. —Miró a Tully—. Y me ha encantado. Cada dichoso segundo. Y si termino muriendo sola en una residencia de ancianos, ¿qué coño me importa? He estado donde quería estar en todo momento de mi vida, y he hecho algo que merecía la pena.

Tully se sintió como si estuviera siendo bautizada por el rito de una religión en la que siempre había creído.

—Amén.

—Y ahora dime, ¿qué sabes de Sudáfrica?

Los primeros doce meses de maternidad fueron un río revuelto de aguas gélidas y oscuras que engullían a Kate demasiado a menudo.

Era embarazoso comprobar lo mal preparada que había resultado estar para aquel acontecimiento feliz que había sido su sueño secreto desde niña. Tan embarazoso, de hecho, que no le contó a nadie lo abrumada que se sentía a veces. Cuando le preguntaban, sonreía radiante y decía que ser madre era lo mejor que le había pasado nunca. E incluso era verdad.

Aunque no siempre.

Lo cierto era que su preciosa hija de tez pálida, pelo oscuro y ojos castaños daba mucha guerra. Marah llevaba enferma desde que llegó a casa del hospital. Las infecciones de oído se sucedían como los vagones de un tren; cuando terminaba una, empezaba la otra. Los cólicos la sumían en un llanto inconsolable durante horas. Kate había perdido la cuenta de las veces que había terminado en el salón en plena noche, con su hija congestionada gritando en sus brazos mientras ella lloraba en silencio.

En tres días Marah cumpliría un año y seguía sin dormir de un tirón por las noches. Hasta el momento, su récord eran cuatro horas. Así que Kate llevaba doce meses sin dormir una noche entera. Johnny siempre se ofrecía a levantarse, al principio incluso había hecho ademán de ello, pero Kate siempre lo detenía. No porque quisiera hacerse la mártir; aunque a menudo era así como se sentía.

Johnny tenía un trabajo, eso era todo. Kate había renunciado a su carrera profesional para ser madre. Así que levantarse por la noche era trabajo suyo. Al principio lo había hecho de buena gana; luego, con una sonrisa al menos. Últimamente, sin embargo, cuando Marah empezaba a llorar a las once de la noche, Kate se sorprendía a sí misma rezando para que Dios le diera fuerzas.

Y había otros problemas. Para empezar, su aspecto físico era un desastre. Estaba convencida de que era otro de los efectos colaterales de no dormir bien. Por mucha crema hidratante y maquillaje que se pusiera, daba lo mismo. Su piel, siempre pálida, recordaba últimamente a la del payaso J. P. Patches, excepto por las ojeras, que tenían un bonito tono marrón. Había perdido todos los kilos del embarazo menos cuatro o cinco, pero, cuando medías uno sesenta y cinco, cuatro o cinco kilos equivalían a dos tallas más. Llevaba un año prácticamente en chándal.

Tenía que empezar a hacer ejercicio. La semana anterior había encontrado sus viejos vídeos de Jane Fonda, unas mallas y unos calentadores. Ahora solo tenía que darle al *play* y ponerse manos a la obra.

—Hoy es el día —dijo en voz alta mientras llevaba a su hija de vuelta a la cama y la tapaba con suavidad con la carísima manta de cachemir rosa y blanca que le había regalado Tully. Se había convertido en el amuleto de Marah para dormir. Por muchos juguetes o mantas que le ofreciera Kate, solo quería la de Tully—. Intenta dormir hasta las siete. Mamá te lo agradecería.

Con un bostezo volvió a la cama y se acurrucó contra su marido.

Este la besó en los labios y alargó el beso como si quizá esperara algo; luego murmuró:

—Eres preciosa.

Kate abrió los ojos y le miró somnolienta.

—Vale, ¿quién es ella? Porque solo me dirías que soy guapa a estas horas absurdas llevado por el sentimiento de culpa.

—¿Estás de broma? Con tus cambios de humor, últimamente me siento como si tuviera tres mujeres. Lo último que me apetece es otra más.

—Pero un poco de sexo no estaría mal.

—Nada mal. Me hace gracia que lo menciones.

—¿Gracia de divertido o gracia de no-me-acuerdo-de-la-última-vez-que-hicimos-el-amor?

—Gracia porque este fin de semana vas a tener suerte.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso?

—He hablado con tu madre. Después de la fiesta de cumpleaños se va a quedar con Marah y tú y yo vamos a tener una velada romántica en la ciudad.

—¿Y si no me sirve ninguno de mis vestidos?

—Créeme, no tengo ningún problema con la desnudez. En vez de salir podemos pedir la cena al servicio de habitaciones. Aunque tú eres la única

convencida de que no has adelgazado. Pruébate algo, estoy seguro de que te vas a sorprender.

—Ahora entiendo por qué te quiero tanto.

—Soy un dios; de eso no hay duda.

Kate sonrió y lo rodeó con los brazos mientras le besaba con ternura.

Acababan de volver a cerrar los ojos cuando sonó el teléfono. Kate se incorporó despacio y miró el reloj. Eran las 5:47.

Descolgó al segundo timbrado y dijo:

—Hola, Tully.

—Hola, Katie —contestó Tully—. ¿Cómo sabías que era yo?

—Pura chiripa. —Kate se frotó el puente de la nariz. Empezaba a dolerle la cabeza. A su lado, Johnny farfulló algo sobre cómo algunas personas no sabían interpretar un reloj.

—Hoy es el día, ¿no te acuerdas? El de mi informe sobre los reservistas a los que Bush ha llamado a filas. Mi primer reportaje serio cien por cien.

—Es verdad.

—No pareces muy emocionada, Katie.

—Son las cinco y media de la mañana.

—Ah, pensaba que querías verlo. Siento haberte molestado. Adiós.

—Tully, espera...

Demasiado tarde. Solo se oía el tono de llamada.

Kate maldijo en voz baja y colgó. Últimamente no parecía hacer nada bien. Tully y ella tenían tan pocas cosas en común aquellos días que era difícil encontrar temas de conversación. Tully no quería oír interminables historias sobre «ser mamá» y a Kate le cansaba tanta anécdota sobre lo maravillosas que eran la carrera profesional y la vida de Tully. Las postales y llamadas desde lugares lejanos y exóticos le resultaban un poco irritantes.

—Esta mañana sale en *Sunrise*, ¿te acuerdas? —dijo Kate—. Quería recordárnoslo.

Johnny apartó las mantas y encendió el televisor. Vieron juntos el reportaje de Norville sobre el aumento de las hostilidades en Irak y la reacción del presidente.

Entonces apareció Tully en pantalla. Estaba delante de un edificio de cemento en mal estado hablando con un joven de cara inverosímilmente tranquila con el pelo rojo muy corto y pecas. Daba la impresión de que acababa de quitarse el aparato dental y la chaqueta universitaria.

Pero la que acaparaba toda la atención era Tully. Su aspecto era pulcro, atractivo y de lo más profesional. Llevaba el pelo rizado y rebelde en una elegante media melena y el maquillaje le resaltaba los ojos.

—Guau —susurró Kate. ¿Cuándo había ocurrido aquella transformación? La Tully algo excesiva del pasado, hija de los ochenta, los años de la cocaína y las lentejuelas, había desaparecido. Ahora era la reportera Tallulah Hart, tan hermosa como Paulina Porizkova, tan profesional como Diane Sawyer.

—Desde luego —dijo Johnny—. Está increíble.

Vieron el resto de la emisión. Luego Johnny besó a Kate en la mejilla y se metió en el cuarto de baño. A los pocos segundos Kate oyó el agua de la ducha.

—Sí que está increíble —murmuró mientras se inclinaba para coger el teléfono.

Marcó el número de Tully. Contestó la recepcionista de la NBC y le dijo que dejara un mensaje.

Lo que quería decir que Tully estaba enfadada.

—Dígale que ha llamado Kate para decirle que le ha encantado su reportaje.

Lo más probable era que Tully estuviera junto al teléfono con su falda y su blusa de diseñador caro, rebuscando en su bolso de tela también de diseño y viendo encenderse la luz de su teléfono.

Kate se levantó y fue al cuarto de baño. No tenía sentido intentar dormir más. Marah se despertaría en cualquier momento. En la ducha, su marido interpretaba una versión muy desafinada de una vieja canción de los Rolling Stones.

Aunque sabía que no era buena idea, Kate se miró al espejo. El vapor difuminaba su reflejo, pero no lo ocultaba.

Su cabello desgreñado estaba demasiado largo. Las raíces negras delataban todo el tiempo que llevaba sin hacerse mechas. Tenía bolsas bajo los ojos del tamaño de paraguas abiertos y escote suficiente para dos mujeres.

Estaba claro por qué evitaba las superficies reflectantes. Con un suspiro cogió el tubo de dentífrico y empezó a cepillarse los dientes. Antes de terminar sintió a Marah despertarse.

Cerró el grifo, abrió la puerta.

Sí, Marah estaba gritando.

Había empezado la jornada.

Cuando llegó el gran día, Kate se preguntó por qué se le había ocurrido organizar una celebración de cumpleaños tan ridícula para su hija. Por la mañana, después de otra noche sin dormir, se levantó y empezó con los preparativos, dio los últimos retoques a la tarta rosa con dibujo de Barbie y envolvió los últimos regalos. En un momento de evidente enajenación, había invitado a todos los niños de las clases de estimulación temprana a las que iba con Marah y a dos antiguas compañeras de la hermandad universitaria que tenían hijas de la misma edad, además de a sus padres. Johnny incluso se había cogido la mañana libre para tan magno acontecimiento. Cuando fueron llegando los invitados, puntuales, todos con regalos, a Kate le empezó a doler la cabeza. Tampoco ayudó mucho que Marah eligiera precisamente ese momento para empezar a chillar.

Aun así la fiesta siguió adelante, con todas las mujeres en el salón y los niños en el suelo, haciendo más ruido que el ejército de Sherman al entrar en Atlanta.

—El otro día vi a Tully en la televisión, muy temprano —dijo Mary Kay—. Danny y yo estábamos despiertos.

—Yo también estaba levantada —replicó Charlotte, mientras cogía su taza de café—. Estaba guapísima, ¿verdad?

—Eso es porque duerme de un tirón por las noches —señaló Vicki—. Y no lleva la ropa manchada de vómito.

Kate quería participar, pero no podía. El dolor de cabeza la estaba matando y no se quitaba de encima la sensación de que algo iba mal. Era tan aguda que cuando Johnny dejó la fiesta pasada la una estuvo a punto de suplicarle que se quedara.

—Hoy has estado muy callada —dijo su madre cuando se marcharon los últimos invitados.

—Marah tampoco durmió anoche.

—¿Y por qué nunca duerme toda la noche de un tirón? Porque...

—Sí, ya lo sé. Tengo que dejarla llorar. —Kate tiró los últimos platos de papel a la papelería—. Pero es que soy incapaz.

—Yo te dejaba llorar. A las tres noches dejaste de despertarte de madrugada.

—Pero es que yo soy muy lista. Está claro que mi hija no.

—No, perdona, la lista soy yo. Mi hija no tanto.

La madre de Kate le pasó a esta un brazo por los hombros y la llevó hasta el sofá.

Se sentaron juntas. Kate se recostó contra su madre, que le acarició el pelo. Aquel gesto suave y balsámico la transportaba varias décadas atrás.

—¿Te acuerdas de cuando quería ser astronauta y me dijiste que tenía suerte porque mi generación podía tenerlo todo? Podía tener tres hijos, un marido y aun así ir a la Luna. Menuda patraña. —Suspiró—. Ser madre es duro.

—Es duro ser bueno en cualquier cosa.

—Y que lo digas —contestó Kate.

Lo cierto era que quería a su hija, tanto que a veces la intensidad de su cariño le causaba dolor, pero la responsabilidad era abrumadora y su ritmo de vida, agotador.

—Ya sé que estás muy cansada. Pero las cosas mejorarán, te lo prometo.

En cuanto su madre dijo aquellas palabras entró el padre de Kate. Se había pasado casi toda la fiesta escondido en el cuartito de estar viendo un partido detrás de otro.

—Nos tenemos que ir, Margie, si no queremos coger atasco. Prepara a Marah.

Kate tuvo una punzada de pánico. ¿Estaba preparada para pasar una noche separada de su hija?

—No estoy segura, mamá.

Su madre le tocó la mano con suavidad.

—Tu padre y yo hemos criado dos hijos, Kate. Podemos cuidar de nuestra nieta una noche. Sal con tu marido. Ponte unos tacones y diviértete. Marah estará a salvo con nosotros.

Kate sabía que su madre tenía razón, sabía incluso que era lo que debía hacer. Pero, entonces, ¿por qué tenía el estómago encogido?

—Tienes toda la vida para pasar miedo —dijo su padre—. En eso consiste ser madre. Así que más te vale acostumbrarte, hija.

Kate se esforzó por sonreír.

—Entonces, así es como os sentíais vosotros todo el rato, ¿no?

—Y nos seguimos sintiendo —respondió el padre. La madre cogió a Kate de la mano—. Vamos a preparar las cosas de Marah. Johnny viene a buscarte dentro de un par de horas.



Kate guardó la ropa de Marah asegurándose de incluir la manta rosa, chupetes y su adorado oso Pooh. Después cogió la leche en polvo, los biberones y los potitos de frutas y verduras y escribió un horario con las horas de comidas y de siestas digno de un controlador aéreo.

Cuando cogió a Marah en brazos por última vez y besó su suave mejilla, tuvo que hacer esfuerzos por no llorar. Era ridículo y embarazoso e inevitable, porque daba igual que la maternidad la hubiera maltratado y acabado con su autoestima; también la había inundado de amor de tal manera que sin su hija era solo media persona.

Permaneció de pie en el porche de su nueva casa frente a la playa en Bainbridge Island, cubriéndose los ojos con la mano a modo de visera, hasta mucho después de que el coche hubiera desaparecido por el camino de acceso.

De vuelta en la casa, estuvo unos momentos deambulando sin rumbo, pues se le había olvidado un poco lo que significaba estar sola.

Intentó otra vez llamar a Tully, le dejó otro mensaje.

Terminó en su armario, estudiando su ropa de antes del embarazo y tratando de decidir si tenía algo sexy y de aspecto adulto que aún le sirviera. Acababa de terminar de hacer la bolsa cuando oyó abrir y cerrarse la puerta de entrada y a continuación las pisadas de su marido en el suelo de madera.

Bajó a recibirlo.

—¿Dónde me vas a llevar, señor Ryan?

—Ya lo verás.

Johnny le dio la mano, cogió la bolsa de viaje y cerró la casa. En el coche, la radio estaba encendida. A todo volumen, como en los viejos tiempos. Bruce Springsteen estaba cantando: *Hey, little girl, is your daddy home...*<sup>[7]</sup>

Kate rio y se sintió joven otra vez. Fueron hasta la terminal del transbordador y embarcaron. En lugar de quedarse en el coche, como hacían normalmente, se envolvieron en abrigos y gorros y viajaron en la proa con los turistas. Eran las cinco de una fría tarde de enero y el cielo y el estrecho parecían un lienzo de Monet en tonos lavanda y rosa. A lo lejos, Seattle destellaba con un millón de luces.

—¿Vas a decirme adónde vamos?

—No, pero sí lo que vamos a hacer.

Kate rio.

—Ya sé lo que vamos a hacer.

Cuando el transbordador entró en el puerto, volvieron al coche. Ya en tierra, Johnny condujo por el lento tráfico hasta detenerse delante del hotel Inn en el Market, donde un botones uniformado le abrió la puerta a Kate y le cogió las bolsas.

Johnny rodeó el coche y la cogió de la mano.

—Ya estamos registrados.

Al botones le dijo:

—Habitación 416.

Cruzaron el tranquilo patio de ladrillo hasta el acogedor vestíbulo de estilo europeo. Su habitación estaba en la cuarta planta, era una suite esquinada con vistas a todo el estrecho. Bainbridge Island parecía casi violeta, el agua era azul acero; a los lejos, una luz rosa iluminaba las montañas desde atrás. En la mesa junto a la ventana había una botella de champán dentro de una cubitera plateada, y al lado, un plato con fresas.

Kate sonrió.

—Me parece que aquí hay alguien que tiene muchas ganas de echar un polvo.

—Lo que hay es un hombre muy enamorado de su mujer.

Johnny cogió a Kate entre sus brazos y la besó.

Cuando llamaron a la puerta se separaron como adolescentes, riendo de su arranque de pasión.

Kate esperó impaciente a que terminara el botones. En cuanto se fue empezó a desabotonarse la blusa.

—No he decidido aún qué ponerme esta noche.

Cuando Johnny la miró —ya no sonreía, su aspecto era tan hambriento como se sentía— Kate se bajó la cremallera de los pantalones y dejó que se deslizaran hasta el suelo. Por primera vez en meses no le preocupó haber engordado, sino que permitió que la mirada de Johnny fuera su espejo.

Se soltó el sujetador y dejó que colgara de las yemas de sus dedos y cayera.

—No vale empezar sin mí —dijo Johnny sacándose la camisa y tirándola al suelo mientras se desabotonaba los pantalones.

Cayeron juntos en la cama e hicieron el amor como si llevaran meses y no semanas sin hacerlo, con todos los sentidos puestos en ello. Kate se dejó llevar por las sensaciones. Cuando Johnny la penetró con todo el deseo acumulado de demasiadas noches sin pasión, gritó de alegría y todo en su

interior, todo lo que era, se fundió con aquel hombre al que quería más que a su vida. Para cuando se corrió, estremeciéndose, sujetando a Johnny contra su cuerpo sudoroso, estaba completamente agotada.

Johnny la acercó a él. Permanecieron así, desnudos y entrelazados con las lujosas sábanas del hotel enrolladas alrededor de las piernas.

—Sabes que te quiero mucho, ¿verdad? —susurró Johnny. Eran palabras que había dicho cientos de veces, tan a menudo que Kate ya sabía cómo debían sonar.

Se puso de lado, inmediatamente preocupada.

—¿Qué pasa?

—¿Qué quieres decir? —Johnny se soltó de sus brazos y fue hasta la mesa. Sirvió dos copas de champán—. ¿Quieres fresas?

—Mírame, John.

Despacio, demasiado despacio, se volvió, pero sin mirar a Kate.

—Me estás asustando.

Johnny fue hasta la ventana. Su perfil de pronto pareció nítido, distante. Un mechón de pelo húmedo y enredado le oscurecía la mejilla. Kate no sabía si estaba sonriendo.

—No quiero hablar de eso ahora, Katie. Tenemos toda la noche y todo el día de mañana para hablar. Ahora, vamos a...

—Cuéntamelo.

Johnny dejó la copa de champán en el alféizar de la ventana y se volvió hacia ella. Por fin la miró y en sus ojos azules Kate vio una tristeza que la dejó sin aliento. Johnny fue hasta la cama, se arrodilló junto a ella y levantó la vista.

—Ya sabes lo que está pasando en Oriente Medio.

Sus palabras fueron tan inesperadas que Kate se limitó a mirarlo.

—¿Qué?

—Va a haber una guerra, Katie. Eso lo sabes. Todo el mundo lo sabe.

Guerra.

Las seis letras se transmutaron en algo tan grande y negro como una nube de tormenta. Kate sabía de qué iba aquello.

—Tengo que irme.

La manera simple y callada en que lo dijo fue peor que un grito.

—Dijiste que habías perdido el valor.

—Y ahí está lo irónico de todo esto, que tú me lo has devuelto. Estoy

cansado de sentirme un fracasado, Katie. Necesito demostrarme a mí mismo que esta vez puedo hacerlo.

—Y quieres mi bendición —replicó Kate con voz inexpresiva.

—La necesito.

—Vas a irte de todas maneras, así que ¿a qué viene este montaje?

Johnny se puso de pie, cogió la cara de Kate entre las manos y la sujetó con firmeza. Ella intentó soltarse pero Johnny no se lo permitió.

—Me necesitan, tengo experiencia.

—Yo te necesito. Marah también. Pero eso da igual, ¿verdad?

—No da igual.

Kate notó cómo las lágrimas le inundaban los ojos y le impedían ver con claridad.

—Si me dices que no vaya, no voy.

—Vale, pues no. No te vas, no te dejo. Te quiero, Johnny. Te pueden matar.

Johnny la soltó, se sentó sobre los talones y la miró.

—¿Esa es tu respuesta?

Las lágrimas cayeron y rodaron por sus mejillas. Se las secó furiosa. Quería decir: *Sí, joder, esa es mi respuesta.*

Pero ¿cómo podía negarle a Johnny aquello? No solo era lo que él quería; también, en lo más profundo, había algo más, ese jirón de miedo que en ocasiones afloraba y que le recordaba que Johnny había amado a Tully antes que a ella y que le hacía temer negarle nada a Johnny. Volvió a enjugarse las lágrimas.

—Prométeme que no te vas a morir, Johnny.

Johnny se subió a la cama y la tomó en sus brazos; aunque se abrazó a él lo más fuerte que pudo, Kate ya no se sentía segura. Era como si él se disolviera en su abrazo, desapareciendo poco a poco.

—Te prometo que no me voy a morir.

Eran palabras huecas, más aún por el fervor con el que las dijo.

Kate no podía dejar de pensar en aquella mañana, cuando se había levantado con la sensación de que algo saldría mal.

—Lo digo en serio, Johnny. Si te mueres te odiaré para siempre. Lo juro por Dios.

—Sabes que siempre me vas a querer.

Al oír aquellas palabras y el tono apacible y victorioso con que las

pronunció Johnny, Kate sintió de nuevo ganas de llorar. Hasta mucho más tarde, después de una cena romántica en la habitación, después de hacer el amor y de acurrucarse uno en brazos del otro, no pensó en lo que le había dicho, en el horror terrible y desgarrador que encerraba su amenaza, en el desafío que había lanzado a Dios.

Tully se separó del cuerpo desnudo de Grant y se tumbó de espaldas, todavía jadeando.

—Guau —dijo con los ojos cerrados—. Ha estado genial.

—Desde luego.

—Qué bien que estuvieras en Nueva York el fin de semana. Esto era exactamente lo que necesitaba.

—Tú y también yo, querida.

Le encantaba oír su acento británico, sentir su cuerpo desnudo contra el suyo. Era un momento al que agarrarse, aferrarse incluso, porque, en cuanto dejara aquella cama, sabía que la desazón volvería. Llevaba luchando con ella desde su llamada a Kate. Nada quebraba su confianza en sí misma o la ponía tan nerviosa como estar enfadada con su mejor amiga.

Grant se sentó en la cama.

Tully le acarició la espalda y se le pasó por la cabeza pedirle que se quedara también aquella noche, que pospusiera su reunión. Pero no tenían esa clase de relación; eran amigos que quedaban para unas cuantas horas de sexo y risas y luego cada uno seguía su camino.

A su lado sonó el teléfono de la mesilla. Grant hizo ademán de descolgar.

—No contestes. No tengo ganas de hablar con nadie.

—He dado este número en la oficina. —Grant descolgó—. ¿Sí? Soy Grant, ¿y tú? —dijo—. Ah, entiendo. —Se calló un momento y a continuación rio—. Sí, claro. —Se apoyó el teléfono en el pecho desnudo y se volvió hacia Tully—. Tu amiga del alma dice, y cito textualmente, que saques tu culo de la cama y te pongas al teléfono. Dice además que, como le montes un numerito hoy precisamente, te va a pegar hasta que le supliques compasión. —Volvió a reír—. Parece que habla en serio.

—Ya me pongo.

Grant le pasó el teléfono y se fue desnudo al cuarto de baño. Cuando cerró la puerta, Tully se llevó el auricular a la oreja y dijo:

—¿Quién es?

—Muy graciosa.

—Antes tenía una mejor amiga para siempre, pero se portó como una auténtica cabrona, así que supuse...

—Mira, Tully, en circunstancias normales me pasaría una hora pidiéndote perdón y arrastrándome por el suelo, pero hoy no tengo tiempo para el ritual completo, lo siento mucho. Tu llamada me pilló en un mal momento y me puse borde, ¿vale?

—¿Qué pasa?

—Es Johnny. Se va mañana a Bagdad.

Tully debería haberlo imaginado. En la emisora no se hablaba de otra cosa que de lo que estaba pasando en Oriente Medio. Todos en la cadena y en el resto del mundo se preguntaban cuándo iba a lanzar el presidente Bush la primera bomba.

—Han ido un montón de periodistas, Katie. Va a estar perfectamente.

—Tengo miedo, Tully. ¿Y si...?

—Calla —la interrumpió Tully—. Ni lo pienses. Estaré pendiente de él desde la redacción. Somos los primeros en recibir casi todas las noticias. Lo vigilaré por ti.

—¿Y me dirás la verdad sea cual sea?

Tully suspiró. Aquella vieja promesa no sonaba tan ligera y esperanzada como de costumbre; de pronto había adquirido una connotación oscura, amenazadora, que tuvo que obligarse a ignorar.

—Sea cual sea, Katie. Pero no tienes por qué preocuparte. Esta guerra no durará mucho. Estará de vuelta en casa antes de que Marah eche a andar.

—Rezo por que tengas razón.

—Siempre la tengo, lo sabes.

Tully colgó y oyó a Grant abriendo el grifo de la ducha. Su canturreo, que por lo general la hacía sonreír, no tuvo efecto alguno en esta ocasión. Por primera vez en mucho tiempo estaba asustada.

Johnny en Bagdad.

Kate recibió el primer mensaje de Johnny dos días después de que se fuera. Hasta entonces se dedicó a pasear por la casa como en una nube sin alejarse demasiado del teléfono-fax que habían instalado en una encimera de la

cocina. Mientras hacía las tareas del día —cambiar pañales, leer cuentos, ver a Marah gatear de un mueble potencialmente peligroso a otro— pensaba: «Vale, Johnny, hazme saber que estás sano y salvo». Johnny le había dicho que solo podría llamar en caso de extrema necesidad (a lo que Kate había contestado que su necesidad era extrema y que si eso no contaba), pero que mandar faxes era no solo posible, sino relativamente fácil.

Así que esperó.

Cuando sonó el teléfono a las cuatro de la mañana, apartó la manta, se levantó del sofá y caminó a tientas hasta la cocina, donde esperó a que entrara el mensaje.

Antes de leer siquiera una palabra, se echó a llorar. Solo ver el grueso trazo de su escritura le hacía añorarlo de forma casi insoportable.

Querida Katie:

Esto es una locura. Una locura total. No sabemos exactamente qué está pasando; ahora mismo es cuestión de esperar. Los periodistas estamos todos alojados en el hotel Al-Rashid, en pleno centro de Bagdad, y tenemos un acceso sin precedentes a ambos bandos. La cobertura de esta guerra lo cambiará todo. Mañana salimos de la ciudad por primera vez. No te preocupes, tendré cuidado.

Tengo que irme. Dale un beso a Marah de mi parte.

Te quiero,

J.

Después de eso llegaron faxes una vez por semana. No con la frecuencia suficiente.

K.:

Los bombardeos empezaron anoche. ¿O debería decir esta mañana? Desde el hotel teníamos una panorámica completa y fue desgarrador, horrible y alucinante al mismo tiempo. Era una noche preciosa y estrellada en Bagdad y las bombas la convirtieron en un infierno. Un edificio de oficinas voló por los aires cerca del hotel y era como estar en un horno.

Estoy teniendo cuidado.

Te quiero,

J.

K.:

Diecisiete horas de bombardeos y aún siguen. Cuando terminen no quedará nada. Me vuelvo a trabajar.

K.:

Lo siento, he tardado mucho en escribir. Pasamos tanto tiempo fuera cubriendo información que no tengo ni un minuto para mí. Pero estoy bien. Cansado. Joder, más que eso. Estoy agotado. Anoche capturaron a la primera prisionera estadounidense y debo decirte que ha sido un golpe duro para todos. Espero poder contarte algún día lo que se siente al estar aquí viendo todo esto, pero ahora mismo no se me ocurre cómo, lo único que quiero es dormir. Se rumorea que los iraquíes van a incendiar pozos de petróleo en Kuwait y vamos a ir a informar. Besos para Marah y para ti más.

Kate miró el último fax que había recibido. Tenía fecha de 21 de febrero de 1991, casi una semana atrás.

Estaba en el salón viendo las noticias de la guerra en la televisión. Las últimas seis semanas habían sido las más duras y largas de su vida, esperando, siempre esperando una llamada de teléfono que dijera que Johnny volvía a casa, un comunicado especial que anunciara el fin de la guerra. Ahora se decía que el ataque aliado final era inminente. Una invasión terrestre. Eso la asustaba tanto o más que todo lo demás, porque conocía a su Johnny. Se las arreglaría para terminar subido a un tanque cubriendo una noticia en exclusiva.

La espera la había dejado consumida. Había adelgazado siete kilos y llevaba sin dormir de un tirón desde la noche que pasaron en el hotel.

Dobló en dos el último fax y lo dejó encima del montón, con los demás. Cada día se hacía el propósito de no abrirlos y releer las palabras de Johnny; cada día regresaba a ellos.

Aquel día había empezado varias tareas, pero luego las había interrumpido y se había sentado en el sofá a ver la televisión. Llevaba así más de dos horas.

Marah estaba de pie junto a la mesa baja, agarrada al borde de madera con sus manos rosas y regordetas, balanceándose como un bailarín de *breakdance* y parloteando cosas sin sentido. Al final se dejó caer sobre el trasero amortiguado por pañales y de inmediato se alejó gateando.

—Quédate con mamá —dijo Kate distraída. En la televisión ardían los pozos de petróleo; el aire era una espesa nube de humo.

Al otro lado de la habitación, Marah había encontrado algo. Kate lo supo porque se había quedado callada de pronto. Se levantó de un salto y fue hasta la butaca que estaba junto a la chimenea.

*La butaca de Johnny.*



*No pienses en ello*, se dijo. El día menos pensado estará de vuelta para sentarse en ella otra vez y leer el periódico después del trabajo.

Se agachó y cogió a su intrépida hija, que la miró con sus ojos enormes color castaño brillante y empezó a parlotear. Kate no pudo evitar sonreír por lo mucho que intentaba Marah comunicarse, y, como de costumbre, la evidente alegría de su hija la animó.

—Oye, bichito, ¿qué tienes ahí?

La llevó de vuelta al sofá y apagó el televisor al pasar. Ya estaba bien. Encendió la radio en su lugar. El dial estaba en una emisora de viejos éxitos que siempre la hacía negar con la cabeza. Para ella, los setenta no quedaban tan lejos. Los Eagles estaban cantando *Desperado*.

Dejó que la música la transportara a tiempos más amables. Con su hija en brazos bailó por el salón, cantando al ritmo de la canción. Marah reía y se balanceaba, lo que hizo reír a Kate por primera vez en muchos días. Besó la mejilla gordezuela de su hija, acarició con la nariz su cuello de terciopelo y le hizo cosquillas hasta que gritó de felicidad.

Lo estaban pasando tan bien que Kate al principio no se dio cuenta de que sonaba el teléfono. Cuando lo oyó corrió hacia la radio, bajó el volumen y descolgó.

—¿Señora de John Ryan? —Había interferencias. Estaba claro que era conferencia. *Solo en caso de extrema necesidad*.

Se detuvo y apretó con fuerza a Marah, que se revolvía en sus brazos.

—Soy yo.

—Soy Lenny Golliher, amigo de su marido. Estoy aquí en Bagdad con él. Siento tener que comunicarle esto, señora Ryan, pero ayer hubo un bombardeo...

El *maître* llevó a Edna a su mesa de siempre y Tully la siguió tratando de no mirar boquiabierta a todos los poderosos agentes y famosos que estaban almorzando allí. Saltaba a la vista que el 21 era uno de esos lugares donde ver y dejarse ver en Manhattan. Edna se detuvo en casi cada mesa para saludar a alguien y presentó a todos a Tully como «una chica a la que no hay que perder de vista».

Para cuando se sentaron, a Tully le pareció estar flotando. Estaba impaciente por llamar a Kate y contarle que había conocido a John Kennedy

Jr.

Era consciente de la importancia de lo que acababa de ocurrir. Edna acababa de hacerle el regalo de la popularidad.

—¿Por qué yo? —preguntó cuando se fue el camarero.

Edna encendió un cigarrillo y se recostó en el respaldo de su silla. Saludó con la cabeza a alguien al otro lado del local y dio la impresión de no haber oído la pregunta. Tully se disponía a repetirla cuando dijo con voz tranquila:

—Me recuerdas a mí. Eso te sorprende, por lo que veo.

—Me halaga.

—Soy de un pequeño pueblo de Oklahoma. Cuando llegué a Nueva York, con una licenciatura en periodismo y trabajo de secretaria, descubrí la fea verdad sobre esta profesión. Prácticamente todo el mundo es alguien importante o está relacionado con alguien importante. Un cualquiera tiene que trabajar muy duro. No creo que durmiera más de cinco horas por noche, visitara a mi familia o me acostara con alguien que significara algo para mí en casi diez años.

El camarero les trajo la comida, la dejó en la mesa con una inclinación cortés de cabeza y desapareció de nuevo. Con el cigarrillo encendido en la mano, Edna empezó a cortar su filete.

—Cuando te vi pensé: «Esa es la chica a la que voy a ayudar». No sé por qué, excepto, como te he dicho, porque me recordaste a mí.

—Tuve suerte.

Edna asintió con la cabeza y volvió a concentrarse en su comida.

—Señora Guber. —Era el *maître* de nuevo con un teléfono en la mano—. Tiene una llamada urgente.

Edna cogió el teléfono.

—Habla —dijo. Luego estuvo largo rato escuchando—. ¿Cómo se llaman? ¿Cómo ha sido? ¿Una bomba? —Empezó a tomar notas—. Muerto un reportero de Seattle, productor herido.

Tully dejó de escuchar después de «productor». La voz de Edna se convirtió en ruido estático. Se inclinó hacia delante.

—¿Quién es?

Edna se pegó el teléfono al pecho.

—Dos hombres de la redacción de Seattle han resultado heridos en un bombardeo. Bueno, el reportero ha muerto. El productor, John Ryan, está muy grave. —Volvió a la llamada—. ¿Cómo se llamaba el reportero?

Tully contuvo el aliento. Un único pensamiento ocupaba su mente: *Johnny*. Cerró los ojos, pero fue peor; en la oscuridad acudieron a ella una docena de recuerdos dolorosos: los dos sentados en el muelle delante de la casa flotante, hablando de su futuro... Bailando en aquel club ridículo en un barrio sórdido de Seattle tantos años atrás... Su expresión al ver a Marah por primera vez, con lágrimas en los ojos.

—Ay, Dios mío —dijo, poniéndose de pie—. Tengo que irme.

Edna la miró y preguntó con los labios:

—¿Qué pasa?

Tully apenas fue capaz de formar las palabras; le quemaban en la boca.

—Johnny Ryan es el marido de mi mejor amiga.

—¿De verdad? —Edna miró a Tully y a continuación dijo al teléfono—: Maury, pon a Tully en esto. Tiene a alguien dentro. Volveré a llamarte. —Y colgó—. Siéntate, Tully.

Esta obedeció, aturdida. En cualquier caso las piernas estaban a punto de fallarle. Los recuerdos seguían bombardeándola.

—Tengo que ayudar a Katie —murmuró.

—Es una noticia muy gorda, Tully —dijo Edna.

Tully hizo un gesto impaciente con la mano.

—Eso me da igual. Es mi mejor amiga.

—¿Cómo que te da igual? —replicó Edna con sequedad—. De eso nada. Todos quieren cubrir esta noticia, pero tú conoces a uno de los protagonistas. ¿Sabes lo que significa eso?

Tully frunció el ceño e intentó dejar su preocupación a un lado. Tenía la impresión de que aprovecharse de aquello profesionalmente estaba mal.

—No lo veo claro.

—Entonces no eres la mujer que creía que eras. ¿Por qué no puedes conseguir una exclusiva y a la vez consolar a tu amiga?

Tully se quedó pensándolo.

—Si lo planteas así...

—¿De qué otro modo si no? Puedes conseguir una entrevista que nadie más tendrá. Esto te pondrá en el mapa de una vez para todas. Hasta te podría poner en el rincón de los informativos.

Tully no pudo evitar sentirse tentada por aquello. El rincón de los informativos era una mesa en el plató del programa de la mañana desde donde se cubrían las principales noticias del día. Cualquiera que fuera

asignado allí se daba a conocer enseguida. Visibilidad diaria y a nivel nacional. Varias personas habían pasado directamente de allí a presentar.

—Y desde allí podré proteger a Kate de todo.

—Exacto. —Edna cogió el teléfono y marcó un número—. Hart puede conseguirnos una exclusiva, Maury. Es cosa hecha. Yo respondo por ella. —Cuando colgó, su mirada era dura como el acero—. No me falles.

Durante todo el camino de vuelta a la redacción, Tully se dijo que había hecho lo correcto. Una vez en su mesa tiró el abrigo sobre el respaldo de la silla y llamó a Kate. El teléfono sonó y sonó y por fin saltó el contestador:

«Has llamado a casa de los Ryan. Ni Johnny ni Kate pueden atenderte ahora, pero si dejas un mensaje te llamaremos lo antes posible».

Cuando sonó la señal, Tully dijo:

—Hola, Katie, soy yo. Me acabo de enterar...

Kate descolgó el teléfono y desconectó el contestador.

—Hola —dijo. Sonaba muy perdida—. Has recibido mi mensaje. Siento lo del contestador. Esos reporteros chupasangres no me dejan en paz.

—Katie, ¿cómo...?

—Está en un hospital en Alemania. En dos horas cojo un avión del ejército. Te llamo cuando aterrice.

—De eso nada. Nos vemos en el hospital.

—¿En Alemania?

—Pues claro. No voy a dejar que pases sola por esto. Tu madre se queda con Marah, ¿no?

—Sí. ¿Hablas en serio, Tully?

La voz de Kate se animó con esta última pregunta, adquirió un matiz de esperanza.

—Mejores amigas para siempre, ¿o es que no te acuerdas?

—Pase lo que pase. —La voz de Kate se quebró—. Gracias, Tully.

Esta quiso decir: «Oye, para eso están las amigas», pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta. Solo podía pensar en la exclusiva que le había prometido a Edna.

Kate pasó dieciséis horas en un péndulo emocional que oscilaba entre la esperanza y la desesperación. Al principio se centró en los detalles: llamar a sus padres, preparar las cosas de Marah, papeleo... Estar ocupada había sido un salvavidas; sin todo eso no había otra cosa que hacer que desesperarse. En el avión se había tomado somníferos por primera vez en su vida, y, aunque el sueño había sido turbio, oscuro e inquieto, resultaba infinitamente preferible a estar despierta.

Ahora la acompañaban al hospital. Mientras se acercaba a la entrada vio periodistas apiñados en la puerta. Alguno debió de reconocerla, porque se volvieron al unísono, como una bestia que se acaba de despertar, y avanzaron hacia ella.

—Señora Ryan, ¿qué sabe de su marido?

—¿Es una herida en la cabeza?

—¿Ha hablado...

—... o abierto los ojos?

Kate no aflojó el paso. Si algo sabía la mujer de un productor era cómo moverse entre periodistas. Estaban siendo todo lo respetuosos que eran capaces, dada su profesión. Aunque Johnny era un colega y sabían que podía haberles ocurrido a cualquiera de ellos, la noticia era la noticia.

—Sin comentarios. —Se abrió paso y entró en el hospital. Era como todos: paredes desnudas, suelos funcionales, personas de uniformes inmaculados recorriendo apresuradas amplios pasillos...

Estaba claro que los habían alertado de su llegada, porque una mujer corpulenta con uniforme blanco y cofia almidonada fue hacia Kate con una sonrisa comprensiva.

—¿La señora Ryan? —dijo con un inglés de marcado acento alemán.

—Sí.

—La acompaño a la habitación de su marido. El médico vendrá enseguida a hablar con usted.

Kate asintió con la cabeza.

Por suerte la mujer no intentó entablar conversación mientras subían en el ascensor. Ya en la tercera planta, dejaron atrás el control de enfermería y entraron en la habitación de Johnny.

Su aspecto era frágil y roto, como el de un niño acostado en la cama de sus padres. Kate se detuvo, dándose cuenta un segundo demasiado tarde de que había dedicado demasiado tiempo a imaginar un reencuentro y no lo bastante a adelantarse a aquella realidad. Aquel hombre se parecía muy poco a su vibrante y guapo marido.

Tenía la cabeza envuelta en vendajes blancos. La mitad izquierda de la cara estaba hinchada y descolorida; tenía los dos ojos tapados. A su alrededor había máquinas, cables y vías intravenosas.

La enfermera le dio un golpecito en el hombro y la empujó con suavidad hacia la cama.

—Está vivo —dijo—. Eso es lo que debe ver cuando lo mire.

Kate dio el paso más difícil de toda su vida. Hasta aquel momento ni siquiera había sido consciente de que se había detenido.

—Normalmente es muy fuerte.

—Ahora necesita que la fuerte sea usted.

Aquellas eran las palabras que Kate necesitaba oír. Tenía una obligación; ya llegaría el momento de abandonarse a sus sentimientos y de desmoronarse, cuando estuviera sola.

—Gracias —le dijo a la enfermera, y fue hacia la cama.

A su espalda la puerta se cerró con suavidad y supo que estaban solos, ella y aquel hombre que era y no era al mismo tiempo su Johnny.

—Este no es el trato que hicimos —dijo—. Me acuerdo perfectamente de que me prometiste que estarías bien. Así que voy a suponer que vas a cumplir tu promesa. —Se enjugó los ojos y se inclinó para besarle la hinchada mejilla—. Mis padres rezan por ti, Marah está con ellos. Y Tully viene de camino para estar con nosotros; ya sabes lo mucho que se va a cabrear si no le prestas toda tu atención. Más te vale despertarte ahora si no quieres que te mate a preguntas. —Se dio cuenta de lo que había dicho y se estremeció, pero sacó fuerzas de flaqueza para continuar—. No hablaba en serio —susurró agarrada

con fuerza a las barras de la cama—. ¿Me oyes, John Ryan? Hazme saber que estás aquí. —Le cogió una mano—. Apriétame la mano, cariño. Tú puedes. —Y a continuación—: Di algo, por Dios. Te juro que ni siquiera te voy a regañar por darme este susto. Al menos no todavía.

—¿Señora Ryan?

Kate ni siquiera había oído abrirse la puerta. Cuando se giró había un hombre a no más de tres metros de ella.

—Soy el doctor Carl Schmidt. Su marido es paciente mío.

Lo cortés habría sido soltar a Johnny e ir a estrechar la mano del doctor Schmidt, y Kate llevaba toda la vida comportándose como una persona cortés, pero ahora no podía moverse, no podía simular que estaba bien. Solo fue capaz de decir:

—¿Y?

—Tiene una herida grave en la cabeza, como sin duda sabe. Ahora mismo está muy sedado, así que no podemos hacer un examen en profundidad de sus funciones cerebrales. En Bagdad recibió un tratamiento excelente. Los médicos le extirparon una sección del cráneo...

—¿Cómo dice?

—Extirparon una sección del cráneo para dejar sitio a la inflamación del cerebro. No se preocupe, es un procedimiento rutinario en este tipo de lesiones.

Kate quiso decir que rutinaria podía ser una apendicectomía, pero no se atrevió.

—¿Por qué tiene los ojos vendados?

—Todavía no sabemos si...

La puerta de la habitación se abrió de par en par y chocó contra la pared. Tully entró en la habitación igual que un ciclón —no podía haberse descrito de otra forma— y se paró en seco. Jadeaba y su expresión era sospechosamente animada.

—Siento haber tardado tanto, Kate. Nadie quería decirme dónde estabais.

—Perdón —señaló el médico—. Aquí solo pueden estar los familiares.

—Es de la familia —replicó Kate, e hizo ademán de coger la mano de Tully. Esta tiró de ella y la abrazó. Lloraron juntas hasta que Kate se separó y se secó los ojos.

—Todavía no sabemos si se quedará ciego —continuó el médico—. Lo sabremos si se despierta.

—Cuando se despierte —puntualizó Tully, pero le temblaba la voz.

—Las próximas cuarenta y ocho horas nos dirán muchas cosas —prosiguió el médico impertérrito, como si no le hubieran interrumpido.

Cuarenta y ocho horas. Parecía toda una vida.

—Sigan hablándole —concluyó el médico—. Eso no puede ser malo.

Kate asintió con la cabeza y se hizo a un lado para dejar al médico acercarse a la cama y examinar a Johnny. Tomó algunas notas y se fue.

En cuanto se marchó, Tully cogió a Kate por los hombros y la zarandé con suavidad.

—No vamos a creer en las cosas malas. Aquí Herr Doktor no conoce a Johnny Ryan. Nosotras sí. Prometió volver a casa contigo y Marah y es un hombre que cumple sus promesas.

La mera presencia de Tully animaba a Kate, la mantenía a flote. Empezó a recuperar la fortaleza que parecía haberla abandonado a toda velocidad.

—Más te vale hacerle caso, Johnny. Ya sabes lo cabrona que puede ser cuando le llevan la contraria.

Pasaron las seis horas siguientes junto a su cama. Kate hablaba todo lo que podía, hasta que se quedaba sin fuelle o rompía a llorar. Entonces intervenía Tully, que retomaba el hilo de la conversación.

En algún momento durante la noche —Kate no supo qué hora era— bajaron a la cafetería desierta, sacaron comida de las máquinas expendedoras y se sentaron en una mesa cerca de la ventana.

Solas, rodeadas de mesas vacías, se miraron.

—¿Qué vas a hacer con la prensa?

—¿Qué quieres decir?

Tully se encogió de hombros y dio un sorbo a su café.

—Ya has visto a los periodistas en la puerta. Es una noticia gorda, Katie.

—La enfermera me contó que habían intentado hacerle fotos cuando lo traían en camilla. Un periodista incluso intentó sobornar a los celadores de la planta para que le hicieran una foto con la cara vendada. No te ofendas, pero son unas cucarachas.

—No me ofendo. Y no todos somos así, Katie.

—Johnny no querría que se enteraran.

—¿Estás de broma? Es periodista. Estoy segura de que querría que sus colegas, al menos uno de ellos, cubrieran la información.

—¿De verdad crees que querría que el mundo se enterara de que puede



quedarse ciego o con lesiones cerebrales? ¿Quién le iba a dar trabajo? De ninguna manera. Voy a contener la noticia hasta que sepamos cómo está.

—¿Han dicho que puede tener daños cerebrales?

—Le han quitado un trozo de cráneo, así que ¿tú qué crees? —Kate se estremeció—. No tienen ningún derecho a hurgar debajo de sus vendas.

—Es noticia, Kate —dijo Tully con suavidad—. Si me dieras la exclusiva, yo te protegería.

—Si no fuera por las noticias no estaría ahora mismo luchando por su vida.

—Los periodistas somos así.

Era un recordatorio directo de todo lo que compartían Johnny y Tully, de aquel vínculo que siempre excluía a Kate. Quiso hacer un comentario cortante, pero estaba demasiado cansada. Llevaba semanas sin dormir bien y le dolían cada músculo y cada nervio del cuerpo.

Tully le cubrió una mano con la suya.

—Déjame que me ocupe yo de los medios de comunicación. Así ni siquiera tendrás que pensar en ello.

Kate sonrió por primera vez en veinticuatro horas.

—¿Qué haría yo sin ti, Tully?

—¿Me estás tomando el pelo? Llevo tres días esperando tu llamada y, cuando por fin te tomas la molestia, ¿me dices que necesitas más tiempo?

Tully se inclinó aún más hacia el teléfono público en un intento por conseguir un mínimo de intimidad en un lugar nada íntimo.

—La familia no está preparada aún para hacer declaraciones, Maury. Los médicos respetan sus deseos. Estoy segura de que lo entiendes.

—¿Que lo entiendo? ¿Y eso a quién coño le importa? Esto son los informativos, Tully, no una reunión de amigas para cotillear. La CNN ha dicho ya que está herido en la cabeza...

—Eso no ha sido confirmado oficialmente.

—Joder, Tully, me estás poniendo en una situación muy difícil. Los jefes están cabreados. Esta mañana estaban hablando de quitarte la noticia. Dick quiere mandar a...

—Te conseguiré algo.

—Dame la información hoy y la semana que viene estarás en el rincón de los informativos.

Por un momento Tully no supo si había oído bien.

—¿Lo dices en serio?

—Tienes veinticuatro horas, Tully. Después serás una estrella o un cero a la izquierda. Tú verás.

Tully le oyó colgar con violencia. Por las ventanas desnudas del vestíbulo desierto veía a periodistas formando corrillos en la acera. Llevaban tres días esperando una declaración oficial sobre el estado de salud de Johnny. Mientras tanto habían informado de lo que se sabía: los acontecimientos que habían precedido al bombardeo, los partes médicos sobre el terreno de sus lesiones y su experiencia en Centroamérica. Luego usaron aquello como punto de partida para información de tipo más general, como los peligros que corrían los corresponsales de guerra, los desafíos específicos de la operación Tormenta del Desierto y los múltiples tipos de lesiones que pueden provocar los bombardeos.

Tully se preguntó qué diablos iba a hacer. Todo debía salir de manera que tanto Maury como Kate consiguieran lo que querían. Que fuera así dependía de Tully, y, si lo conseguía, su futuro podía cambiar. Prefería morir antes que decepcionar a Edna, y, tal y como había dicho esta, Tully podía hacer su trabajo y al mismo tiempo proteger a Kate. Tendría que dar la noticia, pero lo importante era cómo lo haría.

Con cuidado. Con tacto. Sin hablar de daños cerebrales ni de posible ceguera. Así todos tendrían lo que querían.

*El rincón de los informativos.*

Llevaba toda la vida soñando con ese trabajo, que imaginaba como el comienzo de todo. No podía dejar pasar la oportunidad. Sin duda Kate lo entendería.

Pues claro que sí.

Sonrió y fue en busca del cámara. Empezarían dando contexto, con unos planos interiores y exteriores del hospital, esas cosas. Esconderían la cámara siempre que fuera necesario. Por suerte, todo el personal importante sabía que Kate había autorizado a Tully a visitar a Johnny cuando quisiera.

Fue a la entrada y salió a la tarde fría y gris. El cámara estaba en una esquina, apartado del grupo de periodistas. Cuando Tully le hizo una señal, escondió la cámara debajo del abrigo de plumas y echó a andar hacia ella.

Kate estaba en el despacho del doctor Schmidt.

—Entonces, la inflamación no ha bajado —dijo, esforzándose por no retorcerse las manos sudorosas. Estaba tan cansada que le costaba mantener los ojos abiertos.

—No todo lo rápido que nos gustaría. Si no hay una mejoría pronto, me parece que tendremos que operar otra vez.

Kate asintió con la cabeza.

—No se preocupe todavía, señora Ryan. Su marido es muy fuerte. Se ve que está luchando mucho.

—¿Cómo lo saben?

—Porque sigue vivo. Un hombre más débil no seguiría aquí.

Kate trató de sacar fuerzas de aquello, de creerlo de verdad, pero cada vez le costaba más conservar la esperanza. Cada día que pasaba la hundía más, debilitaba los muros de su fe; en algunos lugares el miedo se convertía en certeza y se abría paso.

El doctor Schmidt se puso de pie.

—Tengo que ir a ver a un paciente. La acompaño de vuelta a la habitación del señor Ryan.

Kate asintió y echó a andar con él. Por un momento, con el médico a su lado hablando con su voz suave y llena de autoridad, añoró a su padre.

—Bueno, nos separamos aquí —dijo el doctor Schmidt señalando el pasillo que llevaba al servicio de radiología.

Kate asintió. Habría murmurado un sencillo adiós, pero no se fiaba de su voz y lo último que quería era dejar ver su debilidad.

Lo miró alejarse. Cuando llegó al final del pasillo, el médico se incorporó a un mar de cuerpos vestidos de blanco y desapareció.

Kate suspiró y se dirigió a la habitación de Johnny. Si tenía suerte, Tully estaría allí. La mera presencia de su amiga era una gran ayuda. Lo cierto era que Kate no sabía si habría sobrevivido los días pasados sin ella. Habían jugado a las cartas, compartido historias e incluso cantado juntas viejas canciones con la esperanza de que Johnny quisiera despertarse solo para mandarlas callar. La noche anterior Tully había dado con un episodio viejo de *Mamá y sus increíbles hijos* en alemán y había hecho reír a Kate inventándose un diálogo según el cual a David Cassidy le gustaba su hermana televisiva. Incluso habían tenido que venir las enfermeras a pedirles que bajaran la voz.

Dobló la esquina y vio a un hombre alto y de pelo largo con un anorak de plumas y tejanos gastados en la puerta de la habitación de Johnny. Al hombro llevaba una cámara de vídeo negra. Estaba grabando; Kate lo supo por el piloto rojo encendido.

Corrió por el pasillo, lo sujetó por la manga y lo hizo volverse.

—¿Qué coño estás haciendo? —Lo empujó tan fuerte que el hombre se tambaleó y estuvo a punto de caer. Kate se sintió bien, tanto que deseó haberle dado un puñetazo en la cara—. Carroñero —siseó, mientras apagaba la cámara pulsando el botón con un dedo.

Entonces vio a Tully. Su mejor amiga estaba a los pies de la cama de Johnny con un suéter rojo de escote en pico y pantalones negros, peinada y maquillada para las cámaras y con un micrófono en la mano.

—Ay, Dios mío —susurró Kate.

—No es lo que crees.

—¿No estás informado sobre el estado de salud de Johnny?

—Sí, ya sabes que sí, pero te lo iba a explicar. Te lo iba a explicar todo. Subí a preguntarte...

—Con un cámara —dijo Kate dando un paso atrás.

Tully corrió hacia ella, suplicante.

—Me llamó mi jefe. Me van a despedir si no consigo esta exclusiva. Sabía que lo comprenderías si te contaba la verdad. Conoces este mundo y lo mucho que significa para mí, pero nunca haría nada que os perjudicara a Johnny o a ti.

—¿Cómo te atreves? Se supone que eres mi amiga.

—Y lo soy. —La voz de Tully adquirió un matiz de pánico. La expresión de sus ojos era tan nueva que Kate tardó un segundo en reconocerla: era miedo—. No debería haber empezado a grabar, lo reconozco, pero pensé que no te importaría. A Johnny desde luego le parecería bien; es periodista, como yo. Como tú antes. Sabe que la noticia...

Kate abofeteó a Tully lo más fuerte que pudo.

—No es tu noticia. Es mi marido. —Al pronunciar aquella última palabra la voz de Kate se quebró—. Fuera. Vete de aquí. —Cuando Tully no se movió, gritó—: ¡Que te largues ahora mismo! Sal de esta habitación; es solo para familiares.

Junto a la cama de Johnny saltó una alarma.

Entraron varias enfermeras vestidas de blanco y apartaron a Kate y a Tully.

Pasaron a Johnny a una camilla con ruedas y se lo llevaron.

Kate se quedó mirando la cama vacía.

—Katie...

—Vete —dijo esta con voz inexpresiva.

Tully la cogió de la manga.

—Venga, Katie. Somos amigas para siempre. Pase lo que pase, ¿te acuerdas? Me necesitas.

—No eres la amiga que necesito ahora mismo.

Kate se soltó y salió de la habitación.

Hasta que no estuvo en la segunda planta, sola en el baño de señoras mirando la puerta metálica color verde de uno de los cubículos, no se echó a llorar.

Horas después Kate estaba sola en la sala de espera. En algunos momentos del día había habido más gente, grupos de personas encorvadas y con ojos vidriosos esperando noticias de sus seres queridos. Ahora, sin embargo, la voluntaria que atendía la recepción se había ido y la sala estaba desierta.

Nunca el tiempo había pasado tan despacio. No tenía nada que hacer, nada con que distraerse. Intentó hojear alguna revista, pero ninguna estaba en inglés y las fotografías no le interesaban. Ni siquiera llamar a casa de sus padres la había ayudado. Sin Tully para levantarle el ánimo, se hundía poco a poco en la desesperación.

—¿Señora Ryan?

Se puso de pie enseguida.

—Hola, doctor, ¿cómo ha ido la operación?

—Bastante bien. Tenía una hemorragia importante en el cerebro, que creemos que explica la persistencia de la inflamación. La hemos parado. Tal vez esto sea motivo de nueva esperanza, ¿no cree? ¿Quiere que la acompañe a la habitación?

Se conformaba con saber que estaba vivo.

—Gracias.

Cuando pasaron por el control de enfermería, el doctor dijo:

—¿Quiere que localicemos a su amiga, Tallulah? Supongo que no querrá estar sola ahora mismo.

—No quiero estar sola, eso es verdad —dijo Kate—. Pero Tallulah ya no

es bien recibida aquí.

—Ah, bueno. Debe seguir creyendo que se va a despertar. En mis años aquí he visto muchos de esos llamados milagros. A menudo pienso que la fe tiene algo que ver.

—Me da miedo hacerme ilusiones —musitó Kate.

El médico se detuvo ante la puerta cerrada de la habitación de Johnny y la miró.

—No he dicho que tener fe sea fácil; solo que es necesaria. Y al fin y al cabo, aquí está, a su lado, ¿no? Eso es algo que también requiere valor.

Le dio una palmadita en el hombro y la dejó frente a la puerta.

Kate no supo muy bien cuánto tiempo pasó allí, sola en el pasillo desnudo del hospital. En algún momento, sin embargo, entró en la habitación y se sentó. Con voz queda y temblorosa cerró los ojos y habló a Johnny. De qué, no habría podido decirlo. Solo sabía que una voz podía iluminar un lugar oscuro, y que la luz podía mostrarte la salida.

Cuando quiso darse cuenta, había amanecido. La luz del sol brillaba a través de la ventana que daba a la calle e iluminaba el suelo beis de linóleo y las paredes blanco roto.

Se levantó de la silla y se acercó a la cama, agarrotada y dolorida.

—Hola, guapo —murmuró inclinándose para besar la mejilla de Johnny. Le habían quitado las vendas de los ojos y reparó en lo hinchado y amoratado que tenía el izquierdo—. Se acabaron las hemorragias cerebrales, ¿vale? Cuando quieras que te haga caso, límitate a las tácticas tradicionales, como ponerme furiosa o darme un beso.

Siguió hablando hasta que se quedó sin cosas que decir. Entonces puso el televisor que estaba colgado del techo en un rincón. Se encendió con un ruido hueco y un zumbido y en la pantalla apareció una imagen en blanco y negro y llena de grano.

—El trasto que tanto te gusta —dijo con amargura mientras le cogía la mano a Johnny. Se aferró a sus dedos secos y flácidos. Luego se inclinó, le besó en la mejilla y mantuvo su cara pegada a la de él. Aunque olía a hospital, a antisépticos y a medicamentos, si se esforzaba mucho podía reconocer su aroma particular—. He puesto la televisión. Eres protagonista de las noticias.

No hubo respuesta.

Kate fue cambiando de canal distraída buscando algo en inglés.

La cara de Tully llenó la pantalla.

Estaba delante del hospital con el micrófono a la altura de la boca. Unos subtítulos transcribían sus palabras: «Durante días el mundo se ha preguntado y preocupado por John Patrick Ryan, el productor de informativos de televisión que resultó herido de gravedad cuando una bomba explotó cerca del hotel Al-Rashid. Aunque ayer se celebró el funeral del reportero, Arthur Gulder, que lo acompañaba, ni la familia de Ryan ni el hospital alemán han hecho declaraciones a los medios de comunicación. ¿Y quién puede culparlos? Es un momento de profunda tragedia personal para la familia Ryan. John, Johnny para los amigos, sufrió un fuerte traumatismo en la cabeza durante la explosión. En el hospital de campaña cerca de Bagdad se le realizó una intervención de urgencia. Los especialistas me informan de que sin esa cirugía de campaña John Ryan no habría sobrevivido».

Entonces la imagen en pantalla cambió por una de Tully junto a la cama de Johnny. Este yacía inmóvil en las sábanas blancas, con la cabeza y los ojos vendados. Aunque la cámara solo se detenía un instante en Johnny antes de volver a enfocar la cara de Tully, era una imagen difícil de olvidar.

«El pronóstico de John Ryan es reservado. Los especialistas con los que he hablado dicen que solo queda esperar a que remita la inflamación del cerebro. Si es así tiene muchas posibilidades de sobrevivir. Si no...». Su voz se fue apagando mientras rodeaba la cama hasta situarse a sus pies. Una vez allí, miró directamente a la cámara. «Todo son incertidumbres, excepto esto: esta es una historia de héroes, tanto en la zona de guerra como en casa. John Ryan quería traer noticias de la guerra al pueblo estadounidense y lo conozco lo bastante bien para decir que sabía los riesgos que asumía y que no lo habría querido de otra manera. Y mientras él cubría la guerra, su esposa, Kathleen, estaba en casa con la hija de un año de ambos, convencida de que su marido estaba haciendo algo importante. Como la mujer de cualquier soldado, también gracias a su sacrificio John Ryan pudo hacer su trabajo». La cámara volvía al plano de Tully en las escaleras de entrada al hospital. «Tallulah Hart, informando desde Alemania. Y déjame añadir, Bryant, que nuestras oraciones están hoy sin duda con la familia Ryan».

Kate siguió con la vista fija en el televisor largo rato después de que terminara el programa.

—Nos ha hecho parecer héroes —dijo a la habitación vacía—. Incluso a mí.

Sintió un aleteo tenue en la palma de la mano. Fue tan suave que al principio estuvo a punto de pasarle desapercibido. Frunció el ceño y bajó la vista.

Johnny abrió despacio los ojos.

—¿Johnny? —susurró Kate, medio temiendo que fueran imaginaciones tuyas, que el estrés hubiera podido con ella—. ¿Me ves?

Johnny le apretó la mano. Apenas fue un apretón en realidad; en circunstancias normales no habría sido ni un roce, pero ahora hizo reír y llorar a Kate al mismo tiempo.

—¿Me ves? —repitió acercándose más—. Si me ves, cierra los ojos.

Despacio, Johnny cerró los ojos.

Le besó en la mejilla, en la frente, en los labios agrietados...

—¿Sabes dónde estás? —preguntó por fin antes de pulsar el botón para avisar a las enfermeras.

Vio la confusión en los ojos de Johnny y se asustó.

—¿Y yo? ¿Sabes quién soy?

Johnny la miró y tragó saliva con dificultad. Muy despacio, abrió la boca y dijo:

—Mi... Katie.

—Sí —dijo esta rompiendo a llorar—. Soy tu Katie.

Las setenta y dos horas siguientes fueron una vorágine de reuniones, procedimientos, pruebas y ajustes de la medicación. Kate acompañó a Johnny a que lo vieran oftalmólogos, psiquiatras, fisioterapeutas, logopedas y, por supuesto, el doctor Schmidt. Al parecer todos tenían que firmar el alta de Johnny antes de que Kate pudiera llevárselo a un centro de rehabilitación cerca de casa.

—Tiene suerte de tenerla —dijo el doctor Schmidt al término de su reunión.

Kate sonrió.

—La afortunada soy yo.

—Bien. Ahora le sugiero que vaya a la cafetería y coma algo. Esta semana ha perdido demasiado peso.

—¿De verdad?

—Sin duda. Y ahora vaya. Llevaré a su marido a su habitación cuando le



hayan hecho todas las pruebas.

Kate se levantó.

—Gracias, doctor Schmidt. Por todo.

El médico hizo un gesto de «no es nada» con la mano.

—Es mi trabajo.

Kate se dirigió a la puerta con una sonrisa. Casi la había alcanzado cuando el doctor la llamó. Se giró.

—¿Sí?

—Ya no quedan muchos periodistas, pero ¿podemos emitir un comunicado sobre el estado de su marido? Nos gustaría que se fueran.

—Lo pensaré.

—Estupendo.

Kate salió del despacho y fue al ascensor al final del pasillo.

Aquella tarde de jueves la cafetería estaba casi desierta. Había algunos grupos de personal del hospital reunidos alrededor de las mesas rectangulares y alguna familia comiendo. Era fácil distinguirlos. El personal reía y hablaba mientras comía; los familiares de pacientes estaban quietos y callados, con la vista fija en la comida y consultando el reloj cada pocos minutos.

Kate fue por entre las mesas hasta la ventana. Fuera, el cielo era de color gris oscuro como el acero; iba a llover en cualquier momento.

Incluso con la deformación del cristal vio su aspecto cansado, agotado.

Era extraño, pero la soledad se le hacía más dura ahora, que sentía alivio, que antes, cuando estaba desesperada. Antes lo que más le apetecía era sentarse, dejar la mente en blanco y tratar de imaginar lo mejor. Ahora tenía ganas de reír con alguien, de sonreír y hacer un brindis y decir que desde el principio había sabido que todo iba a salir bien.

No. Con alguien no.

*Con Tully.*

Durante toda la vida de Kate, Tully había sido la persona con quien celebrar, la fiesta siempre a punto de empezar. Su mejor amiga habría brindado simplemente por el hecho de cruzar una calle sin que la pillara un coche si eso era lo que Kate quería.

Dejó la ventana, fue a la mesa y se sentó.

—Tienes pinta de necesitar una copa.

Kate levantó la vista. Tully llevaba vaqueros negros impecables y un jersey de angora de escote barco color blanco. Aunque iba peinada y maquillada a la

perfección, parecía cansada. Y nerviosa.

—¿Sigues aquí?

—¿Pensabas que te iba a dejar? —Tully trató de sonreír, pero no lo consiguió del todo—. Te he traído un té.

Kate miró el vaso de poliestireno que Tully tenía en la mano. Sabía que era su favorito, Earl Grey, mezclado con la cantidad justa de azúcar.

Era la única manera de la que Tully sabía disculparse por lo que había hecho. Si Kate aceptaba sus disculpas, sabía que habría que olvidar lo ocurrido: la traición y la bofetada tendrían que desvanecerse de modo que pudieran volver al camino que había conectado sus vidas. Sin arrepentimientos ni rencores. Serían otra vez TullyKate, al menos en la medida en que podían serlo dos mujeres ya adultas.

—La información estaba muy bien contada —comentó serena.

Los ojos de Tully suplicaban perdón y comprensión, pero lo que dijo fue:

—La semana que viene me pasan a informativos. Es solo una sustitución, pero por algo se empieza.

Kate pensó: *Así que por eso me vendiste*, pero sabía que no podía decirlo. Así que contestó:

—Felicidades.

Tully le ofreció el vaso con té.

—Acéptalo, Katie, por favor.

Kate miró largo rato a su amiga. Quería que esta le regalara las palabras «lo siento», pero sabía que nunca lo haría. Sencillamente, Tully no estaba hecha de esa pasta. Kate no sabía con exactitud a qué se debía la incapacidad de Tully para pedir perdón, pero sospechaba que tenía algo que ver con Nube. Había una parte de su mejor amiga que había sufrido daños irreparables siendo una niña, y aquella era, por así decirlo, la cicatriz. Por fin aceptó el vaso y dijo:

—Gracias.

Tully sonrió y se sentó a su lado. No se había acercado aún a la mesa cuando empezó a hablar.

Pronto había conseguido hacer reír a Kate. Eso era lo bueno de las amigas. Igual que una hermana o una madre, podían cabrearte, hacerte llorar y romperte el corazón, pero luego, en el momento de la verdad, ahí estaban, haciéndote reír incluso en los momentos más sombríos.

Con todo lo malo que estaba siendo aquel año, Kate sabía que podía haber sido mucho peor. El hombre que llevó a casa desde Alemania no fue, durante los primeros meses, más que un pálido reflejo de su marido. El cerebro tardó en curarse y en ocasiones se impacientaba consigo mismo cuando no le salía una palabra o era incapaz de asimilar una idea. Kate pasó incontables horas con él en rehabilitación, tanto trabajando con él y el fisioterapeuta como esperándolo fuera, con Marah.

Desde que llegaron a casa, Marah pareció percibir que a su padre le pasaba algo y no la consolaban ni todos los mimos del mundo. A menudo se despertaba en plena noche y no se callaba hasta que Kate se la llevaba a la cama con ellos (una costumbre que hacía a su madre poner los ojos en blanco, encender un pitillo y decir: «Lo lamentarás»).

Cuando llegaron las Navidades, Kate decoró toda la casa con la esperanza de que la visión de los adornos de siempre los unieran y así volvieran a ser la familia de antes.

Durante la hora de las chicas, mientras se tomaba una copa de vino y le explicaba a la tía Georgia y a su madre lo bien que estaba, se echó a llorar.

Su madre la cogió de la mano.

—No pasa nada, cariño. Desahógate.

Pero a Kate le daba miedo.

—Estoy bien —dijo—. Ha sido un año duro, nada más.

Llamaron al timbre.

La tía Georgia se levantó.

—Deben de ser Rick y Kelli.

Era Tully. Estaba espectacular, con un abrigo tres cuartos de cachemir blanco y pantalones a juego. Llevaba regalos suficientes para tres familias.

—No me digáis que habéis empezado la hora de las chicas sin mí. Si es así tendréis que empezar otra vez.

—Dijiste que tenías que ir a Berlín —contestó Kate deseando haberse vestido algo mejor y haberse maquillado.

—¿Y perderme las Navidades? Para nada.

Dejó los regalos debajo del árbol y abrazó a Kate.

Esta no había sabido lo mucho que había echado de menos a su amiga hasta entonces.

Tully convirtió la hora de las chicas en una fiesta. A la una, cuando se suponía que el pavo tenía que estar en el horno, la madre de Kate, la tía Georgia y Tully seguían bailando canciones de ABBA y Elton John y cantando a pleno pulmón.

Kate se quedó junto al árbol. La habitación parecía haberse iluminado de repente. ¿Cómo hacía Tully para convertirse con tal facilidad en el alma de cualquier fiesta? Tal vez era porque no tenía que dedicar tiempo de su vida a tareas poco satisfactorias como limpiar, cocinar o poner lavadoras.

Johnny se acercó a Kate y esta reparó en que apenas cojeaba ya.

—Aquí estás —dijo Johnny.

—Hola.

A su alrededor todos hablaban y cantaban. La tía Georgia estaba haciendo la coreografía de la canción *The Time Warp* de *The Rocky Horror Picture Show* con Sean, la novia de este y el tío Ralph. Los padres de Kate estaban hablando con Tully, que se balanceaba al compás de la música con Marah en brazos.

Johnny se agachó y sacó una cajita envuelta en papel plateado y dorado con celo en los bordes y un lazo rojo y demasiado grande de debajo del árbol de Navidad. Se la dio a Kate.

—¿Quieres que lo abra ahora?

Johnny asintió.

Kate rasgó el papel, arrancó el lazo y encontró un estuche de terciopelo azul. Cuando lo abrió se quedó boquiabierta. Era una preciosa cadena de oro con un guardapelo en forma de corazón e incrustaciones de diamantes.

—Johnny...

—He hecho muchas tonterías a lo largo de mi vida, Katie, y por casi todas he pagado un precio. Últimamente también tú lo has pagado. Sé lo duro que ha sido este año para ti. Y quiero que sepas una cosa: eres lo único que he

hecho bien en mi vida. —Sacó la cadena del estuche y se la puso—. He vuelto a mi antiguo puesto en la redacción. Ya no tendrás que preocuparte más por mí. Eres mi corazón, Katie Scarlett, y siempre voy a estar a tu lado. Te quiero.

A Kate se le cerró la garganta de la emoción.

—Yo también te quiero.

En los años de universidad, los cerezos de la explanada marcaban el paso del tiempo. Las estaciones llegaban y se iban en sus estilizadas ramas de color marrón grisáceo. En la década de los ochenta, el paso del tiempo lo habían marcado las farolas de la calle empedrada delante de Public Market. Cuando aleteaban en ellas las primeras banderolas de FELIZ NAVIDAD sabía que había terminado otro año.

En los noventa fue el pelo de Tully. Cada día, mientras Kate bañaba y daba de comer a Marah, veía el programa de la mañana en la televisión. Los peinados de Tully cambiaban dos veces al año como un mecanismo de relojería. Primero fue el flequillo extracorto al estilo de Jane Pauley; luego, el look desaliñado de Meg Ryan; después, aquel corte a lo chico que le daba un aspecto imposiblemente juvenil; y, hacía poco, había elegido el corte del que más se hablaba en todo el país: el de Rachel de la serie *Friends*.

Cada vez que Kate veía un cambio de peinado se sorprendía de lo rápido que pasaba el tiempo. Los años no transcurrían, volaban. Era ya el último día de agosto de 1997. En poco más de una semana su hija empezaría segundo de primaria.

Odiaba admitir lo mucho que había deseado que llegara ese día.

Durante los últimos siete años había sido la mejor madre que había podido. Había dejado constancia diligentemente de cada hito en la vida de Marah en un álbum y sacado fotografías suficientes para documentar de modo científico una nueva forma de vida. Pero aún más, había disfrutado tanto de su hija que en ocasiones se había sentido perdida en el mar de amor que las rodeada. Ella y Johnny habían intentado durante años concebir otro hijo, pero no habían tenido suerte. Para Kate había sido difícil de sobrellevar; con el tiempo, sin embargo, había aceptado tener una familia pequeña y se había concentrado en hacer perfecto cada momento. Por fin había encontrado algo que la apasionaba: ser madre.

Pero a medida que los meses se convertían en años había empezado a sentir un asomo de insatisfacción. Al principio se lo había guardado dentro; después de todo, ¿qué motivos tenía para quejarse? Le encantaba su vida. El tiempo libre que tenía lo dedicaba a trabajar de voluntaria en el colegio y en la Casa de Ayuda, un centro local que proporcionaba asistencia a mujeres en dificultades. Incluso dio unas cuantas clases de pintura.

No era suficiente, no llenaba el vacío invisible, pero la hacía sentirse productiva y útil. Y aunque las personas que la querían —Johnny, Tully, su madre— no dejaban de comentar que parecía estar buscando algo más, Kate las ignoraba a todas. Era mucho más fácil centrarse en el presente, en su hija. Ya tendría tiempo más adelante de buscar para sí misma.

Ahora estaba frente a la ventana del salón, vestida con un pijama de franela, mirando al jardín trasero todavía oscuro. Incluso en las sombras reconocía juguetes desperdigados por el porche y el césped. Barbies. Muñecos Troll. Un triciclo caído de lado. Un Corvette de plástico rosa que las olas llevaban y traían.

Negó con la cabeza, se apartó de la ventana y encendió el televisor. En cuanto Marah se despertara la obligaría a recoger los juguetes. La rabieta estaba asegurada.

El televisor se encendió con un chasquido sordo. Debajo del rostro de expresión seria de Bernard Shaw una tira de texto decía: NOTICIA DE ÚLTIMA HORA. Detrás del presentador se sucedían fotografías de la princesa Diana de Gales. «Para aquellos de ustedes que se acaban de incorporar —dijo Shaw—, les comunicamos que la princesa Diana ha muerto...».

Kate miró la pantalla sin comprender demasiado bien.

La princesa. Su princesa, ¿muerta?

A su lado sonó el teléfono. Contestó sin apartar la vista del televisor.

—¿Sí?

—¿Estás viendo las noticias?

—¿Es verdad?

—He venido a Londres a cubrirlo.

—Dios mío. —Kate miró las imágenes de la televisión de una Diana joven y tímida con falda tableada y cazadora bómbier, cabizbaja; Diana embarazada, con aspecto esperanzado y radiantemente feliz; Diana elegante, con un espectacular vestido de gala con escote de hombros caídos, bailando con John

Travolta en la Casa Blanca; Diana risueña en una atracción de Disneyland con sus hijos, y, por fin, Diana sola, en un hospital lejos de casa, con un niño africano desnutrido en brazos.

Aquellas pocas imágenes resumían toda la vida de una mujer.

—No puede terminarse tan rápido —dijo Kate más para sí misma que para Tully. Entonces se dio cuenta de que su amiga estaba hablando y de que la había interrumpido.

—Ahora que empezaba a independizarse, además.

Tal vez había esperado demasiado tiempo para intentarlo. Kate sabía lo que era eso, sabía lo aterrador que podía ser ver crecer a tus hijos, a tu marido irse a trabajar y preguntarte qué ibas a hacer con la esquirra de vida que era solo tuya.

La pantalla se llenó de imágenes conocidas: Diana llegando sola a algún acto, saludando a la gente; luego apareció una imagen de las puertas frontales de uno de los castillos, donde empezaban a apilarse flores dedicadas a su memoria. Qué rápido podía cambiar la vida. Kate no entendía cómo había podido olvidarlo.

—Kate, ¿estás bien?

—Creo que me voy a matricular en clases de escritura en la Universidad de Washington —dijo despacio. Las palabras le salieron solas.

—¿De verdad? Me parece genial. Siempre se te ha dado fenomenal escribir.

Kate no contestó. Se hundió en el sofá y miró la televisión. Las lágrimas la pillaron desprevenida.

Kate se arrepintió de su decisión casi inmediatamente. Bueno, eso no era del todo cierto. De lo que se arrepentía era de habérselo contado a Tully, que se lo había contado a su madre, quien a su vez se lo había contado a Johnny.

—Pues me parece una idea genial —dijo este una noche mientras veían la televisión en la cama—. Yo te ayudaré con lo que necesites.

Kate quería darle una larga lista de todas las razones por las que hacer algo así significaba sobrecargar su rutina diaria. Tully y él hacían que todo pareciera fácil, como si la vida fuera un plato combinado que podías pedir y pagar. Sabía lo equivocados que estaban, sabía lo que era sentir que no eres lo bastante buena.

Al final, sin embargo, no pudo seguir mintiéndose a sí misma y poniéndose excusas. Cuando Marah se marchaba al colegio diciendo adiós con la mano, Kate se quedaba en casa con horas por delante sin nada que hacer. Las tareas domésticas y otras obligaciones solo daban para llenar parte de su tiempo.

Así que una cálida mañana del veranillo de finales de septiembre dejó a Marah en el colegio, llevó el coche al transbordador y se incorporó a la marea de tráfico del centro de Seattle. A las diez y media aparcó en el aparcamiento de visitantes de la Universidad de Washington, fue hasta el edificio donde estaba la secretaría y se matriculó en una única asignatura: Introducción a la Escritura de Ficción.

Pasó la semana siguiente hecha un manojo de nervios.

—No voy a poder —se lamentó a su marido el primer día de clase, con dolor de estómago.

—Claro que sí. Yo llevo a Marah al colegio para que no te estreses con el transbordador.

—Pero si ya estoy estresada.

Johnny se inclinó y la besó. A continuación se apartó con una sonrisa.

—Mueve el culo y sal de la cama.

Después de aquello Kate lo hizo todo como si tuviera el piloto automático puesto. Ducharse, vestirse, preparar la mochila...

Durante todo el camino a la universidad no dejó de pensar: «¿Qué estoy haciendo? Tengo treinta y siete años. No puedo volver a la universidad».

Cuando se quiso dar cuenta estaba en clase, la única persona en el aula mayor de treinta años..., incluido el profesor.

No supo a ciencia cierta cuándo se había relajado, pero, poco a poco, el dolor de estómago cedió. Cuanto más hablaba el profesor de escritura del don de contar historias, más cómoda se sentía Kate.

Desde su puesto en la redacción de informativos, Tully terminó su charla en directo con los copresentadores del programa, miró el *teleprompter* y leyó las noticias una detrás de otra. «El jefe de policía de Denver, Tom Koby, admitió hoy que se habían cometido errores en la investigación de JonBenét Ramsey. Fuentes cercanas al caso alegan que...».

Cuando terminó, regaló a la cámara su sonrisa característica y devolvió la palabra a Bryant y Katie. Estaba recogiendo su guion y sus notas cuando una



ayudante de producción se le acercó y le susurró al oído:

—Te llama por teléfono tu agente, Tully. Dice que es urgente.

—Gracias.

De camino a su despacho intercambió algunas palabras con miembros varios del reparto y el equipo que andaban por el plató. Una vez en su oficina, cerró la puerta y descolgó.

—Hola, George.

—Tienes un coche esperando en la puerta. Nos vemos en el hotel Plaza en un cuarto de hora.

—¿Qué pasa?

—Retócate el maquillaje y muévete.

Tully colgó, les dijo a todos lo que tenían que saberlo que se iba a una reunión y salió del edificio.

Al llegar al hotel, un portero uniformado le abrió al instante la puerta y le dijo:

—Bienvenida al Plaza, señora Hart.

—Gracias.

Tully le dio un billete de diez dólares y entró en el vestíbulo color crema y oro. Su agente, George Davison, la esperaba, muy elegante, con un traje de chaqueta gris de Armani.

—¿Estás preparada para hacer realidad tus sueños?

—¿Así que por fin lo has conseguido?

George la condujo por un pasillo lleno de vitrinas con artículos de lujo a la venta en las distintas tiendas de regalos y la centelleante joyería, hasta un restaurante espacioso y de techos altos.

Tully vio enseguida con quién se iban a reunir. En un rincón del fondo, escondido detrás del lujoso bufé, estaba el presidente de la CBS.

Se levantó para recibirla.

—Qué tal, Tallulah. Gracias por venir.

Tallulah estaba nerviosa, pero no por eso perdió la sonrisa.

—Hola.

Se sentó frente a él y miró a George acomodarse entre los dos.

—No voy a andarme por las ramas. Como sabes, *Today* está dejando sin audiencia a nuestro programa matutino.

—Sí.

—En la CBS creemos que gran parte del éxito del programa se debe a ti.

Me he fijado sobre todo en tu talento como entrevistadora. Amy Fisher y Joey Buttafuoco, los supervivientes del atentado de Oklahoma City. El equipo de abogados de O. J. Simpson y Lyle Menendez. Estuviste genial.

—Gracias.

—Nos gustaría que fueras copresentadora de nuestro programa y que empezaras en enero del 98. Según nuestros estudios de mercado, los telespectadores se identifican contigo. Les gustas y les transmites confianza. Es exactamente lo que necesitamos para recuperar los índices de audiencia. ¿Qué me dices?

Tully tenía la impresión de estar flotando. No podía contener su alegría ni evitar sonreír, así que dijo:

—Estoy anonadada. Y honrada.

—¿Qué condiciones ofrecéis? —quiso saber George.

—Un millón al año con un contrato de cinco años.

—Dos millones —replicó George.

—Hecho. ¿Qué dices, Tully?

Tully no miró a su agente, no lo necesitaba; llevaban años soñando con una oferta así.

—¡Pues digo que sí, claro! ¿Puedo empezar mañana?

En la escritura Kate encontró de nuevo su voz. Se levantaba cada mañana a las seis e iba al despacho que había montado en el dormitorio de invitados. Allí trabajaba a conciencia dando forma y rehaciendo sus frases, puliendo cada párrafo hasta que transmitía lo que quería decir. En algún momento de aquella primera hora, Johnny entraba a decirle adiós, y luego estaba de nuevo sola hasta que se despertaba Marah y empezaba otra vez la vida real.

Qué segura de sí misma se sentía en aquel pseudodespacho con los dedos en el teclado del ordenador. Ojalá pudiera sentirse así ahora.

Estaba delante de la clase con una pizarra verde detrás. En las sillas de pala ante ella estaban sentados en posturas diversas doce jóvenes con cara de aburridos; más de uno parecía dormir. A su lado, el profesor, un hombre joven y melenudo con deportivas Air Jordan y pantalón militar, esperaba pacientemente.

Kate respiró hondo y empezó a leer: «La niña en la pequeña habitación de la destartada casa estaba sola otra vez. O eso creía. Era difícil saberlo en

aquel lugar donde no había luz eléctrica y las ventanas estaban tapadas con papel negro y cinta adhesiva. ¿Debía aprovechar e intentar huir? Ese era el dilema. La última vez que intentó escapar, calculó mal y lo acabó pagando. Sin ser consciente de ello, se frotó el mentón, todavía sensible...».

Se perdió en las palabras que había escrito, en aquel relato que era suyo y de nadie más. El final llegó demasiado pronto. Leyó la última frase y levantó la vista esperando ver respeto en las caras que la miraban.

Pero no fue así.

—Bueno —dijo el profesor—. Ha sido entretenido. Parece que tenemos una escritora de género en ciernes. ¿Quién quiere comentar alguna cosa?

Durante los veinte minutos siguientes la clase se dedicó a diseccionar el cuento de Kate en busca de defectos. Esta escuchó atenta, resistiéndose a sentirse herida por las críticas. ¿Qué importaba que hubiera dedicado casi cuatro semanas a esas seis páginas? Lo que importaba era que podía hacerlo mejor. Podía depurar la historia, dominar el punto de vista narrativo y cuidar más los diálogos.

Para cuando terminó la clase, en lugar de herida o rechazada, se sentía poderosa, como si le hubiera sido revelado un camino nuevo. Estaba impaciente por volver a casa e intentarlo otra vez.

Mientras recogía sus cosas para irse el profesor se le acercó y le dijo:

—Tienes mucho potencial, Kate.

—Gracias.

Salió del aula con una sonrisa de oreja a oreja. Cruzó el campus y el aparcamiento de estudiantes imaginando cómo reorientaría el relato, cómo mejorarlo.

Tan concentrada estaba en su mundo imaginario que se pasó la salida en la autopista y tuvo que dar la vuelta.

Acababa de dar la una y veinte cuando aparcó bajo el viaducto de cemento y cruzó la calle hasta el restaurante Ivar's. Su madre la esperaba en una mesa del rincón. Al otro lado de una pared acristalada, la bahía de Elliott centelleaba al sol. Las gaviotas volaban en círculos y bajaban en picado en busca de patatas fritas que les tiraban los turistas en el muelle.

—Siento llegar tarde —dijo Kate. Se sentó frente a su madre, se desabrochó la riñonera y se la puso en el regazo—. Odio conducir por el centro.

—He pedido ensalada de gambas para las dos, sé que tienes que coger el

barco de las dos y diez. —La madre de Kate se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa—. Bueno, entonces, cuéntame. ¿Te ha dicho tu profesor que tu cuento era mejor que cualquier novela de John Grisham?

Kate no pudo evitar reír.

—Exactamente eso no. Pero sí me ha dicho que tengo talento.

—Ah —dijo la madre, echándose para atrás en el asiento con expresión decepcionada—. A mí tu historia me pareció buenísima. A tu padre también.

—¿Papá también dice que soy mejor que John Grisham? Y en mi primer relato. Entonces es que soy un genio.

—¿Me estás diciendo que nuestra opinión es exagerada?

—Pues un poco, pero por eso os quiero.

—Estoy orgullosa de ti, Katie —dijo la madre con cariño—. Siempre quise encontrar algo así para mí. Supongo que me conformé con tejer mantas de punto.

—Has criado a dos hijos maravillosos. Bueno, una maravillosa y otro que no está mal —bromeó Kate—. Y has seguido casada y hecho feliz a todos. Deberías estar orgullosa de eso.

—Y lo estoy, pero...

Kate puso una mano encima de la de su madre. Las dos lo entendían; cualquier mujer que se quedara en casa cuidando de los hijos lo entendía. Las decisiones que tomaba una mujer tenían, en última instancia, un precio.

—Mamá, eres mi heroína —se limitó a decir Kate.

Su madre la miró con ojos brillantes por las lágrimas. Antes de que pudiera contestar llegó la camarera con las ensaladas y las limonadas; lo dejó todo en la mesa y se fue.

Kate cogió el tenedor y empezó a comer.

Las náuseas le llegaron sin avisar.

—Perdón —murmuró soltando el tenedor. Se tapó la mano con la boca y corrió al cuarto de baño. Allí, en un cubículo agobiantemente pequeño, vomitó.

Cuando tuvo el estómago vacío, fue al lavabo, se lavó las manos y la cara y se enjuagó la boca.

Se sentía temblorosa y débil. Su cara en el espejo estaba pálida como el marfil y demacrada. Se fijó en que tenía sombras oscuras debajo de los ojos.

Igual era una gripe gastrointestinal, pensó. Los compañeros de colegio de Marah estaban todos igual.

Todavía débil, volvió a la mesa bajo la atenta mirada de su madre.

—Estoy bien —dijo mientras se sentaba—. Esta semana llevé a Marah a jugar con los niños del colegio y estaban todos malos. —Esperó a que su madre replicara algo. Cuando el silencio se prolongó, Kate la miró—. ¿Qué?

—Mayonesa —señaló la madre—. También te daba náuseas cuando estabas embarazada de Marah.

Fue como si la silla debajo de Kate se hubiera evaporado —¡zas!, desaparecida— y se precipitara al vacío. Recordó varias molestias que ahora se convertían en indicios: los pechos sensibles aunque no estaba con el periodo, problemas para dormir, agotamiento. Cerró los ojos, negó con la cabeza y suspiró. Había querido otro hijo —ella y también Johnny—, pero después de tanto tiempo habían renunciado a ello. Y ahora le iba muy bien con la escritura. No quería más noches sin dormir, bebés llorones y jornadas que la dejaban demasiado cansada para contestar a una pregunta durante la cena, y mucho menos escribir un relato.

—Solo tardarás un poco más en publicar tu primer libro —dijo su madre—. Podrás hacer las dos cosas.

—Queríamos tener otro hijo —contestó Kate tratando de sonreír—. Y seguiré escribiendo. Ya lo verás. —Casi se convenció a sí misma—. Lo conseguiré, aunque tenga dos hijos.

El jueves, dos días más tarde, supo que esperaba mellizos.

## Cuarta parte

# EL NUEVO MILENIO

A Moment Like This

*some people wait a lifetime*[\[8\]](#)

Para cuando llegó el año 2000, Kate rara vez hacía un alto en la vorágine de su vida diaria para preguntarse dónde habían ido a parar los años transcurridos. La contemplación y la reflexión, al igual que la relajación, eran conceptos de otra época, ideas propias de otra vida. El camino no elegido, lo llamaban. Una mujer con tres hijos —una niña de diez años que se acercaba veloz a la pubertad y mellizos de menos de dos años— sencillamente no tenía tiempo de pensar demasiado en sí misma, y la diferencia de edad entre los niños creaba casi dos familias. Ahora sabía por qué las mujeres tenían hijos más seguidos. Empezar de cero duplicaba el nivel de agotamiento para una madre.

Los días se iban en mil pequeñeces, y aquella sorprendentemente soleada mañana de marzo no era la excepción. Tareas domésticas que se amontonaban una encima de la otra de manera que Kate corría desde el amanecer hasta después del anochecer. Lo peor de todo era que nunca parecía conseguir hacer algo importante, y eso que rara vez disponía de una hora para sí misma. La vida de una madre a tiempo completo era una carrera sin línea de meta. De eso estaba hablando con otras madres mientras esperaban a que los niños salieran del colegio. De eso y del divorcio. En los últimos tiempos, cada mes un matrimonio aparentemente sólido dejaba al descubierto sus cimientos de barro.

Solo que aquel día no era una cuenta más en el collar de su existencia. Aquel día Tully iba a Seattle de gira promocional. Sería la primera vez que se veían en meses y Kate estaba impaciente. Necesitaba pasar tiempo con su amiga.

Terminó deprisa la lista de tareas: dejó a Marah en el colegio, pasó demasiado tiempo en el supermercado, compró cosméticos en Rite Aid, llegó



a la biblioteca a tiempo para la hora de lectura, recogió la ropa de Johnny de la tintorería, puso a los niños a dormir la siesta y limpió la casa.

A las dos y media, cuando volvía de recoger a Marah del colegio, estaba, como de costumbre, exhausta.

—Hoy viene a dormir la tía Tully, ¿verdad, mami? —dijo Marah desde el asiento trasero. Parecía diminuta, encajada entre las sillas de coche gigantes de los mellizos.

—Sí.

—¿Te vas a maquillar?

Kate no pudo evitar sonreír. No sabía muy bien cómo, pero había criado a toda una reina de belleza. A sus diez años, Marah ya tenía más intuición para la moda y sentido de la elegancia que Kate en toda su vida. Miraba asombrada a su hija alta y esbelta leer con avidez revistas para adolescentes y memorizar los nombres de diseñadores. Ir a comprar ropa para ir al colegio era una pesadilla. Si Marah no encontraba exactamente lo que quería, se subía por las paredes. Kate no dudaba en ningún momento de que su hija juzgaba su aspecto físico. Y las más de las veces sabía que no superaba el examen.

—Por supuesto que me voy a maquillar. Incluso me voy a rizar el pelo. ¿Qué te parece?

—¿Puedo ponerme brillo de labios? Todas las chicas...

—No. Ya hemos hablado de eso, Marah. Eres demasiado pequeña.

Marah se cruzó de brazos.

—No soy un bebé.

—Tampoco una adolescente. Créeme, tendrás tiempo de sobra para todas esas cosas.

Metió el coche en el garaje y aparcó. Antes de que Kate pudiera pedirle que la ayudara, Marah se había bajado del coche y entrado en casa.

—Muchas gracias por la colaboración —murmuró Kate y soltó a los mellizos de las sillas. Lucas y William daban guerra por separado, pero juntos eran como un ciclón.

Pasó las horas siguientes ocupándose de más tareas domésticas. Además de las habituales, llenó jarrones con flores y los repartió por toda la casa; encendió velas aromáticas y las puso sobre muebles lo bastante altos para que los mellizos no llegaran; y limpió de arriba abajo la habitación de invitados por si Tully decidía que podía quedarse a dormir. Luego, con la cena en el horno y los niños siguiéndola, subió a arreglarse. Al pasar por delante de la

habitación de Marah oyó pisadas que le dijeron que la niña se estaba dedicando a sacar un vestido detrás de otro de su armario. Con una sonrisa, Kate se fue a su cuarto, dejó a los mellizos en el parque, ignoró sus gritos y se dio una ducha. Cuando terminó de secarse el pelo (tratando de pasar por alto lo oscuras que tenía las raíces), abrió la puerta del cuarto de baño.

—¿Qué tal estáis?

Lucas y William estaban sentados juntos con las piernas desnudas y gordezuelas estiradas y parloteando en su dialecto ininteligible.

—Muy bien —dijo Kate y les acarició la cabeza al pasar.

Cuando abrió el armario, suspiró. Todo lo que tenía o estaba pasado de moda, o le quedaba pequeño. Todavía le sobraban unos kilos; los mellizos habían convertido su vientre en el estadio Kingdome y un cambio de volumen así no se corregía fácilmente.

Hacer ejercicio habría ayudado, y ahora deseó fervientemente haber incorporado esa costumbre a su horario durante el invierno.

Pero ya era demasiado tarde.

Cogió sus Levis gastados favoritos y un bonito suéter de angora negro que le había regalado Johnny por Navidad pocos años antes, justo después de entrar a trabajar en KLUE. Era la única prenda de diseño que tenía Kate.

—Venga, chicos —dijo a los mellizos mientras los levantaba con la facilidad que da la práctica. Se colocó uno en cada cadera, los llevó a su habitación, les cambió el pañal y les puso los trajes de marinero que había mandado Tully por su cumpleaños. Luego, puesto que tardaban una eternidad en bajar solos las escaleras, los llevó en brazos, los dejó en el suelo del cuarto de estar con una pila de juguetes delante y puso un vídeo de Winnie the Pooh. Si tenía suerte, aquello le daría veinte minutos de tranquilidad.

Cerró la barrera de seguridad de las escaleras, entró en la cocina y empezó a poner la mesa. Como siempre, trabajaba con un ojo pendiente de los niños.

—¡Mamá! —gritó Marah—. ¡Ya han llegado!

Bajó las escaleras como un caballo desbocado, saltó por encima de la barrera y una vez en la ventana pegó la naricilla al cristal.

Kate se reunió con su hija y descorrió las cortinas. Unos faros de coche cortaban la oscuridad. El coche de Johnny iba primero; lo seguía una limusina negra por el camino de entrada largo y arbolado. Los dos aparcaron delante del garaje.

—Guau —dijo Marah.

Un chófer uniformado salió de la limusina y la rodeó para abrir la puerta de atrás.

Tully bajó despacio, como si supiera que tenía público. Vestida con vaqueros a la cadera de marca y una camisa estilo masculino blanco immaculado debajo de una americana azul marino, era la encarnación del estilo informal pero elegante. El pelo, cortado a capas y probablemente peinado por el mejor peluquero de Manhattan, lo llevaba de un precioso tono caoba que brillaba bajo las luces del garaje.

—Guau —repitió Marah.

Kate trató de meter tripa.

—Igual todavía me da tiempo a hacerme una liposucción.

Johnny bajó de su coche y fue al encuentro de Tully. Estaban tan juntos que sus hombros casi se tocaban. Después de reírse de algo que había dicho el conductor, Tully miró a Johnny y le apoyó la palma de una mano en el pecho mientras le hablaba.

Hacían una pareja perfecta, parecían dos modelos sacados de las páginas de una revista de papel cuché.

—A papá le gusta mucho la tía Tully —dijo Marah.

—Pues claro —murmuró Kate, pero Marah ya se había ido. La niña abrió la puerta y corrió hacia su madrina, que la cogió en brazos y se puso a dar vueltas.

Tully entró en la casa como lo hacía todo: como un torbellino de luz y sonido. Abrazó a Kate con fuerza, besó las mejillas regordetas de los mellizos, repartió más regalos que en una reunión navideña de la familia Ryan y exigió una copa.

Los entretuvo durante toda la cena con historias sobre su estancia en París durante la celebración del milenio, el pánico que la precedió, la última gala de los Óscar a la que había asistido y cómo se había fijado el escote del vestido con cinta adhesiva que se le acabó soltando durante una fiesta cuando fue a hacerse una foto.

—Como supondréis, la foto me la vio toda la fiesta —dijo riendo.

Marah absorbía cada palabra que decía Tully.

—¿El vestido era de Armani? —preguntó.

Kate quedó perpleja cuando oyó a Tully contestar:

—Sí, Marah. Ya veo que entiendes de moda. Estoy muy orgullosa de ti.

—Vi fotos en una revista. Decían que eras una de las mejor vestidas.

—Eso no se consigue fácilmente —replicó Tully radiante—. Hubo un equipo entero de personas que trabajaron para ponerme guapa.

—Guau —dijo una vez más Marah—. Qué chulada.

Cuando Tully hubo agotado el tema de los famosos, pasó al de política internacional y Johnny y ella debatieron a fondo y con intensidad sobre el escándalo Clinton-Lewinsky y su cobertura por parte de la prensa. A cada pausa Marah interrumpía con preguntas sobre adolescentes famosos a los que Tully conocía personalmente y de los que Kate nunca había oído hablar. Lo cierto era que los mellizos eran tan traviesos que necesitaba toda su concentración y sus fuerzas para mantenerlos callados. Kate tenía la intención de decir alguna cosa, de hacer un comentario o dos, pero los niños eligieron precisamente aquella noche para tirarse comida, y tenía que estar pendiente de ellos.

La cena pareció durar un nanosegundo. Cuando terminó, Marah, en un intento de lo más transparente por impresionar a Tully, recogió la mesa.

—Friego yo —dijo Johnny—. ¿Por qué no cogéis unas mantas Tully y tú y os vais fuera?

—Eres un ángel —contestó Tully—. Voy a preparar una jarra de margaritas. Katie, acuesta a Jorgito y Jaimito y nos vemos fuera en quince minutos.

Kate asintió con la cabeza y subió con los niños. Cuando terminó de bañarlos, ponerles el pijama y leerles un cuento eran casi las ocho.

Algo cansada, bajó y se encontró a Marah hecha un ovillo en el regazo de Tully.

Johnny la recibió al pie de las escaleras.

—Las margaritas están en el vaso mezclador. Voy a acostar a Marah.

—Te quiero.

Johnny le dio una palmadita en el culo y se volvió a su hija.

—Ya lo sé. Vamos, princesa. Hora de irse a la cama.

—Pero, papá, yo me quiero quedar. Le estoy explicando a la tía Tully lo de la señorita Hermann.

—Sube y ponte el pijama. Yo iré enseguida a leerte un cuento.

Marah abrazó con fuerza a Tully, la besó en la mejilla y fue a reunirse con sus padres arrastrando los pies.

Le dio un beso poco entusiasta de buenas noches a Kate y subió.

Tully se levantó y se puso al lado de Johnny.

—Vale, he tenido mucha paciencia, que, como sabéis, no es mi mejor virtud, pero ahora que ya no están los niños ya podéis empezar a largar.

Kate frunció el ceño.

—¿Qué?

—Tienes malísima cara — comentó Tully con voz suave—. ¿Qué pasa?

—Son las hormonas. O la falta de sueño. Los niños me agotan. —Kate se rio por lo vulgar de sus excusas—. Estoy bien.

—Me parece que no se da cuenta del problema —dijo Johnny a Tully como si Kate ni siquiera estuviera allí.

—¿Cómo va la escritura? —le preguntó Tully a Kate.

Ella hizo una mueca.

—Genial.

—No escribe —dijo Johnny, y Kate tuvo ganas de darle un puñetazo.

Tully parecía no dar crédito.

—¿Nada?

—No que yo sepa —respondió Johnny.

—Dejad de hablar de mí como si no estuviera —estalló Kate—. Tengo una hija teatrera de diez años que practica todos los deportes que existen en este planeta, va a clases de baile tres veces a la semana y tiene una vida social más ajetreada que las protagonistas de *Sexo en Nueva York*. Y no os olvidéis de los mellizos, que casi nunca duermen al mismo tiempo y rompen todo lo que tocan. ¿Cómo coño queréis que atienda a todo eso, cocine, haga la colada, limpie la casa y además escriba un libro? —Los miró—. Ya sé lo que pensáis, lo que todos parecen pensar. Que se supone que tengo que sacar tiempo para encontrarme conmigo misma. Que tengo que aspirar a algo más que a ser madre. Y así es, joder. Lo que pasa es que no sé cómo hacerlo y ocuparme de mis hijos al mismo tiempo.

En el silencio que siguió a su estallido un leño se partió en la chimenea con un chasquido.

Tully miró a Johnny.

—Eres un capullo.

—¿Qué? —Johnny parecía tan perplejo que Kate casi rio.

—¿Cómo que limpia la casa y te hace la colada? ¿No podéis coger a alguien para que limpie, por Dios?

—Nunca ha dicho que necesitara ayuda.

Hasta aquel momento Kate no había sido consciente de lo desbordada que

estaba. La invadió una sensación de alivio que le relajó los músculos de la espalda.

—Pues la necesito —le reconoció por fin a su marido.

Johnny la trajo hacia sí y susurró con los labios pegados a los suyos:

—No tenías más que decírmelo.

Kate le devolvió el beso aferrándose a él.

—Ya está bien de darse el lote —dijo Tully, y cogió a Kate del brazo—. Lo que necesitamos ahora son unas margaritas. Johnny, llévanoslas al porche.

Kate se dejó hacer. Una vez fuera, sonrió a su amiga.

—Gracias, Tul. No sé por qué no se me ocurrió pedir ayuda.

—¿Estás de broma? Me encanta mangonear a Johnny.

Tully se sentó en la silla de madera estilo Adirondack que tenía más cerca. Delante de ellas, a continuación del jardín asilvestrado, había una franja plateada de olas espumosas. El sonido callado del ir y venir del agua llenaba la noche.

Kate se sentó al lado de Tully.

Salió Johnny, les dio una bebida a cada una y se fue.

Después de un largo silencio, Tully continuó:

—Te digo esto porque te quiero, Katie: no tienes que ir a todas las excursiones y ferias escolares. Necesitas sacar tiempo para ti.

—Cuéntame algo que no sepa.

—Leo revistas y veo la televisión. Las madres que no trabajan tienen un cuarenta por ciento más de probabilidades de...

—Hablo en serio. Cuéntame algo que no sepa. Algo divertido.

—¿Te he hablado de París durante la celebración del milenio? Y no me refiero a los fuegos artificiales. Conocí a un tío, un brasileño...

El 1 de julio de 2000, el despertador de Tully sonó, como todos los días de diario, a las tres y media de la madrugada. Gimió y le dio al botón de silenciar deseando por una vez poder dormir diez minutos más, y a continuación se acurrucó contra la espalda de Grant. Le encantaba tenerlo a su lado en la cama, aunque rara vez se despertaba en sus brazos. Ambos eran demasiado solitarios para amoldarse bien el uno al otro, aunque fuera durmiendo. En los años de su intermitente relación habían viajado juntos por todo el mundo y asistido a docenas de glamurosas fiestas y galas benéficas.

La prensa lo había bautizado el «novio ocasional» de Tully, y a ella siempre le pareció un apelativo de lo más acertado. Últimamente, sin embargo, empezaba a tener dudas.

Grant se despertó despacio y le acarició el brazo.

—Buenos días, amor mío —dijo, con la voz áspera y ronca que revelaba que la noche anterior había estado fumando puros.

—¿Lo soy? —preguntó Tully en un susurro mientras se apoyaba en un codo.

—¿Si eres qué? —Grant no llegó a poner los ojos en blanco, pero el efecto fue el mismo—. ¿Otra vez la misma conversación? Tienes treinta y nueve años, lo sé. Eso no cambia lo que somos tú y yo. ¿Para qué estropear algo que está muy bien como está?

Actuaba como si Tully le hubiera pedido matrimonio o le hubiera dicho que estaba embarazada, y ninguna de las dos cosas era cierta. Tully se levantó de la cama y cruzó el espacioso apartamento hasta el cuarto de baño. Una vez allí, encendió la luz.

—Ay, Dios mío.

Tenía aspecto de haber dormido en un contenedor de basura. El pelo, que ahora llevaba corto y con mechas rubias, se le había pegado a la cara de una manera que solo habría quedado bien a Annette Bening o Sharon Stone, y las bolsas bajo los ojos parecían más bien baúles.

Se acabaron los vuelos nocturnos desde la costa oeste. Era demasiado mayor para pasarse todo el fin de semana de juerga en Los Ángeles e ir a trabajar el lunes por la mañana. Confió en que nadie le hubiera hecho una foto al llegar a casa la noche anterior. Desde la trágica muerte de John Kennedy Jr., había paparazzi por todas partes. Las noticias de los famosos — y de los pseudofamosos— se habían convertido en un gran negocio.

Se dio una larga ducha caliente, se lavó y secó el pelo, y se puso un chándal de marca. Para cuando salió del baño lleno de vapor, Grant la esperaba en la puerta. Con el traje de la noche anterior y el pelo estudiadamente desordenado, estaba de lo más arrebatador.

—¿Por qué no hacemos novillos? —dijo Tully pasándole un brazo por la cintura.

—Lo siento, amor mío. Salgo para Londres dentro de unas horas. Tengo que ver a la familia.

Tully asintió con la cabeza sin extrañarse. Grant siempre encontraba un

motivo para irse. Echó la llave y bajaron juntos en el ascensor. Cuando llegaron a sus respectivos coches con chófer, aparcados uno frente al otro en Central Park West, se despidió de él con un beso y lo miró irse.

Siempre le había gustado que Grant entrara y saliera de su vida, que se presentara de forma inesperada y se marchara antes de que pudiera aburrirse o enamorarse de él. En los últimos meses, sin embargo, se había sentido igual de sola con y sin él.

Su chófer uniformado le ofreció un expreso doble con leche.

—Buenos días, señorita Hart.

Tully lo aceptó agradecida.

—Gracias, Hans —dijo, y subió al coche. Se acomodó y trató de no pensar ni en Grant ni en su vida. En lugar de ello observó por el cristal tintado las calles de Manhattan a oscuras. Aquella era la única hora en que la ciudad casi dormía. Solo recorrían sus calles las almas más curtidas: encargados de la limpieza municipal, panaderos, repartidores de prensa...

Aquella había sido su rutina durante más años de los que quería recordar. Casi desde el día de su llegada a Nueva York se había estado levantando a las tres y media de la madrugada para ir a trabajar. El éxito no había hecho más que alargar sus jornadas. Desde que la CBS la fichó, tenía que asistir a reuniones vespertinas después del programa. La fama, la notoriedad y el dinero deberían haberle permitido bajar el ritmo y disfrutar de su trabajo, pero era al contrario. Cuanto más tenía, más quería, más miedo tenía de perderlo y más se esforzaba. Aceptaba cada encargo que le ofrecían: poner voz a un documental sobre el cáncer de mama, presentar un nuevo concurso, incluso ser jurado del certamen de Miss Universo. Luego estaban las apariciones como estrella invitada en los programas de Jay Leno, David Letterman, Rosie O'Donnell, etcétera. Y hacer de maestra de ceremonias en los desfiles en días de fiesta nacional. Se aseguraba de que nadie se olvidara de ella.

Al comienzo de la treintena le resultó fácil mantener este ritmo de trabajo. Por entonces podía hacer horas extra, dormir toda la tarde, salir toda la noche y despertarse fresca como una rosa. Pero ahora se acercaba a los cuarenta y empezaba a sentirse cansada, algo mayor para ir corriendo de un compromiso profesional a otro, y además con zapatos de tacón. Cada vez eran más los días en que llegaba a casa de trabajar, se acurrucaba en el sofá y llamaba a Kate, a la señora Mularkey o a Edna. Ser vista, y fotografiada, en el último local de



moda o en la alfombra roja de algún estreno había perdido su atractivo. Ahora descubría que le apetecía más estar en compañía de personas que la conocían y apreciaban de verdad.

Edna no hacía más que decirle que era el trato que había hecho, la vida que le correspondía a cambio de tantos éxitos. Pero ¿de qué le servía el éxito, le había preguntado Tully mientras tomaban un copa la semana anterior, si no tenías con quien compartirlo?

Edna se había limitado a negar con la cabeza y decir:

—Por eso lo llaman sacrificio, porque no puedes tenerlo todo.

Pero ¿y si eso era precisamente lo que querías? ¿Todo?

Al llegar a la CBS esperó a que el chófer le abriera la puerta y salió a la mañana de verano aún silenciosa y en penumbra. Notaba ya el calor subir desde el asfalto, iba a ser un día asfixiante. De algún lugar cercano llegaban el traqueteo y los pitidos de un camión de la basura.

Entró deprisa, saludó con la cabeza al conserje y fue hasta el ascensor. Arriba, en maquillaje, su salvador ya la estaba esperando. Vestido con una camiseta roja demasiado apretada que resaltaba sus prominentes músculos y pantalones pitillo de cuero negro, Tank apoyó una mano en la cadera y negó con la cabeza.

—Alguien está hecha unos zorros esta mañana.

—No seas tan duro contigo mismo —dijo Tully mientras se sentaba. Había contratado a Tank unos cinco años atrás para que la peinara y maquillara. Rara vez pasaba un día en que no se arrepintiera de su decisión.

Tank le quitó el pañuelo de Hermès de la cabeza y también las gafas oscuras.

—Cariño, sabes que te quiero, pero tienes que dejar esta doble vida. Y vuelves a estar demasiado delgada.

—Calla y pinta.

Como de costumbre, Tank empezó por el pelo. Mientras trabajaba, hablaba. A veces se hacían confidencias mutuas, era algo natural en el mundillo. El roce creaba una intimidad que no llegaba a ser amistad. Una relación muy neoyorquina. Aquel día, sin embargo, Tully se ciñó a temas de conversación frívolos e impersonales. No quería que Tank supiera que no estaba bien. Se entrometería y le aconsejaría cómo arreglar su vida.

Para cuando dieron las cinco parecía diez años más joven.

—Eres un artista —dijo Tully mientras se levantaba.

—Como no te reformes pronto, señorita, vas a necesitar un cirujano plástico en vez de un artista del maquillaje.

—Gracias. —Tully le dedicó una sonrisa televisiva y se fue antes de que le diera tiempo a añadir nada.

En el plató, miró la cámara y volvió a sonreír. En aquel mundo de mentira era perfecta. Hablaba con soltura, se reía con los chistes de los invitados y copresentadores y hacía creer a quienes la veían que podía ser amiga suya. Era consciente de que nadie en Estados Unidos sabía cómo se sentía en ese preciso instante. Nadie habría podido imaginar que Tallulah Hart necesitaba algo más.

Ir de compras con los mellizos y Marah siempre terminaba por darle dolor de cabeza. Para cuando Kate hizo las últimas paradas en el supermercado, la biblioteca, la farmacia y la tienda de telas, estaba exhausta y no eran ni las tres de la tarde. Los mellizos hicieron todo el camino de vuelta llorando; Marah, protestando. A los diez años había decidido que era demasiado mayor para ir en el asiento trasero con sus hermanos y ahora se ponía hecha una furia en cada salida. Su intención, saltaba a la vista, era agotar a Kate.

—Deja de discutir conmigo, Marah —dijo esta por enésima vez desde que salieron del supermercado.

—No estoy discutiendo, estoy explicando. A Emily la dejan sentarse delante y a Rachel también. Tú eres la única madre que...

Kate entró en el garaje y pisó el freno tan fuerte que las bolsas de la compra salieron disparadas. Valió la pena, porque Marah se calló.

—Ayúdame a meter las cosas.

Marah cogió una única bolsa y entró en la casa.

Antes de que Kate pudiera regañarla, apareció Johnny en el garaje y empezó a coger bultos. Kate y los niños entraron detrás de él en la casa.

Como de costumbre, la televisión estaba puesta, a un volumen demasiado alto para el gusto de Kate y en la CNN.

—Voy a subir a los mellizos a que duerman la siesta —dijo Johnny cuando todas las bolsas estuvieron en la mesa de la cocina—. Y luego tengo que darte una buena noticia.

Kate le sonrió, cansada.

—Me vendrá bien. Gracias.

Treinta minutos después bajó Johnny. Kate estaba en la mesa del comedor desplegando la tela para los últimos vestidos de ballet que tenía que hacer. Nueve terminados; quedaban tres.

—Soy tonta —comentó, más para sí que para Johnny—. La próxima vez que pidan voluntarios no pienso levantar la mano.

Johnny se acercó a ella por detrás, la hizo ponerse de pie y volverse para mirarle.

—Siempre dices lo mismo.

—Ya te lo he dicho, soy tonta. A ver, ¿cuál es la buena noticia? ¿Vas a hacer tú la cena?

—Ha llamado Tully.

—¿Y esa es la buena noticia? Llama todos los sábados.

—Va a venir a la actuación de ballet de Marah y quiere organizarle a su ahijada una pequeña fiesta sorpresa.

Kate se soltó de sus brazos.

—No pareces contenta —observó Johnny con el ceño fruncido.

A Kate le sorprendió la oleada de furia que se había apoderado de ella.

—El ballet es lo único que hacemos Marah y yo juntas. Pensaba organizarle una fiesta aquí.

—Ah.

Kate sabía que su marido quería añadir algo, pero que era demasiado listo para hacerlo. Sabía que no le correspondía decidir sobre aquello.

Al fin Kate suspiró. Estaba siendo egoísta y ambos lo sabían. Marah idolatraba a su madrina y le encantaría una fiesta sorpresa.

—¿Y a qué hora viene?

El día de la actuación, Marah estaba tan nerviosa y excitada que apenas podía contener sus emociones. Como de costumbre, la tensión la había convertido en una pequeña tirana con rabietas colosales. Ahora estaba junto a la mesa del comedor, con una mano en la cadera, vestida con vaqueros desgastados de cintura baja y un top rosa con las palabras Baby One More Time escritas en pedrería. Entre el final de la camiseta y la cinturilla del pantalón asomaban dos centímetros y medio de piel.

—¿Dónde has metido mis pasadores de mariposa?

Encorvada sobre la máquina de coser, Kate apenas levantó la vista.

—Están en tu cajón del cuarto de baño. El de arriba. Y con esa camiseta no puedes salir de casa.

Marah abrió la boca de par en par.

—Pero si me la regalaron por mi cumpleaños.

—Sí, porque tu tía Tully no tiene dos dedos de frente.

—Todo el mundo viste así.

—No me digas, pobrecita mía. Y ahora vete a cambiarte, no tengo tiempo de discutir contigo.

Marah suspiró melodramáticamente y subió las escaleras con grandes aspavientos.

Kate negó con la cabeza. No era solo el festival. Últimamente todo con Marah era un drama. O reía feliz o estaba hecha una furia. Cada vez que la madre de Kate veía a su nieta se echaba a reír, encendía un pitillo y decía:

—Qué divertida va a ser la adolescencia. Deberías darte a la bebida ahora, antes de que sea demasiado tarde.

Kate se inclinó más sobre la máquina de coser, puso el pie en el pedal y siguió trabajando.

Luego resultó que aquella fue la última vez que hizo un descanso durante más de dos horas. En cuanto terminó los vestidos para la exhibición de ballet, fue corriendo a hacer el resto de tareas: encontrar perchas, meter las cosas en el coche, ayudar a los mellizos a lavarse los dientes y mediar en las peleas. Por suerte, Johnny se ocupó de hacer la comida y fregar los platos.

A las seis de la tarde Kate llevó a todos al coche y sentó a los mellizos en sus asientos; luego ocupó el suyo.

—¿Se me olvida algo?

Johnny la miró.

—Tienes salsa de tomate en la frente.

Kate bajó el visor y se miró en el diminuto espejo rectangular. Sí, tenía una mancha roja en el entrecejo.

—No me he duchado —dijo horrorizada.

—Sí, me ha extrañado —replicó Johnny.

—¿Me estás diciendo que lo sabías?

—Cuando te avisé de que eran las cinco, me ladraste y me mandaste a hacer la cena.

Kate gimió. Con todo el jaleo, había olvidado arreglarse. Llevaba sus vaqueros más viejos, una camiseta extragrande de la Universidad de Washington y unas Adidas desgastadas.

—Parezco una pordiosera.

—Pero universitaria.

Kate le ignoró y salió corriendo del coche acompañada de los gritos de Marah:

—¡Mamá, ponte maquillaje!

Kate rebuscó en los cajones y encontró unas mallas negras con estribos relativamente nuevas y un jersey blanco y negro de escote en pico y largo hasta los muslos. ¿Seguirían llevándose las mallas con estribos? No la sabía. Se hizo una coleta que sujetó con un coletero fruncido blanco, se lavó los dientes y aplicó rímel y colorete.

Fuera sonó el claxon.

Cogió unos calcetines de seda negra, unos zapatos de ante negro y volvió corriendo al coche.

—Vamos a llegar tarde —gimoteó Marah—. Seguro que las demás están ya todas allí.

—Vamos muy bien —dijo Kate jadeando solo un poco.

Cruzaron la ciudad y aparcaron en el Island Auditorium. Dentro era el caos: doce niñas de entre siete y once años, sus agobiados padres, docenas de hermanos ruidosos y sin ningún interés en el festival y la señorita Parker, la profesora de danza de setenta años que exigía modales impecables en todo momento y que se las arregló de alguna manera para meter en cintura a aquellos salvajes sin levantar la voz ni una sola vez. Kate llevó los vestidos al camerino y ayudó a las niñas a prepararse. Les puso horquillas, hizo coletas, aplicó laca y las ayudó a pintarse con un poco de rímel y brillo de labios.

Cuando terminó, se arrodilló delante de su hija.

—¿Estás preparada?

—¿Habéis traído la cámara de vídeo?

—Pues claro.

Al oír aquello Marah sonrió dejando ver sus dientes torcidos y demasiado grandes.

—Me alegro de que estés aquí, mami —dijo.

Y entonces todo había merecido la pena. Los plazos imposibles, las noches de coser y planchar, los dedos cansados y llenos de pinchazos... Todo lo había hecho por poder sentirse unida a su hija durante una fracción de segundo.

—Yo también.

Marah la abrazó.

—Te quiero, mami.

Kate la apretó con fuerza y aspiró su aroma dulce, a polvos de talco. Entonces pensó en lo cerca que estaba ya Marah del fin de la infancia, lo cerca que estaba de la pubertad, y prolongó el abrazo. Momentos como aquel empezaban ya a escasear.

Marah se separó, sonrió de nuevo y corrió hacia la parte trasera del escenario con sus amigas.

—¡Adiós!

Kate se levantó despacio y fue al patio de butacas, donde encontró a Johnny sentado en la tercera fila con un mellizo a cada lado. Kate inspeccionó los asientos vecinos en busca de Tully.

—¿No ha llegado?

—No. Y tampoco ha llamado. Igual le ha surgido algo. —Johnny sonrió—. Como una cita con George Clooney.

Kate se sentó al lado de Lucas con una sonrisa. A su alrededor padres y

abuelos tomaban asiento y sacaban las cámaras de vídeo una vez instalados.

Los padres de Kate llegaron justo a tiempo y se sentaron a su lado. Como siempre, la madre llevaba su Kodac Instamatic negra de toda la vida colgada de la muñeca.

—Pensaba que iba a venir Tully —dijo.

—Y eso dijo. Espero que no le haya pasado nada.

Kate le reservó un asiento todo el tiempo que pudo y al final tuvo que cederlo.

Las luces parpadearon y el público calló. La señorita Parker, vestida ahora con medias rosas, una falda de ballet hasta la rodilla y mallas negras, caminó hasta el centro del escenario. Era la viva imagen de la *prima ballerina* entrada en años.

—Hola a todos —dijo con su voz suave y quejumbrosa—. Como sabéis, he...

Las puertas de entrada al teatro se abrieron de golpe y el público se volvió como un solo hombre.

Tully parecía recién salida de la ceremonia de los Grammy. El pelo corto y con mechas rubias le daba un aire de belleza algo masculino que resaltaba aún más su sonrisa. Llevaba un espectacular vestido de seda verde hoja que le dejaba un hombro al descubierto y se fruncía en su cintura de avispa.

El público empezó a hablar en susurros. *Tallulah Hart... en persona es todavía más guapa*. Nadie atendía a la presentación de la señorita Parker.

—¿Cómo se conserva tan bien? —preguntó la madre de Kate acercándose a esta.

—Cirugía plástica y un batallón de maquilladores.

La madre rio y apretó la mano de Kate como para recordarle que ella era igual de guapa.

Tully saludó a los Mularkey con la mano, fue hasta una butaca vacía en primera fila y se sentó.

Las luces se atenuaron y Maggie Levine, vestida de hada azul, empezó a bailar. Su hermana Cleo y el resto de las niñas la siguieron, haciendo piruetas y brincando en supuesto unísono. Las más pequeñas observaban atentas a las mayores y ejecutaban cada movimiento un segundo demasiado tarde.

La torpeza no hacía más que añadir magia al espectáculo. Kate hacía esfuerzos por no llorar cuando Johnny, sentado al otro lado de Lucas, le cogió la mano en el momento en que Marah giraba sobre el escenario. Cuando, a

media pirueta, vio a Tully, se detuvo y la saludó con entusiasmo.

Todo el público se echó a reír cuando Tully le devolvió el saludo.

Cuando terminó la actuación los aplausos fueron entusiastas. Las niñas tuvieron que salir varias veces a saludar, luego rieron y corrieron al encuentro de sus familias.

Marah fue directa a su madrina. Saltó del escenario y aterrizó en los brazos de Tully. A su alrededor se formó un corrillo de gente que quería autógrafos y ser presentada. Marah estaba radiante de orgullo.

Cuando desapareció el enjambre a su alrededor, Tully fue a donde estaba la familia y los fue abrazando a todos. Pasó un brazo por los hombros de Kate y usó el otro para retener a Marah cerca de ella.

—Tengo una sorpresa para mi ahijada —anunció en voz alta.

Marah empezó a reír y a dar saltos.

—¿Qué es?

—Ya lo verás —dijo Tully con un guiño a Kate. Echaron a andar todos juntos por el pasillo y salieron.

En la calle, aparcada junto a la acera, había una limusina rosa extralarga.

Marah dio un grito.

Kate se volvió hacia Tully.

—No me lo puedo creer.

—¿A que es genial? No sabes lo que me ha costado conseguirla. Venga, subid todos. —Abrió la puerta y se acomodaron en el lujoso interior tapizado en negro. Bombillas diminutas rojas y azules iluminaban el techo.

Marah se pegó a Tully y la cogió de la mano.

—Es la mejor sorpresa del mundo —dijo—. ¿Te ha gustado mi actuación?

—Has estado perfecta —respondió Tully.

En el transbordador se quedaron dentro del coche; Marah no dejó de hablar con Tully.

Cuando llegaron a Seattle, el coche arrancó de nuevo y los paseó por la ciudad como si fueran turistas de vacaciones. Luego se detuvo en una entrada de carruajes brillantemente iluminada, donde los recibió un portero uniformado. Abrió la puerta e hizo una reverencia.

—¿Cuál de estas hermosas damas es Marah Rose?

De inmediato Marah levantó la mano riéndose.

—Yo.

El portero sacó una rosa rosa que llevaba escondida detrás de la espalda y



se la ofreció.

Marah estaba fascinada.

—Guau —exclamó.

—Se dice gracias, Marah —le indicó Kate más seca de lo que habría sido su intención.

Marah la miró irritada.

—Gracias.

Tully los condujo al interior del hotel. Cuando estuvieron en la última planta abrió la puerta de una suite gigantesca donde había instaladas toda clase de atracciones para niños: camas elásticas, boxeo virtual y coches de choque en miniatura. Todas las niñas del ballet estaban ya allí con sus familiares. En el centro de la habitación había una mesa con mantel blanco y sobre ella una tarta rosa de varios pisos adornada con diminutas bailarinas de azúcar.

—¡Tía Tully —gritó Marah mientras la abrazaba—, esto es genial! Te quiero.

—Y yo a ti, princesa. Ahora, ve a jugar con tus amigos.

Durante un momento ninguno reaccionó, estaban aturdidos. Johnny fue el primero en recuperarse. Con William en brazos se acercó a Tully.

—¿No te parece que la estás malcriando?

—Quería traer un poni, pero me pareció que quizá era exagerado.

La madre de Kate rio. El padre negó con la cabeza.

—Venga, Margie, Johnny —dijo al fin—. Vamos a investigar qué hay en el bar.

Cuando Tully y Kate se quedaron solas, esta comentó:

—Desde luego sabes cómo hacer una entrada triunfal. Marah va a estar años hablando de esto.

—¿Me he pasado? —preguntó Tully.

—Un poquito quizá.

Tully le brindó una gran sonrisa, pero no era sincera. Kate se dio cuenta enseguida.

—¿Qué te pasa?

Antes de que Tully pudiera contestar, Marah regresó dando saltitos con la cara radiante de felicidad.

—Queremos hacernos una foto contigo, tía Tully.

Kate miró a su hija prácticamente desmayarse de admiración por su

madrina. Aunque odiaba reconocerlo, sintió una punzada de celos. Se suponía que aquella iba a ser su noche, de Marah y ella.

Tully estaba en la limusina con la cabeza de Marah en el regazo y acariciaba la melena negra y sedosa de su ahijada.

Enfrente de ellas Kate dormía recostada en Johnny, quien también había cerrado los ojos. Junto a ellos, uno a cada lado, estaban tumbados los mellizos. Eran la viva estampa de la armonía familiar.

La limusina tomó el desvío de la carretera de la playa.

Tully besó la mejilla suave y rosada de Marah.

—Ya casi hemos llegado, princesa.

Marah parpadeó y se espabiló un poco.

—Te quiero, tía Tully.

El corazón de Tully se cerró como un puño alrededor de aquellas palabras y se apoderó de ella una emoción casi dolorosa. Antes pensaba que el éxito era como el oro, por el que valía la pena rebuscar en el lodo, y que el amor siempre estaría allí, esperándola en la orilla para cuando hubiera terminado de usar la batea. Ahora no comprendía cómo había podido pensar así. Debería haber sido consciente mucho antes de lopreciado del amor. Si el éxito era oro en el fondo de los ríos, entonces el amor eran diamantes, enterrados a cientos de metros de profundidad bajo la superficie de la tierra e irreconocibles en su estado natural. Por eso la conmovían tanto aquellas palabras de Marah. Las había oído muy pocas veces en su vida.

—Yo también te quiero, Marah Rose.

La limusina enfiló el camino de entrada con los neumáticos crujendo al contacto con la grava y aparcó. La familia tardó siglos en salir del coche y entrar en la casa. Una vez allí, subieron directamente al piso de arriba.

Tully se quedó en el salón vacío sin saber muy bien qué hacer. La madera del suelo crujió. Había intentado integrarse en la rutina familiar de la hora de irse a la cama, pero no había hecho más que molestar, así que había desistido.

Por fin bajó Kate, suspirando cansada y con varias mantas de punto.

—Bueno, Tully, cuéntame qué pasa.

—¿De qué hablas?

Kate la cogió del brazo y la condujo por la casa sembrada de juguetes. Una vez en la cocina se detuvo el tiempo suficiente para servir dos copas de vino

blanco y a continuación fueron a sentarse a las sillas del jardín. El arrullo de las olas transportó a Tully más de veinte años atrás, a aquellas noches en que se escabullían para sentarse a la orilla del río, a hablar de chicos y fumar.

Tully se sentó en una de las sillas de madera envejecida y se tapó con la manta tejida a mano. Después de tantos años y numerosos lavados, seguía oliendo a la señora Mularkey: a cigarrillos mentolados y perfume.

Kate dobló las rodillas también envueltas en una manta, apoyó la barbilla en el vértice del triángulo desigual y miró a Tully.

—Habla —dijo.

—¿De qué tenemos que hablar?

—¿Desde cuándo soy tu mejor amiga?

—Desde que David Cassidy estaba de moda.

—¿Y te crees que no sé cuándo estás mal?

Tully se arrellanó en la silla y dio un sorbo de vino. Lo cierto era que quería hablar de ello —después de todo era uno de los motivos por los que había volado desde la otra punta del país—, y, sin embargo, ahora que estaba allí, en compañía de su mejor amiga, no sabía por dónde empezar. Peor aún, se sentía como una tonta quejándose de lo que faltaba en su vida cuando tenía tantas cosas.

—Cuando renunciaste a una carrera profesional pensé que estabas loca. Durante cuatro años, cada vez que te llamaba por teléfono oía gritar a Mariah. Pensaba que de tener esa vida me pegaría un tiro, pero tú parecías desanimada, cabreada y también increíblemente feliz. Nunca llegué a entenderlo del todo.

—Algún día sabrás lo que es.

—No, no lo haré. Tengo casi cuarenta años, Kate. —Por fin miró a su amiga—. Supongo que la loca era yo por no aspirar a nada excepto a una carrera profesional.

—Una carrera impresionante.

—Sí, pero a veces... no es suficiente. Ya sé que es avaricioso por mi parte, pero estoy cansada de trabajar dieciocho horas al día y de volver siempre a una casa vacía.

—Puedes cambiar de vida. Pero tienes que quererlo de verdad.

—Gracias, Obi-Wan.

Kate miró las olas que rompían en la orilla.

—La semana pasada en la prensa amarilla hablaban de una mujer que dio a

luz a los sesenta años.

Tully rio.

—Mira que eres cabrona.

—Ya lo sé. Y ahora, venga, pobre niña megarrica, te acompaño a tu habitación.

—Voy a arrepentirme de haberme quejado, ¿a que sí?

—No sabes cuánto.

Cruzaron la casa en penumbra. En el dormitorio de invitados, Kate se volvió hacia Tully.

—No vuelvas a malcriar a Marah, ¿vale? Ya te considera una diosa.

—Venga ya, Katie. El año pasado gané más de dos millones de dólares. ¿Qué quieres que haga con tanto dinero?

—Pues donarlo a una organización benéfica. Pero se acabaron las limusinas rosas, ¿está claro?

—Eres una aguafiestas, supongo que lo sabes.

Hasta mucho después, ya tendida en el colchón hundido y lleno de bultos del sofá cama y mirando la Osa Mayor por la ventana, Tully no cayó en la cuenta de que no había preguntado a Kate cómo estaba.

Kate miró el calendario en la pared junto a la nevera. Resultaba imposible creer que el tiempo pasara tan deprisa, pero tenía la prueba de ello delante de los ojos. Era noviembre de 2002 y los catorce meses anteriores habían cambiado el mundo. En septiembre del año anterior, unos terroristas habían estrellado aviones contra el World Trade Center y el Pentágono y matado a miles de personas. Otro avión había sido secuestrado y posteriormente estrellado sin dejar supervivientes. Los coches bomba y los ataques suicidas estaban siempre presentes en las noticias de la noche; la búsqueda de armas de destrucción masiva había comenzado. Nombres como «Al Qaeda», «talibán» y «Pakistán» salían a relucir en toda conversación y se repetían en cada informativo.

El miedo cambió todo y a todos, y, aun así, como no podía ser de otra manera, la vida seguía. Hora a hora, día a día, mientras políticos y militares intentaban localizar bombas y terroristas y mientras el Departamento de Justicia derruía las paredes de papel de Enron, las familias seguían con sus vidas normales y corrientes. Kate seguía haciendo recados, criando a sus

hijos y amando a su marido. Si se aferraba a todos un poco más fuerte y los retenía cerca de casa, todos lo entendían: el mundo ya no era tan seguro como antes.

Y ahora faltaba una semana para Acción de Gracias y la Navidad acechaba detrás de la esquina.

Era la época del año que convierte oficialmente a las mujeres en seres con desdoblamiento de personalidad. Con el corazón dividido entre la alegría propia de la época del año y la cantidad de trabajo que requiere, a Kate le costaba trabajo pararse de vez en cuando a saborear los instantes preciosos. Había que hornear —para las fiestas del colegio, para recaudar fondos para el ballet, para donaciones a la Casa de Ayuda a mujeres...— y comprar, por supuesto. Por mágica que fuera Bainbridge Island, cuando llegaba el momento de comprar regalos se hacía patente que se trataba de una extensión de tierra rodeada de agua. Los centros comerciales y grandes almacenes estaban lejos. En ocasiones Kate se sentía como una alpinista que se dispone a emprender un ascenso vertical sin oxígeno; la cumbre era Nordstrom. Cuando tenías tres hijos, elegir sus regalos llevaba tiempo, y el tiempo era un bien escaso.

Ahora, sentada en el coche mientras esperaba a que terminaran las clases, empezó a hacer su lista de Navidad. Solo había conseguido apuntar algunas cosas cuando sonó la campana y empezaron a salir niños.

Marah solía salir del edificio de ladrillo acompañada de otras niñas. Igual que las orcas, las chicas preadolescentes se desplazaban en grupos. Pero hoy caminaba sola y deprisa, con la cabeza baja y los brazos cruzados y pegados al cuerpo.

Kate supo que algo iba mal. La pregunta era cómo de mal. Su hija tenía doce años, lo que quería decir que las hormonas le bullían por todo el cuerpo y convertían sus emociones en el caldero de una bruja. Aquellos días cualquier cosa era una tragedia.

—Hola —probó a decir Kate consciente de que la palabra equivocada podía causar una pelea.

—Hola. —Marah subió al asiento delantero y se abrochó el cinturón—. ¿Y los enanos?

—En la fiesta de cumpleaños de Evan. Los recoge papá de vuelta a casa.

—Ah.

Kate salió del aparcamiento y se unió al tráfico intermitente en la carretera

Sportsman Club's. Durante todo el camino a casa intentó entablar conversación, pero sus palabras cayeron en saco roto. En el mejor de los casos, Marah contestaba con un monosílabo; en el peor, ponía los ojos en blanco o suspiraba con teatralidad. Cuando entraron en el garaje, Kate hizo un último intento.

—Voy a hacer galletas para los niños; mañana es la fiesta de Acción de Gracias. ¿Te apetece ayudarme?

Marah la miró por fin.

—¿Las de forma de calabaza con glaseado naranja y pepitas verdes?

Durante una fracción de segundo su hija pareció de nuevo una niña, los ojos muy abiertos y esperanzados, los labios esbozando un amago de sonrisa. Entre las dos había años de fiestas infantiles, una red de recuerdos compartidos.

—Pues claro —dijo Kate.

—Me encantan esas galletas.

Kate había contado con ello.

—¿Te acuerdas de ese año que la señora Norman trajo las mismas y te enfadaste tanto que obligaste a todos a probar las dos para demostrar que las nuestras eran mejores?

Marah sonrió por fin.

—El señor Robbins se enfadó muchísimo conmigo y tuve que quedarme a limpiar después de la fiesta.

—Pero Emily se quedó y te ayudó.

La sonrisa de Marah se borró.

—Sí.

—Entonces, ¿te apetece ayudarme?

—Claro.

Kate se cuidó de exteriorizar su entusiasmo por la respuesta. Aunque tenía ganas de sonreír y de decir lo feliz que se sentía, se limitó a asentir con la cabeza y siguió a su hija hasta la cocina. En el último y turbulento año había aprendido unas cuantas cosas sobre niñas en la pubertad. Aunque ellas fueran una montaña rusa de emociones, tú tenías que mantener la calma, siempre.

Durante las tres horas siguientes trabajaron codo con codo en la espaciosa cocina de estilo rústico. Kate le recordó a Marah cómo mezclar los ingredientes y le enseñó a engrasar el papel de horno a la manera tradicional. Hablaron de pequeñeces, de esto y aquello, de nada importante. Kate

acechaba igual que un cazador. De forma instintiva supo cuándo había llegado el momento adecuado. Acababan de poner el glaseado a las últimas galletas y estaban metiendo los cacharros sucios en el fregadero cuando dijo:

—¿Quieres que hagamos otra tanda? Podríamos llevárselas a Ashley.

Marah se quedó muy quieta.

—No —respondió con una voz apenas audible.

—Pero si le encantan. ¿Te acuerdas de cuando...?

—Me odia —dijo Marah y entonces se abrieron las compuertas y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Os habéis peleado?

—No sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No lo sé, ¿vale?

Marah rompió a llorar y le dio la espalda a Kate.

Kate la sujetó por la manga y la abrazó con fuerza.

—Estoy aquí, Marah —susurró.

Marah se aferró a ella.

—No sé qué he hecho mal —se lamentó entre sollozos.

—Chis —murmuró Kate, y acarició el pelo a su hija como si aún fuera pequeña. Cuando el llanto de Marah cedió, Kate se separó lo bastante para poder mirarla.

—A veces la vida...

Se abrió la puerta a su espalda y entraron los mellizos como una tromba, gritándose el uno al otro, jugando a peleas de dinosaurios. Johnny los perseguía. William chocó con una mesita y volcó un vaso de agua que no debería haber estado ahí. El ruido de cristal hecho añicos resonó en toda la habitación.

—Oh-oh —dijo William mirando a Kate.

Lucas rio.

—Willie se la va a cargar —canturreó.

Marah se soltó de Kate, corrió escaleras arriba y se encerró en su habitación de un portazo.

—Lucas —dijo Johnny—, deja de meterte con tu hermano. Y cuidado con los cristales del suelo.

Kate suspiró y cogió un paño de cocina.

Al día siguiente, Kate llegó al instituto justo tres minutos antes de que sonara la campana del almuerzo. Dejó el coche en un vado, corrió a secretaría y firmó un permiso para que Marah faltara al resto de las clases. A continuación fue a buscarla a su aula. La noche anterior, después del momento de conversación y conexión entre ambas, Marah había vuelto a cerrarse en banda. Los intentos de Kate por poner de nuevo el motor en marcha no habían dado resultado, así que había tenido que recurrir a un plan B. Un ataque sorpresa.

Miró por la ventana rectangular, llamó a la puerta, vio que la profesora la saludaba con la mano y entró.

La mayoría de los chicos le sonrieron y dijeron hola. Era una de las ventajas de ser siempre voluntaria: todos te conocían. Todos los chicos parecieron alegrarse de verla... o al menos de que alguien interrumpiera la clase.

Todos excepto una.

La cara de Marah tenía esa expresión incómoda de qué-estás-haciendo-en-mi-clase-poniéndome-en-evidencia. Kate la conocía muy bien. Conocía las reglas del instituto, los padres debían ser invisibles.

Sonó la campana y los chicos salieron corriendo del aula hablando a voces.

Cuando se quedaron solas, Kate se acercó a Marah.

—¿Qué haces aquí?

—Ya lo verás. Coge tus cosas, nos vamos. —Marah la miró y era evidente que estaba estudiando la situación desde todos los ángulos posibles.

—Vale, pero nos vemos en el coche.

En circunstancias normales, Kate habría hecho un comentario y obligado a Marah a salir con ella, pero en aquel momento su hija estaba emocionalmente frágil. Por eso estaba Kate allí.

—Vale.

Lo fácil de la victoria sorprendió a Marah. Kate le sonrió y le tocó el hombro.

—Nos vemos en un minuto.

En realidad tardó un poco más, aunque no mucho. Marah pronto estuvo sentada en el coche poniéndose el cinturón de seguridad.

—¿Dónde vamos?

—Bueno, primero a comer.



—¿Me has sacado de clase para ir a comer?

—Y algo más. Una sorpresa.

Kate condujo hasta una cafetería junto a los nuevos multicines que habían abierto en la isla.

—Voy a tomar hamburguesa con queso, patatas fritas y batido de fresa —dijo Kate cuando estuvieron sentadas.

—Yo también.

Cuando la camarera les tomó nota y se fue, Kate miró a su hija. Sentada con los hombros caídos en el asiento de vinilo azul, parecía delgada y angulosa, una niña a punto de entrar en la adolescencia. El pelo negro, que llevaba revuelto y sin peinar, sería algún día su gran atractivo, y sus ojos castaños dejaban ver cada una de las emociones que sentía. Ahora su aspecto era desvalido.

La camarera les sirvió los batidos y se fue. Kate dio un sorbo del suyo. Era probablemente la primera vez que probaba algo hecho de helado desde el nacimiento de los gemelos, y le supo a gloria.

—¿Ashley sigue sin ser tu amiga? —preguntó por fin.

—Me odia y ni siquiera sé qué le hecho.

Kate había estado pensando mucho en qué decir, en cómo manejar aquel primer desengaño sentimental. Como todas las madres, habría hecho cualquier cosa por proteger a su hija, pero determinados peligros no podían evitarse por completo, había que experimentarlos y luego comprenderlos. Era una de las muchas lecciones que aquel país había aprendido aquel año, y, aunque algunas cosas habían cambiado para siempre, otras seguían igual.

—Cuando estaba en quinto curso tenía dos mejores amigas. Durante muchos años lo hicimos todo juntas: exhibiciones hípicas, quedarnos a dormir en casa de una, ir al lago en verano...La abuela nos llamaba las tres mosqueteras. Y entonces un verano, cuando estaba a punto de cumplir catorce años, dejaron de ser amigas mías y todavía no sé por qué. Empezaron a salir con chicos y a ir a fiestas y no volvieron a llamarme. Iba a clase todos los días sentada sola en el autobús, comía sola en la cafetería y lloraba todas las noches antes de dormirme.

—¿De verdad?

Kate asintió con la cabeza.

—Todavía me acuerdo de lo herida que me sentía.

—¿Qué pasó?

—Pues un día, cuando más desgraciada me sentía... Pero desgraciada de verdad, deberías haberme visto con el aparato en los dientes y las gafas de empollona...

Marah rio.

—... me levanté y fui al instituto.

—¿Y?

—Y en la parada del autobús estaba la tía Tully. Era la chica más guay que había visto en mi vida. Supuse que jamás querría ser amiga mía. Pero ¿sabes lo que descubrí?

—¿Qué?

—Pues que por dentro, que es lo importante, estaba tan asustada y se sentía tan sola como yo. Aquel año nos hicimos amigas íntimas. Amigas de verdad. De esas que no te hacen daño adrede o dejan de ser simpáticas contigo sin ningún motivo.

—¿Y cómo se hacen amigas así?

—Esa es la parte difícil, Marah. Para hacer amigas de verdad tienes que arriesgarte. A veces las personas te decepcionarán, las chicas pueden ser muy crueles las unas con las otras, pero no puedes dejar que eso te detenga. Si te hacen daño, te levantas, desempolvás tus sentimientos y vuelves a intentarlo. En tu clase tiene que haber una niña dispuesta a ser amiga tuya durante todo el instituto. Te lo prometo. Solo tienes que encontrarla.

Marah frunció el ceño dando vueltas a lo que había dicho Kate.

La camarera les trajo la comida, dejó la cuenta y se fue.

Antes de dar un bocado a su hamburguesa con queso, Marah dijo:

—Emily es simpática.

Kate había tenido la esperanza de que Marah recordara aquello. Emily y ella habían sido inseparables en la escuela primaria, pero en los últimos años se habían distanciado.

—Sí que lo es.

Kate vio por fin sonreír a su hija, y aquel cambio minúsculo la iluminó por dentro. Durante el resto del almuerzo hablaron de cosas sin importancia, de moda sobre todo, algo que obsesionaba a Marah y de lo que Kate prácticamente ignoraba todo. Cuando pagó la cuenta y se dispusieron a marcharse, Kate dijo:

—Una cosa más. —Metió la mano en el bolso y sacó un paquete envuelto—. Esto es para ti.

Marah rasgó el papel brillante y dejó al descubierto un libro en edición de bolsillo.

—*El hobbit* —dijo mirando a Kate.

—Aquel año en que no tenía amigas no estuve completamente sola. Tenía libros que me hacían compañía, y este es el principio de una de mis historias preferidas. He debido de leer *El señor de los anillos* unas diez veces. Creo que todavía no estás preparada para *El hobbit*, pero algún día, tal vez dentro de unos años, habrá otra cosa que hiera tus sentimientos. Es posible que te sientas sola con tu tristeza, que no quieras compartirla con papá o conmigo. Entonces puedes leerlo, dejar que te transporte. Sé que suena tonto, pero a mí me ayudó cuando tenía trece años.

Marah pareció un poco desconcertada por el hecho de recibir un regalo que era aún demasiado joven para disfrutar, pero aun así dijo:

—Gracias.

Kate miró a su hija un instante más con una punzada de dolor en el pecho. Qué rápido iba todo, los años de bebé y niña pequeña casi habían quedado atrás.

—Te quiero, mami —dijo Marah.

Para el mundo en general tal vez esto habría sido un momento cualquiera en un día normal, pero para Kate fue extraordinario. Era la razón de que hubiera elegido quedarse en casa en vez de trabajar. El sentido de su vida podía medirse, tal vez, en nanosegundos, pero aquel instante no lo habría cambiado por nada.

—Yo también te quiero. Por eso vamos a hacer pellas el resto del día. Vamos a ir a la primera sesión de *Harry Potter y la cámara secreta*.

Marah se levantó de la mesa con una sonrisa.

—Eres la mejor madre del mundo.

Kate rio.

—Espero que recuerdes eso cuando seas adolescente.

Tully llevaba la cuenta de los años por las historias que cubría. En 2002 estuvo de vacaciones en Europa, San Bartolomé y Tailandia. Fue a la ceremonia de los Óscar, ganó un Emmy, fue portada de la revista *People* y redecoró su apartamento, pero no fue eso lo que recordaba, sino las noticias. Había cubierto la Operación Anaconda contra los talibanes, el aumento de la violencia en la región, el juicio a Milósevic por crímenes contra la humanidad y la declaración de guerra a Irak.

Para la primavera de 2003 estaba exhausta, cansada de tanta violencia. Cuando por fin volvió a casa, las cosas no mejoraron demasiado. Fuera donde fuera la recibían multitudes, y en ninguna parte se sentía más aislada que en compañía de personas que la adulaban, que le daban coba, pero que en realidad no la conocían.

Aunque nadie que la viera en televisión se habría dado cuenta, estaba desmoronándose poco a poco. Grant no la había llamado en casi cuatro meses y la última vez que hablaron no fue bien.

«No quiero lo mismo que tú, cariño», le dijo sin molestarse siquiera en parecer compungido.

«¿Y qué es lo que quiero?», se había apresurado a contestar Tully, asombrada al notar lágrimas en los ojos.

«Lo que quieres siempre. Más».

No debería haberla sorprendido. Había oído aquello muchas veces a lo largo de su vida. Incluso estaba dispuesta a reconocer que era cierto. Últimamente quería más. Quería una vida de verdad, no aquella de algodón de azúcar perfecta y reluciente que se había fabricado.

Pero no tenía ni idea de cómo empezar otra vez a su edad. Le gustaba demasiado su trabajo para renunciar a él; además, llevaba tanto tiempo siendo

rica y famosa que no se imaginaba volviendo al anonimato.

Ahora, bajo un sol sorprendentemente cálido, caminaba por las concurridas calles de Manhattan mirando a sus habitantes esquivar turistas vestidos en tonos chillones. Era el primer día soleado después de un invierno largo y nevoso, y nada levantaba el ánimo a los neoyorquinos como el sol. La gente había salido de sus diminutos apartamentos, se había calzado los zapatos de caminar y echado a la calle. A su derecha, Central Park era un oasis de verdor. Por un instante, cuando lo miró, vio su propio pasado: la explanada de la Universidad de Washington, niños corriendo, pasándose *frisbees*, pelotas... Hacía veinte años que había pisado el campus por última vez. Desde entonces había transcurrido mucha vida, y, sin embargo, aquella época le parecía tan cercana como su propia sombra.

Sonrió y sacudió la cabeza para despejarse. Tendría que llamar a Katie por la noche y contarle aquel momento de flaqueza adulta.

Se disponía a echar a andar cuando lo vio.

Al final de una ladera cubierta de césped, en un camino pavimentado mirando a dos niñas adolescentes patinar en círculos alrededor de él.

—Chad.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre en años y le supo casi tan dulce como un licor de almendras. Solo verlo la hizo desprenderse del caparazón de los años y sentirse otra vez joven.

Fue hasta el arranque del camino y se acercó a él. Un árbol inmenso se desplegó sobre ella como una sombrilla, sin dejar pasar el sol, y de inmediato tuvo frío.

¿Qué iba a decirle después de tantos años? ¿Y él a ella? La última vez que estuvieron juntos él le había pedido que se casaran; luego no habían vuelto a verse. Por entonces él la conocía muy bien, lo bastante para no quedarse a esperar a que lo rechazara. Pero se habían amado. Con la sabiduría que dan el tiempo y los años, Tully lo sabía. También sabía que el amor no se evapora. Perdía intensidad, tal vez; también peso, como unos huesos abandonados al sol, pero no desaparecía.

Entonces se dio cuenta, de pronto y con intensidad, de que quería estar enamorada. Como Johnny y Kate. Estaba harta de sentirse tan sola en el mundo.

Mientras caminaba hacia él vaciló solo una vez. Salió de las sombras a la luz del sol.

Y allí estaba, delante de ella, el hombre al que nunca había conseguido expulsar del todo de sus sueños. Dijo su nombre en voz alta, pero demasiado bajo para que pudiera oírla.

Chad levantó la cabeza, la vio y su sonrisa se desvaneció poco a poco.

—¿Tully?

Ella vio su boca moverse y le oyó pronunciar su nombre, pero en ese instante un perro ladró y a su lado pasaron dos patinadores.

Entonces Chad fue a su encuentro. Fue como en las películas, como en sus sueños. Tiró de ella y la abrazó.

Aunque la soltó y dio un paso atrás demasiado pronto.

—Sabía que volvería a verte.

—Siempre has tenido más fe que yo.

—Eso no es difícil —replicó Chad con una sonrisa—. Cuéntame, ¿qué tal estás?

—Ahora en la CBS. Hago...

—Créeme —la interrumpió con amabilidad—, eso lo sé. Estoy orgulloso de ti, Tully. Siempre supe que llegarías a lo más alto. —La estudió largo rato y a continuación preguntó—: ¿Cómo está Katie?

—Se casó con Johnny. Últimamente no los veo casi.

—Entiendo —dijo Chad como si aquello hubiera contestado a su pregunta. Tully se sintió vulnerable bajo su mirada.

—¿Qué entiendes?

—Te sientes sola. Después de todo has comprobado que el mundo no es bastante.

Tully lo miró con el ceño fruncido. Estaban tan cerca uno del otro que el más mínimo movimiento habría sido un beso, pero no se imaginaba salvando esa pequeña distancia. Estaba más joven de como lo recordaba, más guapo.

—¿Cómo lo haces? —susurró.

—¿El qué?

—¡Papá, mira!

Tully oyó una voz de chica como en la distancia. Se volvió despacio y vio a dos jóvenes patinar hacia ellos. Antes se había confundido, ya habían pasado la adolescencia. Una era idéntica a Chad, con facciones marcadas, pelo negro y unos ojos que se arrugaban cuando sonreía.

Pero la que le llamó la atención fue la otra mujer. Tendría treinta o treinta y cinco años, con una sonrisa radiante y presta a la risa. Iba vestida con los

colores propios de los turistas: vaqueros recién estrenados, jersey de ochos rosa, gorro y guantes turquesa.

—Es mi hija. Está haciendo el posgrado en la Universidad de Nueva York —explicó Chad—. Y la otra es Clarissa, la mujer con la que vivo.

—¿Sigues en Nashville? —Decir aquellas palabras fue como empujar un leño ladera arriba. Lo último que le apetecía era mantener una conversación cortés—. ¿Sigues dando clases de periodismo a idealistas de ojos brillantes?

Chad la sujetó por los hombros y la obligó a mirarlo.

—No me elegiste, Tully —afirmó, y esta vez Tully percibió la aspereza de una profunda emoción en su voz—. Estaba preparado para quererte para siempre, pero...

—No. Por favor.

Chad le tocó la mejilla en una caricia efímera, casi desesperada.

—Debería haberme ido contigo a Tennessee —dijo Tully.

Chad negó con la cabeza.

—Tienes grandes sueños, era una de las cosas que más me gustaban de ti.

—Gustaban. En pasado —señaló Tully, sabiendo que era absurdo sentirse dolida.

—Algunas cosas no llegan a pasar.

Tully asintió.

—Sobre todo cuando tienes demasiado miedo para permitirlo.

Chad la tomó de nuevo en sus brazos y en un instante la estrechó con más pasión de la que le había demostrado Grant en años. Tully esperó un beso que nunca llegó. En lugar de ello, Chad la soltó, luego la tomó del brazo y la acompañó de vuelta al camino.

En la frescura repentina de la sombra, Tully se estremeció y se pegó a él.

—Dame algún consejo, Wiley. Me parece que la he cagado con mi vida.

Ya en la soleada acera, Chad la miró de nuevo.

—Has triunfado más de lo que nunca habías soñado y sigues sin estar satisfecha.

Su mirada hizo estremecer a Tully.

—Supongo que debí detenerme a oler alguna de las flores. Pero es que ni siquiera las vi.

—No estás sola, Tully. Todos tenemos a alguien en la vida. Una familia.

—Supongo que te has olvidado de Nube.

—O tal vez eres tú la que se ha olvidado.

—¿Qué quieres decir?

Chad miró en dirección al parque, donde su hija daba la mano a su novia; una enseñaba a la otra a patinar hacia atrás.

—Me he perdido muchos años con mi hija. Un día decidí que había pasado demasiado tiempo y fui en su busca.

—Siempre fuiste un optimista.

—Y eso es lo extraño. Tú también. —Chad se inclinó, la besó en la mejilla y se apartó—. Sigue iluminando al mundo con tu pasión, Tully —dijo, y se alejó caminando.

Eran casi las mismas palabras que le había escrito muchos años atrás. Sobre el papel Tully no reconoció la desesperación que encerraban. Ahora vio la verdad: eran al mismo tiempo una muestra de apoyo y una acusación. ¿De qué le servía iluminar al mundo con su pasión si luego tenía que verlo brillar sola?

Si había algo que siempre se le había dado bien a Tully era ignorar las cosas desagradables. Durante gran parte de su vida se había dedicado a meter recuerdos poco gratos o decepciones en una caja y almacenarlos en un rincón recóndito de la mente, tan oscuro que no se veían. Por supuesto, soñaba con los malos tiempos, y en ocasiones se despertaba empapada de un sudor frío con recuerdos en la superficie aceitosa de su consciencia, pero cuando llegaba el día los devolvía a su escondite y le resultaba más fácil olvidar.

Pero ahora, por primera vez, había encontrado algo que no podía ni archivar en un sitio oscuro ni olvidar.

Chad. Verlo allí, en su ciudad de adopción, la había afectado profundamente. No era capaz de ahuyentar el recuerdo. Había demasiadas cosas que no le había dicho, que no le había preguntado.

En los tres meses desde que se habían encontrado se había sorprendido a sí misma recordando cada detalle; repasando segundos como un científico forense en busca de pistas que encerraran el significado de lo ocurrido. Chad pasó a encarnar todo aquello a lo que Tully había renunciado por la vida que tenía hora. El camino no elegido.

Pero peor que aquello era el recuerdo de lo que le había dicho sobre Nube. *No estás sola, Tully. Todos tenemos una familia.* No con esas palabras exactamente, pero más o menos. Ese había sido el mensaje.



La idea se reprodujo y creció en su cerebro como una célula cancerosa. Empezó a pensar en Nube, a pensar en ella de verdad. Se concentró en las veces que su madre había vuelto y no en las que se había marchado. Era peligroso, lo sabía, aferrarse a lo positivo cuando existían tantas cosas negativas; y, sin embargo, se preguntó de pronto si no sería ella la que se había equivocado. ¿Había estado tan concentrada en odiar a su madre, en echar a un lado y olvidar sus decepciones, que había pasado por alto el significado de que hubiera vuelto tantas veces?

Esa idea, esa esperanza, no le cabía en la caja, se negaba a permanecer en la oscuridad.

Finalmente, dejó de intentar huir de ella y la examinó. Y así emprendió aquel viaje extraño y aterrador. Se tomó dos semanas libres presentándolas como vacaciones, hizo la maleta y cogió un avión a la costa oeste.

Poco menos de ocho horas después de dejar Manhattan estaba en Bainbridge Island, deteniéndose frente a la casa de los Ryan en una elegante limusina negra.

Desde el camino de entrada escuchó el coche alejarse, sus neumáticos crujir en la grava. Del otro lado de la casa, el jardín trasero, llegaba ruido de olas rompiendo en la playa de guijarros. Eso quería decir que estaba subiendo la marea. En aquella hermosa y soleada tarde de principios de verano, la vieja granja parecía sacada de un álbum de fotos. Una capa reciente de barniz le daba aspecto de caramelo y el ribete blanco y brillante atrapaba la luz del sol y la retenía. Las flores crecían asilvestradas por el jardín y creaban explosiones de color por todas partes. Había juguetes y bicicletas diseminados que le recordaron intensamente a los días de antaño, cuando Kate y ella habían sido las chicas de Firefly Lane y sus bicicletas, alfombras mágicas a otro mundo.

*Venga, Katie. Vamos.*

Tully sonrió. Llevaba años sin pensar en aquel verano. 1974. El principio de todo. Conocer a Kate le había cambiado la vida, y todo porque se habían atrevido a buscarse la una a la otra, se habían atrevido a decir: «Quiero ser tu amiga».

Recorrió el camino de cemento salpicado de maleza que llevaba a la puerta principal. Antes de llegar al porche ya oyó ruido procedente del interior. No le sorprendió. Según contaba Kate, la primera mitad de 2003 había sido una locura y un caos. Marah no se había deslizado en la adolescencia, había

entrado en ella dando bandazos. Y los mellizos habían pasado de ser bebés ruidosos a niños de cinco años aún más ruidosos y demoledores. Cada vez que Tully la llamaba por teléfono Kate estaba al volante, llevando a alguien a alguna parte.

Llamó al timbre. En circunstancias normales habría entrado sin llamar porque la estarían esperando. Pero aquel viaje había obedecido a un impulso repentino y no había avisado antes. Pensó que se arrepentiría por el camino. Y, sin embargo, allí estaba.

Un sonido de pisadas hizo temblar toda la casa. Entonces se abrió la puerta y apareció Marah.

—¡Tía Tully! —gritó abalanzándose hacia ella.

Tully la abrazó con fuerza. Cuando se separaron miró a la joven que tenía delante un poco desconcertada. Solo hacía siete u ocho meses que no veía a Marah, un suspiro, y, sin embargo, no la conocía. Casi una mujer, Marah era más alta que Tully, con piel clara, penetrantes ojos castaños, abundante pelo negro que le caía como una cascada por la espalda y unos pómulos de escándalo.

—Marah Rose —dijo—. Estás hecha toda una mujer. Y una verdadera preciosidad. ¿Has pensado en trabajar de modelo?

La sonrisa de Marah hacía aún más imponente su belleza.

—¿En serio? Mi madre me trata como a una niña pequeña.

Tully rio.

—Cariño, tú de niña pequeña no tienes nada.

Antes de que pudiera seguir, Johnny bajó las escaleras con un niño retorciéndose en cada brazo. Cuando vio a Tully se detuvo. Luego sonrió.

—No deberías haberle abierto, Marah. Viene con una maleta.

Tully rio y cerró la puerta detrás de ella.

—¡Katie! —gritó Johnny en dirección a las escaleras—. Yo que tú bajaría, no te vas a creer quién ha venido a visitarnos.

Dejó a los niños en el suelo al pie de las escaleras y fue a abrazar a Tully. Esta no pudo evitar pensar lo agradable que era simplemente sentirse abrazada. Había pasado mucho tiempo.

—¡Tully! —La voz de Kate se impuso al resto de sonidos de la habitación mientras bajaba corriendo las escaleras y se fundía en un abrazo con su amiga. Cuando se apartó, sonreía.

—Pero ¿se puede saber qué haces aquí? ¿No te he dicho que tienes que

notificarme todas tus visitas? Ahora me vas a soltar la charla por no cortarme el pelo y saltarme las últimas mechas.

—Y no te olvides del maquillaje que no llevas. Pero te puedo hacer una restauración. Se me da bien. Es un don que tengo.

El pasado las envolvió y las hizo reír.

Kate se cogió del brazo de Tully la llevó al sofá. Allí, con la maleta de esta apostada en la puerta como un guardaespaldas, estuvieron al menos una hora poniéndose al día de sus respectivas vidas. Alrededor de las tres trasladaron su reunión al jardín trasero, donde los chicos y Marah compitieron con Kate por la atención de Tully. Cuando empezó a oscurecer, Johnny encendió la barbacoa y en una mesa plegable en la hierba, bajo una bóveda de estrellas y junto a las plácidas aguas del estrecho, Tully comió su primera cena casera en meses. Luego jugaron con entusiasmo al Candy Land. Mientras Kate y Johnny estaban arriba acostando a los gemelos, Tully se quedó en el jardín con Marah, las dos envueltas en dos de las famosas mantas de punto de la señora Mularkey para protegerse del relente.

—¿Qué se siente al ser famosa?

Tully llevaba años sin pensar en ello, se había limitado a darlo por hecho.

—La verdad es que está muy bien. Siempre te dan la mejor mesa, consigues entrada a los mejores sitios, no hacen más que regalarte cosas... Todos te esperan si llegas tarde. Y, como soy periodista y no estrella de cine, los paparazzi me dejan bastante tranquila.

—¿Y te invitan a muchas fiestas?

—Hace bastante tiempo que dejaron de interesarme las fiestas, pero sí, me invitaban a muchas. Y no te olvides de la ropa. Los diseñadores no dejan de mandarme cosas y lo único que tengo que hacer es ponérmelas.

—Guau —dijo Marah—. Tiene que ser una pasada.

A su espalda chirrió una puerta que se abría y que a continuación se cerró de golpe. Alguien arrastró algo —una mesa, quizá— por el porche. Entonces empezó la música. Jimmy Buffet, *Margaritaville*.

—Ya sabes lo que significa eso. —Kate apareció con dos margaritas.

Marah enseguida empezó a quejarse.

—Ya soy mayor para quedarme levantada. Además, mañana no hay clase. Hay reunión del claustro.

—A la cama, peque —zanjó Kate, y se inclinó para ofrecer una bebida a Tully.

Marah miró a esta como diciendo: «¿Ves? Me trata como a un bebé». Tully no pudo evitar reír.

—Tu madre y yo también teníamos prisa por crecer. Nos escapábamos de mi casa y le quitábamos a mi madre...

—Tully —interrumpió Kate cortante—. Esas historias del año de la polca no le interesan a Marah.

—¿Que mi madre se escapaba? ¿Y qué hacía la abuela?

—La castigó de por vida. Y la obligó a vestirse con cosas de los saldos de Fred Meyer —contestó Tully.

Solo de pensarlo Marah se estremeció.

—Poliéster —añadió Kate—. Me pasé un verano entero con miedo de acercarme al fuego.

—Me estáis mintiendo —dijo Marah cruzándose de brazos.

—¿Mentir nosotras? Jamás —replicó Tully, y dio un sorbo a su bebida.

Marah se levantó, les dedicó un suspiro de profundo sufrimiento y entró en la casa. En cuanto se cerró la puerta Tully y Kate se echaron a reír.

—Dime que nosotras no éramos así —dijo Tully.

—Mi madre jura que yo sí. Tú con ella eras doña Perfecta. Hasta que nos detuvieron por tu culpa, claro.

—La primera mella en la armadura.

Riendo, Kate se sentó en la silla de madera al lado de Tully envuelta en una de las mantas de su madre.

Tully no había sido consciente de lo tensa que había estado, de lo rígidos que tenía el cuello y los hombros, hasta aquel momento en que se empezó a relajar. Como siempre, Kate era su red de seguridad, su amuleto. Con su mejor amiga a su lado podía confiar en sí misma. Se arrellanó en la silla y miró el cielo nocturno. Nunca había sido de esas personas que se sienten insignificantes bajo el firmamento, pero ahora comprendió de pronto por qué otras sí; era una cuestión de perspectiva. Había estado tan ocupada en correr hacia la línea de meta que se había quedado sin aliento. De haber prestado algo más de atención al paisaje y un poco menos al objetivo quizá ahora no estaría allí: una mujer soltera de cuarenta y dos años buscando jirones de una posible familia.

—Bueno, entonces, ¿me vas a obligar a interrogarte? —preguntó Kate por fin.

No tenía sentido ocultar la verdad, aunque sentía una necesidad casi

instintiva de hacerlo. La música cambió y sonó ABBA, *Knowing Me, Knowing You*.

—Me encontré con Chad —dijo Tully con suavidad.

—Hace unos meses, ¿no? ¿En Central Park?

—Sí.

—Y verlo te hizo subirte a un avión para visitarme. Ahora lo entiendo todo.

Antes de que Tully pudiera contestar, la puerta a su espalda se abrió de nuevo y salió Johnny con una cerveza. Acercó una silla y se sentó con ellas. Los tres formaban un semicírculo irregular en la hierba orientado al negro estrecho. La luna iluminaba las olas que lamían la arena.

—¿Te lo ha contado?

—¿Qué tenéis? ¿Telepatía? —exclamó Tully—. Acababa de empezar.

—De hecho —dijo Kate—, me estaba recordando que se encontró a Chad hace un par de meses.

—Ah. —Johnny asintió con la cabeza como si aquello explicara la inesperada visita de Tully desde la otra punta del país.

—¿Cómo que «ah»? —preguntó esta, repentinamente irritada. Era lo mismo que había hecho Chad.

—Es tu Moby Dick —señaló Johnny.

Tully lo miró sarcástica.

—¿Ahora te pones literario?

—Venga, Tully —dijo Kate posando una mano en el brazo de su marido—. ¿Qué pasa?

Tully los miró a los dos, sentados muy juntos, dos personas casadas que seguían riéndose y tocándose después de muchos años de matrimonio, y el anhelo le oprimió el pecho.

—Estoy cansada de estar sola —contestó por fin. Había contenido tanto tiempo aquellas palabras que cuando por fin salieron sonaron gastadas, tan erosionadas como los guijarros de una playa.

—¿Y qué pasa con Grant? —preguntó Johnny.

—Me parece recordar que me dijiste que Chad vivía con alguien —dijo Kate inclinándose hacia delante.

—En realidad no se trata de Chad. A ver, sí, pero no como estáis pensando. Me hizo ver que tengo una familia —explicó Tully.

Kate se enderezó.

—¿Te refieres a Nube?

—Es mi madre.

—Biológica. Las serpientes son mejores madres, y eso que entierran sus huevos y se van.

—Sé que intentas protegerme, Kate, pero para ti es fácil olvidarte de ella porque tienes una familia de verdad.

—Cada vez que la ves te hace daño.

—Pero siempre volvía. Eso quizá significaba algo.

—Y siempre se iba —replicó Kate con suavidad—. Y te rompía el corazón.

—Ahora soy más fuerte.

—¿Se puede saber qué estáis diciendo? Parece que habláis en código —intervino Johnny.

—Quiero ir a buscarla. Tengo su última dirección, le mando dinero todos los meses. Quizá si consigo meterla en un centro de rehabilitación tengamos una oportunidad.

—Ha estado en rehabilitación muchas veces —señaló Kate.

—Lo sé, pero nunca con apoyo. Quizá es lo único que necesita.

—Me parecen demasiados quizás —dijo Kate.

Tully miró a Kate, luego a Johnny y de nuevo a Kate.

—Sé que es una locura, que probablemente saldrá mal y que sin duda terminaré llorando o dándome al alcohol o las dos cosas, pero, joder, estoy cansada de estar sola y no tengo ni pareja ni hijos. Lo que sí tengo es una madre, por imperfecta que sea. Y Kate, quiero que me ayudes a buscarla. Seguro que no tardamos más que unos días.

Al oír aquello Kate pareció desconcertada.

—¿Qué?

—Necesito encontrarla y no puedo hacerlo sola.

—Pero... no puedo irme unos días así como así. Mañana es el carnaval del colegio y soy la presidenta de los juegos. Tengo que estar allí para organizarlos y repartir los premios.

El suspiro de Tully dejaba ver su decepción.

—Bueno. ¿Y el fin de semana?

—Lo siento, Tul. De verdad. El sábado y el domingo mamá y yo tenemos reparto de alimentos en la iglesia, y si no voy puede ser un follón. Luego el lunes y el martes estoy de voluntaria en el departamento de parques

recreativos, pero quizá a finales de la semana que viene puedo escaparme unos días.

—Si espero, no voy —dijo Tully tratando de reunir valor para hacer aquello sola—. Supongo que puedo ir sola. Es que me preocupaba...

—Deberías llevar un equipo —apuntó Johnny.

Tully lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—Para grabarlo. Eres una gran estrella con un pasado de pobre niña rica. No quiero parecer insensible, pero a tus espectadores les encantaría hacer ese viaje contigo. Mi jefe daría palmas con las orejas si pudiera emitirlo.

Tully dio vueltas a aquella idea inesperada. Era peligrosa para ella, sin duda; su madre podía humillarla. Pero también podía salir triunfante. Una reconciliación madre-hija era una mina de oro televisiva. Le sorprendió no haber pensado en ello. Un retrato tan íntimo como aquel dispararía sus cifras de audiencia, su índice de popularidad. ¿Valía la pena el riesgo?

Lo que necesitaba era un productor que la tratara con cariño.

Miró a Johnny.

—Ven conmigo —dijo, inclinándose hacia él—. De productor.

Kate se puso más recta.

—¿Qué?

—Por favor, Johnny —suplicó Tully—. Te necesito para hacer esto. No me fío de nadie más. Te dará cobertura nacional. Yo puedo llamar a tu jefe, Fred y yo somos amigos desde hace muchos años. Y, como has dicho tú, mataría por tener algo así en exclusiva.

Johnny miró a su mujer.

—¿Katie?

Tully contuvo el aliento esperando la respuesta de su amiga.

—Tú decides, Johnny —dijo Kate, aunque no parecía contenta.

Johnny se recostó en su silla.

—Voy a hablar con Fred. Si dice que sí, empezamos a trabajar mañana. De cámara me llevaré a Bob Davies. —Sonrió—. En cualquier caso, me sentará bien salir unos días de la redacción.

Tully rio.

—Qué maravilla.

Se abrió la puerta mosquitera y salió Marah corriendo.

—¿Puedo ir contigo, papá? Mañana no hay clase y me dijiste que querías

que te viera trabajar alguna vez.

Tully cogió la mano de Marah y tiró de su ahijada hasta sentarla en su regazo.

—Es una idea fantástica. Así ves qué gran productor es tu padre, y tu madre no tendrá que preocuparse por ti mientras está trabajando de voluntaria en el colegio.

Kate gimió.

Tully se volvió a mirarla.

—Te parece bien, ¿no, Katie? Serán solo unos días, y además le servirá a Marah para darse cuenta de lo afortunada que es de tener una madre. Te la traeré de vuelta para que vaya al colegio el lunes. Te lo prometo.

Johnny se levantó, abrió su móvil y entró en la casa mientras marcaba números de teléfono. Su voz sonó alta al principio y fue amortiguándose a medida que entraba.

—Fred, soy Johnny. Perdona que te llame a esta hora, pero...

—Kate —dijo Tully acercándose a ella—. Dime que te parece bien.

Su mejor amiga tardó un poco en sonreír.

—Pues claro, Tully. Llévate a toda mi familia, si quieres.



Siempre te hace daño —dijo Kate más tarde cuando las luces de Seattle, brillando entre el oscuro estrecho y el cielo sin estrellas, empezaban a apagarse.

Tully suspiró y miró el festón de agua espumosa romper en la orilla. Se terminó su tercera margarita y dejó la copa en la hierba, a su lado.

—Ya lo sé.

Tully se quedó callada; en realidad la cabeza le daba vueltas y estaba empezando a preocuparla la idea que había tenido.

—¿Por qué Johnny? —preguntó por fin Kate. Sonó vacilante, como si quizá no hubiera sido su intención decir aquellas palabras en voz alta.

—Me protegerá. Si digo que hay que cortar, cortará. Si digo que hay que tirar una grabación a la basura, la tirará.

—No lo creo.

—Claro que sí. Por mí, sí. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Por ti.

Tully se levantó y perdió un poco el equilibrio, decidida a no seguir analizando su decisión. Al momento Kate estuvo a su lado, sujetándola.

—¿Qué haría yo sin ti, Kate? —dijo Tully apoyándose en su mejor amiga.

—Eso es algo que nunca tendremos que averiguar. Venga, te acompaño a tu habitación. Necesitas dormir.

Kate la guio al interior de la casa y por el pasillo hasta el cuarto de invitados.

Una vez allí, Tully se dejó caer sobre la cama y miró a su amiga con ojos llorosos. En ese momento, con la habitación dando vueltas, se dio cuenta de lo estúpida que había sido la idea del documental, de lo mucho que se jugaba.

Podían hacerle daño... otra vez. Si tuviera la vida de Kate, no tendría que asumir riesgos como aquel.

—Qué suerte tienes —murmuró mientras se quedaba dormida—. Johnny...

Quería decir: «Johnny y los chicos te quieren», pero las palabras se le enredaron en la cabeza y antes de que pudiera terminar empezó a llorar, y a continuación se quedó dormida.

A la mañana siguiente se levantó con un dolor de cabeza insoportable. Tardó más de lo normal en peinarse y maquillarse —que Johnny le gritara que se diera prisa no ayudó—, pero por fin estuvo lista.

Johnny abrazó y besó a Kate.

—No creo que tardemos más de dos días —dijo en voz tan baja que Tully supo que no debería estar oyéndole—. Volveremos antes de que te dé tiempo a echarnos de menos.

—Se me hará largo de todas maneras —respondió Kate—. Porque ya te estoy echando de menos.

—Venga, mamá —intervino Marah con aspereza—. Tenemos que irnos. ¿A que sí, tía Tully?

—Dale un beso a tu madre —dijo Johnny.

Marah fue obediente hasta Kate y la besó. Kate abrazó a su hija hasta que esta empezó a revolverse y entonces la soltó.

Tully sintió una punzada de celos ante aquella muestra de intimidad; qué familia tan bonita formaban.

Johnny se llevó a Marah al coche y empezaron a meter cosas en el maletero.

Tully miró a Kate.

—Estarás aquí, ¿verdad? Por si necesito llamarte.

—Siempre estoy aquí, Tully. Por algo soy madre a tiempo completo.

—Muy graciosa. —Tully miró su equipaje. Encima de todo había un fajo de notas que había tomado durante la última conversación con su abogado. Era una lista de las direcciones que tenían de Nube.

—Bueno, pues me voy.

Cogió la bolsa y se subió al coche.

Cuando llegaron al final del camino de entrada se dio la vuelta.

Allí estaba Kate, en la puerta principal, con un niño a cada lado y diciendo adiós con la mano.

La primera parada, solo dos horas más tarde, fue en un camping para

autocaravanas en Fall City, la dirección más reciente que tenían de Nube. Pero al parecer su madre se había ido una semana antes y no había dejado dirección. El hombre con el que hablaron pensaba que se había mudado a otro camping, en Issaquah.

Tully, Johnny, Marah y un cámara que se hacía llamar Bob el Gordo, y con razón, pasaron las seis horas siguientes de un lado a otro, siguiendo pistas. En cada parada grababan a Tully hablando con personas en los distintos campings y comunas. Varias personas conocían a Nube, pero nadie parecía saber dónde encontrarla. Fueron de Issaquah a Cle Elem, y de allí a Ellensburg. Marah estaba pendiente de cada palabra que decía Tully.

Estaban terminando de cenar, ya tarde, en North Bend, cuando llamó Fred con la noticia de que el último giro postal a Nube había sido canjeado en un banco de Vashon Island.

—Podríamos estar allí en una hora —murmuró Johnny.

—¿Crees que la encontraremos? —preguntó Tully mientras se ponía azúcar en el café. Era la primera vez que estaban solos en todo el día. Bob el Gordo estaba en la furgoneta y Marah acababa de ir al cuarto de baño. Johnny la miró.

—Lo que creo es que no podemos obligar a la gente a querernos.

—¿Incluidos nuestros padres?

—Nuestros padres especialmente.

Tully sintió un asomo del viejo vínculo que los había unido. Recordó que Johnny y ella tenían eso en común: una infancia solitaria.

—¿Qué se siente al ser amado, Johnny?

—Me parece que esa no es la pregunta que quieres hacer. Lo que quieres saber es qué se siente al amar a alguien. —La sonrisa que le dedicó le hizo parecer joven otra vez—. Aparte de a ti misma, quiero decir.

Tully se reclinó en el respaldo de la silla.

—Necesito amigos nuevos.

—No voy a quitarte de en medio, que lo sepas. Así que más te vale hacerte a la idea. Ahora que me has metido en esta historia, la cámara va a estar ahí, viéndolo todo. Si estás arrepentida, ahora es el momento de decirlo.

—Puedes protegerme.

—Eso es precisamente lo que te estoy diciendo, Tully. Que no te voy a proteger. Igual que hiciste tú conmigo en Alemania.

Tully entendía lo que quería decir. La amistad se termina cuando la cámara

empieza a rodar, es un axioma del periodismo.

—Tú intenta sacarme por mi lado bueno, el izquierdo.

Johnny sonrió y pagó la cuenta.

—Ve a buscar a Marah. Si nos damos prisa, igual podemos coger el último transbordador.

Luego resultó que perdieron el transbordador y tuvieron que dormir en tres habitaciones de un motel destartado cerca del puerto.

A la mañana siguiente Tully se levantó con un dolor de cabeza que se resistía a cualquier dosis de aspirina. Aun así, se vistió, se maquilló y desayunó en una cafetería de mala muerte que propuso Bob. A las nueve de la mañana estaban en el transbordador de camino a una comuna dedicada al cultivo de bayas en Vashon Island.

A cada paso que daban y a cada kilómetro que recorrían, la cámara seguía a Tully. Mientras preguntaba a los cajeros del banco donde se había cobrado el último cheque y enseñaba una foto vieja y arrugada de su madre, la única que tenía, no dejaba de sonreír.

Hasta casi las diez de la mañana, cuando se detuvieron delante de un letrero que decía SUNSHINE FARMS, no empezó a ponerse nerviosa.

La comuna era como otras que había visto: hectáreas ondulantes cubiertas de sembrados; personas de aspecto andrajoso vestidas con los equivalentes modernos de la túnica de nazareno; hileras de retretes portátiles... La principal diferencia eran las casas. Allí se vivía en unas tiendas abovedadas llamadas yurtas. Había al menos treinta a lo largo de la orilla del río.

Johnny aparcó debajo de un tejadillo y bajó de la furgoneta. Bob el Gordo lo siguió, deslizando la puerta y cerrándola de un golpe.

Marah dijo preocupada:

—¿Estás bien, tía Tully?

—Calla, Marah —dijo Johnny—. Ven aquí conmigo.

Tully sabía que todos la estaban esperando, pero siguió en el coche. La gente la esperaba siempre, era una de las ventajas de la fama.

—Puedes hacerlo —le dijo a la mujer de aspecto asustado del espejo retrovisor. Había dedicado su vida a blindar su corazón, a protegerlo con una coraza, y ahora la estaba retirando por voluntad propia, dejando ver su vulnerabilidad. Pero ¿tenía elección? Si había una oportunidad para su madre y ella, alguna de las dos tenía que dar el primer paso.

Abrió la puerta con cautela y salió.

Bob el Gordo y su cámara la esperaban.

Tully respiró hondo y sonrió.

—Estamos en la comuna Sunshine Farms. Nos han dicho que mi madre lleva viviendo aquí casi una semana, aunque aún no ha enviado esta dirección a mi abogado, así que no sabemos si tiene intención de quedarse.

Caminó hasta la larga hilera de mesas bajo un cobertizo de madera de cedro donde mujeres de aspecto cansado vendían sus productos. Bayas, mermeladas, siropes, cremas de bayas y artesanía tipo Holly Hobbie.

A nadie pareció importarle que se acercara una cámara. O una persona famosa.

—Soy Tallulah Hart y estoy buscando a esta mujer.

Tully enseñó la fotografía. Bob el Gordo se colocó a su izquierda, pegado a ella. La gente no tenía ni idea de lo cerca que tiene que estar a veces una cámara para captar matices de emoción.

—Nube —dijo una mujer sin sonreír.

A Tully le dio un vuelco el corazón.

—Sí.

—Ya no está en Sunshine. Demasiado trabajo para ella. La última noticia que tuve era que estaba en el sitio ese, Mulberry. ¿Qué ha hecho?

—Nada. Es mi madre.

—Decía que no tenía hijos.

Tully fue consciente de que la cámara captaba su reacción, su mueca de dolor.

—No me sorprende. ¿Cómo se va a ese sitio en Mulberry?

Mientras la mujer le daba indicaciones, Tully tuvo un ataque de ansiedad y se alejó caminando hasta un cercado para estar sola. Johnny se reunió con ella y se colocó muy cerca.

—¿Estás bien? —preguntó en voz lo bastante baja para que la cámara no captara lo que decía.

—Estoy asustada —susurró Tully mirándolo.

—No te va a pasar nada. Ya no puede hacerte daño. Eres Tallulah Hart, ¿o es que no te acuerdas?

Eso era lo que Tully necesitaba. Sonrió y, sintiéndose más fuerte, se separó de Johnny y miró a la cámara. No se molestó en secarse las lágrimas.

—Supongo que sigo necesitando que me quiera —declaró con voz serena

—. Vámonos.

Volvieron a la furgoneta y salieron a la autovía. En Mill Road se desviaron a la izquierda y circularon por un camino de grava lleno de baches hasta que vieron una caravana vieja color beis. Estaba apoyada en bloques de cemento en un prado herboso y rodeada por coches averiados y oxidados. Delante, a un lado, había una nevera, y, junto a ella, una hamaca raída y rota.

Había tres pitbulls escuálidos atados a una cerca. Cuando la furgoneta se detuvo se volvieron locos, empezaron a ladrar, gruñir y a intentar abalanzarse hacia delante.

—Esto parece una escena de *Defensa* —dijo Tully con una débil sonrisa mientras abría la puerta.

Todos se bajaron y avanzaron en formación: Tully, delante, caminando con seguridad fingida; Bob el Gordo, a su lado o delante de ella, captando cada instante con la cámara, y Johnny, detrás, llevando a Marah de la mano y recordándole que estuviera callada.

Tully fue hasta la puerta y llamó.

Nadie contestó.

Trató de distinguir ruido de pisadas, pero el ladrido de los perros lo hacía imposible.

Llamó otra vez, y se disponía a suspirar aliviada y decir «No ha habido suerte» cuando la puerta se abrió y apareció un desconocido corpulento y despeinado en calzoncillos. Un tatuaje de una mujer con falda hawaiana cubría la mitad izquierda de su barriga prominente y velluda.

—¿Sí? —dijo mientras se rascaba una axila.

—He venido a ver a Nube.

El hombre ladeó la cabeza hacia la derecha, bajó de la caravana y fue hacia los perros.

El olor del interior de la caravana le irritó los ojos. Tully quería volverse a la cámara y decir algo ingenioso, pero ni siquiera podía tragar de lo nerviosa que estaba. Dentro había pilas de basura y envases viejos de comida, moscas por todas partes y cajas de pizza llenas de bordes que habían sobrado. Pero sobre todo vio botellas de alcohol vacías y una pipa. Sobre la mesa de la cocina había un gran montón de hachís.

Tully no lo señaló ni hizo comentario alguno.

Bob el Gordo seguía todos sus pasos, filmando su recorrido por aquella caravana infernal.

Tully fue hasta una puerta cerrada detrás de la cocina, llamó y la abrió, para encontrarse con el cuarto de baño más asqueroso de todos los tiempos. La cerró de golpe y fue a la siguiente puerta. Llamó dos vez y giró el pomo. El dormitorio era pequeño y lo parecía aún más por los montones de ropa tirados por todas partes. En la mesilla había tres botellas de dos litros y medio de ginebra Monarch vacías.

Su madre estaba acurrucada en posición fetal en la cama sin hacer y envuelta en una manta azul raída.

Tully se acercó y observó lo avejentada y arrugada que tenía la piel su madre.

—¿Nube? —Dijo el nombre tres o cuatro veces sin obtener respuesta. Entonces le tocó el hombro, primero con suavidad y luego no tanta—. ¿Nube?

Bob el Gordo se colocó en posición y grabó a la mujer de la cama. Poco a poco la madre de Tully abrió los ojos. Tardó mucho en enfocar, su mirada era vaga, vacía.

—¿Tallulah?

—Hola, Nube.

—Tully —dijo como si acabara de recordar cómo le gustaba a su hija que la llamaran—. ¿Qué haces aquí? ¿Y quién coño es ese tío de la cámara?

—He venido a buscarte.

Nube se sentó despacio y se sacó un cigarrillo del sucio bolsillo. Cuando lo encendió, Tully vio lo mucho que le temblaba el pulso. Necesitó tres intentos para acercar la llama a la punta del cigarrillo.

—Creía que estabas en Nueva York, haciéndote rica y famosa. — Nube miró nerviosa a la cámara.

—Y soy las dos cosas —dijo Tully incapaz de disimular el orgullo en su voz. No podía creer que, después de tantas decepciones, siguiera deseando la aprobación de aquella mujer—. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—¿Y a ti qué más te da? Tú vives en algún sitio caro mientras yo me pudro.

Tully miró a su madre y reparó en su melena entrecana, antes rebelde y despeinada; en los pantalones militares holgados y sucios con el dobladillo deshilachado y roto; en la gastada camisa de franela mal abotonada... Y en la cara. Arrugada, sucia y gris por el tabaco, el alcohol y una vida mal vivida. Nube acababa de cumplir los sesenta y parecía quince años mayor. La frágil

belleza de su juventud había desaparecido, había quedado borrada por una vida de excesos.

—No puedes querer vivir aquí, Nube. Ni siquiera tú...

—¿Cómo que ni siquiera yo? ¿Por qué has venido, Tully?

—Eres mi madre.

—Las dos sabemos que eso no quiere decir nada. —Nube carraspeó y apartó la vista—. Tengo que largarme de aquí. Igual puedo quedarme en tu casa unos días. Dame un baño. Comer algo.

Tully odió la pequeña punzada de emoción que le produjeron aquellas palabras. Llevaba una vida esperando a que su madre quisiera irse a su casa con ella, pero sabía lo peligroso que podía ser un momento así.

—Vale.

—¿De verdad?

La incredulidad en la cara de Nube hacía evidente la poca fe que tenían la una en la otra.

—De verdad. —Y, por un instante, Tully hasta se olvidó de la cámara y se atrevió a imaginar lo imposible: que podían ser madre e hija en lugar de dos desconocidas—. Venga, Nube. Déjame que te lleve al coche.

Tully sabía que no debía creer en la posibilidad de forjar una relación con su madre, pero la idea constituía un cóctel embriagador que, una vez bebido, le impedía pensar con claridad. Quizá por fin iba a tener su propia familia.

La cámara lo recogió todo: la esperanza de Tully, y también su miedo y su anhelo. Durante el largo camino de vuelta a casa, mientras Nube dormía en un rincón de la furgoneta, Tully abrió su corazón a la cámara. Contestó a las preguntas de Johnny con franqueza inusitada, dejando ver lo mucho que había sufrido por la madre ausente.

Aunque esta vez añadió una palabra.

*Adicta.*

Desde que Tully la recordaba, Nube había estado enganchada a las drogas, al alcohol o a las dos cosas.

Cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que aquella podía ser la causa de sus problemas.

Si conseguía meter a su madre en rehabilitación y ayudarla a terminar el tratamiento, quizá pudieran empezar de nuevo. Tan segura estaba que llamó a



su jefe de la CBS y le pidió más tiempo para ser una buena hija y ayudar a su madre rota a curarse.

—¿Estás segura de que es buena idea? —le preguntó Johnny cuando colgó.

Estaban en la lujosa suite Cascade del hotel Fairmont Olympic en Seattle. Bob el Gordo grababa la conversación sentado en una butaca. La cámara y el equipo ocupaban gran parte del suelo. Enormes focos convertían el sofá en un plató de televisión. Marah estaba hecha un ovillo en un sillón, leyendo un libro.

—Me necesita —se limitó a decir Tully.

Johnny se encogió de hombros y no dijo nada, se limitó a mirarla.

—Bueno. —Tully se puso en pie y se estiró—. Creo que me voy a la piltra. —Y, dirigiéndose a Bob el Gordo, añadió—: Hemos terminado por hoy. Ahora, a descansar. Mañana empezamos a las ocho.

Bob asintió con la cabeza, recogió su material y se marchó a su habitación.

—¿Puedo dormir con la tía Tully? —preguntó Marah dejando caer el libro al suelo.

—Por mí sí —dijo Johnny—. Si a Tully no le importa.

—¿Estás de broma? Dormir con mi ahijada favorita es la manera perfecta de terminar el día.

Cuando Johnny se fue a su habitación, Tully hizo de mamá de Marah. Le dijo que se lavara los dientes y la cara y se pusiera el pijamita.

—Ya soy mayor, no digo «pijamita» —informó Marah solemne, pero cuando se metió en la cama se acurrucó contra Tully como cuando era una niña pequeña, hacía solo unos años.

—Ha sido increíble, tía Tully —dijo adormilada—. Yo también voy a ser una estrella de la televisión de mayor.

—No tengo ninguna duda.

—Si mi madre me deja, que seguro que no.

—¿Por qué?

—Porque no me deja hacer nada.

—Tú sabes que tu madre es mi mejor amiga, ¿verdad?

—Sí —contestó Marah de mala gana.

—¿Y por qué crees que lo es?

Marah se giró y miró a Tully.

—¿Por qué?

—Porque tu madre es la mejor.

Marah hizo una mueca.

—¿Mi madre? ¡Si nunca hace nada guay!

Tully negó con la cabeza.

—Marah, tu madre te quiere por encima de todo y está orgullosa de ti. Créeme, princesa, no hay cosa más guay en este mundo.

A la mañana siguiente, Tully madrugó y fue al dormitorio al otro lado del pasillo. Allí se detuvo, hizo acopio de valor y llamó. Cuando nadie contestó, abrió despacio la puerta.

Su madre seguía dormida.

Sonriendo, salió y cerró la puerta sin hacer ruido. A llegar a la de Johnny, se detuvo y llamó.

Este abrió enseguida, envuelto en un albornoz del hotel y con el pelo chorreando.

—Creía que habíamos quedado a las ocho.

—Sí. Voy a comprarle algo de ropa a Nube para cuando vaya a rehabilitación y algo de desayunar para todos. Marah sigue dormida.

Johnny frunció el ceño.

—Vas muy deprisa, Tully. Las tiendas todavía no han abierto.

—Siempre voy deprisa, lo sabes, Johnny. Y para Tallulah Hart las tiendas están siempre abiertas. Es una de las ventajas de la vida que llevo. ¿Tienes llave de mi habitación?

—Sí, iré para allá. Ten cuidado.

Tully ignoró su preocupación, fue al Public Market e hizo acopio de cruasanes, buñuelos y bollos de canela. Nube necesitaba engordar unos cuantos kilos. Luego fue a La Dolce, donde le compró a su madre vaqueros, camisas y camisetas, calzado y ropa interior, así como la chaqueta más gruesa que encontró. A las nueve estaba de vuelta en el hotel.

—Ya estoy aquí —dijo cerrando la puerta con el pie—. Mirad lo que os traigo.

Dejó las bolsas con ropa en el sofá y las de comida en el suelo.

Empezó a repartir los bollos en la mesa baja de la salita.

Bob el Gordo estaba en un rincón grabando su entrada. Tully le dedicó su mejor sonrisa.

—Mi madre tiene que engordar unos kilos, así que esto le vendrá bien. He

comprado casi todos los cafés que tiene Starbucks, porque no sé cómo lo toma.

Johnny estaba en el sofá con aspecto cansado.

—Esto parece un funeral. —Tully fue a la puerta de su madre y llamó—. ¿Nube?

No contestaron.

Llamó de nuevo.

—¿Nube, te estás duchando? Voy a pasar.

Abrió la puerta.

En lo primero en que reparó fue en el olor a cigarrillos y la ventana abierta. En la cama no había nadie.

—¿Nube?

Fue al cuarto de baño, que estaba empañado por el vapor. En el suelo había una pila de toallas de algodón egipcio. Las de manos y cara estaban sucias en el lavabo.

Tully salió despacio y de espaldas del baño empañado y se volvió a Johnny y a la cámara.

—¿Se ha ido?

—Hace media hora —dijo Johnny—. Intenté detenerla.

Tully estaba atónita por lo traicionada que se sentía, igual que aquella niña de diez años abandonada en una calle de Seattle. Insignificante y no deseada.

Johnny fue hasta ella y la abrazó. Tully quería preguntarle por qué, qué defecto tenía que hacía que nadie quisiera quedarse con ella, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta. Siguió aferrada a él, aceptando el consuelo que le brindaba. Johnny le acarició la cabeza, calmándola con susurros como a una niña pequeña.

Al cabo de un rato, sin embargo, Tully recordó dónde estaba, se apartó y se obligó a sonreír a la cámara.

—Bueno, pues se terminó el documental. No tengo nada más que decir, Bob.

Rodeó a Johnny y volvió a su habitación, donde oyó a Mariah cantar en la ducha. Tenía ganas de llorar, pero se negó a dejar brotar las lágrimas. Su madre no la destrozaría otra vez. Había sido una tonta por pensar que podía haber un final distinto.

Entonces vio la mesilla vacía.

—Esa cabrona se ha llevado mis joyas.

Cerró los ojos y se sentó a los pies de la cama. Sacó un móvil del bolsillo, marcó el número de Kate y esperó a que sonara. Cuando su amiga contestó, Tully ni se molestó en saludarla.

—Algo he hecho mal en esta vida, Kate —dijo en voz baja y temblorosa.

—¿Te ha vuelto a dejar tirada?

—Se ha escapado como un ladrón nocturno.

—Tallulah Rose Hart, escúchame bien. Ahora mismo cuelgas el teléfono y te subes al transbordador. Voy a cuidar de ti, ¿entiendes? Y tráete a mi familia.

—No hace falta que grites. Ya voy. Vamos todos. Pero más te vale tener alcohol preparado. Y no pienso mezclarlo con ese zumo asqueroso que beben tus hijos.

Kate rio.

—Es por la mañana, Tully. Te voy a dar de desayunar.

—Gracias, Kate —susurró Tully—. Te debo una.

Cuando levantó la vista vio a Bob el Gordo. Lo estaba grabando todo desde la puerta con Johnny a su lado.

Pero no fueron ni el piloto rojo de la cámara ni la humillación pública que suponía la lente que todo lo ve lo que la hicieron desmoronarse.

Lo que al final le hizo llorar fueron Johnny y la expresión triste y llena de compasión con que la miraba.

El documental se emitió dos semanas más tarde y hasta a Kate, que estaba acostumbrada a los increíbles éxitos de Tully, le sorprendió la reacción del público. Los medios se volvieron locos. Durante años Tully había aparecido ante las cámaras como una profesional contenida e ingeniosa que investigaba historias e informaba sobre ellas con imparcialidad periodística.

Ahora el público se enteraba de que había sido traicionada y abandonada. Veían a la mujer detrás de la periodista y no podían dejar de hablar de ella. La expresión que más se oía era «Es lo mismo que me pasó a mí».

Antes del documental, el público respetaba a Tully Hart. Después del documental, la adoraron. Fue portada de *People* y de *Us* en la misma semana. El documental —y partes de él— se emitía y reemitía en programas de actualidad y entretenimiento. Daba la impresión de que Estados Unidos no se cansaba de Tully Hart.

Pero en el triste reencuentro de Tully con la madre que la había abandonado Kate veía algo completamente distinto a los demás, y lo observaba con igual obsesión.

No le había pasado desapercibida la manera en que miraba Johnny a Tully al final, cuando se contaba la desaparición de Nube, cómo se había acercado hasta ella y la había estrechado en sus brazos.

Y luego estaba aquella conversación susurrada que habían tenido los dos en Sunshine Farms. Habían cortado el diálogo y pasado a un plano general de la comuna, pero Kate no pudo evitar preguntarse lo que se habrían dicho el uno al otro.

Estudió su lenguaje corporal como un primatólogo y llegó a la conclusión de siempre: dos viejos amigos que trabajaban juntos en un emotivo documental y una esposa que llevaba mucho tiempo preocupada por la

relación entre ambos.

Eso debería haber sido todo. De no haber ocurrido nada más, Kate habría guardado y olvidado en un cajón sus viejos celos, como tantas veces había hecho antes.

Pero ocurrió algo más.

Syndiworld, la cadena de noticias más importante del mundo, vio el documental y ofreció a Tully su propio programa de una hora de duración, del que además sería accionista mayoritaria.

La idea había puesto patas arriba el mundo de Tully, le había brindado la oportunidad de ser ella misma ante la cámara, de demostrar al mundo quién era en realidad y cómo se sentía. Se acabó el entrar a trabajar a las tres de la mañana. En cuanto le hicieron la propuesta dijo que era exactamente lo que necesitaba, pero que aun así tenía dos condiciones: la primera era que el programa tenía que grabarse en Seattle; la segunda, que quería a John Ryan de productor. No se molestó en consultar ninguna de ellas con sus amigos.

Kate y Johnny estaban en el porche trasero charlando y tomando una copa después de un largo día cuando llegó la primera llamada.

Johnny se había reído al oír la proposición de Tully y le había dicho que se buscara un productor especializado en divas de la televisión.

Entonces Tully mencionó el salario millonario.

Dos días más tarde, Kate no tenía ningún motivo de risa. Estaba con Johnny en el salón intentando no alzar la voz porque los niños estaban acostados. Tully había vuelto a Nueva York y estaba sin duda junto al teléfono esperando a saber si se había salido con la suya.

—No sé por qué te opones, Kate —dijo Johnny caminando junto a la ventana—. Nos cambiará la vida.

—¿Y qué tiene de malo nuestra vida ahora mismo?

—¿No te das cuenta de que es mucho dinero? Podríamos pagar la hipoteca y pagarles la carrera de Medicina en Harvard a los chicos. Y yo haría programas que merecen la pena. Tully ha dicho que puedo centrarme en zonas del mundo en crisis. ¿Sabes lo que significaría eso para mí?

—¿Así es como quieres que sea tu carrera profesional a partir de ahora? ¿Que cada frase que digas empiece por «Tully ha dicho»?

—¿Me estás preguntando si estoy preparado para trabajar con ella? ¡Pues sí! Joder, he trabajado para personas mucho peores que Tully Hart.

—Tal vez lo que te estoy preguntando es si deberías trabajar para ella —

murmuró Kate.

Johnny se paró en seco y la miró.

—Estás de broma. O sea, que todo esto es por algo que pasó una noche y hace un millón de años.

—Es una mujer guapísima. Creo... —Kate no pudo terminar, no sabía expresar en palabras sus miedos e inseguridades de siempre.

Johnny le dirigió un mirada tan furiosa que Kate tuvo la sensación de estar a punto de derretirse, de desaparecer.

—No me merezco que me hables así.

Lo miró subir enfurecido las escaleras y encerrarse en el dormitorio de un portazo.

Kate siguió sentada largo rato mirando su alianza. ¿Por qué era imposible borrar determinados recuerdos? Despacio, apagó las luces, cerró todas las puertas con llave y subió.

Se detuvo delante de la puerta cerrada del dormitorio y respiró hondo. Sabía lo que tenía que hacer, lo que tenía que decir. Había herido los sentimientos de Johnny, le había insultado. Los dos sabían que aquella era una oportunidad profesional única. Las inseguridades y los celos de Kate no podían interponerse.

Tenía que ir a su encuentro, decirle que lo sentía, que era una tonta por tener miedo, que creía en su amor igual que creía en el sol y en la lluvia. Y así era.

Por todas esas razones debía estar orgullosa de Johnny, feliz por que le hubieran dado aquella oportunidad y por lo que significaba para él. Eso era el matrimonio, un deporte de equipo, y esta vez le tocaba ser animadora. Pero, incluso sabiendo todo aquello, no conseguía sentirse feliz.

Se sentía asustada.

Sí, serían ricos. Quizá hasta poderosos.

Pero ¿a qué precio?

Tully terminó su contrato con la cadena, tuvo un último programa emotivo y con visitas de numerosas celebridades y se despidió de Nueva York. Encontró un ático en Emerald City y pasó el mes siguiente en reuniones a puerta cerrada, planificando su nuevo programa, que iba a llamarse *La hora de las chicas con Tully Hart* en honor de la tradición navideña de los

Mularkey. Ella y Johnny pasaban largas horas trabajando juntos, como en los viejos tiempos, contratando personal, diseñando el plató y buscando fórmulas para el programa.

En agosto de 2003 había terminado casi todo el trabajo preparatorio y se dio cuenta de que, una vez más, había estado demasiado ocupada y se había olvidado de vivir. Aunque Kate estaba al otro lado de la bahía, Tully apenas la había visto. Así que cogió el teléfono e invitó a su mejor amiga y a su ahijada a pasar el día con ella.

—Lo siento —dijo Kate—, pero no puedo ir a la ciudad.

—Venga —insistió Tully—. Ya sé que casi no te he llamado en todo el verano, pero Johnny y yo hemos estado trabajando doce horas al día.

—Cuéntame algo que no sepa. Lo ves más que yo.

—Te he echado de menos.

Hubo un silencio, y a continuación:

—Y yo a ti, pero hoy no me viene bien. Los niños han invitado a unos amigos.

—¿Y si me llevo a Marah? Sí. —Tully se fue entusiasmando con la idea—. La puedo llevar a Gene Juarez a que le hagan la manicura y la enseñen a maquillarse. O una limpieza facial. Sería genial, plan de chicas.

—Es muy joven para que la lleves a un spa, Tully. —Kate rio pero su risa sonó un poco forzada—. Y del maquillaje olvídate. No puede pintarse hasta que no esté en noveno.

—Nadie es demasiado joven para un spa, Kate, y estás loca por prohibirle que se maquille. ¿Te acuerdas de cuando lo intentó tu madre contigo? Nos pintábamos en la parada del autobús. ¿No prefieres que aprenda a hacerlo bien?

—Todavía no.

—Venga, Kate... —insistió Tully—. Mándala en el transbordador de las once y cuarto; la espero en el McDonald's. Además, me dijiste que no hacíais más que discutir.

—Bueno... Vale. Pero nada de películas para mayores de dieciséis, por mucho que te suplique.

—Muy bien.

—Igual así se pone de buen humor. Mañana tenemos que ir a comprar todo lo del instituto, que es una experiencia solo ligeramente menos dolorosa que una endodoncia sin anestesia.



—Entonces casi la llevo a Nordstrom y le compro algo especial.

—Cuarenta dólares.

—¿Qué?

—Es todo lo que puedes gastar. Ni un dólar más. Y, Tully, como le compres algo con el ombligo al aire...

—Que sí, que ya lo sé. Britney Spears es el Anticristo. No te preocupes.

—Vale. Voy a decírselo a Marah.

Exactamente una hora y doce minutos después Tully le dijo a su chófer que se detuviera en la puerta del McDonald's de Alaskan Way. Por los bocinazos supo que no se podía aparcar allí, pero ¿qué más le daba?

Bajó la ventanilla y vio a Marah correr hacia ella.

—¡Aquí estoy! —dijo mientras se bajaba del coche.

Marah la abrazó con fuerza.

—Muchísimas gracias por sacarme de esa casa. Mamá lleva todo el día echándome la bronca. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué te parece un tratamiento de belleza en Gene Juarez?

—Una pasada.

—Y luego podemos hacer lo que quieras.

—Eres una pasada. —Marah miró a Tully, que nunca había visto una expresión de adoración en estado tan puro.

Tully rio.

—Las dos lo somos. Por eso hacemos tan buen equipo.

*La hora de las chicas* fue un éxito aplastante desde el primer día de emisión. De pronto Tully era más que una periodista o una presentadora de informativos de la mañana; era una auténtica estrella. Todo en el programa estaba pensado para sacar partido de sus puntos fuertes y hacer brillar su talento.

Lo que se le daba bien —siempre se le había dado bien— era hablar con las personas.

Y conectaba no solo con la cámara, también con sus invitados, su audiencia y sus telespectadores. En las dos primeras semanas se convirtió en una sensación. Fue portada de las revistas *People*, *Entertainment Weekly*, *Good Housekeeping* e *In Style*. Syndiworld no daba abasto para atender las peticiones; tal era la velocidad a la cual el programa llegaba a nuevos mercados.

Pero lo mejor de todo era que le pertenecía. Sí, era socia junto con Syndiworld, y los Ryan también tenían una pequeña participación, pero ella era el motor. Como todo el mundo sabía, tener la mitad de éxito que *Oprah* era tener mucho éxito.

Ahora estaba sentada en su despacho repasando las notas para la grabación que empezaría en —miró el reloj de la pared— veinticinco minutos.

Era uno de los programas que hacía con invitados famosos. Una entrevista distendida tipo cuánto-nos-queremos. En honor a la verdad, la periodista que aún tenía dentro Tully renegaba de ese tipo de espacios, pero la mujer de negocios terminaba por imponerse. Aquellos días el público estaba ávido de noticias de los famosos. Johnny soportaba aquellos segmentos a cambio de reportajes destinados a cambiar el mundo.

Llamaron a la puerta y se oyó un respetuoso:

—¿Señora Hart?

Tully se giró en la silla.

—¿Sí?

—Está aquí su ahijada, para el segmento sobre llevarse a los hijos al trabajo.

—Genial. —Tully se puso de pie—. Que pase.

La puerta se abrió más y apareció Johnny con unos vaqueros desgastados y un jersey de cachemir azul marino.

—Hola —dijo.

A su lado, Marah apenas podía estarse quieta de lo emocionada que se sentía.

—Hola, tía Tully. Ha dicho papá que puedo pasar todo el día contigo.

Tully fue a su encuentro.

—No podría tener una hija mejor. ¿Estás preparada para ver cómo funciona un programa de televisión?

—Me muero de ganas.

Tully se volvió hacia Johnny sin darse cuenta de que estaban demasiado cerca uno del otro y vio un trozo diminuto de piel cerca de la oreja donde se le había olvidado afeitarse.

—Estaré en mi despacho si me necesitas. No le compres un coche ni un caballo mientras esté aquí.

—¿Y algo más pequeño?

—En circunstancias normales diría que sí, pero contigo *pequeño* puede significar un diamante.

—Estaba pensando en una bolsa con el logo del programa.

—Perfecto.

Tully le sonrió.

—Eres mi productor, estás obligado a decirme que soy perfecta.

Johnny la miró.

—Todo el mundo opina que eres perfecta.

De pronto volvieron todos los años transcurridos, las conversaciones, los momentos y oportunidades que Tully había dejado pasar. Al menos en eso pensó ella; ya no conocía a Johnny lo bastante para saber qué se le pasaba por la cabeza. Aunque trabajaban juntos, siempre estaban rodeados de otras personas y centrados en el trabajo. Los fines de semana, cuando se iba a casa, era el marido de Katie, y Tully se mantenía al margen.

Johnny ni se movió ni sonrió.

Tully sonrió y retrocedió un poco, confiando en que su sonrisa resultara creíble.

—Venga, Marah. Vamos a jugar a ser madre e hija. Tengo a Lindsay Lohan en la salita verde. Le puedes preguntar cómo se hizo actriz.

Un miércoles luminoso de la primera semana de septiembre Kate estaba frente a la escuela elemental Ordway. El aparcamiento, que solo momentos antes había estado atestado de autobuses aparcados en la acera y coches, en su mayoría monovolúmenes y minivanes que avanzaban a paso de tortuga, estaba ahora vacío y en silencio. La campana había sonado y callado; el director había vuelto al edificio de ladrillo claro y de techos bajos para empezar su jornada. En lo alto, dos banderas ondeaban con la primera brisa del otoño.

—¿Todavía estás llorando? —Tully trataba de sonar reconfortante, pero su voz era demasiado sincera para eso. Detrás de las palabras asomaba la risa.

—Que te den, lo digo totalmente en serio.

—Venga, que te llevo a casa.

—Pero... —Kate miró hacia la última ventana del edificio—. Puede que alguno de los dos me necesite.

—Están en el jardín de infancia, no les van a operar a corazón abierto, y tú tienes cosas que hacer.

Kate suspiró y se secó los ojos.

—Ya sé que es una estupidez.

Tully le apretó la mano.

—No es ninguna estupidez. Me acuerdo de mi primer día de colegio; me daban tanta envidia los niños que tenían madre que me puse a llorar.

—No sabes cómo te agradezco que estés aquí conmigo. Ya sé lo complicado que es para ti dejar el estudio.

—Mi productor me ha dado el día libre —dijo Tully con una sonrisa—. Me parece que le gusta mi mejor amiga.

Juntas bajaron por la acera flanqueada de árboles hasta donde habían aparcado. Kate subió a su nuevo monovolumen azul y arrancó el motor.

De inmediato, Tully se inclinó y metió un CD en el estéreo. Rick Springfield atronó por los altavoces cantando *Jessie's Girl*.

Kate rio. Después de salir del aparcamiento, parar a comprar un café con leche para llevar y llegar a su casa, se sintió mucho mejor.

Una vez en el salón desordenado y lleno de juguetes tirados, se dejó caer en la butaca preferida de Johnny y apoyó los pies en un escabel.

—¿Y ahora qué, amadísima líder? ¿Nos vamos de compras?

—Con solo tres ridículas horas que tenemos lo veo difícil. Deberías haberlos matriculado en jornada completa.

No era la primera vez que Kate oía aquello.

—Ya sé lo que piensas respecto a eso, pero resulta que a mí me gusta estar con mis hijos.

—De todas maneras tengo un plan mejor. —Tully se dejó caer en el sofá —. Vamos a hablar de tu escritura.

A Kate casi se le derramó el café.

—¿De mi... escritura?

—Siempre has dicho que volverías a escribir cuando los niños empezaran el colegio.

—Dame un poco de tiempo, si no te importa. Acaban de empezar. Vamos a hablar del programa, mejor. Johnny dice que...

—No me engañas con tus tácticas de aficionada. Te crees que si me pongo a hablar de mí me voy a olvidar de todo lo demás.

—Es lo que suele pasar.

—*Touché*. Bueno, y entonces ¿de qué vas a escribir?

De pronto Kate se sintió vulnerable.

—Es un viejo sueño, Tully.

—Pues tú te estás haciendo vieja, así que perfecto.

—¿No te ha dicho nadie que eres una cabrona sin sentimientos?

—Solo los hombres con los que salgo. Venga, Katie, cuéntamelo. Puedo ver lo cansada que estás siempre. Sé que necesitas algo más en la vida.

Aquello era lo último que habría esperado Katie; que Tully, desde la cima del mundo, que era donde estaba ahora mismo, se fijara en su depresión. Cuando se dio cuenta perdió las ganas de resistirse. Era cierto que tener que estar siempre disimulando últimamente la tenía exhausta.

—Es más que eso. Me siento... perdida. Debería estar contenta con lo que tengo, pero no es así. Y Marah me agota. Según ella, no hago nada bien. La quiero muchísimo y me trata como una zapatilla.

—Es la edad.

—Esa excusa empieza a no servir. Igual debería llevarla a esa academia de modelos por la que está obsesionada, pero es que no puedo soportar la idea de que se meta en ese mundo.

—A ver: te recuerdo que estábamos hablando de ti —dijo Tully—. Mira, Katie, no sé por lo que estás pasando, pero de querer más sí que entiendo un poco. A veces tienes que luchar por encontrar ese algo que te haga sentir plena.

—Dijo la mujer que tiene que tomar prestada a mi familia cuando necesita una.

Tully sonrió.

—Vaya par que estamos hechas, ¿verdad?

Por primera vez en lo que parecía siglos Kate rio.

—Ni que lo digas. Mira, me pensaré lo de volver a escribir si tú te piensas lo de enamorarte.

Tully la miró.

—Creo que me sería más fácil pensar en pasar un día en la playa. —Hizo una pausa—. No he sabido nada de Grant desde que me vine a vivir aquí.

—Ya lo sé —dijo Kate—. Y lo siento, pero me parece que no era el hombre de tu vida. De haber sido así os habríais enamorado.

—Eso es lo que creen las personas como tú —murmuró Tully, y, a continuación, se animó—: Venga, vamos a hacer margaritas.

—Así me gusta. Me voy a emborrachar el primer día de jardín de infancia de mis hijos. Y por la mañana, además.

Solo faltaban siete días para la celebración de Halloween de la escuela Ordway y Kate se había ofrecido como una tonta a diseñar y construir la zona donde se harían las fotografías. Entre comprar el material, pintar los fondos y construir la falsa casa encantada, estaba desbordada de trabajo. Todo eso, sumado a tener que llevar y recoger a Marah de la academia de modelos, le tenía la mayor parte del tiempo con los nervios a flor de piel.

Pero se suponía que estaba trabajando en su libro. Era lo que Johnny, Tully y su madre esperaban de ella. Lo que ella misma esperaba de ella. Había estado convencida de que cuando los niños empezaran la escuela encontraría tiempo.

Por desgracia había olvidado cómo son los horarios del jardín de infancia.

Lo cierto era que apenas acababa de dejar a los niños cuando ya era hora de recogerlos, y Johnny, que siempre había sido de mucha ayuda, ahora pasaba más horas en el estudio que en casa.

Así que Kate hacía lo que había hecho siempre: seguir adelante confiando en que nadie se diera cuenta de que ya no sonreía con la facilidad de antes ni dormía igual de bien.

Aquella mañana a la seis había despertado a Johnny con un beso y luego fue a llamar a Marah. A partir de ese momento entró en la vorágine de atender a los demás. Llevó a sus hijos a clase, fue de compras y estuvo clavando tabloneros durante una hora con el comité encargado de la decoración.

Se había concentrado tanto en el trabajo que casi se le olvidó ir a recoger a los chicos. Corrió al monovolumen y cruzó la isla a gran velocidad para llegar casi cuando el resto de los coches ya se marchaban. Tocó el claxon y saludó a los niños con la mano. Le sonó el teléfono.

—¿Sí? —contestó mientras quitaba los seguros a las puertas traseras.

—¿Mamá? —dijo Marah.

—¿Qué pasa?

Marah rio, pero era una risa claramente forzada.

—Nada, no quiero que flipes, pero necesito convocar una reunión familiar para hoy a las siete.

—¿Una qué?

—Una reunión familiar. Bueno, más o menos. No quiero que estén Lucas y William.

—A ver si lo he entendido: quieres reunirte con tu padre y conmigo a las siete.

—Y con Tully.

—¿En qué lío te has metido?

—Muy bonito, siempre pensando en lo peor. Solo quiero hablar.

¿Una chica de trece años queriendo hablar con sus padres? Es más, ¿Marah queriendo hablar con Kate? Era como si nevara en julio.

—Vale —dijo Kate despacio—. ¿Estás segura de que no te has metido en ningún lío?

—Estoy segura. Luego nos vemos. Adiós.

Kate miró el teléfono que tenía en la mano.

—¿Qué pasará? —se preguntó en voz alta, pero antes de que pudiera aflorar una respuesta se abrió la puerta trasera, sus hijos subieron al coche y

quedó engullida por la marea de la vida diaria.

Había que hacer compra, cocinar y estar a las tres de vuelta en el coche para esperar a que saliera Marah de clase.

—¿Estás segura de que no quieres hablar ahora? —le preguntó.

Marah iba en el asiento del pasajero reclinada contra la ventanilla, con la larga melena negra tapándole casi toda la cara. Como de costumbre, vestía vaqueros a la cadera, chancas (aunque estuviera lloviendo), una exigua camiseta rosa y expresión hosca. La expresión era el único accesorio que nunca se dejaba en casa.

—Si quisiera hablar ahora no habría convocado una reunión. —Marah chasqueó la lengua en señal de desagrado—. A ver si te enteras, mamá.

Kate sabía que no debía permitir a su hija que le hablara así, y por lo general no lo hacía, pero aquel día no tenía ganas de discutir, así que lo dejó pasar.

Cuando llegó a casa fue directa al cuarto de baño, se tomó dos aspirinas y se puso un chándal. Ignoró el dolor de cabeza, instaló a los niños en la mesa de la cocina con sus álbumes de pegatinas y empezó a preparar la cena.

Cuando volvió a mirar el reloj ya eran las seis y Johnny estaba entrando por la puerta.

—Hola —dijo haciendo pasar a Tully—. Mirad a quién traigo para la gran reunión.

Kate levantó la vista de los tacos que estaba preparando.

—Hola, chicos. —Tapó la sartén, bajó el fuego al mínimo y salió a recibirlos—. No sabéis de qué va la cosa, ¿no?

—¿Yo? No sé nada —contestó Tully.

Después de aquello la velada pareció transcurrir alternativamente con lentitud y a toda velocidad. Durante la cena Kate no le quitó ojo a su hija en busca de alguna pista de lo que les iba a anunciar, pero para cuando terminaron de comer seguía tan perdida como por la tarde.

—Bueno —dijo Marah cuando eran casi las siete, los platos estaban lavados y los niños habían subido a ver una película. Se colocó junto a la chimenea; parecía nerviosa y también muy joven.

—La tía Tully cree que debería...

—¿La tía Tully sabe de qué va esto? —preguntó Kate.

—Eh... No —se apresuró a decir Marah—. Hablo en general. Cree que no debería soltaros las cosas a bocajarro, sino ser respetuosa y explicar lo mucho



que significa algo para mí.

Kate miró a Johnny, que puso los ojos en blanco a modo de respuesta.

—Bueno, pues es esto —continuó Marah juntando las manos—: Hay un encuentro en Nueva York en noviembre al que tengo que ir. Van un montón de agentes y fotógrafos a buscar modelos. Tully cree que Eileen Ford me puede fichar. Y mi profesor de la academia me ha invitado personalmente.

Kate estaba demasiado atónita para hablar. *Nueva York. Tully cree... Me ha invitado personalmente.* Eran tantas puñaladas que no sabía por dónde empezar.

—Supongo que costará dinero —dijo Johnny.

—Sí, claro. —Marah asintió con la cabeza—. Tres mil dólares, pero es una ganga. Estará toda la gente importante.

—¿Y qué fechas son?

—Del 14 al 21 de noviembre.

—¿En época de clase? —exclamó Kate, cortante.

—Es solo una semana... —empezó a decir Marah, pero Kate la interrumpió.

—¿Cómo que solo una semana? ¡Estarás de broma!

Marah miró a Tully, nerviosa.

—Puedo llevarme los deberes y hacerlos por la noche y en el avión, pero, de todas maneras, si me descubren ya no tendré que terminar el instituto. Me pondrían profesores particulares.

—¿A cuántas chicas de la escuela han invitado? —preguntó Johnny, con un tono de voz tranquilo y razonable.

—A todas —contestó Marah.

—¿A todas? —Kate se puso de pie—. ¿A todas? Entonces no es algo especial, sino un sarao para sacarnos el dinero. ¿De verdad crees...?

—Kate —dijo Johnny dirigiéndole «la mirada».

Kate contuvo su enfado y respiró hondo.

—No quería decir eso, Marah, pero es que... No puedes faltar una semana a clase así como así, y tres mil dólares es mucho dinero.

—Yo lo pago —dijo Tully.

Kate nunca había tenido tantas ganas de pegar a su mejor amiga.

—No puede faltar a clase.

—Puedo...

Kate levantó una mano para pedir silencio.

—No digas nada más —le dijo a Tully.

Marah rompió a llorar.

—¿Lo ves? —gritó a Tully—. Me trata como a una niña pequeña, no me deja hacer nada.

Johnny se puso de pie.

—Vamos a ver, Marah, tienes trece años.

—Brooke Shields y Kate Moss se hicieron millonarias antes de cumplir los catorce porque sus madres las querían. ¿A que sí, Tully? —Se enjugó las lágrimas y miró a Johnny—. Papá, por favor.

Este negó con la cabeza.

—Lo siento, cariño.

Marah giró sobre sus talones y corrió escaleras arriba a encerrarse en su cuarto. No dejó de llorar ni un momento.

—Voy a hablar con ella —dijo Johnny con un suspiro de camino a las escaleras.

Kate se volvió hacia su mejor amiga.

—¿Te has vuelto loca?

—Es una escuela de modelos, no un local donde se fuma crack.

—Joder, Tully, ese mundo es lo último que necesita. Ya te lo he dicho otras veces; es peligroso.

—Yo la ayudaré. Puedo acompañarla.

Kate estaba tan furiosa que no podía respirar. Otra vez Tully la había hecho quedar mal delante de Marah y, para ser sincera, lo último que necesitaba era ayuda para empeorar su ya de por sí difícil relación con su hija.

—Tú no eres su madre, soy yo. Tú te dedicas a llevártela por ahí a divertirse, a vivir como si el mundo fuera tu País de Nunca Jamás particular. Mi trabajo es mantenerla a salvo.

—Estar a salvo no siempre es lo más importante —replicó Tully—. A veces hay que arriesgarse. Quien no arriesga no gana.

—Tully, no tienes ni idea de qué estás hablando. Mi hija de trece años no se va a ir a Nueva York a que la estafen prometiéndole que va a ser modelo, y desde luego tú no la vas a acompañar. Asunto zanjado.

—Pues muy bien —dijo Tully—. Yo solo quería ayudar.

Kate percibió el dolor en la voz de su amiga, pero estaba demasiado cansada y aquello era demasiado importante para permitirse ceder.

—Pues muy bien. Y la próxima vez que mi hija acuda a ti con un plan que

incluye faltar una semana a clase o hacer de modelo a muchos kilómetros de aquí te agradecería que me dejaras hablarlo a mí con ella.

—Pero es que no lo haces. Lo único que hacéis es gritaros. Hasta Johnny dice...

—¿Has hablado con Johnny de esto?

—Está preocupado por tu relación con Marah. Dice que algunas noches esto parece la Segunda Guerra Mundial.

Era la tercera puñalada de la noche, y a Kate le dolió tanto que dijo:

—Será mejor que te vayas, Tully. Esto es un asunto familiar.

—Pero... pensaba que era de la familia.

—Buenas noches —zanjó Kate sin levantar la voz. Y salió de la habitación.

Tully debería haber ido directa a casa y haber tratado de olvidarlo todo, pero para cuando el transbordador se detuvo en el centro de Seattle era un manojo de nervios. En lugar de girar a la izquierda por Alaskan Way, torció a la derecha y pisó el acelerador.

Enseguida estuvo en Snohomish dejando atrás los lugares familiares de su juventud. El pueblo se había convertido en destino turístico, lleno de elegantes cafés y lujosas tiendas de antigüedades.

No le importaba demasiado. Que las cosas cambiaran o siguieran igual le resultaba indiferente. Incluso en las mejores circunstancias, sus vínculos con el ayer eran tenues, y aquella noche las circunstancias distaban de ser buenas. Aun así, cuando enfiló Firefly Lane fue como catapultarse al pasado.

Tomó el camino de entrada asfaltado hasta la casita blanca con el reborde negro brillante. Con los años, la señora Mularkey había convertido la extensión de hierba silvestre en un jardín de estilo inglés lleno de flores. Las jardineras y las macetas colgantes eran una explosión de geranios rojos en la luz anaranjada del porche.

Tully aparcó, fue a la puerta principal y llamó al timbre.

Abrió el señor Mularkey y, por un momento, mientras lo miraba, Tully tuvo la sensación de que su vida entera pasaba por delante de sus ojos. Estaba más viejo, claro, con menos pelo y más cintura, pero vestido como iba, con camisa blanca y vaqueros gastados, se parecía tanto al de antes que Tully se sintió joven de nuevo.

—Hola, señor Mularkey.

—Es tarde. ¿Ha pasado algo?

—Es que necesito hablar con la señora Mularkey. Será solo un ratito.

—Sabes que puedes quedarte el tiempo que quieras. —El señor Mularkey

dio un paso atrás para dejar entrar a Tully y a continuación fue hasta el pie de las escaleras y gritó—: Margie, baja. Te necesitan. —Sonrió a Tully y la obligó a sonreír a ella también.

Al poco la señora Mularkey bajó las escaleras subiéndose la cremallera de la bata de terciopelo rojo que tenía desde que Tully la conocía. Daba igual el número de lujosos conjuntos de bata y camisón que le hubiera regalado a lo largo de los años, aquella prenda roja seguía siendo su favorita.

—Tully —dijo, quitándose las grandes gafas bifocales de montura beis—. ¿Estás bien?

No tenía sentido mentir.

—La verdad es que no.

La señora Mularkey fue directa al mueble bar del salón —un añadido de finales de los años ochenta— y sirvió dos copas de vino. Le ofreció una a Tully y fue a sentarse en el sofá nuevo de tapicería de leopardo. La pared de detrás de sus cabezas estaba ahora cubierta de fotos familiares. Jesús y Elvis ocupaban el lugar de honor, en el centro, pero a su alrededor había docenas de fotografías de Marah y los gemelos en la escuela, la boda de Kate y Johnny, la graduación en la universidad de Sean y alguna que otra de Tully.

—Vale, ¿cuál es el problema?

Tully se sentó en la última edición de la butaca reclinable del señor Mularkey.

—Kate está muy enfadada conmigo.

—¿Por qué?

—La semana pasada me llamó Marah para hablarme de una cosa de modelos en Nueva York y...

—Vaya por Dios.

—Me ofrecí a ayudarla a hablar con sus padres, pero en cuanto Kate se enteró se puso como una loca. Hasta se negó a escuchar a Marah.

—Marah tiene trece años.

—Es lo bastante mayor para...

—No —dijo la señora Mularkey secamente, y a continuación sonrió con dulzura—. Ya sé que estás intentando ayudar, Tully, pero Kate hace bien en tratar de proteger a Marah.

—Marah la odia.

—Esa es la impresión que dan todas las chicas de trece años. Tú igual no lo sabes por lo distinta que era Nube, pero las chicas adolescentes y sus

madres a menudo pasan por momentos difíciles. Las cosas no se solucionan diciéndoles que sí a todo.

—No estoy sugiriendo que le den todo lo que quiera, pero tiene talento de verdad. Creo que podría llegar a ser una supermodelo.

—Y entonces ¿qué pasaría?

—Pues que se haría rica y famosa. Podría ser millonaria a los diecisiete años.

La señora Mularkey se inclinó hacia delante.

—Tú eres megarrica, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y eso te llena? ¿Compensa el éxito todo a lo que Marah tendría que renunciar? A su infancia, su inocencia, su familia... He visto en la televisión algunos de esos documentales sobre modelos jóvenes. Hay drogas y sexo.

—Yo la cuidaría. Lo que importa es que ha encontrado algo que le gusta. Eso habría que alimentarlo, no ignorarlo. Y me temo que Marah y Kate no se van a reconciliar. Debería oír cómo habla Marah de su madre.

—Te preocupa Marah —dijo la señora Mularkey mirando a Tully por encima de sus gafas—. Y me parece que te equivocas. La que te necesita ahora es Kate.

—¿Kate?

—Los problemas con Marah están acabando con ella. Las dos tienen que aprender a relacionarse sin gritar ni llorar. —Miró a Tully—. Y tú, antes que nada, eres la mejor amiga de Kate.

—¿Está diciendo que esto es culpa mía?

—Pues claro que no. Estoy diciendo que Kate necesita tener a su mejor amiga a su lado. Las dos siempre habéis sido la armadura y la espada de la otra. Ya sabes que Marah te adora... y lo mucho que te gusta a ti ser adorada. —Sonrió con complicidad—. Pero aquí, si vas a tomar partido, tiene que ser por Kate.

—Yo solo quería...

—No es tu hija.

Precisamente. Tully no se había dado cuenta hasta entonces, hasta ese instante, de lo que la había empujado a intervenir en aquel asunto. Quería a Marah, desde luego, pero había algo más, claro que sí. Y la señora Mularkey lo había visto. Marah era la hija perfecta para Tully: guapa, ambiciosa, un poco egoísta... Y, sobre todo, pensaba que Tully era perfecta.

—Entonces, ¿qué le digo a Marah?

—Que tiene toda la vida por delante. Que si es tan buena y tiene tanto talento como piensas, triunfará cuando sea lo bastante mayor para saber manejarlo.

Tully se recostó en la butaca con un suspiro.

—¿Cuánto tiempo cree que Kate seguirá enfadada conmigo?

La señora Mularkey rio.

—Vosotras dos tenéis más altibajos que las acciones de una puntocom. Todo irá bien. Lo único que tienes que hacer es dejar de intentar ser la mejor amiga de Marah y estar cuando Kate te necesite.

Kate no se cansaba nunca de la vista desde su porche trasero. Aquella noche fresca de finales de octubre el cielo sobre Seattle era interminable y negro. Bajo la hermosa luz de luna los rascacielos aparecían nítidos y precisos, tanto que era fácil imaginar cada cuadrado individual de cristal, granito y acero.

Los sonidos también eran más claros junto al agua. Las hojas de arce cambiaban de color y caían de los árboles cercanos y aterrizaban como pisadas apresuradas en la tierra húmeda; las ardillas correteaban de rama en rama, sin duda reuniendo alimento para un invierno que presentían cerca, y luego estaba la marea, subiendo y bajando en la orilla siguiendo el ritmo de la luna lejana. Allí en el porche trasero solo cambiaban las estaciones, y cada una daba al paisaje un aspecto más hermoso.

A solo unos pasos detrás de ella, por una puerta de madera antigua, los cambios se sucedían a tal velocidad que te dejaban sin aliento. Su hija adolescente crecía igual que un árbol, floreciendo en diferentes variaciones de lo que sería algún día. Distintos estados de ánimo se apoderaban de ella y en ocasiones le hacían parecer una niña pequeña traída por las olas a la orilla que no recuerda muy bien quién es o quién querría ser.

También los chicos estaban creciendo. Iban al jardín de infancia, empezaban a hacer sus propios amigos, a elegir su propia ropa y a contestar a las preguntas de Kate de manera selectiva. En un abrir y cerrar de ojos también ellos serían adolescentes que pegan fotografías de revistas en las paredes de su cuarto y exigen intimidad.

Qué rápido todo...

Se quedó en el porche unos minutos más, hasta que el cielo estuvo gris

carbón y empezaron a aparecer estrellas en la ciudad, a lo lejos. Luego entró.

La casa estaba silenciosa; la planta de abajo, vacía. Al cruzar el salón recogió varios dinosaurios de juguete dispersos delante del televisor.

Una vez arriba, giró despacio el pomo del dormitorio de los chicos, esperando verlos dormidos. Lo que vio fue una tienda de campaña hecha de sábanas en la cama de William y la luz delatora de una linterna que traspasaba los dibujos rojos y azules de *Star Wars*.

—Me sé de dos niños que deberían estar durmiendo.

De debajo de la tienda salieron risitas.

Lucas fue el primero en asomarse. Con el pelo negro de punta y los dientes mellados, parecía Peter Pan sorprendido por Wendy.

—Hola, mamá.

—Lucas —susurró William desde dentro—. Hazte el dormido.

Kate fue hasta la cama y retiró las sábanas con suavidad.

William la miró con la linterna en una mano y un tiranosaurio rex de plástico gris en la otra.

—Uy —dijo, y a continuación rio.

Kate abrió los brazos.

—Dadle un abrazo a mamá.

Los niños se lanzaron a sus brazos tan entusiasmados como siempre. Kate los estrechó contra ella y aspiró el aroma a champú infantil de su pelo que tan familiar le resultaba.

—¿Queréis que os lea otro cuento antes de dormir?

—Léenos algo de Max —dijo Lucas.

Kate cogió el libro y se colocó donde siempre: apoyada en el cabecero de la cama, con las piernas estiradas y un niño a cada lado. Luego abrió *Donde viven los monstruos* y empezó a leer. Los gemelos se durmieron cuando Max estaba en plena aventura.

Tapó a William, le besó en la mejilla y llevó a Lucas a su cama.

—Buenas noches, mamá —murmuró el niño cuando lo dejó en la cama.

—Buenas noches. —Kate apagó la luz y salió de la habitación, entornando la puerta.

Al otro lado del pasillo, la puerta de Marah estaba cerrada y un filo de luz se colaba por la parte inferior.

Se detuvo, queriendo entrar, pero habría dado pie a otra pelea. Ya nada de lo que decía o hacía Kate resultaba acertado, y, en las semanas transcurridas



desde el asunto de la escuela de modelos, la situación se había vuelto más tensa. Así que llamó a la puerta y dijo: «Apaga la luz, Marah», y esperó a que su hija obedeciera.

Luego fue a su habitación.

Johnny ya estaba acostado, leyendo. Cuando entró Kate levantó la vista.

—Pareces agotada.

—Marah —fue todo lo que dijo Kate. Era todo lo que tenía que decir.

—Creo que es algo más que eso.

—¿Qué quieres decir?

Johnny se quitó las gafas, las dejó en la mesilla y empezó a recoger los papeles que tenía repartidos a su alrededor. Sin levantar la vista dijo:

—Me dice Tully que sigues enfadada con ella.

Por su voz y por el cuidado que ponía en no mirarla, Kate supo que llevaba tiempo queriendo hablar de aquello. *Hombres*, pensó. Hay que ser antropólogo y estudiar los indicios para saber qué piensan.

—Es ella la que no ha llamado.

—Pero tú eres la que está enfadada.

Eso Kate no podía negarlo.

—No estoy furiosa ni cabreada, solo un poco disgustada. Esa tontería sobre lo de que Marah se haga modelo... Por lo menos podía haber reconocido que se había equivocado.

—¿Tully pidiendo perdón?

Kate no pudo evitar sonreír.

—Sí, ya lo sé. Pero ¿por qué siempre tengo que ser yo la que perdona? ¿Por qué siempre tengo que dar el primer paso?

—Porque sí.

Era verdad, siempre lo había sido. En ese sentido, la amistad era como un matrimonio. Las rutinas y los patrones surgían pronto y se endurecían como el cemento.

Kate fue al cuarto de baño, se lavó los dientes y se metió en la cama con Johnny.

Este apagó la luz de la mesilla y se giró de forma que estuvieron frente a frente. La luz de la luna se coló por la ventana e iluminó su perfil. Extendió un brazo esperando que Kate se acurrucara contra él. Esta tuvo un arrebató de amor por él inesperadamente intenso, dados los años que llevaban juntos. Johnny la conocía muy bien, y eso resultaba tan reconfortante como el

cachemir; la envolvía y le daba calor.

No era de extrañar que Tully tuviera tantas aristas, tantos picos; nunca permitía que el amor le ablandara el corazón, la envolviera. Sin hijos, sin marido y sin el amor de una madre, se había vuelto egoísta. Así que, una vez más, Kate olvidaría su enfado sin que le hubiera pedido perdón. En cualquier caso, no debería haber dejado que le durara tanto. Era increíble cómo pasaba el tiempo. A veces parecía un suspiro. Lo que importaba ahora no eran las palabras, pronunciadas o no, sino los años de amistad.

—Gracias —susurró.

Al día siguiente llamaría a Tully y la invitaría a cenar. Como siempre, eso pondría fin al enfado. Regresarían sin esfuerzo al camino de la amistad.

—¿Por qué?

Kate lo besó con suavidad, un roce en la mejilla. De todos los paisajes que amaba, la cara de aquel hombre era su favorito.

—Por todo.

Una mañana gris y lluviosa de noviembre Kate entró en el aparcamiento del instituto y se unió a la fila serpenteante de monovolúmenes y minivanes. Mientras arrancaba y frenaba, miraba a la derecha.

Marah iba sentada de cualquier manera en el asiento del pasajero con cara hosca. Su expresión y su estado de ánimo habían sido oscuros desde la discusión por el viaje de la escuela de modelos a Nueva York.

Antes, se daba cuenta Kate, había habido ladrillos entre ella y su hija. Ahora había una pared.

Por lo general le correspondía a Kate allanar los baches en la carretera por la que viajaba su familia. Era la apaciguadora, el árbitro y la mediadora, pero en este caso nada de lo que decía funcionaba. Marah llevaba ya semanas enfadada y Kate empezaba a acusarlo. No dormía bien. También la irritaba que Marah no le dirigiera la palabra, porque sabía que era una forma de manipulación, de intentar acabar con su resistencia.

—Qué ilusión la fiesta, ¿no? —se obligó a preguntar. Por lo menos era un tema de conversación. Todos en octavo curso estaban ilusionados con la fiesta, y era lógico. Los padres, Kate incluida, habían dedicado grandes esfuerzos a crear una noche mágica para los chicos.

—Si tú lo dices —dijo Marah mirando por la ventanilla buscando a sus

amigas entre la chavalería que había a la puerta del instituto—. No vas a venir de carabina, ¿verdad?

Kate se negó a sentirse dolida por el comentario. Se dijo que era normal; últimamente eso era algo que se decía a menudo.

—Soy la encargada de las decoraciones, lo sabes. No puedo estar dos meses trabajando para algo y luego no ver cómo queda.

—O sea, que vas a estar —concluyó Marah con voz inexpresiva.

—Y tu padre también. Pero lo vas a pasar fenomenal.

—Si tú lo dices.

Kate llegó a la acera y frenó.

—El autobús escolar Mularkey ha llegado a su destino.

A su espalda, los niños rieron con el chiste de siempre.

—Qué patético —comentó Marah, poniendo los ojos en blanco.

Kate se volvió a su hija:

—Adiós, cariño, que tengas un buen día. Suerte con el examen de sociales.

—Adiós —dijo Marah y cerró de un portazo.

Kate suspiró y miró el espejo retrovisor. Los gemelos jugaban juntos en el asiento trasero a su lucha de dinosaurios de plástico. «Chicas», murmuró para sí preguntándose por qué las adolescentes tenían que ser tan crueles con sus madres. Estaba claro que se trataba de un comportamiento normal; había pasado el suficiente tiempo con otras chicas de esa edad para saberlo. Así que tal vez era parte de la evolución. Igual, por alguna razón extraña y oculta, la especie humana requería niñas que se consideraban adultas a los trece años.

Unos minutos después dejó a los niños en el colegio (les dio a los dos un beso de buenos días, en público) y empezó su jornada. Primero hizo una parada en Bainbridge Bakers para comprarse un café con leche, luego devolvió unos libros en la biblioteca y después fue al supermercado. Para las diez y media estaba de vuelta en casa, en la cocina, guardando la compra.

Mientras cerraba la puerta de la nevera oyó la sintonía de *La hora de las chicas* procedente del televisor del salón, y la siguió. Rara vez veía el programa entero —¿cómo podría, con lo ocupada que estaba?—, pero siempre lo encendía para saber de qué trataba. Tanto Johnny como Tully en ocasiones le hacían un examen.

Kate pasó una pierna por encima del brazo del sofá y se sentó.

En la pantalla la música cesó y entró Tully en el acogedor plató cuya decoración decía no-somos-más-que-un-par-de-chicas-pasando-un-rato-en-tu-

salón. Como siempre, estaba guapísima. El año anterior había decidido dejarse crecer el pelo hasta los hombros y volver a su castaño rojizo natural. El corte de vecinita de al lado pero sofisticada le resaltaba los ya marcados pómulos y los ojos color chocolate. Unas cuantas inyecciones de colágeno bien repartidas le hacían unos labios perfectos, que cubría con una capa de brillo sin apenas color.

«Bienvenidos a *La hora de las chicas*», decía tratando de hacerse oír por encima de los aplausos. Kate sabía que la gente hacía cola de hasta seis horas por estar en el estudio de público, ¿y por qué no? *La hora*, como lo llamaban tanto los admiradores como los medios de comunicación, era divertido, fresco y en ocasiones hasta edificante. Nadie estaba nunca seguro de lo que iba a decir o hacer Tully. Era una de las razones por las que la gente seguía el programa, y Johnny se aseguraba de que todo funcionara como un mecanismo bien engrasado. Fiel a su promesa, Tully les había hecho ricos a todos, y Johnny, a cambio, siempre hacía quedar bien a Tully.

Ahora estaba sentada en su silla color crema de siempre. El color pálido la hacía parecer más vibrante, más llena de vida. Se inclinó hacia delante para hablar en tono íntimo al público y a la cámara.

Kate se enganchó al momento. Mientras veía a Tully revelar sus secretos de maquillaje y peinado a todo Estados Unidos, Kate pagó facturas, le quitó el polvo a las persianas y dobló ropa limpia. Cuando terminó el programa apagó el televisor y se puso a trabajar de nuevo en su lista de regalos de Navidad. Estaba tan absorta que tardó un momento en darse cuenta de que sonaba el teléfono. Miró a su alrededor, vio el inalámbrico en el suelo debajo de una pila de piezas de Lego y contestó.

—¿Sí?

—Kate, ¿eres tú?

—Sí.

—Menos mal. Soy Ellen, de Woodward. Llamo porque Marah ha faltado a cuarta hora. Si se te ha olvidado hacerle una nota, no...

—No se me ha olvidado —dijo Kate consciente de lo cortante de su tono—. Perdona, Ellen. Marah tendría que estar en clase. Déjame adivinar: tampoco están ni Emily Allen ni Sharyl Burton.

—Ay, Dios —exclamó Ellen—. ¿Sabes dónde están?

—Me parece que sí. Cuando las encuentre te llamo. Gracias, Ellen.

—Lo siento, Kate.

Colgó el teléfono y miró el reloj: eran las 12:42.

No hacía falta tener un posgrado para saber dónde estaban las chicas. Era jueves, el día en que cambiaba la cartelera del Pavillion. Además, daba la casualidad de que una nueva ídolo adolescente —Kate no recordaba su nombre— acababa de estrenar.

Cogió el bolso y salió. Llegó al Pavillion justo antes de la una. Tratar de disimular el cabreo monumental que tenía le costó bastante esfuerzo, y, para cuando hubo hablado con el encargado, recorrido las salas de proyección a oscuras, encontrado a las chicas y las hubo llevado de vuelta al vestíbulo, estaba perdiendo la batalla.

Pero su enfado no era nada comparado con el de su hija.

—No me puedo creer lo que acabas de hacer —dijo Marah cuando llegaron al aparcamiento.

Kate ignoró el tono y replicó, tensa:

—Te dije que podías venir a la primera sesión el sábado.

—Si ordenaba mi habitación.

Kate no se molestó en contestar.

—Venga, chicas, al coche. Os están esperando en el instituto.

Las chicas se sentaron en silencio detrás murmurando disculpas.

—Pues yo no lo siento —dijo Marah antes de dar un portazo y tirar del cinturón de seguridad para abrochárselo—. Lo único que nos hemos perdido es la tontería de clase de álgebra.

Kate arrancó, salió del aparcamiento y se incorporó a la carretera.

—Se supone que tenéis que estar en clase y punto.

—Sí, claro. Porque tú jamás me sacarías de clase para llevarme al cine —contestó Marah—. Lo de Harry Potter debo de haberlo soñado.

—Es la prueba de que ninguna buena acción queda sin castigo —observó Katie tratando de no levantar la voz.

Marah se cruzó de brazos.

—Tully lo entendería.

Kate detuvo el coche en la rotonda de entrada al instituto y aparcó.

—Vale, chicas. Os esperan en secretaría.

Emily gimió.

—Mi madre va a flipar.

Cuando estuvieron solas Kate se volvió a su hija.

—Papá lo entendería —dijo Marah—. Sabe lo importantes que son para mí

el cine y la moda.

—¿Eso crees? —Kate sacó el móvil, pulsó la tecla de marcación rápida y se lo dio a Marah—. Díselo.

—Dí-íselo tú.

—Yo no he sido la que ha faltado a clase para ir al cine. —Kate insistió en darle el teléfono.

Marah lo cogió y se lo llevó a la oreja.

—¿Papá? —De inmediato su voz se volvió más suave y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Kate tuvo una punzada de celos. ¿Por qué había mantenido Johnny una relación tan buena con su hija cuando Kate era prácticamente su esclava?

—¿Sabes qué, papá? ¿Te acuerdas de esa película de la que te hablé? ¿Esa en que la chica descubre que su tía es en realidad su madre? Pues he ido a verla hoy y ha sido una... ¿Qué? ¡Ah! —Su voz se convirtió en casi un susurro—. He faltado a cuarta hora, pero... Ya lo sé. —Escuchó unos momentos más y suspiró—. Vale. Adiós, papá. —Colgó el teléfono y se lo devolvió a Kate. Por una fracción de segundo volvió a ser una niña pequeña—. Estoy castigada este fin de semana sin ver la película.

Kate sintió deseos de aprovechar aquel momento y tomar a Marah en sus brazos, aferrarse a esa niña pequeña solo un instante y decir «Te quiero», pero no se atrevió. La maternidad en momentos como aquel —en casi todos los momentos, en realidad— exigía resistir antes que ceder.

—Así quizá la próxima vez pensarás en las consecuencias de tus actos.

—Algún día seré una actriz famosa y contaré en televisión que nunca me apoyasteis. En nada. Le daré las gracias a la tía Tully, que sí que cree en mí.

Se bajó del coche y echó a andar.

Kate la siguió hasta alcanzarla.

—Yo creo en ti.

Marah resopló.

—Sí, ya. Nunca me dejas hacer nada. Pero en cuanto pueda me voy a ir a vivir con la tía Tully.

—Cuando las ranas críen pelo —murmuró Kate para sí.

Por fortuna, su hija y ella no tuvieron ocasión de seguir hablando. Cuando entraron en el colegio el director las esperaba.

El verano antes de que Marah empezara bachillerato fue sin lugar a dudas el peor de la vida de Kate. Tener una hija de trece años en secundaria había sido malo, pero en retrospectiva había sido bastante llevadero. Una chica de catorce años preparándose para empezar bachillerato era mucho peor.

Tampoco ayudó que Johnny trabajara sesenta horas a la semana.

—No vas a ir a clase con esos vaqueros con los que se te ve el culo —dijo Kate tratando de no subir la voz. En su apretado calendario de finales de verano había reservado cuatro horas para la ropa que Marah llevaría al instituto. Ya llevaban dos en el centro comercial y lo único acumulado hasta el momento era hostilidad.

—Pero es que todo el mundo los lleva.

—Todos menos tú, entonces. —Kate se presionó las sienes con dos dedos. Era vagamente consciente de que los niños estaban corriendo por la tienda como dos posesos, pero decidió ignorarlos. Con un poco de suerte, vendría alguien de seguridad y la metería en un calabozo por no controlar a sus hijos. En aquel momento, unas horas de reclusión en soledad se le antojaban celestiales.

Marah dejó los vaqueros en un expositor y se alejó furiosa.

—¿No puedes andar como una persona normal? —murmuró Kate antes de seguirla.

Cuando terminaron, Kate se sintió como Russell Crowe en *Gladiator*: agotada y ensangrentada, pero viva. Nadie estaba contento. Los niños lloriqueaban porque se había negado a comprarles unas figuras de *El señor de los anillos*. Marah echaba chispas por los vaqueros y la blusa casi transparente sin los que se había quedado y a Kate la enfurecía el hecho de que hacer compras para el curso escolar la dejara sin energías. La única buena noticia era que había puesto un límite y lo había defendido. Aquel día Kate no había ganado por completo, pero tampoco Marah.

Volviendo a casa desde Silverdale, el coche estaba dividido en dos mitades perfectamente distinguibles. La parte de atrás era ruidosa, alborotada y con peleas constantes; la de delante era fría y silenciosa. Kate no dejaba de hablar a Marah, pero cada frase era como una pelota no devuelta, y, mientras recorrían el camino de grava y aparcaban en el garaje de casa, se sentía completamente derrotada. La ligera sensación triunfal de haber defendido los límites, de ser una madre y no una amiga, había perdido su lustre.

Los mellizos se soltaron los cinturones y se subieron uno encima del otro

con las prisas por bajar del coche. Kate sabía que el primero que llegara al salón se quedaría con el mando a distancia.

—Tranquilos —dijo mirándolos por el espejo retrovisor.

Estaban enredados como cachorros de león tratando de salir de un agujero.

Se volvió hacia Marah.

—Te has comprado ropa muy bonita.

Marah se encogió de hombros.

—Ya.

—¿Sabes una cosa, Marah? En la vida hay que... —Kate se interrumpió a mitad de la frase y tuvo ganas de reír. Había estado a punto de soltar uno de los discursos de su madre sobre la vida.

—¿Qué?

—Hacer concesiones. Puedes elegir dos puntos de vista: centrarte en lo que tienes o en lo que no tienes. De esa decisión dependerá, en última instancia, la clase de mujer en que te convertirás.

—Yo lo que quiero es encajar —dijo Marah con un hilo de voz inesperado que le recordó a Kate lo joven que era en realidad su hija y lo aterrador que resultaba empezar bachillerato en el instituto.

Le sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Créeme, me acuerdo de esa sensación. Yo a tu edad iba a clase con ropa barata, usada. Los otros chicos se burlaban de mí.

—Entonces me entiendes.

—Te entiendo, pero no puedes tener todo lo que se te antoje. Es así de sencillo.

—Son unos vaqueros, mamá. No la paz mundial.

Kate miró a su hija. Por una vez, no ponía mala cara ni apartaba la vista.

—Siento que discutamos tanto.

—Ya.

—Igual sí que podemos apuntarte a esas clases nuevas de la escuela de modelos. La que está en Seattle.

Marah saltó como un perro hambriento ante unas sobras de comida.

—¿De verdad me vas a dejar salir de la isla? El próximo curso empieza el martes, lo he mirado. Tully me dijo que me recogería en el transbordador. —Marah sonrió con timidez—. Hemos estado hablando de ello.

—Sí, ya me lo imagino.

—Dice papá que si sigo sacando buenas notas puedo ir.



—O sea, que él también lo sabe. Y a mí ¿no me lo cuenta nadie? ¿Quién soy? ¿Hannibal Lecter?

—Últimamente te enfadas bastante.

—¿Y de quién es la culpa?

—¿Puedo ir?

Lo cierto era que Kate no tenía elección.

—Vale, pero como las notas...

Marah saltó de su asiento y se lanzó al cuello de Kate. Esta abrazó a su hija con fuerza, disfrutando el momento. No recordaba la última vez que Marah le había dado un abrazo.

Marah entró en la casa y Kate siguió largo rato en el coche, mirándola, preguntándose si lo de la escuela de modelos era buena idea. Aquella era la parte complicada y desastrosa de ser madre, la que te corroía por dentro con sensación de culpa, te hacía cambiar de opinión y bajar tu nivel de exigencia: el hecho de que ceder fuera tan fácil.

No es que no quisiera que Marah se formara para ser modelo, no exactamente. Pero no quería que se iniciara tan joven en aquel mundo. El rechazo, la corrupción, la belleza que no iba más allá de la piel, las drogas, la anorexia... Eran algo subyacente al mundo de la moda. La autoestima y la imagen corporal eran demasiado frágiles en la adolescencia. Era muy fácil que una chica joven se desviara del buen camino incluso sin la carga añadida que supone el rechazo exclusivamente basado en la apariencia física.

En suma, Kate no temía que su hermosa hija no triunfara en un mundo desenfrenado y de vestidos sujetos con cinta adhesiva. Lo que le daba miedo era que triunfara y se quedara sin infancia.

Por fin salió del coche y entró en casa mientras se decía: «Debería haberme mantenido firme».

La eterna lamentación de las madres. Estaba intentando encontrar la manera de retractarse (imposible a esas alturas) cuando sonó el teléfono. Ni se molestó en contestar. Durante las últimas semanas de verano había aprendido una verdad innegable: las adolescentes vivían pegadas al teléfono.

—¡Mamá, te llama la abuela! —gritó Marah desde el piso de arriba—. Pero no tardes mucho que me va a llamar Gabe.

Kate cogió el teléfono y oyó a su madre fumar al otro extremo de la línea. Sonriendo, ignoró la compra por guardar y se puso cómoda en el sofá, haciéndose un ovillo bajo una manta de punto que aún olía a su madre.

—Hola, mamá.

—Qué mal estás.

—¿Lo sabes por mi manera de respirar?

—Tienes una hija adolescente, ¿o no?

—Te aseguro que yo nunca fui tan horrorosa.

La madre rio, una risa áspera y seca.

—Supongo que te has olvidado de todas las veces que me dijiste que te dejara en paz antes de cerrarme la puerta en las narices.

El recuerdo era vago, pero no imposible de recuperar.

—Lo siento, mamá.

Hubo una pausa. Luego la madre dijo:

—Treinta años.

—¿Treinta años de qué?

—Treinta años es lo que vas a tener que esperar para oír una disculpa, pero ¿sabes cuál es la parte buena?

Kate gimió.

—¿Que a lo mejor no vivo tanto tiempo?

—Que sabrás que lo siente mucho antes de que te lo diga. —La madre rio—. Y cuando necesite que le hagas de canguro, entonces te querrá muchísimo.

Kate llamó a la puerta de Marah y oyó un «Adelante» ahogado.

Entró. Hizo un esfuerzo por ignorar la ropa, los libros y la porquería que había por todas partes y fue directa a la cama blanca con dosel, donde estaba sentada Marah con las rodillas encogidas hablando por teléfono.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Marah puso los ojos en blanco.

—Tengo que colgar, Gabe. Mi madre quiere hablar conmigo. Hasta luego.

—Dirigiéndose a Kate añadió—: ¿Qué?

Kate se sentó en el borde de la cama y de pronto recordó todas las veces que había vivido una escena así en sus años de adolescencia. Su madre había empezado cada reconciliación con un discurso sobre lo que es la vida.

El recuerdo la hizo sonreír.

—¿Qué?

—Sé que últimamente discutimos mucho y lo siento. Casi siempre es

porque te quiero y quiero lo mejor para ti.

—Y cuando no, ¿por qué es?

—Porque me has cabreado de verdad.

Marah sonrió, solo un poco, y se movió un poco a la izquierda para hacer sitio a Kate, igual que Kate hacía con su madre a su edad.

Kate se sentó mejor en la cama y, con cautela, cogió la mano a su hija. Había muchas cosas que podía decir en ese momento, conversaciones que podían intentar entablar, pero se limitó a coger a su hija de la mano. Era el primer momento de silencio y conexión que tenían juntas en años, y la llenaba de esperanza.

—Te quiero, Marah —dijo por fin—. Tú más que nadie me has enseñado lo que es el amor. La primera vez que te tuve en mis brazos... —Hizo una pausa, con un nudo en la garganta. El amor que sentía por su hija era enorme, abrumador. A veces, en el día a día de guerra adolescente, se olvidaba de ello. Sonrió—. Bueno, el caso es que estaba pensando que podíamos hacer algo juntas.

—¿Como qué?

—Como prepararnos para la fiesta de aniversario del programa de papá.

—¿Lo dices en serio? —Marah llevaba semanas suplicando que le dejaran participar. La contestación de Kate siempre había sido que era demasiado joven.

—Podemos ir de compras juntas, ir a la peluquería, comprarnos un vestido maravilloso...

—Te quiero —dijo Marah y la abrazó.

Kate se aferró a su hija y disfrutó del momento.

—¿Puedo contárselo a Emily?

Antes de que Kate pudiera decir «Claro», Marah ya estaba al teléfono marcando números. Mientras salía oyó a Marah decir:

—Em, no te lo vas a creer. Adivina dónde voy a ir el sábado...

Kate cerró la puerta y fue a su habitación pensando en lo rápido que cambiaban las cosas con los hijos. Eras una abuela esquimal viviendo en otro mundo olvidada por todos y al minuto siguiente acababas de escalar el monte Rainier y estabas clavando tu bandera en la nieve. A veces tantos cambios te dejaban mareada, y la única manera de sobrevivir era disfrutar de los buenos momentos sin detenerte demasiado en los malos.

—Estás sonriendo —le dijo Johnny cuando la vio entrar. Estaba sentado en

la cama con unas gafas de farmacia que se había comprado muy a su pesar.

—¿Tan raro es?

—La verdad es que sí.

Kate rio.

—Sí, supongo. Marah y yo hemos tenido una semana difícil. La invitaron a una fiesta con chicos que duraba toda la noche, todavía no doy crédito, y le dije que no podía ir.

—Entonces, ¿a qué viene la sonrisa?

—La he invitado a la fiesta de aniversario. Tendremos un día de chicas. Compras, manicura, corte de pelo... el paquete completo. Tendremos que reservar una suite en el hotel, o pedir que pongan una cama supletoria.

—Voy a ser el hombre más afortunado de la fiesta —dijo Johnny.

Kate le sonrió. Por primera vez desde que podía recordar se sentía esperanzada. Marah y ella tendrían una velada madre e hija perfecta que quizá serviría para echar abajo el muro que había entre las dos.

Tully debería haberse sentido en la cima del mundo. Aquella noche era la fiesta de aniversario de su programa. Docenas de personas llevaban semanas trabajando para que el acto fuera el acontecimiento del año en Seattle. No solo se esperaba que asistieran personas de la ciudad, la lista de invitados incluía a numerosos famosos. En suma, todo el que era alguien acudiría, y lo harían en su honor, para celebrar su enorme éxito.

Paseó la vista por el salón de baile centelleante y de estilo tradicional del hotel Olympic, que le parecía recordar que había cambiado hacía poco de nombre; las cadenas hoteleras no hacían más que comprar y vender. Pero para los habitantes de Seattle siempre sería el Olympic.

El salón estaba lleno de compañeros: colegas, socios, muchos de los famosos del programa que habían sido invitados y sus empleados más importantes. Cuando la vieron, todos levantaron la copa a modo de saludo. La querían.

Y ninguno la conocía en realidad.

Así era. Edna no había podido ir y Grant ni siquiera le había devuelto la llamada. Tully había leído en la prensa rosa que iba a casarse con una aspirante a actriz, y, aunque la noticia no debería haberle importado, no había sido así. La hacía sentirse vieja y abandonada, sobre todo en una noche como

aquella. ¿Cómo había llegado a aquella edad sola? Sin alguien especial con quien compartir su vida.

Un camarero pasó a su lado y Tully le tocó el hombro antes de coger una segunda copa de champán de la bandeja que llevaba.

—Gracias. —Le regaló la sonrisa Tallulah Hart mientras buscaba a los Ryan en la sala. No habían llegado todavía. Estaba a la deriva en un mar de conocidos.

Se terminó la copa de champán y fue en busca de otra.

La sesión de belleza con su hija había cumplido las expectativas de Kate. Por primera vez en siglos no discutieron. Marah incluso escuchó las opiniones de Kate sobre algunas cosas. Después de elegir los vestidos —negro de seda con un hombro descubierto para Kate y uno precioso de gasa rosa sin tirantes para Marah— habían ido al spa Gene Juarez para hacerse la pedicura y la manicura, cortarse el pelo y maquillarse.

Ahora estaban en la habitación de Marah en la suite del Olympic, en el cuarto de baño, muy juntas, estudiándose en el espejo.

Kate sabía que nunca olvidaría aquella imagen: la hija alta y desgarbada de rostro exquisito y una sonrisa tan ancha que se le achinaban los ojos con un brazo delgadísimo por encima del hombro de su madre.

—Estamos impresionantes —dijo Marah.

Kate sonrió.

—Totalmente.

Marah la besó en la mejilla impulsivamente y dijo:

—Gracias, mamá. —Cogió el bolso de noche con cuentas bordadas que estaba en la cama de camino a la puerta—. Ya voy, papá —dijo y abrió la puerta y salió al saloncito.

—Marah —oyó Kate decir a Johnny—, estás preciosa.

Kate siguió a su hija. Sabía que no tenía el cuerpo de otro tiempo, ni era tan guapa, pero con aquel vestido y la gargantilla de diamante en forma de corazón que le había regalado Johnny se sentía increíble y, cuando vio cómo le sonreía su marido, también sexy.

—Guau —dijo Johnny acercándose. Cuando estuvieron juntos, la besó.

—Está usted espectacular, señora Ryan.

—Usted también, señor Ryan.

Los tres salieron riendo de la habitación y bajaron al salón de baile, donde ya había cientos de personas presentes.

—Mira, mamá —susurró Marah pegándose a ella—. Son Brad y Jennifer. Y ahí está Christina. Qué pasada, qué ganas de contárselo a Emily.

Johnny cogió a Kate de la mano y la guio entre los invitados hacia el bar, donde pidió dos copas y una Coca-Cola para Marah.

Luego se apartaron un poco y se dedicaron a sorber sus bebidas y a observar a la gente.

Incluso en una habitación así, Tully llamaba la atención con un vestido vaporoso de seda del color de las esmeraldas de Birmania. Caminaba hacia ellos saludando con la mano y con el vestido ondeando detrás.

—Estáis maravillosos —dijo riendo.

Kate reparó en que parecía tambalearse un poco.

—¿Estás bien?

—Nunca he estado mejor. Johnny: tenemos que decir unas palabras después de la cena. Y luego ir a la pista para abrir el baile.

—¿No has traído acompañante? —preguntó Johnny.

La sonrisa de Tully se desvaneció.

—Mi pareja puede ser Marah. No te importa si te la robo, ¿verdad, Katie?

—Pues...

—¿Por qué iba a importarle? —dijo Marah mirando a Tully con adoración—. Si me ve todos los días.

Tully se acercó a ella.

—Ha venido Ashton. ¿Quieres que te lo presente?

Marah prácticamente se desmayó.

—¿Lo dices en serio?

Kate las miró alejarse cogidas de la mano y con las cabezas juntas como dos animadoras hablando del capitán del equipo de rugby.

Después de aquello, la velada perdió parte de su brillo para Kate. Se dedicó a beber champán y a seguir a su marido por la habitación sonriendo cuando correspondía, riendo cuando parecía apropiado y diciendo: «Soy madre a tiempo completo», y comprobando cómo aquellas palabras, de las que tan orgullosa se sentía, podían matar una conversación.

No dejó de fijarse en cómo Tully hacía pasar a Marah por su hija, le presentaba un famoso detrás de otro y le dejaba dar sorbos de su copa de champán.

Cuando llegó el momento de cenar, Kate ocupó su sitio en la mesa principal entre Johnny y el presidente de Syndiworld. Tully fue la reina, no había otra manera de describirlo. Estuvo simpática, animada y divertida; todos los que estaban sentados cerca de ella, Marah en especial, parecían fascinados.

Kate intentó que no la afectara. Unas cuantas veces incluso trató de atraer la atención de su hija, pero era imposible competir con Tully.

Al final no lo pudo soportar más. Le dijo algo a Johnny a modo de excusa y fue al cuarto de baño. En la cola, todas las mujeres parecían hablar de Tully y de lo guapa que estaba.

—¿Y has visto la niña que iba con ella...?

—Me parece que es su hija.

—No me extraña que parezcan tan unidas.

—Me encantaría que mi hija me tratara así.

—A mí también —murmuró Kate en voz demasiado baja como para que la oyeran. Se miró en el espejo y vio a una mujer que había hecho lo posible por estar guapa para su marido y su hija y a la que su mejor amiga no había tardado en eclipsar. Sabía que era absurdo sentirse tan dolida y excluida. Después de todo, no era su noche. Pero se había hecho tantas ilusiones...

Ese había sido su error.

Había depositado sus esperanzas en una adolescente. Cuando se dio cuenta, casi tuvo ganas de reír. Qué tonta había sido. Entonces, sintiéndose mejor, más dueña de sus emociones, volvió a la fiesta.

Tully no debería haber bebido tanto. En el estrado, se cogió de la mano de Johnny para mantener el equilibrio.

—Gracias a todos —dijo sonriendo a los asistentes—. *La hora de las chicas* es un éxito gracias a vosotros.

Alzó el vaso dirigiéndose a todos, y los asistentes respondieron con un aplauso. De pronto pensó que la frase no le había salido bien, que quizá no había tenido sentido, pero puesto que no recordaba lo que había dicho era difícil saberlo.

Se giró hacia Johnny y le pasó un brazo por los hombros.

—Ahora tenemos que bailar.

La orquesta empezó a tocar; era una canción lenta. Tully le tomó de la mano y lo condujo hasta la pista. Seguía riendo cuando reconoció la canción: *Crazy for You*. Loca por ti.

*Touch me once and you'll know it's true.*

Era la canción que habían bailado Kate y él en su boda.

Tully ladeó la cabeza y miró a Johnny; de pronto se acordó de algo de lo que no habría debido acordarse: la última vez que bailó abrazada a él. La canción era *Didn't We Almost Have It All?*, ¿No estuvimos a punto de tenerlo todo? Cuando terminó él la besó. Si entonces hubiera hecho otra elección, buscado el amor en lugar de la fama, tal vez Johnny la habría amado, le habría dado a Marah y un hogar.

En la tenue luz dorada que proyectaba la anticuada araña de cristal, Johnny estaba tan guapo como le había visto Tully siempre. Tenía ese físico irlandés moreno que mejoraba con el tiempo. De alguna forma, la manera en que la miraba, tan serio, le recordaba los viejos tiempos, cuando él estaba algo desencantado con la vida y ella le hizo reír durante la romántica noche que



pasaron juntos.

—Siempre fuiste buen bailarín —dijo, y, mientras lo decía, una pequeña alarma se encendió en su cabeza. Estaba borracha, tenía que apartarse, pero era tan agradable estar en brazos de un hombre... Y, además, ¿qué podía pasar?

Johnny la hizo girar con habilidad y a continuación tiró de ella hacia sí.

El público aplaudió a modo de aprobación.

—No debería haber bebido tanto champán. Ahora no te puedo seguir.

—Seguir no ha sido nunca tu punto fuerte.

Y con esas pocas palabras Tully lo recordó todo, los detalles. Los recuerdos acudieron en tropel y rompieron las compuertas que había levantado para contenerlos. Se detuvo y miró a Johnny.

—¿Qué nos ha pasado?

—¿Hubo alguna vez un «nos», Tully? —preguntó Johnny con voz queda. La manera en que lo dijo, sin dudar, hizo preguntarse a Tully si no llevaría años queriendo hacerle la pregunta. No sabía si su sonrisa era triste o indulgente; solo que habían dejado de bailar, pero él no la soltaba.

—Yo no dejé que lo hubiera.

—Kate cree que sigo enamorado de ti.

Tully lo sabía, lo había sabido siempre. Kate y ella no habían llegado a hablar realmente de su pasado común con Johnny, sino que lo habían ocultado en un rincón oscuro en nombre de la amistad. Ahí era donde debía seguir, pero, como siempre le ocurría a Tully, el alcohol y la soledad la hacían flaquear, y se sorprendió a sí misma preguntando:

—¿Y es verdad?

Para cuando Kate volvió a la fiesta la orquesta había empezado a tocar.

*Crazy for You.*

Aquella canción siempre la hacía sonreír. Se detuvo a la entrada del salón y miró a su alrededor. Las mesas se estaban quedando vacías y había colas en el bar. Vio a Marah en un rincón hablando con una chica notablemente delgada y que llevaba un vestido más pequeño que un pañuelo.

—Genial.

Reprimió su irritación y siguió andando. Entonces fue cuando vio un destello de gasa color esmeralda y el suelo pareció hundirse bajo sus pies.

Tully estaba en la pista de baile colgada de Johnny. Este la cogía con naturalidad y seguridad, como si llevaran juntos toda la vida. Aunque deberían haber estado bailando, se habían parado, era una pareja inmóvil entre el remolino de color del resto de bailarines. Tully lo miraba como si acabara de pedirle que se fuera con ella a la cama.

Kate no podía respirar. Por un terrible instante pensó que iba a vomitar.

*Siempre fuiste el segundo plato.*

Lo sabía; resignarse a ello con el paso de los años no equivalía a cambiarlo.

Terminó la canción y Johnny se separó de Tully. Al volverse vio a Kate. Sus miradas se encontraron por entre el mar de vestidos de gala y joyas. Allí, delante de todos, Kate se echó a llorar. Avergonzada, salió de la habitación.

Bueno, más bien corrió.

Abajo, en los ascensores, pulsó el botón con impaciencia.

—Vamos... Vamos... —No quería que nadie la viese llorar.

Sonó el timbre y se abrió la puerta. Entró, se pegó a la pared del fondo y cruzó los brazos. Necesitó unos segundos de impaciente espera para darse cuenta de que no le había dado al botón.

Las puertas estaban a punto de cerrarse cuando una mano las abrió.

—Vete —le dijo a su marido.

—Estábamos bailando.

—¡Ya!

Kate pulsó el botón del piso donde tenían la habitación y se enjugó las lágrimas. Johnny entró en el ascensor.

—Por favor, Kate, no seas ridícula.

El ascensor llegó a su piso y las puertas se abrieron. Kate se alejó.

—Que te den —gritó. Buscó la llave y abrió la puerta. Entró en la habitación y cerró de un portazo.

Luego esperó.

Y esperó.

*Igual ha ido a ver a Tully...*

No.

En realidad no lo creía. Era posible que su marido conservara viva la llama de amor por Tully, pero era un hombre de honor, y Tully era la mejor amiga de Kate.

Aquello era algo que se le había olvidado durante su ataque de celos.

Abrió la puerta de la habitación y vio a Johnny sentado en el pasillo con una pierna estirada y la otra encogida y la pajarita colgándole, deshecha, del cuello.

—Sigues aquí.

—Tienes la llave. Espero que hayas salido para disculparte.

Kate fue hasta él y se arrodilló.

—Perdóname.

—No me puedo creer que pienses...

—No lo pienso.

Kate le cogió de la mano y tiró de él para que se levantara.

—Baila conmigo —le dijo odiando el pequeño énfasis con que había pronunciado la palabra «conmigo».

—No hay música.

Kate le rodeó el cuello con los brazos y empezó a mover las caderas, acercándose despacio a él hasta que Johnny estuvo con la espalda pegada a la pared. Entonces se pegó a él.

Se bajó la cremallera del vestido y dejó que cayera al suelo.

Johnny miró hacia el pasillo.

—¡Katie!

Le abrió el bolso, sacó la llave y abrió la puerta. Entraron en la habitación y se dejaron caer en el sofá, besándose con una pasión que era al tiempo familiar y nueva.

—Te quiero —dijo Johnny buscando su ropa interior—. Intenta no olvidarlo, ¿vale?

Kate estaba demasiado ocupada jadeando para contestar, así que asintió con la cabeza y le bajó la cremallera del pantalón para a continuación apartar la tela a un lado. Se juró a sí misma que no se dejaría dominar nunca más por sus inseguridades, que no se olvidaría del amor de Johnny.

Dos semanas más tarde Tully miraba por la ventana de su espaciosa oficina. Sabía desde hacía años que algo faltaba en su vida. Había tenido la esperanza de que volver a Seattle y tener su propio programa llenara de algún modo el vacío en su interior, pero no había sido tan afortunada. Ahora solo era más famosa e infinitamente rica, pero seguía insatisfecha sin saber muy bien por qué.

Como siempre que se sentía desgraciada, buscó la solución en el trabajo, en un cambio de rumbo que la pondría a prueba y al mismo tiempo la llenaría. Le había llevado un tiempo encontrarla, pero al final había dado con ella.

—Estás loca —dijo Johnny caminando de un lado a otro delante del ventanal que daba a la bahía de Elliot—. El formato es el rey de la televisión, eso lo sabes. En audiencias solo nos supera *Oprah* y el año pasado te nominaron a un Emmy. Las empresas se pelean por hacer donaciones y darnos publicidad. Todo eso son indicadores de éxito.

—Ya lo sé —convino Tully, absorta por un momento en su reflejo en el cristal. Se veía delgada y exhausta—. Pero a mí no me gusta seguir las reglas, eso lo sabes. Necesito agitar un poco las cosas. Revolverlas. Y para eso hace falta un programa en directo.

—Pero ¿por qué lo necesitas? ¿Qué más quieres?

Esa era la pregunta del millón. ¿Por qué nunca tenía bastante? ¿Y cómo podía conseguir que Johnny, precisamente Johnny, la comprendiera?

Kate lo entendería, aunque no estuviera de acuerdo, pero su amiga estaba últimamente demasiado ocupada para hablar. Quizá eso fuera parte del problema. Tully se sentía... desconectada de Kate. Casi no habían hablado desde la fiesta de aniversario del programa.

—Vas a tener que confiar en mí, Johnny.

—Podemos acabar como un circo, como *Jerry Springer*, y perder toda la credibilidad. —Johnny fue hacia ella con el ceño algo fruncido—. Explícamelo, Tul.

—No lo entenderías —dijo Tully, contestándole con la única verdad de la que estaba segura.

—Prueba.

—Necesito dejar huella.

—Tienes veinte millones de espectadores diarios. ¿Eso qué es? ¿Nada?

—Tú tienes a Katie y a los niños.

Tully vio cómo a Johnny se le hacía la luz. La miró con esa expresión de «pobre Tully»; daba igual lo lejos que corriera o lo alto que trepara, aquella mirada siempre parecía seguirla.

—Ah.

—Necesito intentar esto, Johnny. ¿Me vas a ayudar?

—¿Cuándo te he fallado yo a ti?

—Solo cuando te casaste con mi mejor amiga.

Johnny rio y fue hacia la puerta.

—Sólo un intento, Tully, y luego valoramos. ¿Te parece bien?

—Me parece bien.

Las semanas siguientes Tully las dedicó a cumplir su parte del trato. se puso manos a la obra y trabajó como una posesa renunciando incluso a simular que tenía una vida social.

Ahora había llegado el momento de la verdad y estaba preocupada. ¿Y si Johnny tenía razón y su idea brillante degeneraba en melodrama televisivo?

Llamaron a la puerta del despacho.

—Adelante —dijo.

Su ayudante, Helen, recién licenciada de Stanford, asomó la cabeza.

—Ha llegado el doctor Tillman; está en la salita verde. A la familia McAdams la he llevado al comedor de los empleados y Christy está en el despacho de Ted.

—Gracias, Helen —dijo Tully distraída antes de que se cerrara la puerta.

Casi había olvidado cómo era la aterradora y a la vez exultante sensación de que podías fracasar. Los últimos años la habían mantenido en un estado de aislamiento. Ahora era como si empezara de nuevo, probando algo en lo que solo ella creía.

Se miró una última vez en el espejo, retiró el papel protector que se ponía en el escote para maquillarse y se dirigió al plató. Allí encontró a Johnny haciendo diez cosas a la vez y ladrando órdenes.

—¿Estás preparada? —le preguntó.

—¿La verdad? No lo sé.

Johnny fue hasta ella mientras hablaba por el micrófono del auricular. Luego se lo apartó de la boca y susurró de modo que solo Tully le oyera:

—Vas a estar genial y lo sabes. Confío en ti.

—Gracias. Necesitaba oír eso.

—Limítate a ser tú misma. Todo el mundo te adora.

Cuando Johnny hizo una señal, empezó a entrar el público. Tully se ocultó detrás del plató y esperó su turno. Cuando se encendieron las luces rojas salió.

Como siempre, se detuvo un instante, sonriendo, dejándose llevar, colmada por el aplauso de los desconocidos.

—Hoy les hemos preparado un programa muy especial. Mi invitado, el

doctor Wesley Tillman, es un conocido psiquiatra especializado en adicciones y terapia familiar...

A su espalda una pantalla gigante proyectaba la grabación de un hombre obeso con alopecia. Intentaba no llorar, pero estaba perdiendo la batalla. «Mi mujer es una buena persona, Tallulah. Llevamos casados veinte años y tenemos dos hijos preciosos. El problema es...». Hacía una pausa y se secaba los ojos. «La bebida. Al principio solo unas copas con las amigas. Pero ahora...».

El reportaje mostraba la desintegración de una familia mediante sonido e imágenes.

Cuando terminó Tully se volvió hacia el público y comprobó lo conmovido que estaba por lo que acababa de ver. Ya había varias mujeres a punto de llorar.

—El señor McAdams es como muchos de nosotros, que sufrimos y nos desesperamos en silencio por la adicción de un ser querido. Asegura que lo ha probado todo para convencer a su mujer de que vaya a rehabilitación y deje de beber. Hoy, con ayuda del doctor Tillman, vamos a probar algo radical. Ahora mismo la señora McAdams está en camerinos, sola. Cree que ha ganado un viaje a las Bahamas y que está aquí para recoger el premio. La realidad es que su familia, con la ayuda profesional del doctor Tillman, va a hablarle de su adicción. Esperamos poder obligarla a afrontar la realidad y buscar tratamiento.

Por un momento, el público se quedó callado.

Tully contuvo el aliento. *Vamos, seguidme.*

Entonces hubo aplausos.

Tully tuvo que esforzarse por no reír. Miró a Johnny, que, de pie en las sombras junto a la cámara 1, la miraba con una sonrisa infantil y los pulgares levantados.

Aquello la ayudaría, la llenaría. Ayudaría de verdad a aquella familia y todo Estados Unidos la querría por ello.

Dio un paso atrás para presentar a sus invitados y a partir de aquel momento el programa siguió adelante como un tren a gran velocidad. Todos subieron a bordo y disfrutaron del viaje. Aplaudieron, gimieron, jalearon, rieron... Tully lo controló todo como una experta maestra de ceremonias. Lo había conseguido, no había duda. Había llegado a la cima de la televisión.

Aquel noviembre el invierno llegó de repente, instalándose en la isla como una mortaja gris y húmeda. Los árboles desnudos temblaban con el frío, se aferraban a sus hojas ennegrecidas como si dejarlas ir equivaliera a admitir su derrota. Cada mañana subía del estrecho una niebla que impedía ver y transformaba los ruidos cotidianos en ecos ahogados y distantes. Los transbordadores hacían sonar sus sirenas al entrar y salir del puerto y eran como lamentos en la bruma.

Era el entorno perfecto para escribir un thriller gótico. Al menos eso fue lo que se dijo Kate cuando empezó a escribir otra vez, en secreto.

Por desgracia, no era tan sencillo como lo recordaba.

Releyó lo que acababa de escribir, a continuación suspiró, pulsó la tecla de borrar y miró las letras desaparecer una a una hasta que no quedó más que la pantalla azul vacía. Trató de buscar una forma mejor de expresar la idea, pero no se le ocurrían más que tópicos. El cursor blanco diminuto se burlaba de ella, esperando.

Al final apartó la silla de la mesa y se puso de pie. Estaba demasiado cansada para ponerse a imaginar personas y sucesos trágicos. Y, en cualquier caso, era la hora de hacer la cena.

Últimamente se sentía siempre cansada, y, sin embargo, cuando se acostaba rara vez dormía bien.

Apagó la luz del despacho de Johnny, cerró el portátil y bajó.

Johnny levantó la vista de *The New York Times*.

—¿Otra vez abducida por eBay?

Kate rio.

—Pues claro. ¿Se han portado bien los chicos?

Johnny se inclinó y les alborotó el pelo.

—Mientras cante con ellos *Pobres almas en desgracia* estarán felices como perdices.

Kate no pudo evitar sonreír. *La sirenita* era la película preferida de aquella semana. Eso quería decir que, si les dejaban, la verían todos los días.

Se abrió la puerta principal y entró Marah con expresión nerviosa.

—¿A que no sabéis lo que me ha pasado hoy?

Johnny dejó el periódico.

—¿Qué?

—Christopher, Jenny, Josh y yo vamos al Tacoma Dome a ver a los Nine

Inch Nails. ¿A que es una pasada? Josh me ha invitado.

Kate respiró hondo. Había aprendido a reaccionar despacio con Marah.

—¿Así que un concierto? —dijo Johnny—. Y esos chicos ¿quiénes son? ¿Cuántos años tienen?

—Josh y Chris están en undécimo curso, y no os preocupéis, nos pondremos el cinturón de seguridad.

—¿Cuándo es el concierto? —pregunto Johnny.

—El martes.

—¿Entre semana? Pretendes ir a un concierto con un chico mayor que tú y entre semana. —Kate miró a Johnny—. Eso es totalmente absurdo.

—¿A qué hora empieza? —preguntó Johnny.

—A las nueve. Calculo que estaremos en casa a las dos de la mañana.

Kate no pudo contenerse más y se echó a reír. No entendía cómo su marido conseguía tomarse aquello con serenidad.

—¡Calculas! Supongo que estás de broma, Marah. Tienes catorce años.

—Jenny también y la dejan ir. Papá —Marah se volvió a Johnny—, tienes que dejarme.

—Eres demasiado joven —dijo él—. Lo siento.

—No soy demasiado joven. A todos les dejan hacer estas cosas menos a mí.

Kate sintió pena por Marah. Recordó cuando ella también tenía prisa por crecer y lo intenso que podía ser ese deseo en una niña.

—Ya sé que crees que somos demasiado estrictos, Marah, pero a veces la vida...

—No, por favor, no me largues otro de tus discursos sobre qué es la vida.

Con un bufido subió corriendo las escaleras y se encerró en su cuarto de un portazo.

A Kate la invadió un cansancio tan abrumador que casi tuvo que sentarse. En lugar de eso miró a su marido.

—Por qué no me habré quedado arriba.

Johnny sonrió. Y no pareció costarle trabajo. ¿Cómo podía luchar las mismas batallas con Marah que Kate y sin embargo salir indemne? ¿Y querido?

—Parece que os ponéis de acuerdo. —Johnny se puso de pie y la besó—. Te quiero —se limitó a decir.

Kate sabía que lo decía a modo de tirita para sus heridas, y lo agradeció.



—Voy a hacer la cena y luego hablaré con ella. Cuando se haya tranquilizado.

Johnny se arrellanó en la silla y volvió a su periódico.

—Llama a la madre de Jenny y dile que es imbécil.

—Eso te lo dejo a ti.

Kate fue a la cocina y empezó a preparar la cena. Durante casi una hora se dedicó a trocear verduras para saltearlas y a preparar la salsa teriyaki preferida de Marah. A las seis aliñó la ensalada, metió las galletas en el horno y puso la mesa. Por lo general, ese era trabajo de Marah, pero aquella noche no tenía sentido pedirle que lo hiciera.

—Vale —dijo de vuelta en el salón, donde Johnny estaba tirado en el suelo con los niños construyendo alguna cosa con piezas de Lego—. Voy a ello.

Johnny la miró.

—El chaleco antibalas está en el ropero.

El reconfortante eco de su risa acompañó a Kate escaleras arriba. Cuando llegó a la puerta cerrada del dormitorio de su hija, que tenía colgado un letrero de NO PASAR, se detuvo, reunió fuerzas y llamó.

No hubo respuesta.

—¿Marah? —dijo al cabo de un momento—. Ya sé que estás disgustada, pero tenemos que hablar.

Esperó, volvió a llamar y abrió la puerta.

Con el batiburrillo de ropa, libros y películas, Kate tardó un momento en procesar lo que tenía delante.

Una habitación vacía.

Con la ventana abierta.

Solo para asegurarse, miró en todas partes: en el armario, debajo de la cama, detrás de la silla... Miró también en el cuarto de baño, en la habitación de los chicos e incluso en la suya. Para cuando hubo registrado todo el piso de arriba, el corazón le latía con tal fuerza que estaba mareada. Al llegar a las escaleras se cogió a la barandilla para mantener el equilibrio.

—Se ha ido —dijo percibiendo cada grieta en su voz.

Johnny levantó la vista.

—¿Eh?

—Se ha ido. Creo que ha salido por la ventana y bajado por el enrejado.

Al momento, Johnny estaba de pie.

—¡Joder!

Salió corriendo de la casa y Kate lo siguió.

Debajo de la ventana de la habitación de Marah vieron el lugar donde el peso de su cuerpo había roto el enrejado de madera y rasgado la hiedra.

—Joder —repitió Johnny—. Tenemos que empezar a hacer llamadas.

Incluso en una noche tan fría, a Tully le encantaba estar en la terraza de su apartamento. Era un espacio grande con suelo de baldosa diseñado a imitación de las terrazas de las villas italianas. Árboles grandes y frondosos crecían en maceteros de barro y sus ramas estaban adornadas con diminutas luces blancas.

Fue hasta la barandilla. Oía el bullicio y estrépito de la ciudad más abajo y olía el aire salado del estrecho. A lo lejos, más allá de la extensión de agua gris, divisaba el contorno boscoso de Bainbridge Island.

Se preguntó qué estarían haciendo aquella noche los Ryan. ¿Estarían reunidos alrededor de esa vieja mesa de caballete jugando a algún juego? Quizá Marah y Kate estaban acurrucadas juntas en el sofá, hablando de chicos. O Kate y Johnny habían conseguido un momento a solas para besarse...

Sonó el teléfono. Mejor. Pensar en la familia de Kate le hacía sentirse más sola.

Entró por las puertas correderas y las cerró. Luego descolgó el teléfono.

—¿Sí?

—¿Tully? —era Johnny.

Tenía la voz tensa, desconocida. Tully enseguida se preocupó.

—¿Qué pasa?

—Marah se ha escapado. No sabemos cuándo exactamente, es probable que hace una hora y cuarto. ¿Has sabido algo de ella?

—No. ¿Por qué se ha escapado? —Antes de que Johnny pudiera contestar, llamó el conserje—. Espera un momento, Johnny. —Corrió al telefonillo y pulsó el botón—. ¿Qué pasa, Edmond?

—Está aquí Marah Ryan.

—Que suba. —Tully soltó el botón—. Está aquí, Johnny.

—Gracias a Dios —dijo Johnny—. Está allí, cariño. Está bien. Vamos para allí, Tully. No dejes que se marche.

—No te preocupes.

Tully colgó el teléfono y fue a la puerta. Como vivía en el ático, su puerta era la única en la planta, así que la abrió y trató de poner cara de sorprendida cuando Marah salió del ascensor.

—Hola, tía Tully. Siento venir tan tarde.

—No es tarde. Pasa. —Se hizo a un lado y dejó que Marah entrara primero. Como siempre, la llamativa belleza de su ahijada la admiró. Al igual que la mayoría de las chicas de su edad, estaba demasiado delgada, era todo ángulos y oquedades, pero daba igual. Era de esas chicas que parecerían un potrillo hasta que cumplieran los treinta; entonces tomaría posesión de su cuerpo como la realeza de un trono.

Tully fue hasta ella.

—¿Qué ha pasado?

Marah se dejó caer en el sofá y suspiró con teatralidad.

—Me han invitado a un concierto.

—Ajá.

—En el Tacoma Dome.

—Ajá.

—Entre semana. —Marah la miró de reojo—. El chico que me invitó está en undécimo curso.

—Entonces, ¿qué tiene? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete años?

—Diecisiete.

Tully asintió con la cabeza.

—Yo fui a ver a los Wings en el Kingdome cuando tenía tu edad. ¿Cuál es el problema?

—Que mis padres creen que soy demasiado joven.

—¿No te dejan ir?

—¿No te parece supercutre? A todo el mundo le dejan hacer estas cosas menos a mí. Mi madre ni siquiera me deja ir en coche al instituto con chicos que se han sacado el carné. Sigue yéndome a buscar todos los días.

—Bueno, ya se sabe que los chicos de dieciséis años conducen fatal... Y a veces... es peligroso estar a solas con ellos. —Recordó aquella noche en el bosque muchos años atrás—. Tu madre te está protegiendo.

—Pero vamos en grupo.

—Si vais en grupo es distinto. Si no os separáis, entonces no puede pasar nada.

—Ya lo sé. Creo que lo que le preocupa es que conduzcan ellos.

—Bueno. Podría llevaros yo en limusina.

—¿En serio?

—Claro, así solucionamos todos los problemas. Tenéis carabina y conductor. Lo pasaremos genial y me aseguraré de que a ninguno os suceda nada.

Marah suspiró.

—No va a poder ser.

—¿Por qué no?

—Porque mi madre es una bruja y la odio.

Aquello cogió a Tully por sorpresa; se quedó tan atónita que no supo qué decir.

—Marah...

—Lo digo en serio. Me trata como si fuera una niña pequeña. No respeta mi intimidad. Intenta elegirme las amigas y decirme lo que puedo y no puedo hacer. No me deja maquillarme, usar tanga, ponerme *piercings* en el ombligo, no me deja salir más tarde de las once ni hacerme un tatuaje... Estoy deseando largarme. Te juro que, en cuanto me gradúe, *sayonara*, mamá. Me voy a ir directa a Hollywood a convertirme en una estrella, como tú.

La última parte halagó tanto a Tully que estuvo a punto de olvidar lo que había dicho antes. Tuvo que obligarse a volver al tema principal de la conversación.

—No estás siendo justa con tu madre. Las chicas de tu edad sois más vulnerables de lo que crees. Hace mucho tiempo, cuando yo tenía tus años y me creía invencible, me...

—Si fueras mi madre, me dejarías ir al concierto.

—Sí, pero...

—Ojalá fueras mi madre.

A Tully le sorprendió lo mucho que la emocionaron esas palabras. La tocaron en una zona sensible.

—Superaréis esto, Marah. Ya lo verás.

—No.

Durante la hora siguiente Tully buscó un resquicio en el enfado de Marah, pero era una coraza persistente e imposible de abrir. Le impresionaba la facilidad con que decía odiar a Katie y le preocupó que las dos nunca consiguieran reconstruir su deteriorada relación. Si algo sabía Tully, era el

daño que podía hacerte crecer sin el amor de una madre.

Por fin sonó el telefonillo y se oyó la voz de Edmond.

—Señora Hart. Están aquí los Ryan.

—¿Saben que estoy aquí? —preguntó Marah poniéndose de pie.

—No creo que les haya costado mucho deducirlo —contestó Tully de camino al telefonillo—. Que suban. Gracias, Edmond.

—Me van a matar —dijo Marah caminando nerviosa y retorciéndose las manos. De pronto volvía a ser una niña pequeña, larguirucha, desgarrada y preciosa, pero una niña al fin y al cabo, asustada porque se había metido en un lío.

Johnny fue el primero en entrar por la puerta abierta.

—Por el amor de Dios, Marah —dijo—. Nos has dado un susto de muerte. No sabíamos si te habían secuestrado, si te habías escapado... —No terminó la frase, como si tuviera miedo de seguir hablando.

Kate apareció detrás de él.

A Tully le asombró el aspecto de su amiga. Parecía cansada, enferma y encogida, como si acabara de recibir una paliza.

—Katie —la saludó, preocupada.

—Gracias, Tully —contestó esta con una débil sonrisa.

—Dice la tía Tully que puede llevarnos al concierto en una limusina —dijo Marah—. Y hacer de carabina.

—Tu tía es tonta —saltó Johnny—. A la loca de su madre se le cayó de pequeña y se dio con la cabeza en el suelo. Coge tus cosas. Nos vamos a casa.

—Pero...

—Sin peros, Marah —dijo Kate—. Coge tus cosas.

Marah montó un verdadero número: suspiró, pataleó, farfulló, gimoteó... Antes de salir, le dio a Tully un abrazo lleno de sentimiento y le susurró al oído:

—Gracias por intentarlo.

Tully esperó a que Kate hablara.

—No le prometas cosas sin consultarnos primero a nosotros, ¿vale? —fue todo lo que dijo. Su voz era monótona, ni siquiera parecía enfadada—. No ayudas nada. —Se dio la vuelta para irse.

—Katie, espera.

—Esta noche, no, Tul. Estoy agotada.

Tully estaba preocupada por Kate y Marah. Se había pasado gran parte de la semana anterior pensando en la manera de arreglar las cosas entre las dos, pero no se le había ocurrido nada. Ahora estaba en su mesa repasando el guion para el programa.

Sonó el teléfono. Era su asistente.

—Tully. Están aquí los McAdams. Los del programa sobre rehabilitación.

—Que pasen.

La pareja que cruzó la puerta del estudio aquella gélida mañana de noviembre era un pálido reflejo de la que había estado en el primer programa en directo. El señor McAdams había perdido unos diez kilos y ya no caminaba encorvado y con la cabeza encajada en los hombros. La señora McAdams se había cortado el pelo, iba maquillada y sonreía.

—Guau —dijo Tully—. Están estupendos. Por favor, siéntense.

El señor McAdams llevaba a su mujer de la mano. Se sentaron juntos en el lujoso sofá de cuero negro que daba a los ventanales.

—Sentimos molestarla, ya sabemos lo ocupada que está.

—Para los amigos nunca estoy ocupada —contestó Tully con su sonrisa de relaciones públicas. Apoyó una pierna sobre un extremo de su mesa y los miró.

—Solo queríamos darle las gracias —dijo la señora McAdams—. No sé si conoce a alguien con adicción a las drogas o al alcohol...

La sonrisa de Tully se desvaneció.

—La verdad es que sí.

—Podemos ser malos, egoístas y tercos. Yo quería cambiar, el Señor lo sabe. Quería dejarlo todos los días, pero no lo hice. Hasta que usted me puso bajo los focos, y entonces vi mi vida con claridad.

—No puede imaginarse lo mucho que nos ha ayudado —dijo el señor McAdams—. Solo queríamos darle las gracias.

A Tully le conmovieron tanto aquellas palabras que tardó un momento en reaccionar.

—Eso es lo que quería conseguir con el programa en directo, cambiar la vida de alguien. Significa mucho para mí saber que lo he conseguido.

Sonó su teléfono.

—Perdón. —Descolgó—. ¿Qué pasa?

—John por la línea uno, Tully.

—Gracias, pásamelo. —Cuando se estableció la comunicación dijo—: ¿Qué pasa, que te da pereza andar quince metros hasta mi despacho? Me parece que te estás haciendo viejo, Johnny.

—Tengo que hablar contigo y no puede ser por teléfono. ¿Me dejas que te invite a una cerveza?

—¿Dónde y cuándo?

—¿En el Virginia Inn?

Tully rio.

—Madre mía, hace años que no voy ahí.

—Mentirosa. Ven a mi despacho a las tres y media.

Tully colgó y se volvió hacia los McAdams, que se habían puesto de pie.

—Bueno —comentó el señor McAdams—, pues ya hemos dicho lo que habíamos venido a decir. Espero que pueda ayudar a más personas como nos ha ayudado a nosotros.

Tully fue hasta ellos y les estrechó la mano.

—Gracias. ¿Les parece que preparemos un programa de seguimiento para el año que viene? Para que el país sepa los progresos que han hecho.

—Claro.

Los acompañó a la puerta, se despidió y volvió a su mesa. Durante las horas siguientes, mientras tomaba notas para el programa del día siguiente, se dio cuenta de que estaba sonriendo.

Estaba consiguiendo cosas con su programa. Había cambiado la vida de los McAdams.

A las tres y media cerró la carpeta, cogió su abrigo y fue al despacho de Johnny. Mientras comentaban ideas para los programas siguientes recorrieron juntos la manzana hasta el Public Market y entraron en el bar oscuro y lleno de humo del rincón.

Johnny la llevó hasta la pared del fondo y se sentó en una de las mesas pequeñas de madera junto a la ventana. Antes de que Tully se hubiera sentado llamó a una camarera, pidió una cerveza Corona para él y un martini sucio para ella. Tully esperó a que les sirvieran las bebidas antes de decir:

—Vale, ¿qué pasa?

—¿Has hablado recientemente con Kate?

—No, creo que está cabreada conmigo por lo del concierto. O quizá sigue mosqueada con lo de la escuela de modelos. ¿Por?

Johnny se pasó una mano por el pelo revuelto.

—No puedo creer que vaya a decir esto de mi propia hija, pero Marah se está comportando como una auténtica bruja. Da portazos, grita a sus hermanos, se salta la hora de llegada, se niega a hacer sus tareas en la casa... Se pelea con Kate todos los días, a todas horas. Kate está agotada. Ha adelgazado. No duerme.

—¿Habéis pensado en un colegio interno?

—Kate no va a querer irse interna. —Rio cansado de su propio chiste—. Te lo digo en serio, Tully, estoy preocupado. ¿Hablarás con ella?

—Claro, pero por lo que me cuentas necesita más que una charla amistosa. ¿No debería ver a alguien?

—¿Te refieres a un psiquiatra? No lo sé.

—La depresión es algo común en las madres a tiempo completo. ¿Recuerdas el programa que hicimos sobre el tema?

—Eso es lo que me inquieta. Necesito que averigües si tengo algo de que preocuparme o no. Tú la conoces muy bien.

Tully cogió su copa.

—Puedes contar conmigo.

Johnny sonrió, pero su aspecto era cansado.

—Ya lo sé.

El sábado Tully llamó a Johnny a primera hora de la mañana.

—Lo tengo —dijo cuando contestó al teléfono.

—¿Qué vas a hacer?

—Llevarla al Salish Lodge. A que se relaje y le den masajes, ese tipo de cosas. Y así hablamos.

—Te dirá que está muy ocupada y que no puede ir.



—Entonces la secuestraré.

—¿Crees que funcionará?

—¿Me has visto fracasar alguna vez?

—Vale. Le prepararé una maleta y la dejaré en la puerta. Luego me llevaré a los chicos para que no tenga excusas. —Johnny hizo una pausa—. Gracias, Tully. Kate tiene suerte de que seas su amiga.

Tully colgó y de inmediato hizo otra llamada, y luego otra.

Para las nueve de la mañana lo tenía todo organizado. Hizo corriendo una maleta, metió todo lo que necesitaba en el coche, fue a una tienda en Capitol Hill a comprar algunas cosas y, de ahí, a la terminal del transbordador. La espera en la orilla y el trayecto se le hicieron interminables, pero por fin se encontró en la entrada de coches de la casa de Kate.

El jardín delantero estaba asilvestrado, sin cuidar, como si tiempo atrás una madre joven hubiera pasado los meses de primavera en él, plantando bulbos y plantas coníferas mientras sus niños jugaban en una manta en la hierba, y después, con el paso de los años, a medida que esos niños se hacían mayores y empezaban a elegir sus propios juegos y distracciones, el tiempo dedicado a la jardinería hubiera desaparecido. Aun así, las plantas seguían creciendo en el calor intenso propio del verano del noroeste, florecían cada año a modo de recordatorio de otros tiempos, enredándose las unas con las otras, lo mismo que la familia que habitaba la casa. Ahora, en aquel día frío y gris de noviembre, su aspecto era desgarrado y marchito. Había hojas esparcidas por todas partes y de las rosas agonizantes colgaban salpicaduras multicolor.

Tully aparcó su Mercedes delante del garaje y salió. Mientras se abría paso entre bicicletas, monopatines y figuras de acción diseminadas por el camino de grava, no pudo evitar admirar el aspecto acogedor que tenía el lugar, incluso en aquella época del año. La casa de paredes de tablilla, construida en la década de 1920 como residencia de fin de semana por un empresario maderero, tenía una nueva capa de barniz color caramelo y un reborde blanco brillante enmarcaba los parteluces bajo los cuales las macetas rebosaban de los últimos geranios de la temporada.

En el porche delantero esquivó un saco de boxeo de juguete y llamó a la puerta.

Abrió Kate vestida con unos *leggings* negros gastados y una camiseta extragrande. Su melena rubia necesitaba urgentemente un corte y un baño de color, y su aspecto era dejado. Exhausto.

Ah —dijo, y se sujetó el pelo detrás de la oreja derecha—. Qué agradable sorpresa.

—Voy a pedirte una vez, y con educación, que me acompañes.

—¿Cómo que te acompañe? Ahora mismo estoy ocupada. Hay un concurso de colchas para recaudar fondos para la liga de béisbol de los chicos. En cuanto termine...

Tully sacó una pistola amarilla de juguete del bolsillo y apuntó a Kate con ella.

—No me obligues a disparar.

—¿Me vas a disparar?

—Sí.

—Mira, ya sé que te encanta el teatro, pero hoy no tengo tiempo. Tengo que coser cincuenta retazos de colcha antes de que...

Tully apretó el gatillo. Un chorro de agua fría subió por el aire y alcanzó a Kate directamente en el pecho. Una mancha de humedad se extendió por su camiseta de algodón.

—Pero ¿estás...?

—Esto es un secuestro. No me obligues a apuntarte a la cara, aunque la verdad es que no te vendría mal una ducha.

—¿Te has propuesto cabrearme o qué?

Tully le dio a Kate un antifaz negro.

—He tenido que ir a un *sex shop* siniestro de Capitol Hill, así que espero que me lo agradezcas.

Kate parecía muy confusa, como si no supiera si reír o llorar.

—No puedo irme así como así. Johnny y los niños volverán en una hora y tengo que...

—No van a volver. —Tully miró por encima del hombro de Kate hacia el salón atestado—. Ahí está tu maleta.

Kate se giró.

—¿Cómo...?

—Johnny te la hizo esta mañana. Es mi cómplice. O mi coartada, si me das problemas. Ahora, coge tu maleta.

—¿No esperarás que me vaya contigo a alguna parte con una maleta que me ha hecho mi marido? Seguro que hay solo lencería sexy, un cepillo de dientes y ropa que no me sirve desde hace dos años.

Tully agitó el antifaz.

—Póntelo o te disparo otra vez.

Hizo ademán de apretar el gatillo.

Por fin Kate levantó las manos.

—Vale, me rindo. —Se puso el antifaz mientras decía—: Supongo que sabes que los criminales inteligentes les tapan los ojos a su víctimas antes de cometer el delito y no después. Me parece que es para que luego no los puedan identificar.

Tully reprimió una sonrisa y entró en el cuarto de estar. Cogió la maleta y a continuación guio con suavidad a Kate hasta el coche.

—No todos los secuestrados tienen el honor de que los lleven en un Mercedes.

Tully metió un CD en el estéreo. A los pocos minutos cruzaban a gran velocidad el puente Agate Pass y recorrían la reserva donde los puestos de venta de fuegos artificiales se sucedían a ambos lados de la carretera.

—¿Dónde vamos? —preguntó Kate.

—Eso es asunto mío, no tuyo. —Tully subió el volumen a Madonna, que cantaba *Papa, Don't Preach*. No tardaron en ponerse a cantar las dos también. Se sabían las letras de todas las canciones, que las transportaban a su juventud. Madonna. Chicago. The Boss. The Eagles. Prince. Queen. La que más disfrutaban cantando era *Bohemian Rhapsody*. Movían la cabeza al ritmo de la música imitando a la perfección a Garth y a Wayne en la película *Wayne's World*.

Acababan de dar las dos cuando Tully detuvo el coche a la entrada de su destino.

—Ya estamos. El portero te está mirando raro, así que mejor quítate el antifaz.

Kate se lo quitó un instante antes de que el portero le diera la bienvenida al Salish Lodge y le abriera la puerta. De inmediato oyeron el rugido lejano de las cataratas de Snoqualmie como si las rodearan, aunque no las veían. El suelo vibraba con la fuerza del agua al caer. El aire estaba cargado de humedad.

Kate siguió a Tully a la recepción, donde se registraron, y, a continuación, un botones las llevó a su habitación, que era una suite esquinada con dos dormitorios, un salón con chimenea y vistas al río crecido y coronado de espuma blanca que discurría hacia las cataratas.

El botones les dio una hoja con sus reservas para el spa y Tully le dio una

generosa propina. Luego se quedaron solas.

—Lo primero es lo primero —anunció Tully. Llevaba trabajando en televisión el tiempo suficiente para saber cuándo hacía falta un guion. Había ideado un formato y un calendario para toda la estancia. Abrió su maleta y sacó dos limas, un salero y el tequila más caro que había encontrado—. Chupitos.

—Estás loca —exclamó Kate—. Llevo sin tomarme un chupito desde...

—No me obligues a dispararte. Me estoy quedando sin agua.

Kate rio.

—Vale. Sírvame, barman.

—Otro —dijo Tully directamente.

Kate se encogió de hombros y bebió.

—Vale. Ahora, trajes de baño. Ponte el tuyo. Tienes un albornoz en tu cuarto.

Como de costumbre, Kate obedeció.

—¿Dónde vamos? —preguntó mientras recorrían el brillante suelo de baldosas de la planta principal del hotel.

—Ahora lo verás.

Llegaron al spa y siguieron las indicaciones del jacuzzi.

Llegaron a una bonita piscina de agua termal decorada con una mezcla de estilos asiático y costa oeste. El aire olía a lavanda y a rosas. Plantas exuberantes en macetas de cerámica y bronce creaban la sensación de estar al aire libre.

Se metieron en el agua caliente y burbujeante.

De inmediato Kate suspiró y se recostó contra la pared de la piscina.

—Es como estar en el cielo.

Tully miró a su mejor amiga y reparó, entre la suave cortina de vapor, en su aspecto cansado.

—Tienes muy mala cara —dijo con suavidad.

Kate abrió los ojos despacio. Tully vio cómo el enfado aparecía en su cara, pero desaparecía a idéntica velocidad.

—Es por Marah. A veces, cuando me mira, veo odio en sus ojos. No te imaginas lo mucho que duele eso.

—Se le pasará.

—Es lo que dice todo el mundo, pero no lo creo. Si hubiera una manera de obligarla a hablar conmigo, de que me escuchara... Hemos intentado ir a

terapia, pero se negó a participar.

—No puedes obligar a una adolescente a abrirse así como así. Ya sabes que actúan movidas por la presión de grupo.

—Qué va, sí que hablan. Lo que pasa es que dicen unas cosas increíbles. Según Marah, soy la única madre del mundo tan asquerosamente superprotectora.

Tully vio una profunda infelicidad en los ojos de su amiga, y, aunque intentó convencerse de que no era más que estrés resultado de la maternidad, de pronto tuvo miedo. Era lógico que Johnny estuviera tan preocupado. El año anterior Tully había entrevistado a una madre joven desbordada y con depresión. Pocos meses después de la entrevista se había tomado un frasco de pastillas. Aquel pensamiento la aterró. Tenía que encontrar la manera de ayudar a Kate.

—Igual deberías ver a alguien.

—¿Un psiquiatra, quieres decir?

Tully asintió con la cabeza.

—No necesito hablar de mis problemas. Necesito organizarme mejor y punto.

—No creo que sea un problema de organización. Lo que pasa es que no tienes por qué ir a todas las excursiones del colegio ni coser todos los disfraces ni preparar todas las galletas para las ferias benéficas. Y pueden ir al colegio en autobús, joder.

—Hablas igual que Johnny. Supongo que ahora me vas a decir que las cosas irían mejor si hiciera todo eso y además escribiera un libro. Bueno, pues lo he intentado. Lo he estado intentando. —Se le quebró la voz y se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Dónde está el tequila?

—Excelente idea. Llevamos años sin cogernos un buen pedo.

—Ya te digo —contestó Kate, riendo.

—Pero tenemos masaje dentro de media hora, así que tendremos que esperar un poco.

—Un masaje. —Kate miró a su amiga—. Tully, necesitaba esto.

No era bastante, ni de lejos. Ahora Tully se daba cuenta. Katie necesitaba ayuda de verdad, no unos chupitos de tequila y fangoterapia, y a ella, a su amiga, le correspondía encontrarla.

—Si pudieras cambiar una cosa de tu vida, ¿qué sería?

—Marah —dijo Kate con voz queda—. Que volviera a hablar conmigo.

Fue mágico. Tully supo qué tenía que hacer.

—¿Por qué no salís en mi programa? Haremos un espacio dedicado a madres e hijas. Lo ideal sería en directo, para que sepa que no se puede editar. Verá lo mucho que la quieres y lo afortunada que es.

La esperanza rejuveneció diez años a Kate.

—¿Crees que funcionaría?

—Ya sabes la ilusión que le hace a Marah salir en la televisión. Lo último que querría es hacer un mal papel delante de las cámaras, así que tendrá que escucharte.

La desesperación exhausta por fin abandonó los ojos de Kate y la sustituyeron la ilusión y la alegría.

—¿Qué haría sin ti, Tully?

Tully tuvo la sensación de que la sonrisa no le cabía en la cara. Podía ayudar a su amiga a superar todo aquello, quizá incluso salvarle la vida. Tal y como se habían prometido mutuamente muchos años atrás.

—Eso es algo que nunca tendremos que averiguar.

—¿Crees que los de maquillaje me disimularán las arrugas?

—Tú tranquila, cuando hayan terminado contigo parecerás más joven que Marah.

—Genial.

Kate volvió del spa con otra actitud. En cuanto entró en la casa, Marah la abordó para quejarse de algún plan al que tenía que renunciar por la hora de volver a casa, pero sus palabras eran flechas que no encontraban blanco y caían, inútiles, al suelo. *Pronto*, se decía Kate, *pronto nos reconciliaremos*.

Deshizo la maleta, se dio un largo baño y luego abrazó a sus hijos y se puso a leerles un cuento. Estaban quedándose dormidos cuando Johnny asomó la cabeza.

—Chis —dijo Kate mientras cerraba el libro.

Besó las dos frentes, arropó a los niños y fue a reunirse con su marido.

—¿Lo habéis pasado bien? —preguntó Johnny tomándola en sus brazos.

—Genial. Tully tiene un plan...

Abajo llamaron a la puerta. A continuación oyeron a Marah:

—¡Abro yo!

Johnny y Kate se miraron con el ceño fruncido.

—Es domingo por la noche —señaló Kate—. No puede traer amigos a casa entre semana.

Pero cuando bajaron encontraron a los padres de Kate en el salón.

—Mamá —dijo Kate—. ¿Qué pasa?

—Nos manda Tully para que cuidemos a los niños una semana. El coche que hay fuera os va a llevar al aeropuerto. Tully dice que metáis trajes de baño y crema solar. Es todo lo que tenéis que saber.

—No puedo dejar el trabajo —replicó Johnny—. Viene el senador McCain.

—Tully es tu jefa, ¿o no? —dijo el padre de Kate—. Así que si dice que te vas de vacaciones, entonces es que te vas de vacaciones.

Kate y Johnny se miraron. Nunca se habían ido de vacaciones sin sus hijos.

—Podría estar bien —dijo Johnny con una sonrisa.

Pasaron la hora siguiente corriendo por la casa, haciendo maletas, listas, recopilando números de teléfono... Luego besaron a los niños —también a Marah—, dieron las gracias a los padres de Kate y se subieron a la limusina que los esperaba.

—No sabe hacer las cosas a medias —comentó Johnny acomodándose en el lujoso interior de tapicería oscura.

Kate se pegó a él.

—Ya estoy más relajada y no hemos salido del camino de entrada.

El coche arrancó y el motor ronroneó.

—¿Sabe dónde vamos? —preguntó Johnny al conductor.

—Los billetes están en el bolsillo que tiene enfrente, señor.

Johnny cogió el sobre y lo abrió.

—Kauai —dijo.

Era donde habían pasado su luna de miel. Kate cerró los ojos e imaginó las palmeras meciéndose en la brisa y la arena rosada de Anini Beach.

—No vale dormirse —dijo Johnny.

—No estoy durmiendo. —Kate se giró y se recostó contra Johnny para dejarse rodear por sus brazos.

—Gracias por ayudar a Tully a secuestrarme.

—Me tenías preocupado.

—Yo también me tenía preocupada. Pero ya estoy mejor.

—¿Cómo de mejor?

Kate miró la ventanilla abierta que los separaba del conductor.

—Cierra esa ventana y te lo demuestro.

—¿Estamos hablando de sexo?

—Estamos hablando de sexo —dijo Kate desabrochándose la blusa—. Pero si le dieras al botón de una vez, estaríamos haciendo algo más que hablar.

Johnny sonrió despacio.

—Entonces le doy ahora mismo.



Kate y Johnny volvieron a casa descansados y frescos la noche anterior al gran programa. A la madrugada siguiente Kate se levantó a las cinco para ir al cuarto de baño y ya no consiguió conciliar de nuevo el sueño.

La casa estaba silenciosa y oscura. No se molestó en dar las luces cuando fue de una habitación a otra recogiendo juguetes. Todavía no podía creer que hubiera llegado el día. Había esperado tanto y rezado con tal fervor por un cambio en su relación con Marah que casi había perdido la esperanza. Tully y su programa se la habían devuelto. Incluso Johnny parecía optimista. Había hecho lo que Tully le había pedido —exigido, en realidad—: delegar el control de ese segmento del programa. Solo por esa noche sería un espectador más, un padre que apoya a su familia.

En el cuarto de baño, después de ducharse y vestirse, Kate se miró en el espejo y trató de ignorar las arrugas que habían empezado a formársele en las comisuras de los ojos mientras ensayaba lo que iba a decir: «Así es, Tully. He renunciado a una carrera profesional para cuidar de mis hijos. Y la verdad es que habría sido más fácil trabajar».

El público se reiría.

«Sigo queriendo escribir algún día, pero es muy difícil compaginar trabajo y maternidad. Y Marah me necesita más ahora que cuando era pequeña. Todo el mundo habla de lo duros que son los dos años, pero en mi casa lo duro está siendo la adolescencia. Echo de menos los días en que podía meterla en el parque con la tranquilidad de que estaría a salvo».

Aquel comentario sería recibido con un murmullo de aprobación.

Bajó, preparó el desayuno para todos y lo puso en la mesa. Los niños bajaron en tiempo récord, pisándose y peleándose por la mejor silla.

Cuando bajó Marah, claramente ilusionada por el programa, Kate tampoco

pudo contener su excitación.

Aquello iba a funcionar. Lo sabía.

—Deja de sonreír, mamá, que das grima —dijo Marah mientras echaba leche en un cuenco con cereales y lo llevaba a la mesa.

—Deja en paz a tu madre —la reprendió Johnny al pasar a su lado. Se detuvo detrás de Kate, le apretó los hombros con cariño y la besó en la nuca —. Estás preciosa.

Kate se volvió y lo abrazó mirándolo a los ojos.

—Me alegro de que hoy vayas a ser mi marido y no el productor. Te necesito entre el público.

—No me des las gracias. Tully me ha echado. Ha prohibido a todos que me enseñen el guion. Quiere sorprenderme.

A partir de ese momento el día voló igual que el Halcón Milenario en el hiperespacio. Hasta que no estuvieron en el transbordador cruzando la bahía, Kate no empezó a ponerse nerviosa.

El público se reiría de ella, diría que debería haber hecho más cosas en la vida, haber sido más cosas.

Saldría gorda.

Estaba tan absorta en sus pensamientos negativos que cuando aparcaron no se sintió capaz de salir del coche.

—Tengo miedo —le dijo a Johnny.

Marah puso los ojos en blanco y se alejó.

Johnny le levantó el brazo a Kate, le soltó el cinturón de seguridad y la ayudó a salir del coche.

—Vas a hacerlo genial. —Johnny la guio hasta el ascensor. En los estudios había gente por todas partes corriendo de un lado a otro y hablando a gritos. Johnny se acercó más a Kate—: Como en los viejos tiempos, cuando hacíamos las noticias. ¿Te acuerdas?

—¡Kate!

Oyó su nombre resonar en el ajetreado vestíbulo y levantó la vista. Tully, delgada y guapísima, caminaba hacia ella con los brazos abiertos.

La abrazó con fuerza y Kate por fin empezó a relajarse. Aquel no era un programa de televisión cualquiera, era el programa de Tully. Su mejor amiga se aseguraría de que Kate hiciera un buen papel.

—Estoy un poco nerviosa —le confesó.

—¿Un poco? —dijo Marah—. Parece Rain Man.

Tully rio al oír aquello y se cogió del brazo de Kate.

—No hay nada de que preocuparse, lo vas a hacer genial. A todos les hace mucha ilusión teneros a Marah y a ti en el programa.

Las llevó a maquillaje.

—Esto es muy emocionante —dijo Kate sentada delante de un espejo gigantesco. La maquilladora, una mujer llamada Dora, de inmediato se puso manos a la obra.

Marah estaba en una silla contigua. Otra maquilladora la atendía.

Kate miró el espejo; al poco rato una desconocida apareció a su lado: la mujer en que Marah se convertiría algún día. En el rostro maquillado de su hija Kate vio el futuro, descubrió una verdad que hasta el momento había estado oculta bajo el bonito velo de la infancia. Pronto Marah empezaría a salir con chicos, y luego se iría a la universidad.

—Te quiero, bichito —le dijo usando adrede el apodo que había pasado de moda junto con los cabases de Winnie the Pooh y Barrio Sésamo—. ¡Te acuerdas de cuando bailábamos esas canciones viejísimas de Linda Ronstadt?

Marah la miró. Por un segundo, solo uno, fueron otra vez mamá y su bichito, y, aunque no duró —no podía durar en el huracán de la adolescencia —, aquello hizo albergar esperanzas a Kate de que a partir de aquel día volverían a acercarse, serían tan inseparables como en el pasado.

Marah pareció a punto de decir algo, pero luego sonrió.

—Me acuerdo.

Kate quiso abrazar a su hija, pero un gesto así no tendría el efecto deseado. Había aprendido que el contacto físico era la manera más fácil de poner distancia entre las dos.

—¿Kathleen y Marah Ryan?

Kate se giró en la silla y vio a una mujer joven y bonita con un portafolios detrás de ella.

—Les toca.

Kate buscó la mano de Marah, que estaba lo bastante nerviosa como para aceptarla. Siguieron a la mujer hasta la salita verde, donde les dijeron que esperaran.

—En esa nevera hay agua y pueden comer lo que les apetezca de la cesta —les indicó la mujer. Luego le dio a Kate un micrófono de solapa con una batería que se enganchaba en la cintura.

—Me dice Tallulah que sabe cómo funciona esto.

—Hace ya mucho tiempo, pero creo que sí. Yo le enseñé a Marah, gracias.

—Perfecto. Vendré a buscarlas cuando llegue el momento. Como saben, hoy salimos en directo, pero no dejen que eso las preocupe. Sean ustedes mismas.

Y se fue.

*Estaba pasando de verdad.* Significaba mucho para ella, aquella oportunidad de volver a conectar con su hija.

Un instante después llamaron a la puerta.

—Le toca, Kathleen —dijo la mujer—. Marah, quédate aquí. Vendremos a buscarte en un minuto.

Kate se dirigió a la puerta.

—¡Mamá! —exclamó Marah con brusquedad como si acabara de recordar algo importante—. Tengo que decirte una cosa.

Kate se volvió a mirarla con una sonrisa.

—No te preocupes, cariño, lo vamos a hacer muy bien.

Y siguió a la mujer por el pasillo. Al otro lado de la pared oyó aplausos, incluso un conato de risas.

Al llegar al arranque del plató, la mujer se detuvo.

—Salga cuando oiga su nombre.

*Respira.*

*Mete la tripa. Ponte recta.*

Oyó a Tully decir:

—Y ahora me gustaría presentarles a mi buena amiga Kathleen Ryan...

Kate dobló una esquina y se encontró bajo el resplandor cegador de los focos. Se desorientó tanto que tardó un momento en situarse.

Allí estaba Tully, en el centro del plató, sonriéndole.

Detrás de ella estaba el doctor Tillman, el psiquiatra especializado en terapia familiar.

Tully se colocó a su lado y la cogió del brazo. Mientras los aplausos subían de intensidad, le dijo:

—Estamos en directo, Katie, así que déjate llevar.

Kate miró la pantalla que tenían detrás. Había una imagen gigante de dos mujeres gritándose. Luego miró al público.

Johnny y sus padres estaban en la primera fila.

Tully se dirigió a los espectadores.

—Hoy vamos a hablar de madres superprotectoras y de hijas adolescentes

que las odian. Nuestro objetivo es conseguir que dialoguen, ayudarlas a salir de la falta de comunicación propia de la adolescencia, lograr que vuelvan a hablarse.

Kate fue consciente de que se estaba poniendo pálida.

—¿Qué?

Detrás de ella, el doctor Tillman salió de entre las sombras para sentarse delante de la cámara.

—Algunas madres, en especial las de tipo controlador y dominante, dañan la frágil psique de sus hijas sin darse cuenta. Los hijos pueden ser como flores tratando de crecer en un espacio constreñido. Necesitan espacio, libertad para equivocarse. No los ayudamos nada agobiándolos con reglas y expectativas rígidas y haciéndonos ilusiones de que podemos protegerlos.

Kate se dio cuenta de lo que estaba pasando.

La estaban llamando mala madre en una cadena de televisión nacional y delante de su familia.

Kate se soltó del brazo de Tully.

—¿Qué estás haciendo?

—Necesitas ayuda —dijo Tully con voz serena y solo un poco triste—. Marah y tú, las dos. Tengo miedo por ti, tu marido también. Me pidió por favor que os ayudara. Marah quiere hablar de ello contigo, pero le da miedo.

Entró Marah en el plató sonriendo radiante al público.

Kate notó lágrimas en los ojos y la vulnerabilidad que sentía espoleó su furia.

—No me puedo creer que me hagas esto.

El doctor Tillman fue hacia ella.

—Vamos, Kathleen, Tully se está portando como una amiga. Está usted aplastando el frágil espíritu de su hija. Lo único que quiere Tully es examinar su actitud como madre...

—¿Me va a ayudar a ser mejor madre? —Kate se volvió a Tully—. ¿Tú? —A continuación miró al público—: Les está dando consejos una mujer que no sabe lo que son ni el amor ni la familia ni las decisiones difíciles que en ocasiones tienen que tomar las mujeres. A la única persona a la que ha querido Tully Hart en su vida es a ella misma.

—Katie —dijo Tully en voz baja y amenazadora—. Estamos en directo.

—Eso es lo único que te importa, ¿verdad? Los índices de audiencia. Bueno, pues espero que te hagan compañía en la vejez, porque no tendrás

nada ni a nadie más. ¿Qué coño sabes tú de maternidad o de amor? —Kate miró a Tully fijamente sintiéndose tan enferma que pensó que iba a vomitar—. Tu madre nunca te ha querido. Y venderías tu alma a cambio de fama. Pero bueno, ¡si lo acabas de hacer! —Se volvió hacia el público—. Aquí tienen a su ídolo, señoras y señores, una mujer tan entrañable y amantísima que probablemente nunca le haya dicho a nadie «te quiero», ¡joder!

Se arrancó el micrófono y la batería y los tiró al suelo. Mientras salía furiosa del plató agarró a Marah del brazo y se la llevó consigo.

Una vez fuera Johnny corrió hasta ella, la abrazó y la estrechó contra sí, pero ni siquiera el calor de su cuerpo le llegaba a Kate. Sus padres y los niños estaban detrás de él formando un círculo alrededor de Kate y su hija.

—Lo siento, cariño —murmuró—. No sabía...

—No me puedo creer que Tully haya hecho algo así —dijo la madre de Kate—. Tiene que haber pensado...

—No sigas —la interrumpió Kate mientras se secaba las lágrimas—. Me da igual lo que piense, quiera o crea. Se acabó.

Tully corrió al pasillo, pero Kate se había ido.

Se quedó unos instantes y luego volvió al plató, donde se encontró con un mar de rostros desconocidos. Trató de sonreír y lo hizo, pero, por una vez, su voluntad de hierro flaqueó. Oyó el suave murmullo del público, el sonido de la compasión. A su espalda, el doctor Tillman hablaba, llenaba el vacío con palabras que Tully ni seguía ni entendía. Se dio cuenta de que trataba de sacar adelante el programa, puesto que estaban en directo.

—Solo quería ayudarla —le dijo al público interrumpiendo al doctor Tillman. Se sentó en el borde del plató—. ¿He hecho algo malo?

El aplauso fue fuerte y se prolongó en el tiempo; la aprobación del público era tan incondicional como su presencia. Debería haber servido para llenar el vacío que sentía Tully, esa había sido siempre su función, pero los aplausos no la ayudaban en un momento así.

Se las arregló como pudo para terminar el programa.

Ahora, por fin, estaba sola en plató. Tan sola como se sentía. El público se había ido y el personal también. Nadie había tenido el valor siquiera de acercarse a hablar con ella. Tully sabía que estaban enfadados por haberle tendido una emboscada también a Johnny.

Oyó pisadas como si llegaran desde muy lejos. Alguien caminaba hacia ella.

Levantó la vista, desganada.

Era Johnny.

—¿Cómo has podido hacerle eso? Confiaba en ti. Confiábamos todos.

—Solo quería ayudarla. Me dijiste que se estaba desmoronando. El doctor Tillman me explicó que las situaciones drásticas requieren medidas drásticas. Dijo que el suicidio era...

—Dejo el programa —la interrumpió Johnny.

—Pero... Dile a Kate que me llame y se lo explicaré todo.

—Yo que tú no esperarías tener noticias de ella.

—¿Qué quieres decir? Somos amigas desde hace treinta años.

Johnny la miró con tal frialdad que Tully empezó a tiritar.

—Me parece que esa amistad ha terminado hoy.

Por las ventanas entraba la pálida luz de la mañana iluminando los alféizares blancos. Fuera, las gaviotas subían y bajaban en el aire; el sonido, combinado con el de las olas lamiendo la orilla, señalaba el paso del transbordador.

Por lo común a Kate le encantaban los sonidos de la mañana. Aunque llevaba ya años viviendo en aquella playa, seguía disfrutando al ver pasar los barcos, sobre todo de noche, cuando parecían pequeños joyeros iluminados.

Aquel día, sin embargo, ni siquiera sonrió. Se sentó en la cama y abrió un libro en el regazo para que su marido la dejara sola. Mientras miraba las páginas, las letras se borraban y bailaban como puntos negros en el papel color crema. No dejaba de revivir mentalmente la decepción del día anterior. Lo repasaba desde una docena de ángulos diferentes. El título: «Madres superprotectoras e hijas adolescentes que las odian».

Las odian.

*Aplastando el frágil espíritu de su hija...*

Y el doctor Tillman acercándose a ella y diciéndole que era una pésima madre; su madre en la primera fila rompiendo a llorar; Johnny saltando de su asiento y gritando algo al cámara que Kate no oyó...

Seguía conmocionada, aturdida. Bajo el aturdimiento, sin embargo, latía una ira descarnada y terrible que no se parecía a nada que hubiera sentido jamás. Tenía tan poca experiencia con la verdadera ira que le daba miedo. Le

preocupaba que, de empezar a gritar, no pudiera parar nunca. Así que metió sus emociones en una caja y guardó silencio.

No dejaba de mirar el teléfono, esperando una llamada de Tully.

—Si llama, cuelgo —dijo.

Y lo haría. De hecho, lo estaba deseando. Durante todos sus años de amistad Tully le había estado haciendo faenas como aquella (bueno, en realidad como aquella no) y siempre le había correspondido a Kate disculparse, hubiera sido o no culpa suya. Tully nunca pedía perdón, se limitaba a esperar a que Kate quisiera hacer las paces.

Esta vez no.

Esta vez Kate estaba tan dolida y enfadada que le daba igual si seguían siendo amigas. Si quería una reconciliación, Tully tendría que esforzarse mucho.

*Le voy a colgar el teléfono muchas veces.*

Suspiró, deseando que aquel pensamiento la hiciera sentir mejor, pero no fue así. Después de lo ocurrido el día anterior se sentía... rota.

Llamaron a la puerta. Podía ser cualquier miembro de su familia. La noche anterior habían cerrado filas alrededor suyo, la habían tratado como a una princesa delicada, la habían protegido. Sus padres se habían quedado a dormir; Kate llegó a pensar que su madre temía un suicidio de lo protectora que se había mostrado. Su padre no había dejado de darle palmaditas en el hombro y de repetirle lo guapa que era, y los chicos, que no entendían muy bien qué pasaba pero presentían que era algo grave, no se habían separado de ella. Solo Marah se había mantenido lejos de la dramática situación, observándola desde lejos.

—Adelante —dijo Kate, y se enderezó un poco para parecer más resistente de lo que se sentía.

Entró Marah. Iba vestida para ir a clase, con vaqueros de cintura baja, botas UGG rosas y una sudadera gris con capucha. Intentaba sonreír, pero no lo conseguía.

—La abuela me ha dicho que viniera a hablar contigo.

La mera presencia de su hija fue para Kate un enorme alivio. Se desplazó al centro de la cama y dio palmaditas en el espacio vacío invitándola a sentarse.

En lugar de eso, Marah se sentó frente a ella, con la espalda apoyada en el pie tapizado de la cama y las piernas dobladas. Por entre los agujeros



desiguales de sus vaqueros favoritos se entreveía la curva de sus rodillas.

Kate no pudo evitar añorar los tiempos en que habría podido coger a su hija y abrazarla. Lo necesitaba.

—Sabías cómo iba a ser el programa, ¿verdad?

—Tully y yo lo hablamos. Dijo que nos ayudaría.

—¿Y?

Marah se encogió de hombros.

—Yo solo quería ir al concierto.

El concierto. Aquella respuesta tan egoísta hirió profundamente a Kate. Había olvidado el concierto y la huida de Marah. El viaje a Kauai lo había borrado de sus pensamientos.

Lo que sin duda había sido la intención de Tully. Y también había servido para quitar a Johnny de en medio de modo que no pudiera estropear el plan.

—Di algo —dijo Marah.

Pero Kate no sabía qué decir, no sabía cómo manejar aquella situación. Quería que Marah entendiera lo egoísta que había sido y lo mucho que su egoísmo había herido a Kate, pero no quería que se sintiera culpable. La responsabilidad del desastre ocurrido era de Tully.

—¿No pensaste mientras tú y Tully urdíaís este plan que podría sentirme dolida y humillada?

—¿Y tú no pensaste que yo podría sentirme dolida y humillada porque no me dejabas ir al concierto? ¿O a la bolera por la noche? ¿O a...?

Kate levantó una mano.

—Así que la protagonista eres tú —comentó cansada—. Si es todo lo que tienes que decir, puedes irte. Ahora mismo no tengo fuerzas para discutir contigo. Has sido egoísta y has herido mis sentimientos, y, si no eres capaz de darte cuenta y responsabilizarte de ello, entonces lo siento mucho por ti. Y ahora vete. Fuera.

—Lo que tú digas. —Marah se bajó de la cama, pero despacio. Al llegar a la puerta se detuvo y se volvió—. Cuando venga Tully...

—Tully no va a venir.

—¿Qué quieres decir?

—Tu ídolo me debe una disculpa. Y las disculpas no se le dan bien. Es algo que tenéis en común, diría yo.

Por primera vez Marah pareció asustada. Y era por la posibilidad de perder a Tully.

—Más te vale pensar en cómo me tratas, Marah. —Al decir aquello a Kate se le quebró la voz, pero hizo un esfuerzo por parecer serena—. Te quiero más que a nada en el mundo y me estás haciendo daño a propósito.

—No es culpa mía.

Kate suspiró.

—¿Cómo iba a ser culpa tuya, Marah? Nunca lo es.

Era justo lo que no debía haber dicho. Kate lo supo en cuanto pronunció las palabras, pero ya era demasiado tarde.

Marah abrió la puerta con brusquedad y salió con un portazo.

El silencio llegó de forma instantánea. Afuera, en algún lugar, cantó un galló y dos perros se ladraron el uno al otro. Oía pisadas en la planta de abajo que hacían crujir el suelo de madera de la vieja casa.

Kate miró el teléfono, esperando que sonara.

—Creo que fue la madre Teresa quien dijo que la soledad es la peor pobreza que hay —dijo Tully antes de dar un sorbo a su martini sucio.

El hombre con el que estaba hablando, por un momento, pareció sobresaltado, como si hubiera estado conduciendo por un tramo oscuro y desierto de carretera y un ciervo se hubiera cruzado en su camino. A continuación rio. Había tantas cosas en esa risa... Camaradería, un asomo de superioridad, un trasfondo de elitismo... Sin duda había aprendido a reírse así en los sacrosantos pasillos de Harvard o Stanford.

—¿Qué sabe la gente como nosotros de pobreza o soledad? Tiene que haber al menos cien personas aquí en tu fiesta de cumpleaños y los dos sabemos que ni el champán ni el caviar son baratos.

Tully intentó, sin éxito, recordar su nombre. Era su invitado, se suponía que tenía que saber cómo demonios se llamaba.

¿Y por qué le había hecho un comentario tan ridículamente transparente a un desconocido?

Asqueada consigo misma, se terminó el martini —el segundo de la noche — y fue hasta el bar improvisado en un rincón de su ático. Detrás del barman vestido de esmoquin, la centelleante explosión de color del horizonte urbano de Seattle era una combinación mágica de luces brillantes y cielo negro.

Esperó impaciente su tercer martini dando conversación al barman. En cuanto la bebida estuvo preparada, se dirigió a la terraza rodeando una mesa

llena a rebosar de regalos envueltos en papel plateado y adornados con lazos. Sabía, sin necesidad de abrir un solo paquete, qué clase de regalos eran: copas de champán de Waterford o Baccarat; pulseras y marcos de plata de Tiffany; plumas Montblanc; quizá un chal de cachemir, o candeleros de vidrio soplado. La clase de objetos caros que intercambian desconocidos o compañeros de trabajo cuando alcanzan determinado estatus económico.

No habría nada personalizado dentro de aquellos paquetes tan bien envueltos.

Dio otro sorbo al martini y salió a la terraza. Desde la barandilla se entreveía Bainbridge Island. La luz de la luna pintaba de plata las colinas boscosas. Quería apartar la vista, pero no podía. Habían pasado tres semanas desde el programa. Veintiún días. Todavía tenía el corazón roto. Las cosas que le había dicho Kate se repetían como una cinta sin fin dentro de su cabeza. Y cuando conseguía olvidarlas las veía impresas en la revista *People* o en internet. «Ni su madre la quería... Aquí tienen a su ídolo, una mujer tan entrañable y amantísima que probablemente nunca le haya dicho a nadie “te quiero”».

¿Cómo podía Kate haber dicho eso? ¿Y no llamar luego para pedir perdón... o saludar... o felicitarla por su cumpleaños?

Se terminó la bebida y dejó la copa vacía en la mesa junto a ella con la mirada todavía fija en la negra extensión de agua. Oyó el teléfono sonar a su espalda. ¡Lo sabía! Entró corriendo en el apartamento, se abrió paso entre la gente que atestaba su salón, entró en el dormitorio y cerró la puerta detrás de ella.

—¿Sí? —dijo casi sin aliento.

—Hola, Tully, feliz cumpleaños.

—Hola, señora Mularkey. Sabía que iba a llamar. Puedo ir a verlos a usted y al señor Mularkey ahora mismo. Podemos...

—Tienes que arreglar las cosas con Kate.

Tully se sentó en el borde de la cama.

—Solo quería ayudar.

—Pero no ayudaste. Supongo que eres consciente de eso.

—¿Oyó las cosas que me dijo delante de las cámaras? Estaba intentando ayudarla y le dijo al país entero... —Ni siquiera era capaz de repetirlo de tanto como le dolía—. Me debe una disculpa.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea, luego un suspiro hastiado.

—Ay, Tully.

Esta percibió la decepción en la voz de la señora Mularkey y se sintió de nuevo como una niña en la comisaría. Por una vez, no supo qué decir.

—Te quiero como a una hija —dijo por fin la señora Mularkey—. Eso lo sabes, pero...

*Como a una hija.* En aquella palabra había un mar entero, un océano de distancia.

—Tienes que entender hasta qué punto le hiciste daño.

—Y ella a mí, ¿qué?

—Lo que tu madre te hizo es un crimen, Tully. —La señora Mularkey emitió un sonido que indicaba tristeza—. Tengo que dejarte, me llama Bud. Siento cómo están las cosas, pero tengo que colgar.

Tully ni siquiera se despidió. Se limitó a colgar en silencio. La verdad que había estado intentando ignorar aterrizó en su pecho, tan pesada que apenas la dejaba respirar.

Todos sus seres queridos eran miembros de la familia Mularkey, no de la suya, y cuando las cosas se ponían feas tomaban partido.

Y, entonces, ¿qué le quedaba a ella?

Tal y como decía la vieja canción[\[9\]](#), otra vez estaba sola. Naturalmente.

Se levantó despacio y volvió a la fiesta, sorprendida de lo ciega que había estado. Si había aprendido una lección en la vida, era esta: la gente se va. Los padres. Los amantes.

Las amigas.

En aquella habitación llena de colegas y conocidos, sonrió radiante, habló de cosas sin importancia y se fue directa al bar.

No era tan difícil actuar con normalidad, simular que era feliz. Era lo que había hecho durante gran parte de su vida. Actuar.

Solo había sido ella misma con Kate.

Para el otoño siguiente, Kate había dejado de esperar que Tully llamara. En los largos meses de distanciamiento se había acostumbrado, aunque con dificultad, a un mundo enrarecido y constreñido, una suerte de bola de cristal con nieve de fabricación propia. Al principio, claro, lloró por la amistad perdida, sufrió por lo que había sido, pero, con el tiempo, aceptó que no habría disculpas por parte de Tully y que si las había tendrían que salir, como

siempre, de ella.

La historia de sus vidas.

El ego de Kate, por lo general maleable y acomodaticio, en esta ocasión se fortificó. Por una vez no pensaba ceder.

Así que pasó el tiempo y las paredes curvas de la bola de nieve se endurecieron. Cada vez pensaba menos en Tully, y, cuando lo hacía, aprendió a no llorar y a seguir adelante con su vida.

Pero aquello la agotaba, la dejaba sin fuerzas. A medida que el tiempo se volvió de nuevo frío, empezó a necesitar todas sus fuerzas para levantarse por las mañanas y darse una ducha. Para cuando llegó noviembre, lavarse la cabeza se había convertido en una tarea tan abrumadora que directamente la evitaba. Hacer la cena y fregar los platos le chupaban tanta energía que a mitad de la tarea tenía que sentarse.

Todo eso habría sido soportable, y por soportable se refería a un grado de depresión aceptable, si hubiera terminado ahí. Pero la semana anterior se había sentido demasiado cansada para lavarse los dientes por la mañana y había llevado a los niños al colegio en pijama.

—No me parece tan grave —le había dicho a su marido por la noche cuando este le preguntó al respecto. Johnny había aceptado un trabajo en su antigua cadena y tener menos responsabilidades le dejaba demasiado tiempo libre para fijarse en los fallos de Kate—. No ha sido más que un lapsus de higiene personal. No es que me haya vuelto loca.

—Estás deprimida —había replicado Johnny tirando de ella hacia sí en el sofá—. Y, la verdad, Kate, no tienes muy buen aspecto.

Eso le había dolido, aunque, si tenía que ser sincera, no tanto como debería.

—Pues pídemelo cita con un cirujano plástico. Porque un chequeo no necesito, voy al médico con regularidad y lo sabes.

—Más vale prevenir que curar —había sido la respuesta de Johnny; de manera que allí estaba, en el transbordador a la ciudad. La verdad era, aunque no lo habría reconocido delante de su marido, que se alegraba de ir al médico. Estaba cansada de estar deprimida, de sentirse exhausta. Tal vez pudiera recetarle algo que la ayudara, unas pastillas para olvidar una amistad de treinta años que había terminado de mala manera.

Cuando el transbordador atracó, condujo por la rampa irregular y se incorporó al tráfico de primera hora de la mañana. Hacía un día gris y feo que

casaba bien con su estado de ánimo. Atravesó el centro de la ciudad y enfiló la colina que conducía al hospital, en cuyo aparcamiento encontró una plaza. Luego cruzó la calle y entró en el vestíbulo. Después de una comprobación rápida, se dirigió al ascensor.

Cuarenta minutos después, una vez leídos todos los artículos del último número de la revista *Parents*, la pasaron a una consulta, donde una enfermera le hizo la historia.

Cuando la dejaron sola otra vez, cogió el último número de *People* y lo abrió.

Había una fotografía de Tully mirando a la cámara con una copa de champán en la mano. Estaba guapísima con un traje de Chanel negro y un bolero brillante con pedrería. Al pie de la fotografía decía: «Tallulah Hart en una gala benéfica en el Chateau Marmont con su acompañante, el magnate de los medios de comunicación Thomas Morgan».

Se abrió la puerta y entró la doctora Marcia Silver.

—Hola, Kate, me alegro de verte. —Se sentó en el taburete con ruedas y se impulsó hacia delante mientras leía la historia de Kate—. Y bien, ¿quieres contarme algo?

—Mi marido dice que estoy deprimida.

—¿Y lo estás?

Kate se encogió de hombros.

—Un poco baja de tono, quizá.

La doctora apuntó algo en la historia.

—Hace casi doce meses justos de tu última visita. Muy bien.

—Ya sabe cómo somos las buenas chicas católicas. Nos gusta seguir las reglas.

La doctora sonrió, cerró la historia y se puso unos guantes.

—Muy bien, Kate, vamos a empezar por una citología. Bájate un poco en la camilla...

Durante los minutos siguientes Kate se sometió a las pequeñas indignidades que trae consigo la atención médica femenina: el espéculo, la exploración, la toma de muestras... La doctora Silver mantuvo en todo momento la conversación en un terreno forzado, impersonal. Hablaron del tiempo, del último estreno del teatro de la Quinta Avenida y de las Navidades que estaban a la vuelta de la esquina.

No fue hasta treinta minutos después, cuando llegó el momento de

explorarle el pecho, que la doctora dejó la cháchara.

—¿Hace cuánto que tienes esa decoloración en el pecho?

Kate se miró una mancha roja del tamaño de una moneda de veinticinco centavos que tenía bajo el pezón derecho. La piel estaba ligeramente arrugada, como la mondadura de una naranja.

—Unos nueve meses. Tal vez un año, ahora que lo pienso. Empezó como una picadura de insecto. El médico de familia pensó que era una infección y me recetó antibiótico. Se me fue un tiempo y luego volvió. A veces me escuece, por eso sé que es una infección.

La doctora miró el pecho de Kate con el ceño fruncido. Kate añadió:

—Me hice la mamografía cuando me tocaba. Estaba todo bien.

—Entiendo. —La doctora fue hasta el teléfono que estaba en la pared, marcó un número y dijo—: Quiero una ecografía para Kate. Ahora. Diles que le hagan un hueco.

Colgó y se volvió hacia Kate. Esta se sentó en la camilla.

—Me está asustando.

—Espero que no sea nada, Kate, pero quiero asegurarme, ¿de acuerdo?

—Pero qué...

—Ya hablaremos cuando sepamos lo que pasa. Janis te acompañará a radiología, ¿de acuerdo? ¿Está aquí tu marido?

—¿Debería?

—No, estoy segura de que no va a ser nada. Ah, aquí está Janis.

La cabeza de Kate era un torbellino. Cuando se quiso dar cuenta estaba vestida otra vez y había subido tres pisos, a radiología. Allí, y después de una espera interminable, tuvo que pasar por otra exploración de mama, más cuchicheos y ceños fruncidos y una ecografía.

—Me hago autoexploraciones —dijo—. No he notado ningún bulto.

El médico y la enfermera se miraron en la sala oscurecida.

—¿Qué? —quiso saber Kate, y percibió miedo en su voz.

Después de la ecografía la acompañaron de vuelta a la consulta y la dejaron en la sala de espera. Como el resto de mujeres, se dedicó a leer revistas y trató de concentrarse en frases al azar y en recetas de bizcocho. Cualquier cosa que no fueran los resultados de la ecografía.

Se decía que no pasaba nada cada vez que asomaba la preocupación. No hay nada de que preocuparse. El cáncer no era algo que te atacaba sigilosamente, y menos el de pecho. Había señales de alarma y ella las

buscaba religiosamente. El cáncer ya había afectado a la familia en una ocasión, con la tía Georgia, así que estaban atentos. Una a una, las otras mujeres se fueron mientras Kate seguía esperando.

Por fin una enfermera regordeta con ojos de cervatillo vino a buscarla.

—¿Kathleen Ryan?

Kate se levantó.

—¿Sí?

—Voy a llevarla a otra consulta. El doctor Krantz le va a hacer una biopsia.

—¿Una biopsia?

—Para asegurarnos. Venga conmigo.

Kate no se sentía capaz de moverse, consiguió asentir con la cabeza a duras penas. Sujetando fuerte el bolso, siguió a la enfermera.

—Mi última mamografía fue normal. Y además me hago autoexploraciones.

De pronto deseó que Johnny estuviera allí cogiéndole de la mano y diciéndole que todo iba a salir bien.

O Tully.

Respiró hondo y trató de controlar el miedo. Una vez, varios años atrás, le habían hecho una citología y a continuación una biopsia. Tener que esperar a los resultados le había arruinado el fin de semana, pero al final todo había salido bien. Recordó eso, se aferró a ello como a un salvavidas en aguas frías y turbulentas y siguió a la enfermera silenciosa hasta una consulta al final del pasillo. El letrero junto a la puerta decía CENTRO ONCOLÓGICO GOODNO FOUNDATION.



Tully se despertó con el timbre del teléfono. Abrió los ojos, desorientada. Eran las 2:01 de la madrugada. Descolgó.

—¿Sí?

—¿Tallulah Hart?

Tully se frotó los ojos.

—¿Quién es?

—Me llamo Lori Witherspoon, soy enfermera del hospital Harborview. Tenemos ingresada a su madre, Dorothy Hart.

—¿Qué ha pasado?

—No estamos seguros. Parece una sobredosis, pero también le han dado una paliza. La policía está esperando para interrogarla.

—¿Ha preguntado por mí?

—Está inconsciente. Hemos encontrado su número entre sus cosas.

—Voy para allá.

Tully se vistió en tiempo récord y a las 2:20 estaba en la carretera. Dejó el coche en el aparcamiento del hospital y fue a recepción.

—Hola, he venido a ver a mi madre, Nu... Esto, Dorothy Hart.

—Sexta planta, señorita Hart. Pregunte en el control de enfermería.

—Gracias.

Tully subió y una mujer menuda con uniforme de enfermera naranja pálido le indicó cuál era la habitación de su madre.

Dentro, en la habitación en penumbra, había dos camas. La más cercana a la puerta estaba vacía.

Tully cerró la puerta al entrar y le sorprendió comprobar que estaba asustada. Se había pasado la vida sufriendo a causa de su madre. De pequeña la había querido, inexplicablemente; de adolescente la había odiado, y de

adulta la había ignorado. Nube le había roto el corazón más veces de las que era capaz de recordar y la había decepcionado siempre. Y aun así, después de todo aquello, Tully no podía evitar sentir algo por ella.

Estaba dormida. Tenía la cara cubierta de hematomas y un ojo negro; el labio tenía un corte que aún sangraba. El pelo corto y gris, enmarañado y apelmazado, estaba lleno de trasquilones, como si se lo hubieran cortado con una navaja sin afilar.

No parecía ella, sino una mujer anciana y frágil golpeada por algo más que unos puños: la vida.

—Hola, Nube —dijo Tully sorprendida al comprobar que tenía un nudo en la garganta. Acarició con ternura la sien de su madre, el único lugar que no estaba ensangrentado o magullado. Al sentir la piel suave y aterciopelada se dio cuenta de que la última vez que tocó a su madre fue en 1970, cuando se dieron la mano en aquella atestada calle de Seattle.

Deseó saber qué decir a aquella mujer con la que tenía un pasado pero no un presente. Así que se limitó a hablar. Le habló del programa, de su vida y de sus éxitos. Cuando aquello empezó a sonar hueco y desesperado, le habló de Kate, de la discusión y de lo sola que se sentía. A medida que las palabras se formaban y salían de su boca, Tully percibió la verdad en ellas. Perder a los Ryan y a los Mularkey la había dejado devastadoramente sola. Nube era lo único que le quedaba. ¿Podía haber algo más triste?

—Todos estamos solos en la vida. ¿No te habías dado cuenta?

Tully no había visto a su madre despertarse, pero estaba consciente y la miraba con ojos cansados.

—Hola —dijo con una sonrisa mientras se secaba las lágrimas—. ¿Qué te pasó?

—Me pegaron.

—No te estaba preguntando por qué te han traído al hospital, sino qué te pasó.

Nube hizo una mueca de desagrado y desvió la mirada.

—Ah, eso. Supongo que tu queridísima abuela no te lo contó. —Suspiró—. Ahora ya da igual.

Tully retuvo el aire. Aquella era la conversación más importante que habían tenido jamás; se sentía a punto de hacer un descubrimiento esencial que se le había escapado durante años.

—No creo que dé igual.

—Márchate, Tully. — Nube hundió la cara en la almohada.

—No hasta que me digas por qué. —La voz le tembló al hacer la pregunta, no podía ser de otra manera—. ¿Por qué nunca me quisiste?

—Olvídate de mí.

—De verdad que me encantaría poder hacerlo, pero eres mi madre.

Nube se volvió para mirarla, y, por un momento, menos de lo que se tarda en parpadear, Tully vio tristeza en sus ojos.

—Me partes el corazón —susurró Nube.

—Y tú a mí.

Nube sonrió por un instante.

—Ojalá...

—¿Qué?

—Ojalá pudiera ser lo que necesitas, pero no puedo. Tienes que olvidarte de mí.

—No sé cómo hacerlo. Después de todo, sigues siendo mi madre.

—Nunca he sido una madre para ti. Eso lo sabemos las dos.

—Seguiré viniendo a verte —dijo Tully, y se dio cuenta de que era cierto. Por dañada que estuviera la relación entre su madre y ella, seguían conectadas de una manera extraña y profunda. Aquel baile suyo, por doloroso que hubiera sido siempre, no había terminado aún—. Algún día estarás preparada para mí.

—¿Cómo puedes seguir aferrada a un sueño así?

—Usando las dos manos. —Habría añadido «Pase lo que pase», pero la promesa le recordó a Kate y le resultó demasiado doloroso pronunciarla en voz alta.

Su madre suspiró y cerró los ojos.

—Vete.

Tully permaneció largo rato con las manos en los raíles de metal de la cama. Sabía que su madre se hacía la dormida, y supo también cuándo se durmió de verdad. Cuando los ronquidos intermitentes llenaron el silencio, fue al pequeño armario que había en la habitación, encontró una manta doblada y la cogió. Fue entonces cuando reparó en un pequeño montón de ropa doblada con esmero al fondo del último estante. Al lado había una bolsa de papel marrón de supermercado, con el borde superior plegado.

Tapó a su madre con la manta hasta la barbilla y volvió al armario.

No estaba muy segura de qué buscaba entre las cosas de su madre. Al

principio encontró lo que había esperado: ropa sucia y gastada, zapatos con agujeros en las suelas, artículos de aseo en una bolsa de plástico a modo de neceser, cigarrillos y un mechero.

Entonces lo vio, enrollado cuidadosamente en el fondo de la bolsa: un trozo de cuerda deshilachada, anudada formando un círculo, del que colgaban dos macarrones secos y una cuenta azul.

El collar que Tully hizo en clase de catecismo y que le dio a Nube aquel día, muchos años atrás, en que se fueron de casa de la abuela en la furgoneta Volkswagen. Su madre lo había conservado todo aquel tiempo.

Tully no lo tocó. Temía descubrir que el collar existía solo en su imaginación. Se volvió hacia su madre y se acercó a la cama.

—Lo has guardado —dijo mientras sentía que algo nuevo se abría en su interior. Una nueva clase de esperanza, no un anhelo de brillo ingenuo, sino algo deslucido y gastado que reflejaba mejor quiénes eran las dos y lo que habían sido. Pero allí estaba, debajo del óxido y de los colores desvaídos: esperanza—. Tú también sabes aferrarte a un sueño, ¿verdad, Nube?

Se sentó en la silla de plástico junto a la cama. Ahora sí que tenía una pregunta de verdad para su madre, y quería oír su respuesta.

Alrededor de las cuatro se quedó dormida en la silla.

El timbre de su móvil la despertó. Se despertó despacio, dolorida, y se masajeó el cuello agarrotado. Tardó un instante en darse cuenta de dónde estaba.

El hospital.

Harborview.

Se puso de pie. La cama de su madre estaba vacía. Abrió las puertas del armario.

Vacío también. La bolsa seguía ahí, hecha una bola.

—Mierda.

Volvió a sonarle el móvil. Miró el número.

—Hola, Edna —dijo mientras volvía a sentarse en la silla.

—Menuda voz tienes.

—He pasado mala noche. —Deseó haber tocado el collar, que empezaba a tener los bordes desdibujados de un sueño—. ¿Qué hora es?

—Para ti, las seis. ¿Estás sentada?

—Pues mira, sí.

—¿Sigues pensando en cogerte parte de noviembre y todo el mes de

diciembre?

—Sí, claro, para que mi equipo pueda disfrutar de las vacaciones con sus familias —dijo Tully con amargura.

—Ya sé que sueles hacer planes con ese amigo tuyo...

—Este año no.

—Genial. Pues entonces tal vez quieras venirte conmigo a la Antártida. Estoy preparando un documental sobre el calentamiento global. Creo que es un tema importante, Tully. Alguien con proyección podría conseguir que se viera.

Aquel ofrecimiento era un regalo caído del cielo. Un minuto antes había querido huir de su vida. Qué mejor sitio para huir que la Antártida.

—¿Cuánto tiempo vas a estar?

—Seis semanas, siete como máximo. Puedes ir y venir, pero es un viaje larguísimo.

—Me parece perfecto, necesito marcharme un tiempo. ¿Cuándo podemos salir?

Kate estaba desnuda ante el espejo de su cuarto de baño estudiando su cuerpo. Llevaba toda la vida luchando una guerra de guerrillas con su imagen. Siempre había tenido los muslos demasiado carnosos por mucho que adelgazara, y, después de tres hijos, el vientre le sobresalía. En el gimnasio hacía abdominales, pero aun así estaba blanda. Hacía tres años que había dejado de usar camisetas sin mangas: flacidez en los brazos. Y el pecho... Después de nacer los mellizos había empezado a usar sujetadores más armados, menos sexis sin duda, y se ajustaba los tirantes de manera que le mantuvieran el pecho en su sitio.

Ahora, sin embargo, al mirarse, se dio cuenta de lo poco que importaba todo aquello, de qué pérdida de tiempo había sido preocuparse.

Se acercó al espejo y practicó las palabras que había escogido y ensayado. Si había un momento en su vida que requiriera de todas sus fuerzas, iba a ser aquel.

Cogió la ropa que había en un estante y empezó a vestirse. Había elegido un bonito jersey de cachemir rosa con cuello de pico —regalo de Navidad de los niños el año anterior— y unos Levis gastados y suaves como la piel de borrego. A continuación se cepilló el pelo y se lo recogió en una coleta.

Incluso se maquilló un poco. Era importante tener un aspecto saludable para lo que iba a ocurrir. Cuando consideró que no podía hacer nada más, salió del cuarto de baño y fue al dormitorio.

Johnny, que estaba sentado en el borde de la cama, se puso de pie enseguida y se volvió. Kate se dio cuenta del esfuerzo que hacía por parecer fuerte. Tenía ya los ojos brillantes de lágrimas.

Aquello debería haberle hecho llorar a ella también, aquella demostración tan obvia de amor y de miedo, pero por algún motivo le dio fuerzas.

—Tengo cáncer —dijo.

Johnny ya lo sabía, claro. Los últimos días, que habían pasado esperando los resultados de las pruebas, habían sido una tortura. La noche anterior por fin había llamado al médico. Habían oído lo que tenía que decir cogidos de la mano, después de asegurarse mutuamente de que serían buenas noticias, antes de que la doctora hablara. Pero las noticias no habían sido buenas. En absoluto.

*Lo siento... Kate... estadio cuatro... cáncer de mama inflamatorio... agresivo... ya se ha extendido.*

Al principio Kate se puso furiosa —siempre lo había hecho todo bien, se había explorado en busca de bultos y se había hecho mamografías—, pero luego el miedo se instaló en ella.

Johnny se lo había tomado aún peor y Kate supo enseguida que tendría que ser fuerte por él. Habían pasado la noche anterior despiertos, llorando, rezando, prometiéndose el uno al otro que superarían aquello. Ahora, sin embargo, se preguntaba cómo iban a ser capaces.

Fue hasta Johnny, que la rodeó con sus brazos y la estrechó lo más fuerte que pudo, y aun así, no lo suficiente.

—Tengo que decírselo.

—Tenemos que decírselo. —Johnny se retiró un poco y soltó a Kate solo el tiempo necesario para mirarla—. No va a cambiar nada, acuérdate.

—¿Estás de broma? Me van a quitar los pechos. —Se le quebró la voz al decir aquello; el miedo era un bache en la carretera que la hacía perder pie—. Luego me van a envenenar y a quemar. Y se supone que esa es la parte buena.

Johnny la miró y el amor en sus ojos fue la cosa más hermosa y desgarradora que Kate había visto jamás.

—Entre tú y yo no va a cambiar nada. Me da igual tu aspecto, cómo te

sientas o cómo actúes. Yo te voy a querer siempre como te quiero ahora.

Las emociones que Kate se había esforzado tanto por contener salieron de nuevo a flote amenazando con desbordarla.

—Vamos —dijo con suavidad—, antes de que nos falte el valor.

Cogidos de la mano, salieron del dormitorio y fueron al piso de abajo, donde se suponía que sus hijos les estaban esperando.

El salón estaba vacío.

Kate oyó la televisión en el cuarto de estar, atronando con los pitidos de los videojuegos. Soltó la mano de su marido y fue a asomarse desde el pasillo.

—Chicos, venid aquí.

—Jo, mamá —se quejó Lucas—. Estamos viendo una película.

Kate tenía tantas ganas de contestar «Pues seguid viéndola, no pasa nada» que le dolió decir en su lugar:

—Venga, por favor. Ahora.

A su espalda oyó a Johnny entrar en la cocina y coger el teléfono.

—Baja, Marah. Ahora mismo. Me da igual con quién estés hablando.

*Clic.*

Kate le oyó colgar. En lugar de reunirse con él, fue al sofá y se sentó, rígida, en el borde del cojín. De pronto deseó haberse puesto un jersey más grueso; estaba helada.

Los niños entraron corriendo juntos, luchando con espadas de plástico, riendo.

—Chúpate esa, capitán Hook —dijo Lucas.

—Yo soy Peter Pan —se quejó William, y simuló arremeter contra su hermano—. *En garde!*

Con siete años, estaban empezando a cambiar. Las pecas desaparecían, se les caían los dientes de leche. Últimamente, cada vez que Kate les miraba, habían perdido algún rasgo infantil.

En tres años estarían irreconocibles.

Aquel pensamiento la asustó tanto que se aferró al brazo del sofá y cerró los ojos. ¿Y si no estaba allí para verlos crecer? ¿Y si...?

*Nada de pensamientos negativos.*

Esa frase había sido su mantra en los últimos cuatro días. Entró Johnny, se sentó cerca de ella y la cogió de la mano.

—No me puedo creer que hayas descolgado el teléfono —dijo Marah al bajar—. Es una invasión de mi intimidad. Y estaba hablando con Brian.

Kate contó en silencio hasta diez, se serenó lo bastante para respirar y abrió los ojos.

Sus hijos estaban de pie delante de ella con aspecto aburrido (los mellizos) o irritado (Marah).

Tragó saliva. Podía hacerlo.

—¿Vas a decirnos algo? —quiso saber Marah—. Porque si solo nos vas a mirar, me vuelvo arriba.

Johnny hizo ademán de levantarse.

—Maldita sea, Marah.

Kate le puso una mano en el muslo.

—Siéntate, Marah —le ordenó, sorprendida por lo normal que sonaba su voz—. Vosotros también, chicos.

Los niños se dejaron caer en la alfombra como marionetas a las que hubieran cortado las cuerdas y aterrizaron cerca el uno del otro.

—Prefiero quedarme de pie —dijo Marah sacando una cadera y cruzando los brazos. Le dedicó a Kate su mirada de no-eres-mi-jefa y Kate no pudo evitar sentir una punzada de nostalgia.

—¿Os acordáis de que el viernes fui a la ciudad? —preguntó Kate, y enseguida notó que el corazón se le aceleraba y le faltaba un poco el aliento—. Bueno, es que tenía cita con el médico.

Lucas susurró algo a William, quien sonrió y le dio un puñetazo cariñoso.

Marah miró hacia las escaleras con impaciencia.

Kate apretó la mano de Johnny.

—El caso es que no tenéis nada de que preocuparos, pero... estoy enferma. Los tres la miraron.

—Tranquilos. Me van a operar y a dar un montón de medicinas y me pondré bien. Igual estoy algo cansada durante unas semanas, pero nada más.

—¿Nos prometes que te vas a poner buena? —dijo Lucas. Su mirada era serena y seria, solo un poco asustada.

Kate quería decir «Por supuesto, claro que sí», pero una promesa así no la olvidarían.

William puso los ojos en blanco y le dio un codazo.

—Acaba de decir que sí. ¿Vamos a perdernos colegio para poder ir al hospital?

—Sí —respondió Kate, y esta vez su sonrisa no fue fingida.

Lucas fue el primero en echarse a sus brazos.



—Te quiero, mamá —susurró.

Kate lo abrazó tanto rato que el niño tuvo que liberarse. Lo mismo ocurrió con William. Luego, como si fueran uno solo, se marcharon escaleras arriba.

—¿No vais a terminar de ver la película? —les preguntó Kate.

—No —contestó Lucas—. Nos subimos.

Kate miró preocupada a Johnny, que ya se estaba poniendo de pie.

—¿Qué tal si echamos unas canastas, chicos?

Los chicos recibieron la sugerencia con entusiasmo y los tres salieron de la casa.

Kate miró por fin a Marah.

—Es cáncer, ¿verdad? —preguntó su hija al cabo de un largo silencio.

—Sí.

—La señorita Murphy tuvo cáncer el año pasado y está bien. Y la tía Georgia igual.

—Exacto.

A Marah le tembló la boca. A pesar de su altura, su pretendida sofisticación y su maquillaje, de pronto pareció una niña pequeña que volvía a pedirle a Kate que le dejara encendida una luz por la noche. Se acercó al sofá retorciéndose las manos.

—Te vas a poner bien, ¿a que sí?

*Estadio cuatro. Ya extendido. Lo hemos cogido tarde.* Kate encerró esos pensamientos en una caja. No le harían ningún bien. Era el momento de ser optimista.

—Sí. Los médicos dicen que soy joven y estoy sana, así que me voy a curar.

Marah se sentó en el sofá, se acercó a Kate y apoyó la cabeza en su regazo.

—Yo te voy a cuidar, mamá.

Kate cerró los ojos y acarició el pelo de su hija. Parecía que fue ayer cuando la cogía en brazos y la acunaba hasta que se quedaba dormida; cuando Marah se acurrucaba en su regazo y lloraba porque se había muerto el pez de colores.

*Por favor, Dios, rezó, déjame vivir lo bastante para que algún día seamos amigas...*

Tragó saliva.

—Ya lo sé, cariño.

### *Las chicas de Firefly Lane...*

En el sueño de Kate es 1974 y es de nuevo una adolescente montando en bicicleta a medianoche junto a su mejor amiga en una oscuridad tan total que es como ser invisible. Recuerda el lugar con todo detalle: una cinta serpenteante de asfalto flanqueada a ambos lados por profundas acequias de aguas turbias y laderas de hierba silvestre. Antes de conocerse, aquella carretera parecía no conducir a ninguna parte, no era más que un camino comarcal con el nombre de un insecto, la luciérnaga, que nadie había visto jamás en aquel rincón perdido del mundo, verde y azulado. Entonces lo vieron la una con los ojos de la otra.

*Suéltate, Katie. Dios odia a los cobardes.*

Se despertó sobresaltada y con lágrimas en las mejillas. Se quedó en la cama, completamente espabilada, y escuchó la tormenta invernal rugir fuera. En la última semana había perdido la capacidad de distanciarse de sus recuerdos. Volvía demasiado a menudo a Firefly Lane en sueños, y no era de extrañar.

Mejores amigas para siempre.

Era la promesa que se habían hecho muchos años atrás creyendo que duraría. Se imaginaban algún día convertidas en dos mujeres mayores sentadas en mecedoras en un porche de madera desvencijado hablando entre risas de los buenos tiempos.

Ahora ya se había desengañado, claro. Llevaba más de un año diciéndose que no pasaba nada, que podía seguir adelante sin su mejor amiga. A veces incluso se lo creía.

Entonces oía la música. La música de las dos. El día anterior, mientras hacía la compra, una versión de hilo musical de *You've Got a Friend* la había hecho llorar justo ahí, junto a los rábanos.

Apartó las mantas y se levantó con cuidado de no despertar al hombre que dormía a su lado. Se detuvo un instante a mirarlo en las sombras de la oscuridad. Incluso dormido, su cara era de preocupación.

Cogió el teléfono, salió del dormitorio y recorrió el pasillo silencioso hasta el porche. Allí, mientras miraba la tormenta, reunió valor. Cuando marcó el número que se sabía de memoria, se preguntó qué le iba a decir después de tantos meses de silencio, cómo empezaría. «He tenido una mala semana... Mi vida se desmorona...». O simplemente «Te necesito».

Al otro lado del negro y turbulento estrecho de Puget sonó el teléfono.  
Sonó y sonó.

Cuando saltó el contestador, Kate intentó armarse de valor para expresar su necesidad en algo tan pequeño y normal como las palabras.

—Hola, Tul. Soy yo, Kate. No me puedo creer que no me hayas llamado para pedirme perdón...

Un trueno resonó en el cielo, un relámpago estalló en intervalos marcados. Oyó un clic.

—¿Tully? ¿Me estás oyendo? ¿Tully?

No hubo respuesta.

Kate suspiró y siguió hablando.

—Te necesito, Tully. Llámame al móvil.

De pronto se fue la electricidad y también la conexión telefónica. Kate oyó la señal de comunicar.

Trató de no interpretarlo como un augurio. Entró en la casa y encendió una vela en el salón. Era el día en que la iban a operar y decidió hacer una cosa especial para cada uno de los miembros de la familia, un pequeño recordatorio de que estaba allí. Para William encontró el DVD de *Monstruos*, S. A., que había perdido. A Lucas le preparó una bolsa llena de sus tentempiés favoritos para la sala de espera. Cargó el teléfono móvil de Marah y lo dejó junto a su cama, consciente de lo perdida que se sentiría su hija aquel día si no podía llamar a sus amigas. Por fin localizó todos los juegos de llaves que había en la casa, los etiquetó y los dejó en una encimera para Johnny. Perdía uno casi a diario.

Cuando no se le ocurrió nada más que hacer por su familia, fue a la ventana y observó cómo amainaba la tormenta. Poco a poco el mundo se iluminó, cuajado de rocío. Los nubarrones oscuros se tiñeron de un hermoso rosa perla. Seattle parecía nuevo y reluciente, agazapado bajo el sol naciente.

Unas horas más tarde la familia empezó a congregarse a su alrededor. Mientras lo hacían todo juntos —desayunar, meter las cosas en el coche...— Kate se sorprendió mirando su teléfono, esperando que sonara.

Seis semanas más tarde, después de que le hubieran quitado los dos pechos, le inyectaran veneno en la sangre y radiaran su carne hasta dejarla mutilada y quemada, seguía esperando una llamada de Tully.

El 2 de enero Tully regresó a su apartamento frío y desierto.

—La historia de mi vida —dijo con amargura, y le dio una propina al conserje, que le llevó las abultadas maletas de diseño hasta el dormitorio.

Cuando se fue, estuvo un rato sin saber qué hacer. Eran las nueve de la noche de un lunes y casi todo el mundo estaba en casa con sus familias. Al día siguiente volvería al trabajo y podría perderse en la rutina diaria del imperio que había creado. Pronto tendría que olvidar las imágenes que la habían atormentado durante las vacaciones, que la habían seguido hasta los confines de la tierra durante el último mes. Literalmente. Había pasado Acción de Gracias, Navidad y Año Nuevo en el polo sur, pegada a una estufa, cantando y bebiendo vino. A simple vista, y también ante las cámaras, había dado la impresión de estar divirtiéndose.

Pero muchas veces, al meterse en su saco de dormir, con gorro y guantes, y tratar de conciliar el sueño, las viejas canciones habían acudido a su cabeza y la habían hecho llorar. En más de una ocasión se había despertado con hielo en las mejillas.

Tiró el bolso al sofá y miró el reloj. Vio que los números rojos marcaban las 5:55. Debía de haberse ido la luz mientras estaba fuera.

Se sirvió una copa de vino, sacó lápiz y papel y se sentó delante de su escritorio. Los números del contestador automático también parpadeaban.

—Genial.

Ahora no sabía quién la había llamado después de irse la luz. Pulsó el botón del *play* e inició la tarea lenta y tediosa de oír los mensajes. Cuando iba por la mitad, se hizo propósito de hablar con su ayudante sobre el contestador automático.

Estaba distraída cuando la voz de Kate la sacó de su ensimismamiento.

«Hola, Tul. Soy yo, Kate».

Se enderezó de inmediato y le dio al botón de rebobinar.

«Hola, Tul. Soy yo, Kate. No me puedo creer que no me hayas llamado para pedirme perdón...».

Un fuerte clic.

«¿Tully? ¿Me estás oyendo? ¿Tully?».

Y a continuación otro clic, seguido de la señal de comunicar. Kate había colgado.

Eso era todo. Se había terminado. No había más mensajes.

Sintió una desilusión tan grande que la hizo estremecer. Escuchó el

mensaje una y otra vez hasta que solo oyó acusación en el tono de voz de Kate.

No era la Kate que recordaba, la chica que muchos años atrás le había prometido que serían amigas para siempre. Esa chica nunca habría llamado para insultar así a Tully, para regañarla y a continuación colgar.

*No me puedo creer que no me hayas llamado para pedirme perdón.*

Tully se puso de pie en un intento por distanciarse de aquella voz que había invadido su hogar y le había hecho concebir falsas esperanzas. Le dio al botón de borrar y se apartó del contestador.

—Yo sí que no puedo creer que no me hayas llamado —le dijo al apartamento vacío tratando de ignorar la emoción en su voz.

Fue a su bolso, rebuscó entre el desorden y sacó el teléfono móvil. Se desplazó por su larguísima lista de contactos hasta encontrar un nombre que había añadido hacía solo unos meses y le dio a «Llamar».

Cuando contestó Thomas, trató de simular coquetería y despreocupación, pero era difícil, tenía una opresión en el pecho que le impedía respirar con normalidad.

—Hola, Tom. Acabo de volver del gélido más allá. ¿Qué haces esta noche? ¿Nada? Genial. ¿Te apetece que nos veamos?

Era lamentable lo desesperada que se sentía de pronto. Pero aquella noche no podía estar sola, ni siquiera se sentía capaz de dormir en su apartamento.

—Nos vemos en Kells. ¿A las nueve y media te parece bien?

Antes de que Thomas pudiera decir «Hecho» ya estaba camino de la puerta.

En 2006 las audiencias de *La hora de la chicas* subieron todavía más. Semana tras semana Tully hacía magia con su selección de invitados y su manera de relacionarse con el público. Sin duda, estaba en su mejor momento profesional y tenía el control de las reglas del juego. Ya no se permitía pensar en lo que no tenía en la vida. Igual que había hecho a los seis, a los diez y a los catorce años, metió todos los pensamientos negativos en una caja y la escondió en un lugar oscuro.

Siguió adelante. Era lo que siempre había hecho con su vida cuando sufría una decepción. Metía la barbilla, ponía los hombros rectos y se fijaba un nuevo objetivo.

Aquel año iba a lanzar una revista. Al año siguiente crearía un refugio para mujeres. Después de eso, ¿quién sabía?

Ahora estaba en su despacho recién redecorado en una parte del edificio que no daba a Bainbridge Island hablando por teléfono con su secretaria.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Que cancela el programa cuarenta minutos antes de la hora prevista para grabar? Tengo el plató lleno de público esperando para verlo. —Colgó el teléfono con brusquedad y pulsó el botón del interfono—. Que venga Ted.

Unos minutos después llamaron a la puerta y su productor entró en el despacho. Tenía las mejillas rosadas por la sobrecarga de trabajo y respiraba con fatiga.

—¿Querías verme?

—Jack acaba de cancelar.

—¿Ahora? —Ted consultó su reloj—. Qué hijo de puta. Espero que le hayas dicho que la próxima vez que estrene película va a tener que promocionarla en la radio.

Tully abrió su agenda.

—Es 1 de junio, ¿no? Llama a Nordstrom y al Spa Gene Juarez. Podemos hacer cambios de imagen veraniegos para madres. Regalaremos ropa y esas cosas. Será una porquería, pero mejor que nada.

En cuanto Ted salió del despacho, el equipo se puso a trabajar a marchas forzadas. Había que localizar a nuevos invitados, llamar a los distintos spas y grandes almacenes y mantener entretenido al público del plató. La adrenalina era tan alta que todos, incluida Tully, trabajaron a velocidad supersónica y la grabación del nuevo espacio empezó con solo una hora de retraso. A juzgar por los aplausos de los espectadores, fue un éxito.

Después del programa, como siempre, Tully se quedó a hablar con sus admiradores. Se hizo fotografías, firmó autógrafos y escuchó una historia detrás de otra sobre cómo le había cambiado la vida a alguien. Era su parte favorita del día.

Acababa de volver a su despacho cuando sonó el interfono.

—Tallulah, tengo a una tal Kate Ryan en la línea uno.

A Tully se le paró un instante el corazón y la esperanza que se apoderó de ella la irritó. De pie junto a la esquina de su enorme escritorio pulsó el botón del interfono.

—Pregúntale qué quiere.

La secretaria volvió a llamar pasado un instante.

—Dice la señora Ryan que cojas el teléfono y que así lo sabrás.

—Dile que se vaya a tomar por culo.

Tully quiso retirar las palabras en cuanto las hubo dicho, pero a aquellas alturas no sabía cómo actuar. Durante la larga separación de su amiga, había tenido que permanecer enfadada solo para poder seguir adelante. De otro modo, la soledad le habría resultado intolerable.

—Dice la señora Ryan, y cito textualmente: «Dígale a esa cabrona que saque su culo vestido de diseño de su silla de cuero ridículamente cara y se ponga al teléfono». También dice que si la ignoras hoy o cualquier otro día, va a vender a la prensa sensacionalista unas fotografías tuyas con moldeado.

Tully estuvo a punto de sonreír. ¿Cómo podían dos frases hacerte retroceder tantos años y borrar de un plumazo el poso de tantas decisiones equivocadas?

Descolgó el teléfono.

—La cabrona eres tú y estoy cabreada contigo.

—Pues claro, porque eres una narcisista, y no pienso pedirte perdón, pero además eso ya no importa.

—Pues claro que importa. Deberías haberme llamado mucho antes de...

—Estoy en el hospital, Tully. En el Sagrado Corazón. Cuarta planta —dijo Kate.

A continuación colgó.

—Dese prisa —le dijo Tully al conductor por quinta vez en cinco manzanas.

Cuando el coche se detuvo delante del hospital salió y cruzó corriendo las puertas acristaladas; se detuvo el momento necesario para que los sensores hicieran su función. En cuanto estuvo dentro, varias personas se arremolinaron a su alrededor. Por lo general reservaba un hueco en su agenda para lo que ella llamaba «mantenimiento de los admiradores» —treinta minutos dedicados a saludar y estrechar manos cada vez que iba a algún sitio —, pero ahora no tenía tiempo. Se abrió paso entre la gente y fue a la recepción.

—Vengo a ver a Kathleen Ryan.

La recepcionista la miró con fascinación.

—Es usted Tallulah Hart.

—Sí, lo soy. Por favor, dígame el número de habitación de Kathleen Ryan.

La recepcionista asintió con la cabeza.

—Sí, por supuesto. —Miró la pantalla de su ordenador, pulsó unas cuantas teclas y dijo—: Cuatrocientos diez este.

—Gracias.

Tully se dirigía hacia los ascensores cuando reparó en que la seguían. Sus admiradores se disponían a meterse con ella en el ascensor como si tal cosa. Los más valientes entablarían conversación. Los excéntricos incluso la seguirían.

Así que subió por las escaleras y, a la altura del tercer piso, dio gracias por ir a clase de aeróbic todos los días y tener un entrenador personal. Aun así, para cuando llegó al cuarto estaba sin aliento.

Al final del pasillo había una pequeña sala de espera. La televisión estaba encendida y estaban retransmitiendo un programa suyo antiguo, de dos años atrás.

En cuanto puso un pie en la pequeña habitación supo que lo que le pasaba



a Kate era malo con mayúsculas.

Johnny estaba sentado en un sofá azul muy feo con Lucas acurrucado a su lado. Tenía la cabeza de uno de sus hijos en el regazo y le leía en voz alta al otro.

Marah estaba en una silla, al lado de William, con los ojos cerrados escuchando su iPod con unos auriculares diminutos. Se movía al ritmo de una música que solo ella oía. Los niños habían crecido mucho, un doloroso recordatorio de todo el tiempo que llevaba Tully sin verlos.

Junto a Marah estaba la señora Mularkey concentrada en su labor de punto. A su lado, Sean hablaba por el móvil. Georgia y Ralph veían la televisión en un rincón.

Por su aspecto, debían de llevar allí mucho tiempo.

Tully necesitó valor para dar un paso adelante.

—Hola, Johnny.

Al oír su voz todos levantaron la vista, pero ninguno dijo nada, y de pronto Tully se acordó de la última vez que habían estado juntos.

—Me ha llamado Kate —explicó.

Johnny salió de debajo de su hijo dormido y se puso de pie. Hubo solo un instante de vacilación, una pausa incómoda, y a continuación la abrazó. Por la intensidad del gesto, Tully supo que lo hacía más para consolarse él que a ella. Le devolvió el abrazo, tratando de no asustarse.

—Cuéntame —dijo, con más brusquedad de la que habría querido, cuando Johnny la soltó y dio un paso atrás.

Johnny suspiró y asintió con la cabeza.

—Vamos a la sala de la familia.

La señora Mularkey se puso en pie despacio.

A Tully le sorprendió lo mucho que había envejecido. Su aspecto era frágil y un poco encorvado. Había dejado de teñirse el pelo y lo tenía blanco como la nieve.

—¿Te ha llamado Katie? —preguntó.

—He venido enseguida —contestó Tully, como si la velocidad tuviera ahora importancia, después de tanto tiempo.

Entonces la señora Mularkey hizo algo inesperado. Abrazó a Tully, la envolvió una vez más en un abrazo que olía a perfume de Jean Naté y cigarrillos mentolados, con solo un toque de laca.

—Vamos —dijo Johnny, interrumpiendo el abrazo y guiándolas a la otra

habitación. Dentro había una mesa de reuniones de madera de imitación y ocho sillas de plástico.

Johnny y la señora Mularkey se sentaron.

Tully se quedó de pie. Al principio ninguno de los tres habló y cada segundo que pasaba era una vuelta de tuerca.

—Contadme.

—Kate tiene cáncer —empezó Johnny—. Cáncer inflamatorio de mama.

Tully tuvo que concentrarse en cada respiración para seguir de pie.

—Le van a hacer una mastectomía y luego radiación y quimioterapia, ¿no? Tengo varias amigas que se han...

—Ya le han hecho todo eso —la interrumpió Johnny con voz queda.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Te llamó hace varios meses —explicó Johnny, y esta vez había en su voz una crispación que Tully no había oído nunca—. Quería que estuvieras con ella en el hospital. Pero no le devolviste la llamada.

Tully recordaba el mensaje palabra por palabra: «No me puedo creer que no me hayas llamado para pedirme perdón. ¿Tully? ¿Me estás oyendo? ¿Tully?». Y el clic. ¿Había pasado algo con el resto? ¿Se había ido la luz o se había terminado la cinta?

—No dijo que estuviera enferma —alegó Tully.

—Pero te llamó —replicó la señora Mularkey.

Una sensación de culpa se adueñó de Tully y la abrumó. Tendría que haberse dado cuenta de que algo iba mal. ¿Por qué no había cogido el teléfono y había llamado? Ahora todo ese tiempo se había perdido irremediablemente.

—Ay, Dios mío, tendría que haber...

—Eso ya da igual —dijo la señora Mularkey.

Johnny asintió con la cabeza y siguió hablando.

—Tiene metástasis. Anoche tuvo un ictus leve. La llevaron enseguida a quirófano, pero, una vez dentro, vieron que no había nada que hacer.

Se le quebró la voz. La señora Mularkey le cubrió una mano con una de las suyas.

—Ahora el cáncer está en el cerebro.

Tully había creído que conocía el miedo antes —como en aquella calle de Seattle cuando tenía diez años, o cuando Katie sufrió el aborto, o cuando Johnny fue herido en Irak—, pero nunca había sentido algo parecido.

—¿Está diciendo...?

—Se está muriendo —confirmó la señora Mularkey en un susurro.

Tully negó con la cabeza, incapaz de pensar o de hablar.

—¿D-dónde está? —La pregunta sonó agitada y rota—. Tengo que verla.

Johnny y la señora Mularkey se miraron.

—¿Qué? —dijo Tully.

—Solo dejan pasar a una persona a la vez —explicó la señora Mularkey—. Ahora mismo está Bud. Voy a buscarlo.

En cuanto la señora Mularkey salió, Johnny se acercó más a Tully y dijo:

—Ahora mismo está muy frágil, Tul. El tumor del cerebro le ha afectado las facultades mentales. Tiene momentos buenos... y otros no tan buenos.

—¿Qué me quieres decir? —preguntó Tully.

—Que es posible que no te reconozca.

El trayecto hasta la habitación de Kate fue el viaje más largo que Tully había hecho en su vida. Sabía que había personas a su alrededor, hablando en voz baja entre ellas, pero nunca se había sentido tan sola. Johnny la acompañó hasta una puerta y se detuvo.

Tully bajó la cabeza en un intento por reunir valor y entró.

Mientras cerraba la puerta buscó una sonrisa, encontró la mejor posible dadas las circunstancias y siguió hasta la cama, donde su amiga dormía.

En una posición de casi sentada, Kate parecía una muñeca rota enmarcada por las austeras sábanas blancas y almohadas apiladas. No le quedaba pelo ni en la cabeza ni en las cejas y su cráneo era un óvalo pálido que casi se confundía con la funda de la almohada.

—¿Kate? —dijo despacio Tully, y fue hacia la cama. En cuanto oyó su voz se sobresaltó. Sonaba demasiado alta en aquella habitación, demasiado viva.

Kate abrió los ojos y allí estaba la mujer que Tully conocía, la niña a la que había jurado que serían amigas para siempre.

*Suéltate, Katie. Es como volar.*

¿Cómo, después de tantas décadas juntas, podían haberse distanciado de aquella manera?

—Lo siento, Katie —susurró consciente de lo pequeña que sonaba aquella frase; de que toda su vida había guardado celosamente esas pocas y sencillas palabras, las había guardado dentro de su corazón como si dejarlas salir fuera

a hacerle daño. ¿Por qué, de todas las lecciones que debería haber aprendido de su madre, se había aferrado a la más dañina? ¿Y por qué no había llamado cuando oyó el mensaje de Kate en el contestador?

—Lo siento mucho —repitió con lágrimas en los ojos.

Kate no sonrió ni hizo gesto alguno de bienvenida o sorpresa. Ni siquiera la disculpa, por insuficiente y tardía que fuera, pareció tener efecto en ella.

—Por favor, dime que me conoces.

Kate se limitó a mirarla.

Tully acarició con los nudillos la mejilla caliente de Kate.

—Soy Tully, la cabrona que era tu mejor amiga. Siento lo que te hice, Katie. Debería habértelo dicho hace mucho tiempo. —Emitió un gemido casi imperceptible de desesperación. Si Kate no se acordaba de ella, de ellas, no se creía capaz de soportarlo—. Me acuerdo de la primera vez que te vi, Katie Mularkey Ryan. Fuiste la primera persona que quiso de verdad conocerme. Por supuesto, al principio te traté de puta pena, pero cuando me violaron estuviste a mi lado. —Los recuerdos la abrumaron y se enjugó las lágrimas—. ¿A que estás pensando que no hago más que hablar de mí? «Típico de ella», dirás. Pero también me acuerdo de ti, Katie, cada segundo. Como cuando leíste *Love Story* y no sabías lo que significaba «hijo de puta» porque no salía en el diccionario... O cuando juraste que nunca darías un beso con lengua porque era superasqueroso. —Tully negó con la cabeza y se esforzó por no desmoronarse. Su vida entera estaba en ese momento en aquella habitación, con ellas—. Qué jóvenes éramos, Katie. Pero ya no. ¿Te acuerdas de la primera vez que me fui de Snohomish y nos escribimos como un millón de cartas? Firmábamos «Amigas para siempre» o «Mejores amigas para siempre». No me acuerdo.

Tully repasó la historia de sus años de amistad, y por momentos incluso rio. Como cuando recordó cómo bajaban en bicicleta por Summer Hill o cuando tuvieron que huir corriendo de la policía la noche que se emborracharon.

—Ah, esta te la sabes seguro. ¿Te acuerdas de cuando fuimos a ver *Pedro y el dragón Elliot* porque creíamos que era de acción y luego era de dibujos animados? Éramos las más mayores del cine y salimos cantando *Tú y yo contra el mundo* y decidimos que sería...

—Para.

Tully contuvo la respiración.

Kate tenía lágrimas en los ojos y también le bajaban por las sienes. Habían formado una pequeña mancha gris de humedad en la almohada.

—Tully —añadió Kate con un susurro emocionado—. ¿De verdad pensabas que podía olvidarme de ti?

El alivio de Tully fue tal que le flaquearon las rodillas.

—Hola —dijo—. Tampoco hacía falta que montaras este numerito para que te hiciera caso. —Tocó la cabeza calva de su amiga y dejó que sus dedos se detuvieran en la piel suave, como de bebé—. Con que hubieras llamado habría sido suficiente.

—Llamé.

Tully hizo una mueca de dolor.

—Lo siento mucho, Katie. Es que...

—Eres una cabrona —dijo Kate con una sonrisa cansada—. Siempre lo he sabido. Y yo también podía haber vuelto a llamar. Supongo que es imposible ser amiga de alguien treinta años sin pasar por malos momentos.

—Soy una cabrona —convino Tully con tristeza y los ojos llenos de lágrimas—. Debería haber llamado. Lo que pasa...

Ni siquiera sabía qué decir, cómo explicar aquel oscuro desgarró que siempre había tenido en su interior.

—Se acabó hablar del pasado, ¿vale?

—Entonces solo nos queda hablar del futuro —dijo Tully, y las palabras fueron como pedazos de un metal afilado y frío.

—No —dijo Kate—. Del presente.

—Hace unos meses grabé un especial sobre cáncer. Hay un médico en Ontario que está consiguiendo cosas increíbles con un fármaco nuevo. Le voy a llamar.

—No voy a hacer más tratamientos. Los he probado todos y ninguno ha funcionado. Solo... quédate conmigo.

Tully dio un paso atrás.

—He venido a verte morir. ¿Es lo que me estás diciendo? Porque ya te digo que ni de puta coña. No va a ser así.

Kate la miró sonriendo solo un poco.

—No hay más, Tully.

—Pero...

—¿De verdad crees que Johnny se ha dado por vencido? Conoces a mi marido. Es igual que tú y tenemos casi el mismo dinero. He pasado seis

meses viendo a prácticamente todos los especialistas del planeta. He probado con tratamientos convencionales y con naturopatía. Incluso fui al curandero ese de la selva. Tengo hijos. He hecho todo lo posible por mantenerme sana para ellos. Nada ha funcionado.

—Entonces, ¿qué hago?

La sonrisa de Kate fue casi como la de los viejos tiempos.

—Esa es mi Tully. Me estoy muriendo de cáncer ¿y tú te preocupas por ti? Rio.

—No tiene gracia.

—Es que no sé cómo hacer esto.

Tully se secó los ojos. La realidad de la que estaban hablando era como una losa.

—Lo haremos como hacemos todo lo demás, Kate. Juntas.

Tully salió muy conmovida de ver a Kate. Emitió un pequeño ruido, como un gemido ahogado, y se tapó la boca con la mano.

—No lo reprimas —dijo la señora Mularkey.

—No puedo soltarlo tampoco.

—Ya lo sé. —A la madre de Kate se le quebró la voz, se le rompió—. Limítate a quererla. A estar ahí, no se puede hacer más. He llorado, discutido e intentado negociar con Dios, he suplicado a los médicos que me dieran esperanzas. Pero todo eso se acabó. Lo que más le preocupa son los chicos, Marah sobre todo. Ha sido muy duro para ellos, qué te voy a contar, y Marah parece encerrada en sí misma. Lo único que hace es oír música.

Salieron de la sala de espera y comprobaron que todos se habían marchado. La señora Mularkey miró su reloj.

—Están en la cafetería. ¿Quieres venir?

—No, gracias, necesito tomar un poco el aire.

La señora Mularkey asintió con la cabeza.

—Me alegro de que estés otra vez con nosotros, Tully. Te he echado de menos.

—Debería haber seguido su consejo y haberla llamado.

—Estás aquí ahora y eso es lo que importa. —La señora Mularkey le dio una palmadita a Tully en el brazo y se fue.

Tully salió a la calle y le sorprendió que aún fuera de día, con sol y calor.

No parecía justo que el sol siguiera brillando mientras Kate yacía en aquella estrecha cama muriéndose. Bajó la calle con los ojos llorosos ocultos detrás de unas gafas de sol enormes y oscuras para que nadie la reconociera. Lo último que quería en aquel momento era que alguien la parara.

Pasó por delante de una cafetería y un fragmento de canción se coló con alguien que salía. *Bye, Bye, Miss American Pie*.

Las piernas le fallaron y cayó al suelo, arañándose las rodillas con la acera de cemento. Pero no se dio cuenta, apenas le importó de lo mucho que estaba llorando. Nunca se había sentido tan desbordada de emoción, eran demasiadas cosas las que sentía: miedo, pena, culpa, arrepentimiento...

—¿Por qué no la llamé? —susurró—. Lo siento mucho, Katie —dijo consciente de la desesperación silenciosa en su voz, enferma porque las palabras le vinieran con tanta facilidad ahora que ya era demasiado tarde para que importaran.

No supo cuánto tiempo había estado allí arrodillada, con la cabeza gacha, llorando, recordando todo lo que habían vivido juntas. Aquella era la parte fea de Capitol Hill, llena de personas sin hogar, así que nadie se paró a ayudarla. Por fin, exhausta y temblorosa, se puso de pie sintiéndose como si le hubieran dado una paliza. La música la había transportado al pasado, le había recordado muchos momentos compartidos. *Jura que vamos a ser mejores amigas para siempre*.

—Ay, Katie...

Empezó a llorar de nuevo. Esta vez en silencio.

Recorrió aturdida una calle y luego otra, hasta que algo en un escaparate le llamó la atención.

En una tienda de una esquina encontró algo que no había sido consciente de estar buscando. Pidió que se lo envolvieran para regalo y volvió corriendo a la habitación de Kate.

Cuando abrió la puerta y entró, estaba sin respiración.

Kate sonrió cansada.

—Déjame adivinar, te has traído un equipo de televisión.

—Muy graciosa. —Tully rodeó la cortina y se acercó a la cama—. Me ha dicho tu madre que sigues teniendo problemas con Marah.

—No es culpa tuya. Le da miedo lo que está pasando y no sabe lo fácil que es pedir perdón.

—Yo tampoco lo sabía.

—Siempre ha querido ser como tú. —Kate cerró los ojos—. Estoy cansada, Tully...

—Te he traído un regalo.

Kate abrió los ojos.

—Lo que necesito no se puede comprar.

Tully trató de no reaccionar a aquel comentario. Le dio a Kate el paquete hermosamente envuelto y la ayudó a abrirlo.

Dentro había un diario cosido a mano y encuadernado en piel. En la primera página Tully había escrito *Historia de Katie*.

Kate miró largo rato la página en blanco sin decir nada.

—Katie —dijo Tully.

—Nunca llegué a ser escritora —dijo esta por fin—. Tú, Johnny y mamá queríais que lo fuera, pero nunca lo hice. Y ahora es demasiado tarde.

Tully tocó la muñeca a su amiga y notó lo frágil y delgada que era; la más mínima presión le dejaría un cardenal.

—Es para Marah —dijo con suavidad—. Y los chicos. Algún día serán lo bastante mayores para leerlo. Querrán saber quién fuiste.

—¿Cómo voy a saber qué escribir?

Tully no tenía la respuesta a aquella pregunta.

—Escribe lo que recuerdes.

Kate cerró los ojos como si solo pensar en aquello fuera más de lo que pudiera soportar.

—Gracias, Tully.

—Ya no voy a dejarte, Katie.

Kate no abrió los ojos, pero sonrió un poco.

—Lo sé.

Kate no recordaba haberse quedado dormida. Estaba hablando con Tully y, al minuto siguiente, se despertó en una habitación oscura que olía a flores frescas y desinfectante.

Llevaba tanto tiempo en ella que casi la sentía como su hogar, y a veces, cuando las esperanzas de su familia le resultaban insoportables, aquella pequeña habitación color beis la reconfortaba con su silencio. Dentro de aquellas paredes desnudas, cuando no había nadie con ella, no tenía que simular ser fuerte.



Pero ahora mismo no quería estar allí. Quería estar en su casa, en su cama, en los brazos de su marido en lugar de mirándolo dormir en una cama de hospital en el otro extremo de la habitación.

O con Tully, sentada en la orilla cenagosa del río Pilchuck hablando del último disco de David Cassidy y compartiendo una bolsa de Peta Zetas.

El recuerdo la hizo sonreír y ello mitigó el miedo que la había despertado.

Sabía que no volvería a dormirse sin medicación y no quería molestar a la enfermera de guardia. Además, le quedaba muy poco tiempo de vida. ¿Por qué desperdiciarlo durmiendo?

Esta clase de pensamientos macabros eran algo reciente, de las últimas semanas. Antes de eso, en los meses transcurridos desde su diagnóstico —al que se refería como día D—, había hecho todo lo que se esperaba de ella y con una sonrisa para cada una de las personas que estuvieran en la habitación con ella.

Cirugía: *Sí, por supuesto, ábranme y quítenme los dos pechos.*

Radioterapia: *Faltaría más. Quémenme viva.*

Quimioterapia: *Más veneno, por favor.*

Tofu y sopa miso: *Riquísimos. ¿Puedo repetir?*

Cristales. Meditación. Visualización. Infusiones chinas.

Lo había hecho todo y lo había hecho con ánimos. Pero, lo que era más importante, había creído en todo, había creído que se iba a curar.

El esfuerzo la había dejado exhausta. La fe la había destrozado.

Suspiró y se frotó los ojos. Se inclinó hacia un lado y encendió la lámpara de la mesilla. Johnny, que se había habituado a sus extraños horarios de sueño y vigilia, se dio la vuelta y murmuró:

—¿Estás bien, cariño?

—Muy bien. Duérmete.

Johnny farfulló alguna cosa y volvió a darse la vuelta. Muy pronto Kate le oyó roncar.

Kate cogió el diario que le había comprado Tully. Lo sostuvo y pasó el dedo por la inscripción en la piel y el filo dorado de las páginas.

Hacer aquello le dolería, de eso no tenía duda. Para coger una pluma y escribir la historia de su vida tendría que recordarlo todo, quién era, quién habría querido ser... Esos recuerdos serían dolorosos, tanto los buenos como los malos la herirían.

Pero sus hijos podrían verla a ella, más allá de la enfermedad; la mujer que

siempre recordarían pero que no habían llegado a conocer de verdad. Tully tenía razón. El único regalo que Kate podía hacerles era contarles quién era ella realmente.

Abrió el diario. Puesto que no tenía una idea clara de por dónde empezar, se limitó a escribir:

Los ataques de pánico siempre llegan igual. Primero, un nudo en la boca del estómago que se convierte en náuseas, una sensación angustiosa de que me falta el aire y que por muchas respiraciones profundas que haga no se me va. Pero las causas del miedo cambian cada día. Nunca sé lo que lo va a desencadenar. Puede ser un beso de mi marido, o la tristeza que sigue teniendo su mirada cuando se aparta. A veces sé que ya está llorando mi muerte, echándome de menos aunque sigo aquí. Lo peor, sin embargo, es la resignación silenciosa de Marah ante todo lo que le digo. Daría cualquier cosa por una de nuestras peleas interminables de los viejos tiempos. Esa es una de las primeras cosas que querría decirte ahora, Marah. Aquellas peleas eran la vida real. Tú querías liberarte de ser mi hija pero no sabías todavía cómo ser tú misma, y a mí me daba miedo dejarte ir. Es el círculo del amor. Lo único que lamento es no haberme dado cuenta de ello entonces. Tu abuela me dijo que yo sabría antes que tú que sentías lo ocurrido todos esos años, y tenía razón. Sé que te arrepientes de algunas de las cosas que me dijiste, lo mismo que yo me arrepiento de mis palabras. Pero nada de eso importa. Quiero que sepas que te quiero y que sé que tú me quieres a mí.

Pero esto no son más que palabras sin más, ¿no? Y quiero ir más allá. Así que, si tienes un poco de paciencia conmigo (lo cierto es que llevo años sin escribir), tengo una historia que contarte. Es mi historia, pero también la tuya. Empieza en 1960, en un pueblo granjero del norte del estado, en una casa de paredes de tablilla en una colina, sobre unos pastos para caballos. Pero la parte interesante llega en 1974, cuando la chica más guay del mundo se mudó a la casa de enfrente...

Tully estaba en la sala de maquillaje estudiando su reflejo. Era la primera vez, en todos los años que llevaba sentándose en sillas así, que se fijaba realmente en el tamaño gigantesco de los espejos. No era de extrañar que fuera tan fácil para las personas famosas perderse en su propia imagen.

—No necesito maquillaje, Charles —dijo, y se levantó.

Charles la miró con la boca abierta mientras su propia melena, exageradamente peinada, le caía sobre la cara.

—Estás de broma, ¿verdad? Sales en quince minutos.

—Que me vean como soy.

Caminó por el plató, su feudo, y miró a sus empleados corretear de un lado a otro asegurándose de que la retransmisión discurría como la seda, algo que tenía mucho de hazaña, puesto que Tully había llamado a todos el día anterior a las tres para cambiar el tema del programa. Sabía que varios de los productores y guionistas habían trabajado hasta altas horas de la noche para prepararlo. Ella misma había permanecido despierta hasta casi las dos de la mañana, documentándose. Había enviado faxes y correos electrónicos a los mejores oncólogos del mundo. Había pasado horas al teléfono recopilando toda la información disponible sobre el caso de Kate. Todos los especialistas le habían dicho lo mismo.

No había nada que pudiera hacer. Su fama, su éxito y su dinero no le servían de nada. Por primera vez en años, se sentía como una persona normal y corriente. Pequeña.

Pero, por una vez, tenía algo importante que decir.

Empezó a sonar la sintonía del programa y se dirigió a su puesto.

—Bienvenidos a *La hora de las chicas* —comenzó, como siempre, pero entonces algo fue mal y paró. Miró al público y vio desconocidos. Fue un

momento extraño y desconcertante. Durante gran parte de su vida había buscado la aprobación de públicos como aquel, y su apoyo incondicional la había mantenido a flote.

Los espectadores notaron que algo no marchaba y se callaron.

Tully se sentó en el borde del plató.

—Estarán todos pensando que al natural soy más delgada y más vieja. Y no tan guapa como pensaban.

El público rio, nervioso.

—Voy sin maquillar.

Rompieron a aplaudir.

—No lo digo para que me halaguen. Solo estoy... cansada. —Miró a su alrededor—. Han sido ustedes mis amigos durante mucho tiempo. Me escriben, me mandan correos electrónicos, vienen a los actos en los que intervengo cuando estoy en sus ciudades y siempre lo he agradecido. A cambio, me he comportado con ustedes con sinceridad; al menos con toda la sinceridad que es posible sin alguna clase de medicación. ¿Recuerdan el programa de hace unos años? ¿Cuando a mi mejor amiga, Kate Ryan, le tendieron una emboscada en este mismo plató? La emboscada se la tendí yo.

Hubo murmullos nerviosos y cabezas que negaban y asentían.

—Bueno, pues Kate tiene cáncer de mama.

Murmullo de compasión.

—Es un tipo de cáncer muy poco común que empieza, no con un bulto, sino con una erupción o decoloración de la piel. El médico de familia de Kate creyó que era una picadura de insecto y le recetó antibióticos. Por desgracia, esto les sucede a demasiadas mujeres, en especial jóvenes. Se llama cáncer de mama inflamatorio y puede ser agresivo y mortal. Para cuando se lo diagnosticaron a Kate ya era demasiado tarde.

El público guardó silencio absoluto.

Tully levantó los ojos empañados de lágrimas.

—La doctora Hilary Carleton está aquí hoy para hablarnos del cáncer de mama inflamatorio y explicarnos los síntomas: las erupciones, el escozor, las decoloraciones, la piel descamada y los pezones invertidos, por nombrar algunos. Nos recordará a todos que no solo debemos estar atentos a los bultos. La doctora viene acompañada de una mujer, Merrilee Comber, de Des Moines, Iowa, que se descubrió una pequeña descamación cerca del pezón izquierdo...

El programa siguió adelante como lo hacía siempre, impulsado por la personalidad de Tully. Entrevistó a invitados, enseñó fotografías y recordó a sus millones de espectadoras la necesidad no solo de hacerse mamografías anuales, sino también de estar atentas a cualquier cambio en sus pechos. Al final, en lugar de la frase con la que solía despedirse, «Mañana hablamos», miró a cámara y dijo:

—Katie, eres la mejor amiga que tengo y la mejor madre que conozco. A excepción de la señora Mularkey, que también es estupenda. —Luego sonrió a su público y se limitó a decir—: Este será mi último programa por una temporada larga. Voy a tomarme un tiempo para estar con Kate. Como haría cualquiera de ustedes. —Oyó un murmullo de sorpresa provocado por su anuncio, que esta vez venía de detrás de las cámaras—. El programa es, después todo, nada más que eso, un programa. La vida real está con los amigos y la familia, tal y como me dijo un viejo amigo hace ya algún tiempo. Y yo tengo una familia. Y me necesita.

Se quitó el micrófono, lo dejó caer al suelo y salió de plató.

La última noche de Kate en el hospital Tully convenció a Johnny de que se llevara a los chicos a casa y la dejara a ella quedarse a dormir. Empujó la cama supletoria por el suelo de linóleo hasta pegarla prácticamente a la de Kate.

—He traído una grabación de mi programa.

—Porque has supuesto que es lo que más le apetece ver a una mujer moribunda.

—Muy graciosa. —Tully puso la cinta en el reproductor y le dio al *play*, a continuación se metió en su cama. Igual que dos niñas de octavo curso que se quedan a dormir juntas, vieron la grabación del programa.

Cuando terminó, Kate miró a Tully.

—Me alegra comprobar que sigues utilizándome para subir la audiencia.

—Has de saber que me salió un programa conmovedor y potente. E importante.

—Eso lo dices de todo lo que haces.

—De eso nada.

—Anda que no.

—No reconocerías un ejemplo de buena televisión ni aunque te lo pusieran

delante de las narices.

Kate sonrió, pero fue una sonrisa tan desvaída como su tez. Con la cabeza calva y los ojos hundidos, su aspecto era extremadamente joven y frágil.

—¿Te cansas? —preguntó Tully incorporándose—. Tal vez deberíamos dormirnos.

—Me he dado cuenta de que me pedías perdón cuando estabas en el aire. A tu manera. —Su sonrisa se ensanchó—. Es decir, sin admitir que habías sido una cabrona y sin pronunciar las palabras. Pero lo que querías decir era que lo sentías.

—Sí, bueno, estás con morfina, así que seguramente también me viste volar.

Kate rio pero la risa pronto se transformó en tos.

Tully se enderezó enseguida.

—¿Estás bien?

—La verdad es que no. —Kate hizo ademán de coger el vaso que tenía en una mesa junto a la cama. Tully se inclinó y la ayudó a meterse la pajita en la boca—. He empezado a escribir en el diario.

—Qué bien.

—Necesito que me ayudes a hacer memoria —dijo Kate mientras dejaba el vaso en su sitio—. Muchas de las cosas que me han pasado han sido contigo.

—Da la impresión de que ha sido toda una vida. Madre mía, Kate, si es que cuando nos conocimos éramos unas niñas.

—Seguimos siéndolo —replicó Kate con suavidad.

Tully percibió la tristeza en la voz de su amiga; ella también la sentía. Lo último que quería en aquel momento era pensar en lo jóvenes que eran. Durante años se habían gastado bromas la una a la otra sobre envejecer.

—¿Cuánto has escrito?

—Unas diez páginas. —Cuando Tully se quedó callada, Kate frunció el ceño—. ¿No me vas a exigir que te deje leerlo?

—No quiero entrometerme.

—No hagas eso, Tully —dijo Kate.

—¿El qué?

—Tratarme como si me estuviera muriendo. Necesito que seas... tú. Es la única forma que tengo de recordar quién soy. ¿Vale?

—Vale —susurró Tully, y con ello prometía lo único que podía dar a Kate: a sí misma—. Trato hecho. —Tuvo que obligarse a sonreír y las dos fueron

conscientes de ello. En los días que se avecinaban habría algunas mentiras inevitables, eso era evidente—. Pues claro que necesitas mi aportación, he sido testigo de todos los momentos importantes de tu vida. Y tengo memoria fotográfica. Es un don. Como mi habilidad para maquillarme y darme mechas.

Kate rio.

—Esa es mi Tully.

Incluso con la analgesia controlada por el paciente, para Kate dejar el hospital supuso un gran esfuerzo. En primer lugar, la cantidad de personas involucradas: sus padres, sus hijos y su marido, sus tíos, su hermano y Tully. En segundo lugar, tuvo que moverse mucho: de la cama a la silla de ruedas; de la silla de ruedas al coche; del coche a los brazos de Johnny...

Este cruzó con ella la hermosa y confortable casa que olía a velas y a la cena del día anterior, como siempre. «Hizo espaguetis», se dijo Kate. Eso quería decir que aquella noche tocaban tacos. Eran los dos platos que Johnny sabía hacer. Apoyó la mejilla en la suave lana de su jersey.

*¿Qué les cocinará cuando yo no esté?*

La pregunta le hizo dar un respingo y tuvo que obligarse a respirar despacio. Estar en casa sería así de duro algunas veces; lo mismo que estar con su familia. Curiosamente, en cierto modo, le habría resultado más fácil pasar sus últimos días en el hospital, sin todos aquellos recuerdos rodeándola.

Pero ya no se trataba de buscar lo más fácil. Lo importante era pasar tiempo con su familia.

Estaban todos en casa, dispersándose como soldados de camino a las diferentes misiones que tenían encomendadas. Marah había llevado a los chicos a que vieran la televisión en su cuarto; la madre de Kate estaba ocupada cocinando platos que luego se pudieran calentar; el padre estaba probablemente segando el césped. Aquello dejaba a Johnny, Tully y Kate recorriendo el pasillo hasta el cuarto de invitados, que había sido redecorado para la llegada de Kate.

—Los médicos querían que tuvieras una cama de hospital —dijo Johnny—. Así que te la he traído, ¿ves? Vamos a ser como Ricky y Lucy en sus dos camitas<sup>[10]</sup>.

—Fenomenal. —Kate quiso hablar con naturalidad, o sencillamente

reconocer algo que los dos sabían: pronto le costaría trabajo incorporarse, y aquella cama le vendría bien, pero su voz la traicionó—. Has..., has pintado —le dijo a su marido. La última vez que había visto aquella habitación era de color rojo óxido con cenefas blancas y mobiliario azul y rojo, un estilo informal, playero, con numerosas piezas de anticuario y conchas en vasos de cristal. Ahora era verde pálido, casi apio, con toques rosa. Por todas partes había fotografías familiares con marcos de porcelana blanca.

Tully entró.

—En realidad ha sido cosa mía —dijo.

—Tiene algo que ver con las chanclas —comentó Johnny.

—Los chancras —le corrigió Tully—. Seguro que es una tontería, pero... — Se encogió de hombros—. Hice un programa sobre eso. Mal no puede hacer.

Johnny llevó a Kate a la cama y la acostó.

—El baño de abajo es para ti, hemos instalado todo: barras, una silla de bañera y las otras cosas que nos recomendaron. Vendrá una enfermera especializada en cuidados paliativos...

Kate no estuvo segura de cuándo cerró los ojos. Solo supo que se dormía. En alguna parte sonaba *Sweet Dreams (Are Made of This)* en una radio y también oía a gente hablando a lo lejos. Luego Johnny la besaba, le decía lo guapa que era y le hablaba de las vacaciones que se cogerían algún día.

Se despertó sobresaltada. La habitación estaba oscura; había pasado durmiendo las horas de luz, era obvio. A su lado ardía una vela de eucalipto. La oscuridad la adormeció por un momento, le hizo pensar que estaba sola.

Al otro lado de la habitación se movió una sombra. Alguien respiró.

Pulsó el botón de la cama para poner el respaldo vertical.

—Hola —dijo.

—Hola, mamá.

Los ojos de Kate se acostumbraron a la oscuridad y vio a su hija sentada en una silla en un rincón. Aunque se la veía cansada, era tan guapa que Kate sintió una opresión en el pecho. Estar en casa de nuevo la hacía verlo todo y a todos con total claridad, incluso en aquella penumbra. Cuando miró a su hija adolescente, con su larga melena negra retirada de los ojos mediante pequeños pasadores de niña pequeña, entrevió todo el arco de su existencia: la niña que había sido, la joven que era y la mujer en que se convertiría.

—Hola, mi pequeña. —Sonrió y se inclinó para encender la lamparita de noche—. Aunque ya no eres mi pequeña, ¿verdad?



Marah se puso de pie y caminó retorciéndose las manos. A pesar de lo adulto de su belleza, el temor en sus ojos la hacía parecer como si de nuevo tuviera diez años.

Kate trató de pensar en qué decir. Sabía lo mucho que deseaba Marah que las cosas fueran normales, pero eso era imposible. A partir de aquel momento, las palabras que se dijeran la una a la otra serían sopesadas, recordadas. Eran cosas de la vida. O de la muerte.

—He sido mala contigo —dijo Marah.

Kate había esperado años aquel momento, de hecho había soñado con él algunos días, cuando Marah y ella estaban en pie de guerra. Ahora lo vio con perspectiva y supo que aquellas batallas no eran más que la vida misma. Una niña que intenta hacerse mayor y una madre que se resiste a ello. De hecho, habría dado cualquier cosa por otra discusión, porque eso querría decir que tenían tiempo por delante.

—Yo también lo fui con la abuela. Es lo que hacen las chicas adolescentes, tomar el pelo a sus madres. Y tu tía Tully era una bruja con todo el mundo.

Marah emitió un sonido que era parte bufido, parte risa y alivio en estado puro.

—Eso no se lo voy a contar.

—Créeme, cariño, no le va a sorprender. Y quiero que sepas una cosa: estoy orgullosa de la personalidad y la energía que tienes. Te van a llevar muy lejos en esta vida.

Al decir esto último Kate vio que los ojos de su hija se llenaban de lágrimas. Abrió los brazos y Marah se inclinó hacia ella y la estrechó con fuerza.

Kate habría seguido así para siempre de tan maravillosa como era la sensación. Durante años los abrazos de Marah habían sido como mucho mecánicos o una recompensa porque la dejaran salirse con la suya. Aquel era real. Cuando se separó, estaba llorando.

—¿Te acuerdas de cuando bailabas conmigo?

—Eras muy pequeña. Te cogía y te hacía dar vueltas hasta que te echabas a reír. Una vez te di tantas que me vomitaste encima.

—No deberíamos haber parado —susurró Marah—. Yo, quiero decir.

—De eso nada —replicó Kate—. Baja la barandilla y siéntate conmigo.

Marah tuvo que pelearse un poco con la barandilla, pero consiguió bajarla. Se subió a la cama y dobló las rodillas.

—¿Cómo está James? —preguntó Kate.

—Ahora me gusta Tyler.

—¿Y es buen chico?

Aquello hizo reír a Marah.

—Está buenísimo, si es lo que me estás preguntando. Me ha pedido que vaya con él al baile de secundaria. ¿Puedo?

—Pues claro, pero con toque de queda.

Marah suspiró. Algunas costumbres se llevaban en el ADN adolescente; el suspiro de decepción, al parecer, no lo eliminaba ni el cáncer.

—Vale.

Kate acarició el pelo de su hija sabiendo que era el momento de decir alguna cosa profunda, algo que quedara en el recuerdo, pero no se le ocurría nada extraordinario.

—¿Has echado la solicitud para trabajar este verano en el teatro?

—Este verano no voy a trabajar. Me quedo en casa.

—No puedes interrumpir tu vida, cariño —comentó Kate con suavidad—. Así no vamos a hacer las cosas. Además, dijiste que un trabajo de verano te ayudaría a entrar en la Universidad del Sur de California.

Marah se encogió de hombros y miró para otro lado.

—He decidido estudiar en la Universidad de Washington, como tú y la tía Tully.

Kate hizo un esfuerzo por hablar con serenidad, por dar la impresión de que aquella era una charla normal y corriente entre madre e hija y no un atisbo del pedregoso futuro.

—La escuela de teatro de la USC es la mejor de esta costa.

—No querías que me fuera tan lejos.

Eso era verdad. Kate se había desgañitado diciéndole a su hija que California estaba demasiado lejos y que estudiar arte dramático no era una elección inteligente.

—No quiero hablar de la universidad —zanjó Marah, y Kate decidió dejar el tema de momento.

La conversación tomó otros derroteros. Durante la hora siguiente se limitaron a hablar. No de «eso», ese algo que acechaba en el horizonte, ni de cómo les afectaría a todos, sino de chicos, de escribir y de los últimos estrenos de cine.

—Me han dado el papel protagonista en la obra de verano —comentó

Marah al cabo de un rato—. No pensaba presentarme porque estabas enferma, pero papá me dijo que lo hiciera.

—Y me alegro. Sé que lo vas a hacer fenomenal.

Marah se lanzó a un largo monólogo sobre la obra, los trajes y su papel.

—Tengo muchas ganas de que la veas. —Cayó en la cuenta de lo que acababa de decir, en el tema de conversación que había abordado sin querer, y abrió mucho los ojos. Se bajó de la cama desesperada por cambiar de conversación—. Lo siento.

Kate le acarició la mejilla.

—No pasa nada. Allí estaré.

Marah la miró. Las dos sabían que aquella sería una promesa incumplida.

—¿Te acuerdas de cuando estaba en secundaria y Ashley dejó de ser amiga mía y yo no sabía por qué?

—Claro.

—Me llevaste a comer, como si fuéramos amigas.

Kate tragó saliva y notó el sabor amargo de las lágrimas en la garganta.

—Siempre hemos sido amigas, Marah. Incluso cuando no lo sabíamos.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti.

Marah se enjugó las lágrimas y se marchó a toda prisa, cerrando la puerta con cuidado al salir.

Un instante después se abrió, tan rápido que Kate apenas tuvo tiempo de secarse los ojos antes de oír a Tully decir:

—Tengo un plan.

Kate rio, contenta de que le recordaran que la vida podía seguir siendo divertida y sorprendente, incluso en aquellas circunstancias.

—Qué raro.

—¿Vas a confiar en mí?

—Aunque eso sea mi fin, sí.

Tully ayudó a Kate a sentarse en la silla de ruedas y la envolvió en mantas.

—¿Qué vamos? ¿Al Polo Norte?

—Vamos fuera —dijo Tully, y abrió las puertas cristaleras que daban al porche—. ¿No tienes frío?

—Estoy sudando. Coge esa bolsa de la mesilla, ¿te importa?

Tully la cogió, la dejó en el regazo de Kate y empuñó las asas de la silla de ruedas.

El jardín en aquella noche fresca de junio estaba asombrosa e inesperadamente bello. Las estrellas cuajaban el cielo y proyectaban pequeños alfileres de luz en las aguas color negro azabache del estrecho. Había luna llena suspendida encima de las luces lejanas y titilantes de la ciudad. El césped bajaba ondulante hasta el agua. Una luz de luna azulada iluminaba los regueros de juguetes y bicicletas a uno de los lados del camino de tierra que conducía a la playa.

Tully sacó a Kate del porche y la bajó por una ancha rampa de madera de reciente construcción. Luego se detuvo.

—Cierra los ojos.

—Está oscuro, Tully. No necesito...

—Estoy esperando.

Kate rio.

—Muy bien. Pero lo hago para que no te dé una rabieta.

—Yo no tengo rabietas. Ahora cierra los ojos y extiende los brazos, como las alas de un avión.

Kate cerró los ojos y extendió los brazos.

Tully empujó la silla de ruedas por encima de un bache del suelo de hierba. Al llegar al arranque de la pendiente que conducía a la playa, se detuvo.

—Volvemos a ser niñas —le susurró a Kate—. Estamos en los setenta, nos hemos escapado de nuestras casas y hemos cogido las bicicletas. —Empezó a empujar la silla, que avanzó a pequeños trompicones por la hierba desigual, deteniéndose en los baches, mientras Tully seguía hablando—: Estamos en Summer Hill montando sin manos, riéndonos como locas, creyéndonos indestructibles.

Kate notó la brisa en la cabeza desnuda, rozándole las orejas, llenándole los ojos de lágrimas. Olía las coníferas y la tierra espesa y negra. Echó la cabeza atrás y rio. Por un momento, un instante tan solo, volvía a ser niña y estaba en Firefly Lane con su mejor amiga, convencida de que podía volar.

Cuando terminó la bajada y estuvieron en la playa, abrió los ojos y miró a Tully. Aquel momento, con la sonrisa de su amiga llena de ternura, le recordó todo sobre las dos. La luz de las estrellas era como luciérnagas cayendo a su alrededor.

Tully la instaló en una de las sillas de la playa y se sentó a su lado.

Estuvieron así, juntas, como tantas veces en el pasado, hablando de cosas sin importancia, de esto y de lo otro.

Kate se volvió a mirar hacia la casa, vio que no había nadie en el porche y se inclinó hacia Tully para susurrarle:

—¿Quieres sentirte una adolescente de verdad?

—No, gracias. No me cambiaría con Marah por nada del mundo. Toda esa angustia, ese teatro.

—Sí, claro, porque tú no eres nada teatrera. —Riendo de su propio ingenio, Kate metió la mano en el saquito morado que llevaba en el regazo y sacó un porro grueso y blanco. Al ver la expresión atónita de Tully, rio y lo encendió—. Me lo han dado con receta médica.

El aroma dulce y extrañamente anticuado de la marihuana se mezcló con el salado aire marino. Una nube de humo subió entre las dos y desapareció.

—Ya estás acaparando el porro en plan Bogart —dijo Tully, y las dos volvieron a reír. La referencia a Bogart había bastado para transportarlas de vuelta a los setenta.

Se pasaron el porro sin dejar de reír y de hablar. Estaban tan absortas en ellas mismas que no oyeron las pisadas a su espalda.

—Os dejo solas diez minutos y os ponéis a fumar marihuana. —La señora Mularkey iba vestida con vaqueros desgastados y una sudadera de los noventa, quizá incluso de los ochenta, y llevaba el pelo blanco recogido con un coletero fruncido—. Supongo que sabéis que por ahí se empieza, que luego vienen el crack o el LSD.

Tully intentó no reírse, lo intentó de verdad.

—Di no a las drogas.

—Y no enseñes las bragas. Es una lección que he intentado inculcarle a Marah—añadió Kate entre risas.

La señora Mularkey acercó una silla de madera y la colocó al lado de Kate. Luego se sentó y la miró.

Por un momento guardaron silencio mirándose las unas a las otras mientras el humo subía por el aire.

—Entonces, ¿qué? —dijo la señora Mularkey—. ¿Acaso no os enseñé a compartir?

—¡Mamá!

La señora Mularkey hizo un gesto con la mano.

—Las chicas de los setenta os creéis muy guais. Pues dejadme deciros que yo viví los sesenta y no me sacáis ninguna ventaja. —Cogió el porro, se lo puso entre los labios y dio una calada larga y profunda; luego retuvo el humo

y lo expulsó—. A ver, Katie, ¿cómo crees que sobreviví a vuestra adolescencia, cuando no hacíais más que escaparos de casa por la noche para montar en bicicleta?

—¿Lo sabía? —se asombró Tully.

Kate rio.

—Siempre dijiste que lo que te ayudaba era el alcohol.

—Ah, bueno —contestó su madre—. Eso también.

A la una de la mañana estaban en la cocina asaltando la nevera cuando entró Johnny y reparó en el montón de comida basura en la encimera.

—Alguien ha estado fumando hierba.

—No se lo digas a mi madre —dijo Kate.

Al oírlo, su madre y Tully se echaron a reír.

Kate se recostó en la silla de ruedas y sonrió a su marido con expresión un poco ida. En la luz pálida y distante que llegaba del pasillo, con sus gafas de farmacia y camiseta de los Rolling Stones, Johnny parecía un profesor enrollado.

—Espero que hayas venido a unirme a la fiesta.

Johnny se acercó a ella y susurró:

—¿No te apetece una celebración privada?

Kate le pasó los brazos por el cuello.

—Me has leído el pensamiento.

Johnny la cogió en brazos, dio las buenas noches a todo el mundo y la llevó a su nuevo dormitorio. Kate se aferró con fuerza a él, enterró la cara en su cuello y aspiró los restos de aroma a loción de después del afeitado que se había puesto por la mañana. Era una barata que le regalaban los niños todas las Navidades.

En el cuarto de baño, Johnny la ayudó a sentarse en el váter y le hizo de bastón mientras se lavaba los dientes y la cara. Para cuando estuvo preparada para acostarse, Kate se encontraba exhausta. Cojeó despacio por la habitación cogida del brazo de Johnny. A mitad de camino este la levantó de nuevo en brazos, la llevó a la cama y la arropó.

—No sé cómo consigo dormir sin ti en la misma cama —dijo Kate.

—Estoy aquí al lado. A tres metros. Si me necesitas por la noche, grita.

Kate le tocó la cara.

—Siempre te necesito. Eso lo sabes.

Al oír aquello las facciones de Johnny se arrugaron y Kate pudo ver lo mucho que aquel cáncer le estaba haciendo pasar. Parecía un hombre mayor.

—Y yo te necesito a ti.

Se inclinó y la besó en la frente.

Aquello asustó a Kate más de lo que habría debido; los besos en la frente se daban a ancianos y a desconocidos. Cogió la mano de Johnny y dijo con desesperación:

—No me voy a romper.

Despacio, sin dejar de mirarla, Johnny la besó en los labios y por un glorioso instante el tiempo y el mañana se desvanecieron. Solo estaban ellos dos. Cuando Johnny se apartó, Kate sintió frío.

Si hubiera algo que pudieran decir; palabras que los ayudaran en el arduo camino que tenían por delante...

—Buenas noches, Katie —dijo por fin Johnny, y se dio la vuelta.

—Buenas noches —susurró esta, y lo miró acostarse en la otra cama.

La semana siguiente Kate se empapó del sol del verano; pasaba los días acurrucada bajo las queridas mantas de su madre en una silla junto a la playa, escribiendo sin parar en su diario o hablando con sus hijos, su marido o Tully. Por las noches conversaban todos. Lucas y William contaban unas historias interminables, las más largas del mundo. Cuando terminaban todos reían. Después, los adultos se sentaban alrededor del fuego. Hablaban cada vez con mayor frecuencia de los viejos tiempos, de cuando eran demasiado jóvenes para saber que eran jóvenes; de cuando creían que tenían el mundo a sus pies y los sueños estaban al alcance de la mano. Lo más divertido era ver a Tully intentar ocuparse de las tareas del hogar. Quemaba la cena, echaba pestes sobre aquella isla donde no se podía pedir comida a domicilio, destrozaba la colada y necesitaba instrucciones constantes sobre cómo funcionaba el aspirador. A Kate lo que más le gustaba era oírla murmurar:

—Joder, qué duro es ser ama de casa. ¿Cómo no me lo habías dicho antes? No me extraña que te pasaras quince años con cara de cansada.

En otras circunstancias, Kate habría disfrutado de lo lindo. Por una vez ella era el centro de atención.

Pero por mucho que se esforzaran todos por aparentar normalidad, sus vidas eran como una ventana sucia imposible de limpiar. La enfermedad revestía cada cosa, cada momento. Como siempre, le correspondía a Kate llevar la voz cantante, ser la sonriente, la optimista. Todos estarían bien siempre que ella se mantuviera fuerte y resistiera. Entonces podían charlar, reír y seguir simulando que llevaban vidas normales.

Era agotador estar continuamente animándolos, pero ¿qué elección tenía? A veces, cuando el peso se le hacía insoportable, subía la dosis de analgésicos y se acurrucaba con Johnny en el sofá hasta quedarse dormida. Cuando se



despertaba, siempre tenía la sonrisa preparada otra vez.

Los domingos por la mañana eran especialmente abrumadores. Aquel día estaban todos allí: sus padres, Sean y su novia, Tully, Johnny, Marah y los gemelos. Se turnaban para contar cosas, de manera que rara vez decaía la conversación.

Kate escuchaba, asentía con la cabeza y fingía que comía, aunque tenía náuseas y dolor.

Fue Tully quien se dio cuenta. Mientras repartía una quiche que había hecho la señora Mularkey, miró a Kate y dijo:

—Te veo de pena.

Todos estuvieron de acuerdo.

Kate trató de bromear, pero tenía la boca demasiado seca para hablar.

Johnny se levantó y la llevó al dormitorio.

Cuando estuvo en la cama, medicada de nuevo, Kate miró a su marido.

—¿Cómo está? —Tully entró en la habitación y se situó al lado de Johnny.

Kate los vio allí juntos, hombro con hombro, y sintió tanto amor que le dolió. Como siempre, había también un atisbo de celos, pero que le resultaba ya tan familiar como los latidos de su corazón.

—Tenía la esperanza de estar lo bastante bien para ir de compras contigo —dijo Kate—. Quería ayudar a Marah a elegir el vestido para la graduación. Vas a tener que hacerlo tú, Tully. —Intentó sonreír—. Nada muy escotado, ¿vale? Y ojo con los zapatos. Quiere tacón alto, pero me preocupa... —Kate frunció el ceño—. ¿Me estáis escuchando?

Johnny sonrió a Tully.

—¿Decías algo?

Tully se puso la mano en el pecho y simuló inocencia al más puro estilo Escarlata O' Hara.

—¿Yo? Si ya sabes que hablo muy poco. La gente me dice que soy muy callada.

Kate consiguió sentarse.

—¿A qué viene este numerito de comedia? Estoy hablando de cosas importantes.

Llamaron al timbre.

—¿Quién será? —dijo Tully—. Voy a ver.

Marah asomó la cabeza.

—Ya han llegado. ¿Está preparada?

—¿Quién ha llegado? ¿Estoy preparada para qué?

En cuanto Kate hubo dicho estas palabras empezó el desfile. Primero entró un hombre con un mono empujando un expositor lleno de vestidos largos. Luego llegaron Marah, Tully y su madre.

—Oye, papá —dijo Marah—. Chicos fuera.

Johnny besó a Kate en la mejilla y salió de la habitación.

—Es la única ventaja de ser rica y famosa —dijo Tully—. Bueno, en realidad tiene muchas cosas buenas, pero una de las mejores es que puedes llamar a Nordstrom y pedir por favor que te manden todos los vestidos de graduación que tengan de la talla treinta y seis.

Marah se acercó a la cama.

—No podía elegir el vestido de mi primer baile de graduación sin ti, mamá.

Kate no sabía si tenía ganas de reír o llorar, así que hizo las dos cosas.

—No te preocupes —dijo Tully—. Le dije a la vendedora que no mandara los vestidos de putón verbenero.

Al oír aquello, todas rieron.

A medida que pasaban las semanas Kate se sentía cada vez más débil. A pesar de sus esfuerzos y de su actitud deliberadamente optimista, su cuerpo empezó a fallarle de varias maneras distintas: una palabra que no le venía a la cabeza; una frase que no conseguía terminar; un temblor en los dedos imposible de controlar; náuseas que a menudo se hacían insoportables, y el frío. Siempre lo tenía metido en los huesos.

Y luego estaba el dolor. Para finales de julio, cuando las noches empezaban a ser más largas y a traer el aroma dulzón de los melocotones maduros, había casi duplicado su dosis de morfina y a nadie le parecía mal. Tal y como le había dicho el médico, la adicción no era su problema en ese momento.

Era tan buena actriz que nadie parecía darse cuenta de lo débil que empezaba a encontrarse. Sí, claro, sabían que necesitaba la silla de ruedas para ir a la playa, o que a menudo se quedaba dormida mucho antes de que empezara la película de la noche; pero en aquellos días de verano la casa era un continuo ir y venir. Tully se había hecho cargo de las tareas diarias de Kate lo mejor que había podido, lo que dejaba a esta tiempo para escribir en

su diario. A veces, en los últimos días, le preocupaba que no le diera tiempo a terminarlo, y eso la asustaba.

Curiosamente la muerte, en cambio, no. Al menos no tanto. Sí, seguía teniendo ataques de pánico cuando pensaba en «el fin», pero incluso esos eran menos frecuentes. La mayoría de las veces lo que pensaba era «Quiero descansar».

Claro que eso no podía decirlo en voz alta. Ni siquiera a Tully, que era capaz de escucharla durante horas. Cada vez que Kate sacaba el futuro a colación, Tully hacía una mueca y hacía algún comentario ingenioso.

Morir era una empresa solitaria.

—¿Mamá? —dijo Marah en voz baja abriendo la puerta.

Kate se obligó a sonreír.

—Hola, cariño, creía que hoy te ibas a Lytle Beach con tus amigos.

—Iba.

—¿Y por qué has cambiado de opinión?

Marah dio un paso adelante y por un momento Kate se sintió desorientada al mirar a su hija. Había vuelto a dar un estirón. Medía metro ochenta y también empezaba a tener curvas, se estaba convirtiendo en una mujer a ojos vistas.

—Tengo que hacer una cosa.

—Muy bien. ¿El qué?

Marah se volvió, miró hacia el pasillo y luego otra vez a Kate.

—¿Puedes venir al salón?

Las ganas de decir que no casi fueron más fuertes que Kate, pero dijo: «Por supuesto», y se puso la bata, guantes y un gorro de lana. Trató de ignorar las náuseas y el agotamiento y se levantó despacio.

Marah la cogió del brazo y la ayudó a no perder el equilibrio. Por un momento ella fue la madre; la condujo hasta el salón, donde, a pesar del calor del día, estaba la chimenea encendida. Lucas y William, aún en pijama, estaban sentados juntos en el sofá.

—Hola, mami —dijeron a la vez con sonrisas desdentadas.

Marah dejó a Kate cerca de los chicos, le cerró la bata a la altura de las piernas y se sentó al otro lado.

Kate sonrió.

—¿Es como las obras de teatro que hacíais de pequeños?

Marah asintió y se acercó más a ella. Pero cuando miró a su madre no

sonreía.

—Hace mucho tiempo —dijo con voz temblorosa—, me regalaste un libro especial.

—Te he regalado un montón de libros.

—Me dijiste que un día estaría triste y confusa y lo necesitaría.

De pronto Kate quiso separarse de ella, distanciarse, pero sus hijos la obligaban a seguir allí.

—Sí —fue lo único que consiguió decir.

—Estas últimas semanas he intentado leerlo un montón de veces y no he podido.

—No pasa...

—Hasta que entendí por qué. Lo necesitamos todos. —Marah cogió de la mesa auxiliar el ejemplar en rústica de *El hobbit* que Kate le había regalado. Parecía que había pasado toda una vida desde que le pasó a su hija su novela favorita. Una vida, un instante.

—¡Bien! —dijo William—. Marah nos va a leer.

Lucas le dio un codazo.

—Cállate.

Kate pasó un brazo por los hombros a sus hijos y miró la cara seria y hermosa de su hija.

—De acuerdo.

Marah se arrellanó en su silla, se acercó a Kate y abrió el libro. Al principio le vacilaba un poco la voz, pero a medida que avanzaba la historia recobró su fuerza.

—En un agujero en el suelo vivía un hobbit...

Agostó terminó demasiado rápido y se fundió con un perezoso septiembre. Kate trataba de vivir cada momento del día, pero incluso con una actitud positiva no había forma de evitar la fea verdad: se apagaba.

Se aferraba al brazo de Johnny y se concentraba en caminar. Un pie enfundado en una zapatilla detrás del otro; un esfuerzo por respirar. Estaba cansada de que la empujaran de un lado a otro en la silla de ruedas, o la llevaran en brazos como a una niña pequeña, pero cada vez le resultaba más difícil caminar. También tenía jaquecas, muy intensas, que la dejaban sin fuerzas e incapaz de recordar a las personas o cosas que tenía alrededor.

—¿Quieres que te ponga el oxígeno? —le preguntó Johnny al oído para que los chicos no le oyeran.

—Resoplo igual que Lance Armstrong en el Tour de Francia. —Kate trató de sonreír—. No, gracias.

Johnny la acomodó en su silla favorita del porche y la tapó con una manta de lana—. ¿Seguro que vas a estar bien sola?

—Pues claro. Marah tiene que ir al ensayo y los chicos odiarían perderse la liguilla. Y Tully tiene que estar a punto de llegar.

Johnny rio.

—Pues no sé... Me daría tiempo a producir un documental en el tiempo que tarda en hacer la compra para una comida.

Kate sonrió también.

—Está aprendiendo a hacer muchas cosas nuevas.

Cuando se fue, la casa se sumió en un silencio desconocido a su espalda. Miró el azul centelleante del estrecho y la corona que dibujaba la ciudad en la orilla opuesta y de pronto recordó la época en que vivía allí, cerca del Public Market; una joven profesional con hombreras, cinturones elásticos y botas drapeadas. Cuando conoció a Johnny y se encontró con el amor. Aún recordaba muchos momentos: cuando la besó por primera vez y la llamó Katie y le dijo que no quería hacerle daño.

Buscó en una bolsa que tenía al lado, sacó el diario, lo miró y acarició los dibujos de la tapa de piel. Casi lo había terminado. Lo había escrito todo, o al menos todo lo que recordaba, y la había ayudado tanto como esperaba que ayudara algún día a sus hijos.

Lo abrió por la página en la que se había quedado y empezó a escribir.

Eso es lo más curioso de escribir la historia de tu vida. Empiezas intentando recordar fechas y nombres. Crees que tu vida se puede resumir en datos, que cuando eches la vista atrás lo que recordarás serán éxitos y fracasos, la cronología de tu juventud y tu madurez, pero eso no lo es todo.

Amor. Familia. Risas. Es lo que recuerdo ahora que está todo dicho. Durante gran parte de mi vida pensé que no había hecho o deseado suficientes cosas. Supongo que se me puede perdonar la estupidez. Era joven. Quiero que mis hijos sepan lo orgullosa que estoy de ellos y lo orgullosa que estoy de mí misma. Hemos sido todo lo que necesitábamos: vosotros, papá y yo. He hecho realidad todos mis deseos.

Os quiero.

Estos son mis recuerdos.

Cerró el diario. No había nada que añadir.

Tully volvió de hacer la compra triunfal. Dejó las bolsas en la encimera, las vació una a una, abrió una lata de cerveza y salió al porche.

—El supermercado es una jungla, Kate. Creo que al salir me he equivocado de carril y he bajado por uno que era de subida, no lo sé. Pero vamos, que me han tratado como al enemigo público número uno. En mi vida he oído tantos bocinazos.

—Las madres a tiempo completo no tenemos mucho tiempo para hacer la compra.

—La verdad es que no sé cómo lo hacías. Yo para las diez de la mañana ya estoy agotada.

Kate rio.

—Siéntate.

—¿Si me revuelco en el suelo y me hago la muerta me darás una galleta?

Kate le dio su diario.

—Primero te doy esto.

Tully contuvo la respiración. Llevaba todo el verano viendo a Kate escribir en aquellas páginas, primero deprisa y con facilidad y, poco a poco, más despacio. En las últimas semanas lo hacía todo más despacio.

Tully se sentó —más bien se dejó caer— en la silla con un nudo en la garganta que le impedía pronunciar palabra. Sabía que aquello la haría llorar, pero también le daría ánimos. Le cogió la mano a Kate y a continuación abrió el diario por la primera página.

Sus ojos se detuvieron en una frase:

«La primera vez que vi a Tully Hart pensé: “¡Guau, qué tetas tiene!”».

Rio y siguió leyendo. Página tras página.

«¿Cómo que nos escapamos?».

«Pues claro, coge la bici». Y «Te voy a depilar las cejas para darles forma... Huy..., esto no tiene buena pinta».

«Se te está cayendo el pelo... Igual debería volver a leer las instrucciones...».

Se volvió riendo a mirar a Kate. Por un glorioso instante, aquellas palabras y aquellos recuerdos lo volvieron todo normal.

—¿Cómo has podido ser amiga mía?

Kate le devolvió la sonrisa.

—¿Cómo podía no serlo?

Cuando se acostó en la antigua cama de Kate y Johnny, Tully tuvo la sensación de ser una impostora. Sabía que era lógico que durmiera en esa habitación, pero aquella noche la hacía sentir más incómoda de lo habitual. Leer el diario le había recordado todo lo que tenía con Kate, todo lo que estaban a punto de perder.

Por fin, pasadas las tres, se sumió en un sueño inquieto. Soñó con Firefly Lane, con dos niñas bajando en bicicleta Summer Hill de noche. El viento olía a heno recién segado y las estrellas brillaban.

*Mira, Katie, sin manos.*

Pero Kate no estaba allí. Su bicicleta bajaba con estrépito por el camino, con dos banderines blancos aleteando en los extremos de las empuñaduras de plástico blanco.

Tully se sentó jadeando.

Temblando, se levantó y se puso la bata. En el pasillo dejó atrás docenas de recuerdos, fotos de la vida que habían compartido durante décadas, y dos puertas de dormitorio cerradas. Al otro lado de ellas los chicos dormían y probablemente también tenían sueños inquietos.

Una vez abajo se hizo un té y salió al porche, donde el aire fresco y oscuro le permitió volver a respirar.

—¿Una pesadilla?

La voz de Johnny la sobresaltó. Estaba en una de las sillas y la miraba. En sus ojos Tully vio la misma tristeza que inundaba cada poro de su piel, cada célula de su cuerpo.

—Hola —dijo, y se sentó a su lado.

Del estrecho llegaba una brisa fresca que soplaba inquietante por encima del arrullo ya familiar de las olas.

—No sé cómo hacer esto —murmuró Johnny.

—Es lo mismo que me dijo Katie —contestó Tully, y la mera constatación de lo iguales que eran los dos la llenó de nuevo de dolor—. Lo vuestro es una verdadera historia de amor.

Johnny la miró y en la pálida luz de la luna Tully vio la tensión del

mentón, la tirantez alrededor de los ojos. Estaba guardándoselo todo, intentando ser fuerte delante de los demás.

—Conmigo no tienes que hacerlo, ¿sabes? —susurró.

—¿Hacer qué?

—Ser fuerte.

Las palabras parecieron liberar algo en Johnny. Asomaron lágrimas a sus ojos; se encorvó sin decir nada; le empezaron a temblar los hombros.

Tully le cogió la mano y se la apretó con fuerza mientras lloraba.

—Desde hace veinte años, cada vez que me doy la vuelta os encuentro juntos.

Tully y Johnny se giraron.

Kate estaba en el umbral de la casa envuelta en un grueso albornoz. Calva y extremadamente delgada, parecía una niña disfrazada con la ropa de su madre. Ya les había dicho cosas como aquella antes, los tres lo sabían, pero aquella vez sonreía. Era extraño, parecía triste pero al mismo tiempo serena.

—Katie —dijo Johnny con voz ronca y ojos brillantes—. No...

—Os quiero a los dos —le interrumpió Kate desde donde estaba—. Os consolaréis mutuamente... Cuidaos el uno al otro y a los chicos... cuando yo no esté.

—Calla... —pidió Tully, y se echó a llorar.

Johnny se puso de pie. Cogió a su mujer en brazos con delicadeza y la besó largo rato.

—Llévatela a vuestra cama, Johnny —dijo Tully, tratando de sonreír—. Hoy duermo yo en el cuarto de invitados.

Johnny la llevó al piso de arriba con tal cuidado que a Kate le resultó imposible olvidar lo enferma que estaba. La dejó en su lado de la cama.

—Enciende la chimenea.

—¿Tienes frío?

*Estoy helada.* Kate asintió y trató con cuidado de sentarse mientras Johnny cruzaba la habitación para darle al interruptor de la chimenea de gas. Con un silbido, el falso leño empezó a despedir llamas azules y naranjas que tiñeron la habitación de una suave luz dorada.

Cuando volvió y se acostó a su lado, Kate le paso despacio el dedo por el contorno de los labios.



—La primera vez que me atacaste fue en el suelo delante de una chimenea.  
¿Te acuerdas?

Johnny sonrió. Kate notó sus labios curvarse con la yema del dedo, como habría hecho una ciega.

—Si no recuerdo mal, me atacaste tú a mí.

—¿Y si quisiera hacerlo ahora?

Johnny puso tal cara de miedo que Kate tuvo ganas de reír, pero no era divertido.

—¿Podemos?

Johnny la tomó en sus brazos. Kate sabía que los dos estaban pensando que había adelgazado tanto que casi no quedaba nada de ella.

No quedaba nada de ella.

Cerró los ojos y se agarró con más fuerza al cuello de Johnny.

De pronto la cama pareció muy grande, como un mar de suave algodón comparada con la camita del piso de abajo que ahora era la suya.

Despacio, Kate se quitó el albornoz y el camisón haciendo un esfuerzo por ignorar sus piernas blancas y delgadas como palillos. Peor aún fue el campo de batalla que habían sido sus pechos. Tenía aspecto de niño pequeño, solo que con cicatrices.

Johnny se quitó la ropa, la apartó de una patada y se tumbó en la cama a su lado antes de taparlos a los dos hasta la cadera.

Kate lo miró con el corazón acelerado.

—Qué preciosa eres —dijo Johnny, y se inclinó para besarla.

El alivio y el amor se abrieron dentro de Kate. Besó a Johnny con respiración ya agitada y entrecortada. En los veinte años que llevaban casados, habían hecho el amor miles de veces y siempre había sido maravilloso, pero esto era distinto; debían tener cuidado. Kate sabía que a Johnny le daba pánico romperla. Más tarde, apenas recordaría cómo había ocurrido todo, cómo se había colocado a horcajadas encima de él; solo sabría que había necesitado cada parte de él y que todo lo que ella era, todo lo que había sido jamás, estaba irrevocablemente ligado a aquel hombre. Cuando por fin la penetró, despacio y con suavidad, colmándola, se inclinó para buscarle y en aquel glorioso instante se sintió completa de nuevo. Lo besó y probó el sabor de sus lágrimas.

Johnny gritó su nombre tan fuerte que Kate tuvo que taparle la mano con la boca; de haberle quedado aliento, habría reído ante semejante arrebató y le

habría dicho: «¡Los niños!».

Pero su propio orgasmo, segundos más tarde, le hizo olvidar todo excepto el placer de aquella sensación.

Por fin, sonriente y sintiéndose joven de nuevo, se acurrucó junto a él. Johnny le pasó un brazo por los hombros y la estrechó contra su cuerpo. Estuvieron así largo rato, recostados en un montículo de almohadas, mirando el fuego, sin hablar.

Luego, en voz baja, Kate dijo algo que llevaba pensando mucho tiempo.

—No soporto la idea de que te quedes solo.

—Nunca voy a estar solo. Tenemos tres hijos.

—Sabes a qué me refiero. Lo entendería perfectamente si Tully y tú...

—Calla.

Johnny la miró por fin y en esos ojos que Kate conocía tan bien como los suyos propios vio un dolor tan profundo que tuvo ganas de llorar.

—Siempre te he querido a ti y solo a ti, Katie. Tully fue un rollo de una noche, hace mucho tiempo. No la amaba y nunca la he amado. Ni por un momento. Tú eres mi corazón y mi alma. Mi mundo. ¿Cómo puedes no saberlo?

Kate vio la verdad en su cara, la oyó en el temblor de su voz y se avergonzó de sí misma. Debería haberlo sabido.

—Lo sé. Lo que pasa es que estoy preocupada por ti y los niños. Odio pensar...

Aquella conversación era como nadar en ácido; quemaba la carne y los huesos.

—Ya lo sé, cariño —dijo Johnny por fin—. Ya lo sé.

El día del estreno amaneció fresco y despejado. Sería una de esas hermosas tardes de otoño de la costa noroeste. Kate quería ayudar a Marah a prepararse para el gran acontecimiento, pero estaba demasiado débil para hacer gran cosa. Hasta sonreír le suponía un esfuerzo. El dolor detrás de los ojos era ahora constante, como el pitido de un reloj despertador que no se puede apagar.

Así que delegó sus tareas en Tully, que se comportó como una auténtica campeona.

Kate durmió casi todo el rato. Para cuando cayó la noche, estaba lo más descansada posible dadas las circunstancias y preparada para enfrentarse a lo que tenía por delante.

—¿Estás segura de que quieres venir? —le preguntó Tully a las 18:45.

—Sí. Quizá deberías maquillarme un poco para que no asuste a los niños pequeños.

—Ya pensaba que no ibas a pedírmelo. Te he traído una peluca... por si quieres ponértela.

—Me encantaría. Se me habría ocurrido a mí si me quedara alguna neurona.

Kate cogió la mascarilla de oxígeno e inhaló unas cuantas veces.

Tully salió de la habitación y volvió con su neceser de maquillaje.

Kate subió el cabecero de la cama y cerró los ojos.

—Me siento como en los viejos tiempos.

Tully no dejó de hablar mientras hacía su milagro: pintó cejas y pegó pestañas postizas. Kate se dejó llevar por la marea de la voz de su amiga.

—Tengo un don, que lo sepas. ¿Tienes maquinilla?

Kate quiso reír. Quizá incluso lo consiguió.

—Vale —dijo Tully—. Ahora vamos a probar la peluca.

Kate parpadeó, se dio cuenta de que se había quedado dormida y sonrió.

—Perdón.

—Tú por mí no te preocupes. Me encanta que la gente se duerma cuando les estoy hablando.

Kate se quitó el gorro y los guantes de lana. Siempre estaba helada hasta los huesos.

Tully le puso la peluca, la colocó bien y a continuación ayudó a Kate a ponerse un vestido de lana negro, medias y botas. Una vez en la silla de ruedas, la envolvieron en mantas y Tully la llevó hasta el espejo.

—¿Y bien?

Kate miró su imagen: cara delgada y pálida con ojos de aspecto enorme bajo las cejas pintadas, melena rubia y brillante hasta los hombros, labios de color rojo perfecto.

—Genial —contestó, esperando sonar sincera.

—Bien —dijo Tully—. Pues a reunir a las tropas y nos vamos.

Media hora más tarde estaban en el auditorio. Habían llegado tan temprano que no había más coches en el aparcamiento.

Perfecto.

Johnny dejó a Kate en la silla de ruedas, la cubrió de mantas y encabezó la marcha hacia la puerta principal.

Una vez dentro cogieron asientos para el resto de la familia ocupando la primera fila casi entera; la silla de Kate estaba en el pasillo.

—Vuelvo en media hora con tus padres y los chicos —le dijo Johnny a Kate—. ¿Necesitas algo?

—No.

Cuando se fue, Tully y ella se quedaron solas en la penumbra del auditorio desierto. Kate tuvo un escalofrío y se arrebujó bien en las mantas. La cabeza le palpitaba y tenía náuseas.

—Cuéntame algo, Tully. Lo que sea.

Tully ni se inmutó. Empezó a hablar del ensayo del día anterior y luego pasó a los problemas que se encontraba cuando tenía que llevar a los chicos al colegio cada mañana.

Kate cerró los ojos y de pronto eran de nuevo niñas sentadas a la orilla del río Pilchuck preguntándose cómo serían sus vidas.

*Vamos a ser reporteras de televisión. Algún día le contaré a Mike Wallace*

*que no habría podido hacerlo sin ti.*

Sueños. Habían tenido muchos y una cantidad sorprendente de ellos se habían hecho realidad. Lo curioso era que no los había valorado lo suficiente cuando había tenido la oportunidad.

Se recostó en la silla y preguntó con voz queda:

—¿Sigues conociendo al director del programa de teatro en la Universidad del Sur de California?

—Sí —dijo Tully—. ¿Por qué?

Kate sintió la mirada atenta de Tully. Sin volverse, se enderezó la peluca.

—Tal vez podrías llamarlo. A Marah le encantaría entrar en ese programa.

Las palabras vinieron acompañadas de un pensamiento: «No estaré aquí para ella». Para ninguna de las cosas. Marah se iría a la universidad sin ella.

—Creía que no querías que estudiara interpretación.

—Me da terror pensar en mi niña en Hollywood. Pero tú eres una estrella de la televisión. Su padre, productor de informativos. La pobre está rodeada de soñadores, ¿qué otra cosa iba a hacer? —Kate apretó la mano de Tully. Estaba deseando mirarla, pero no podía, no se atrevía—. Cuidarás de ella y de los chicos, ¿verdad?

—Siempre.

Kate sintió ganas de sonreír; aquella palabra la liberaba un poco de su tristeza. Si algo podía decirse de Tully era que siempre cumplía su palabra.

—Y quizá también busques a Nube otra vez.

—Qué gracia que lo digas, porque tengo la intención de hacerlo. Algún día.

—Bien —dijo Kate en voz baja pero firme—. Chad tenía razón y yo estaba equivocada. Cuando..., cuando se acerca el final, te das cuenta de que lo único importante son el amor y la familia. Lo demás da igual.

—Tú eres mi familia, Katie.

—Lo sé. Necesitarás más cuando yo...

—Por favor, no lo digas.

Kate miró a su amiga. Tully, siempre tan audaz y estridente, tan fuera de lo común, pasando por la vida como el león en la selva, siempre el rey. Ahora estaba en silencio, asustada. Pensar en la muerte de Kate la había hecho desmoronarse, la había empuñado.

—Me muero, Tully. No decirlo no cambiará las cosas.

—Ya lo sé.

—Quiero que sepas una cosa: me ha encantado mi vida. Estuve mucho tiempo esperando que empezara, esperando que hubiera más. Tenía la impresión de que lo único que hacía era conducir, ir a la compra y esperar. Pero ¿sabes qué? No me perdí ni un solo momento con mi familia, siempre estuve ahí. Eso es lo que recordaré, y ellos se tendrán los unos a los otros.

—Sí.

—Pero estoy preocupada por ti —dijo Kate.

—Deberías.

—Te da miedo el amor, pero tienes mucho para dar.

—Sé que me he pasado muchos años quejándome de que estaba sola, y tengo todo un historial de engancharme a hombres que no me convenían o que no eran libres, pero lo cierto es que el amor de mi vida ha sido mi trabajo y en gran medida me ha bastado. He sido feliz. Para mí es importante que lo sepas.

Kate le sonrió cansada.

—Estoy orgullosa de ti. ¿Te lo he dicho lo suficiente?

—Yo también estoy orgullosa de ti. —Tully miró a su mejor amiga y en esa mirada más de treinta años se agolparon entre ellas, haciéndoles recordar las niñas que habían sido, los sueños que habían compartido y las mujeres en las que se habían convertido—. Lo hemos hecho bien, ¿verdad?

Antes de que Kate pudiera contestar, se abrieron las puertas del auditorio y empezó a entrar gente.

Johnny, los padres de Kate y los chicos se sentaron justo cuando las luces empezaron a parpadear.

Entonces se encendieron los focos del escenario, las gruesas cortinas rojas se abrieron despacio arrastrando el borde inferior por el suelo de madera del escenario y dejaron ver un decorado mal pintado de una ciudad de provincias.

Salió Marah a escena con la versión de instituto de un vestido del siglo XIX.

Cuando empezó a hablar, fue mágico.

No había otra palabra para definirlo.

Kate notó la mano de Tully cerrarse encima de la suya y apretar con suavidad. Cuando Marah dejó el escenario entre aplausos entusiastas, su corazón rebotó de orgullo. Se inclinó hacia Tully y susurró:

—Ahora ya sé por qué le puse Rose de segundo nombre, igual que tú.

Tully se volvió a mirarla.

—¿Por qué?

Kate trató de sonreír, pero no pudo. Tardó casi un minuto en encontrar la voz para decir:

—Porque tiene lo mejor de las dos.

El final llegó una noche desapacible y lluviosa de octubre. Con todos sus seres queridos reunidos alrededor de su cama, Kate se despidió de cada uno, susurrándoles algo especial. Luego, mientras la lluvia golpeaba los cristales y caía la oscuridad, cerró los ojos por última vez.

La última lista de tareas de Kate era relativa a su funeral, y Tully la siguió al pie de la letra. La iglesia católica de la isla se llenó de fotografías, flores y amigos. Como era de esperar, Kate había elegido las flores preferidas de Tully en lugar de las suyas.

Tully estuvo días centrada solo en ello. Atendió hasta el último detalle y se ocupó de todo mientras los Ryan y los Mularkey se dedicaban a sentarse en la playa cogidos de la mano y a hablar cuando se acordaban.

Tully también se preparó para el día; se recordó a sí misma que era una profesional acostumbrada a sonreír en cualquier situación.

Pero cuando llegó el momento y pararon el coche delante de la iglesia, le entró pánico.

—No puedo hacerlo —dijo.

Johnny le cogió la mano. Tully esperó palabras de consuelo, pero Johnny no tenía ninguna.

Seguían sentados allí en silencio con los chicos en el asiento de atrás, todos con la vista fija en la iglesia, cuando los Mularkey aparcaron a su lado.

Era la hora. Igual que una bandada de cornejas caminaron juntos confiando en darse fuerza los unos a los otros. Cogidos de la mano, dejaron atrás la congregación de dolientes y subieron las enormes escaleras de piedra que llevaban a la iglesia.

—Estamos en la primera fila a la izquierda —indicó la señora Mularkey, pegándose a los demás.

Tully miró a Marah, que lloraba sin hacer ruido, y se le partió el corazón.

Quería consolar a su ahijada, decirle que todo iría bien, pero las dos sabían que no era así.

—Te quería muchísimo —dijo, y entonces tuvo un repentino atisbo del futuro de las dos. Algún día serían amigas, Marah y ella. Con el tiempo, Tully le daría el diario y leerían juntas las historias que contaban quién había sido su madre, y esas historias las unirían y les devolverían a Kate durante unos instantes preciosos.

—Vamos —susurró Johnny.

Tully era incapaz de moverse.

—Id vosotros. Yo me voy a quedar aquí un minuto.

—¿Estás segura?

—Sí.

Johnny le apretó el hombro y a continuación se llevó a Marah y a los chicos. Los padres de Kate, Sean, Georgia y el resto de la familia los siguieron. Al llegar a la primera fila tomaron asiento.

Detrás del altar un órgano empezó a tocar una versión lenta y rítmica de *You and Me Against the World*. Tú y yo contra el mundo.

Tully no quería pasar por aquello. No quería escuchar una música lamentable pensada para hacer llorar, ni al cura contar cosas de la mujer que él había conocido y que no era más que una pálida sombra de la que había conocido ella. Por encima de todo, no quería ver el montaje con fotografías de la vida de Kate proyectado en una pantalla gigante encima de su ataúd.

Antes de ser consciente de lo que hacía, dio la vuelta y salió de la iglesia.

El aire dulce y fresco le llenó los pulmones. Lo respiró con avidez en un intento por serenarse. A su espalda oyó que la música cambiaba. Ahora sonaba *One Sweet Day*. Un dulce día.

Cerró los ojos y se recostó contra la puerta.

—¿Señora Hart?

Sobresaltada, abrió los ojos y vio al encargado de la funeraria en el primer escalón de la entrada. Lo había visto una vez, cuando le llevó la ropa con la que enterrar a Kate y fotografías para la proyección.

—Sí.

—La señora Ryan me pidió que le entregara esto.

Le dio una caja negra de gran tamaño.

—No entiendo.

—Me confió esta caja y me pidió que se la diera el día de su funeral. Me



dijo que la encontraría en la puerta de la iglesia cuando empezara.

Al oír aquello Tully sonrió, a pesar del intenso dolor que le provocaba. Pues claro que Kate lo sabía.

—Gracias.

Cogió la caja, bajó las escaleras y cruzó el aparcamiento. Cuando estuvo al otro lado de la calle, se sentó en un banco de hierro.

Respiró hondo y abrió la caja. Lo primero que había era una carta. La caligrafía de trazo grueso e inclinada a la izquierda de Kate era inconfundible.

Querida Tully:

Sé que no vas a soportar mi puto funeral. Claro, porque no eres la protagonista. Espero que por lo menos hayas retocado mis fotografías. Hay tantas cosas que debería decirte... pero lo cierto es que en nuestra vida juntas nos lo hemos dicho todo.

Cuida de Johnny y de los chicos por mí, ¿de acuerdo? Enseña a los chicos a ser unos caballeros y a Marah a ser fuerte. Cuando estén preparados, dales mi diario, y cuando te pregunten, háblales de mí. Pero díles la verdad. Quiero que la sepan toda.

Va a ser duro para ti; es una de las cosas que más siento. Así que esto es lo que quiero decirte en esta carta póstuma (qué teatral queda, ¿verdad?).

Sé que estarás pensando que te he abandonado, pero no es verdad. Lo único que tienes que hacer es acordarte de Firefly Lane y me encontrarás.

Siempre seremos TullyKate.

La firma era:

Mejores amigas para siempre ♥  
Kate

Tully se llevó la carta al pecho.

Luego miró de nuevo la caja. Había tres cosas dentro.

Un cigarrillo Virginia Slims con un post-it amarillo que decía «Fúmame». Una fotografía firmada de David Cassidy que decía «Bésame», y un iPod con auriculares que decía «Enciéndeme y baila».

Tully rio entre lágrimas. Luego encendió el cigarrillo, dio una calada y tosió al expulsar el humo. El olor del tabaco enseguida le recordó las noches a orillas del río Pilchuck, cuando se recostaban en troncos caídos y miraban la Vía Láctea.

Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y buscó con la cara el fresco sol

de otoño. Una brisa le acarició la piel, se le enredó en el pelo y le trajo un pensamiento: *Katie*.

De pronto sintió que su amiga estaba a su lado, sobre ella, a su alrededor, en su interior. Oyó a Kate en el susurrar del viento y en el deslizarse de las hojas amarillas en el pavimento.

Abrió los ojos, estremecida por la certidumbre de no estar sola.

—Hola, Katie —susurró. A continuación se puso los auriculares y le dio al *play*.

Empezó a sonar *Dancing Queen* y la transportó al pasado.

*Young and sweet, only seventeen.*

Se puso de pie sin saber muy bien si reía o lloraba. Solo sabía que no estaba sola, que Kate no se había ido. Habían compartido más de tres décadas de momentos buenos, malos y de todo tipo, y nadie les podía quitar eso. Tenía la música y los recuerdos y por eso siempre siempre estarían juntas.

Mejores amigas para siempre.

Sola, en mitad de la calle, empezó a bailar.

## QUERIDO LECTOR:

*En las dos décadas que llevo escribiendo nunca he sentido la tentación de añadir ninguna clase de posdata o carta a una novela, y lo cierto es que aquí traté de evitarlo. Como puedes ver, mis planes fueron un completo fracaso. El problema, al parecer, es el libro que acabas de leer.*

*Es posible que sepas que la escritura de El baile de las luciérnagas fue para mí un viaje muy personal. Crecí en la década de 1970 en el estado de Washington, un lugar y una época que en el momento parecían el colmo de lo peligroso y turbulento y que en cambio se antojan dulcemente inocentes en comparación con el mundo actual. Estudié en la Universidad de Washington y estuve en una hermandad. Toda la música que se menciona en la historia me recuerda a ese tiempo tan lejano. Goodbye Yellow Brick Road fue el primer elepé que me compré con mi dinero.*

*Y mi madre murió de cáncer de mama. Igual que muchas mujeres, me he pasado la vida atenta a posibles signos de cáncer. Me hago exploraciones y una mamografía al año. Hago todo lo que se supone que tengo que hacer.*

*Por eso da tanto miedo el cáncer de mama inflamatorio (CMI). Se manifiesta de forma disimulada e inesperada. A menudo los médicos de familia pasan por alto o diagnostican mal sus síntomas, y, como sabemos, la detección temprana es fundamental en el cáncer. Así que quiero animar a las mujeres a que incorporen los signos de CMI a la lista de síntomas a los que estar atentas y decirles que, si tienen la sensación de que algo va mal, no tengan miedo a hacer preguntas ni a pedir segundas opiniones. Nosotras, las mujeres, conocemos nuestro cuerpo, sabemos cuándo algo va mal o no va como debería. Tenemos que fiarnos de nuestro conocimiento de nosotras mismas y no aceptar un no por respuesta.*

*Sé que da miedo y que puede ser difícil, pero el temor no debe ser la excusa para mirar a otro lado. Si dudas, o el miedo es más fuerte que tú,*

*recurre a una amiga para que te ayude y te apoye. Eso es lo mejor de ser mujer: siempre estamos cuando nos necesitamos. Como dirían Kate y Tully, pase lo que pase.*

*Gracias por leerme.*

*Kristin*

## AGRADECIMIENTOS

Gracias a:

Marianne McClary, por ayudarme en todo lo referido al mundo de la televisión. Tus conocimientos han sido valiosísimos.

Jennifer Enderlin, Jill Marie Landis, Kim Fisk, Andrea Cirillo y Megan Chance. Todos me ayudasteis a encontrar el camino en esta historia. Gracias.

El maravilloso equipo de St. Martin's Press: gracias por esta oportunidad.

## NOTAS DE LA TRADUCTORA

- [1] «La reina de la pista, joven y encantadora, con solo diecisiete años», *Dancing Queen*, ABBA.
- [2] Por similitud fonética con *malarkey*: payasadas, majaderías.
- [3] «El amor es un campo de batalla. A pesar de los desengaños, seguimos en pie», *Love Is a Battlefield*, Pat Benatar.
- [4] «Tócame una vez y sabrás que es de verdad».
- [5] «Encarno a todas las mujeres: están en mí», *I'm Every Woman*, Whitney Houston.
- [6] En español en el original.
- [7] «Hola, pequeña, ¿está tu papá en casa?».
- [8] «Por momentos como este hay personas que esperan toda una vida», *A Moment Like This*, Kelly Clarkson.
- [9] *Alone Again*, de Gilbert O' Sullivan.
- [10] Personajes de *I love Lucy*, serie televisiva estadounidense de la década de 1950.

**De la autora de *El Ruiseñor*, *El baile de las luciérnagas* es la emotiva novela que querrás que lea tu mejor amiga.**



**Dos amigas.  
Un juramento.  
Y toda una vida por delante.**

En el caluroso verano de 1974, Kate Mularkey ha decidido aceptar su papel de cero a la izquierda en la vida social de su instituto. Hasta que, para su sorpresa, «la chica más guay del mundo» se muda al otro lado de su calle y quiere ser su amiga. Tully Hart parece tenerlo todo: belleza, inteligencia y ambición. No pueden ser más distintas. Kate, destinada a pasar inadvertida, con una familia cariñosa pero que la avergüenza a cada momento, y Tully, envuelta en glamour y misterio aunque poseedora de un secreto que la está destrozando. Contra todo pronóstico, se hacen inseparables y sellan un pacto para ser mejores amigas para siempre.

Durante 30 años se ayudarán mutuamente para mantenerse a flote esquivando las tormentas que amenazan su relación: celos, enfados, dolor, resentimiento... Y creerán que han sobrevivido a todo hasta que una traición las separe... y someta su valor y su amistad a la prueba más dura.

**Reseñas:**

«Una novela conmovedora que encantará a los muchos fans de la autora.»  
*Library Journal*

«Una fantástica historia de amistad sobre dos mejores amigas que sobreviven a todo tipo de aventuras y adversidades.»  
*The Seattle Times*

«Un mensaje optimista sobre el poder de la amistad y de la familia.»

*Publishers Weekly*

«El emocionante y realista retrato de una amistad compleja y duradera.»

*Booklist*

«Un libro jugoso repleto de las cosas de las que están llenas las vidas de las mujeres: madres, hijas, triunfos, decepciones, cigarrillos a escondidas y bailes con tus canciones preferidas.»

*The Sunday Oregonian*



## SOBRE LA AUTORA

**Kristin Hannah** nació en 1960 en el sur de California. Aunque estudió Derecho, con la publicación de su primer libro, en 1990, se convirtió en escritora profesional. Desde entonces ha ganado numerosos premios y ha publicado 22 novelas de gran éxito, entre ellas el *best seller* internacional *El Ruiseñor*.

Título original: *Firefly Lane*

Firefly Lane by Kristin Hannah. Copyright © 2008 by Kristin Hannah

Todos los derechos reservados

© 2017, Laura Vidal por la traducción

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-027-8

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

Fotografía de cubierta: © Nicole Wustrack / Trevillion Images

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)



# ÍNDICE

El baile de las luciérnagas

Dedicatoria

Cita

Capítulo 1

Primera parte. Los setenta: Dancing Queen

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Segunda parte. Los ochenta: Love Is a Battlefield

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Tercera parte. Los noventa: I'm Every Woman

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Cuarta parte. El nuevo milenio: A Moment Like This

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Querido lector

Agradecimientos

Notas de la traductora

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos